ALESSANDRO MANZONI

Los novios

INTRODUCCIÓN

La Historia puede ser considerada como una guerra contra el tiempo, pues hace revivir los olvidados hechos del pasado. Pero los historiadores son cual soldados que capturan únicamente los trofeos más llamativos y superficiales: empresas guerreras, e intrigas políticas. Yo, en cambio, narraré hechos ocurridos a gentes sencillas, no por eso menos memorables. Mi relato será como una representación teatral en cuya escena dominará el mal, aunque habrá también ejemplos de sublime bondad. Tales hechos acontecieron en mi país, que se halla gobernado por el rey de España (sol rodeado de sus ministros, iluminados cual astros por su luz) de modo tan perfecto que no podría encontrarse otra explicación para este triunfo del mal, sino las artes del demonio. Al contar mi historia —sucedida cuando yo era joven—, callaré los linajes de las personas ilustres que intervinieron en ella, y los lugares donde tuvo lugar, pero estas omisiones nada restarán a la verdad del relato por ser puramente circunstanciales…

Esta reflexión dubitativa, nacida ante el penoso esfuerzo de descifrar un garabato que venía después de accidentes, me hizo suspender la transcripción, y pensar más seriamente en lo que convenía hacer. «Bien es cierto», decía para mis adentros, hojeando el manuscrito, «bien es cierto que esta granizada de conceptillos y de figuras no continúa con la misma profusión en toda la obra. El buen seiscentista ha querido dar al principio una muestra de su valía; pero luego, en el curso de la narración, y a veces durante largos trechos, el estilo camina mucho más natural y más llano. Sí, pero ¡qué adocenado!, ¡qué descuidado!, ¡qué incorrecto! Idiotismos lombardos a espuertas, frases hechas fuera de lugar, gramática arbitraria, períodos deslavazados. Y luego, alguna que otra elegancia española aquí y allá; y además, lo que es peor, en los lugares más terribles y lastimosos de la historia, en cualquier ocasión capaz de suscitar asombro, o de hacer pensar, en todos los pasajes, en suma, que requieren, sí, un poco de retórica, pero retórica discreta, fina, de buen gusto, el buen hombre no deja nunca de emplear la suya del proemio. Y entonces mezclando con una habilidad admirable las cualidades más contrapuestas, consigue resultar burdo y a la vez afectado, en una misma página, en un mismo período, en un mismo vocablo. He aquí declamaciones ampulosas, compuestas a fuerza de solecismos pedestres, y por doquier esa torpeza ambiciosa, que es el carácter propio de los escritores de aquel siglo, en este país.

Verdaderamente, no es algo que pueda presentarse a los lectores de hoy: demasiado escarmentados, demasiado hastiados de ese género de extravagancias. Menos mal que la feliz idea se me ha ocurrido al comienzo de este desdichado trabajo: y me lavo las manos.

Sin embargo, al ir a cerrar el cartapacio, para volverlo a su sitio, me sabía mal que una historia tan hermosa hubiese de permanecer, a pesar de ello, desconocida; porque, como historia, puede que el lector opine otra cosa, pero a mí me había parecido bella, como digo, muy bella. «¿No podría», pensé, «tomar la serie de los hechos de este manuscrito, y rehacer su estilo?» No habiéndose presentado ninguna objeción razonable, el partido quedó tomado al punto. Y he aquí el origen del presente libro, expuesto con una ingenuidad semejante a la importancia del libro mismo.

Con todo, algunos de aquellos hechos, ciertas costumbres descritas por nuestro autor, nos habían resultado tan insólitas, tan extrañas, por no decir otra cosa, que antes de prestarles crédito, hemos querido interrogar a otros testigos; y nos hemos puesto a rebuscar en las memorias de aquel tiempo, para cerciorarnos de si verdaderamente el mundo caminaba entonces de aquella manera. Tal investigación disipó todas nuestras dudas: a cada paso tropezábamos con hechos semejantes, y más fuertes aún; y, lo que nos pareció decisivo, hemos dado incluso con algunos personajes de quienes, no habiendo tenido nunca noticia alguna salvo en nuestro manuscrito, dudábamos que hubieran existido en realidad. Llegado el caso, citaremos alguno de esos testimonios, para dar crédito a las cosas, a las cuales, por su carácter extraordinario, el lector se sentiría tentado a negárselo.

Mas, desechando como intolerable el estilo de nuestro autor, ¿qué estilo hemos empleado en su lugar? He aquí el problema.

Quienquiera que, sin ser solicitado por nadie, se entromete a rehacer la obra ajena, se expone a dar estricta cuenta de la suya, y contrae en cierto modo esa obligación: es ésta una regla de hecho y de derecho, a la cual no pretendemos de ningún modo sustraernos. Es más, para acomodarnos de buen grado a ella, nos habíamos propuesto dar aquí detallada cuenta del modo de escribir que hemos observado; y con este fin, durante todo el tiempo que ha durado el trabajo, hemos ido tratando de adivinar las críticas posibles e imaginables, con la intención de rebatirlas todas por anticipado. Y no es en esto en lo que habría estribado la dificultad; ya que (hemos de decirlo en honor a la verdad) no se nos pasó por la mente una crítica, que no viniese acompañada por una respuesta triunfante, una de esas respuestas, que, no es que resuelvan las cuestiones, pero sí las transforman. A menudo también, enzarzando dos críticas entre sí,

hacíamos que se derrotasen la una a la otra; o, examinándolas bien a fondo, cotejándolas atentamente, lográbamos descubrir y demostrar que, siendo tan opuestas en apariencia, eran en realidad de la misma naturaleza, nacían ambas de prestar poca atención a los hechos y a los principios sobre los cuales el juicio debía fundarse; y una vez juntas, con gran sorpresa suya, juntas las mandábamos a paseo. Nunca hubiera habido autor que probase con igual evidencia haber obrado bien. Pero ¿qué ocurrió?, cuando íbamos a reunir todas las mencionadas objeciones y respuestas para disponerlas con algún orden, ¡válgame Dios!, venían a formar un libro. En vista de lo cual, hemos abandonado la idea, por dos razones que el lector sin duda encontrará buenas: la primera, que un libro escrito para justificar otro, o mejor, el estilo de otro, podría parecer una cosa ridícula; la segunda, que de libros basta uno de cada vez, cuando no sobra.

CAPÍTULO I

ESE ramal del lago de Como, que tuerce hacia el Mediodía, entre dos cadenas ininterrumpidas de montañas, todo él ensenadas y golfos, según sobresalgan o se internen aquéllas, viene, casi repentinamente, a estrechase, y a tomar curso y aspecto de río, entre un promontorio a la derecha, y un amplio declive al otro lado; y el puente, que allí enlaza las dos orillas, parece hacer aún más evidente a la vista esta transformación, y señalar el punto en el que el lago cesa, y recomienza al Adda, para luego volver a tomar el nombre de lago allí donde las riberas, alejándose de nuevo, dejan al agua dilatarse y remansarse en nuevos golfos y ensenadas. El declive, formado por los aluviones de tres grandes torrentes, desciende apoyado en dos montes contiguos, llamado el uno de San Martino, y el otro, con vocablo lombardo, el Resegonei, por sus muchos picachos en fila, que en verdad lo asemejan a una sierra: de tal manera que no hay quien, al verlo por primera vez, siempre que sea de frente, como por ejemplo desde lo alto de las murallas de Milán que miran hacia el norte, no lo distinga al punto, por esa señal, entre aquel largo y vasto macizo, de los otros montes de nombre más oscuro y forma más común. Durante largo trecho, el declive asciende con una pendiente lenta y continua, luego se rompe en lomas y vallecitos, en repechos y explanadas, según la osamenta de los montes, y el trabajo de las aguas. Su franja extrema, cortada por las desembocaduras de los torrentes, es casi toda ella arenilla y guijarros; el resto, campos y viñedos, sembrados de pueblos, de aldeas, de caseríos; en alguna parte bosques, que se prolongan

montaña arriba. Lecco, la principal de esas poblaciones, y que da nombre al territorio, yace no lejos del puente, a orillas del lago, es más, viene a hallarse en parte en el lago mismo, cuando éste sube de nivel: una gran villa en nuestros días, y que se encamina a convertirse en ciudad. En los tiempos en que ocurrieron los hechos que vamos a relatar, esta villa, ya considerable, era también castillo, y tenía por tanto el honor de alojar a un comandante, y la ventaja de poseer una guarnición estable de soldados españoles, que les enseñaban la modestia a las muchachas y a las mujeres del pueblo, le acariciaban de cuando en cuando las espaldas a algún que otro marido, a algún padre que otro; y, hacia el final del verano, no dejaban nunca de dispersarse por los viñedos, para mermar las uvas, y aliviar a los campesinos la fatiga de la vendimia. Entre uno y otro de aquellos pueblos, entre las alturas y la ribera, entre collado y collado, discurrían, y discurren aún, caminos y veredas, más o menos empinados, o llanos; a veces hundidos, sepultados entre dos muros, de modo que, alzando la mirada, no descubrís más que un trozo de cielo y el pico de algún monte; otras veces elevados sobre terraplenes abiertos: y desde aquí la vista se extiende por perspectivas más o menos amplias, pero ricas siempre y siempre algo nuevas, según que los distintos puntos abarquen una parte mayor o menor del vasto escenario circundante, y según que esta parte o la otra campee o quede recortada, asome o desaparezca. Aquí un trozo, allá otro, más allá una gran extensión de aquel vasto y variado espejo de agua; en esta parte, lago, encajonado o más bien perdido en un grupo, en un ir y venir de montañas, y gradualmente más ensanchado entre otros montes que se van desplegando, uno a uno, ante la mirada, y que el agua refleja invertidos, con los pueblecitos colocados en la orilla; en la otra, brazo de río, luego lago, después otra vez río, que va a perderse en reluciente zigzagueo por entre los montes que lo acompañan, menguando poco a poco, y casi desapareciendo también ellos en el horizonte. El lugar mismo desde el que contempláis esos variados espectáculos, os convierte en espectáculo desde todos los puntos: el monte por cuyas laderas paseáis, os despliega, por encima, alrededor, sus cimas y barrancos, nítidos, recortados, cambiantes casi a cada paso, abriéndose y curvándose en cadena de picos lo que primero os había parecido un solo monte, y apareciéndoseos en la cima lo que poco antes creíais ver en el declive; y lo ameno, lo familiar de esas laderas mitiga agradablemente lo salvaje, y adorna más aún lo magnífico de los otros panoramas.

Por una de esas veredas, volvía plácidamente de su paseo hacia casa, en el atardecer del día 7 de noviembre del año 1628, don Abbondio, párroco

de uno de los pueblos antes mencionados: ni el nombre de éste, ni el apellido del personaje, se encuentran en el manuscrito, ni en este lugar ni en otro. Rezaba tranquilamente su oficio, y de cuando en cuando, entre un salmo y otro, cerraba el breviario, dejando dentro, como señal, el dedo índice de la mano derecha, y, juntando luego ésta con la otra detrás de la espalda, proseguía su camino, mirando al suelo, y lanzando con un pie contra el muro los guijarros que estorbaban en el sendero: luego alzaba el rostro, y, girando ociosamente los ojos en torno suyo, los fijaba en la parte de un monte, donde la luz del sol ya desaparecido, huyendo por las hendiduras del monte frontero, se dibujaba aquí y allá sobre los peñascos salientes, como en anchos y desiguales jirones de púrpura. Después de abrir nuevamente el breviario, y de rezar otro trocito, llegó a un recodo del sendero, donde solía levantar siempre los ojos del libro, y mirar ante sí; y eso hizo también aquel día. Tras el recodo, el camino seguía derecho, unos sesenta pasos, y luego se dividía en dos veredas, a modo de y griega: la de la derecha subía hacia el monte, y conducía a la parroquia; la otra bajaba por el valle hasta un torrente; y por ese lado el muro llegaba sólo a la cintura del caminante. Las paredes internas de las dos veredas, en vez de juntarse haciendo esquina, terminaban en una capillita, en la cual había pintadas unas figuras alargadas, culebreantes, que acababan en punta, y que, según la intención del artista, y a los ojos de los lugareños, querían ser llamas; y entre llama y llama, otras figuras indescriptibles, que querían ser ánimas del purgatorio: ánimas y llamas de color ladrillo, sobre un fondo parduzco, con algún desconchón aquí y allá. El cura, tras dar vuelta al recodo, y dirigiendo, como acostumbraba, su mirada a la capilla, vio una cosa que no se esperaba, y que no hubiera querido ver. Había dos hombres, uno frente a otro, en la que podría llamarse confluencia de las dos veredas: uno de ellos, a horcajadas sobre el muro bajo, con una pierna colgando por fuera, y el otro pie posado en la calzada; su compañero de pie, apoyado en la tapia, con los brazos cruzados sobre el pecho. El traje, el porte, y lo que, desde el sitio a donde había llegado el cura, se podía distinguir de su aspecto, no dejaban lugar a duda acerca de su condición. Llevaban ambos en la cabeza una redecilla verde, que caía sobre el hombro izquierdo, rematada en una gran borla, y de la cual salía sobre la frente un enorme mechón de pelo; dos largos bigotes con las puntas enroscadas hacia arriba; un reluciente cinturón de cuero, con dos pistolas sujetas a él; un cuernecillo lleno de pólvora, colgando sobre el pecho, a modo de collar; el mango de un gran cuchillo asomando por el bolsillo de los amplios y fruncidos calzones; un espadón, con una gran guarnición calada de láminas de cobre, formando una

especie de lenguaje cifrado, pulidas y relucientes: a primera vista se daban a conocer como individuos pertenecientes a la especie de los bravos.

Esta especie, hoy totalmente extinguida, era entonces sumamente floreciente en Lombardía, y ya muy antigua. Para quien no tuviese noticia de ella, he aquí unos fragmentos auténticos, que le podrán dar alguna acerca de sus características principales, de los esfuerzos realizados para agostarla, y de su pertinaz y pujante vitalidad.

Desde el ocho de abril del año 1583, el Ilustrísimo y Excelentísimo señor Don Carlos de Aragón, Príncipe de Castelvetrano, Duque de Terranova, Marqués de Avola, Conde de Burgeto, gran Almirante, y gran Condestable de Sicilia, Gobernador de Milán y capitán General de su majestad Católica en Italia, plenamente informado de la intolerable miseria en que ha vivido y vive esta Ciudad de Milán, a causa de los bravos y vagabundos, publica un bando contra ellos. Declara y determina estar comprendidos en este bando y deber considerarse como vagos y vagabundos... todos aquellos que, ya fueren forasteros o del país, no tuvieren oficio alguno, o teniéndolo, no lo ejercieren... mas, sin salario, o bien con él, apóyanse en algún caballero o gentilhombre, oficial o mercader... para le dar protección y favor, o verdaderamente, como puede presumirse, para tender insidias a otros... A todos ellos ordena que, en el plazo de seis días, abandonen el país, intima las galeras a los contumaces, y da a todos los ministros de la justicia las más sorprendentemente amplias e indefinidas facultades, para la ejecución de la orden. Pero, al año siguiente, el doce de abril, enterado dicho señor, de que esta Ciudad hállase todavía llena de los dichos bravos... que han vuelto a vivir como antes vivían, no habiendo mudado en nada sus costumbres, ni menguado su número, publica otro bando, aún más vigoroso y enérgico, en el cual, entre otras disposiciones, prescribe: Que cualquiera persona, ya fuere de esta Ciudad, o forastera, de quien por dos testigos constare ser tenido, y comúnmente reputado por *bravo*, y poseer tal nombre, aun cuando no se le probare haber cometido delito alguno... por aquesta sola reputación de bravo, sin más indicios, pueda por los dichos jueces y por cada uno dellos ser puesto al castigo de la cuerda y al tormento, mediante proceso informativo... y aun cuando no confesare delito alguno, sea con todo llevado a galeras, durante el dicho trienio, por la sola fama y nombre de *bravo*, como dícese arriba. Todo ello, y lo demás que se omite, porque Su Excelencia está resuelto a ser obedecido por todos.

Al escuchar palabras de tan alto señor, tan gallardas y seguras, y acompañadas por tales órdenes, entran grandes deseos de creer que, sólo al oírlas retumbar, todos los bravos habrían desaparecido para siempre.

Pero el testimonio de un caballero de no menos autoridad, ni menos dotado de nombres, nos obliga a creer todo lo contrario. Es éste el Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Juan Fernánez de Velasco, Condestable de Castilla, Camarero Mayor de su Majestad, Duque de la ciudad de Frías, Conde de Haro y Castelnovo, Señor de la Casa de Velasco, y de la de los Siete Infantes de Lara, Gobernador del Estado de Milán, etc. El 5 de junio del año 1593, *plenamente informado también él de cuán grande daño y ruina son... los bravos y vagabundos, y del pésimo efeto que tal suerte de gente causa contra el bien público, y en menoscabo de la justicia, los intima de nuevo a que, en el término de seis días, desalojen el territorio, repitiendo poco más o menos las mismas prescripciones y amenazas de su antecesor. Después, el 23 de mayo del año 1598, informado, con no poco desagrado del ánimo suyo, de que... cada día más en aquesta Ciudad y Estado va creciendo el número de esos tales (bravos y vagabundos) y dellos noche y día, otra cosa no se oye que heridas alevosamente dadas, homicidios y robos y toda otra clase de delitos, a los cuales entréganse con tanta mayor facilidad, confiando los dichos bravos en ser ayudados por sus amos y protectores,... prescribe de nuevo los mismos remedios, aumentando la dosis, como suele hacerse con las enfermedades obstinadas. Todos, pues, concluye luego, guárdense omnímodamente de contravenir en parte alguna el presente bando, porque, en vez de probar la clemencia de Su Excelencia, probarán su rigor, y su ira... estando resuelto y determinado a que ésta sea la última y perentoria admonición*.

Mas no fue ése el parecer del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, el Señor Don Pedro Enríquez de Acevedo, Conde de Fuentes, Capitán, y Gobernador del Estado de Milán; no fue ése su parecer, y por buenas razones. Plenamente informado de la miseria en que vive esta Ciudad y Estado por causa del gran número de bravos que en ella abundan... y resuelto a extirpar totalmente semilla tan perniciosa, publica, el 5 de diciembre de 1600, un nuevo bando lleno éste también de severísimas amenazas, confirme propósito de que, con todo rigor, y sin esperanza de remisión, sean omnímodamente cumplidas.

Conviene creer, sin embargo, que no pondría en ello todo el empeño que sabía emplear en urdir intrigas, y suscitar enemigos contra su gran enemigo Enrique IV, ya que, por ese lado, la historia deja constancia de cómo consiguió armar contra aquel rey al duque de Saboya, a quien hizo perder más de una ciudad; cómo logró hacer que se conjurara el duque de Biron, a quien hizo perder su cabeza; pero, por lo que se refiere a aquella semilla tan perniciosa de los bravos, lo cierto es que ésta seguía

germinando, el 22 de septiembre del año 1612. Aquel día el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor, el Señor Don Juan de Mendoza, Marqués de la Hinojosa, Gentilhombre, etc., Gobernador, etc., pensó seriamente en extirparla. Con ese fin, envió a Pandolfo y Marco Tullio Malatesti, tipógrafos de la Real Casa, el consabido bando, corregido y aumentado, con objeto de que lo imprimiesen para exterminio de los bravos. Pero éstos vivieron todavía para recibir, el 24 de diciembre del año 1618, los mismos y redoblados golpes del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, el Señor Don Gómez Suárez de Figueroa, Duque de Feria, etc., Gobernador, etc. Mas, no habiendo éstos muerto tampoco de ellos, el Ilustrísimo y Excelentísmo Señor, el Señor Gonzalo Fernández de Córdoba, bajo cuyo gobierno tuvo lugar el paseo de don Abbondio, se había visto obligado a corregir y publicar nuevamente el consabido bando contra los bravos, el día 5 de octubre de 1627, es decir, un año, un mes y dos días antes de aquel memorable acontecimiento.

Y no fue ésta la última publicación; pero nosotros de las sucesivas no creemos necesario hablar, por ser algo que queda fuera del tiempo en el que nuestra historia se desarrolla. Aludiremos tan sólo a una del 13 de febrero del año 1632, en la cual el Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, el Duque de Feria, por segunda vez gobernador, nos avisa de que las mayores fechorías provienen de esos que llaman bravos. Lo cual basta para confirmarnos que, en la época de la que tratamos, seguía habiendo, todavía, bravos.

Que los dos ahora descritos estaban allí esperando a alguien, era cosa demasiado evidente; pero lo que más desagradó a don Abbondio fue tener que percatarse, por ciertas señales, de que el esperado era él. Pues nada más aparecer, los dos se habían mirado, levantando la cabeza con un movimiento claramente indicador de que ambos habían dicho al unísono: es él; el que estaba a horcajadas se había levantado, sacando la pierna al camino; el otro se había apartado del muro; y los dos se dirigían a su encuentro. Él, con el breviario todavía abierto ante sí, como si leyese, empujaba la mirada hacia arriba, para espiar sus movimientos; y, viéndolos venir, sin ninguna duda, a su encuentro, le asaltaron de golpe mil ideas. Se preguntó apresuradamente a sí mismo, si, entre los bravos y él, había alguna salida de carril, a derecha o izquierda; y al punto vio que no; hizo un rápido examen de conciencia, para ver si había pecado contra algún poderoso, contra algún vengativo; pero, también ante esta turbación, el testimonio consolador de su conciencia lo tranquilizaba no poco; los bravos, sin embargo, se acercaban, mirándolo fijamente. Se llevó el índice y el medio de la mano izquierda al collarín, como para ajustárselo; y,

girando los dos dedos alrededor del cuello, volvía mientras tanto la cabeza hacia atrás, torciendo al tiempo la boca, y mirando con el rabillo del ojo, hasta donde podía, por si llegaba alguien; mas no vio a nadie. Lanzó una ojeada, por encima del muro, hacia los campos: nadie; otra más modesta al camino de enfrente: nadie, salvo los bravos. ¿Qué hacer? De volver atrás, ya no había tiempo; salir por pies era igual que decir, seguidme, o peor. No pudiendo esquivar el peligro, corrió a su encuentro, porque los momentos de aquella incertidumbre eran entonces tan penosos para él, que lo único que deseaba era abreviarlos. Apresuró el paso, rezó un versículo en voz alta, compuso el rostro con toda la calma e hilaridad que pudo, se esforzó lo imposible por preparar una sonrisa; cuando se halló frente a los dos hombres de bien, dijo mentalmente: ahora es ello; y se paró en seco.

—Señor cura —dijo uno de los dos, clavándole los ojos en la cara.

—¿Mande vuestra merced? —respondió al instante don Abbondio, levantando los suyos del libro, que se le quedó abierto de par en par entre las manos, como sobre un atril.

—¡Voacé tiene intención —prosiguió el otro con el aire amenazador e iracundo de quien sorprende a un inferior suyo a punto de cometer una fechoría—, voacé tiene intención de casar maña na a Renzo Tramaglino y a Lucía Mondella!

—Bueno... —respondió, con voz temblorosa, don Abbondio—, bueno, vuestras mercedes son hombres de mundo, y saben muy bien cómo se hacen estas cosas. El pobre párroco no cuenta para nada: ellos se lo guisan, y después... y después, vienen a nosotros, como se iría a un banco a cobrar dinero; y nosotros,... nosotros somos los servidores del pueblo.

—Pues bien —le dijo el bravo, al oído, pero con tono solemne de mando—; esa boda no ha de hacerse, ni mañana, ni nunca.

—Pero, Señores míos —replicó don Abbondio, con la voz mansa y amable de quien quiere convencer a un impaciente—, pero, señores míos, dígnense ponerse en mi lugar. Si la cosa dependiese de mí,... bien pueden ver que nada salgo yo ganando...

—Ea —interrumpió el bravo—, si el asunto hubiera de decidirse con charlas vuesa merced nos enredaría. Nosostros no sabemos, ni queremos saber nada más. A hombre avisado... ya nos entiende.

—Pero vuesas mercedes son demasiado justos, demasiados razonables...

—Pero —interrumpió esta vez el otro compinche, que no había hablado hasta entonces—, pero la boda no se hará, o... —y aquí una buena blasfemia— o quien la haga no habrá de arrepentirse, porque no tendrá tiempo— y... otra blasfemia.

—Chitón —intervino el primer orador—, el señor cura es un hombre que conoce el mundo; y nosotros somos gente de bien, que no queremos hacerle daño, si es razonable. Señor cura, el ilustrísimo señor don Rodrigo, nuestro amo, le envía un cariñoso saludo.

Este nombre fue, en la mente de don Abbondio, como, en lo más recio de una tormenta nocturna, un relámpago que ilumina momentánea y confusamente los objetos, y aumenta el terror. Hizo, como por instinto, una profunda reverencia, y dijo:

—Si pudieran sugerirme...

—¡Oh!, ¡sugerirle nosotros a vuesa merced, que sabe latín! —volvió a interrumpir el bravo, con una carcajada entre desvergozada y feroz—. Eso es cosa suya. Y sobre todo, ni una palabra de este aviso que le hemos dado por su propio bien; de lo contrario... ejem... sería lo mismo que haber celebrado la boda. Vamos, ¿qué se le ha de decir al Ilustrísimo señor don Rodrigo en su nombre?

—Mis respetos...

—¡Expliqúese mejor!

—... Dispuesto... dispuesto siempre a la obediencia —y, al pronunciar estas palabras, no sabía ni siquiera él si hacía una promesa, o un cumplido. Los bravos las tomaron, o aparentaron tomarlas en el sentido más serio.

—Perfectamente, y buenas tardes, señor— dijo uno de ellos, disponiéndose a marcharse con el compañero. Don Abbondio, que pocos momentos antes, hubiera dado un ojo de la cara para esquivarlos, ahora hubiera querido prolongar la conversación y las negociaciones:

—Señores... —empezó a decir, cerrando el libro con ambas manos; pero aquéllos, sin prestarle ya atención, tomaron el camino por donde él había venido, y se alejaron, cantando una soez coplilla que no quiero repetir. El pobre don Abbondio se quedó un momento con la boca abierta, como pasmado; luego tomó aquélla de las dos veredas que conducía a su casa, echando a duras penas una pierna tras otra, porque parecían agarrotadas. Cómo estaba por dentro se entenderá mejor cuando hayamos dicho alguna cosa acerca de su natural, y de los tiempos en que le había tocado vivir.

Don Abbondio (el lector ya se habrá percatado de ello) no había nacido con un corazón de león. Sino que, desde su más tierna infancia, había debido comprender que la peor condición, en aquellos tiempos, era la de un animal sin garras ni colmillos, y que a pesar de ello, no se sintiera inclinado a dejarse devorar. La fuerza de la ley no protegía en modo alguno al hombre pacífico, inofensivo, y que no tuviera medios de hacerse

temer por los demás. No es que faltasen leyes y penas contra las violencias privadas. Antes bien, las leyes diluviaban; los delitos eran enumerados y detallados, con minuciosa prolijidad; las penas, monstruosamente exorbitantes y, como si no bastase, aumentables, casi en todos los casos, a arbitrio del legislador mismo y de mil ejecutores; los procedimientos penales, concebidos sólo para librar al juez de cualquier estorbo que pudiera impedirle pronunciar una condena: los retazos de los bandos contra los bravos que acabamos de citar son una pequeña, aunque fiel, muestra de ello. Con todo lo cual, o mejor dicho, a causa de lo cual, en gran medida, aquellos bandos, reproducidos y reforzados de gobierno en gobierno, no servían sino para atestiguar ampulosamente la impotencia de sus autores; o, si producían algún efecto inmediato, era principalmente el de añadir muchas vejaciones a las que ya sufrían los pacíficos y los débiles por parte de los perturbadores, y el de acrecentar las violencias y astucias de éstos. La impunidad estaba organizada, y tenía raíces que los bandos no tocaban, o no podían arrancar. Tales eran los derechos de asilo, tales los privilegios de ciertas clases, en parte reconocidos por la fuerza legal, en parte tolerados con hostil silencio, o impugnados con vanas protestas, pero sostenidos de hecho y defendidos por aquellas clases, con actividad interesada, y con celoso pundonor. Ahora bien, esta impunidad, amenazada e insultada, mas no destruida por los bandos, debía naturalmente, a cada amenaza, a cada insulto, emplear nuevos esfuerzos y nuevos ardides, para mantenerse. Así ocurría, en efecto; y, al aparecer los bandos encaminados a reprimir a los violentos, éstos buscaban en su fuerza real nuevos medios más oportunos para seguir haciendo lo que los bandos prohibían. Aquéllos podían, sí, estorbar a cada paso, y molestar al hombre pacífico, que careciese de fuerza propia y de protección; pues, con el fin de tener en el puño a cada hombre, para prevenir y castigar todo delito, sometían cada movimiento del ciudadano privado a la voluntad arbitraria de toda suerte de ejecutores. Pero quien, antes de cometer el delito, había tomado sus medidas para refugiarse a tiempo en un convento, en un palacio, donde los esbirros nunca se hubieran atrevido a poner los pies, quien, sin ninguna otra precaución, llevaba una librea que forzaba a tomar su defensa a la vanidad y el interés de una familia poderosa, de toda una casta, tenía mano libre para sus manejos, y podía reírse de todo el griterío de los bandos. En cuanto a los mismos a quienes les estaba encomendado hacerlos respetar, algunos pertenecían por nacimiento a la parte privilegiada, otros dependían de ella por clientelismo; todos, por educación, por interés, por costumbre, por imitación, habían abrazado sus principios, y se habrían guardado muy

mucho de ofenderlos, por respeto a un pedazo de papel pegado en las esquinas. Además, los hombres encargados de su ejecución inmediata, aun si hubieran sido decididos como héroes, obedientes como frailes, y prontos al sacrificio como mártires, no hubieran podido cumplir su cometido, siendo como eran inferiores en número a aquellos a quienes se trataba de doblegar, y con gran probabilidad de ser abandonados por quien, en abstracto, y, por así decirlo, en teoría, les ordenaba actuar. Pero, además de esto, tales hombres eran por lo general los más abyectos e indeseables sujetos de su tiempo; su oficio era considerado vil incluso por aquellos que podían temerlo, y su mismo nombre, un insulto. Era, pues, muy natural que éstos, en vez de arriesgar, más aún, de perder su vida en una empresa desesperada, vendieran su inoperancia, o hasta su complicidad a los poderosos, y se limitasen a usar su execrable autoridad y la fuerza que, con todo, tenían, en los casos que no entrañaban peligro; es decir, en oprimir y humillar a los hombres pacíficos e indefensos.

El hombre que quiere hacer daño, o que teme, a cada momento, que se lo hagan a él, busca, como es natural, aliados y compañeros. Así pues, en aquella época había alcanzado su culmen la tendencia de los individuos a coaligarse en clases, a formar otras nuevas, y a procurar cada cual el mayor poder posible para aquella a la que pertenecía. El clero velaba por mantener y extender sus inmunidades, la nobleza sus privilegios, el militar sus exenciones. Los mercaderes, los artesanos estaban afiliados a gremios y cofradías, los jurisconsultos formaban una sociedad, los mismos médicos una corporación. Cada una de estas pequeñas oligarquías tenía una fuerza propia y especial; en cada una de ellas el individuo hallaba la ventaja de emplear en beneficio propio, en proporción a su autoridad y destreza, las fuerzas reunidas de muchos. Los más honrados se valían de esa ventaja tan sólo para su defensa; los astutos y facinerosos se aprovechaban de ella a fin de llevar a cabo fechorías, para las cuales sus medios personales no hubieran bastado, y a fin de garantizar luego su impunidad. Pero las fuerzas de estas distintas agrupaciones eran muy desiguales; y, en el campo principalmente, el hombre rico y violento, con una cuadrilla de bravos en torno suyo, y una población de campesinos avezados a ello, por tradición familiar, y empujados o forzados a considerarse casi como súbditos o soldados del amo, ejercía un poder, al que difícilmente ninguna otra facción hubiera podido enfrentarse.

Nuestro buen don Abbondio, ni noble, ni rico, aún menos valeroso, se había percatado, pues, casi antes de alcanzar el uso de razón, de que era, en aquella sociedad, como un jarrón de barro, obligado a viajar en compañía de muchos jarrones de hierro. Había, pues, obedecido de muy

buen grado a sus padres, que lo quisieron cura. A decir verdad, no había meditado gran cosa en las obligaciones y los nobles fines del ministerio que abrazaba: sacar para vivir con cierto acomodo, y entrar en una clase respetada y fuerte, le habían parecido dos razones más que suficientes para tal elección. Pero una clase, sea cual sea, no protege al individuo, ni le da seguridad, más que hasta cierto punto: ninguna lo exime de construirse un sistema suyo particular. Don Abbondio, continuamente absorbido por la preocupación de su propia tranquilidad, no se cuidaba de adquirir esas ventajas que, para conseguirlas, requieren empeñarse mucho, o arriesgarse un poco. Su sistema consistía principalmente en evitar todos los conflictos, y en ceder ante aquellos que no podía eludir. Neutralidad desarmada en todas las guerras que estallaban a su alrededor, desde los litigios, entonces frecuentísismos, entre el clero y los poderes laicos, entre el militar y el civil, entre unos nobles y otros, hasta las riñas entre dos campesinos, nacidas de una palabra, y arregladas a puñetazos, o a cuchilladas. Si se veía absolutamente forzado a tomar partido entre dos contendientes, se ponía del lado del más fuerte, aunque siempre en retaguardia, y procurando hacer ver al otro que no era enemigo suyo por su voluntad; parecía decirle: «pero, ¿por qué no ha sabido vuestra merced ser el más fuerte, y yo me hubiera puesto de su parte?» Manteniéndose a prudente distancia de los déspotas, fingiendo no ver sus abusos pasajeros y caprichosos, correspondiendo con sumisiones a los que venían de una intención más seria y meditada, obligando, a fuerza de reverencias, y de jovial respeto, incluso a los más adustos y desdeñosos, a concederle una sonrisa, cuando los encontraba por la calle, el pobre hombre había conseguido pasar de los sesenta, sin grandes borrascas.

No es que no tuviera él su poquito de bilis en el cuerpo; y aquel continuo acopio de paciencia, el dar tan a menudo la razón a los demás, tantos malos tragos engullidos en silencio, se la habían exacerbado hasta tal punto que, si no hubiera podido de vez en cuando desahogarla un poco, su salud se habría resentido sin duda. Pero como después de todo había en el mundo, y a su lado, personas que él conocía perfectamente como incapaces de hacer daño, con ellas podía algunas veces dar rienda suelta al malhumor largo trecho reprimido, y darse el gusto de ser también él un poco lunático, y gritar sin razón. Era además un rígido censor de los hombres que no se conducían como él, mas cuando la censura podía ejercerse sin el más remoto peligro. El apaleado era como mínimo un imprudente; el asesinado había sido siempre un hombre algo turbio. Al que, habiéndose atrevido a defender sus razones contra un poderoso, salía descalabrado, don Abbondio sabía encontrarle siempre alguna culpa;

cosa no difícil, puesto que la razón y la culpa no se separan nunca con un corte tan nítido que cada parte tenga sólo de la una o de la otra. Pero sobre todo clamaba contra aquellos colegas suyos que, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, tomaban partido por un débil oprimido, contra un opresor poderoso. A eso él lo llamaba buscarle las cosquillas al león, querer enderezarles las patas a los perros; decía también severamente, que era meterse en cosas profanas, con menoscabo de la dignidad del sagrado ministerio. Y contra éstos predicaba, pero siempre a solas, o en reducidísimo círculo, con tanta mayor vehemencia, cuanto más se les sabía incapaces de ofenderse por algo que los concerniera personalmente. Tenía además una máxima predilecta, con la cual sellaba siempre sus discursos sobre esas materias: a saber, que a un hombre de bien, que se meta en sus asuntos, y esté en su sitio, no le acaecen nunca malos encuentros.

Piensen ahora mis veinticinco lectores la impresión que causaría en el ánimo del pobre hombre, el que acabamos de relatar. El espanto de aquellas carátulas y de aquellas palabrotas, la amenaza de un señor conocido como uno que no amenazaba en vano, un sistema de vida sosegada, que tantos años de estudio y paciencia le había costado, desbaratado en un instante, y un mal paso del que no se podía ver cómo salir; todos estos pensamientos zumbaban tumultuosamente en la cabeza gacha de don Abbondio. «Si a Renzo se lo pudiese uno quitar de encima con un simple no, bueno; pero querrá saber razones; y ¿qué puedo responderle yo, por amor de Dios? Y, y, y también él es una buena pieza: un cordero si nadie lo toca, pero si se le contradice... ¡Huy! Y luego, y luego, loco perdido por esa Lucía, enamorado como... Rapazotes, que, por no saber qué hacer, se enamoran, quieren casarse, y no piensan en otra cosa; no se hacen cargo de las tribulaciones que le acarrean a un pobre hombre de bien. ¡Ay pobre de mí! ¡Por qué esos energúmenos tenían que cruzarse en mi camino y tomarla conmigo! ¿Qué tengo yo que ver? ¿Soy acaso yo el que quiere casarse? ¿Por qué no han ido a hablar en cambio...? ¡Ah! ¡qué mala estrella la mía!: siempre han de ocurrírseme las buenas ideas cuando ya ha pasado la oportunidad... Si hubiera pensado en sugerirles que fuesen a llevar su embajada...» Pero, en aquel momento, advirtió que el arrepentirse de no haber sido consejero y cómplice de una iniquidad era algo demasiado inicuo; y dirigió toda la rabia de sus pensamientos contra aquel otro que así venía a quitarle su paz. No conocía a don Rodrigo sino de vista y de fama, ni nunca había tenido trato con él, salvo tocar el pecho con la barbilla, y el suelo con la punta del sombrero, las pocas veces que lo había encontrado por la calle. Le había

acontecido defender, en más de una ocasión, la reputación de aquel señor, contra los que, en voz baja, suspirando y levantando los ojos al cielo, maldecían alguna acción suya: mil veces había dicho que era un respetable caballero. Pero, en aquel momento, le dio en su fuero interno todos los calificativos que nunca había escuchado en boca de los demás, sin interrumpirlos apresuradamente con un ¡alto ahí! Cuando llegó, entre el tumulto de tales pensamientos, ante la puerta de su casa, que estaba al final del pueblo, metió aprisa en la cerradura la llave, que ya tenía en la mano; abrió, entró, volvió a cerrar diligentemente: y, ansioso por encontrarse en compañía de confianza, llamó al punto:

—¡Perpetua! ¡Perpetua! —encaminándose al mismo tiempo hacia la sala, donde seguramente aquélla estaría preparando la mesa para la cena. Era Perpetua, como todos imaginarán, la criada de don Abbondio: criada afectuosa y fiel, que sabía obedecer y mandar, según los casos, tolerar a tiempo las regañinas y las manías del amo, y hacerle soportar a tiempo las suyas, que de día en día se hacían más frecuentes, desde que había superado la edad sinodal de los cuarenta, quedándose soltera, por haber rechazado todos los partidos que se le habían presentado, según decía ella, o por no haber encontrado perro que le ladrase, según decían sus amigas.

—Ya voy —respondió, colocando sobre la mesa, en el sitio de costumbre, el frasco con el vino predilecto de don Abbondio, y echó a andar lentamente; pero, no había tocado aún el umbral de la sala, cuando entró él, con un paso tan inseguro, una mirada tan sombría, un rostro tan alterado, que ni siquiera hubiesen hecho falta los ojos expertos de Perpetua, para descubrir a primera vista que le había ocurrido algo verdaderamente extraordinario.

—¡Válgame Dios! ¡Qué le pasa, mi amo!

—Nada, nada —respondió don Abbondio, dejándose caer jadeante encima de su sillón.

—¿Cómo que nada? ¡Va a engañarme a mí! ¿Con esa cara? Algo gordo ha pasado.

—¡Oh, por amor de Dios! Cuando digo que nada, o es nada, o es algo que no puedo decir.

—¿Que no me puede decir ni a mí siquiera? ¿Quién cuidará de su salud? ¿Quién le dará un consejo?

—¡Ay de mí! Callad y no traigáis más cena: dadme un vaso de mi vino.

—¡Y querrá hacerme creer que no le pasa nada! —dijo Perpetua, llenando el vaso, y quedándose luego con él en la mano, como si no quisiera darlo sino en premio por la confidencia que tanto se hacía esperar.

—Traed, traed aquí —dijo don Abbondio, cogiéndole el vaso, con mano no muy firme, y vaciándolo aprisa, como si fuera una medicina.

—¿Quiere acaso que me vea obligada a ir preguntando por ahí lo que le ha pasado a mi amo? —dijo Perpetua, erguida ante él, con las manos en las caderas, y los codos en punta, mirándolo de hito en hito, como queriendo sorber de sus ojos el secreto.

—¡Por amor de Dios!, nada de chismes, nada de alborotos: ¡me va en ello... me va en ello la vida!

—¡La vida!

—La vida.

—Bien sabe vuestra merced que cuando me ha hablado sinceramente, cuando me ha hecho una confidencia, yo nunca...

—¡Sí, sí! como cuando...

Perpetua comprendió que había dado un paso en falso; de modo que, cambiando al punto de terreno —Señor —dijo, con voz conmovida y conmovedora—, yo siempre le he tenido afecto; y, si ahora quiero saber lo que ocurre, es por cariño, porque quisiera poder ayudarle, darle un buen consejo, levantarle el ánimo...

El hecho es que don Abbondio tenía quizá tanta gana de descargarse de su doloroso secreto, como Perpetua de conocerlo; conque, después de rechazar cada vez más débilmente los nuevos y más apremiantes asaltos de ella, tras haberle hecho jurar repetidas veces que no rechistaría, por fin, con muchas interrupciones, con muchos «ay de mí», le contó el desdichado suceso. Cuando se llegó al nombre terrible del emisario, fue menester que Perpetua pronunciase un nuevo y más solemne juramento; y don Abbondio, una vez pronunciado aquel nombre, se desplomó sobre el respaldo del sillón, con un gran suspiro, levantando las manos, con un gesto a la vez de orden y de súplica, y diciendo:

—¡Por amor de Dios!

—¡Una de las suyas! —exclamó Perpetua— ¡Ah, qué bribón!, ¡ah, qué tirano!, ¡ah, qué hombre sin temor de Dios!

—¿Queréis callaros?, ¿o queréis acabar de perderme?

—¡Oh!, aquí estamos solos y nadie nos oye. Pero, ¿qué va a hacer, pobre amo mío?

—¡Ahí tienen —dijo don Abbondio, con voz desabrida—, ahí tienen los buenos consejos que me sabe dar esta mujer! Me pregunta lo que voy a hacer, ¡lo que voy a hacer!; como si fuera ella la que está en el aprieto, y me tocase a mí sacarla de él.

—Ea, yo bien tendría un pobre consejo que darle; pero luego...

—Pero luego,... oigamos.

—Mi consejo sería que, como todos dicen que nuestro arzobispo es un santo, un hombre de mano firme, y que no tiene miedo de nadie, y, cuando puede pararle los pies a uno de esos tiranos, para apoyar a un párroco, disfruta; yo diría, vamos digo, que le escriba vuestra merced una buena carta, para informarlo de cómo mismamente...

—¿Queréis callaros?, ¿queréis callaros? ¿Son consejos estos para dárselos a un infeliz? Cuando me pegasen un tiro por la espalda, ¡Dios nos libre!, ¿me lo iba a quitar el arzobispo?

—¡Huy!, los tiros no se dan por ahí como rosquillas: ¡Aviados estaríamos si esos perros mordieran todas las veces que ladran! Yo he visto siempre que al que sabe enseñar los dientes, y darse a valer, se le tiene respeto; y, precisamente, como vuestra merced nunca quiere plantarle cara a nadie, hemos llegado al extremo de que todos vienen, con perdón, a...

—¿Queréis callaros?

—Ya me callo; pero es verdad que cuando la gente ve que uno siempre, en cualquier aprieto, está dispuesto a bajarse los...

—¿Queréis callaros? ¿Es éste momento para decir tales necedades?

—En fin: ya pensará en ello esta noche; pero entre tanto no empiece a hacerse daño por sí mismo, a estropearse la salud; tome un bocado.

—Pensar en ello —respondió, rezongando, don Abbondio—, claro; yo pensaré en ello, soy yo quien ha de pensar en ello —y se levantó, prosiguiendo—: No quiero tomar nada; nada: de otra cosa tengo yo gana: ya lo sé que he de pensar en ello. ¡Ay!, a mí precisamente había de ocurrirme.

—Trate de tomar al menos este otro sorbito —dijo Perpetua, escanciando—. Ya sabe vuestra merced que eso le arregla siempre el estómago.

—¡Ah!, otra cosa haría falta, otra cosa, otra cosa.

Diciendo esto, cogió el candil, y, sin dejar de rezongar:

—¡Una pequeña bagatela! ¡A un hombre de bien como yo! ¿Y mañana qué pasará?— y otras lamentaciones por el estilo, echó a andar camino de su cuarto. Llegado al umbral, se volvió hacia Perpetua, púsose el dedo en la boca, dijo, con tono lento y solemne:

—¡Por amor de Dios!— y desapareció.

CAPÍTULO II

CUENTAN que el príncipe de Condé durmió profundamente la noche anterior a la jornada de Rocroi: pero, en primer lugar, estaba muy cansado; en segundo lugar, ya había dado todas las disposiciones necesarias, y

establecido lo que debía hacer, por la mañana. Don Abbondio en cambio no sabía aún sino que el siguiente sería día de batalla; así pues, una gran parte de la noche la gastó en deliberaciones angustiosas. No hacer caso de la feroz intimación, ni de las amenazas, y celebrar la boda, era un partido que no quiso tan siquiera tomar en consideración. Confiarle a Renzo lo sucedido, y buscar con él algún medio... ¡Dios nos libre! «Ni una palabra... de lo contrarío... ¡ejem!», había dicho uno de aquellos bravos; y, al retumbar aquel ¡ejem! en su mente, don Abbondio, no sólo no pensaba en transgredir semejante ley, sino que se arrepentía incluso de haberse ido de la lengua con Perpetua. ¿Huir? ¿A dónde? ¡Y después! ¡Cuántos embrollos, y cuántas explicaciones que dar! A cada partido que descartaba, el pobre hombre daba una vuelta en el lecho. El que, por todos conceptos, le pareció mejor o menos malo, fue el de ganar tiempo, dándoles largas a Renzo. Se acordó muy a punto de que faltaban pocos días para la época de prohibición de las bodas; «y, si puedo tener a raya por estos pocos días, a ese rapazote, me quedan luego dos meses de respiro; y, en dos meses, pueden pasar muchas cosas.» Rumió posibles pretextos que sacar a relucir; y, aunque le parecieron un poco endebles, se tranquilizaba, sin embargo, con la idea de que su autoridad los haría parecer de mayor peso, y que su larga experiencia le daría ventaja sobre un mozuelo ignorante. «Ya veremos», decía para sí: «él piensa en su novia; pero yo pienso en mi pellejo: el más interesado de los dos soy yo, sin contar con que soy el más hábil. Hijo mío, si te pican las ganas de casarte, allá tú; pero yo no quiero pagar los platos rotos». Aquietado así algún tanto su espíritu en una resolución pudo finalmente conciliar el sueño: ¡pero, qué sueño! ¡qué sueños! Bravos, don Rodrigo, Renzo, veredas, barrancos, huidas, persecuciones, gritos, disparos.

El primer despertar tras una desgracia, o en un aprieto, es un momento muy amargo. La mente, apenas recobrada, acude a los pensamientos habituales de la tranquila vida anterior; pero la idea del nuevo estado de cosas se introduce de pronto sin contemplaciones; y el desagrado es más vivo ante ese contraste repentino. Saboreado dolorosamente aquel momento, don Abbondio recapituló enseguida sus proyectos de la noche, se ratificó en ellos, los ordenó mejor, se levantó, y se puso a esperar a Renzo con miedo y, a la vez, con impaciencia.

Lorenzo, o como decían todos, Renzo, no se hizo esperar mucho. Apenas le pareció buena hora para poder, sin indiscreción, presentarse ante el párroco, fue, con el alegre ímpetu de un hombre de veinte años que va a casarse ese día con aquella a quien ama. Desde la adolescencia se había quedado sin padres, y ejercía el oficio de tejedor de seda, hereditario, por

decirlo así, en su familia; profesión, años atrás, muy lucrativa; entonces ya en decadencia, pero no hasta el punto de que un operario diestro no pudiese sacar para vivir honradamente. El trabajo iba mermando de día en día; pero la continua emigración de los obreros, atraídos en los estados vecinos por promesas, privilegios, y buenas pagas, hacía que no les faltase todavía a quienes se quedaban en el país. Además, poseía Renzo un pequeño terreno que le trabajaban y que trabajaba él mismo cuando la hilandería estaba parada; de modo que, para su condición, podía considerarse acomodado. Y aunque aquel año era aún más escaso que los anteriores, y ya empezaba a dejarse sentir cierta carestía, sin embargo, nuestro joven, que, desde que había puesto los ojos en Lucía, se había vuelto ecónomo, se encontraba bastante bien provisto, y no debía combatir contra el hambre. Apareció ante don Abbondio, vestido de gran gala, con plumas de varios colores en el sombrero, su puñal de mango fino en el bolsillo de los calzones, cierto aire de fiesta y a la vez de bravuconería, común entonces hasta en los hombres más pacíficos. La acogida vacilante y misteriosa de don Abbondio produjo un contraste singular con la actitud jovial y resuelta del mozo.

«Puede que tenga alguna preocupación», argüyó Renzo para sus adentros; luego dijo:

—Señor cura, he venido para saber a qué hora le conviene que nos encontremos en la Iglesia.

—¿De qué día me habláis?

—¿Cómo que de qué día? ¿No recuerda que se ha fijado para hoy?

—¿Hoy? —replicó don Abbondio, como si oyese hablar de ello por primera vez—. Hoy, hoy... tened paciencia, pero hoy no puedo.

—¡Que hoy no puede! ¿Qué ha pasado?

—Ante todo, que no me encuentro bien, ya veis.

—Lo siento; pero lo que ha de hacer es cosa de tan poco tiempo, y de tan poco trabajo...

—Y además, y además, y además...

—Y además, ¿qué?

—Y además, hay embrollos.

—¿Embrollos?, qué embrollos puede haber?

—Quisiera veros en nuestro lugar, para que supierais cuántos enredos nacen en estos asuntos, cuántas cuentas se han de rendir. Yo tengo el corazón demasiado blando, no pienso sino en quitar de en medio los obstáculos, en facilitarlo todo, en hacer las cosas a gusto de los demás, y descuido mi deber; y luego, cargo con las reprimendas, y con algo peor.

—Pero, en nombre el cielo, no me tenga sobre ascuas, y dígame sin rodeos lo que pasa.

—¿Sabéis vos cuántas, cuántas formalidades hacen falta para celebrar un casamiento en regla?

—Algo tendré que saber yo —dijo Renzo, empezando a inmutarse—, puesto que bastante me ha traído ya vuestra merced de cabeza, estos días pasados. Pero, ¿ahora no estaba ya todo arreglado?, ¿no se había hecho todo lo que debía hacerse?

—Sí, sí, todo, eso creéis vos: porque, mirad, el asno soy yo, que descuido mi deber, para no hacer penar a la gente. Pero ahora..., en fin, yo sé lo que me digo. Los pobres párrocos estamos entre la espada y la pared: vos, impaciente; os compadezco, pobre joven; y los superiores... basta, no se puede decir todo. Y somos nosotros quienes pagamos los platos rotos.

—Pero, explíqueme de una vez cuál es esa otra formalidad que ha de hacerse, como dice vuestra merced; y la hacemos en un santiamén.

—¿Sabéis vos cuántos son los impedimentos dirimentes?

—¿Qué quiere que sepa yo de impedimentos?

—*Error, conditio, votum, cognatio, crimen, cultus, disparitas, vis, ordo, ligamen, honestas, si sis affinis*... empezó a decir don Abbondio, contando con las puntas de los dedos.

—¿Se burla de mí? —interrumpió el joven— ¿Qué quiere que entienda yo de su *latinorum*.

—Pues, si no sabéis las cosas, tened paciencia, y dejadlo en manos de quien sabe.

—¡Voto a...!

—Vamos, querido Renzo, no os encolericéis, que yo estoy dispuesto a hacer... todo lo que dependa de mí. Yo, yo quisiera veros contento; os tengo afecto. ¡Ah!..., cuando pienso lo bien que estabais; ¿qué os faltaba? Se os ha metido en la cabeza casaros...

—Pero, ¿qué está diciendo, señor mío? —estalló Renzo, con un rostro entre atónito e iracundo.

—Hablaba por hablar, calmaos, hablaba por hablar. Quisiera veros contento.

—En resumen...

—En resumen, hijo mío, yo no tengo la culpa; la ley no la he hecho yo. Y, antes de celebrar una boda, nosotros estamos obligados a hacer muchas, muchas averiguaciones, para asegurarnos de que no hay impedimentos.

—Pero, bueno, dígame de una vez por todas qué impedimento se ha encontrado.

—Tened paciencia, no son cosas que puedan dilucidarse en un decir Jesús. No será nada, espero; no obstante, estas averiguaciones tenemos que hacerlas. El texto habla bien claro: *antequam matrimonio denunciet*...

—Ya le he dicho que no quiero latines.

—Pero tengo que explicaros...

—Pero, ¿no ha hecho ya esas averiguaciones?

—No las he hecho todas, como hubiera debido, os digo.

—¿Por qué no las hizo a su debido tiempo?, ¿por qué decirme que todo estaba arreglado?, ¿por qué esperar...?

—¡Eso!, me reprocháis mi excesiva buena voluntad. Lo he facilitado todo para atenderos antes: pero..., pero ahora me han llegado..., basta, yo sé lo que me digo.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Tener paciencia por unos días. Hijo mío, unos días no son la eternidad: tened paciencia.

—¿Cuánto tiempo?

«Ya estamos en buen puerto», pensó para sí don Abbondio; y con un tono más persuasivo que nunca: Vamos —dijo—, en quince días trataré,... procuraré...

—¡Quince días!, ¡oh, ésta sí que es buena! Hemos hecho todo lo que ha querido vuestra merced; se ha fijado el día, el día llega; ¡y ahora vuestra merced me sale con que espere quince días! Quince... —prosiguió luego, con voz más alta y airada, extendiendo el brazo, y agitando el puño en el aire; y quién sabe qué disparate habría añadido detrás de aquel número, si don Abbondio no lo hubiese interrumpido, cogiéndole la otra mano, con ternura tímida y solícita:

—Vamos, vamos, no os alteréis, por amor de Dios. Veré, trataré de ver si, en una semana...

—Y a Lucía ¿qué le digo?

—Que ha sido un error mío.

—¿Y las habladurías de la gente?

—Decidle a todos que me he equivocado yo, por demasiada prisa, por demasiado buen corazón: echadme a mí toda la culpa. ¿Puedo hablar más claro? Vamos, una semana.

—¿Y luego, no habrá ya más impedimentos?

—Si os digo...

—Está bien: tendré paciencia por una semana; pero recuerde que cuando pase, no me contentaré ya con palabras. Ahora, beso a vuesa merced la mano —y dicho esto, se fue, haciendo a don Abbondio una reverencia

menos profunda que de costumbre, y lanzándole una ojeada más expresiva que respetuosa.

Ya fuera, y andando con paso desganado, por primera vez, hacia la casa de su novia, en medio de su rabia, volvía con la mente a aquel coloquio; y cada vez lo encontraba más extraño. La acogida fría y embarazada de don Abbondio, aquel modo de hablar embarullado y al mismo tiempo impaciente, aquellos ojos grises que, mientras hablaba, escapaban de un lado para otro, como si tuvieran miedo de encontrarse con las palabras que salían de su boca, aquel hacerse casi de nuevas de la boda tan expresamente concertada, y sobre todo aquel aludir continuamente a algo muy grave, sin decir nunca nada claro; todas esas circunstancias reunidas hacían pensar a Renzo que debajo de ello debía de ocultarse algún misterio distinto del que don Abbondio había querido hacer creer. Estuvo el joven dudando un momento si volver atrás, para apretarle las clavijas y hacerle hablar más claro; pero, al levantar los ojos, vio a Perpetua que caminaba delante de él, y entraba en un huertecito poco distante de la casa. La llamó, mientras abría la puerta, apresuró el paso, la alcanzó, la paró en la entrada y, con el propósito de sonsacarle algo más concreto, se puso a charlar con ella.

—Buenos días, Perpetua: yo esperaba que hoy lo festejaríamos todos juntos.

—¡Ay!, es la voluntad de Dios, pobre Renzo mío.

—Hacedme un favor: ese bendito del señor cura me ha embarullado con unas razones que no he entendido bien: explicadme vos por qué no puede o no quiere casarnos hoy.

—¡Oh!, ¿creéis acaso que yo conozco los secretos de mi amo?

«Ya lo decía yo, que aquí había algún misterio», pensó Renzo; y para sacarlo a la luz, prosiguió:

—Vamos, Perpetua; somos amigos; decidme lo que sabéis, ayudad a un pobre joven.

—Mala cosa es nacer pobre, querido Renzo.

—Verdad es —continuó éste, confirmándose aún más en sus sospechas; e, intentando acercarse más al meollo del asunto—, verdad es —añadió—, pero, ¿han de tratar los curas mal a los pobres?

—Oídme, Renzo; yo no puedo decir nada, porque... nada sé; pero lo que os puedo asegurar es que mi amo no quiere haceros daño, ni a vos ni a nadie; y que él no tiene ninguna culpa.

—¿Quién la tiene entonces? —preguntó Renzo con un tono indiferente, pero con el corazón en vilo, y el oído alerta.

—Cuando os digo que no sé nada... En defensa de mi amo, puedo hablar; porque me sabe mal oír que se le culpa de querer hacerle daño a alguien. ¡Pobre hombre!, si de algo peca, es de demasiado bueno. ¡Hay en este mundo unos bribones, unos prepotentes, unos hombres sin temor de Dios!...

«¡Prepotentes!, ¡bribones!», pensó Renzo: «esos no pueden ser los superiores».

—Vamos —dijo luego, ocultando a duras penas su creciente agitación—, vamos, decidme quién es.

—¡Ah! queréis hacerme hablar; y yo no puedo hablar, porque... no sé nada: cuando digo que no sé nada, es como si hubiese jurado callar. Podríais darme mancuerda, y no me sacaríais una palabra. Adiós; estamos perdiendo el tiempo los dos—. Diciendo esto, entró aprisa en el huerto, y cerró la puerta. Renzo, contestándole con un saludo, volvió atrás muy despacito para que no se diese cuenta del camino que tomaba; pero, una vez estuvo fuera del alcance de su oído, apretó el paso; en un segundo llegó ante la puerta de don Abbondio; entró, fue derecho a la sala donde lo había dejado, allí lo encontró, y corrió hacia él, con ademán atrevido, y mirada extraviada.

—¡Eh!, ¡eh!, ¿qué novedad es ésta?— dijo don Abbondio.

—¿Quién es ese prepotente —dijo Renzo, con la voz de un hombre que está resuelto a obtener una respuesta precisa—, quién es ese prepotente que no quiere que yo me case con Lucía?

—¿Qué?, ¿qué?, ¿qué? —balbució el pobre sorprendido, con un rostro que en un instante se puso pálido y fláccido como un trapo recién lavado. Y, sin dejar de farfullar, saltó del sillón, para lanzarse a la puerta. Pero Renzo, que debía esperarse aquel movimiento, y estaba alerta, se abalanzó antes sobre ella, dio vuelta a la llave, y se la guardó en el bolsillo.

—¡Ah!, ¡ah! ¿Va a hablar ahora, señor cura? Todos conocen mis asuntos, menos yo. ¡Cuerpo de tal!, quiero conocerlos también yo. ¿Cómo se llama ese hombre?

—¡Renzo! ¡Renzo! ¡Por Dios!, mirad lo que hacéis; pensad en vuestra alma.

—Pienso que quiero saberlo enseguida, al instante—. Y diciendo esto, puso, quizá sin advertirlo, la mano en el mango del puñal que sobresalía de su bolsillo.

—¡Válgame Dios! —exclamó con voz desfallecida don Abbondio.

—Quiero saberlo.

—¿Quién os ha dicho...?

—No, no; se acabaron los embustes. Hable claro y enseguida.

—¿Queréis verme muerto?
—Quiero saber lo que tengo que saber.
—Pero, si hablo, soy hombre muerto. ¿No os importa nada mi vida?
—Hable, ya.
Aquel «ya» fue pronunciado con tal energía, el aspecto de Renzo se volvió tan amenazador, que don Abbondio no pudo ni siquiera imaginar la posibilidad de desobedecer.
—Me prometéis, me juráis —dijo— que no hablaréis con nadie, que no diréis nunca...
—Le prometo que hago un disparate, si vuestra merced no me dice ahora mismo el nombre de esa persona.
Ante aquella nueva intimación, don Abbondio, con el rostro y la mirada de uno que tiene en la boca las tenazas del sacamuelas, profirió:
— Don...
—¿Don? —repitió Renzo, como para ayudar al paciente a echar fuera lo demás; y estaba encorvado, con el oído inclinado sobre su boca, con los brazos extendidos y los puños apretados hacia atrás.
—¡Don Rodrigo! —profirió aprisa el forzado, arrojando precipitadamente aquellas pocas sílabas, y arrastrando las consonantes, en parte por la agitación, en parte porque, dedicando la poca atención que le quedaba libre, a hacer una transacción entre los dos temores, parecía querer escamotear y hacer desaparecer la palabra, en el momento mismo en que se veía obligado a echarla afuera.
—¡Ah, perro! —gritó Renzo—. ¿Y cómo ha hecho? ¿Qué le ha dicho para...?
—¿Cómo, eh?, ¿cómo? —respondió, con voz casi desdeñosa, don Abbondio, el cual, después de tan gran sacrificio, se sentía en cierto modo ahora convertido en acreedor—. ¿Cómo, eh? Os hubiera querido ver a vos en ese trance, como me he visto yo, que nada tengo que ver en esto; y seguramente ya no tendríais todos esos pájaros en la cabeza —y aquí se puso a pintar con terribles colores el mal encuentro; y, mientras hablaba, advirtiendo cada vez más una gran cólera que tenía en el cuerpo, hasta entonces escondida y envuelta en el miedo, y viendo al mismo tiempo que Renzo, entre la rabia y la confusión, se había quedado inmóvil, con la cabeza gacha, prosiguió tranquilamente:
—¡Bonita acción habéis cometido!, ¡buen favor me habéis hecho! ¡Jugarle semejante mala pasada a un hombre de bien, a vuestro párroco!, ¡en su casa!, ¡en lugar sagrado! ¡Bonita proeza habéis hecho! ¡Para arrancarme de la boca mi desgracia, vuestra desgracia!, ¡lo que yo ocultaba por prudencia, por vuestro bien! ¿Y ahora que lo sabéis? ¡Bueno estaría que

me...! ¡Por amor de Dios! No gastemos bromas. No se trata de culpa o razón; se trata de fuerza. Y cuando, esta mañana, os daba un buen consejo... ¡ah!, enseguida a gritar. Yo tenía buen juicio por vos y por mí; pero ¡quiá! Abrid al menos; dadme mi llave.

—Puedo haber faltado —respondió Renzo, con voz dulcificada para con don Abbondio, pero en la cual se percibía el furor contra el enemigo descubierto—, puedo haber faltado; pero, póngase la mano en el corazón, y piense si en mi caso...

Diciendo esto, se había sacado la llave del bolsillo, y echaba a andar para abrir la puerta. Don Abbondio fue tras él, y, mientras giraba la llave en la cerradura, se le acercó y, con rostro serio y ansioso, levantando ante sus ojos los tres primeros dedos de la mano derecha, como para ayudarlo también él.

—Jurad al menos... —le dijo.

—Puedo haber faltado; y perdóneme vuestra merced —respondió Renzo, abriendo, y disponiéndose a salir.

—Jurad... —replicó don Abbondio, asiéndole el brazo con mano trémula.

—Puedo haber faltado —repitió Renzo, soltándose; y salió disparado, zanjando así el debate, que, como cualquier disputa sobre literatura, filosofía u otra materia, habría podido durar siglos, pues cada una de las partes no hacía sino repetir su propio argumento.

—¡Perpetua! ¡Perpetua! —gritó don Abbondio, tras haber llamado en vano al fugitivo. Perpetua no responde: don Abbondio ya no sabía en qué mundo vivía. Les ha ocurrido más de una vez a personajes de mucha más alcurnia que don Abbondio, encontrarse en trances tan molestos, en tal incertidumbre sobre el partido que tomar, que les pareció un óptimo remedio meterse en cama con fiebre. Ese remedio, él no tuvo que buscarlo, porque vino por sí solo. El miedo del día anterior, la vela angustiosa de la noche, el espanto que acababa de pasar en aquel momento, la ansiedad por el futuro, surtieron su efecto. Sin aliento y atronado, se sentó de nuevo en el sillón, empezó a sentir escalofríos en los huesos, se miraba las uñas suspirando, y llamaba de cuando en cuando, con voz temblorosa y desabrida:

—¡Perpetua! —vino ella finalmente, con una gran col bajo el brazo, y la cara impasible, como si nada hubiera ocurrido. Le ahorro al lector las lamentaciones, los reproches, las acusaciones, las defensas, los «sólo vos habéis podido hablar», y «yo no he hablado», en fin, todos los dimes y diretes de aquel coloquio. Baste decir que don Abbondio ordenó a Perpetua echar la tranca a la puerta, y no volver a abrir por ninguna razón, y, si alguien llamaba, contestar por la ventana que el señor cura estaba en

cama con fiebre. Subió luego lentamente las escaleras, diciendo, cada tres peldaños:

—Estoy despachado —y se metió de verdad en la cama, donde lo dejaremos. Renzo entre tanto caminaba con paso furioso hacia su casa, sin haber decidido lo que iba a hacer, pero con un gran deseo encima de hacer algo extraordinario y terrible. Los provocadores, los tiranos, todos los que, de un modo u otro, ofenden al prójimo, son reos, no sólo del mal que cometen, sino también de la perversión que llevan al ánimo de los ofendidos. Renzo era un hombre pacífico y enemigo de derramar sangre, un joven sincero e incapaz de cualquier insidia; pero en aquellos momentos, su corazón latía sólo por el homicidio, su mente no estaba ocupada sino en imaginar alguna traición. Hubiera querido correr a casa de don Rodrigo, aferrarlo por el cuello, y..., mas recordaba que era como una fortaleza, guarnecida de bravos por dentro, y vigilada por fuera; que sólo los amigos y servidores bien conocidos entraban en ella libremente, sin ser registrados de pies a cabeza; que un pobre artesano desconocido no podría entrar sin previo examen, y que él sobre todo... él sería allí quizá demasiado conocido. Se figuraba entonces que cogía su escopeta, se agazapaba tras un matorral, esperando si acaso, si acaso aquel hombre pasaba solo por allí; y, adentrándose, con feroz complacencia, en aquella fantasía, se figuraba oír unas pisadas, aquellas pisadas, levantar sigilosamente la cabeza; reconocía al malvado, tendía la escopeta, apuntaba, disparaba, lo veía caer y dar las boqueadas, le lanzaba una maldición, y corría al camino del confín para ponerse a salvo. «¿Y Lucía?» Apenas esa palabra se interpuso en medio de aquellas turbias fantasías, los mejores pensamientos a los que estaba habituada la mente de Renzo, entraron en tropel. Acudieron a ella los últimos recuerdos de sus padres, se acordó de Dios, de la Virgen y de los santos, pensó en el alivio que tantas veces había sentido al hallarse libre de delitos, en el horror tantas veces experimentado al oír contar un homicidio; y despertó de aquel sueño de sangre, con espanto, con remordimiento, y a la vez con una especie de júbilo por no haber hecho otra cosa que imaginar. Pero el recuerdo de Lucía, ¡cuántos otros pensamientos traía consigo! ¡Cuántas esperanzas, cuántas promesas, un futuro tan ansiado, y tan tenido por seguro, y aquel día tan suspirado! ¿Y cómo, con qué palabras anunciarle una noticia como aquélla? Y luego, ¿qué partido tomar? ¿Cómo hacerla suya, a despecho de la fuerza de aquel inicuo poderoso? Y junto con todo esto, no una sospecha bien formada, pero sí una sombra atormentadora cruzaba por su mente. Aquel abuso de don Rodrigo no podía haber nacido sino de una brutal pasión por Lucía. ¿Y Lucía? Que le hubiese dado a aquel hombre la

menor ocasión, la más leve esperanza, no era un pensamiento que pudiera detenerse en la mente de Renzo un solo instante. ¿Pero, sabía ella algo? ¿Podía él haber concebido aquella infame pasión, sin que ella lo advirtiese? ¿Habría llevado las cosas tan lejos sin antes haberla tentado de alguna manera? ¡Y Lucía nunca le había dicho una palabra a él!, ¡a su prometido!

Embebido en tales pensamientos, pasó por delante de su casa que estaba en el centro del pueblo, y atravesándolo, se encaminó a la casa de Lucía, que se hallaba al final, o mejor dicho, ya un poco fuera. Tenía aquella casita delante un pequeño corral que la separaba del camino, y estaba cercado por una tapia baja. Renzo entró en el corral, y oyó un confuso y continuo zumbido que venía de una habitación de arriba. Se figuró que serían amigas y vecinas, llegadas para acompañar a la novia; y no quiso presentarse ante aquel comadreo, con la noticia que traía en el cuerpo y pintada en la cara. Una chiquilla que se hallaba en el patio corrió a su encuentro gritando: ¡El novio! ¡El novio!

—¡Calla, Bettina, calla! —dijo Renzo— Ven aquí; sube donde Lucía, llévala aparte, y dile al oído... pero cuidado con que nadie te oiga, ni sospeche nada, bueno... dile que debo hablarle, que la espero abajo, en la sala, y que venga enseguida —la chiquilla subió a toda prisa las escaleras, contenta y ufana de llevar un recado secreto.

Lucía salía en aquel momento toda compuesta de las manos de su madre. Las amigas se disputaban a la novia, y le hacían fuerza para que se dejase ver; y ella se zafaba, con esa modestia un poco guerrera de las campesinas, poniendo el codo ante la cara como escudo, agachando ésta sobre el pecho, y frunciendo las largas y negras cejas, mientras la boca, en cambio, se distendía en una sonrisa. Los negros y juveniles cabellos partidos en la frente, con una raya blanca y fina, se recogían detrás de la cabeza, en múltiples rodetes, atravesados por largos alfileres de plata, que se distribuían todo alrededor, casi a modo de rayos de una aureola, como todavía se usa entre las campesinas milanesas. En torno al cuello tenía una sarta de granates alternados con bolitas de oro afiligranado: llevaba un hermoso corpiño de brocado floreado, con las mangas separadas y atadas con bonitas cintas: una falda corta de hiladillo de seda, de pliegues menudos y abundantes, unas medias carmesí, unas zapatillas también de seda, bordadas. Además de esto, que era el ornamento especial del día de la boda, Lucía tenía el cotidiano de una modesta belleza, realzada entonces por las variadas emociones que se pintaban en su cara: un júbilo mitigado por una leve turbación, esa plácida congoja que asoma de cuando en cuando al rostro de las novias, y, sin alterar su belleza, le

confiere un carácter particular. La pequeña Bettina se metió en el corrillo, se acercó a Lucía, le hizo entender hábilmente que tenía algo que comunicarle, y le dijo su secreto al oído.

—Voy un momento y vuelvo —les dijo Lucía a las mujeres; y bajó aprisa. Al ver la cara demudada, y la actitud inquieta de Renzo— ¿Qué pasa? —dijo, no sin un presentimiento de terror.

—¡Lucía! —respondió Renzo— por hoy, todo se ha ido al traste; y Dios sabe cuándo podremos ser marido y mujer.

—¿Qué? —dijo Lucía toda azorada. Renzo le contó brevemente el suceso de aquella mañana: ella escuchaba con angustia: y cuando oyó el nombre de don Rodrigo —¡Ah! —exclamó ruborizándose y temblando—, ¡hasta ese extremo!

—¿Luego vos sabíais...? —dijo Renzo.

—¡Por desgracia! —respondió Lucía—, ¡pero hasta ese extremo!

—¿Qué es lo que sabíais?

—No me hagáis hablar ahora, no me hagáis llorar. Corro a llamar a mi madre, y a decirle a las mujeres que se vayan: tenemos que estar solos —mientras ella se alejaba, Renzo murmuró:

—Nunca me habíais dicho nada.

—¡Ah, Renzo! —respondió Lucía, volviéndose un momento, sin detenerse. Renzo comprendió muy bien que su nombre pronunciado en ese momento, con aquel tono, por Lucía, quería decir: ¿podéis dudar que yo haya callado por motivos que no sean justos y puros?

Mientras tanto la buena Agnese (así se llamaba la madre de Lucía), intrigada y algo picada su curiosidad por el secretillo dicho al oído, y la desaparición de su hija, había bajado a ver qué pasaba. Su hija la dejó con Renzo, volvió donde estaban reunidas las mujeres y, componiendo la cara y la voz lo mejor que pudo, dijo:

—El señor cura está enfermo; y por hoy no se hace nada —dicho esto, se despidió de todas apresuradamente, y bajó de nuevo.

Las mujeres fueron desfilando, y se dispersaron para contar lo ocurrido. Dos o tres se llegaron hasta la puerta del párroco, a fin de comprobar si estaba enfermo realmente.

—Una fiebre de caballo —respondió Perpetua desde la ventana; y la triste noticia, llevada a las demás, truncó las conjeturas que ya empezaban a rebulllir en sus cerebros, y a anunciarse entrecortadas y misteriosas en sus conversaciones.

CAPÍTULO III

LUCÍA entró en la sala, mientras Renzo estaba informando angustiosamente a Agnese, la cual angustiosamente lo escuchaba. Ambos se volvieron hacia quien sabía más que ellos, y de quien esperaban algún esclarecimiento, que no podía ser sino doloroso: ambos, dejando entrever en medio del dolor, y con el distinto amor que cada uno sentía por Lucía, un enojo también distinto, por haberles ocultado algo, y algo semejante. Agnese, aunque ansiosa por oír hablar a su hija, no pudo contenerse de hacerle un reproche:

—¡No decirle nada a tu madre de semejante cosa!

—Ahora os lo diré todo —respondió Lucía, secándose los ojos con el delantal.

—¡Habla, habla! —¡Hablad, hablad! —gritaron a un tiempo la madre y el novio.

—¡Virgen santísima! —exclamó Lucía— ¡Quién hubiera pensado que las cosas llegarían hasta este extremo! —y con voz entrecortada por el llanto, contó cómo, pocos días antes, mientras volvía del telar, y se había quedado rezagada de sus compañeras, había pasado por delante de ella don Rodrigo, en compañía de otro caballero; cómo el primero había intentado retenerla con charlas, según ella decía, nada bonitas; pero ella, sin hacerle caso, había apresurado el paso, y había alcanzado a sus compañeras; y mientras tanto había oído lanzar una carcajada al otro caballero, y a don Rodrigo decir: «¡Apostemos!». Al día siguiente, estaban otra vez en el camino; pero Lucía iba en medio de sus compañeras, con los ojos bajos; y el otro caballero reía socarrón, y don Rodrigo decía: «Ya veremos, ya veremos.» —Gracias a Dios —continuó Lucía—, aquel día era el último en el telar. Yo le conté enseguida...

—¿A quién se lo contaste? —preguntó Agnese, saliendo al paso, no sin cierto despecho, del nombre del confidente preferido.

—Al padre Cristóforo, en confesión, madre —respondió Lucía, con un acento suave de disculpa—. Le conté todo, la última vez que fuimos juntas a la iglesia del convento: y, si recordáis, aquella mañana yo me hacía la remolona con esto y con aquello, para ganar tiempo, de modo que pasase más gente del pueblo encaminada hacia allá, y marchar en su compañía; porque, después de aquel encuentro, las calles me daban mucho miedo...

Al oír el nombre venerado del padre Cristóforo, el despecho de Agnese se mitigó:

—Hiciste bien —dijo—, ¿pero por qué no contárselo todo también a tu madre?

Lucía había tenido dos buenas razones para ello: una, no apenar ni asustar a la buena mujer, por algo que no habría podido remediar; la otra,

no arriesgarse a que corriese de boca en boca una historia que debía permanecer celosamente enterrada: tanto más cuanto que Lucía esperaba que su boda cortaría al nacer, aquella detestada persecución. De estas dos razones, sin embargo, no alegó sino la primera.

—Y a vos —dijo luego, dirigiéndose a Renzo, con esa voz que se emplea para hacer reconocer su falta a un amigo—, y a vos, ¿iba yo a hablaros de esto? ¡Por desgracia lo sabéis ahora!

—¿Y qué te dijo el padre? —preguntó Agnese.

—Me dijo que intentase apresurar la boda lo más posible, y que mientras tanto no saliese de casa: que rogase mucho al Señor; y que esperaba que ese hombre, al no verme, no volvería a acordarse de mí. Y fue entonces cuando me esforcé —prosiguió dirigiéndose de nuevo a Renzo, pero sin levantar los ojos hacia su rostro, y poniéndose como la grana—, fue entonces cuando me porté como una descarada, y os rogué que tratarais de apresurar las cosas, y arreglarlo todo para antes de la fecha convenida. ¡Quién sabe lo que habréis pensado de mí! Pero yo lo hacía por un buen motivo, y me lo habían aconsejado, y estaba segura... y esta mañana, estaba tan lejos de pensar... —aquí las palabras fueron cortadas por un violento estallido de llanto.

—¡Ah, bribón! ¡Ah, condenado! ¡Ah, asesino! —gritaba Renzo, corriendo de un lado a otro de la estancia, y apretando de cuando en cuando el mango de su puñal.

—¡Oh, qué embrollo, Dios mío! —exclamaba Agnese. El joven se paró de repente ante Lucía que lloraba; la miró con una expresión de ternura triste y rabiosa, y dijo:

— ¡Es la última que hace ese asesino!

—¡Ah no, Renzo, por el amor del cielo! —gritó Lucía— ¡No, no, por el amor del cielo! El Señor está también para los pobres; y ¿cómo queréis que nos ayude, si obramos mal?

—¡No, no, por el amor del cielo! —repetía Agnese.

—Renzo —dijo Lucía, con un aire de esperanza y de resolución más serena—: vos tenéis un oficio, y yo sé trabajar: vámonos tan lejos, que ese hombre no vuelva a oír hablar de nosotros.

—¡Ah, Lucía!, ¿y luego? ¡No somos aún marido y mujer! ¿Querrá darnos el párroco la fe de soltería? ¿Un hombre como él? Si estuviésemos casados, ¡ah, entonces...!

Lucía se echó otra vez a llorar; y los tres se quedaron en silencio, y en un abatimiento que contrastaba penosamente con la pompa festiva de sus trajes.

—Oíd, hijos míos; prestadme atención —dijo, al cabo de unos momentos, Agnese—. Yo he venido al mundo antes que vosotros y lo conozco un poco. No hay para qué asustarse tanto: el león no es tan fiero como lo pintan. A nosotros los pobres, las madejas nos parecen más enredadas, porque no sabemos dar con el cabo; pero, a veces un consejo, una palabrita de un hombre con estudios... yo me entiendo. Haced lo que os digo, Renzo; id a Leeco; preguntad por el abogado Azzecca-garbugli, contadle... Pero no lo llaméis así, por amor de Dios, que es un apodo. Hay que decir el señor abogado... ¿Cómo se llama? ¡Diantres! pues no sé el nombre verdadero: todos lo llaman así. Bueno, preguntad por ese abogado, alto, seco, calvo, con la nariz roja, y un antojo de frambuesa en la mejilla.

—Lo conozco de vista —dijo Renzo.

—Bien —continuó Agnese—, ¡es una lumbrera ese hombre! Tengo yo visto a más de uno que estaba con el agua al cuello, y no sabía ya dónde volver la cabeza y, después de estar una hora a solas con el señor Azzecca-garbugli (¡cuidado con llamarle así!), lo tengo visto, digo, reírse de todo. Coged esos cuatro capones, ¡pobrecillos!, a los que debía retorcer el pescuezo para el banquete del domingo, y llevádselos; porque nunca hay que ir con las manos vacías a esos señores. Contadle todo lo ocurrido; y veréis cómo en un periquete os dice unas cosas que a nosotros no se nos ocurrirían ni pensando un año entero.

Renzo abrazó de muy buena gana este consejo; Lucía lo aprobó; y Agnese, ufana de haberlo dado, sacó, uno a uno, los pobres animales de la caponera, juntó sus ocho patas, como quien hace un ramillete de flores, las enrolló y las ató con una cuerda, y se los entregó a Renzo; el cual, después de dar y recibir palabras de esperanza, salió por el huerto, para que no lo vieran los chiquillos, que echarían a correr tras él, gritando: «¡el novio!, ¡el novio!» Así, cruzando los campos, o como allí dicen, los «lugares», fue por los senderos, temblando de rabia, pensando en su desgracia y rumiando las palabras que debía decirle al señor Azzecca-garbugli. Dejo imaginar al lector cómo harían el viaje aquellos pobres animales, atados de aquel modo y colgados de las patas, cabeza abajo, en la mano de un hombre que, agitado por tantas pasiones, acompañaba con los gestos los pensamientos que pasaban en tumulto por su mente. Ora extendía el brazo por la cólera, ora lo alzaba por la desesperación, ora lo blandía en el aire, como en son de amenaza, y, todas las veces les daba terribles sacudidas, y hacía bailar aquellas cuatro cabezas colgantes; las cuales, mientras tanto, se las ingeniaban para picotearse una a otra, como demasiado a menudo ocurre entre compañeros de desventura.

Llegado a la villa, preguntó por la casa del abogado; se la indicaron, y se dirigió allá. Al entrar, se sintió invadido por esa cortedad que los pobrecillos iletrados experimentan ante la presencia de un señor o de un nombre docto, y se le olvidaron todos los discursos que traía preparados; mas lanzó una mirada a los capones, y cobró valor. Cuando entró en la cocina, preguntó a la criada si se podía hablar con el señor abogado. Ésta le echó el ojo a los animales y, como avezada a tales regalos, les puso la mano encima, aunque Renzo tiraba de ellos, porque quería que el abogado viese y supiese que traía algo. Asomó éste por allí justo mientras la mujer decía:

—Dadme acá, y pasad —Renzo hizo una profunda reverencia: el abogado lo acogió humanamente, con un: —Venid, hijo mío —y lo hizo entrar con él en su despacho. Era éste un camaranchón, sobre tres de cuyas paredes estaban distribuidos los retratos de los doce Césares; la cuarta, cubierta por una gran estantería de libros viejos y polvorientos: en medio, una mesa atestada de alegaciones, súplicas, libelos, bandos, con tres o cuatro sillas alrededor, y un sillón de respaldo alto y cuadrado al otro lado, rematado en las esquinas por dos adornos de madera, que se elevaban a guisa de cuernos, forrado de vaqueta, con grandes bullones, algunos de los cuales, desclavados hacía largo tiempo, dejaban sueltas las puntas del tapizado, que se abarquillaban aquí y allá. El abogado estaba en bata de casa, es decir, cubierto con una toga raída, que le había servido, muchos años atrás, para perorar, en los días de gran protocolo, cuando iba a Milán, por algún proceso importante. Cerró la puerta, y dio ánimos al joven, con estas palabras:

—Hijo mío, exponedme vuestro caso.

—Quisiera decirle dos palabras en confianza.

—Aquí me tenéis —respondió el abogado—, hablad —y se arrellanó en el sillón. Renzo, de pie ante la mesa, con una mano en la copa del sombrero, que hacía girar con la otra, empezó:

—Quisiera que vuestra merced, que ha estudiado, me dijese...

—Vayamos al grano —interrumpió el abogado.

—Vuestra merced ha de perdonarme: los pobres no sabemos hablar bien. Lo que quisiera saber...

—¡Bendita gente! Todos sois lo mismo: en vez de ir al grano queréis preguntar, porque ya venís con vuestra idea en la cabeza.

—Disculpe, señor abogado. Quisiera saber si, por amenazar a un cura para que no celebre una boda, hay alguna pena.

«Entiendo», dijo para sí el abogado, que en realidad no había entendido. «Entiendo.» Y al punto se puso serio, mas con una seriedad entremezclada de compasión y solicitud; apretó fuertemente los labios,

haciendo salir de ellos un sonido inarticulado que aludía a un sentimiento, expresado luego más claramente en sus primeras palabras:

—Un caso serio, hijo mío; un caso contemplado. Habéis hecho bien en acudir a mí. Es un caso claro, contemplado en mil bandos, y... precisamente, en uno del año pasado, del actual señor gobernador. Ahora os lo muestro y os lo haré tocar con mano.

Dicho esto, se levantó de su butacón, y hundió las manos en aquel maremágnum de papeles, hurgando entre ellos de arriba abajo, como quien mete trigo en un celemín.

—¿Y ahora, dónde está? Ya parece, ya parece. ¡Hay que tener tantas cosas a mano! Pero debe de estar aquí de seguro, porque es un bando importante. ¡Ah!, ya lo tengo, ya lo tengo. Lo cogió, lo desdobló, miró la fecha, y, poniendo un rostro aún más serio, exclamó: ¡el 15 de octubre de 1627! Pues claro: es del año pasado: bando fresco; son los que más miedo dan. ¿Sabéis leer, hijo mío?

—Un poquillo, señor abogado.

—Bien, seguidme con la vista, y veréis.

Y teniendo el bando desplegado en el aire, comenzó a leer, farfullando precipitadamente en algunos pasajes, y recalcando detenidamente las palabras, con mucha entonación, en otros, según la necesidad.

Si bien, por bando publicado de orden del Señor Duque de Vería el 14 de diciembre de 1620, y confirmado por el limo, y Exorno. Señor el Señor Gonzalo Fernández de Córdoba, etcétera, hase proveydo con remedios extraordinarios y rigurosos ante las opresiones, concusiones y actos tiránicos que algunos osan cometer contra estos Vasallos tan devotos a su S. M., sin embargo, la frecuencia de los excesos, y su malicia, etcétera, ha crecido hasta tal punto, que ha puesto en la necesidad a su Excel., etcétera. Por lo cual, con el parecer del Senado y de una Junta, etcétera, ha resuelto que se publique el presente.

Y comenzando por los actos tiránicos, mostrando la experiencia que muchos, así en las Ciudades como en las Villas... ¿oís? de este Estado, con tiranía ejercen concusiones y oprimen a los más débiles en diversos modos, como son obrar para que se hagan contratos forzosos de compra, de arrendamiento... etcétera: ¿dónde estás? ¡ah! ya te veo; oíd esto: que se celebren o no se celebren casamientos. ¿Eh?

—Ese es mi caso —dijo Renzo.

—Oíd, oíd, hay más; y luego veremos la pena. Que se testifique o no se testifique; que uno se marche del lugar donde habita, etcétera; que otro pague una deuda; aquél no lo moleste, aquel otro vaya a su molino: todo esto no tiene que ver con nuestro caso. Ah, aquí está: que algún sacerdote

no haga aquello que está obligado a hacer por su ministerio, o haga cosas que no le correspondieren. ¿Eh?

—Ese bando parece mismamente hecho a posta para mí.

—¿Eh? ¿verdad que sí? Oíd, oíd: y otras violencias semejantes, que llevaren a efecto feudatarios, nobles, gentes medianas, villanos o plebeyos. No se escapa nadie: están todos: es como el valle de Josafat. Oíd ahora la pena. Todas estas malas acciones y otras semejantes, aunque están prohibidas, sin embargo, haviendo convenido poner por obra mayor rigor, S. E., por el presente, sin derogar, etcétera, ordena y manda contra los contraventores de uno cualquiera de los dichos capítulos, u otro semejante, que procedan todos los jueces ordinarios de este Estado con penas pecuniarias y corporales, y otrosí de destierro o galeras, y hasta de muerte... ¡una bagatela! al arbitrio de su Excelencia, o del Senado, según la naturaleza de los casos, personas y circunstancias. Y esto i-rre-mi-si-ble-men-te y con todo rigor, etcétera. Hay para dar y tomar, ¿eh? Y mirad aquí las firmas: Gonzalo Fernández de Córdoba; y más abajo: Platonus; y aquí: *Vidit Ferrer*: no le falta nada.

Mientras el abogado leía, Renzo iba siguiendo lentamente con la vista, tratando de sacar bien claro el sentido de las frases, y de fijarse sobre todo en aquellas benditas palabras, que le parecía que podían ayudarlo. El abogado, viendo al nuevo cliente más atento que aterrorizado, se maravillaba. «¡Será éste un pillo redomado!», pensaba para su coleto:

—¡Ah! ¡ah! —le dijo luego—, os habéis cortado el mechón. Habéis sido prudente: pero si queríais poneros en mis manos, no era preciso. El caso es serio; mas vos no sabéis de lo que yo soy capaz, llegado el caso.

Para comprender esta salida del abogado, hay que saber, o recordar, que, en aquel tiempo, los bravos de profesión, o los facinerosos de toda suerte, solían llevar un largo mechón de pelo, que se echaban luego sobre la cara, como una visera, cuando acometían a alguien, en los casos en que estimaban necesario no ser reconocidos y cuando la empresa era una de esas que requerían a la vez fuerza y prudencia. Los bandos no habían guardado silencio sobre esta moda. Ordena su Excelencia (el marqués de la Hinojosa) que aquel que llevare el cabello de tal largura que cubriere la frente hasta las cejas exclusivamente, o que llevare trenza, ya fuere por delante o por detrás de las orejas, incurra en multa de trescientos escudos; y en caso de insolvencia, de tres años de galeras, la primera vez, y la segunda, además de la antedicha, otra aún mayor, pecuniaria y corporal, al arbitrio de su Excelencia.

Permite empero, cuando se diere el caso de hallarse alguno calvo, o por otra causa razonable de señal o herida, que puedan aquéllos por mayor

decoro y salud suya, llevar el pelo tan largo como fuere menester para cubrir las tales faltas y nada más; advirtiendo que no han de exceder lo debido y de pura necesidad, para (no) incurrir en la pena impuesta a los otros contraventores.

Y manda otrosí a los barberos, bajo pena de cien ducados o de tres tratos de cuerda que seránles dados en público, y otra aún mayor corporal, al arbitrio como arriba, que no dejen a aquellos a los que cortaren el pelo, suerte alguna de los dichos trenzas, copetes, rizos, ni cabello más largo de lo ordinario, así en la frente como a los lados, y detrás de las orejas, sino que sea todo igual, como dícese arriba, salvo en el caso de los calvos, o de otros defectuosos, como dicho se ha. El mechón era, pues, casi una especie de armadura, y un distintivo de los perdonavidas y los maleantes; los cuales vinieron luego por ello a llamarse comúnmente *ciuffi*. Este término se ha conservado y vive todavía, con significado más suave, en el dialecto: y no habrá quizá uno solo de nuestros lectores milaneses, que no recuerde haber oído, en su niñez, a sus padres, o al maestro, o a algún amigo de la familia, o a alguna persona de servicio, decir de él: es un *ciuffo*, es un *ciuffetto*.

—A decir verdad, como pobre honrado que soy —respondió Renzo—, yo no he llevado mechón en mi vida.

—Así no vamos a ninguna parte —replicó el abogado, meneando la cabeza, con una sonrisa, entre maliciosa e impaciente—. Si no confiáis en mí, no vamos a ninguna parte. El que miente a su abogado, sabedlo, hijo mío, es un necio que dirá la verdad al juez. Al abogado hay que contarle las cosas claras: a nosotros nos toca luego embrollarlas. Si queréis que os ayude, tenéis que decírmelo todo, de cabo a rabo, con el corazón en la mano, como a vuestro confesor. Tenéis que decirme el nombre de la persona de quien recibisteis la orden: será naturalmente una persona de alcurnia; y, en ese caso, yo iré a verla para presentarle mis respetos. Mirad, no le diré que he sabido por vos que os mandó él: confiad en mí. Le diré que vengo a implorar su protección, para un joven calumniado. Y concertaré con él los remedios oportunos, para zanjar el asunto honrosamente. Bien se os alcanzará que, salvándose a sí mismo, os salvará a vos también. Si resultase que la travesura ha sido sólo vuestra, ¡ea!, no me retiro: a otros he sacado de peores atolladeros... Siempre que no hayáis ofendido a una persona de renombre, entendámonos, me comprometo a sacaros del aprieto: con algún gasto, entendámonos. Debéis informarme de quién es el ofendido, como suele decirse: y, según sea la condición, la naturaleza y el humor del amigo, se verá si conviene más tenerlo a raya con las protecciones, o encontrar el modo de acusarlo

nosostros de algún delito, y ponerle la mosca tras la oreja; porque, mirad, si se saben manejar bien los bandos, nadie es reo, y nadie es inocente. En cuanto al cura, si es persona sensata, no hablará; si fuera levantisco, hay remedio también para ésos. De todos los atolladeros se puede salir; pero hace falta un hombre: y vuestro caso es serio, os lo repito, serio: el bando habla claro; y si el asunto hubiera de decidirse entre la justicia y vos, así, a solas, estaríais fresco. Yo os hablo como un amigo: las travesuras hay que pagarlas: si queréis salir con bien, dineros y franqueza, fiaros de quien bien os quiere, obedecer, hacer todo lo que se os sugiera.

Mientras el abogado soltaba toda esta retahila, Renzo lo estaba mirando con una atención extática, como un bobalicón contemplando en la plaza a un titiritero, que después de meterse en la boca estopa, estopa y más estopa, empieza a sacar cinta, cinta y más cinta, como si nunca fuera a acabar. Pero cuando entendió bien lo que el abogado quería decir, y el equívoco en que había caído, le cortó la cinta en la boca, diciendo:

—¡Oh!, señor abogado, ¿qué ha entendido vuestra merced? Si es justo todo lo contrario. Yo no he amenazado a nadie; ¡yo no hago esas cosas!: pregúntele si quiere a todo el pueblo, y le dirán que yo nunca he tenido cuentas con la justicia. La bribonada me la han hecho a mí; y vengo a ver a vuestra merced para saber qué debo hacer para obtener justicia; y bien me alegro de haber visto ese bando.

—¡Diablos! —exclamó el abogado, abriendo de par en par los ojos—. ¿Qué embrollo me habéis armado? Es igual; todos sois lo mismo: ¿por qué nunca sabréis decir las cosas claramente.

—Dispénseme; vuestra merced no me dio tiempo: ahora le contaré la cosa como es. Sepa que yo debía casarme hoy —y aquí la voz de Renzo se quebró—, debía casarme hoy con una joven, con la que hablaba desde este verano; y hoy, como le digo, era el día fijado por el señor cura, y teníamos todo preparado. Conque el señor cura empieza a poner unas excusas... bueno, para no aburrir a vuestra merced, yo le hice hablar claro, como era justo; y él me confesó que le habían prohibido, bajo pena de la vida, celebrar esa boda. Ese prepotente de don Rodrigo...

—¡Alto ahí! —interrumpió al punto el abogado, frunciendo las cejas, respingando su roja nariz, y torciendo la boca— ¡Alto ahí! ¿Por qué venís a molestarme con esas patrañas? Esas cosas, decidlas entre vosotros, que no sabéis medir las palabras; y no vengáis con ellas a un hombre de honra que sabe lo que valen. Marchaos, marchaos; que no sabéis lo que decís; yo no trato con chiquillos; no quiero oír esa clase de cosas, esas patrañas.

—Le juro...

—Marchaos, os digo: ¿qué se me da a mí de vuestros juramentos? Yo no tengo nada que ver en esto: me lavo las manos —y se las frotaba, como si se las lavase de verdad—. Aprended a hablar: no se viene así a coger a traición a un hombre de bien.

—Pero escuchad, pero escuchad —repetía en vano Renzo: el abogado, sin dejar de gritar, lo empujaba con las manos hacia la puerta; y, en cuanto lo tuvo allí, abrió, llamó a la criada, y le dijo:

—Devolvedle al instante a este hombre lo que ha traído: yo no quiero nada, yo no quiero nada.

Nunca aquella mujer, en todo el tiempo que llevaba en aquella casa, había debido ejecutar una orden semejante: mas había sido pronunciada con tal resolución, que no vaciló en obedecer. Cogió los cuatro pobres animales, y se los dio a Renzo, con una ojeada de compasión despectiva, que parecía decir: algo muy gordo has tenido que hacer tú. Renzo quería hacer cumplidos; pero el abogado fue inexpugnable; y el joven, más atónito e irritado que nunca, hubo de coger sus víctimas rechazadas, y volver al pueblo, a contarle a las mujeres el buen provecho de su expedición. Las mujeres, durante su ausencia, después de quitarse tristemente el vestido de fiesta y ponerse el de los días de faena, empezaron otra vez a deliberar, Lucía sollozando y Agnese suspirando. Cuando ésta se hubo explayado sobre los grandes resultados que debían esperarse de los consejos del abogado, Lucía dijo que debían intentar ayudarse con todos los medios; que el padre Cristóforo era un hombre no sólo capaz de aconsejar, sino de hacer cuanto estuviese en su mano, cuando se trataba de sacar de apuros a los pobrecillos; y que sería una buena cosa poder informarle de lo que había ocurrido:

—Por descontado —dijo Agnese: y se pusieron a buscar juntas la forma de hacerlo; ya que para ir ellas al convento, que distaba unas dos millas de allí, no se sentían con valor, en un día como aquél: y ciertamente ningún hombre sensato se lo habría aconsejado. Pero, mientras sopesaban los distintos partidos, se oyó un toquecito a la puerta, y, en el mismo momento, un suave pero claro *Deo gratias*. Lucía, imaginándose quién podía ser, corrió a abrir; y al punto, haciendo una pequeña reverencia familiar, entró un limosnero capuchino, con su alforja colgando del hombro izquierdo y la boca de ésta enrollada y apretada entre ambas manos contra el pecho.

—¡Oh, fray Galdino! —dijeron las dos mujeres.

—El Señor sea con vosotras —dijo el fraile—. Vengo a la colecta de las nueces.

—Ve a coger las nueces para los padres —dijo Agnese. Lucía se levantó, y se dirigió a la otra habitación, pero, antes de entrar en ella, se detuvo a espaldas de fray Galdino, que permanecía de pie en la misma postura; y, llevándose un dedo a los labios, echó a su madre una mirada que pedía silencio, con ternura, con súplica, y también con cierta autoridad.

El limosnero, atisbando a Agnese desde aquella distancia, dijo:

—¿Y esa boda? Debía haber sido hoy, ¿no?: he visto en el pueblo cierto alboroto, como si hubiera habido alguna novedad. ¿Qué ha pasado?

—El señor cura está enfermo, y hay que retrasarla —respondió apresuradamente la mujer. Si Lucía no hubiera hecho aquella señal, la respuesta probablemente habría sido otra—. ¿Y cómo va la colecta? —añadió luego, para cambiar de conversación.

—No muy bien, buena mujer, no muy bien. Aquí están todas —y, diciendo esto, se quitó la alforja, y la hizo saltar entre las manos—. Aquí están todas; y, para juntar esta abundancia, he tenido que llamar a diez puertas.

—¡Ay! las añadas vienen escasas, fray Galdino; y, cuando se debe escatimar el pan, no se puede abrir la mano con lo demás.

—Y para que vuelva el buen tiempo, ¿qué remedio hay, hija mía? La limosna. ¿Sabéis ese milagro de las nueces, que sucedió, hace muchos años, en nuestro convento de Romaña?

—La verdad, no. Contádmelo.

—¡Oh!, pues habéis de saber que, en ese convento, había un padre, que era un santo, y se llamaba el padre Macario. Un día de invierno, al pasar por un sendero, en un campo de un benefactor nuestro, hombre de bien también él, el padre Macario vio a este benefactor junto a un gran nogal que tenía; y a cuatro labradores, con las azadas levantadas, que iban a descalzar el árbol, para dejar las raíces al sol. —¿Qué hacéis con ese pobre árbol? —preguntó el padre Macario. —¡Ay!, padre, hace años y años que no quiere darme nueces; así que lo voy a hacer leña. —Dejadlo —dijo el padre—: sabed que, este año, dará más nueces que hojas. —El benefactor, que sabía quién era el que había dicho aquellas palabras, ordenó al punto a los trabajadores que volvieran a echar tierra a las raíces; y, llamando al padre, que seguía su camino—: Padre Macario —le dijo—, la mitad de la recolección será para el convento.— Corrió la voz de la predicción; y todos iban a ver el nogal. En efecto, en la primavera, flores a espuertas, y, a su tiempo, nueces a espuertas. El buen benefactor no tuvo el consuelo de varearlas; porque, antes de la recolección, fue a recibir el premio de su caridad. Pero el milagro fue aún mayor, como ahora veréis. Aquel buen hombre había dejado un hijo de muy distinto cuño que él. Pues bien, hecha la recolección, el limosnero fue a recoger la mitad que le

correspondía al convento; pero aquél se hizo de nuevas, y tuvo la temeridad de responder que nunca había oído decir que los capuchinos supieran hacer nueces. ¿Sabéis entonces lo que ocurrió? Un día (oíd esto), aquel mala cabeza había invitado a unos amigos suyos de la misma calaña, y, en medio del festín, contaba la historia del nogal, y se reía de los frailes. A aquellos granujas les entraron ganas de ir a ver la inmensa montaña de nueces; y él los lleva al granero. Pero escuchad: abre la puerta, va al rincón donde estaba la montonera, y mientras dice: —mirad—, mira también él y... ¿qué ve? Un montón de hojas secas de nogal. ¿No fue un buen ejemplo éste? Y el convento, en vez de salir perjudicado, salió ganando; porque, después de un hecho tan extraordinario, la colecta de las nueces daba tanto, tanto, que un benefactor, compadecido del pobre limosnero, le hizo al convento la caridad de un asno, para ayudar a llevar las nueces a casa. Y se sacaba tanto aceite, que todos los pobres venían por él, según la necesidad de cada uno; porque nosotros somos como el mar, que recibe agua de todas partes, y vuelve a repartirla entre todos los ríos.

Entonces apareció Lucía, con el mandil tan cargado de nueces, que lo sostenía a duras penas, sujetando las dos puntas hacia arriba, con los dos brazos extendidos. Mientras fray Galdino, quitándose otra vez la alforja, la ponía en el suelo y desataba la boca para introducir la abundante limosna, la madre miró a Lucía con cara atónita y severa, por su prodigalidad; pero Lucía le lanzó una ojeada, que quería decir: me justificaré. Fray Galdino prorrumpió en elogios, en buenos augurios, en promesas, en agradecimientos, y, colocada otra vez en su sitio la alforja, se puso en camino. Pero Lucía, llamándolo de nuevo, dijo:

—Quisiera pediros un favor; quisiera que le dijeseis al padre Cristóforo, que tengo gran urgencia de hablar con él, y que haga la caridad de venir a ver a estas pobrecillas, corriendo, corriendo; porque nosotras no podemos ir a la iglesia.

—¿No queréis nada más? Antes de una hora el padre Cristóforo sabrá vuestro deseo.

—Cuento con ello.

—No lo dudéis —y dicho esto, se marchó, un poco más encorvado y más contento que cuando había llegado.

Al ver que una pobre aldeana mandaba llamar, con tanta confianza, al padre Cristóforo, y que el limosnero aceptaba el encargo, sin asombro ni dificultad, no vaya a pensar nadie que aquel fray Cristóforo fuera un fraile de tres al cuarto, uno del montón. Era, por el contrario, un hombre de gran autoridad, entre los suyos, y en todo el contorno; mas ésa era la condición

de los capuchinos, que nada les parecía para ellos ni demasiado bajo, ni demasiado elevado. Servir a los ínfimos, y ser servidos por los poderosos, entrar en los palacios y en los tugurios, con el mismo continente humilde y seguro, ser a veces, en la misma casa, un motivo de pasatiempo, y un personaje sin cuyo consejo no se tomaba ninguna decisión, pedir limosna por doquier, y dársela a todos los que se la pedían al convento, a todo estaba avezado un capuchino. Yendo por la calle, lo mismo podía toparse con un príncipe que le besaba reverentemente la punta del cordón, que con una pandilla de chicuelos que, fingiendo pelear entre sí, le salpicaban la barba de barro. La palabra «fraile» era pronunciada, en aquellos tiempos, con el mayor respeto, y con el más amargo desprecio: y los capuchinos, quizá más que ninguna otra orden, eran objeto de esos dos opuestos sentimientos, y experimentaban las dos opuestas fortunas; porque al no poseer nada, al llevar un hábito más extrañamente fuera de lo común, al hacer más abierta profesión de humildad, se exponían más de cerca a la veneración y al vilipendio que estas cosas pueden suscitar según el distinto humor, y la diferente manera de pensar de los hombres.

Cuando se hubo ido fray Galdino:

—¡Todas esas nueces! —exclamó Agnese—: ¡En este año!

—Madre, perdonadme —respondió Lucía—, pero, si hubiésemos dado una limosna como la de los demás, fray Galdino hubiera tenido que vagar aún quién sabe cuánto antes de tener la alforja llena; sabe Dios cuándo habría vuelto al convento; y con las charlas que hubiera hecho y escuchado, quién sabe si se habría acordado...

—Bien pensado; y además, son caridades que dan siempre buen fruto —dijo Agnese, la cual, con sus defectillos, era una mujer excelente, y, como suele decirse, se habría echado al fuego por aquella hija única, en quien había puesto todas sus complacencias.

En esto, llegó Renzo, y entrando con un rostro a la vez despechado y abatido, arrojó los capones encima de una mesa; y ésta fue la última peripecia de los pobres animales, por ese día.

—¡Buen consejo me habéis dado! —le dijo a Agnese— ¡Me habéis mandado a un hombre de bien, a uno que ayuda realmente a los pobres! —y contó su coloquio con el abogado. La mujer, estupefacta de aquel triste resultado, quería ponerse a demostrar que a pesar de todo el consejo era bueno, y que seguramente Renzo no había sabido hacer las cosas como había que hacerlas; pero Lucía interrumpió aquella discusión, anunciando que esperaba haber encontrado otra ayuda mejor. Renzo acogió también esta nueva esperanza, como les sucede a los que se hallan en una

desgracia o en un aprieto. —Pero, si el padre —dijo— no encuentra una salida, la encontraré yo, de un modo o de otro.

Las mujeres aconsejaron paz, paciencia, prudencia. —Mañana —dijo Lucía—, el padre Cristóforo vendrá sin falta; y ya veréis cómo encuentra algún remedio, de esos que a nosostros, pobrecitos, ni siquiera se nos pasarían por la cabeza.

—Eso espero —dijo Renzo—, pero, de cualquier forma, sabré hacerme justicia yo, o hacer que me la hagan. En este mundo hay justicia, después de todo.

Con los penosos coloquios, y las idas y venidas que hemos referido, aquel día había pasado; y empezaba a anochecer.

—Buenas noches —dijo tristemente Lucía a Renzo, que no se decidía a marcharse.

—Buenas noches —respondió Renzo aún más tristemente.

—Algún santo nos ayudará —replicó Lucía—, tened prudencia, y resignaos.

La madre añadió otros consejos del mismo género; y el novio se marchó, con el corazón en tumulto, sin dejar de repetir aquellas extrañas palabras:

—¡En este mundo hay justicia, después de todo! —Tan cierto es que un hombre abrumado por el dolor ya no sabe lo que dice.

CAPÍTULO IV

EL sol aún no había asomado del todo sobre el horizonte, cuando el padre Cristóforo salió de su convento de Pescarénico, para subir a la casita en donde lo esperaban. Es Pescarénico una aldehuela, en la orilla izquierda del Adda, o mejor dicho, del lago, a corta distancia del puente: un puñadito de casas, habitadas en su mayoría por pescadores, y adornadas aquí y allá con tramallos y redes tendidas a secar. El convento estaba situado (y el edificio subsiste todavía) en las afueras, y frente a la entrada del pueblo, pasando entre los dos el camino que de Lecco lleva a Bérgamo. El cielo estaba completamente sereno: a medida que el sol se alzaba tras el monte, se veía su luz, desde las cimas de los montes fronteros, descender, como desplegándose rápidamente, ladera abajo, y por el valle. Un vientecillo otoñal, desprendiendo de las ramas las hojas marchitas de las moreras, las llevaba a caer a pocos pasos del árbol. A derecha e izquierda, sobre los sarmientos aún erguidos, brillaban las hojas rojizas de varios matices; y la tierra, recién labrada, resaltaba oscura y nítida entre las rastrojeras blanquecinas y relucientes de rocío. La escena era alegre; pero cualquier figura humana que en ella apareciese, contristaba la vista y el

pensamiento. De tanto en tanto, se encontraban mendigos andrajosos y macilentos, envejecidos en el oficio, o empujados entonces por la necesidad a tender la mano. Pasaban silenciosos junto al padre Cristóforo, lo miraban lastimeramente y, aunque nada podían esperar de él, ya que un capuchino jamás tocaba una moneda, le hacían una reverencia de gratitud, por la limosna que habían recibido, o que iban a buscar al convento. El espectáculo de los labradores diseminados por los campos, tenía algo aún más doloroso. Algunos iban echando sus semillas, escasas, con parsimonia, y de mala gana, como quien arriesga algo demasiado precioso; otros hundían el azadón con trabajo, y removían desganadamente los terrones. La mozuela flaca, llevando de la cuerda a pacer su vaquilla esquelética, miraba ante sí, y se agachaba aprisa, para robarle, como sustento de la familia, algunas hierbas, con las que el hambre había enseñado que también los hombres podían vivir. Estos espectáculos aumentaban, a cada paso, la pesadumbre del fraile, el cual caminaba con el triste presentimiento en el corazón, de que iba a oír alguna desgracia. «Pero, ¿por qué se tomaba tanto interés por Lucía? ¿Y por qué, al primer aviso, se había puesto en camino con tanta solicitud, como ante una llamada del padre provincial? ¿Y quién era este padre Cristóforo?». Es preciso responder a todas estas preguntas. El padre Cristóforo de *** era un hombre más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Su cabeza rapada, salvo la pequeña corona de cabello que la circundaba, según el rito capuchino, se alzaba de tiempo en tiempo, con un movimiento que dejaba traslucir un no sé qué de altivo e inquieto; y al instante se bajaba, por un reflejo de humildad. La barba blanca y larga, que le cubría las mejillas y el mentón, hacía resaltar aún más las formas salientes de la parte superior del rostro, a las cuales una abstinencia, ya habitual desde hacía largo tiempo, les había agregado gravedad sin restarles expresión. Dos ojos hundidos estaban por lo general inclinados al suelo, pero a veces refulgían, con repentina vivacidad; como dos fogosos caballos, conducidos por la mano de un cochero, a quien saben, por experiencia, que no pueden dominar y, sin embargo, alguna vez le hacen una corveta, que pagan en el acto, con un buen tirón del bocado.

El padre Cristóforo no había sido siempre así, ni había sido siempre Cristóforo: su nombre de pila era Lodovico. Era hijo de un mercader de *** (estos asteriscos provienen de la circunspección de mi anónimo) que, en sus últimos años, hallándose bien provisto de medios, y con aquel hijo único, había renunciado al comercio, y se había dado a vivir como un señor.

En su nuevo ocio, empezó a entrarle en el cuerpo una gran vergüenza de todo el tiempo que había dedicado a hacer algo en este mundo. Dominado por tal fantasía, estudiaba todas las maneras de hacer olvidar que había sido mercader: hubiera querido poder olvidarlo también él. Pero el almacén, los fardos, el libro, la vara, se le venían siempre a la memoria, como la sombra de Banquo a Macbeth, incluso entre la pompa de las mesas, y las sonrisas de los parásitos. Y era indecible el cuidado que debían tener aquellos pobrecitos, para evitar cualquier palabra que pudiese parecer alusiva a la antigua condición de su anfitrión. Un día, para contar una de tantas, un día, al término de un banquete, en el momento de más viva y franca alegría, tanto que no se sabía quién disfrutaba más, si la compañía despojando la mesa, o el anfitrión por haberla aderezado, zahería éste con superioridad amistosa a uno de aquellos comensales, el más concienzudo comilón del mundo. Éste, para seguir la broma, sin el menor asomo de malicia, con el candor de un niño, respondió:

—¡Bah!, yo hago oídos de mercader. —El mismo se quedó impresionado súbitamente por el sonido de la palabra que había salido de su boca: miró, con cara insegura la cara del dueño, que se había nublado: uno y otro hubieran querido recobrar la de antes; mas no era posible. Los otros convidados pensaban, cada cual para sí, en el modo de echar tierra al pequeño escándalo, y de hallar un diversivo; pero, al pensar, callaban, y en aquel silencio, el escándalo se hacía más manifiesto. Cada uno rehuía la mirada de los otros; cada uno sentía que todos estaban absortos en el pensamiento que todos querían disimular. La alegría, por ese día, se esfumó; y el imprudente, o para hablar con más justicia, el desdichado, no recibió más invitaciones. Así el padre de Lodovico pasó sus últimos años entre angustias continuas, temiendo siempre que se mofaran de él, y sin pararse nunca a pensar que vender no es cosa más ridícula que comprar, y que aquella profesión de la que entonces se avergonzaba, la había ejercido, sin embargo, durante muchos años, en presencia del público, y sin remordimientos. Hizo educar a su hijo noblemente, según la condición de los tiempos, y dentro de los límites que le permitían las leyes y las costumbres; le dio maestros de letras y de ejercicios caballerescos; y murió, dejándolo rico y jovencito.

Lodovico había contraído hábitos de señor; y los aduladores, entre los que había crecido, lo habían habituado a ser tratado con mucho respeto. Pero, cuando quiso mezclarse con las personas principales de su ciudad, halló una actitud muy distinta de aquella a la que estaba acostumbrado; y vio que, si quería frecuentar su compañía, como habría deseado, debía asistir a una nueva escuela de paciencia y sumisión, quedar siempre por debajo,

y tragarse su orgullo a cada momento. Semejante manera de vivir no se avenía, ni con la educación, ni con el natural de Lodovico. Se alejó de ellos despechado. Mas luego el alejamiento le pesaba; porque le parecía que aquéllos debían ser sus verdaderos compañeros; tan sólo hubiera querido que fuesen más tratables. Con esta mezcla de inclinación y de rencor, no pudiendo tratarlos familiarmente, y queriendo, sin embargo, tener que ver con su clase de alguna manera, se había puesto a competir con ellos en lujo y magnificencia, comprando así al contado enemistades, envidia y ridículo. Su índole, a la vez honrada y violenta, lo había embarcado pronto en otras competiciones más serias. Sentía un horror espontáneo y sincero por las vejaciones y los abusos: horror aún más acentuado en él por la calidad de las personas que más los cometían cada día, y que eran precisamente aquellas a las que guardaba su viejo rencor. Para aplacar, o para ejercitar todas estas pasiones a la vez, tomaba de buen grado partido por un débil ofendido, se preciaba de pararle los pies a un opresor, se entrometía en una pendencia, se echaba encima otra; hasta el punto de que, poco a poco, vino a convertirse en un protector de oprimidos, y en un vengador de agravios. El oficio era pesado; y no hace falta preguntarse si el pobre Lodovico tenía enemigos, empeños y preocupaciones. Además de la guerra exterior, lo atribulaban continuamente luchas interiores; porque, para salirse con la suya en un empeño (sin mencionar aquellos en los que quedaba por debajo), debía también él emplear engaños y violencias, que su conciencia no podía luego aprobar. Debía llevar a su alrededor un buen número de matarifes; y, tanto para su propia seguridad, como para contar con una ayuda más vigorosa, debía elegir a los más osados, esto es, a los más desalmados; y vivir con los bribones, por amor a la justicia. Hasta el punto de que, más de una vez, o desalentado por un fracaso, o inquieto por un peligro inminente, cansado de aquel continuo guardarse, asqueado de sus compañías, preocupado por el porvenir, más de una vez, le había asaltado la fantasía de meterse fraile; que, en aquellos tiempos, era el recurso más común, para salir de apuros. Pero esto, que quizá habría seguido siendo una fantasía durante toda su vida, se convirtió en una resolución firme, a causa de un percance, el más serio de los que le habían sucedido.

Iba un día por una calle de su ciudad, escoltado por dos bravos y en compañía de un tal Cristóforo, antaño dependiente de la tienda paterna, y más tarde, cerrada aquélla, convertido en mayordomo de la casa. Era un hombre de unos cincuenta años, devoto desde su juventud a Lodovico, a quien había visto nacer, y que, entre el salario y los regalos, le daba no sólo para vivir, sino para mantener y sacar adelante una numerosa familia.

Vio Lodovico asomar a lo lejos a cierto caballero, arrogante y prevaricador de profesión, con el que no había cruzado una palabra en toda su vida, pero que le profesaba una cordial enemistad, a la cual él correspondía, también de todo corazón, en la misma medida: ya que una de las ventajas de este mundo es poder odiar y ser odiado, sin conocerse. Este, seguido por cuatro bravos, avanzaba en línea recta, con paso soberbio, la cabeza erguida, en la boca una mueca de altanería y desprecio. Ambos caminaban a ras del muro; mas Lodovico lo rozaba con la diestra; y ello, según una usanza, le daba derecho (¡en qué cosas se va a meter el derecho!) a no apartarse de dicho muro, para dejar paso a nadie; cosa a la que entonces se daba mucha importancia. El otro pretendía, por el contrario, que la derecha era suya, por ser noble, y que a Lodovico le correspondía caminar por el medio; y ello en virtud de otra usanza. Ya que en éste, como en muchos otros asuntos, estaban en vigor dos usanzas contrapuestas, sin que se hubiera determinado cuál de las dos era la buena; lo que daba pie para entablar una guerra, cada vez que un testarudo se topaba con otro de su mismo calibre. Aquellos dos se iban acercando, pegados a la muralla, como dos figuras de bajorrelieve ambulantes. Cuando se encontraron cara a cara, el caballero en cuestión, mirando de arriba abajo a Lodovico, con la barbilla alzada y el ceño imperioso, le dijo, en un tono de voz correspondiente:

—Dejad paso.

—Dejad paso vos —respondió Lodovico—; la derecha es mía.

—Con vuestros iguales, es siempre mía.

—Eso, si la arrogancia de vuestros iguales fuese ley para los míos.

Los bravos de uno y otro se habían quedado quietos, cada cual detrás de su amo, mirándose de reojo, con las manos en las dagas, preparados para la pelea. La gente que iba llegando se mantenía a distancia, para observar el incidente; y la presencia de aquellos espectadores picaba cada vez más el puntillo de los contendientes.

—Al medio, villano; o yo te enseñaré de una vez por todas cómo se trata con caballeros.

—Vos mentís que yo soy villano.

—Tú mientes que yo he mentido. —Esta respuesta era de pragmática—. Y si tú fueras caballero, como yo lo soy —añadió aquel hidalgo—, me placería enseñarte con la espada y con la capa, que el mentidor eres tú.

—Es un buen pretexto para dispensaros de sostener con las obras la insolencia de vuestras palabras.

—Arrojad al lodo a ese bellaco —dijo el caballero, volviéndose hacia los suyos.

—¡Eso lo veremos! —dijo Lodovico, dando repentinamente un paso atrás y echando mano a la espada.

—¡Temerario! —gritó el otro desenvainando la suya—: romperé ésta cuando la haya manchado con tu sangre vil.

Así, arremetieron uno contra otro; los servidores de ambos bandos se lanzaron en defensa de sus amos. El combate era desigual, por el número, y también porque Lodovico miraba más a esquivar los golpes, y a desarmar a su enemigo, que a matarlo; pero éste quería su muerte, a toda costa. Lodovico ya había recibido en el brazo izquierdo una puñalada de un bravo, y un ligero rasguño en una mejilla, y su enemigo principal ya se abalanzaba sobre él para rematarlo; cuando Cristóforo, viendo a su señor en el peligro extremo, se arrojó con su puñal sobre el caballero. Este, desviada hacia él toda su ira, lo atravesó con la espada. Ante aquella vista, Lodovico, como fuera de sí, hundió la suya en el vientre del atacante, el cual cayó moribundo, casi al mismo tiempo que el pobre Cristóforo. Los bravos del caballero, viendo que todo había concluido, se dieron a la fuga, malparados: los de Lodovico, maltrechos y heridos también, no habiendo ya a quién atacar, y no queriendo quedar acorralados entre la gente que ya empezaba a aglomerarse, se escabulleron por el lado opuesto: y Lodovico se encontró solo, con aquellos dos funestos compañeros a sus pies, en medio del gentío.

—¿Qué ha pasado? —Es uno. —Son dos. —Le han abierto un ojal en el vientre. —¿Quién es el muerto? —Ese prepotente —¡Virgen Santa, qué carnicería! —El que la busca la halla. —Una paga por todas. —También a él lo han despachado. —¡Qué golpe! —Es un mal asunto. —¡Y ese otro desgraciado! —¡Válgame Dios, qué espectáculo! —Salvadlo, salvadlo. —¡A él también le han dado lo suyo! —¡Mirad cómo lo han dejado!, echa sangre por todas partes. —Huya, huya vuestra merced. No deje que lo prendan.

Estas palabras, que eran las que más se distinguían en el confuso griterío de aquella multitud, expresaban el deseo general; y con el consejo, vino también la ayuda. El hecho había ocurrido cerca de una iglesia de capuchinos, asilo, como todos saben, impenetrable entonces para los esbirros, y para todo aquel conjunto de cosas y personas, que se llamaba justicia. El homicida herido fue conducido o llevado allí por la muchedumbre, casi sin sentido: y los frailes lo recibieron de las manos del pueblo, que se lo encomendaba, diciendo:

—Es un hombre de bien que ha despachado a un bribón soberbio: lo ha hecho en defensa propia: no le dejaron escapatoria.

Lodovico, hasta entonces, nunca había derramado sangre; y aunque el homicidio era, en aquellos tiempos, una cosa tan común, que todos los oídos estaban acostumbrados a su relato, y los ojos a su vista, sin embargo, la impresión que recibió al ver al hombre muerto por él, y al hombre muerto por su causa, fue nueva e indecible; fue una revelación de sentimientos aún desconocidos. La caída de su amigo, la alteración de aquella cara, que pasaba en un momento de la amenaza y el furor, al abatimiento y la quietud solemne de la muerte, fue el espectáculo que cambió, en un instante, el ánimo del homicida. Arrastrado al convento, apenas si sabía dónde estaba, y lo que hacía; y cuando volvió en sí, se encontró en un lecho de la enfermería, en las manos de un fraile cirujano (los capuchinos solían tener uno en cada convento), que acomodaba hilas y vendajes sobre las dos heridas recibidas en la reyerta. Un padre cuya tarea especial consistía en asistir a los moribundos, y que a menudo había debido prestar este servicio en la calle, fue llamado enseguida al lugar de la contienda. De regreso, pocos minutos después, entró en la enfermería y, acercándose al lecho donde yacía Lodovico —Consolaos —le dijo—, al menos ha muerto bien, y me ha encargado que os pida perdón, y os traiga el suyo. —Estas palabras hicieron recobrarse del todo al pobre Lodovico, y despertaron más viva y claramente los sentimientos que estaban confusos y entremezclados en su ánimo: dolor por el amigo, espanto y remordimiento por el golpe que había salido de su mano, y, al mismo tiempo, una angustiosa compasión por el hombre a quien había matado. —¿Y el otro? —pregunto ansiosamente al padre.

—El otro había expirado, cuando yo llegué.

Entre tanto, en los accesos y los alrededores del convento hormigueaba un gentío curioso: pero, llegados los esbirros hicieron dispersarse a la muchedumbre, y se apostaron a cierta distancia de la puerta, aunque de modo que nadie pudiera salir por ella sin ser visto. Un hermano del muerto, dos primos y un anciano tío, llegaron también, armados hasta los dientes, con gran acompañamiento de bravos; y se pusieron a rondar, mirando, con aire y ademán de amenazador despecho a aquellos curiosos, que no osaban decir: «bien empleado le está»; pero que lo llevaban escrito en la cara.

Apenas Lodovico pudo ordenar sus ideas, llamando a un fraile confesor, le rogó que fuera a ver a la viuda de Cristóforo, le pidiese en su nombre perdón por haber sido la causa, aunque ciertamente involuntaria, de aquella desolación, y, al mismo tiempo, le asegurase que él se hacía cargo de la familia. Reflexionando luego sobre su situación, sintió renacer más viva y seria que nunca aquella idea de meterse fraile, que otras veces

había rondado por su mente: le pareció que Dios mismo lo había puesto en el camino, y le había dado una señal de su voluntad, haciéndolo llegar a un convento, en aquel trance; y la decisión fue tomada. Mandó llamar al padre guardián, y le manifestó su deseo. Se le respondió, que debía guardarse de las decisiones precipitadas, pero que, si persistía, no sería rechazado. Entonces, haciendo venir a un notario, dictó una donación de todo cuanto le quedaba (que aún era un buen patrimonio) a la familia de Cristóforo: una suma para la viuda, en calidad de contradote, y el resto para ocho hijos que había dejado Cristóforo.

La decisión de Lodovico venía muy a propósito para sus protectores, los cuales, por su causa, se hallaban en un serio aprieto. Echarlo del convento, y exponerlo así a la justicia, es decir, a la venganza de sus enemigos, no era un partido que pudiese tan siquiera ser tomado en consideración. Habría sido lo mismo que renunciar a sus privilegios, desacreditar al convento a los ojos del pueblo, provocar la reprobación de todos los capuchinos del mundo, por haber dejado violar el derecho de todos, concitar en su contra a todas las autoridades eclesiásticas, las cuales se consideraban como tutoras de ese derecho. Por otra parte, la familia del muerto, muy poderosa, tanto por sí misma, como por sus relaciones, estaba determinada a tomar venganza; y declaraba enemigo suyo a todo aquel que se atreviese a interponer algún obstáculo. La historia no dice que se condoliesen mucho del muerto, y tampoco que se hubiera vertido una sola lágrima por él, entre todo el parentado: dice únicamente que todos estaban ansiosos por tener en sus garras al asesino, vivo o muerto. Ahora éste, tomando el hábito de capuchino, lo arreglaba todo. Hacía, en cierto modo, enmienda, se imponía una penitencia, se declaraba implícitamente culpable, se retiraba de toda contienda; era, en suma, un enemigo que entregaba las armas. Los parientes del muerto podían también, si les agradaba, creer, y ufanarse de ello además, que se había metido fraile por desesperación, y por terror de su ira. Y, en cualquier caso, reducir a un hombre a privarse de su hacienda, raparse la cabeza, y caminar descalzo, dormir sobre un jergón, vivir de limosna, podía parecer un castigo suficiente, incluso al ofendido más altanero.

El padre guardián se presentó, con una humildad desenfadada, ante el hermano del muerto, y tras mil protestas de respeto por la ilustrísima casa, y de deseos de complacerla en todo lo que fuese factible, habló del arrepentimiento de Lodovico, y de su resolución, haciendo hábilmente comprender que la casa podía sentirse satisfecha de ello, e insinuando luego suavemente, y con destreza aún mayor, que, tanto si gustaba como

si no, la cosa se haría así. El hermano empezó a desvariar; el capuchino dejó evaporarse sus desvaríos, diciendo de vez en cuando:

—Es más que justo el dolor de vuestra merced. —Dio a entender que, en cualquier caso, su familia sabría tomarse una satisfacción: y el capuchino, aunque pensara otra cosa, no dijo que no. Finalmente exigió, impuso como condición, que el asesino de su hermano saliese al punto de aquella ciudad. El guardián, que ya había deliberado tal cosa, dijo que así se haría, dejando creer al otro, si le placía, que era éste un acto de obediencia: y todo quedó zanjado. Contenta la familia, que salvaba su honra; contentos los frailes, que salvaban a un hombre y sus privilegios, sin crearse ningún enemigo; contentos los diletantes de caballería, que veían un lance concluido laudablemente; contento el pueblo, que veía fuera de peligro a un hombre bien querido, y que, al mismo tiempo, admiraba una conversión; contento finalmente, y más que nadie, en medio de su dolor, nuestro Lodovico, el cual iniciaba una vida de expiación y de servicio, que podría, si no reparar, sí al menos pagar el daño cometido, y aliviar la punzada insoportable del remordimiento. La sospecha de que su decisión fuera atribuida al miedo, lo afligió por un momento; mas se consoló en seguida, pensando que también aquel injusto juicio sería un castigo para él, y un medio de expiación. Así, a los treinta años, vistió el sayo; y, debiendo, según la costumbre, renunciar a su nombre, y tomar otro, eligió uno que le recordase, a cada momento, lo que debía expiar: y se llamó fray Cristóforo.

Apenas concluida la ceremonia de la toma de hábito, el padre guardián le notificó que iría a hacer su noviciado a ***, a sesenta millas de allí, y que partiría al día siguiente. El novicio se inclinó profundamente, y pidió una gracia:

—Permitidme, padre —dijo— que antes de partir de esta ciudad, donde he derramado la sangre de un hombre, donde dejo una familia cruelmente ofendida, yo repare esa afrenta, demuestre al menos mi pesar por no poder resarcir el daño, pidiendo perdón al hermano del muerto, y que, si Dios bendice mi intención, libre su ánimo del rencor. —Al padre guardián le pareció que semejante paso, además de ser bueno en sí, serviría para reconciliar más aún a la familia con el convento; y fue sin demora a ver al señor hermano, para exponerle la demanda de fray Cristóforo. Ante una proposición tan inesperada, aquél sintió, junto con el asombro, un reavivamiento de su cólera, aunque no exento de cierta complacencia. Tras reflexionar un momento:

—Que venga mañana —dijo; y fijó la hora. El padre guardián regresó llevando al novicio el deseado consentimiento. El caballero pensó al punto

que, cuanto más solemne y clamoroso fuera el desagravio, tanto más crecería su crédito entre todo el parentado y ante el público; y sería (para decirlo con una elegancia moderna) una hermosa página en la historia de la familia. Hizo avisar de inmediato a todos los parientes que, al día siguiente, al mediodía, fuesen servidos (así se decía entonces) de ir a su casa, para recibir un desagravio común. Al mediodía, el salón rebullía de señores de toda edad y sexo: era un ir y venir, un entremezclarse de grandes capas, altos plumajes, durandartes colgantes, un moverse planeando en el aire de gorgueras almidonadas y plisadas, un arrastrarse entorpecido de arabescados gabanes. Las antesalas, el patio y la calle hormigueaban de servidores, de pajes, de bravos, de curiosos. Fray Cristóforo vio aquel aparato, adivinó su causa, y experimentó una leve turbación; mas, tras un instante, dijo para sí: «Está bien: lo he matado en público, en presencia de muchos enemigos suyos: aquello fue escándalo, este es reparación.» Así, con los ojos bajos, con el padre acompañante a su lado, cruzó la puerta de aquella casa, atravesó el patio, entre una multitud que lo miraba de hito en hito con una curiosidad poco ceremoniosa; subió las escaleras y, en medio de la otra muchedumbre señorial, que se abrió en dos a su paso, seguido por mil ojos, llegó ante la presencia del dueño de la casa; el cual, rodeado por los parientes más cercanos, estaba de pie en el centro del salón, con la mirada en el suelo, y la barbilla alzada, empuñando, con la mano izquierda, el pomo de la espada, y apretando con la derecha el embozo de la capa contra el pecho.

Hay a veces, en el rostro y en el porte de un hombre, una expresión tan inmediata, casi se diría una efusión del ánimo interior, que, en una multitud de espectadores, el juicio acerca de ese ánimo será uno solo. El rostro y el porte de fray Cristóforo dijeron claramente a los presentes, que no se había hecho fraile, ni acudía a aquella humillación por temor humano: y esto empezó a congraciárselos a todos. Cuando vio al agraviado, apresuró el paso, se postró de rodillas a sus pies, cruzó las manos sobre el pecho y, agachando la cabeza rapada, dijo estas palabras:

—Yo soy el asesino del hermano de vuestra merced. Dios sabe bien cómo quisiera devolvérselo a costa de mi propia sangre; mas, no pudiendo sino presentarle inútiles y tardías excusas, suplico a vuestra merced que las acepte por amor de Dios. —Todos los ojos estaban clavados en el novicio, y en el personaje a quien hablaba; todos los oídos aguzados. Cuando fray Cristóforo calló, se elevó, en toda la sala, un murmullo de compasión y respeto. El caballero, que mantenía una actitud de forzada condescendencia, de ira reprimida, se sintió turbado ante aquellas palabras, e, inclinándose hacia el hombre arrodillado:

—Alzaos —dijo, con voz alterada—, la ofensa... el hecho verdaderamente... pero el hábito que vestís... no sólo esto, sino también por vos... Levántese, padre ... Mi hermano... no puedo negarlo... era un caballero... era un hombre... algo impetuoso... algo vivo de carácter. Mas todo ocurre por designio de Dios. No se hable más de ello... Pero, padre, no debe estar en esa postura. —Y, tomándolo de los brazos, lo levantó. Fray Cristóforo, en pie, aunque con la cabeza baja, respondió:

—¡Puedo entonces esperar que me conceda su perdón! Y si lo obtengo de vuestra merced, ¿de quién no deberé esperarlo? ¡Ah!, si yo pudiese escuchar de sus labios esa palabra: ¡perdón!

—¿Perdón? —dijo el hidalgo —Vuestra merced ya no lo necesita. Pero, pues lo desea, claro, claro, yo lo perdono de todo corazón, y todos...

—¡Todos! ¡todos! —gritaron, al unísono, los presentes. El rostro del fraile se distendió en una alegría de gratitud, bajo la cual se traslucía aún, sin embargo, una humilde y profunda compunción por el daño causado, que la remisión de los hombres no podía reparar. El caballero, conmovido por aquel aspecto, y exaltado por la conmoción general, le echó los brazos al cuello, y le dio y recibió de él el beso de paz.

Un —¡Bravo! ¡Bien! —prorrumpió desde todos los puntos de la sala; todos se movieron, y se arremolinaron alrededor del fraile. Entre tanto llegaron criados, con gran profusión de refrescos. El caballero se aproximó a nuestro Cristóforo, que daba muestras de querer despedirse, y le dijo:

—Padre, dígnese tomar algo; déme esta prueba de amistad. —Y comenzó a servirlo antes que a ningún otro; pero él, excusándose con una resistencia cordial:

—Estas cosas —dijo— ya no son para mí; mas no se diga nunca que yo rechazo sus dones. Estoy a punto de emprender un viaje: dígnese hacer que me traigan un pan, para que yo pueda decir que he gozado de su caridad, que he comido de su pan, y tenido una señal de su perdón. —El caballero, conmovido, ordenó que así se hiciera; y vino al punto un mayordomo, de gran gala, trayendo un pan en una bandeja de plata, que le presentó al fraile; el cual, cogiéndolo y dando las gracias, lo guardó en su espuerta. Pidió, luego, licencia para marcharse; y abrazando de nuevo al dueño de la casa, y a todos aquellos que, hallándose más cerca de él, pudieron retenerlo un momento, se desprendió de ellos con trabajo; hubo de luchar, en las antesalas, para liberarse de los servidores, y también de los bravos, que le besaban la orla del hábito, el cordón, la capucha; y se encontró en la calle, llevado como en triunfo, y escoltado por una muchedumbre, hasta una de las puertas de la ciudad; por donde salió, dando comienzo a su viaje a pie, hacia el lugar de su noviciado.

El hermano del muerto, y los parientes, que habían esperado saborear aquel día la triste alegría del orgullo, se hallaron en cambio llenos de la alegría serena del perdón y la benevolencia. La compañía se entretuvo todavía algún tiempo, con una afabilidad y una cordialidad insólitas, en conversaciones para las cuales ninguno venía preparado al acudir allí. En vez de desagravios recibidos, de afrentas vengadas, de empeños sacados adelante, las alabanzas del novicio, la reconciliación, la mansedumbre, fueron los temas de conversación. Y alguno, que, por quincuagésima vez, habría contado cómo el conde Muzio, su padre, había sabido, en aquel famoso lance, poner en su sitio al marqués Estanislao, que era ese Rodomonte que todos conocían, habló en cambio de las penitencias y la admirable paciencia de un tal fray Simón, muerto muchos años atrás. Partidos los asistentes, el dueño de la casa, aún conmovido, retornaba con la mente, para sí, lleno de asombro, a lo que había escuchado, a lo que él mismo había dicho; y murmuraba entre dientes: «¡diablo de fraile!» (fuerza es que transcribamos sus palabras exactas), «¡diablo de fraile!, si se quedaba de rodillas un momento más, casi, casi le pedía yo perdón por haberme matado a mi hermano». Nuestra historia advierte expresamente que, desde ese día, aquel caballero fue un poco menos aventado, y un poco más tratable.

El padre Cristóforo caminaba, con un consuelo que no había vuelto a experimentar desde aquel día terrible, a cuya expiación debía consagrar toda su vida. El silencio que les estaba impuesto a los novicios, lo observaba sin percatarse de ello, embebido como se hallaba en el pensamiento de las fatigas, las privaciones y las humillaciones que sufriría, para pagar su falta. Deteniéndose, a la hora de la refacción, en casa de un benefactor, comió, con una especie de voluptuosidad, del pan del perdón: pero guardó un trozo, y lo metió en la espuerta, para conservarlo, como un recuerdo perpetuo.

No es nuestra intención relatar la historia de su vida claustral: diremos tan sólo que, cumpliendo, siempre con gran deseo, y esmero, las tareas que se le asignaban ordinariamente, de predicar y asistir a los moribundos, no dejaba nunca escapar la ocasión de realizar otras dos, que se había impuesto por sí mismo: arreglar diferencias, y proteger a los oprimidos. En este empeño intervenía, sin que él se apercibiese, en cierta medida, aquella vieja costumbre suya, y una pizca del viejo espíritu guerrero, que las humillaciones y las mortificaciones no habían podido extinguir del todo. Su lenguaje era habitualmente humilde y reposado; pero cuando se trataba de justicia o de verdad combatida, el hombre se animaba, de repente, con

el ímpetu antiguo, que, secundado y modificado por un énfasis solemne, adquirido con la costumbre de predicar, daba a ese lenguaje un carácter singular. Todo su continente, al igual que su aspecto, delataban una larga guerra, entre una índole fogosa, enérgica, y una voluntad opuesta, generalmente victoriosa, siempre alerta, y gobernada por motivos e inspiraciones superiores. Un hermano y amigo suyo, que lo conocía bien, lo había comparado una vez con esas palabras demasiado expresivas en su forma natural, que algunos, incluso bien educados, pronuncian cuando la pasión se desboca, mutiladas, con alguna letra cambiada; palabras que, aun bajo ese disfraz, hacen recordar, sin embargo, su energía primitiva.

Si una pobrecita desconocida, en el triste caso de Lucía, hubiese pedido ayuda al padre Cristóforo, él habría acudido inmediatamente. Tratándose además de Lucía, acudió con tanta mayor solicitud cuanto que conocía y admiraba su inocencia, estaba ya preocupado por los peligros que corría, y sentía una santa indignación, por la soez persecución de que era objeto. Además de esto, al haberle aconsejado, a fin de evitar males peores, que no dijese nada, y esperase, temía ahora que su consejo hubiese surtido algún mal efecto; y al impulso de caridad, en él casi ingénito, se sumaba, en este caso, ese angustioso escrúpulo que a menudo atormenta a los buenos.

Pero, mientras hemos narrado los hechos del padre Cristóforo, ha llegado, se ha asomado a la puerta; y las mujeres, soltando el mango de la devanadera que hacían girar y chirriar, se han levantado, diciendo al mismo tiempo:

—¡Oh, padre Cristóforo!, ¡bendito sea!

CAPÍTULO V

EL padre Cristóforo se detuvo en el umbral, y, apenas hubo echado una ojeada a las dos mujeres, tuvo que comprender que sus presentimientos no eran errados. Así, con ese tono de interrogación que sale al encuentro de una triste respuesta, alzando la barbilla con un leve movimiento de la cabeza hacia atrás, dijo:

—¿Y bien? —Lucía contestó con un estallido de llanto. Su madre empezaba a disculparse por haberse atrevido a..., pero el fraile se adelantó, y, sentándose en un taburete, cortó los cumplidos, diciéndole a Lucía:

—Tranquilizaos, pobre hijita. Y vos —le dijo luego a Agnese—, ¡contadme lo que pasa! —Mientras la buena mujer hacía como mejor podía su dolorosa relación, el fraile se iba poniendo de mil colores, y ora alzaba los

ojos al cielo, ora golpeaba el suelo con los pies. Concluida la historia, se cubrió el rostro con las manos, y exclamó:

—¡Oh, Dios bendito! ¡Hasta cuándo...! —Mas, sin completar la frase, volviéndose de nuevo hacia las dos mujeres:

—¡Pobrecitas! —dijo— Dios os ha visitado. ¡Pobre Lucía!

—¿No nos abandonará, padre? —dijo ésta, sollozando.

—¡Abandonaros! —respondió—. ¿Y con qué cara iba a poder yo pedirle a Dios algo para mí, si os abandonara? ¡A vos, en este estado! ¡A vos, que El me confía! No os desalentéis: Él os asistirá: El lo ve todo: El puede servirse incluso de un hombre insignificante, como yo, para confundir a un... Veamos, pensemos en lo que se puede hacer.

Diciendo esto, apoyó el codo izquierdo en la rodilla, reclinó la frente sobre la palma de la mano, y con la derecha se apretó la barba y el mentón, como para tener sujetas y unidas todas las potencias del ánimo. Pero aquel examen más atento no le servía sino para hacerle advertir con mayor claridad cuán urgente e intrincado era el caso, y cuán inciertos y peligrosos eran los remedios. «¿Avergonzar un poco a don Abbondio, y hacerle sentir cómo falta a su deber? Vergüenza y deber no son nada para él, cuando tiene miedo. ¿Y meterle miedo? ¿Pero, qué medios tengo yo para producirle uno que supere el que produce un disparo? ¿Informar de todo al cardenal arzobispo, e invocar su autoridad? Se necesita tiempo: ¿y mientras tanto?, ¿y luego? Aun cuando esta pobre inocente estuviera casada, ¿sería ello un freno para ese hombre? ¿Quién sabe hasta dónde puede llegar?... ¿Y oponerle resistencia? ¿Cómo? ¡Ahí, ¡si yo pudiese!», pensaba el pobre fraile, «¡si pudiese poner de mi parte a mis frailes de aquí, a los de Milán! ¡Pero, quiá!, no es un negocio común; me abandonarían. Ese hombre se finge amigo del convento, se hace pasar por un partidario de los capuchinos: ¿y no han venido sus bravos más de una vez a refugiarse en nuestra casa? Sólo conseguiría ponerme en evidencia. Me tacharían de inquieto, de enredador, de buscapleitos; y, lo que es más, podría también quizá, con una intervención inoportuna, empeorar la situación de esta pobrecilla». Sopesado el pro y el contra de este y de aquel partido, el mejor le pareció afrontar al propio don Rodrigo, intentar disuadirlo de su infame propósito, con ruegos, con los terrores de la otra vida, y aun de ésta, si fuera posible. En el peor de los casos, se podría al menos conocer, por ese camino, con más claridad, hasta qué punto estaba obstinado en su nefando empeño, descubrir sus intenciones, y obrar en consecuencia.

Mientras el fraile estaba meditando de este modo, Renzo, el cual por las razones que todos podrán adivinar, no sabía permanecer alejado de

aquella casa, se había presentado en la puerta; mas, viendo al padre pensativo, y a las mujeres que le hacían señas de no molestarlo, se detuvo en el umbral, en silencio. Al levantar la cabeza para comunicarles a las mujeres su proyecto, el fraile reparó en él, y lo saludó de un modo que expresaba un cariño familiar, acentuado por la compasión.

—¿Le han dicho... padre? —le preguntó Renzo, con voz conmovida.

—Desgraciadamente, y por eso estoy aquí.

—¿Qué dice de ese bribón...?

—¿Qué quieres que diga de él? No está aquí para oírnos: ¿de qué servirían mis palabras? A ti te digo, Renzo mío, que confíes en Dios, y que Dios no te abandonará.

—¡Benditas sean sus palabras! —exclamó el joven— Vuestra merced no es de esos que siempre le quitan la razón al pobre. Pero el señor cura, y ese abogado de causas perdidas...

—No remuevas lo que no sirve sino para inquietarte inútilmente. Yo soy un pobre fraile, pero te repito lo que le he dicho a estas mujeres: en lo poco que yo puedo, no os abandonaré.

—¡Oh, vuestra merced no es como los amigos del mundo! ¡Charlatanes! Habría que haber oído las promesas que me hacían, cuando las cosas iban bien: ¡ah!, ¡ah! Estaban dispuestos a dar su sangre por mí; iban a ayudarme contra el mismo diablo. ¿Que tenía un enemigo?..., bastaba una palabra de aviso; pronto dejaría de comer pan. Y ahora, si viera cómo se echan atrás...— En este punto, alzando los ojos a la cara del padre, vio que se había nublado, y comprendió que había dicho lo que convenía callar. Mas, queriendo arreglarlo, se iba aturullando y embrollando— Quería decir... no pretendo decir... bueno, quería decir...

—¿Qué querías decir? ¿Cómo? ¡Luego, tú habías empezado a malograr mi obra, antes de haber sido emprendida! Agradece que te han desengañado a tiempo. ¡Cómo!, tú andabas buscando amigos... ¡qué amigos!..., ¡que no hubieran podido ayudarte, ni aun queriendo! ¡Y tratabas de perder a Aquel que sólo lo puede y lo quiere! ¿No sabes que Dios es el amigo de los afligidos, que confían en Él? ¿No sabes que el débil no gana nada sacando las uñas? ¡Y aun cuando... —Entonces, aferró con fuerza el brazo de Renzo: su rostro, sin perder autoridad, adquirió una compunción solemne, sus ojos se bajaron, su voz se hizo lenta y como subterránea—, y aun cuando,... ¡es una terrible ganancia! ¡Renzo! ¿quieres tú confiar en mí...?, ¿qué digo en mí, pigmeo, frailecillo...? ¿Quieres tú confiar en Dios?

—¡Oh, sí! —respondió Renzo— Ése es el Señor de verdad.

—Pues bien; promete que no afrontarás, que no provocarás a nadie, que te dejarás guiar por mí.

—Lo prometo.

Lucía dio un gran suspiro, como si le hubiesen quitado un peso de encima; y Agnese dijo:

—Buen chico.

—Escuchad, hijos míos —prosiguió fray Cristóforo—, yo iré hoy a hablar a ese hombre. Si Dios toca su corazón, y da fuerza a mis palabras, bien: si no, Él nos hará encontrar algún otro medio. Vosotros, mientras tanto, estad tranquilos, retirados, evitad las hablillas, no os dejéis ver. Esta noche, o mañana por la mañana a más tardar, volveréis a verme. —Dicho esto, cortó todos los agradecimientos y las bendiciones, y se fue. Se encaminó al convento, llegó a tiempo para ir al coro a cantar la sexta, almorzó, y se puso en seguida en camino, hacia la guarida de la fiera que quería intentar amansar.

El castillejo de don Rodrigo surgía aislado, a semejanza de una bicoca, en la cúspide de uno de los cerros que se esparcen y sobresalen por aquel declive. A esta indicación el anónimo añade la de que el lugar (mejor hubiera hecho escribiendo sin más el nombre) estaba situado más arriba del pueblecito de los novios, alejado de éste unas tres millas, y cuatro del convento. Al pie del cerro, por la parte que mira al mediodía, y hacia el lago, yacía un puñado de casuchas, habitadas por colonos de don Rodrigo; y era como la pequeña capital de su pequeño reino. Bastaba pasar por allí, para tener una idea de la condición y las costumbres del pueblo. Echando una ojeada a las habitaciones de la planta baja, donde hubiera abierta alguna puerta, se veían colgados de la pared escopetas, trabucos, azadones, rastrillos, sombreros de paja, redecillas y frascos de pólvora, todo mezclado. La gente que por all se encontraba eran hombretones fornidos y ceñudos, con un gran mechón peinado hacia atrás, y sujeto con una redecilla; viejos que perdidos los colmillos, parecían siempre prestos, por muy poco que se les azuzase, a rechinar las encías; mujeres con unas caras hombrunas, con unos brazos membrudos, buenos para acudir en ayuda de la lengua cuando ésta no bastaba: hasta en las caras y los gestos de los mismos chiquillos, que jugaban en la calle, se percibía un no sé qué de atrevido y provocador.

Fray Cristóforo atravesó el pueblo, subió por un sendero retorcido, y llegó a una pequeña explanada, ante el castillejo. La puerta estaba cerrada, señal de que el dueño se hallaba almorzando, y no quería ser molestado. Las escasas y pequeñas ventanas que daban a la calle, cubiertas por postigos desvencijados y carcomidos por los años, estaban, sin embargo, defendidas por gruesas rejas, y las del piso bajo, tan altas, que apenas las habría alcanzado un hombre sobre las espaldas de otro. Reinaba allí un

gran silencio; y un traseúnte hubiese podido creer que era una casa abandonada, si cuatro criaturas, dos vivas y dos muertas, colocadas simétricamente, por fuera, no hubieran dado indicios de que había habitantes. Dos grandes buitres con las alas desplegadas, y los cráneos colgando, uno desplumado y medio corroído por el tiempo, el otro todavía entero y con plumas, estaban clavados, cada uno en un batiente de la puerta principal; y dos bravos, tumbados, cada uno en uno de los bancos colocados a derecha e izquierda, montaban guardia esperando ser llamados a gozar de las sobras de la mesa del amo. El padre se detuvo, con la actitud de quien se dispone a esperar; pero uno de los bravos se levantó, y le dijo:

—Padre, padre, adelante: aquí no se hace esperar a los capuchinos: nosotros somos amigos del convento: yo he estado allí en ciertos momentos en que fuera no soplaban buenos aires para mí; y si me hubieran cerrado la puerta, la cosa habría acabado mal. —Diciendo esto, dio dos golpes con el aldabón. A aquel ruido respondieron al punto desde dentro los ladridos y los gemidos de mastines y perrillos; y, pocos momentos después, llegó rezongando un viejo criado; mas, al ver al padre, le hizo una profunda reverencia, apaciguó a los animales, con las manos y la voz, introdujo al visitante en un estrecho patio, y volvió a cerrar la puerta. Acompañándolo luego a una sala, y mirándolo con cierta expresión de asombro y de respeto, dijo:

—¿No es vuestra merced... el padre Cristóforo de Pescarénico?

—El mismo.

—¿Vuestra merced aquí?

—Ya lo veis, buen hombre.

—Será para hacer el bien. El bien —continuó murmurando entre dientes, y echando de nuevo a andar— se puede hacer en todas partes. Después de atravesar otras dos o tres salas oscuras, llegaron ante la puerta del comedor. Aquí un gran estruendo de tenedores, cuchillos, vasos, platos, y sobre todo de voces discordantes que trataban de sobrepujarse unas a otras. El fraile quería retirarse, y estaba porfiando tras la puerta con el criado, para ser dejado en algún rincón de la casa, hasta que el almuerzo hubiera concluido; cuando la puerta se abrió. Un tal conde Attilio, que estaba sentado enfrente (era el primo del dueño de la casa; y ya nos hemos referido a él, sin nombrarlo), viendo una cabeza rapada y un hábito, y habiendo notado la intención modesta del buen fraile —¡Eh! ¡Eh! —gritó— No se nos escape, reverendo padre: adelante, adelante. —Don Rodrigo, sin adivinar exactamente el motivo de aquella visita, sin embargo, por no sé qué oscuro presentimiento, la hubiese evitado de buen grado.

Mas, puesto que el cabeza hueca de Attilio había hecho aquella ruidosa invitación, no era conveniente que él se echase atrás; y dijo:

—Venga, padre, venga.

El padre se adelantó, inclinándose ante el dueño, y respondiendo, con ambas manos, a los saludos de los comensales.

El hombre honesto ante el malvado gusta generalmente (no digo a todos) imaginárselo con la frente alta, la mirada segura el pecho erguido, la palabra fácil. Pero en la realidad, para que adopte esa actitud, se requieren muchas circunstancias, las cuales muy raras veces se dan juntas. Por ello, no os maravilléis si fray Cristóforo, con el buen testimonio de su conciencia, con la firmísima convicción de la justica de la causa que iba a defender, con un sentimiento entremezclado de horror y compasión por don Rodrigo, permanecía con cierto aire de cortedad y respeto, en presencia de aquel mismo don Rodrigo, que estaba allí, en la cabecera de la mesa, en su casa, en su reino, rodeado de amigos, de homenajes, de tantos signos de su poderío, con un rostro como para hacer morir en la boca a cualquiera un ruego, y ya no sólo un consejo, una corrección, un reproche. A su derecha estaba sentado aquel conde Attilio su primo, y, por si hiciera falta decirlo, su colega de libertinaje y de prevaricaciones, el cual había venido de Milán a pasar unos días con él. A la izquierda, y al otro lado de la mesa, estaba, con gran respeto, atenuado sin embargo por cierta seguridad, y cierta pedantería, el señor podestá, el mismo a quien, en teoría, le habría correspondido hacer justicia a Renzo Tramaglino, y poner en su sitio a don Rodrigo, como se ha visto antes. Frente al podestá, con la actitud del más puro, del más extremado respeto, estaba sentado nuestro abogado Azzeccagarbugli, de capa negra y con la nariz más rubicunda que de costumbre: frente a los dos primos, un par de convidados oscuros, de los cuales nuestra historia dice tan sólo que no hacían otra cosa sino comer, inclinar la cabeza, sonreír y aprobar todo lo que decía un comensal y que no fuera contradicho por otro.

—Asiento para el padre —dijo don Rodrigo. Un criado ofreció una silla, en la cual se sentó el padre Cristóforo, murmurando sus excusas al dueño por haber venido a una hora inoportuna—. Ansiaría hablar a solas con vuestra merced, cuando guste, por un asunto importante —agregó luego en voz más baja, al oído de don Rodrigo.

—Bien, bien, hablaremos —respondió éste—, mas entre tanto, traed algo de beber para el padre.

El padre quería rehusar; pero don Rodrigo, alzando la voz en medio de la algarabía que había recomenzado, gritaba:

—No, pardiez, no me hará ese desaire; no se dirá nunca que un capuchino se ha ido de mi casa, sin haber saboreado mi vino, ni un acreedor insolente, sin haber probado la leña de mis bosques. —Estas palabras provocaron una carcajada general, e interrumpieron, por un momento, la cuestión que se debatía acaloradamente entre los comensales. Un criado, trayendo en una bandeja una jarra de vino, y una larga copa en forma de cáliz, se la ofreció al padre; el cual, no queriendo rechazar una invitación tan apremiante del hombre que tanto le importaba propiciarse, no vaciló en servirse, y se puso a sorber lentamente el vino.

—La autoridad de Tasso no prueba lo que decís, mi estimado señor podestá; más aún, lo desmiente —siguió gritando el conde Attilio—, porque ese erudito, ese gran hombre, que conocía al dedillo todas las reglas de caballería, ha hecho que el mensajero de Argante, antes de presentarle el desafío a los caballeros cristianos, pida licencia al pío Bouillon...

—Pero esto —replicaba, gritando no menos, el podestá—, esto es un añadido, un simple añadido, un adorno poético, ya que el mensajero es, por su propia naturaleza, inviolable, según el derecho de gentes, *jure gentium*: y, sin ir más lejos, lo dice también el proverbio: «Mensajero sois, amigo, no merecéis pena, no». Y los proverbios, señor conde, son la sabiduría del género humano. Y, al no haber dicho nada el mensajero en su propio nombre, sino presentado solamente el desafío por escrito...

—Pero, ¿cuándo querrá entender vuestra merced que ese mensajero era un asno temerario, que no conocía las más elementales...?

—Si sus señorías me dan licencia— interrumpió don Rodrigo, el cual no quería que la discusión fuese demasiado lejos—, sometámoslo al juicio del padre Cristóforo; y acatemos su sentencia.

—Bien, muy bien —dijo el conde Attilio, a quien le pareció algo muy gracioso hacer decidir una cuestión de caballería a un capuchino; mientras el podestá, más enfervorizado con la cuestión, se apaciguaba a duras penas, y con una cara que parecía querer decir: chiquilladas.

—Pero, por lo que me parece haber entendido —dijo el padre—, no son cosas de las que yo pueda saber algo.

—Las excusas de siempe de sus paternidades —dijo don Rodrigo—, pero no se nos escapará. ¡Vamos!, ya sabemos que vuestra merced no ha venido al mundo con la capucha puesta, y que ha conocido el mundo. Ea, ea: he aquí la cuestión.

—El hecho es éste —empezaba a gritar el conde Attilio.

—Dejadme hablar a mí, que soy neutral, primo mío —prosiguió don Rodrigo—. He aquí la historia: un caballero español manda un desafío a un caballero milanés: el portador, al no hallar en su casa al provocado, le

entrega el cartel a un hermano del caballero; el hermano lee el desafío, y como respuesta da de palos al portador. Se trata...

—Bien dados, bien propinados —gritó el conde Attilio—, fue una verdadera inspiración.

—Del demonio —agregó el podestá—. ¡Apalear a un mensajero!, ¡persona sagrada! Dígame, padre , si es ésta la acción de un caballero.

—Sí señor, de un caballero —gritó el conde—, y déjemelo decir a mí, que bien puedo saber lo que conviene a un caballero. Ah, si hubieran sido puñetazos, la cosa sería distinta; pero el bastón no le ensucia a nadie las manos. Lo que no puedo entender es por qué le preocupan tanto las espaldas de un granuja.

—¿Quién ha hablado de espaldas, señor mío? Vuestra merced me hace decir disparates que nunca han pasado por mi mente. He hablado del carácter, y no de espaldas, yo hablo sobre todo del derecho de gentes. Veamos, sírvase decirme, vuestra merced, si los feciales que los antiguos romanos enviaban a presentar los desafíos a los otros pueblos, pedían acaso licencia para exponer su embajada: y encuéntreme un escritor que mencione que un ferial ha sido apaleado alguna vez.

—¿Qué tienen que ver con nosotros los oficiales de los antiguos romanos?, gente que hacía las cosas a la llana, y que, en estos asuntos, andaba atrasada, muy atrasada. Pero, según las leyes de la caballería moderna, que es la verdadera, digo y sostengo que un mensajero que osa poner en manos de un caballero un desafío, sin haberle pedido licencia, es un temerario, violable, violabilísimo, apaleable, apaleabilísimo...

—Responda vuestra merced, si puede, a este silogismo.

—Nada, nada, nada.

—Pero escuche, pero escuche vuestra merced. Apalear a un hombre desarmado es un acto alevoso; *atqui* el mensajero *de quo* iba sin armas; *ergo*....

—Despacio, despacio, señor podestá.

—¿Cómo que despacio?

—Despacio, repito: ¿qué está diciendo vuestra merced? Acto alevoso es herir a alguien con la espada, por detrás, o dispararle por la espalda: y, aun en esto, se pueden dar ciertos casos... pero, atengámonos a la cuestión. Concedo que esto pueda generalmente llamarse acto alevoso; ¡pero dar cuatro palos a un granuja! Bueno estaría que hubiese que decirle: «mira que voy a pegarte»: como se le diría a un caballero: «mano a la espada». Vuestra merced, mi estimado señor abogado, en vez de hacerme muecas, para darme a entender que está de acuerdo conmigo,

¿por qué no apoya mis razones, con su facundia, para ayudarme a convencer a este señor?

—Yo... —respondió un tantillo confuso el abogado—, yo disfruto con esta docta disputa; y agradezco el feliz incidente que ha dado lugar a una guerra de ingenios tan graciosa. Y además, no me toca a mí dictaminar: su señoría ilustrísima ha delegado ya en un juez... aquí, el padre...

—Es cierto —dijo don Rodrigo— pero, ¿cómo queréis que hable el juez, cuando los pleiteantes no quieren callarse?

—Enmudezco —dijo el conde Attilio. El podestá apretó los labios, y alzó la mano, como en señal de resignación.

—¡Ah, gracias sean dadas al cielo! Tiene la palabra, padre —dijo don Rodrigo con una seriedad medio burlona.

—Ya me he excusado al decir que no entiendo de esas cosas —respondió fray Cristóforo, devolviendo la copa a un criado.

—Flaca excusa —gritaron los dos primos—: queremos la sentencia.

—Siendo así —prosiguió el padre—, mi humilde parecer sería que no hubiese desafíos, ni mensajeros, ni apaleamientos.

Los comensales se miraron unos a otros maravillados.

—¡Oh, ésta sí que es buena! —dijo el conde Attilio—. Perdóneme, padre, pero es demasiado. Se ve que vuestra merced no conoce el mundo.

—¿Él? —dijo don Rodrigo—, ¿queréis que os lo repita?: lo conoce, primo mío, como vos: ¿no es cierto, padre? ¿Diga, diga vuestra merced si no ha corrido lo suyo?

En vez de responder a esta bienintencionada pregunta, el padre se dijo a sí mismo unas palabritas en secreto: «van por ti; pero, recuerda, fraile, que no estás aquí por ti, y que todo lo que atañe sólo a tu persona, está fuera de cuenta».

—Será —dijo el primo—, pero el padre... ¿Cómo se llama el padre?

—El padre Cristóforo —respondió más de uno.

—Pero, padre Cristóforo, señor mío respetabilísimo, con estas máximas, vuestra merced quiere poner el mundo del revés. ¡Sin desafíos! ¡Sin azotes! Adiós el pundonor: impunidad para todos los granujas. Afortunadamente la suposición es imposible.

—Animo, señor abogado —saltó don Rodrigo, cada vez más interesado en distraer a los dos primeros contendientes de la disputa—, ánimo, ahora le toca a vuestra merced, que, para dar la razón a todos, no tiene igual. Veamos cómo se las ingenia para darle la razón en esto al padre Cristóforo.

—En verdad —respondió el abogado, blandiendo el tenedor en el aire, y dirigiéndose al padre—, en verdad, yo no logro entender cómo el padre

Cristóforo, que es al mismo tiempo el perfecto religioso y un hombre de mundo, no ha pensado que su sentencia, buena, óptima, y de su justo peso en el púlpito, no vale nada, dicho sea con el debido respeto, en una disputa de caballería. Pero el padre sabe, mejor que yo, que cada cosa es buena en su lugar; y yo creo que, esta vez, ha querido librarse, con una broma, del aprieto de pronunciar una sentencia.

¿Qué podía responderse a razonamientos sacados de una sabiduría tan antigua, y siempre nueva? Nada: y eso hizo nuestro fraile.

Mas don Rodrigo, por querer truncar aquella discusión, vino a suscitar otra:

—A propósito —dijo—, he oído que en Milán corrían voces de un arreglo.

El lector sabe que aquel año se combatía por la sucesión al ducado de Mantua, del cual, a la muerte de Vincenzo Gonzaga, que no había dejado prole legítima, había entrado en posesión el duque de Nevers, su pariente más próximo. Luis XIII, o sea el cardenal de Richelieu, apoyaba a aquel príncipe, muy afecto a él, y naturalizado francés: Felipe IV, o sea el conde de Olivares, comúnmente llamado el conde duque, no lo quería allí, por las mismas razones; y le había declarado la guerra. Como además aquel ducado era un feudo del Imperio, los dos bandos se afanaban, con negociaciones, con instancias, con amenazas, ante el emperador Fernando II, el primero para que le concediera la investidura al nuevo duque, el segundo para que se la negase, es más, para que ayudase a expulsarlo de aquel estado.

—No estoy lejos de creer —dijo el conde Attilio— que las cosas se puedan arreglar. Tengo ciertos indicios...

—No crea, señor conde, no crea —interrumpió el podestá—. Yo, en este rincón, puedo enterarme de las cosas; porque el señor alcaide español, que tiene la bondad de otorgarme su afecto, y por ser hijo de un criado del conde duque, está al corriente de todo...

—Le digo a vuestra merced que yo tengo ocasión en Milán de hablar a diario con muy otros personajes; y sé de buena fuente que el papa, interesadísimo, como está, en la paz, ha hecho proposiciones...

—Así ha de ser; la cosa está en regla; su santidad cumple su deber; un papa debe poner siempre paz entre los príncipes cristianos; pero el conde duque tiene su política, y...

—Y, y, y; ¿sabe vuestra merced, señor mío, lo que piensa el emperador, en este momento? ¿Cree acaso vuestra merced que no hay otra cosa que Mantua en este mundo? Las cosas en las que hay que pensar son muchas, señor mío. ¿Sabe vuestra merced, por ejemplo, hasta qué punto

el emperador puede fiarse ahora de ese príncipe suyo de Valdistano o de Vallistai, o como se llame, y si...?

—El nombre legítimo en lengua alemana —interrumpió de nuevo el podestá— es Vallensteino, como se lo he oído pronunciar muchas veces a nuestro señor alcaide español. Mas no se inquiete vuestra merced, que...

—¿Acaso quiere enseñarme a mí...? —replicaba el conde; pero don Rodrigo le guiñó un ojo, para darle a entender que, por amor suyo, dejase de contradecir. El conde se calló, y el podestá, como un barco desencallado, siguió, a toda vela, el curso de su elocuencia—. Vallensteino me da poco cuidado; porque el conde duque tiene la vista en todo, y en todas partes; y si Vallensteino quiere gastar alguna broma, él sabrá meterlo en vereda, por las buenas, o por las malas. Tiene la vista en todo, digo, y el brazo largo; y, si se le mete en la cabeza como se le ha metido, y justamente, como gran político que es, que el señor duque de Nivers no eche raíces en Mantua, el señor duque de Nivers no las echará; y el señor cardenal de Richiliú se encontrará con un puñado de moscas en la mano. Risa me da el bueno del señor cardenal, queriendo enfrentarse a un conde duque, a un Olivares. Digo la verdad, que quisiera renacer de aquí a doscientos años, para oír lo que dirá la posteridad, de esta linda pretensión. Hace falta algo más que envidia; cabeza se necesita: y cabezas como la cabeza de un conde duque, hay sólo una en el mundo. El conde duque, señores míos —proseguía el podestá, siempre con el viento en popa, y un poco maravillado él mismo de no encontrar ningún escollo—, el conde duque es un viejo zorro, hablando con el debido respeto, que haría perder su rastro a cualquiera: y, cuando parece amagar a la derecha, se puede estar seguros de que golpeará a la izquierda; de modo que nadie puede presumir de conocer sus planes; y los mismos que deben ejecutarlos, los mismos que escriben sus despachos, no entienden nada de ellos. Yo puedo hablar con algún conocimiento, porque ese hombre probo, el señor alcaide, se digna conversar conmigo, con alguna confianza. El conde duque, en cambio, sabe con pelos y señales lo que se cuece en las demás cortes; y todos esos politicones (que los hay también muy astutos, no se puede negar) no han acabado de imaginar un plan, cuando el conde duque ya lo ha adivinado, con esa cabeza suya, con sus vías ocultas, con sus hilos tendidos por doquier. Ese infeliz del cardenal Richiliú tantea por aquí, husmea por allá, suda, intenta; ¿y a la postre? Cuando consigue excavar una mina, encuentra la contramina ya preparada por el conde duque. Dios sabe cuándo habría tocado tierra el podestá; pero don Rodrigo, incitado también por las muecas que su primo le hacía,

se volvió de repente como por una súbita inspiración, a un criado, y le hizo señas de que trajera cierto frasco.

—¡Señor podestá, y señores míos! —dijo luego—: Un brindis por el conde duque; y vuestras mercedes me dirán si el vino es digno del personaje. El podestá respondió con una reverencia, de la cual se traslucía un sentimiento de gratitud particular; porque todo lo que se hacía o se decía en honor del conde duque, lo consideraba en parte como hecho a sí mismo.

—¡Viva mil años don Gaspar Guzmán, conde de Olivares, duque de Sanlúcar, gran valido del rey don Felipe el Grande, nuestro señor! —exclamó, alzando la copa.

Valido, para quien no lo supiera, era el término usado, en aquellos tiempos, para designar al favorito de un príncipe.

—¡Viva mil años! —respondieron todos.

—Servid al padre —dijo don Rodrigo.

—Perdóneme vuestra merced —respondió el padre—, pero ya he hecho un exceso, y no podría...

—¡Cómo! —dijo don Rodrigo —Se trata de un brindis por el conde duque. ¿Quiere acaso vuestra merced hacer creer que está del lado de los navarrinos?

Así se llamaba entonces, en son de burla, a los franceses, por los príncipes de Navarra, que habían comenzado, con Enrique IV, a reinar sobre ellos.

Ante tal intimación, fue preciso beber. Todos los comensales prorrumpieron en exclamaciones, y en elogios del vino; salvo el abogado, el cual, con la barbilla en alto, con la mirada fija, con los labios apretados, expresaba mucho más de lo que hubiera podido hacer con las palabras.

—¿Qué decís, eh, señor abogado? —preguntó don Rodrigo.

Sacando de la copa una nariz más carmesí y más reluciente que aquélla, el abogado respondió, recalcando con énfasis cada sílaba:

—Digo, profiero, y sentencio que éste es el Olivares de los vinos: *censui, et in eam ivi sententiam*, que licor semejante no se encuentra ni en los veintidós reinos del rey nuestro señor, a quien Dios guarde: declaro y dictamino que las comidas del ilustrísimo señor don Rodrigo superan a las cenas de Heliogábalo; y que la carestía está proscrita y desterrada a perpetuidad de este palacio, donde se asienta y reina la esplendidez.

—¡Bien dicho!, ¡bien dictaminado! —gritaron, con una sola voz, los comensales: pero aquella palabra, carestía, que el abogado había lanzado al azar, dirigió al punto todas las mentes a aquel triste argumento; y todos hablaron de la carestía. En esto todos concordaban, al menos en cuanto a

lo principal; pero el alboroto era quizá más grande que si hubiera habido desacuerdo. Hablaban todos a la vez. —No hay carestía —decía uno—; son los acaparadores.

—Y los panaderos —decía otro—, que esconden el trigo. Ahorcarlos.

—Eso; ahorcarlos sin compasión.

—Buenos procesos —gritaba el podestá.

—¿Qué procesos? —gritaba más fuerte el conde Attilio— Justicia sumaria. Coger a tres o cuatro, o cinco o seis, de esos que, según la voz pública, son conocidos como los más ricos y los más perros, y ahorcarlos.

—¡Ejemplos! ¡Ejemplos!, sin ejemplos no se hace nada.

—¡Ahorcarlos!, ¡ahorcarlos!; y aparecerá trigo por todas partes.

Quien, pasando por una feria, ha tenido ocasión de apreciar la armonía producida por una banda de músicos ambulantes, cuando entre pieza y pieza, cada uno afina su instrumento, haciéndolo rechinar lo más posible, para escucharlo claramente, entre el ruido de los demás, imagine que tal era el concierto de aquellos discursos, si así pueden llamarse. Mientras tanto, se escanciaba y se volvía a escanciar aquel vino; y sus alabanzas llegaban, como era justo, mezcladas con sentencias de jurisprudencia económica; de modo que las palabras que se oían más sonoras y frecuentes, eran: ambrosía y ahorcarlos.

Don Rodrigo, entre tanto, lanzaba ojeadas al único que permanecía en silencio; y lo veía siempre allí quieto, sin dar muestras de impaciencia o de prisa, sin hacer un solo gesto que tendiese a recordar que estaba aguardando; pero con apariencia de no querer irse antes de haber sido escuchado. De buena gana lo hubiera mandado a paseo, y prescindido de aquel coloquio; pero licenciar a un capuchino, sin haberle dado audiencia, no se avenía con las reglas de su política. Puesto que el fastidio no se podía evitar, se decidió a afrontarlo en seguida, y quitárselo de encima; se levantó de la mesa, y con él toda la rubicunda compañía, sin interrumpir el estruendo. Pedida luego licencia a sus invitados, se acercó, con ademán ceremonioso, al fraile, que se había alzado al instante con los demás; le dijo:

—Aquí me tiene, para lo que guste —y lo condujo a otro aposento.

CAPÍTULO VI

¿EN qué puedo servir a vuestra merced? —dijo don Rodrigo, plantándose en medio de la sala. El sonido de las palabras era éste; pero el modo en que eran pronunciadas, quería decir claramente: mira ante quien estás, pesa tus palabras, y despacha pronto.

Para infundir valor a nuestro fray Cristóforo, no había medio más seguro y más rápido que afrontarlo con ademán arrogante. Él, que estaba suspenso, buscando las palabras, y desgranando entre sus dedos las avemarias del rosario que llevaba en la cintura, como si esperase encontrar en alguna de ellas su exordio, ante aquella actitud de don Rodrigo, sintió al instante acudir a sus labios más palabras de las necesarias. Pero, pensando cuánto importaba no malograr su asunto, o, lo que era mucho más, el asunto ajeno, corrigió y atenuó las frases que acudían a su mente, y dijo, con cautelosa humildad:

—Vengo a proponer a vuestra merced un acto de justicia, a rogarle una caridad. Ciertos hombres de mala calaña se han escudado en el nombre de vuestra señoría ilustrísima, para atemorizar a un pobre párroco, e impedirle cumplir con su deber, y para abusar de unos inocentes. Vuestra merced puede, con una palabra, confundirlos, restituir al derecho su fuerza, y aliviar a aquellos a quienes se ha hecho tan cruel violencia. Lo puede; y pudiéndolo..., la conciencia, el honor...

—Vuestra merced me hablará de mi conciencia, cuando vaya a confesarme. En cuanto a mi honor, ha de saber que su custodio soy yo, y sólo yo; y a quienquiera que osase compartir conmigo ese cuidado, lo considero como al temerario que lo ofende.

Fray Cristóforo, advertido por estas palabras de que aquel caballero trataba de dar a las suyas el peor sesgo, para transformar la conversación en riña, y no darle lugar a tocar el punto doliente, se esforzó más aún en la suportación, resolvió tragar cualquier cosa que el otro quisiera decir, y respondió al instante, con tono sumiso:

—Si he dicho alguna cosa que desagrade a vuestra merced, ha sido ciertamente sin intención. Corríjame, pues, repréndame, si no sé hablar como conviene; pero dígnese escucharme. Por el amor del cielo, por ese Dios, ante cuya presencia todos hemos de comparecer... —y, diciendo esto, había cogido entre sus dedos, y ponía ante los ojos de su ceñudo oyente la pequeña calavera de madera que colgaba de su rosario—, no se ostine en negar una justicia tan fácil, y tan debida a unos pobrecitos. Piense que Dios tiene siempre los ojos puestos en ellos, y que sus gritos, sus gemidos, son escuchados allá arriba. La inocencia es también poderosa ante...

—¡Eh, padre! —interrumpió bruscamente don Rodrigo— El respeto que su hábito me merece es grande; pero si algo pudiera hacérmelo olvidar, sería vérselo llevar a alguien que se atreviese a venir a hacer de espía en mi casa.

Esta palabra hizo subir una llamarada de indignación al rostro del fraile; el cual, sin embargo, con el semblante de quien traga una pócima muy amarga, prosiguió:

—Vuestra merced no cree que yo merezca semejante título. Vuestra merced sabe, en lo más hondo de su corazón, que el paso que ahora doy aquí, no es ni vil ni despreciable. Escúcheme, señor don Rodrigo; y quiera el cielo que no llegue un día en que se arrepienta de no haberme escuchado. No quiera poner su gloria... ¡qué gloria, señor don Rodrigo!, ¡qué gloria ante los hombres! ¡Y ante Dios! Vuestra merced puede mucho aquí abajo; pero...

—¿Sabe vuestra merced —dijo don Rodrigo, interrumpiéndolo, con rabia, pero no sin cierta aprensión—, sabe vuestra merced que, cuando me entra el antojo de oír un sermón, sé perfectamente ir a la iglesia como todos los demás? Pero, ¡en mi casa! —y prosiguió, con una sonrisa forzada de sorna—: ¡Vuestra merced me toma por más de lo que soy! ¡El predicador en casa! Sólo los príncipes lo tienen.

—Y ese Dios que pide cuentas a los príncipes de la palabra que les hace escuchar, en sus palacios; ese Dios le está dando ahora una muestra de misericordia, al enviarle a un ministro suyo, indigno y miserable, pero ministro suyo, a rogar por una inocente...

—En suma, padre —dijo don Rodrigo haciendo ademán de marcharse—, yo no sé lo que quiere decir: lo único que entiendo es que debe de haber alguna jovencita que le importa mucho. Vaya a hacer sus confidencias a quien le plazca; y no se tome la libertad de importunar más a un caballero.

Al moverse don Rodrigo, nuestro fraile se le puso delante, aunque con gran respeto; y, alzando las manos, como para suplicar y detenerlo a un tiempo, continuó aún:

—Me importa, es cierto, pero no más que vuestra merced; son dos almas que, una y otra, me importan más que mi vida. ¡Don Rodrigo!, yo no puedo hacer otra cosa por vuestra merced que rezar a Dios, pero lo haré de todo corazón. No me diga que no: no quiera tener en la angustia y el terror a una pobre inocente. Una palabra suya puede arreglarlo todo.

—Pues bien —dijo don Rodrigo—, ya que vuestra merced cree que yo puedo hacer mucho por esa persona, ya que esa persona le importa tanto...

—Y bien... —repitió ansiosamente el padre Cristóforo, a quien el ademán y la actitud de don Rodrigo no le permitían abandonarse a la esperanza que parecían anunciar aquellas palabras.

—Pues bien, aconséjela que venga a ponerse bajo mi protección. Nada le faltará ya, y nadie se atreverá a molestarla, o yo no soy caballero.

Ante semejante propuesta, la indignación del fraile, contenida a duras penas hasta entonces, se desbordó. Todos sus buenos propósitos de prudencia y de paciencia se esfumaron; el hombre antiguo se halló de acuerdo con el nuevo; y, en aquellos casos, fray Cristóforo valía verdaderamente por dos:

—¡Vuestra protección! —exclamó, retrocediendo dos pasos, apoyándose orgullosamente sobre el pie derecho, poniendo la diestra en la cadera, alzando la izquierda con el índice tendido hacia don Rodrigo, y clavando en su cara dos ojos llameantes—: ¡Vuestra protección! Es mejor que hayáis hablado así, que me hayáis hecho semejante propuesta. Habéis colmado la medida; y ya no os temo.

—¿Cómo hablas, fraile?...

—Hablo como se habla a quien está abandonado de Dios, y ya no puede dar miedo. ¡Vuestra protección! Ya sabía yo que esa inocente se halla bajo la protección de Dios; pero vos, vos me lo hacéis sentir ahora, con tanta seguridad, que ya no necesito miramientos para hablaros de ella. Lucía, digo: ved que pronuncio ese nombre con la frente alta, y con los ojos firmes.

—¡Cómo! ¡En esta casa...!

—Siento compasión por esta casa: sobre ella pesa la maldición. No esperéis que la justicia de Dios tenga miramientos con cuatro piedras, y temor de cuatro esbirros. ¡Vos habéis creído que Dios ha hecho una criatura a su imagen y semejanza, para daros el placer de atormentarla! ¡Vos habéis creído que Dios no sabría defenderla! ¡Vos habéis despreciado su aviso! Os habéis juzgado. El corazón de Faraón estaba tan endurecido como el vuestro; y Dios supo quebrantarlo. Lucía está a salvo de vos: os lo dice un pobre fraile; y en cuanto a vos, oíd bien lo que os prometo. Llegará un día...

Don Rodrigo había permanecido hasta entonces entre la rabia y el asombro, atónito, sin hallar palabras; mas cuando oyó entonar una predicción, a la rabia se sumó un lejano y misterioso espanto.

Aferró rápidamente en el aire aquella mano amenazadora, y, alzando la voz, para truncar la del infausto profeta, gritó:

—Fuera de mi vista, villano temerario, haragán encapuchado.

Estas palabras tan claras aquietaron en un instante al padre Cristóforo. A la idea de humillación y villanía, estaba, en su mente, tan bien, y desde hacía tanto tiempo, asociada la idea de sufrimiento y silencio, que, ante aquel cumplido, lo abandonó todo espíritu de ira y de entusiasmo, y no le quedó otra determinación sino la de oír tranquilamente lo que a Don Rodrigo le agradase añadir. De modo que, retirando plácidamente la mano

de las garras del caballero, bajó la cabeza, y se quedó inmóvil, como al ceder el viento, en lo más recio de la tormenta, un árbol agitado recompone naturalmente sus ramas, y recibe el granizo como el cielo se lo manda.

—¡Villano disfrazado! —prosiguió don Rodrigo—: te comportas como quien eres. Pero da gracias al sayal que cubre esas espaldas de bellaco, y te libra de las caricias que se les hace a tus iguales, para enseñarles a hablar. Sal por tu pie, por esta vez; y ya nos veremos.

Diciendo esto, señaló, con desprecio imperioso, una puerta situada frente a aquella por la que habían entrado; el padre Cristóforo inclinó la cabeza, y se marchó, dejando a don Rodrigo medir, con pasos furiosos, el campo de batalla.

Cuando el fraile hubo cerrado la puerta a sus espaldas, vio en el aposento donde entraba, a un hombre que se retiraba sigilosamente, rozando la pared; como para no ser visto desde la estancia del coloquio; y reconoció al viejo servidor que había salido a recibirlo a la puerta de la calle. Estaba aquel hombre en la casa desde hacía unos cuarenta años, es decir, antes de que naciera don Rodrigo; habiendo entrado al servicio de su padre, que había sido un hombre muy distinto. Muerto aquél, el nuevo amo, al despedir a toda la servidumbre, y formar una nueva compañía, había conservado, sin embargo, a aquel criado, por ser ya viejo, y porque, aunque de máximas y costumbres completamente distintas a las suyas, compensaba este defecto con dos cualidades: una elevada opinión de la dignidad de la casa y una gran experiencia del ceremonial, del que conocía, mejor que ningún otro, las más antiguas tradiciones, y los más mínimos detalles. En presencia de su señor, el pobre viejo nunca se habría atrevido a insinuar, y menos aún a expresar su desaprobación por lo que veía todo el día. Apenas lanzaba alguna exclamación, algún reproche entre dientes a sus colegas de servicio; los cuales se reían de él, e incluso alguna vez se divertían tocándole aquella cuerda, para hacerle decir más de lo que hubiese querido, y para oírle cantar las alabanzas del antiguo modo de vivir de aquella casa. Sus censuras sólo llegaban a oídos del amo acompañadas por el relato de las carcajadas que habían provocado; de modo que también para él resultaban un motivo de befa, sin resentimiento. Luego, en los días de convite y de recepción, el viejo se convertía en un personaje serio e importante.

El padre Cristóforo lo miró, al pasar, lo saludó, y prosiguió su camino; pero el viejo se le acercó con actitud misteriosa, se puso un dedo en los labios, y después, con ese mismo dedo le hizo una señal para invitarlo a entrar con él en un oscuro zaguán. Cuando estuvieron allí, le dijo en voz baja:

—Padre, lo he oído todo, y necesito hablarle.
—Decid pronto, buen hombre.
—Aquí no: ¡ay de mí si el amo se enterase!... Pero yo sé muchas cosas; y trataré de ir mañana al convento.
—¿Hay algún plan?
—Algo hay en el aire, de seguro: ya he podido darme cuenta. Pero ahora estaré alerta, y espero descubrirlo todo. Déjelo en mis manos. ¡Me toca ver y oír cosas...! ¡Cosas terribles! ¡Estoy en una casa...! Pero quisiera salvar mi alma.
—¡Que el Señor os bendiga! —y, musitando estas palabras, el padre puso su mano sobre la cabeza cana del servidor, que, aunque más viejo que él, estaba curvado, en actitud filial—. El señor os recompensará —prosiguió el fraile—: No dejéis de venir mañana.
—Iré —respondió el servidor—: pero márchese en seguida vuestra merced y... por el amor del cielo... no me nombre. —Diciendo esto, y mirando a su alrededor, salió, por la parte opuesta del zaguán, a una sala que daba al patio; y, viendo el campo libre, llamó al buen fraile, cuyo rostro respondió a aquella última palabra más elocuentemente de lo que hubiera podido hacer cualquier protesta. El servidor le indicó la salida; y el fraile, sin decir nada más, partió.

Aquel hombre había estado escuchando tras la puerta de su amo: ¿Había hecho bien? ¿Y fray Cristóforo, hacía bien al alabarlo por ello? Según las reglas más comunes y menos discutidas, es algo muy feo; ¿pero no podía aquel caso considerarse como una excepción? ¿Y existen excepciones a las reglas más comunes y menos discutidas? Cuestiones importantes, pero que el lector resolverá por sí mismo, si lo desea. Nosotros no pretendemos emitir juicios: nos basta con tener hechos que relatar.

Una vez fuera, y vuelta la espalda a aquella guarida, fray Cristóforo respiró más libremente, y echó a andar aprisa cuesta abajo, con el rostro encendido, conmovido y agitado, como cualquiera podrá imaginarse, por cuanto había oído, y por cuanto había dicho. Pero aquella salida del viejo, tan inesperada, había sido un gran alivio para él: le parecía que el cielo le había dado una señal visible de su protección. «He aquí un hilo —pensaba—, un hilo que la providencia pone en mis manos. ¡Y en esa misma casa! ¡Y sin que yo soñase siquiera con buscarlo!» Mientras rumiaba estas ideas en su cabeza, alzó los ojos hacia occidente, vio el sol bajo, que casi, casi tocaba ya la cima del monte, y pensó que quedaba muy poco para acabar el día. Entonces, aunque sentía los huesos pesados y quebrantados por los diversos ajetreos de aquella jornada, apretó más el paso, para poder llevar una noticia, cualquiera que fuese, a sus protegidos,

y llegar luego al convento, antes de la noche: que era una de las reglas más estrictas, y más severamente observadas del código capuchino.

Entre tanto, en la casita de Lucía, se habían traído a colación y barajado, planes de los cuales conviene que informemos al lector. Tras la partida del fraile, los tres que allí quedaban habían permanecido algún tiempo en silencio; Lucía preparando tristemente el almuerzo; Renzo, a punto de marcharse a cada momento, para quitarse de delante la visión de ella, tan acongojada, y sin saber separarse; Agnese, muy atenta, aparentemente, a la devanadera que hacía girar. Pero, en realidad, madurando un proyecto; y, cuando le pareció maduro, rompió el silencio de esta manera:

—¡Oíd, hijos míos! Si queréis tener el valor y la destreza que hagan falta, si os fiáis de vuestra madre —ante aquella muestra Lucía se estremeció—, yo me comprometo a sacaros de este apuro, quizá mejor, y más pronto que el padre Cristóforo, con ser el hombre que es. —Lucía se quedó parada, y la miró con un rostro que expresaba más asombro que confianza ante tan magnífica promesa; y Renzo dijo al instante:

—¿Valor?, ¿destreza? Decid, decid, lo que se puede hacer.

—¿No es cierto —prosiguió Agnese— que si estuvieseis casados, se habría adelantado ya mucho? ¿Y que para todo lo demás se hallaría más fácilmente remedio?

—¿Quién lo duda? —dijo Renzo—: una vez casados... todo el mundo es uno; y, a dos pasos de aquí, en tierra de Bérgamo, quien trabaja la seda es recibido con los brazos abiertos. Ya sabéis cuántas veces Bartolo, mi primo, me ha invitado a ir allá con él, que haría fortuna, como él la hizo; y si nunca le he hecho caso, es... ¿hace falta decirlo?, porque mi corazón estaba aquí. Casados, vamos todos juntos, ponemos casa allá, vivimos en santa paz, fuera de las garras de ese bribón, lejos de la tentación de hacer un disparate. ¿No es verdad, Lucía?

—Sí —dijo Lucía—, pero ¿cómo...?

—Como yo he dicho —prosiguió la madre—: valor y destreza; y la cosa es fácil.

—¡Fácil! —dijeron a la vez los dos, para quienes la cosa se había convertido en algo tan extraña y dolorosamente difícil.

—Fácil, si se sabe hacer —replicó Agnese—. Escuchadme bien, y trataré de hacéroslo entender. Yo he oído decir a gente que lo sabe, y hasta he visto un caso, que, para celebrar una boda, hace falta, sí, el cura, pero no es necesario que él quiera; basta con que esté.

—¿Cómo es eso? —preguntó Renzo.

—Escuchad y lo veréis. Hay que tener dos testigos muy despiertos y muy de acuerdo. Se va donde el cura: la cosa está en cogerlo desprevenido,

que no tenga tiempo de escaparse. El hombre dice: señor cura, ésta es mi mujer, la mujer dice: señor cura, éste es mi marido. Es menester que el cura lo oiga, que los testigos lo oigan; y el matrimonio está hecho, y tan sagrado como si lo hubiera hecho el mismo papa. Cuando las palabras han sido dichas, ya puede el cura chillar, despotricar, armar un escándalo; es inútil: sois marido y mujer.

—¿Es posible? —exclamó Lucía.

—¡Cómo! —dijo Agnese—. Aviados estaríamos si en los treinta años que he pasado en este mundo, antes de nacer vosotros, no hubiera aprendido nada. La cosa es tal y como os digo: hasta el punto de que una amiga mía, que quería casarse con uno contra la voluntad de sus padres, haciéndolo de ese modo, se salió con la suya. El cura, que tenía sus sospechas, estaba sobre aviso; pero los dos diablos lo supieron hacer tan bien, que lo pillaron en el momento justo, dijeron las palabras, y fueron marido y mujer: aunque la pobrecilla se arrepintió luego, al cabo de tres días.

Agnese decía la verdad, tanto respecto a la posibilidad, como respecto al peligro de no conseguirlo: ya que, como no recurrían a tal expediente, sino personas que habían hallado impedimentos o una negativa por la vía ordinaria, los párrocos ponían sumo cuidado en rehuir aquella cooperación fozosa; y, aun cuando uno de ellos se veía sorprendido por una de aquellas parejas, acompañada de testigos, hacía todo lo posible por escabullirse, como Proteo de las manos de los que querían hacerte vaticinar a la fuerza.

—¡Si fuera verdad, Lucía! —dijo Renzo, mirándola con un aire de expectación suplicante.

—¡Cómo que si fuera verdad! —dijo Agnese—. También vos creéis que cuento patrañas. Yo afanándome por vosotros, y nadie me cree: está bien, está bien; arregláoslas como podáis: yo me lavo las manos.

—¡Ah, no!, no nos abandonéis —dijo Renzo—. Hablo así, porque me parece demasiado bueno. Estoy en vuestras manos; os considero como si fueseis mi propia madre.

Estas palabras hicieron desvanecerse el pequeño enojo de Agnese, y olvidar un propósito que, a decir verdad, no había sido serio.

—Pero entonces, ¿por qué, madre —dijo Lucía, con aquella sumisa actitud suya—, por qué no se le ha ocurrido eso al padre Cristóforo?

—¿Ocurrírsele? —respondió Agnese— ¡Claro que se le habrá ocurrido! Pero no habrá querido hablar de ello.

—¿Por qué? —preguntaron a una los dos jóvenes.

—Porque..., porque, ya que queréis saberlo, los religiosos dicen que realmente es una cosa que no está bien.

—¿Cómo puede ser que no esté bien, y que esté bien hecha, cuando se ha hecho? —dijo Renzo.

—¿Qué queréis que os diga? —respondió Agnese—. La ley la han hecho ellos, como les ha agradado; y nosotros, pobrecillos, no podemos entenderlo todo. Y, además, cuántas cosas... Mirad: es como darle un puñetazo a un cristiano. No está bien, pero, cuando se lo habéis dado, ni el mismo papa se lo puede quitar.

—Si es una cosa que no está bien —dijo Lucía—, no hay que hacerla.

—¡Qué! —dijo Agnese— ¿Te iba yo a dar un consejo contra el temor de Dios? Si fuera contra la voluntad de tus padres, para casarte con un tarambana...; pero estando yo contenta, y para casarte con este muchacho; y cuando el que hace nacer todas las dificultades es un bribón; y el señor cura...

—Está tan claro, que cualquiera lo entendería —dijo Renzo.

—No hay que hablar de ello al padre Cristóforo, hasta que la cosa no esté hecha —prosiguió Agnese—, pero, una vez hecha, y conseguida, ¿qué crees tú que dirá el padre? «¡Ay, hija mía! Buena trastada habéis hecho; me la habéis jugado». Los religiosos deben hablar así. Pero puedes estar segura de que, en el fondo de su corazón, también él se alegrará.

Lucía, sin encontrar qué responder a este razonamiento, no parecía, sin embargo, persuadida; pero Renzo, muy reanimado, dijo:

—Siendo así, la cosa está hecha.

—Poco a poco —dijo Agnese—. ¿Y los testigos? ¡Encontrar dos que quieran y sepan estar callados mientras tanto! ¿Y poder sorprender al señor cura, que lleva dos días agazapado en casa? ¿Y hacerlo quedarse allí? Porque, aunque sea pesado por naturaleza, os puedo asegurar que, al veros asomar con esas trazas, se volverá más ligero que un gato, y escapará como el diablo del agua bendita.

—Ya tengo la manera, ya la tengo —dijo Renzo, dando un puñetazo en la mesa, y haciendo bailar los platos preparados para el almuerzo. Y siguió exponiendo su idea, que Agnese aprobó en todo y por todo.

—Eso son embrollos —dijo Lucía—: no son cosas limpias. Hasta ahora hemos obrado sinceramente: sigamos adelante con fe, y Dios nos ayudará: el padre Cristóforo lo ha dicho. Oigamos su parecer.

—Déjate guiar por quien sabe más que tú —dijo Agnese con rostro grave— ¿Qué necesidad hay de pedir pareceres? A Dios rogando y con el mazo dando. Al padre se lo contaremos todo, cuando la cosa esté hecha.

—Lucía —dijo Renzo—, ¿vais a fallarme ahora? ¿No habíamos hecho todas las cosas como buenos cristianos? ¿No debíamos ser ya marido y mujer? ¿No nos había fijado ya el cura el día y la hora? ¿Y de quién es la

culpa, si ahora tenemos que ayudarnos con un poco de ingenio? No, no me fallaréis. Ahora mismo vuelvo con la respuesta. —Y, despidiéndose de Lucía, con un gesto de súplica, y de Agnese, con un aire de inteligencia, partió a toda prisa.

Las tribulaciones aguzan el ingenio: y Renzo, que, en el sendero recto y llano de la vida por él recorrido hasta entonces, no había encontrado nunca ocasión para aguzar mucho el suyo, en este caso había imaginado una treta digna de un jurisconsulto. Fue derecho, según había planeado, a la casita de un tal Tonio, que no estaba lejos de allí; y lo halló en la cocina mientras, con una rodilla en el escalón de la chimenea, y sujetando con una mano el borde de un caldero colocado sobre las brasas encendidas, revolvía con el palo una polenta parduzca, de trigo sarraceno. La madre, un hermano, la mujer de Tonio, estaban sentados a la mesa; y tres o cuatro rapaces, de pie junto al padre, aguardaban, con los ojos clavados en el caldero, que llegase la hora de servir. Pero no había esa alegría que la vista del almuerzo suele procurar a quien se lo ha ganado con el trabajo. La masa de la polenta estaba en razón de la añada, y no del número y el buen apetito de los comensales: y cada uno de ellos, clavando sus ojos, con una mirada de amor rabioso, en la comida común, parecía pensar en la porción de apetito que le sobreviviría. Mientras Renzo intercambiaba saludos con la familia, Tonio volcó la polenta sobre la tabla de haya, que estaba preparada para recibirla: y pareció una pequeña luna, entre un gran círculo de vapores. A pesar de ello las mujeres le dijeron cortésmente a Renzo:

—¿Gustáis? —cumplido que el campesino de Lombardía, ¡y quién sabe de cuántos otros países!, no deja nunca de hacer a quien lo encuentre comiendo, aún cuando éste fuera un rico Epulón recién levantado de la mesa, y él estuviera en el último bocado.

—Os lo agradezco —respondió Renzo—: venía solamente a decirle dos palabras a Tonio; y, si queréis, Tonio, para no molestar a tus mujeres, podemos ir a almorzar a la venta, y allí hablaremos. —La proposición fue para Tonio tanto más grata, cuanto menos esperada; y las mujeres, y también los niños (ya que, en esta materia empiezan pronto a razonar) no vieron con malos ojos que se sustrajera, a la polenta un concurrente, y el más temible. El invitado no se paró a preguntar más, y se fue con Renzo. Llegados a la venta de la aldea; sentados, con toda libertad, en una soledad perfecta, ya que la miseria había ahuyentado a todos los frecuentadores de aquel lugar de delicias; mandado traer lo poco que allí se encontraba; vaciada una jarra de vino; Renzo, con aire de misterio, le dijo a Tonio:

—Si tú me haces un pequeño favor, yo te haré a ti uno grande.
—Habla, habla; manda lo que sea —respondió Tonio, escanciando—. Hoy me tiraría al fuego por ti.
—Tú tienes una deuda de veinticinco liras con el señor cura, por el arriendo del campo que le trabajabas el año pasado.
—¡Ay, Renzo, Renzo!, me amargas el favor. ¿Con qué me sales ahora? Ya me has quitado el buen humor.
—Si te hablo de la deuda —dijo Renzo—, es porque, si quieres, pienso darte el medio de pagarla.
—¿Lo dices de veras?
—De veras. ¿Qué? ¿Te gustaría?
—¿Gustarme? ¡Diablos, claro que me gustaría! Aunque sólo fuera para no volver a ver esas muecas, y esos meneos de cabeza, que me hace el señor cura, cada vez que nos encontramos. Y luego siempre: «Tonio, acordaos: Tonio, ¿cuándo nos vemos para ese negocio?» Hasta el extremo de que, cuando, al predicar, me clava esos ojos encima, casi tengo miedo de que vaya a decirme allí en público: «¡Esas veinticinco liras!» ¡Malditas sean las veinticinco liras! Y, además, tendría que devolverme el collar de oro de mi mujer, que podría cambiarlo por un montón de polenta.
Pero...
—Pero, pero si quieres hacerme un pequeño favor, las veinticinco liras están preparadas.
—Vamos, di.
—¡Pero...! —dijo Renzo poniéndose el dedo en los labios.
—¿Es preciso eso? Ya me conoces.
—El señor cura anda sacando a relucir no sé qué razones sin sustancia, para dar largas a mi boda; y yo, en cambio, quisiera darme prisa. Me aseguran que, si se le ponen delante los novios, con dos testigos, y diciendo yo: ésta es mi mujer, y Lucía: éste es mi marido, el matrimonio está hecho. ¿Me has comprendido?
—¿Tú quieres que yo haga de testigo?
—Eso es.
—¿Y pagarás por mí las veinticinco liras?
—Eso pienso.
—Que me muera si no lo hago.
—Pero hay que encontrar otro testigo.
—Ya lo he encontrado. Ese simplón de mi hermano Gervaso hará lo que yo le diga. ¿Le pagarás tú de beber?

—Y de comer —respondió Renzo—. Lo traeremos aquí, a divertirse un poco con nosotros. Pero, ¿sabrá hacerlo?

—Yo le enseñaré: ya sabes que me ha tocado también su parte de cerebro.

—Mañana...

—Está bien.

—Al anochecer...

—Muy bien.

—¡Pero!... —dijo Renzo, volviéndose a poner el dedo en los labios.

—¡Bah!... —replicó Tonio, doblando la cabeza sobre el hombro derecho, y alzando la mano izquierda, con una cara que decía: me ofendes.

—Pero, si tu mujer te pregunta, como te preguntará, sin duda...

—En punto de mentiras, estoy yo en deuda con mi mujer, y tanto, tanto, que no sé si llegaré a saldar la cuenta algún día. Ya encontraré algún embuste para que se quede tranquila.

—Mañana por la mañana —dijo Renzo— hablaremos con más calma, para acordarlo bien todo.

Con esto, salieron de la venta, Tonio camino de su casa, estudiando el embuste que le diría a las mujeres, y Renzo, a dar cuenta de los acuerdos tomados.

Durante este tiempo, Agnese se había cansado en vano intentando convencer a Lucía. Esta oponía a cada razón, ora una, ora otra parte de su dilema: o la cosa es mala, y no hay que hacerla; o no lo es, y ¿por qué no decírselo al padre Cristóforo?

Renzo llegó triunfante, hizo su informe, y terminó con un ¿ajá?, interjección que significaba: ¿soy, o no soy un todo un hombre? ¿Se podía encontrar algo mejor? ¿Se os habría ocurrido a vosotras?, y mil cosas por el estilo.

Lucía meneaba suavemente la cabeza; pero los dos enfervorizados le hacían poco caso, como suele hacerse con un niño, de quien no se espera que comprenda toda la razón de una cosa, y a quien se inducirá luego con ruegos y con la autoridad, a hacer lo que se pretende de él.

—Esta bien —dijo Agnese—, está bien; pero... no habéis pensado en todo.

—¿Qué falta? —respondió Renzo.

—¿Y Perpetua? No habéis pensado en Perpetua. A Tonio y a su hermano los dejará entrar; ¡pero a vosotros!, ¡a vosotros dos! ¡Figuraos!, tendrá orden de no dejar que os acerquéis, peor que un chico a un peral maduro.

—¿Cómo haremos? —dijo Renzo un poco apurado.

—Esto: ya he pensado en ello. Iré yo con vosotros; y tengo un secreto para atraerla y encantarla de manera que no se fije en vosotros, y podáis entrar. Yo la llamaré, y le tocaré cierta tecla...; ya veréis.

—¡Bendita seáis! —exclamó Renzo—: Siempre he dicho que sois nuestra ayuda en todo.

—Pero todo esto no sirve para nada —dijo Agnese—, si no se la convence a ella, que se empeña en decir que es pecado.

También Renzo desplegó su elocuencia; pero Lucía no se dejaba persuadir.

—Yo no sé qué contestar a estas razones vuestras —decía—, pero veo que, para hacer eso, como decís vosotros, hay que andar con tretas, con mentiras y con fingimientos. ¡Ay, Renzo!, no hemos empezado así. Yo quiero ser vuestra mujer —y no había manera de que pudiese pronunciar esa palabra, y manifestar esa intención, sin que se le subieran los colores a la cara—, yo quiero ser vuestra mujer, pero por el camino recto, con temor de Dios, ante el altar. Dejemos obrar a Aquél que está allá arriba. ¿Cómo queréis que no encuentre El el medio de ayudarnos, mejor de lo que podemos nosotros, con estas picardías? ¿Y por qué andarse con secretos con el padre Cristóforo?

La disputa duraba todavía, y no parecía próxima a terminar, cuando un pisar presuroso de sandalias, y un rumor de hábitos azotados, semejante al que producen en una vela floja los soplos repetidos del viento, anunciaron al padre Cristóforo. Callaron todos; y Agnese apenas tuvo tiempo para susurrar al oído de Lucía:

—Cuidado, ¿eh?, con decirle nada.

CAPÍTULO VII

EL padre Cristóforo llegaba con la actitud de un buen capitán que, perdida, sin culpa suya, una batalla importante, afligido, mas no desalentado, preocupado mas no abrumado, corriendo y no en fuga, acude allí donde la necesidad lo reclama, para pertrechar los lugares amenazados, reunir las tropas, dar nuevas órdenes.

—La paz sea con vosotros —dijo al entrar—. No hay nada que esperar del hombre: tanto más hay que confiar en Dios: y ya tengo alguna prenda de su protección.

Aunque ninguno de los tres esperase mucho de la tentativa del padre Cristóforo, pues ver a un poderoso desistir de un abuso, sin ser obligado a ello, y por pura condescendencia a ruegos inermes, era una cosa tan inaudita como rara; no obstante la triste certeza fue un golpe para todos.

Las mujeres agacharon la cabeza; pero en el ánimo de Renzo, la ira prevaleció sobre el abatimiento. Aquel anuncio lo encontraba ya amargado por muchas sorpresas dolorosas, y muchas tentativas fracasadas, por muchas esperanzas desmentidas y, además, exasperado, en aquel momento, por las repulsas de Lucía.

—Me gustaría saber —gritó, rechinando los dientes, y alzando la voz, como nunca había hecho hasta entonces, en presencia del padre Cristóforo—; me gustaría saber qué razones ha dado ese perro, para sostener..., para sostener que mi novia no ha de ser mi esposa.

—¡Pobre Renzo! —respondió el fraile con una voz grave y compasiva, y con una mirada que ordenaba amorosamente sosiego—: Si el poderoso que quiere cometer una injusticia estuviese siempre obligado a decir sus razones, las cosas no marcharían como marchan.

—¿Entonces ese perro ha dicho que no quiere, porque no quiere?

—¡No ha dicho ni siquiera eso, pobre Renzo! Sería ya una ventaja que, para cometer una inquidad, debiesen confesarla abiertamente.

—Pero algo ha tenido que decir: ¿qué ha dicho ese tizón del infierno?

—Sus palabras, yo las he oído, y no podría repetírtelas. Las palabras del inicuo que es fuerte, penetran y huyen. Puede encolerizarse porque tú muestras sospechar de él, y, al mismo tiempo, hacerte sentir que lo que sospechas es cierto: puede insultar y declararse ofendido, burlarse y pedir satisfacción, aterrorizar y quejarse, ser desvergonzado e irreprensible. No quieras saber más. Él no ha pronunciado el nombre de esta inocente, ni el tuyo; no ha aparentado siquiera conoceros, no ha dicho que pretenda nada; pero..., pero desgraciadamente he debido comprender que es inconmovible. No obstante, ¡confiemos en Dios! Vosotras, pobrecillas, no os desalentéis; y tú, Renzo... ¡oh!, créeme: yo sé ponerme en tu lugar, siento lo que pasa por tu corazón. ¡Pero, paciencia! Es una pobre palabra, una palabra amarga, para quien no cree; ¡pero tú...! ¿No querrás tú concederle a Dios un día, dos días, el tiempo que quiera tomarse, para hacer que triunfe la justicia? El tiempo es suyo; ¡y nos ha prometido tanto! Déjale obrar a Él; Renzo, y sabe..., sabed todos que ya tengo en la mano un hilo, para ayudaros. Por ahora no puedo deciros nada más. Mañana no vendré por aquí; debo estar en el convento todo el día, por vosotros. Tú, Renzo, procura ir allá: o si, por una circunstancia imprevista, no pudieses, mándame a un hombre de confianza, a un chiquillo juicioso, por medio del cual pueda yo haceros saber lo que haga falta. Anochece; he de correr al convento. Fe, valor; y quedad con Dios.

Dicho esto, salió a toda prisa, y se fue, corriendo, y casi a saltos, cuesta abajo por aquel sendero retorcido y pedregoso, para no llegar tarde al

convento, a riesgo de recibir una buena reprimenda, o lo que le habría pesado más aún, una penitencia que le impidiese, al día siguiente, hallarse dispuesto y expedito para lo que pudiese requerir la necesidad de sus protegidos.

—¿Habéis oído lo que ha dicho de un no sé qué... de un hilo que tiene, para ayudarnos? —dijo Lucía—. Conviene confiar en él; es un hombre que, cuando promete diez...

—¡Si no hay otra cosa...! —interrumpió Agnese—. Hubiera debido hablar más claro, o llamarme a mí aparte, y decirme qué es ese...

—¡Palabras! ¡Esto lo acabaré yo: yo lo acabaré! —interrumpió Renzo, esta vez, yendo de un lado para otro de la estancia, y con una voz, con una cara, que no dejaban lugar a dudas sobre el sentido de estas palabras.

—¡Oh Renzo! —exclamó Lucía.

—¿Qué queréis decir? —exclamó Agnese.

—¿Qué hay que decir? Yo acabaré esto. Aunque tuviera cien, mil diablos en el alma, a fin de cuentas es de carne y hueso también él...

—¡No, no por amor del cielo...! —comenzó Lucía, pero el llanto le ahogó la voz.

—Esas cosas no deben decirse, ni en broma —dijo Agnese.

—¿En broma? —gritó Renzo, parándose delante de Agnese, sentada, y clavándole en la cara dos ojos extraviados— ¡En broma! Ya veréis si es broma.

—¡Oh Renzo! —dijo Lucía a duras penas, entre sollozos—: nunca os había visto así.

—No digáis esas cosas, por amor del cielo—, prosiguió Agnese apresuradamente, bajando la voz—. ¿No recordáis cuántos brazos tiene a sus órdenes ese hombre? Y aun cuando... ¡Dios nos libre!... contra los pobres hay siempre justicia.

—¡La haré yo, la justicia!, ¡yo! Ya es hora. La cosa no es fácil: también yo lo sé. Se guarda bien, ese perro asesino: sabe cómo está; pero no importa: resolución y paciencia; y el momento llega. Sí, yo la haré, la justicia: lo liberaré yo el pueblo: ¡cuánta gente me bendecirá...! ¡Y luego en tres saltos...!

El horror que Lucía sintió ante estas palabras más claras, contuvo su llanto, y le dio fuerzas para hablar. Apartando de las manos el rostro lloroso, dijo a Renzo, con voz acongojada, pero resuelta:

—Entonces ya no os importa tenerme por mujer. Yo me había prometido a un joven, que tenía temor de Dios; pero un hombre que hubiese... Aunque

estuviera a salvo de toda justicia y de toda venganza, aunque fuera el hijo del rey...

—¡Pues bien! —gritó Renzo con un rostro más alterado que nunca—: No os tendré; pero tampoco os tendrá él. Yo aquí sin vos, y él en el infier...

—¡Ah no! Por caridad, no digáis eso, no pongáis esos ojos: no, no puedo veros así —exclamó Lucía, llorando, suplicando, con las manos juntas; mientras Agnese llamaba una y otra vez al joven por su nombre, y le palpaba los hombros, los brazos, las manos, para calmarlo. Quedó éste inmóvil y pensativo algún tiempo, contemplando el rostro suplicante de Lucía; luego, de pronto, la miró torvo, retrocedió, tendió el brazo y el índice hacia ella, y gritó—: ¡A ella! Sí, ¡la quiere a ella! Debe morir.

—¿Y yo, qué mal os he hecho, para que me hagáis morir? —dijo Lucía, arrojándose de rodillas ante él.

—¡Vos! —respondió, con una voz que expresaba una ira muy distinta, pero ira al fin—: ¡Vos! ¿Cuánto me queréis vos? ¿Qué prueba me habéis dado? ¿No os he suplicado, y suplicado, y suplicado? Y vos: ¡no!, ¡no!

—¡Sí, sí! —respondió precipitadamente Lucía—: Iré donde el cura, mañana, ahora, si queréis iré. Volved a ser el de antes; iré.

—¿Me lo prometéis? —dijo Renzo con una voz y con un rostro vueltos de pronto más humanos.

—Os lo prometo.

—¡Gracias, Señor! —exclamó Agnese, doblemente contenta.

En medio de aquella gran cólera, ¿había pensado Renzo en el provecho que podía sacarse del espanto de Lucía? ¿Y no había usado un poco de artificio para aumentarlo, para hacerlo fructificar? Nuestro autor protesta que no sabe nada; y yo creo que tampoco Renzo lo sabía bien. El caso es que estaba realmente furioso contra don Rodrigo, y que ansiaba ardientemente el consentimiento de Lucía, y cuando dos fuertes pasiones alborotan juntas en el corazón de un hombre, nadie, ni siquiera el paciente, puede distinguir siempre con claridad una voz de otra, y decir con certeza cuál es la que prevalece.

—Os lo he prometido —respondió Lucía, con un tono de reproche tímido y afectuoso—: pero también vos habíais prometido no hacer escándalos, remitiros al padre...

—¡Oh vamos! ¿Por amor de quién me enfurezco? ¿Queréis volveros atrás ahora? ¿Y hacer que cometa un disparate?

—No, no —dijo Lucía empezando otra vez a asustarse—. Lo he prometido, y no me vuelvo atrás. Pero mirad cómo me lo habéis hecho prometer. Dios no quiera...

—¿Por qué queréis hacer malos presagios, Lucía? Dios sabe que no le hacemos daño a nadie.

—Prometedme al menos que ésta será la última vez.

—Os lo prometo, de todo corazón.

—Pero esta vez, mantenedlo luego —dijo Agnese. Aquí el autor confiesa no saber otra cosa: si Lucía estaba del todo disgustada de haber sido forzada a dar su consentimiento. Nosotros, como él, lo dejamos en dudas.

Renzo hubiera querido prolongar la conversación, y fijar, punto por punto, lo que se debía hacer al día siguiente; pero ya era de noche, y las mujeres se la desearon buena; no pareciéndoles cosa conveniente que, a aquellas horas, se entretuviese más tiempo.

Mas la noche fue para los tres tan buena como puede serlo la que sucede a un día lleno de agitación y de desgracias, y que precede a otro destinado a una empresa importante, y de éxito incierto. Renzo se presentó muy de mañana, y concertó con las mujeres, o más bien con Agnese, la gran operación de la noche, proponiendo y deshaciendo, por turnos, dificultades, previendo contratiempos, y empezando de nuevo, ora el uno, ora la otra, a describir la escena, como si se tratase de una cosa ya ocurrida. Lucía escuchaba; y, sin aprobar con palabras lo que no podía aprobar en el fondo de su corazón, prometía hacerlo lo mejor que supiese.

—¿Iréis vos al convento, para hablar con el padre Cristóforo, como os dijo ayer noche? —le preguntó Agnese a Renzo.

—¡Ni por pienso! —respondió éste—; ya sabéis qué diablos de ojos tiene el padre: me leería en la cara, como en un libro abierto, que se cuece algo; y si empieza a hacerme preguntas, no podría salir bien parado. Y además, yo he de estar aquí, para cuidar del asunto. Será mejor que mandéis vos a alguien.

—Mandaré a Menico.

—Está bien —respondió Renzo; y se marchó, para cuidar del asunto, como había dicho.

Agnese fue a una casa vecina, a buscar a Menico, que era un muchachuelo de unos doce años, despierto como él solo, y que, por parte de primos y cuñados, venía a ser medio sobrino de ella. Se lo pidió prestado a sus padres por todo el día, «para que me haga un recado», decía. Una vez conseguido, se lo llevó a la cocina, le dio de almorzar, y le dijo que fuese a Pescarénico, y se presentase al padre Cristóforo, el cual lo mandaría luego con una respuesta, cuando fuese el momento:

—El padre Cristóforo, ¿sabes?, ese buen viejo de la barba blanca, ése al que llaman el santo...

—Ya sé —dijo Menico—: el que nos acaricia siempre a los chicos, y de vez en cuando nos da una estampa.

—El mismo, Menico. Y si te dice que esperes un poco, allí junto al convento, no te alejes: cuidado, no vayas a irte con otros rapaces al lago, a ver pescar, ni a divertirte con las redes puestas a secar en las paredes, ni a jugar a ese otro jueguecito tuyo de siempre...

Hay que decir que Menico era habilísimo en hacer cabrillas, y ya se sabe que todos, grandes y pequeños, hacemos de buen grado cosas para las que tenemos alguna habilidad: no digo sólo ésas.

—¡Uf!, tía; ya no soy un niño.

—Bueno, sé juicioso; y, cuando vuelvas con la respuesta..., mira; estas dos bonitas parpallas nuevas son para ti.

—Dádmelas ahora, que es lo mismo.

—No, no, que te las jugarías. Vete, y pórtate bien; y tendrás más aún.

Durante el resto de aquella larga mañana, se vieron ciertas novedades que sembraron sospechas en el ánimo ya turbado de las mujeres. Un mendigo, ni exhausto ni harapiento como sus semejantes, y con un no sé qué de oscuro y de siniestro en el semblante, entró a pedir limosna, echando por aquí y por allá ojeadas de espía. Le dieron un trozo de pan, que recibió y guardó con indiferencia mal disimulada. Se entretuvo luego, con cierto descaro, y, al mismo tiempo, con vacilación, haciendo muchas preguntas, a las cuales Agnese se apresuró a responder siempre lo contrario de lo que era. Al echar a andar, como para marcharse, fingió equivocarse de puerta, entró por la que daba a la escalera, y allí echó otra rápida ojeada, como pudo. Cuando le gritaron desde atrás:

—¡Eh! ¡Eh! ¿A dónde vais, buen hombre? ¡Por aquí!, ¡por aquí!—, retrocedió y salió por la parte que se le indicaba, excusándose, con una sumisión, y una humildad afectadas que encajaban a duras penas en los rasgos brutales de aquella cara. Después de éste, siguieron apareciendo, de tiempo en tiempo, otras extrañas figuras. Qué especie de hombres eran, no se habría podido decir fácilmente; pero tampoco se podía creer que fueran los honrados viandantes que querían aparentar. Uno entraba con el pretexto de que le mostraran el camino; otros, al pasar por delante de la casa , aflojaban el paso, y miraban de reojo dentro de la estancia, a través del patio, como quien quiere ver sin despertar sospechas. Finalmente, hacia el mediodía, aquella molesta procesión terminó. Agnese se levantaba de vez en cuando, cruzaba el patio, se asomaba a la puerta de la calle, miraba a derecha e izquierda, y volvía diciendo:

—Nadie —palabra que pronunciaba con placer, y que Lucía con placer escuchaba, sin que la una ni la otra supiesen claramente por qué. Pero a

las dos les quedó no sé qué inquietud, que les quitó a ambas, y a la hija principalmente, una gran parte del valor que guardaban en reserva para la noche.

Conviene, sin embargo, que el lector sepa algo más preciso acerca de aquellos misteriosos merodeadores: y, para informarlo de todo, debemos retroceder un paso, y volver con don Rodrigo, a quien hemos dejado ayer, solo en una sala de su castillejo, tras la marcha del padre Cristóforo.

Don Rodrigo, como hemos dicho, medía arriba y abajo, a grandes zancadas, aquella sala, de cuyas paredes colgaban retratos de familia, de varias generaciones. Cuando se encontraba de cara a una pared, y daba la vuelta, se topaba con un antepasado guerrero, terror de los enemigos y de sus soldados, de mirada torva, con el cabello corto e hirsuto, con los bigotes en punta, que sobresalían de las mejillas, con el mentón oblicuo: muy erguido el héroe, con las canilleras, los quijotes, la coraza, los brazaletes, los guanteletes, todo de hierro; la diestra en el flanco, y la izquierda en el pomo de la espada. Don Rodrigo miraba; y cuando había llegado bajo él, y daba media vuelta, he aquí que, enfrente, se encontraba a otro antepasado, magistrado, terror de los litigantes y de los abogados, sentado en un gran sillón tapizado de terciopelo rojo, envuelto en una amplia toga negra; todo negro salvo un collarín blanco, con una ancha pechera partida en dos, y las vueltas del forro de marta (era el distintivo de los senadores, y sólo lo llevaban en invierno, razón por la cual nunca se hallará un retrato de senador vestido de verano); macilento, con el ceño fruncido: sostenía en su mano una súplica, y parecía decir: ya veremos. Aquí una matrona, terror de sus doncellas; allá un abad, terror de sus monjes: toda gente, en suma, que había inspirado terror, y que lo inspiraba aún desde los lienzos. En presencia de tales memorias, don Rodrigo se irritaba todavía más, se avergonzaba, no podía resignarse a que un fraile hubiese osado caer sobre él, con la prosopopeya de Nathan. Imaginaba un plan de venganza, lo abandonaba, pensaba cómo satisfacer a la vez su pasión y lo que él llamaba el honor; y a veces (¿qué os parece?) oyendo aún zumbar en sus oídos aquel exordio de profecía, sentía que se le ponía, como suele decirse, la carne de gallina, y estaba casi a punto de abandonar la idea de las dos satisfacciones. Finalmente, por hacer algo, llamó a un criado, y le ordenó que lo excusase con sus invitados, diciendo que lo retenía un negocio urgente. Cuando éste volvió para referir que aquellos señores habían partido, encargando que le presentase sus respetos:

—¿Y el conde Attilio? —preguntó sin dejar de andar, don Rodrigo.

—Ha salido con esos señores, Ilustrísima.

—Está bien, seis personas de séquito, para el paseo: al momento. La espada, la capa, el sombrero: al momento.

El criado partió, respondiendo con una reverencia; y, poco después, regresó, trayendo la rica espada que el amo se ciñó; la capa, que se echó sobre los hombros; el sombrero de grandes plumas, que se puso y encasquetó, de un manotazo, orgullosamente en la cabeza: señal de mar de fondo. Echó a andar y, en la puerta, halló a los seis truhanes armados de punta en blanco, los cuales, abriéndole paso, y hecha una reverencia, fueron tras él. Más hosco, más soberbio, más ceñudo que de costumbre, salió, y fue paseando, hacia Lecco. Los campesinos, los artesanos al verlo llegar, se apartaban arrimándose a la pared, y desde allí se quitaban el sombrero, y hacían grandes reverencias, a las cuales no respondía. Como inferiores, se inclinaban ante él otros a quienes aquéllos tenían por señores; pues, en el contorno, no había nadie que pudiese, en mil millas a la redonda, competir con él, en nombre, en riquezas, en influencias, y en ganas de servirse de todo ello, para estar por encima de los demás. Y a éstos respondía con una condescendencia reservada. Aquel día no ocurrió, pero cuando ocurría que se encontrase con el alcaide español, entonces la reverencia era igualmente profunda por ambas partes; la cosa era como entre dos potentados, que no tienen ningún trato entre sí. Pero, por conveniencia, rinden honores cada uno al grado del otro. Para disipar un poco su malhumor, y para contraponer a la imagen del fraile, que asediaba su fantasía, imágenes completamente distintas, don Rodrigo entró, ese día, en una casa a la que iba, por lo general, mucha gente, y donde fue recibido con esa cordialidad solícita y respetuosa, que se reserva a los hombres que se hacen amar mucho, o temer mucho; y ya entrada la noche, regresó a su palacio. También había vuelto el conde Attilio en ese momento; y se sirvió la cena, durante la cual, don Rodrigo estuvo siempre pensativo, y habló poco.

—Primo mío, ¿cuándo pagáis esa apuesta? —dijo con un aire de malicia y de burla el conde Attilio, apenas fueron levantados los manteles, y se hubieron ido los criados.

—San Martín aún no ha pasado.

—Lo mismo da que la paguéis en seguida; porque pasarán todos los santos del lunario, antes de que...

—Eso habrá que verlo.

—Primo mío, vos queréis dároslas de político; pero yo he entendido todo, y estoy tan seguro de haber ganado la apuesta, que me hallo dispuesto a hacer otra.

—Oigamos.

—Que el padre... el padre... ¿qué sé yo?, ese fraile, en suma, os ha convertido.

—Otra de las vuestras.

—Convertido, primo mío; convertido, os digo. Yo por mí, me alegro. ¡Sabéis que será un bonito espectáculo veros todo compungido, y con los ojos bajos! ¡Y qué gloria para ese padre! ¡Qué ufano y engreído habrá vuelto a casa! No son peces que se pescan todos los días, ni con todas redes. Estad seguro de que os pondrá como ejemplo; y, cuando vaya a predicar a alguna misión, un poco lejos, hablará de vuestro caso. Ya me parece oírlo. —Yo aquí, hablando con voz gangosa, acompañando las palabras con gestos exagerados, prosiguió, en tono de sermón—: En cierto lugar de este mundo, que, por dignos respetos, no nombro, vivía, carísimos oyentes, y vive todavía, un caballero depravado, más amigo de las hembras, que de los hombres de bien, el cual, acostumbrado a hacer de toda hierba un fardo, había puesto sus ojos...

—Basta, basta —interrumpió don Rodrigo con una mueca medio de risa, y medio de enojo—. Si queréis doblar la apuesta, también yo estoy dispuesto.

—¡Diablos! ¡Acaso habéis convertido vos al padre!

—No me habléis de ese hombre: y en cuanto a la apuesta, San Martín decidirá. —La curiosidad del conde había sido picada. No escatimó preguntas, pero don Rodrigo supo eludirlas todas, remitiéndose siempre al día de la decisión, y sin querer comunicar a la parte contraria planes que no estaban encaminados, ni fijados en modo alguno.

A la mañana siguiente, don Rodrigo se despertó don Rodrigo. La aprensión que aquel *llegará un día* le había metido en el cuerpo, se había desvanecido por completo, con los sueños de la noche; y le quedaba sólo la rabia, exasperada aún más por la vergüenza de aquella debilidad pasajera. Las imágenes más recientes del paseo triunfal, de las reverencias, de los agasajos, y las chanzas de su primo, habían contribuido no poco a devolverle su antiguo espíritu. Apenas levantado, mandó llamar al Griso. «Algo gordo», dijo para sí el servidor a quien se le dio la orden; porque el hombre que tenía ese apodo, era nada menos que el jefe de los bravos, aquel a quien se encomendaban las empresas más arriesgadas y más inicuas, el fidelísimo del amo, el hombre que le pertenecía enteramente, por gratitud y por interés. Tras haber matado a uno, de día, en la plaza, había ido a implorar la protección de don Rodrigo; y éste, vistiéndolo con su librea, lo había puesto a salvo de toda búsqueda de la justicia. Así, comprometiéndose a cualquier delito que se le ordenase, aquél se había asegurado la impunidad del primero. Para don

Rodrigo la adquisición no había sido de poca importancia; ya que el Griso, además de ser, sin comparación, el más valioso de sus servidores, era también la prueba de lo que su amo había podido atentar felizmente contra las leyes; de modo que su poder resultaba acrecentado, de hecho, y ante la opinión general.

—¡Griso! —dijo don Rodrigo—. En esta coyuntura, se verá lo que vales. Antes de mañana, esa Lucía debe encontrarse en este palacio.

—Nadie podrá decir que el Griso se ha echado atrás ante una orden de mi ilustrísimo señor amo.

—Coge todos los hombres que puedas necesitar, ordena y dispón, como mejor te parezca; con tal de que el negocio llegue a buen fin. Pero cuida, sobre todo, de que no se le haga daño.

—Señor, un poco de susto, para que no alborote demasiado... no se podrá evitar.

—Susto... comprendo... es inevitable. Pero que no se le toque un solo cabello; y, sobre todo, que se le guarde respeto en todo. ¿Has entendido?

—Señor, no se puede arrancar una flor de la planta, y traerla a vuestra señoría, sin tocarla. Pero no se hará sino lo puramente necesario.

—Tú sales fiador. Y..., ¿cómo harás?

—Estaba pensando en ello, señor. Es una suerte que la casa se encuentre a la salida del pueblo. Necesitamos un sitio para ir a apostarnos: y, precisamente, allí cerca, está ese caserío deshabitado y solitario, en medio del campo, esa casa... vuestra señoría no sabrá nada de estas cosas..., una casa que ardió, hace pocos años, y que no han tenido dinero para arreglarla, y la han abandonado, y ahora van allí las brujas; pero no es sábado, y me río de ellas. Estos villanos, que están llenos de manías, no pondrían allí los pies, en ninguna noche de la semana, por todo el oro del mundo: conque podemos ir y quedarnos allí, con la seguridad de que nadie vendrá a aguarnos la fiesta.

—Está bien; ¿y luego?

Aquí, el Griso proponiendo, don Rodrigo discutiendo, por fin, de común acuerdo, concertaron la manera de llevar a cabo la empresa, sin que quedase rastro de sus autores, el modo de dirigir con falsos indicios, las sospechas hacia otra parte, de imponer silencio a la pobre Agnese, de meterle a Renzo tal susto que se le quitase el dolor, y la idea de recurrir a la justicia, y hasta las ganas de quejarse; y todas las demás bribonadas necesarias para el éxito de la bribonada principal. Nos abstenemos de referir tales conciertos, porque, como el lector verá, no son necesarios para la inteligencia de la historia; y también nosotros nos alegramos de no tener que hacerle perder más tiempo oyendo parlamentar a los dos

enfadosos truhanes. Baste con decir que, cuando el Griso ya se iba, para poner manos a la obra, don Rodrigo lo volvió a llamar y le dijo:

—Escucha: si por casualidad ese patán temerario cayese en vuestras manos esta noche, no estará mal dejarle por anticipado un buen recuerdo en las espaldas. Así, la orden que se le dará mañana de estar callado, surtirá más efecto. Pero no lo vayáis a buscar, para no estropear lo que más importa: tú ya me entiendes.

—Déjelo de mi cuenta —respondió el Griso, haciendo una reverencia, con un ademán de agasajo y de bravuconería; y se fue. La mañana fue empleada en idas y venidas, para reconocer la aldea. El falso pordiosero que se había colado de aquella manera en la pobre casita, no era sino el Griso, el cual había ido a levantar a ojo el plano de ésta: los falsos viandantes eran granujas suyos, a los cuales, para actuar bajo sus órdenes, les bastaba con un conocimiento superficial del lugar. Y, una vez hecha la descubierta, no habían vuelto a dejarse ver, para no infundir demasiadas sospechas.

De regreso todos al castillejo, el Griso presentó su informe, y fijó definitivamente el plan; asignó los papeles, dio instrucciones. Todo ello no se pudo hacer, sin que aquel viejo servidor, el cual estaba con los ojos bien abiertos, y los oídos aguzados, advirtiera que algo grave se estaba tramando. A fuerza de estar atento y de hacer preguntas; mendigando media noticia aquí, media allá, comentando para sus adentros una palabra oscura, interpretando un caminar misterioso, tanto hizo, que vino a conocer lo que se iba a ejecutar aquella noche. Mas cuando lo hubo logrado, ya faltaba poco para que ésta llegase, y ya una pequeña vanguardia de bravos había ido a emboscarse en aquel caserío derruido. El pobre viejo, aunque bien se daba cuenta del arriesgado juego al que jugaba, y temiese también llevar el socorro de Pisa, con todo no quiso faltar a su palabra: salió, con la excusa de tomar un poco el aire, y se encaminó corre que te correrás al convento, para darle al padre Cristóforo el aviso prometido. Poco después, se pusieron en marcha los demás bravos, y bajaron desperdigados, para no parecer un pelotón: el Griso fue más tarde, y sólo quedó atrás una silla de manos, que debía ser llevada al caserío, después de anochecido, como en efecto se hizo. Congregados en aquel lugar, el Griso envió a tres de ellos a la venta de la aldea; uno, para que se pusiera en la puerta, a observar lo que sucedía en la calle, y a ver cuándo se retiraban todos los habitantes: los otros dos, para quedarse dentro, jugando y bebiendo, como parroquianos desocupados; y atendiesen entre tanto a espiar, si había algo que espiar. Él, con el grueso de la tropa, permaneció al acecho, esperando. El pobre viejo trotaba todavía; los tres

exploradores llegaban a sus puestos; el sol se ocultaba; cuando Renzo entró en casa de las mujeres y dijo:

—Tonio y Gervaso me esperan fuera: voy con ellos a la venta a tomar un bocado; y, cuando toquen el avemaria, vendremos a buscaros. ¡Ea, Lucía, valor! Todo depende de un momento. —Lucía suspiró y repitió:

—Valor —con una voz que desmentía la palabra.

Cuando Renzo y sus compañeros llegaron a la venta, hallaron al tipo aquel plantado de centinela, obstruyendo medio vano de la puerta, con las espaldas apoyadas contra una jamba, con los brazos cruzados sobre el pecho; y miraba y remiraba, a derecha e izquierda, haciendo relampaguear ora el blanco, ora el negro de dos ojos rapaces. Una gorra aplastada de terciopelo carmesí, puesta de través, le tapaba la mitad del mechón que, dividiéndose sobre una frente hosca, giraba a uno y otro lado por detrás de las orejas, y terminaba en unas trenzas, sujetas con una peineta sobre la nuca. Un grueso garrote colgaba de su mano; armas propiamente dichas no llevaba a la vista; pero, con sólo mirarle a la cara, hasta un niño habría pensado que debajo debía de tener cuantas pudieran caberle. Cuando Renzo, que iba delante de los otros, estaba a punto de entrar, aquel sujeto, sin incomodarse, lo miró de hito en hito; pero el joven, atento a eludir cualquier pelea, como suele hacer todo el que tiene entre manos una empresa escabrosa, simuló no advertirlo, no dijo siquiera: haceos a un lado; y rasando la otra jamba, pasó de medio lado, adelantado la cadera, por el hueco que dejaba libre aquella cariátide. Sus dos compañeros tuvieron que hacer la misma evolución, si quisieron entrar. Una vez dentro, vieron a los otros, cuyas voces ya habían oído, es decir, los dos matarifes que, sentados en una esquina de la mesa, jugaban a la morra, gritando ambos a la vez (en este caso, es el juego el que lo exige), y escanciándose, ora uno, ora otro, de una gran garrafa que estaba entre ellos. También éstos miraron fijamente a los recién llegados; y en especial uno de los dos, teniendo una mano levantada en el aire, con tres dedazos extendidos y separados, y la boca aún abierta, por un gran «seis» que acababa de lanzar en aquel momento, miró a Renzo de arriba abajo; luego guiñó un ojo a su compañero, después al de la puerta, que contestó con un gesto de la cabeza. Renzo, receloso e inseguro, miraba a sus convidados, como si quisiera buscar en su aspecto una interpretación de todas aquellas señales: pero su aspecto no indicaba sino un buen apetito. El ventero le miraba a la cara a él, como esperando sus órdenes: él lo llevó consigo a una estancia contigua, y pidió de cenar.

—¿Quiénes son esos forasteros? —le preguntó luego en voz baja, cuando el otro volvió con un tosco mantel bajo el brazo, y una jarra en la mano.

—No los conozco —respondió el ventero, extendiendo el mantel.
—¿Cómo? ¿Ni a uno siquiera?
—Bien sabéis —respondió el otro, alisando con ambas manos el mantel sobre la mesa—, que la primera regla de nuestro oficio es no hacer preguntas al prójimo: hasta el punto de que tampoco nuestras mujeres son curiosas. Aviados estaríamos, con toda la gente que entra y sale: esto es siempre como un puerto de mar: cuando las añadas son razonables, quiero decir; pero estemos alegres, que volverán los buenos tiempos. A nosotros nos basta con que los clientes sean hombres honrados: quiénes son o no son, poco importa. Y ahora os traeré un plato de albóndigas, que mejores no las habéis probado en vuestra vida.
—¿Cómo podéis saber...? —insistía Renzo; pero el ventero, que ya se dirigía a la cocina, siguió su camino. Y allí mientras cogía la cazuela de las antedichas albóndigas, se le acercó despacito el bravo que había mirado de hito en hito a nuestro joven, y le dijo en voz baja:
—¿Quiénes son esos hombres?
—Buena gente de aquí del pueblo —respondió el verítero, echando las albóndigas en el plato.
—Está bien, pero, ¿cómo se llaman? ¿Quiénes son? —instó aquél con voz un tanto grosera.
—Uno se llama Renzo —respondió el ventero, también en voz baja—: un buen muchacho, tranquilo; tejedor de seda, que conoce bien su oficio. El otro es un labriego que se llama Tonio: buen parroquiano, alegre: lástima que tenga poco; si no, lo gastaría todo aquí. El otro es un simple, pero que come de buen grado, cuando lo convidan. Dispensad.
Y, con un quiebro, salió de entre la lumbre y el interrogador; y fue a llevar el plato a quien debía.
—¿Cómo podéis saber —volvió a insistir Renzo, cuando lo vio asomar— que son hombres honrados, si no los conocéis?
—Por las obras, amigo mío: el hombre se conoce por sus obras. Los que beben el vino sin criticarlo, pagan la cuenta sin regatear, no buscan pendencia con los demás clientes, y si tienen que darle una puñalada a uno, lo van a esperar fuera, y lejos de la venta, para que el pobre posadero no pague los platos rotos, esos son los hombres honrados. Pero, si se puede conocer bien a la gente, como nos conocemos nosotros cuatro, es mejor. ¿Y qué mosca os ha picado para querer saber tantas cosas, ahora que estáis prometido, y debierais tener otros pensamientos en la cabeza? ¿Y con estas albóndigas delante, que harían resucitar a un muerto? — Diciendo esto, regresó a la cocina.

Nuestro autor, observando la diversa manera que tenía este hombre de responder a las preguntas, dice que era un tipo tal, que, en todas las conversaciones, hacía gala de ser muy amigo de los hombres honrados en general; pero, en la práctica, se mostraba mucho más complaciente con los que tenían fama o apariencia de bribones. ¡Qué carácter más singular!, ¿no?

La cena no fue muy alegre. Los dos convidados hubieran querido disfrutar de ella a sus anchas; pero el convidante, preocupado con lo que el lector sabe, y molesto, e incluso un poco inquieto por la extraña actitud de aquellos desconocidos, no veía la hora de marcharse. Hablaban en voz baja por su causa; y eran palabras interrumpidas y desganadas.

—¡Qué bien —saltó de pronto Gervaso—, que Renzo quiera casarse, y necesite...! —Renzo lo miró hosco. —¿Quieres callarte, animal? —le dijo Tonio, acompañando el insulto con un codazo. La conversación se fue enfriando cada vez más hasta el final. Renzo, rezagado en el comer, igual que en el beber, se dedicó a servir el vino a los dos testigos, con discreción, a fin de darles un poco de brío, sin hacerles perder la cabeza. Alzados los manteles, pagada la cuenta por el que menos gasto había hecho, los tres tuvieron que pasar de nuevo ante aquellas caras, todas las cuales se volvieron a Renzo, como cuando había entrado. Este, dados unos pocos pasos fuera de la venta, se volvió hacia atrás, y vio que los dos que había dejado sentados en la cocina lo seguían; se detuvo entonces, con sus compañeros, como diciendo: veamos qué quieren éstos de mí. Pero aquellos dos, al darse cuenta de que eran observados, se pararon también, se hablaron en voz baja y retrocedieron. Si Renzo hubiera estado tan cerca como para oír sus palabras, le habrían parecido muy extrañas.

—Pues sería un gran honor, sin contar la propina —decía uno de los malandrines—, si al volver al palacio, pudiésemos contar que le hemos molido las costillas en un abrir y cerrar de ojos, y nosotros solos, sin que el señor Griso estuviese aquí para darnos órdenes.

—¡Y echar a pique el negocio principal! —respondía el otro—. Mira: ha notado algo; se para a mirarnos. ¡Ja! ¡Si fuera más tarde! Volvamos atrás para no despertar sospechas. Viene gente por todas partes: dejemos que se metan todos en el gallinero.

Había, en efecto, ese hormigueo, ese zumbido que se oye en una aldea, al atardecer, y que, pocos momentos después, deja paso a la quietud solemne de la noche. Las mujeres volvían del campo, con los niños al cuello, y llevando de la mano a los más mayorcitos, a los cuales hacían rezar las oraciones de la tarde; llegaban los hombres, con las palas y los azadones al hombro. Al abrirse las puertas, se veían brillar aquí y allá los

fuegos encendidos para las pobres cenas: en la calle se oía intercambiar saludos, y alguna que otra palabra sobre la escasez de la cosecha, y sobre la miseria de la añada; y más que las palabras, se oían los toques regulares y sonoros de la campana, que anunciaba el final del día. Cuando Renzo vio que los dos indiscretos se habían retirado, prosiguió su camino entre las tinieblas crecientes, dando en voz baja ora una recomendación, ora otra, ora a uno de los hermanos, ora al otro. Llegaron a la casita de Lucía, cuando ya era de noche.

Entre la primera idea de una empresa terrible, y su ejecución, (ha dicho un bárbaro no exento de ingenio) el intervalo es un sueño, lleno de fantasmas y de miedos. Lucía se hallaba, desde hacía muchas horas, en las angustias de un sueño así: y Agnese, la misma Agnese, autora del consejo, estaba pensativa, y encontraba a duras penas palabras para animar a su hija. Pero, en el momento de despertarse, o sea, en el momento de dar principio a la obra, el ánimo se halla completamente transformado. Al terror y al valor que en él combatían, les sucede otro terror y otro valor: la empresa se presenta ante la mente, como una nueva aparición: lo que antes asustaba más, parece a veces volverse de pronto fácil: a veces parece grande el obstáculo en el que antes no se había reparado; la imaginación retrocede acobardada; los miembros parecen negarse a obedecer; y el corazón flaquea ante las promesas que había hecho con mayor firmeza. Al oír el quedo aldabonazo de Renzo, Lucía fue asaltada por tal terror, que, en aquel momento, decidió soportarlo todo, estar separada para siempre de él, antes de ejecutar aquella resolución; pero cuando él apareció, y dijo:

—Aquí estoy, vamos —cuando todos se mostraron dispuestos a encaminarse, sin vacilaciones, como ante una cosa establecida, irrevocable, Lucía no tuvo tiempo ni fuerzas para oponer dificultades, y echó a andar con la comitiva aventurera.

A la chita callando, entre tinieblas, con pasos mesurados, salieron de la casita, y tomaron el camino por las afueras del pueblo. Lo más corto hubiera sido atravesarlo; pues se iba derecho a la casa de don Abbondio; pero eligieron aquél, para no ser vistos. Por vericuetos, entre huertos y campos, llegaron junto a la casa, y allí se separaron. Los dos novios se quedaron escondidos tras la esquina; Agnese con ellos, aunque un poco adelantada, para acudir a tiempo a detener a Perpetua, y adueñarse de ella; Tonio, con el necio de Gervaso, que no sabía hacer nada por sí solo, y sin el cual nada se podía hacer, se pusieron valientemente ante la puerta, y llamaron.

—¿Quién es, a estas horas? —gritó una voz desde la ventana, que se abrió en ese momento: era la voz de Perpetua—. Enfermos no hay, que yo sepa. ¿Ha ocurrido acaso alguna desgracia?

—Soy yo —respondió Tonio—, con mi hermano, que necesitamos hablar con el señor cura.

—¿Son horas de cristianos éstas? —dijo bruscamente Perpetua— ¡Vaya discreción! Volved mañana.

—Escuchad: volveré o no volveré: he cobrado un dinero, y venía a saldar esa deudilla que sabéis: traía aquí veinticinco buenas berlingas nuevas; pero, si no se puede, paciencia: éstas ya sé cómo gastarlas, y volveré cuando haya juntado otras.

—Esperad, esperad: ahora mismo vuelvo. Pero, ¿por qué venir a estas horas?

—También a mí me las han dado hace poco; y he pensado, como os digo, que, si pasan esta noche conmigo, no sé de qué parecer seré mañana por la mañana. Pero, si la hora no os gusta, no sé qué deciros: por mí, aquí estoy, y si no me queréis, me marcho.

—No, no, esperad un momento: ahora vuelvo con la respuesta.

Dicho esto, cerró la ventana. En ese instante, Agnese se separó de los novios, y, después de decir en voz baja a Lucía:

—Animo; se trata de un momento; es como sacarse una muela —se reunió con los dos hermanos, ante la puerta; y se puso a charlar con Tonio, de modo que Perpetua, al venir a abrir, creyera que había pasado casualmente por allí, y que Tonio la había retenido un momento.

CAPÍTULO VIII

«¡CARNÉADES! ¿Quién era éste?», rumiaba para sí don Abbondio sentado en un sillón, en una estania del piso superior, con un librito abierto delante, cuando Perpetua entró a traerle el recado. «¡Carnéades!, ese nombre me parece haberlo oído o leído yo; debía ser un hombre de estudio, un literatón de la antigüedad: es un nombre de ésos; pero ¿quien diablos era?» ¡Tan lejos estaba el pobre hombre de prever la tormenta que se adensaba sobre su cabeza!

Conviene saber que don Abbondio se deleitaba en leer un poquito cada día; y un párroco vecino, que tenía una pequeña biblioteca, le prestaba un libro tras otro, el primero que se le venía a las manos. Aquél sobre el que meditaba en ese momento don Abbondio, convaleciente de la fiebre del susto, mejor dicho, más curado (en cuanto a la fiebre) de lo que quería hacer creer, era un panegírico en honor de San Carlos, pronunciado con

mucho énfasis, y escuchado con mucha admiración en la catedral de Milán, dos años antes. El santo era comparado en él, por su amor al estudio, con Arquímedes; y hasta aquí don Abbondio no hallaba tropiezos; porque Arquímedes hizo cosas tan curiosas, dio tanto que hablar, que, para saber algo de él, no hace falta una erudición muy vasta. Pero, después de Arquímedes, el orador sacaba a relucir también a Carnéades: y allí el lector había embarrancado. En ese instante entró Perpetua anunciando la visita de Tonio.

—¿A estas horas? —dijo también don Abbondio, como era natural.

—¿Qué quiere vuestra merced? No tienen educación: pero si no lo coge al vuelo...

—Ya: si no lo pillo ahora, ¡quién sabe cuándo lo podré pillar! Hacedlo entrar... ¡Eh!, ¡eh!, ¿estáis bien segura de que es él?

—¡Diantres! —respondió Perpetua, y bajó; abrió la puerta, y dijo—: ¿Dónde estáis? —Tonio se presentó; y, al mismo tiempo, se adelantó también Agnese, y saludó a Perpetua por su nombre.

—Buenas noches, Agnese —dijo Perpetua—: ¿De dónde venimos, a estas horas?

—Vengo de... —y nombró una aldehuela cercana—. Y si supierais...—continuó—: me he entretenido más precisamente por vuestra causa.

—¿Y eso por qué? —preguntó Perpetua; y volviéndose a los dos hermanos—: Entrad —dijo—, que ahora voy yo.

—Porque —respondió Agnese— una mujer de esas que no saben nada y quieren hablar..., ¿lo creeréis?, se empeñaba en decir que no os casasteis con Beppe Suolavecchia, ni con Anselmo Lunghigna, porque no os quisieron. Yo sostenía que fuisteis vos quien rechazó tanto a uno como a otro...

—Pues claro. ¡Ah, qué embustera!, ¡qué embustera! ¿Quién era?

—No me lo preguntéis, que no me gusta malmeter.

—Me lo diréis, me lo tenéis que decir: ¡ah, qué embustera!

—En fin...; pero no os podéis figurar cuánto me molestó no saber bien toda la historia, para taparle la boca a ésa.

—Pero ¡cómo se puede inventar de esa manera! —exclamó de nuevo Perpetua; y prosiguió al punto—: En cuanto a Beppe, todos lo saben y lo pudieron ver... ¡Eh, Tonio! Entornad la puerta e id subiendo, que ahora voy yo—. Tonio, desde dentro, contestó que sí; y Perpetua continuó su narración apasionada.

Frente a la puerta de don Abbondio, se abría, entre dos casuchas, una calleja, que, al terminar éstas, torcía hacia un campo. Agnese se adentró por ella, como si quisiera apartarse algún tanto, para hablar con más

libertad; y Perpetua tras ella. Cuando doblaron la esquina, y llegaron a un lugar, desde donde ya no se podía ver lo que ocurría ante la casa de don Abbondio, Agnese tosió con fuerza. Era la señal: Renzo la oyó, dio valor a Lucía, con un apretón del brazo; y ambos, de puntillas, avanzaron, rozando la pared, sin rechistar; llegaron a la puerta, la empujaron muy despacito; silenciosos y agachados, entraron en el zaguán, donde estaban los dos hermanos esperándoles. Renzo entornó de nuevo la puerta despacito; y los cuatro se lanzaron escaleras arriba, sin hacer siquiera el ruido de uno. Llegados al rellano, los dos hermanos se acercaron a la puerta de la habitación, que estaba al lado de la escalera; los novios se pegaron a la pared.

—*Deo gratias* —dijo Tonio, con voz clara.

—Tonio ¿Eh? Entrad —respondió la voz desde dentro.

El aludido abrió la puerta, apenas lo justo para poder pasar él y su hermano, de uno en uno. La franja de luz que salió de improviso por aquella rendija, y se dibujó sobre el suelo oscuro del rellano, hizo sobresaltarse a Lucía, como si la hubieran descubierto. Cuando entraron los hermanos, Tonio cerró la puerta tras de sí: los novios se quedaron inmóviles en las tinieblas, con los oídos aguzados, conteniendo el aliento: el ruido más fuerte era el martilleo del pobre corazón de Lucía.

Don Abbondio estaba, como hemos dicho, en un viejo sillón, arrebujado en un viejo gabán, con una vieja papalina en la cabeza, que formaba un marco en torno a su cara, a la escasa luz de un pequeño velón. Dos tupidos mechones de pelo que se le escapaban de la papalina, dos tupidas cejas, dos tupidos bigotes, una tupida perilla, todos canosos y diseminados por aquella cara oscura y rugosa, podían parecer matorrales cubiertos de nieve, sobresaliendo en un barranco, al claro de luna.

—¡Ah! ¡Ah! —fue su saludo, mientras se quitaba los anteojos, y los dejaba en el librito.

—Dirá el señor cura, que he venido tarde —dijo Tonio, haciendo una reverencia, que también hizo, aunque más torpemente, Gervaso.

—Claro que es tarde: tarde en todos los sentidos. ¿No sabéis que estoy enfermo?

—¡Oh!, lo siento.

—Lo habréis oído decir; estoy enfermo; y no sé cuándo podré salir de casa... Pero, ¿por qué os habéis traído a ese... a ese muchacho?

—Así, por venir acompañado, señor cura.

—Está bien, veamos.

—Son veinticinco berlingas nuevas, de esas con San Ambrosio a caballo —dijo Tonio sacando un rollito del bolsillo.

—Veamos —replicó don Abbondio: y, cogiendo el rollito, volvió a ponerse los anteojos, lo abrió, sacó las berlingas, las contó, las volvió de uno y otro lado, las halló sin defecto.

—Ahora, señor cura, me dará el collar de mi Tecla.

—Es justo —respondió don Abbondio; después fue a un armario, se sacó una llave del bolsillo, y, mirando a su alrededor, como para tener alejados a los espectadores, entreabrió una hoja de la puerta, tapó el hueco con su persona, metió la cabeza para mirar, y un brazo para coger el collar; lo cogió, y tras cerrar el armario, se lo entregó a Tonio, diciendo—: ¿Está bien?

—Ahora —dijo Tonio—, dígnese echar aquí un borrón.

—¡Lo que faltaba! —dijo don Abbondio—: Se las saben todas. ¡Huy! ¡Qué desconfiado se ha vuelto el mundo! ¿No os fiáis de mí!

—¡Cómo, señor cura! ¿No me voy a fiar? Vuestra merced me ofende. Pero como mi nombre está en ese librote suyo, en la parte del debe... pues, ya que se ha tomado la molestia de escribirlo una vez, así... de la cuna a la sepultura...

—Bien, bien —interrumpió don Abbondio, y, rezongando, abrió un cajón de la mesita, sacó papel, pluma y tintero, y se puso a escribir, repitiendo en voz alta las palabras, a medida que salían de su pluma. Mientras tanto, Tonio y, a una señal suya, Gervaso, se plataron ante la mesita, de modo que impedían al escribiente ver la puerta; y como para distraerse, restregaban los pies en el suelo, a fin de dar la señal a los que estaban fuera de que entrasen, y para cubrir al mismo tiempo el ruido de sus pisadas. Don Abbondio, inmerso en la escritura, no se ocupaba de nada más. Al restregar de los cuatro pies, Renzo cogió a Lucía de un brazo, se lo apretó, para darle valor, y echó a andar arrastrándola consigo, toda temblorosa, porque ella sola no hubiera podido ir. Entraron despacito, de puntillas, conteniendo el aliento; y se escondieron tras los dos hermanos. Entre tanto, don Abbondio habiendo terminado de escribir, releyó atentamente, sin levantar los ojos del papel; lo dobló en cuatro, diciendo—: Ahora ¿estaréis contento? —y, quitándose con una mano los anteojos de la nariz, se lo tendió con la otra a Tonio, alzando el rostro. Tonio, mientras alargaba la mano para coger el papel, se apartó a un lado; Gervaso, a una señal suya, al otro; y en medio, como al descorrerse un telón, aparecieron Renzo y Lucía. Don Abbondio vio confusamente, luego vio con claridad, se asustó, se asombró, se enfureció, pensó, tomó una resolución: todo ello en el tiempo que Renzo tardó en pronunciar las palabras: «señor cura, en presencia de estos testigos, ésta es mi mujer». Aún no se habían cerrado sus labios, cuando don Abbondio, soltando el papel, ya había agarrado y

levantado con la izquierda el velón, atrapado con la diestra el tapete de la mesita, tirado de él hacia sí con furia, haciendo caer al suelo libro, papel, tintero y salvadera; y, saltando entre el sillón y la mesa, se había acercado a Lucía. La pobrecilla, con su voz suave, y entonces muy temblorosa, apenas había podido pronunciar: «y éste...», cuando ya don Abbondio le había arrojado groseramente el tapete sobre la cabeza y el rostro, para impedirle pronunciar la formula completa. Y acto seguido, dejando caer el velón que tenía en la otra mano, se sirvió también de ésta para embozarla con el tapete, que casi la ahoga; y mientras tanto gritaba con todo el aire de sus pulmones:

—¡Perpetua! ¡Perpetua! ¡Traición! ¡Socorro! —El pabilo, que moría en el suelo, despedía una luz lánguida y saltarina sobre Lucía, la cual, totalmente aturdida, ni siquiera intentaba liberarse, y bien podía parecer una estatua esbozada en creta, sobre la cual el artífice hubiera arrojado un paño húmedo. Desaparecida toda luz, don Abbondio dejó a la pobrecilla, y fue buscando a tientas la puerta que daba a otro aposento interior; la encontró, entró en él, se encerró por dentro, sin dejar de gritar—: ¡Perpetua! ¡Traición! ¡Socorro! ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera de esta casa! —En la otra estancia, todo era confusión: Renzo, tratando de detener al cura, y remando con las manos, como si jugase a la gallina ciega, había llegado a la puerta, y la golpeaba, gritando—: Abra, abra; no arme escándalo. —Lucía llamaba a Renzo, con voz desfallecida, y decía, implorando—: Vámonos, vámonos, por amor de Dios. —Tonio, a gatas, estaba barriendo el suelo con las manos, para tratar de recuperar su recibo. Gervaso, fuera de sí, gritaba y daba saltos, buscando la puerta de la escalera, para ponerse a salvo.

En medio de este desbarajuste, no podemos dejar de detenernos un momento para hacer una reflexión. Renzo, que alborotaba de noche en casa ajena, que se había introducido en ella a hurtadillas, y tenía a su propio dueño asediado en una habitación, tiene todas la apariencia de un opresor; y, sin embargo, a fin de cuentas, era él el oprimido. Don Abbondio, sorprendido, puesto en fuga, espantado, mientras atendía tranquilamente a sus asuntos, parecería la víctima; y con todo, en realidad, era él quien cometía un abuso. Así marcha a menudo el mundo... quiero decir, así marchaba en el siglo diecisiete.

El sitiado, viendo que el enemigo no daba señales de retirarse, abrió una ventana que daba a la plaza de la iglesia, y empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro! —Había el más hermoso claro de luna; la sombra de la iglesia, y algo más lejos, la sombra alargada y puntiaguda del campanario, se extendía oscura y nítida sobre la superficie herbosa y

brillante de la plaza: cada objeto podía distinguirse, casi como de día. Pero, hasta donde alcanzaba la vista, no aparecía indicio de alma viviente. Sin embargo, adosado al muro lateral de la iglesia, y justamente por el lado que daba a la rectoral, había un pequeño habitáculo, un tabuco, donde dormía el sacristán. Fue éste despertado bruscamente por el destemplado grito, dio un brinco, saltó de la cama a toda prisa, alzó el lienzo de una ventana, sacó la cabeza, con los ojos aún pegados de sueño, y dijo:

—¿Qué ocurre?

—¡Corred, Ambrosio! ¡Socorro! ¡Gente en casa! —gritó hacia él don Abbondio—. Ahora mismo voy —respondió aquél; metió la cabeza, volvió a cerrar el lienzo, y, aunque medio dormido, y más que medio despavorido, halló en un dos por tres un expediente para llevar más socorro que el que se le pedía sin meterse en la refriega, fuera cual fuese. Echa mano a los calzones, que tenía sobre la cama; se los mete bajo el brazo, como un sombrero de gala, y abajo a grandes saltos por la escalerita de madera; corre al campanario, agarra la cuerda de la más grande de las dos campanitas que había, y toca a rebato.

Tan, tan, tan, tan: los campesinos se sientan de golpe en la cama; los muchachos tumbados en el pajar, aguzan el oído, se ponen de pie. —¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? ¡Tocan a rebato! ¿Fuego? ¿Ladrones? ¿Bandidos? —Muchas mujeres aconsejan, suplican a sus maridos que no se muevan, que dejen correr a los demás: algunos se levantan, y van a la ventana: los holgazanes, como si cedieran a los ruegos, vuelven bajo las mantas: los más curiosos y valientes, bajan a buscar las horcas y las escopetas, para acudir al ruido: otros se quedan mirando.

Pero, antes de que aquéllos se pusieran en estado de alerta, antes incluso de que estuvieran bien despiertos, el ruido había llegado a oídos de otras personas que velaban, no lejos, en pie, y vestidas: los bravos en un sitio, Agnese y Perpetua en otro. Diremos primero brevemente lo que hicieron aquéllos, desde el momento en que los dejamos, una parte en el caserío, y otra en la venta. Estos tres, cuando vieron todas las puertas cerradas y la calle desierta, salieron aprisa, como si se hubieran percatado de que se les había hecho tarde, y diciendo que debían volver en seguida a casa; dieron una vuelta por el pueblo, para asegurarse de que todos se habían retirado; y en efecto, no encontraron ni un alma, ni oyeron el menor bullicio. Pasaron también, muy despacio, por delante de nuestra pobre casita: la más callada de todas, puesto que ya no había nadie. Fueron entonces derechos al caserío, y presentaron su informe al señor Griso. Al instante éste se puso un gran sombrero en la cabeza, sobre los hombros una

esclavina de hule, sembrada de conchas; cogió un bordón de peregrino, dijo:

—Ea, como valientes: callados y atentos a las órdenes —se encaminó el primero, los otros detrás; y, en un momento, llegaron a la casita, por un camino opuesto a aquel por el que se había alejado nuestra pequeña comitiva, en marcha también hacia su expedición. El Griso detuvo a la tropa, a algunos pasos de distancia, fue él solo a reconocer el terreno y, viendo todo desierto y tranquilo por fuera, mandó adelantarse a dos de aquellos granujas, les ordenó que escalaran despacito el muro que rodeaba el pequeño patio y, una vez dentro, se escondieran en un rincón, tras una espesa higuera, a la que había echado el ojo aquella mañana. Hecho esto, llamó a la puerta suavemente, con intención de presentarse como un peregrino extraviado, que pedía cobijo hasta el amanecer. Nadie responde: vuelve a llamar un poco más fuerte; nadie rechista. Entonces, va a buscar a un tercer malandrín, le hace entrar en el patio, como a los otros dos, con la orden de arrancar sin ruido el pestillo, para tener libre la entrada y la retirada. Todo se ejecuta con suma cautela y con feliz éxito. Va a buscar a los demás, los hace entrar consigo, los manda esconderse junto a los primeros; entorna sigilosamente la puerta de la calle, aposta allí a dos centinelas, por la parte de dentro; y va derecho a la puerta de la planta baja. Llama también, y espera: ya podía esperar. Descerraja también con sigilo aquella puerta: nadie dice desde dentro: ¿quién vive?; nadie rechista: mejor no podría ir. Adelante, pues: chist, llama a los de la higuera, entra con ellos en la planta baja, donde por la mañana había mendigado pérfidamente aquel trozo de pan. Saca yesca, pedernal, eslabón y mecha, enciende un farolito suyo, entra en la otra habitación interior, para asegurarse de que no hay nadie: no hay nadie. Retrocede, va a la puerta de la escalera, mira, pega a ella la oreja: soledad y silencio. Deja a los otros dos centinelas en la planta baja, se hace acompañar por Grignapoco, que era un bravo de la comarca de Bérgamo, el cual sólo debía amenazar, hacer callar, ordenar, ser en suma el portavoz, a fin de que su habla pudiera hacer creer a Agnese que la expedición provenía de aquella parte. Con éste a su lado, y los demás detrás, el Griso sube despacito, despacito, maldiciendo en su fuero interno cada escalón que crujía, cada paso de aquellos granujas que hacía ruido. Por fin llega arriba. Aquí yace la liebre. Empuja suavemente la puerta que da a la primera habitación; la puerta cede, se abre una rendija: introduce por ella el ojo; está oscuro: introduce la oreja, para oír si alguien ronca, respira, rebulle allí dentro; nada. Adelante, pues: se pone el farol ante la cara para ver, sin ser visto, abre de par en par la puerta, ve una cama; ¡a ella!: la cama está

hecha y lisa, con el embozo vuelto, y bien arremetido en la cabecera. Se encoge de hombros, se vuelve a sus hombres, les hace señas de que va a mirar a la otra habitación, y que lo sigan muy, muy despacio; entra, hace las mismas ceremonias, encuentra lo mismo. —¿Qué diablos es esto? —dice entonces—: ¿Algún perro traidor nos habrá delatado? —Empiezan todos, con menos cautela, a mirar, a tantear por todos los rincones, ponen la casa patas arriba. Mientras éstos se hallan ocupados en tales tareas, los dos que montan guardia en la puerta de la calle oyen un ruido de pasitos apresurados, que se acercan rápidamente; se imaginan que, quienquiera que sea, pasará de largo; están callados y, por si acaso se ponen alerta. En efecto, los pasos se detienen justamente ante la puerta. Era Menico que venía corriendo, enviado por el padre Cristóforo a avisar a las dos mujeres de que, por amor del cielo, escaparan en seguida de casa, y se refugiaran en el convento, porque... el porqué ya lo sabéis. Agarra el picaporte para llamar, y lo siente colgar de su mano, desclavado y suelto. «¿Qué es esto?» piensa; y empuja la puerta con miedo: ésta se abre. Menico introduce el pie, con gran aprensión, y siente en el acto que lo aferran por los brazos, y dos voces susurantes, a derecha e izquierda, que le dicen, con tono amenazador:

—¡Chitón!, o date por muerto. —Él en cambio lanza un grito: uno de aquellos malandrines le pone una mano en la boca; el otro saca un gran cuchillo, para meterle miedo. El rapaz tiembla como una hoja, y ni siquiera intenta gritar; mas, de pronto, en vez de él, y con tono muy distinto, se deja oír aquel primer toque de campana, y detrás una tempestad de tañidos en fila. El que la hace la teme, dice un proverbio milanés: a uno y otro granuja les pareció oír en aquellas campanadas su nombre, apellido y sobrenombre: sueltan los brazos de Menico, retiran los suyos a toda prisa, abren la mano y la boca. Menico sale disparado, calle adelante, hacia el campanario, donde sin duda alguien debía haber. A los otros granujas que registraban la casa, de arriba abajo, el terrible retoque les produjo la misma impresión; se confunden, se alborotan, chocan entre sí: cada cual busca el camino más corto para llegar a la puerta. Y, sin embargo, era toda gente experimentada y avezada a dar la cara; pero no pudieron mantenerse firmes ante un peligro indeterminado, y que no se había dejado ver un poco de lejos, antes de echárseles encima. Hizo falta toda la superioridad del Griso para mantenerlos unidos, lo bastante para que fuese retirada y no fuga. Así como el perro que escolta una piara de cerdos, corre ora aquí, ora allá hacia los que se desbandan; aferra a uno con los dientes por una oreja, y lo devuelve al montón; empuja a otro con el hocico; ladra a otro que se sale de la fila en ese momento; del mismo

modo el peregrino coge al vuelo a uno de los que ya pisaba el umbral, y lo arrastra hacia dentro, rechaza con el bordón a uno y a otro que se dirigían hacia allí: grita a los demás que corren de acá para allá, sin saber a dónde; hasta que los congregó a todos en medio del patio.

—¡Rápido, rápido! Las pistolas en puño, los cuchillos preparados, todos juntos; y luego nos iremos: así ha de hacerse. ¿Quién queréis que nos toque si estamos juntos, necios? Pero, si nos dejamos pillar uno a uno, hasta los villanos nos zurrarán. ¡Avergonzaos! Detrás de mí, y unidos. —Tras esta breve arenga, se puso al frente, y salió el primero. La casa, como hemos dicho, estaba al final del pueblo; el Griso tomó el camino que llevaba afuera, y todos lo siguieron en buen orden.

Dejémoslos ir, y retrocedamos un paso para reunimos con Agnese y Perpetua, a quienes hemos dejado en cierta calleja. Agnese había procurado alejar a la otra de casa de don Abbondio, lo más posible; y, hasta cierto punto, la cosa había ido bien. Pero, de pronto, el ama se había acordado de la puerta que había dejado abierta, y había querido volver atrás. No había nada que objetar: Agnese, para no despertar sospechas, había debido regresar con ella y seguirla, aunque tratando de entretenerla, cada vez que la veía bien acalorada con el relato de las bodas malogradas. Aparentaba escucharla con mucha atención, y, de vez en cuando, para mostrar que estaba interesada, y para reavivar su parloteo, decía:

—Cierto: ahora entiendo: perfectamente: está claro: ¿y luego?, ¿y él?, ¿y vos? —Pero mientras tanto, mantenía otra conversación consigo misma: «Habrán salido ya a estas horas?, ¿o estarán todavía dentro? ¡Qué necios hemos sido los tres, no ocurrírsenos concertar una señal, para avisarme, cuando la cosa estuviera terminada! ¡Menudo fallo!, pero ya está hecho: ahora no queda sino entretener a ésta lo más posible: en el peor de los casos, será un poco de tiempo perdido». Así, a carreritas y paraditas, habían llegado a poca distancia de la casa de don Abbondio, que, sin embargo, no veían, a causa de aquella esquina: y Perpetua, hallándose en un punto importante del relato, se había dejado parar sin oponer resistencia, es más, sin enterarse de ello; cuando, de improviso, se oye venir retumbando desde lo alto, en el vacío inmoto del aire, por el amplio silencio de la noche, aquel primer, destemplado grito de don Abbondio:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Válgame Dios! ¿Qué ha sido eso? —gritó Perpetua, y quiso echar a correr.

—¿Qué ocurre?, ¿qué ocurre? —dijo Agnese, sujetándola por la saya.

—¡Válgame Dios! ¿No lo habéis oído? —replicó aquélla, soltándose.

—¿Qué ocurre?, ¿qué ocurre? —repitió Agnese agarrándola de un brazo.

—¡Demonio de mujer! —exclamó Perpetua, empujándola, para liberarse; y echó a correr. Cuando, en esto, más lejano, más agudo, más instantáneo, se oye el chillido de Menico.

—¡Válgame Dios! —grita también Agnese; y, al galope tras la otra. Apenas habían alzado los talones, cuando repicó la campana: un tañido, dos, tres: y sigue: habrían sido espuelas, si ellas las hubiesen necesitado. Perpetua llega, un momento antes que la otra; cuando se dispone a empujar la puerta, la puerta se abre de par en par desde dentro, y en el umbral aparecen, Tonio, Gervaso, Renzo, Lucía, que, hallada la escalera, habían bajado a saltos; y, al oír luego aquel terrible repicar, corrían desalados, para ponerse a salvo.

—¿Qué ocurre?, ¿qué ocurre? —preguntó Perpetua, jadeante, a los hermanos, que le respondieron con un empujón, y se escabulleron—. ¡Eh, vosotros! ¡Cómo! ¡Qué hacéis vosotros aquí! —preguntó luego a la otra pareja, cuando la hubo reconocido. Pero también ellos salieron sin responder. Perpetua, por acudir donde la necesidad era mayor, no hizo más preguntas, entró aprisa en el zaguán, y corrió, como podía, en la oscuridad, hacia la escalera.

Los dos prometidos que aún no eran esposos, se dieron de manos a boca con Agnese, la cual llegaba toda jadeante. —¡Ah, estáis aquí! —dijo ésta echando fuera a duras penas las palabras— ¿Cómo ha ido? ¿Qué es esa campana?, me parece haber oído...

—A casa, a casa —decía Renzo—; antes de que venga gente. Y echaban a andar; pero llega Menico corriendo, los reconoce, los detiene, y, aún todo tembloroso, con voz medio ahogada, dice:

—¿A dónde vais? ¡Atrás, atrás! ¡Por aquí, al convento!

—¿Eres tú quien...? —empezaba a decir Agnese.

—¿Qué ocurre? —preguntaba Renzo. Lucía, completamente aturdida, callaba y temblaba.

—Hay diablos en casa —respondió Menico jadeante—. Los he visto yo: me han querido matar: lo ha dicho el padre Cristóforo: y también a vos, Renzo, ha dicho que vayáis en seguida: y además los he visto yo: ¡Gracias a la providencia que os encuentro aquí a todos! Ya os contaré, cuando estemos fuera.

Renzo, que era el más sereno de todos, pensó que, por un lado o por otro, convenía irse en seguida, antes de que acudiera gente; y que lo más seguro era hacer lo que Menico aconsejaba, mejor dicho, ordenaba, con la fuerza del espanto. Por el camino, luego, y fuera de peligro, ya se le podría pedir al muchacho una explicación más clara. —Ve tú delante —le dijo—.

Vamos con él —dijo a las mujeres. Dieron media vuelta, se encaminaron aprisa hacia la iglesia, atravesaron la plaza, donde gracias a Dios, no había todavía un alma; entraron en una calleja que había entre la iglesia y la casa de don Abbondio; por el primer hueco que vieron en un seto, se metieron, y echaron adelante a campo traviesa.

No se habían alejado quizá cincuenta pasos, cuando la gente empezó a llegar a la plaza, y se hacía más numerosa a cada momento. Se miraban a la cara unos a otros: todos tenían alguna pregunta que hacer, nadie una respuesta que dar. Los primeros en llegar corrieron a la puerta de la iglesia: estaba atrancada. Corrieron al campanario; y uno de ellos, pegando la boca a un ventanuco, una especie de tronera, lanzó al interior un:

—¿Qué diablos pasa? —Cuando Ambrosio oyó una voz conocida, soltó la cuerda; y asegurado por el murmullo, de que había acudido mucha gente, respondió—: Ahora abro. —Se puso a toda prisa la prenda que había traído bajo el brazo, fue, por la parte de dentro, a la puerta de la iglesia, y la abrió.

—¿Qué es todo ese alboroto? —¿Qué ocurre? —¿Dónde está?— ¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? —dijo Ambrosio sujetando con una mano una hoja de la puerta, y, con la otra, el borde de aquella prenda, que se había puesto con tantas prisas—: ¡Cómo! ¿No lo sabéis? Gente en casa del señor cura. Ánimo, hijos: a ellos. —Se vuelven todos hacia la casa, se aproximan a ella en tropel, miran hacia arriba, están a la escucha: calma total. Otros corren a la parte donde se halla la puerta: cerrada, y no parece haber sido tocada. Miran hacia arriba también ellos: no hay una sola ventana abierta: no se oye ni un resuello.

—¿Quién anda ahí dentro? —¡Hola, hola! —¡Señor cura!

Don Abbondio, el cual, apenas advirtió la fuga de los invasores, se había apartado de la ventana, y la había cerrado, y que en ese momento estaba riñendo en voz baja con Perpetua, que lo había dejado solo en semejante embrollo, cuando oyó que lo llamaba a voces aquel gentío, hubo de asomarse otra vez a la ventana; y al ver todo aquel gran socorro, se arrepintió de haberlo pedido.

—¿Qué ha ocurrido? —¿Qué le han hecho? —¿Quiénes son? ¿Dónde están? —le gritaban cincuenta voces a la vez.

—Ya no hay nadie: os doy las gracias: podéis volver a casa.

—Pero, ¿quién ha sido? —¿A dónde han ido? —¿Qué ha pasado?

—Mala gente, gente que ronda de noche; pero han escapado: volved a casa; ya no pasa nada: otra vez será, hijos míos: os agradezco vuestro

buen corazón. —Y, dicho esto, se retiró, y cerró la ventana. Entonces algunos empezaron a rezongar, otros a burlarse, otros a lanzar juramentos; otros se encogían de hombros, y se marchaban: en esto, llega uno todo ajetreado, que casi no puede articular palabra. Vivía éste casi enfrente de nuestras mujeres, y, habiéndose asomado a la ventana al oír el estrépito, había visto en el patio aquel desbarajuste de los bravos, cuando el Griso se afanaba por reunirlos. Una vez que hubo recuperado el aliento, gritó:

—¿Qué hacéis aquí, amigos? No es aquí el infierno; es abajo, al final de la calle, en casa de Agnese Mondella: gente armada; están dentro: parece que quieren matar a un peregrino; ¡quién sabe qué diablos pasa!

—¿Qué? —¿Qué? —¿Qué? —Y empieza una consulta tumultuosa. —Hay que ir— Hay que ver —¿Cuántos son? —¿Cuántos somos? —¿Quiénes son? —¡El cónsul, el cónsul!

—Aquí estoy —responde el cónsul, en medio de la muchedumbre—: aquí estoy, pero es menester ayudarme, tenéis que obedecer. Rápido: ¿dónde está el sacristán? A la campana, a la campana. Rápido: que alguien corra a Lecco a buscar ayuda: venid todos aquí...

Unos acuden, otros se deslizan por entre los cuerpos, y toman las de Villadiego; el tumulto era grande, cuando, en esto, llega otro, que los había visto partir a toda prisa, y grita:

—¡Corred, amigos: ladrones, o bandidos que escapan con un peregrino!: ya están fuera del pueblo: ¡a ellos!, ¡a ellos! —Ante este aviso, sin esperar las órdenes del capitán, se mueven en masa, todos van en tropel calle abajo; a medida que el ejército avanza, alguno de los de la vanguardia afloja el paso, se deja adelantar, y se mete en el cuerpo del batallón: los últimos empujan hacia adelante: el confuso enjambre llega por fin al lugar señalado. Las huellas de la invasión estaban frescas y visibles: la puerta abierta de par en par, la cerradura arrancada, pero los invasores habían desaparecido. Entran en el patio, van a la puerta de la planta baja: abierta y descerrajada también; llaman:

—¡Agnese! ¡Lucía! ¡El peregrino! ¿Dónde está el peregrino? Se lo habrá imaginado Stefano. No, no: lo ha visto también Carlandrea. ¡Eh, peregrino! —¡Agnese! ¡Lucía! —Nadie responde. —¡Se las han llevado! ¡Se las han llevado! —Hubo entonces quien, alzando la voz, propuso perseguir a los secuestradores: pues era una infamia; y sería una vergüenza para el pueblo que cualquier bribón pudiera venir impunemente a llevarse a las mujeres, como el milano un nido de polluelos de una era desierta: nueva consulta, y más tumultuosa: pero uno (y nunca se supo quién había sido) lanzó entre el gentío la voz de que Agnese y Lucía se habían puesto a

salvo en una casa. La voz corrió rápidamente, obtuvo crédito; ya no se habló de dar caza a los fugitivos; y el batallón se dispersó, yendo cada cual a su casa. Era todo un cuchicheo, un estrépito, un llamar y un abrir de puertas, un aparecer y un desaparecer faroles, un preguntar de mujeres desde las ventanas, un responder desde la calle. Cuando ésta quedó de nuevo desierta y silenciosa, las conversaciones continuaron en las casas, y murieron entre bostezos, para recomenzar por la mañana. Sucesos, sin embargo, ya no los hubo; salvo que, aquella mañana, estando el cónsul en su campo, con la barbilla en la mano, y apoyado el codo en el mango de la pala medio hundida en el terreno, y puesto un pie sobre ella; estando, como digo, especulando para sus adentros sobre los misterios de la noche pasada, y sobre la razón compuesta de lo que le tocaba hacer, y de lo que le convenía hacer, vio venir a su encuentro a dos hombres de muy gallarda presencia, melenudos cual dos reyes francos de la primera estirpe, y parecidísimos en lo demás a aquellos dos que cinco días antes habían afrontado a don Abbondio, aunque no eran los mismos. Estos, con ademán aún menos ceremonioso, intimaron al cónsul que se guardase bien de presentar informe alguno al podestá sobre lo ocurrido, de responder con la verdad, en caso de ser interrogado, de mezclarse en hablillas, o fomentar las chácharas de los villanos si es que tenía alguna esperanza de morir en su cama.

Nuestros fugitivos corrieron un trecho a buen trote, en silencio, volviéndose, ora uno ora otro, a mirar si alguien los seguía, todos jadeantes por el esfuerzo de la huida, la zozobra y la angustia en la que habían estado, por el dolor del fracaso, por la vaga aprensión del nuevo, oscuro peligro. Y aún más angustiados los tenía el acoso incesante de aquellos tañidos, los cuales, cuanto más débiles y amortiguados llegaban, por la creciente lejanía, más parecían cobrar un no sé qué de lúgubre y siniestro. Por fin cesaron. Los fugitivos, entonces, hallándose en un campo deshabitado, y no oyendo ninguna respiración a su alrededor, aflojaron el paso; y fue Agnese la primera que, recuperado el aliento, rompió el silencio, preguntándole a Renzo cómo había ido la cosa, preguntándole a Menico qué habían sido aquellos diablos en casa. Renzo contó brevemene su triste historia; y los tres se volvieron hacia el muchacho, el cual refirió más expresamente el aviso del padre, y contó lo que él mismo había visto y el peligro que había corrido, y que desgraciadamente confirmaba aquel aviso. Sus oyentes comprendieron más de lo que Menico había sabido decir: ante aquel descubrimiento, sintieron un escalofrío; se pararon los tres de golpe, se miraron a la cara unos a otros; y en el acto, con un movimiento unánime, los tres pusieron una mano, quien sobre la cabeza,

quien sobre los hombros del niño, como para acariciarlo, para agradecerle tácitamene el haber sido para ellos un ángel tutelar, para demostrarle la compasión que sentían por la angustia sufrida, y por el peligro corrido para salvarlos; y casi para pedirle disculpas. —Ahora vuelve a casa, para que tus padres no penen más por ti —le dijo Agnese; y acordándose de las dos parpallas prometidas, se sacó cuatro del bolsillo, y se las dio, añadiendo—: Bueno, rézale al Señor para que nos volvamos a ver pronto: y entonces... —Renzo le dio una berlinga nueva, y le recomendó mucho que no dijese nada del encargo recibido del padre; Lucía lo acarició de nuevo, se despidió de él con voz acongojada; el rapaz saludó a todos, enternecido; y dio la vuelta. Los demás reanudaron su camino, muy pensativos; las mujeres delante, y Renzo detrás, como de escolta. Lucía se apretaba contra el brazo de su madre, y rehuía suavemene y con destreza, la ayuda que el joven le ofrecía en los pasos difíciles de aquel viaje fuera de los caminos; avergonzada en su interior, incluso en semejante turbación, por haber estado ya tanto tiempo a solas con él, y con tanta familiaridad, cuando esperaba convertirse en su mujer a los pocos instantes. Desvanecido tan dolorosamente ese sueño, se arrepentía de haber ido tan lejos y, entre tantos motivos de temor, temblaba también por ese pudor que no nace de la triste experiencia del mal, por ese pudor que se ignora a sí mismo, semejante al miedo del niño, que tiembla en las tinieblas, sin saber por qué.

—¿Y la casa? —dijo de pronto Agnese. Pero, aunque la pregunta era importante, nadie respondió, pues nadie sabía darle una respuesta satisfactoria. Prosiguieron en silencio su camino, y poco después, desembocaron por fin en la plazuela, ante la iglesia del convento.

Renzo se asomó a la puerta, y la empujó suavemente. La puerta, en efecto, se abrió; y la luna, al entrar por la rendija, iluminó el rostro pálido y la barba de plata del padre Cristóforo, que allí estaba, en pie, a la espera. Viendo que no faltaba nadie —¡Bendito sea Dios! —dijo, y les hizo señas de que entrasen. A su lado estaba otro capuchino; y era el lego sacristán, a quien él, con ruegos y razones, había persuadido a velar con él, dejar la puerta entornada, y hacer de centinela, para acoger a aquellos pobres amenazados: y no se necesitaba menos que la autoridad del padre, y su fama de santo, para conseguir del lego una condescendencia incómoda, peligrosa e irregular. Cuando hubieron entrado, el padre Cristóforo entornó de nuevo la puerta muy despacito. Entonces el sacristán ya no pudo contenerse más y, llamando al padre aparte, le empezó a susurrar al oído:

—Pero padre, ¡padre!, ¡de noche... en la iglesia... con mujeres... cerrar... la regla..., pero padre! —y meneaba la cabeza. Mientras decía

aturulladamente estas palabras, «¡hay que ver!», pensaba el padre Cristóforo, «si fuera un mesnadero perseguido, fray Fazio no pondría la menor dificultad; y una pobre inocente, que huye de las garras del lobo...» —*Omnia munda mundis* —dijo luego, volviéndose súbitamente a fray Fazio, y olvidando que éste no entendía latín. Pero tal olvido fue justamente lo que surtió efecto. Si el padre se hubiera puesto a discutir con razones, a fray Fazio no le hubieran faltado otras razones que oponer; y sólo el cielo sabe cómo y cuándo habría terminado la cosa. Pero, al oír aquellas palabras, preñadas de un sentido misterioso, y pronunciadas con tanta determinación, le pareció que en ellas debía contenerse la solución de todas sus dudas. Se tranquilizó, y dijo:

—¡Sea!, vuestra merced sabe más que yo.

—Confiad en mí —respondió el padre Cristóforo; al claror vacilante de la lámpara que ardía ante el altar, se acercó a los refugiados, los cuales estaban suspensos, esperando, y les dijo—: ¡Hijos míos! Dad gracias al Señor, que os ha salvado de un gran peligro. ¡Quizá en este momento...! —y aquí se puso a explicar lo que les había insinuado por medio del pequeño mensajero, pues no sospechaba que ellos supieran más que él, y suponía que Menico los había hallado tranquilos en casa, antes de llegar los malandrines. Nadie lo desengañó, ni siquiera Lucía, la cual, sin embargo, sentía un remordimiento secreto por semejante disimulo, con semejante hombre; pero era la noche de los embrollos, y los subterfugios.

—Después de esto —prosiguió aquél—, bien veis, hijitos, que ahora este pueblo no es seguro para vosotros. Es el vuestro; en él habéis nacido; no le habéis hecho daño a nadie; pero Dios lo quiere así. Es una prueba, hijos míos: soportadla con paciencia, con confianza, sin odio, y estad seguros de que llegará un día en que os alegraréis de lo que ahora ocurre. Yo he pensado en encontraros un refugio, para estos primeros momentos. Pronto, espero, podréis volver seguros a vuestra casa; de todos modos, Dios proveerá por vosotros, lo que sea mejor; y yo ciertamente tendré buen cuidado en no faltar a la gracia que me concede, eligiéndome como su ministro, al servicio de sus queridos pobres atribulados. Vosotras —prosiguió volviéndose a las dos mujeres—, podréis ir a * * *. Allí estaréis bastante a salvo de todo peligro, y, al mismo tiempo no demasiado lejos de vuestra casa. Preguntad por nuestro convento, mandad llamar al padre guardián, entregadle esta carta, será para vosotras otro fray Cristóforo. Y también tú, Renzo mío, también tú debes ponerte, por ahora, a salvo de la rabia de los otros, y de la tuya. Lleva esta carta al padre Buenaventura de Lodi, a nuestro convento de la Puerta Oriental de Milán. Él te hará de padre, te guiará, te encontrará trabajo, hasta que puedas volver a vivir aquí

tranquilamente. Id a la orilla del lago, junto a la desembocadura del Bione. Es un torrente a pocos pasos de Pescarénico. Allí veréis un bote parado; diréis: barca; os preguntarán: para quién; contestaréis: San Francisco. La barca os acogerá, os trasladará a la otra orilla, donde encontraréis una carreta que os llevará derechos hasta * * *.

Si alguien preguntara cómo fray Cristóforo tenía, así, de pronto, a su disposición aquellos medios de transporte, por agua y por tierra, mostraría no conocer cuál era el poder de un capuchino con fama de santo.

Quedaba por pensar en la custodia de las casas. El padre recibió las llaves, encargándose de entregarlas a quienes Renzo y Agnese le indicaron. Esta última, sacando del bolsillo la suya, dio un gran suspiro, pensando que, en aquel momento, la casa estaba abierta, que había habido allí un infierno, ¡y quién sabe lo que quedaba que custodiar!

—Antes de partir —dijo el padre—, recemos todos juntos al Señor, para que esté con nosotros, en este viaje, y siempre; y, sobre todo, para que os dé fuerzas, os dé amor para querer lo que él ha querido. —Dicho esto, se arrodilló en medio de la iglesia; y todos hicieron lo mismo. Después de rezar, unos momentos, en silencio, el padre, con voz queda, pero clara, pronunció estas palabras:

—Os rogamos también por ese pobrecillo que nos ha puesto en este trance. Seríamos indignos de vuestra misericordia, si no os la pidiésemos de todo corazón para él: ¡la necesita tanto! Nosotros, en nuestra tribulación, tenemos este consuelo, que estamos en el camino en el que nos habéis puesto Vos: podemos ofreceros nuestras desgracias; y se convierten en ganancia. ¡Pero él!..., es vuestro enemigo. ¡Oh desgraciado! ¡Compite con Vos! Tened piedad de él, oh, Señor, tocad su corazón, hacedlo amigo vuestro, concededle todos los bienes que podemos desear para nosotros mismos.

Levantándose luego, como con prisa, dijo:

—Ea, hijitos, no hay tiempo que perder: que Dios os guarde, y su ángel os acompañe: marchaos. —Y mientras se encaminaban, con esa emoción que no encuentra palabras, y que se manifiesta sin ellas, el padre añadió, con voz alterada—: El corazón me dice que nos volveremos a ver pronto.

Cierto, el corazón, a quien le hace caso, tiene siempre algo que decir sobre lo que será. ¿Pero qué sabe el corazón? Apenas algo de lo que ya ha sido.

Sin esperar respuesta, fray Cristóforo se dirigió a la sacristía; los viajeros salieron de la iglesia, y fray Fazio cerró la puerta, dándoles su adiós, con voz alterada también. Ellos se encaminaron callandito hacia la orilla que se les había indicado; vieron el bote preparado, y dada y recibida la

contraseña, se metieron en él. El barquero, apoyando un remo en la orilla, se apartó de ella; agarrando después el otro remo, y bogando con ambos brazos, se internó en el agua, hacia la orilla opuesta. No corría un soplo de viento; el lago yacía liso y llano, y habría parecido inmóvil a no ser por el tremolar y el ondear ligero de la luna, que se reflejaba en él desde el medio del cielo. Se oía sólo la ola, muerta y lenta, romperse contra la grava de la playa, el gorgoteo más lejano del agua estrellándose entre los pilares del puente, y el chasquido acompasado de los dos remos, que rasgaban la superficie azul del lago, salían de golpe chorreantes, y volvían a zabullirse. La ola, serrada por la barca, reuniéndose tras la popa, dibujaba una franja encrespada, que se iba alejando de la playa. Los pasajeros, silenciosos, con la cabeza vuelta hacia atrás, miraban los montes, y el pueblo iluminado por la luna, y adornado aquí y allá por grandes sombras. Se distinguían las aldeas, las casas, las cabañas: el castillejo de don Rodrigo con su torre aplastada, elevado sobre las casuchas amontonadas en la falda del promontorio, parecía un ser feroz que, erguido en las tinieblas, en medio de un grupo de durmientes, meditase un delito. Lucía lo vio, y se estremeció; descendió con los ojos pendiente abajo, hasta su pueblecito, miró fijamente su extremidad, descubrió su casita, descubrió la ventana de su cuarto y, sentada como estaba, en el fondo de la barca, apoyó el brazo en el borde, apoyó la frente sobre el brazo, como para dormir, y lloró en secreto.

¡Adiós, montes emergentes de las aguas, y elevados al cielo; cimas desiguales, conocidas por quien creció entre vosotras, e impresas en su mente, no menos que lo está la imagen de sus seres más queridos; torrentes, cuyo rumor distingue, al igual que el sonido de las voces domésticas; aldeas dispersas, que blanquean en la pendiente, como rebaños de ovejas paciendo; ¡adiós! ¡Cuán triste es el paso de quien, crecido entre vosotros, se aleja! En la fantasía del mismo que parte voluntariamente, atraído por la esperanza de hacer, en otra parte, fortuna, pierden su belleza, en ese instante, los sueños de riqueza; se maravilla de haber podido resolverse, y volvería entonces atrás, si no pensase que, un día, tornará acaudalado. Cuanto más avanza en la llanura, sus ojos se apartan, disgustados y cansados, de aquella amplitud multiforme; el aire le parece pesado y muerto; se adentra, triste y desatento, por las ciudades tumultuosas; las casas adosadas a las casas, las calles que desembocan en otras calles, parecen quitarle la respiración, y ante los edificios admirados por el extranjero, piensa, con inquieto deseo, en el campito de su aldea, en la casita en la que ya ha puesto sus ojos, desde hace mucho tiempo, y que comprará, cuando vuelva rico a sus montes.

¡Pero, quien no había llevado más allá de ellos ni siquiera un deseo fugitivo, quien había forjado allí los planes del porvenir, y es arrojado lejos por una fuerza perversa! ¡Quien, arrancado a la vez de sus más queridas costumbres, e impedido en sus más queridas esperanzas, deja esos montes, para ir al encuentro de extraños que nunca ha deseado conocer, y no puede llegar con la fantasía a un momento fijado para el regreso! Adiós, casa natal, donde sentada, con un pensamiento oculto, se aprendió a distinguir del rumor de los pasos comunes, el rumor de un paso esperado con misterioso temor. Adiós, casa aún ajena, mirada tantas veces de soslayo, al pasar, y no sin rubor, en la cual la mente se figuraba una estancia tranquila y perpetua de esposa. Adiós, iglesia, donde el ánimo tornó tantas veces sereno, cantando las alabanzas del Señor; donde estaba prometido, preparado un rito; donde el suspiro secreto del corazón debía ser solemnemente bendecido, y ordenarse el amor, y llamarse santo; ¡adiós! Quien os daba tanta jocundidad está en todas partes; y nunca turba el gozo de sus hijos, sino para prepararles otro más seguro y más grande. De tal suerte, si no éstos exactamente, eran los pensamientos de Lucía, y poco diferentes los pensamientos de los otros peregrinos, mientras la barca los iba acercando a la orilla derecha del Adda.

CAPÍTULO IX

El choque de la barca al dar contra la orilla sobresaltó a Lucía, la cual, después de enjugar en secreto sus lágrimas, levantó la cabeza como si se despertase. Renzo salió el primero, y tendió la mano a Agnese, que tras salir también, se la tendió a su hija; y los tres dieron tristemente las gracias al barquero. —¿De qué? —respondió éste—. Estamos aquí abajo para ayudarnos unos a otros—, y retiró la mano, casi con repugnancia, como si le hubieran propuesto robar, cuando Renzo trató de deslizar en ella una parte de los cuartos que llevaba encima, y que había cogido aquella noche con intención de recompensar generosamente a don Abbondio, una vez que éste, a su pesar, hubiera satisfecho sus deseos. La carreta estaba allí preparada; el conductor saludó a los tres esperados, los hizo subir, dio una voz al animal, un latigazo, y en marcha.

Nuestro autor no describe aquel viaje nocturno, calla el nombre del pueblo a donde fray Cristóforo había dirigido a las dos mujeres; es más, declara expresamente no querer decirlo. Del progreso de la historia se saca luego la razón de tales reticencias. Las aventuras corridas por Lucía en aquel lugar se hallan envueltas en la intriga tenebrosa de una persona

perteneciente a una familia, al parecer, muy poderosa, en la época en que el autor escribía. Para explicar la extraña conducta de esa persona, en este caso particular, él ha tenido que narrar sucintamente su vida anterior; y la familia hace allí el papel que verá quien siga leyendo. Pero lo que la circunspección del pobre hombre nos ha querido sustraer, nuestras pesquisas nos lo han hecho encontrar en otra parte. Un historiador milanés que hubo de mencionar a esa misma persona, no la nombra, es cierto, ni a ella, ni el pueblo; pero de éste dice que era una villa antigua y noble, que por ella pasa el río Lambro; en un tercero, que hay un arcipreste. Reuniendo todos estos datos, nosotros deducimos que era Monza, sin lugar a dudas. En el vasto tesoro de las inducciones eruditas, podrá haberlas más sutiles, pero más seguras, no lo creo. Podríamos asimismo, basándonos en muy fundadas conjeturas, decir el apellido de la familia; pero, aunque extinguida hace largo tiempo, preferimos dejarlo en el tintero para no arriesgarnos a cometer una injusticia ni siquiera con los muertos, y para dejar a los doctos algún argumento de investigación.

Nuestros viajeros llegaron a Monza, poco después del amanecer: el carretero entró en una posada, y allí, como buen conocedor del lugar y del posadero, hizo que les dieran una habitación, y los acompañó hasta ella. Entre agradecimientos, Renzo trató también de hacerle coger algún dinero; mas aquél, al igual que el barquero, tenía como mira otra recompensa, más lejana, pero más abundante: retiró las manos, también él, y, casi como huyendo, corrió a atender a su animal.

Tras una tarde como la que hemos descrito, y una noche como cualquiera podrá imaginarse, pasada en compañía de aquellos pensamientos, con la sospecha incesante de algún encuentro desagradable, al soplo de un airecillo más que otoñal, y entre las continuas sacudidas del incómodo carruaje, que despertaban bruscamente a aquel de ellos que empezaba a cerrar los ojos, a los tres les pareció mentira sentarse en un banco que no se moviese, en una habitación, fuera cual fuera. Desayunaron, como lo permitía la penuria de los tiempos, y sus escasos medios en propoción a las previsibles necesidades de un porvenir incierto, y a su poco apetito. Por la mente de los tres pasó la idea del banquete que, dos días antes, esperaban celebrar; y cada uno lanzó un gran suspiro. Renzo hubiera querido quedarse allí, al menos todo ese día, ver a las mujeres acomodadas, prestarles los primeros servicios; pero el padre había recomendado a éstas que le mandaran seguir al punto su camino. Adujeron, pues, ellas esas órdenes, junto con mil razones más: que la gente murmuraría, que la separación, cuanto más la retrasasen, más dolorosa sería, que pronto podría venir a dar noticias y a recibirlas; hasta

que se decidió a partir. Concertaron, como pudieron, la manera de volver a verse lo antes posible. Lucía no ocultó sus lágrimas; Renzo contuvo a duras penas las suyas, y, apretando muy, muy fuerte la mano de Agnese, dijo con voz ahogada:

—Hasta pronto —y partió.

Las mujeres se habrían visto bien apuradas de no ser por el buen carretero, que tenía orden de guiarlas hasta el convento de los capuchinos, y de ayudarlas en cuanto pudieran necesitar. Se encaminaron, pues, con él al convento; el cual, como todos saben, estaba a pocos pasos de Monza. Llegados ante la puerta, el carretero tiró de la campanilla, mandó llamar al padre guardián; éste acudió al instante, y recibió la carta en el umbral.

—¡Oh!, ¡fray Cristóforo! —dijo, reconociendo la letra. El tono de su voz, y los gestos de su rostro indicaban claramente que pronunciaba el nombre de un gran amigo. Conviene decir además que nuestro buen Cristóforo, en aquella carta, recomendaba a las mujeres con gran calor, y refería su caso con mucho sentimiento, pues el guardián daba de cuando en cuando señales de sorpresa y de indignación; y, alzando los ojos del papel, los clavaba en las mujeres con una expresión de lástima y de interés. Cuando terminó de leer, se quedó un rato pensativo; luego dijo—: No hay sino la señora: si la señora quiere tomar sobre sí este empeño...

Llamando aparte a Agnese, en la plaza que había delante del convento, le hizo algunas preguntas, a las que ella respondió; y, volviendo al lado de Lucía, les dijo a ambas:

—Hijas mías, lo intentaré; y espero poder encontraros un refugio más que seguro, más que honroso, hasta que Dios provea algo mejor. ¿Queréis venir conmigo?

Las mujeres asintieron respetuosamente; y el fraile prosiguió:

—Está bien: ahora mismo os llevo al monasterio de la señora. Pero manteneos alejadas de mí unos pasos, porque a la gente le gusta murmurar; Dios sabe cuántas habladurías habría, si vieran al padre guardián por la calle, con una joven bonita... con mujeres, quiero decir.

Diciendo esto, se les adelantó. Lucía enrojeció; el carretero sonrió, mirando a Agnese, la cual no pudo evitar hacer otro tanto; y los tres echaron a andar, cuando el padre se hubo puesto en camino, siguiéndolo a unos diez pasos. Las mujeres, entonces, le preguntaron al carretero lo que no se habían atrevido a preguntar al padre guardián: quién era la señora.

—La señora —respondió aquél—, es una monja; pero no es una monja como las demás. No es que sea la abadesa, ni la priora; porque incluso,

según dicen, es una de las más jóvenes: pero es de la costilla de Adán; y sus parientes de los tiempos antiguos eran grandes, venidos de España, donde están los que mandan; y por eso la llaman la señora, como para decir que es una gran señora; y todo el pueblo la llama así, porque dicen que en ese monasterio no han tenido nunca a una persona semejante; y sus parientes de ahora, allá en Milán, cuentan mucho, y son de esos que siempre tienen razón; y en Monza más todavía, porque su padre, aunque no vive aquí, es el primero de la villa; de modo que también ella puede ordenar y disponer a su antojo en el monasterio; y también la gente de fuera le tiene un gran respeto; y cuando se empeña en una cosa, siempre se sale con la suya; y por eso, si ese buen religioso consigue poneros en sus manos, y que ella os acepte, os digo que estaréis tan seguras como en el altar.

Al llegar cerca de la puerta de la villa, flanqueada entonces por un antiguo torreón medio derruido, y por un trozo de castillo, también en ruinas, que quizá diez de mis lectores podrán recordar haber visto aún en pie, el guardián se detuvo, y se volvió a mirar si los otros llegaban; luego entró, y se dirigió al monasterio; una vez allí, se detuvo de nuevo en el umbral, esperando a la pequeña comitiva. Rogó al carretero que, al cabo de un par de horas, volviese a buscar la respuesta: éste lo prometió, y se despidió de las mujeres, que lo abrumaron con agradecimientos y recados para el padre Cristóforo. El guardián hizo entrar a la madre y a la hija en el primer patio del monasterio, las introdujo en los aposentos de la demandadera; y marchó él solo a solicitar la gracia. Algún tiempo después, reapareció festivo, para decirles que lo acompañasen; y ya era hora, porque la hija y la madre no sabían cómo hacer para librarse de las apremiantes preguntas de la demandadera. Al cruzar un segundo patio, hizo alguna advertencia a las mujeres, sobre el modo de comportarse con la señora. —Está bien dispuesta hacia vosotras —dijo—, y puede haceros todo el bien que desee. Sed humildes y respetuosas, responded con sinceridad a las preguntas que guste haceros, y cuando no os interrogue, dejadme hablar a mí. —Entraron en una estancia de la planta baja, desde la cual se pasaba al locutorio: antes de poner los pies en ella, el guardián, indicando la puerta, dijo en voz baja a las mujeres:

—Aquí es —como para recordarles todas sus advertencias. Lucía, que nunca había visto un monasterio, cuando estuvo en el locutorio, miró a su alrededor buscando a la señora para hacerle la reverencia, y, al no descubrir a nadie, estaba como hechizada; cuando, viendo al padre y a Agnese dirigirse a un rincón, miró hacia allí, y vio una ventana de forma singular, con dos gruesas y espesas rejas de hierro, distantes entre sí un

palmo; y tras ellas, una monja de pie. Su aspecto, que podía aparentar veinticinco años, producía a primera vista una impresión de belleza abatida, ajada y, casi diría, descompuesta. Un velo negro, suspendido y extendido horizontalmente sobre la cabeza, caía a ambos lados, un tanto separado de la cara; bajo el velo, una blanquísima venda de lino ceñía, hasta la mitad, una frente de distinta, pero no menor blancura; otra venda plisada rodeaba su rostro, y terminaba bajo la barbilla en un cuello, que se extendía algún tanto sobre el pecho cubriendo el escote de un hábito negro. Pero aquella frente se fruncía a menudo, como por una contracción dolorosa; y entonces dos cejas negras se aproximaban, con un rápido movimiento. Los ojos, muy negros también, se clavaban a veces en el rostro de las personas, con inquisitiva soberbia; a veces se bajaban apresuradamente, como buscando un escondite; en ciertos momentos, un observador atento habría argüido que pedían afecto, comprensión, piedad; otras veces habría creído sorprender en ellos la revelación instantánea de un odio inveterado y reprimido, un no sé qué de amenazador y feroz: cuando se quedaban inmóviles y fijos en el vacío, algunos habrían imaginado una displicencia orgullosa, otros habrían podido sospechar la pesadumbre de un pensamiento oculto, de una preocupación familiar al espíritu, y más fuerte en él que los objetos circundantes. Las mejillas palidísimas descendían con un contorno delicado y gracioso, pero alterado y desdibujado por una lenta extenuación. Los labios, aunque apenas coloreados por un rosa desvaído, resaltaban, sin embargo, en aquella palidez: sus movimientos eran, como los de los ojos, repentinos y vivos, llenos de expresión y de misterio. Las proporciones bien formadas de su alta figura desaparecían en cierto abandono de su porte, o aparecían desfiguradas en ciertos ademanes repentinos, irregulares o demasiado resueltos para una mujer, cuanto más para una monja. Incluso en el vestir había aquí y allá algo estudiado o descuidado, que anunciaba una monja singular: el talle estaba ceñido con cierto esmero mundano, y de la venda sobresalía cayendo sobre una sien un mechoncito de pelo negro; cosa que demostraba olvido o desprecio de la regla que prescribía llevarlo siempre rapado, desde que había sido cortado en la ceremonia solemne de la toma de hábito.

Estas cosas pasaban desapercibidas a las dos mujeres, no ejercitadas en distinguir a una monja de otra: y el padre guardián, que no veía a la señora por primera vez, ya estaba acostumbrado, como muchos otros, a aquel no sé qué de extraño, que traslucía de su persona, así como de sus modales.

Estaba ésta, en aquel momento, como hemos dicho, de pie junto a la reja, con una mano apoyada lánguidamente en ella, y los dedos blanquísimos

entrelazados en los huecos; y miraba fijamente a Lucía, que se adelantaba vacilante. —Reverenda madre y señora ilustrísima —dijo el guardián con la cabeza baja y la mano en el pecho—: ésta es esa pobre joven para quien vuestra merced me ha hecho esperar su valiosa protección; y ésta es su madre.

Las dos presentadas hacían profundas reverencias: la señora les indicó con la mano que ya era suficiente, y dijo, volviéndose al padre:

—Es una suerte para mí poder prestar un servicio a nuestros buenos amigos, los padres capuchinos. Pero —continuó—, cuénteme con algo más de detalle el caso de esta joven, para ver mejor lo que se puede hacer por ella.

Lucía enrojeció, y agachó la cabeza.

—Ha de saber, reverenda madre... —empezaba a decir Agnese; pero el guardián le cortó, con una mirada, la palabra en la boca, y respondió—: Esta joven, señora ilustrísima, me ha sido recomendada, como he dicho a vuestra merced, por uno de mis hermanos. Ha debido huir a escondidas de su aldea, para sustraerse a graves peligros; y necesita, por algún tiempo, un asilo donde poder vivir sin ser conocida, y donde nadie ose venir a molestarla, aun cuando...

—¿Qué peligros? —interrumpió la señora—. Padre guardián, le suplico que no me narre el asunto con enigmas. Ya sabe vuestra merced que a nosotras las monjas nos gusta oír las historias por lo menudo.

—Son peligros —respondió el padre guardián— que ante los oídos purísimos de la reverenda madre deben apenas insinuarse ligeramente...

—Oh, ciertamente —se apresuró a decir la monja enrojeciendo algún tanto. ¿Era pudor? Quien hubiese observado una rápida expresión de despecho que acompañaba aquel rubor, hubiera podido dudarlo; y mucho más si hubiera podido compararlo con el que de cuando en cuando se extendía por las mejillas de Lucía.

—Bastará con decir —prosiguió el padre guardián— que un caballero prepotente... no todos los grandes del mundo se sirven de los dones de Dios para su gloria, y en provecho del prójimo, como vuestra señoría ilustrísima: un caballero prepotente, tras haber perseguido cierto tiempo a esta criatura con indignos halagos, viendo que eran inútiles, se atrevió a perseguirla abiertamente con la fuerza, de modo que la pobrecilla se ha visto reducida a huir de su casa.

—Acercaos, muchacha —dijo la señora a Lucía, haciéndole una seña con el dedo—. Sé que el padre guardián es la verdad en persona; pero nadie puede estar informada mejor que vos, en este asunto. A vos os corresponde decirnos si ese caballero era un perseguidor odioso. —En

cuanto a lo de acercarse, Lucía obedeció al instante; pero responder, era otra cosa muy distinta. Una pregunta sobre aquel punto, aun hecha por un igual, la habría confundido no poco: pronunciada por aquella señora, y con cierto aire de duda maligna, le quitó todo valor para responder.

—Señora..., madre..., reverenda... —balbució, y no daba señales de tener más que decir. Aquí Agnese, como quien, después de ella, estaba mejor informada, se creyó autorizada a acudir en su ayuda.

—Ilustrísima señora —dijo—, yo puedo dar testimonio de que esta hija mía aborrecía a ese caballero, como el diablo el agua bendita: el diablo era él, quiero decir; pero vuestra merced me perdonará si hablo mal, porque nosotros somos gente sencilla. El caso es que esta pobre muchacha estaba prometida con un joven de nuestra clase, temeroso de Dios, y bien colocado; y si el señor cura hubiese sido un poco más un hombre como yo entiendo... ya sé que hablo de un religioso, pero el padre Cristóforo, amigo aquí del padre guardián, es religioso lo mismo que él, y es un hombre lleno de caridad, y, si estuviese aquí, podría atestiguar...

—Muy dispuesta estáis a hablar sin que se os pregunte —interrumpió la señora, con un ademán altanero e iracundo, que casi la hizo parecer fea—. Callaos vos: ¡Ya sé que los padres tienen siempre alguna respuesta que dar en nombre de sus hijos!

Agnese, mortificada, lanzó una ojeada a Lucía que quería decir: «mira lo que me pasa, por ser tú tan corta». También el guardián indicaba a la joven, con guiños y meneos de cabeza, que era el momento de espabilar y sacar de apuros a su pobre madre.

—Reverenda señora —dijo Lucía—, lo que le ha dicho mi madre es la pura verdad. El joven con el que hablaba —y aquí se puso como la grana—, yo lo tomaba por mi voluntad. Perdóneme si hablo como una descarada, pero es para que no piense mal de mi madre. Y en cuanto a ese caballero (¡Dios le perdone!), antes querría morir que caer en sus manos. Y si vuestra merced nos hace esta caridad de ponernos en salvo, ya que nos vemos reducidas a pedir cobijo, y a incomodar a las personas de bien; pero hágase la voluntad de Dios; tenga la seguridad, señora, de que nadie rezará por vuestra merced más de corazón que estas pobres mujeres.

—A vos os creo —dijo la señora con voz dulcificada—. Pero me complacerá oíros a solas. No es que precise de más explicaciones, ni de otros motivos, para satisfacer las instancias del padre guardián —añadió al punto, dirigiéndose a él, con una cortesía estudiada—. Es más —continuó—, ya he pensado en ello; y he aquí lo que me parece mejor por ahora. La demandadera de convento ha casado, hace poco días, a su hija

menor. Estas mujeres podrán ocupar la habitación que ella ha dejado libre, y suplirla en los pocos servicios que prestaba. Realmente... —y aquí indicó al guardián que se acercase a la reja, y prosiguió en voz baja—, realmente, teniendo en cuenta la escasez de las añadas, no pensábamos sustituir a esa joven con nadie; pero hablaré yo con la madre abadesa, y una palabra mía... y por un ruego del padre guardián... En suma, doy la cosa por hecha.

El guardián empezaba a dar las gracias, mas la señora lo interrumpió:

—Están de más los cumplidos: también yo, llegado el caso, en una necesidad, sabría hacerme acreedora de la ayuda de los padres capuchinos. A fin de cuentas —continuó con una sonrisa en la que se traslucía no sé qué de irónico y amargo—, al fin y al cabo, ¿no somos hermanos y hermanas?

Dicho esto, llamó a una lega (dos de éstas le habían sido asignadas, por una distinción especial, para su servicio particular), y le ordenó que advirtiera a la madre abadesa, y tomase luego los acuerdos oportunos con la demandadera y con Agnese. Licenció a ésta, se despidió del guardián, y retuvo a Lucía. El guardián acompañó a Agnese hasta la puerta, dándole nuevas instrucciones, y se marchó a escribir la carta con sus informe para el amigo Cristóforo. «¡Curiosa cabecita la de esa señora!», iba pensando para sí por el camino, «¡Curiosa en verdad! Pero si se la sabe tratar, se consigue de ella lo que se quiera. Mi Cristóforo no se esperará ciertamente que yo lo haya servido tan pronto y tan bien. ¡Ese bendito hombre!; no tiene remedio: siempre ha de tomar sobre sí algún empeño; pero lo hace en pro del bien. Por suerte para él, esta vez ha encontrado un amigo que, sin tanto alboroto, sin tanto aparato, sin tantas complicaciones, ha llevado el asunto a buen puerto en un decir Jesús. Estará contento el buen Cristóforo, y verá que, también nosotros aquí, valemos para algo.» La señora, que en presencia de un provecto capuchino había estudiado sus gestos y sus palabras, al quedarse a solas con una joven campesina inexperta, ya no ponía tanto cuidado en contenerse; y su conversación se fue volviendo poco a poco tan extraña, que, en vez de referirla, creemos más oportuno relatar brevemente la historia anterior de esta desdichada; es decir, cuanto baste para explicar lo insólito y lo misterioso que hemos visto en ella, y para hacer comprender los motivos de su conducta, en lo que sucedió después.

Era ésta la hija menor del príncipe * * *, gran caballero milanés, que podía contarse entre los más acaudalados de la ciudad. Pero la elevada opinión que de su título tenía le hacía parecer su patrimonio apenas suficiente, e incluso escaso, para sostener su decoro; y toda su preocupación consistía

en conservarlo, al menos tal como era, unido a perpetuidad, en lo que de él dependiese. Cuántos hijos tenía, la historia no lo dice expresamente; da sólo a entender que había destinado al claustro a todos los segundones de uno y otro sexo, para legar intacto el patrimonio al primogénito, destinado a conservar el linaje, es decir, a procrear hijos, para atormentarse y atormentarlos de la misma manera. Nuestra desdichada se hallaba aún oculta en el vientre de su madre, y ya su condición estaba irrevocablemente decidida. Quedaba sólo por determinar si sería un monje o una monja; decisión para la que se requería, no su consentimiento, sino su presencia. Cuando vino a la luz, el príncipe su padre, queriendo darle un nombre que despertase de inmediato la idea del claustro, y que hubiera sido llevado por una santa de alta cuna, la llamó Gertrude. Muñecas vestidas de monja fueron los primeros juguetes que pusieron en sus manos; después, estampas con imágenes de monjas; y aquellos regalos iban siempre acompañados por grandes recomendaciones de tenerlos en mucha estima, como algo precioso, y por un interrogar afirmativo:

—¿Qué bonito, ¿verdad? —Cuando el príncipe, o la princesa, o el principito, que era el único varón educado en casa, querían elogiar el hermoso aspecto de la chiquilla, parecían no hallar otro modo de expresar bien su idea, a no ser con la frase:

—¡Qué madre abadesa! —Nadie, sin embargo, le dijo nunca directamente: Has de meterte monja. Era una idea sobreentendida y tocada incidentalmente, en toda conversación que se refiriese a su destino futuro. Si alguna vez Gertrudita incurría en alguna actitud un poco arrogante o imperiosa, a lo cual su índole la llevaba con gran facilidad:

—Eres una chiquilla —le decían—: Esos modales no te cuadran. Cuando seas madre abadesa, mandarás a la baqueta, harás mangas y capirotes. —Alguna otra vez el príncipe, reprendiendo ciertas actitudes demasiado libres y familiares, en las que incurría con igual facilidad:

—¡Eh!, ¡eh! —le decía—, ésos no son modales para alguien de tu rango: si quieres que un día te guarden el respeto que mereces, aprende desde ahora a dominarte: recuerda que debes ser en todo, la primera del monasterio; porque la sangre se lleva donde quiera que se va.

Todas las palabras de este género grababan en el cerebro de la chiquilla la idea de que ella debía ser monja; pero las que salían de la boca de su padre surtían más efecto que todas las demás juntas. El porte del príncipe era generalmente el de un amo severo; mas cuando se trataba del futuro estado de sus hijos, su rostro y cada palabra suya emanaban una inmovilidad de resolución, un celoso puntillo de autoridad, que imprimían la sensación de una necesidad fatal.

A los seis años, Gertrude fue colocada, para su educación y más aún para encauzarla hacia la vocación impuesta, en el monasterio donde la hemos visto; y la elección del lugar no fue casual. El buen carretero había dicho a las dos mujeres que el padre de la señora era el primero en Monza: y juntando este testimonio ocasional con algunas otras indicaciones que el anónimo se deja escapar aquí y allá, nosotros podríamos incluso asegurar que era el feudatario de aquel territorio. Sea como fuere, gozaba en él de grandísima autoridad; y pensó que allí, mejor que en ningún otro sitio, su hija sería tratada con las distinciones y las delicadezas que más pudiesen inclinarla a elegir aquel monasterio como morada perpetua. Y no se engañaba: la abadesa y algunas monjas trafagonas, que tenían, como suele decirse, la sartén por el mango, exultaron al verse ofrecer la prenda de una protección tan útil en cualquier circunstancia, tan honrosa en todo momento; aceptaron la propuesta con expresiones de gratitud, nada exageradas, aun siendo extremas; y correspondieron plenamente a las intenciones que el príncipe había dejado traslucir sobre la colocación permanente de su hija: intenciones que tan bien concordaban con las suyas. Gertrude, apenas entró en el monasterio, fue llamada por antonomasia *la señorita*; lugar distinguido en la mesa, en el dormitorio; su conducta propuesta a las otras como ejemplar; regalos y caricias sin fin, sazonados con esa familiaridad un poco respetuosa, que tanto halaga a los niños, cuando la hallan en aquellos a quienes ven tratar a otros niños con una actitud habitual de superioridad. No es que todas las monjas estuviesen conjuradas para hacer caer en la trampa a la pobrecilla: había muchas sin malicia y ajenas a toda intriga, a las cuales la idea de sacrificar a una hija por miras interesadas les hubiera causado repugnancia; mas éstas, enfrascadas en sus ocupaciones particulares, en parte no se percataban de todos aquellos manejos, en parte no distinguían cuanto había en ello de malo, en parte se abstenían de indagar, en parte se callaban, para no dar escándalos inútiles. Alguna también, recordando haber sido conducida, con artes semejantes, a algo que más tarde había lamentado, sentía compasión por la pobrecita inocente, y se desahogaba haciéndole caricias tiernas y melancólicas: pero ella estaba muy lejos de sospechar que debajo hubiera algún misterio, y el asunto seguía adelante. Quizá hubiera seguido así hasta el final, si Gertrude hubiese sido la única muchacha en aquel monasterio. Pero, entre sus condiscípulas, había algunas que se sabían destinadas al matrimonio. Gertrudita, amamantada en la idea de su superioridad, hablaba magníficamente de su futuro destino de abadesa, de princesa del monasterio, quería a toda costa ser para los demás un objeto de envidia; y veía con asombro y despecho, que algunas

de ellas no la sentían en absoluto. A las imágenes majestuosas, pero circunscritas y frías, que puede proporcionar la primacía en un monasterio, contraponían aquéllas las imágenes variadas y brillantes, de bodas, banquetes, conversaciones, festines, como entonces se llamaban, de residencias campestres, de vestidos, de carrozas. Estas imágenes provocaron en el cerebro de Gertrude ese movimiento, ese hormigueo que produciría un gran cesto de flores recién cortadas ante una colmena. Los padres y las educadoras habían cultivado y acrecentado en ella su vanidad natural, para hacerle agradable el claustro; pero cuando esa pasión fue excitada por ideas mucho más afines, se lanzó sobre éstas con un ardor mucho más vivo y espontáneo. Para no quedar por debajo de sus compañeras, y para secundar al mismo tiempo su nuevo talante, respondía que, después de todo, nadie podía ponerle el velo en la cabeza sin su consentimiento, que también ella podía casarse, vivir en un palacio, disfrutar del mundo, y mejor que todas ellas; que podría, con sólo quererlo, que lo querría, que lo quería; y lo quería en efecto. La idea de la necesidad de su consentimiento, idea que, hasta aquel momento, había estado como inadvertida y agazapada en un rincón de su mente, se desarrolló entonces, y se manifestó, con toda su importancia. Ella la llamaba a cada momento en su ayuda, para disfrutar con mayor tranquilidad de las imágenes de un grato porvenir. Pero tras esta idea, aparecía infaliblemente siempre otra: que ese consentimiento había de negárselo al príncipe su padre, el cual lo tenía ya, o mostraba tenerlo, por dado; y, ante esta idea, el ánimo de la muchacha estaba muy lejos de la seguridad que ostentaban sus palabras. Se comparaba entonces con sus compañeras, las cuales gozaban de muy distinta seguridad, y experimentaba dolorosamente por ellas la envidia que, al principio, había creído inspirarles. Envidiándolas, las odiaba: a veces el odio se expandía en desdenes, en desaires, en palabras mordaces; a veces la semejanza de sus inclinaciones y sus esperanzas lo adormecía, y hacía nacer una intimidad aparente y pasajera. A veces, queriendo, a pesar de todo, disfrutar entre tanto de algo real y presente, se complacía en las preferencias de que era objeto, y hacía sentir a las demás esa superioridad suya; a veces, no pudiendo soportar más la soledad de sus temores y de sus deseos, iba, muy sumisa, en su busca, casi implorando benevolencia, consejos, valor. Entre estas deplorables escaramuzas consigo misma y con los demás, había dejado atrás la puericia, y se adentraba en esa edad tan crítica, en la que parece infiltrarse en el ánimo casi una potencia misteriosa, que realza, adorna, fortalece todas las inclinaciones, todas las ideas, y algunas veces las transforma, o las dirige a un curso imprevisto. Lo que Gertrude, hasta entonces, había

anhelado más claramente en aquellos sueños del porvenir, eran el esplendor externo y la pompa: un no sé qué de muelle y de afectuoso, que en un principio estaba dibujado vagamente y como entre nieblas, empezó entonces a desplegarse y a dominar sus fantasías. Se había hecho, en la parte más recóndita de su mente, algo así como un espléndido retiro: allí se evadía de los objetos presentes, allí acogía a ciertos personajes extrañamente compuestos de confusos recuerdos de su infancia, de lo poco que podía ver del mundo exterior, y de lo que había aprendido de las charlas de sus compañeras; se entretenía con ellos, les hablaba, y respondía en su nombre; daba allí órdenes y recibía agasajos de todo género. De vez en cuando, los pensamientos de la religión venían a turbar aquellas fiestas brillantes y fatigosas. Pero la religión, tal como se la habían enseñado a nuestra pobrecita, y como ella la había recibido, no proscribía el orgullo, antes bien, lo santificaba y lo proponía como un medio para obtener una felicidad terrena. Privada así de su esencia, no era ya religión, sino un fantasma como los otros. En los intervalos en los que este fantasma ocupaba el primer plano, y se agigantaba en la imaginación de Gertrude, la infeliz, abrumada por vagos terrores, y oprimida por una vaga idea de deberes, se figuraba que su repugnancia por el claustro, y la resistencia a las insinuaciones de sus mayores, en la elección de estado, eran una culpa; y se prometía en lo hondo de su corazón expiarla, recluyéndose voluntariamente en el claustro.

Era ley que una joven no pudiera ser aceptada como monja, antes de haber sido examinada por un eclesiástico, llamado el vicario de las monjas, o por algún otro delegado para ello, a fin de tener la certeza de que lo hacía por su libre elección; y este examen no podía tener lugar sino un año después de que ella hubiese expuesto a aquel vicario su deseo, mediante una solicitud por escrito. Las monjas que habían asumido la desdichada tarea de hacer que Gertrude se comprometiese para siempre, con el menor conocimiento posible de lo que hacía, aprovecharon uno de los momentos que hemos dicho para hacerle transcribir y firmar tal súplica. Y con el fin de inducirla más fácilmente a ello, no dejaron de decirle y de repetirle, que a fin de cuentas era una mera formalidad, la cual (y esto era cierto) no podía hacerse efectiva sino acompañada por otros actos posteriores, que dependerían de su voluntad. Con todo, la solicitud quizá no había llegado aún a su destino, cuando Gertrude ya se había arrepentido de haberla firmado. Se arrepentía después de haberse arrepentido, pasando así los días y los meses en una incesante alternativa de sentimientos contrarios. Tuvo largo tiempo oculto a sus compañeras aquel paso, ora por temor a exponer a las contradicciones una buena

resolución, ora por vergüenza de descubrir un desatino. Prevaleció finalmente el deseo de desahogar su ánimo, y de mendigar consejo y valor. Había otra ley, que una joven no podía ser admitida al examen de su vocación, sino tras haber vivido al menos un mes fuera del monasterio donde había sido educada. Ya había transcurrido un año desde que la solicitud había sido enviada; y Gertrude recibió el aviso de que dentro de poco la sacarían del monasterio, y la conducirían a la casa paterna, para pasar allí aquel mes, y cumplir todas las diligencias necesarias a fin de completar la obra que de hecho había sido comenzada. El príncipe y el resto de la familia daban todo por seguro, como si ya hubiese ocurrido; pero la joven tenía muy otras ideas en la cabeza: en vez de dar los pasos siguientes, pensaba en cómo desandar el primero. En tales angustias, se decidió a sincerarse con una de sus compañeras, la más franca, y más dispuesta siempre a dar consejos resueltos. Esta sugirió a Gertrude que informara al padre con una carta de su nueva decisión; ya que carecía de valor suficiente para plantarle en la cara un bonito «no quiero». Y como los consejos gratuitos, en este mundo, son muy raros, la consejera le hizo pagar éste a Gertrude, con un sinfín de mofas sobre su cortedad. La carta fue concordada entre cuatro o cinco confidentes, escrita a escondidas, y remitida por medio de artificios muy bien estudiados. Gertrude vivía con gran ansiedad, esperando una respuesta que nunca llegó. Salvo que, pocos días después, la madre abadesa la mandó llamar a su celda, y, con una actitud de misterio, de disgusto y de compasión, aludió vagamente a una gran cólera del príncipe, y a una culpa que ella debía de haber cometido, aunque dándole a entender que, si se portaba bien, podía esperar que todo se olvidaría. La jovencita comprendió, y no osó preguntar nada más.

Llegó finalmente el día tan temido y ansiado. Aunque Gertrude sabía que iba a un combate, no obstante, el salir del monasterio, el dejar aquellos muros donde había permanecido ocho años encerrada, el correr en carroza por el campo abierto, el ver de nuevo la ciudad, la casa, fueron sensaciones llenas de una alegría tumultuosa. En cuanto al combate, la pobrecilla, bajo la dirección de aquellas confidentes, ya había tomado sus medidas, y trazado, como ahora se diría, su plan. «O bien querrán forzarme», pensaba, «y yo estaré firme; seré humilde, respetuosa, pero no cederé: tan sólo se trata de no decir otro sí; y no lo diré. O bien me cogerán por las buenas; y yo seré más buena que ellos; lloraré, suplicaré, los conmoveré: después de todo, no pretendo sino no ser sacrificada». Mas, como sucede a menudo con semejantes previsiones, no ocurrió ni una cosa ni otra. Los días pasaban sin que ni su padre ni los demás le

hablasen de la solicitud, ni de la retractación, sin que le hiciesen proposición alguna, ni con halagos, ni con amenazas. Los padres estaban serios, tristes, ásperos con ella, sin decir nunca el porqué. Se veía solamente que la miraban como a una culpable, como a una indigna: un anatema misterioso parecía pesar sobre ella, y segregaría de la familia, dejándola unida únicamente lo suficiente como para hacerle sentir su dependencia. Rara vez, y sólo a horas establecidas, se la admitía en la compañía de sus padres y del primogénito. Entre ellos tres parecía reinar una gran confianza, que hacía más evidente y más doloroso el abandono en que era dejada Gertrude. Nadie le dirigía la palabra; y cuando ella aventuraba tímidamente alguna frase que no fuese para algo necesario, o caía en el vacío, o se le respondía con una mirada distraída, o despectiva, o severa. Y si, no pudiendo soportar más una discriminación tan amarga y humillante, insistía y trataba de tomarse confianzas; si imploraba un poco de cariño, al instante oía tocar, de manera indirecta pero clara, aquella cuerda de la elección de su estado; se le hacía sentir encubiertamente que había un medio para recuperar el afecto de la familia. Entonces Gertrude, que no lo hubiera querido a aquel precio, se veía obligada a retroceder, a rechazar casi las primeras muestras de benevolencia que tanto había deseado, a retornar ella misma a su puesto de excomulgada; y además, permanecía en él con cierta apariencia de culpabilidad.

Tales sensaciones de objetos presentes producían un doloroso contraste con las risueñas visiones que Gertrude tanto había alimentado, y alimentaba aún, en el secreto de su mente. Había esperado que, en la espléndida y concurrida casa paterna, habría podido gozar al menos de algún destello real de las cosas imaginadas; mas se vio totalmente defraudada. La clausura era estricta y completa, como en el convento; de salir de paseo no se hablaba ni siquiera; y un pequeño coro que en la casa daba a una iglesia contigua, eliminaba incluso la única necesidad que hubiera habido de salir. La compañía era más gris, más escasa, menos variada que en el monasterio. Al anunciarse una visita, Gertrude debía subir al último piso, para encerrarse allí con algunas viejas criadas: y allí comía también, cuando había invitados. Los sirvientes se adecuaban, en los modos y en las palabras, al ejemplo y las intenciones de sus amos: y Gertrude, que por su propia inclinación, habría querido tratarlos con familiaridad señorial, y que, en el estado en que se encontraba, hubiera agradecido que le dieran alguna muestra de afecto, como a una igual, e incluso se rebajaba a mendigarla, quedaba luego humillada, y cada vez más afligida al verse correspondida con un desinterés manifiesto, aunque acompañado por un leve homenaje de pura formalidad. Sin embargo, pudo

advertir que un paje, muy distinto de los demás, le mostraba un respeto, y sentía por ella una compasión de una especie particular. La actitud de aquel mozalbete era lo que Gertrude había visto hasta entonces más parecido al orden de cosas contemplado en su imaginación, al comportamiento de aquellas criaturas ideales suyas. Poco a poco se advirtió un no sé qué de nuevo en los modales de la jovencita: una tranquilidad y una inquietud distintas de las acostumbradas, el comportamiento de quien ha encontrado algo que le interesa, que quisiera mirar a cada momento, y no dejar ver a los demás. Se la tuvo más vigilada que nunca: y una mañana fue sorprendida por una de aquellas criadas, mientras doblaba a escondidas un papel en el que más le hubiera valido no escribir nada. Tras un breve forcejeo, el pliego quedó en manos de la camarera, y de éstas pasó a las manos del príncipe. El terror de Gertrude, al ruido de los pasos de éste, no puede describirse ni imaginarse: era el padre que era, estaba irritado, y ella se sentía culpable. Pero cuando lo vio aparcer con aquel ceño, con aquel pliego en la mano, hubiera querido, no ya estar en un convento, sino cien codos bajo tierra. Las palabras no fueron muchas, pero sí terribles: el castigo intimado enseguida no fue sino permanecer recluida en aquella habitación, bajo la vigilancia de la mujer que la había sorprendido; pero esto no era más que el principio, un recurso momentáneo; se prometía, se dejaba flotar en el aire, otro castigo oscuro, indeterminado, y por tanto más espantoso.

El paje fue despedido en el acto, como era natural; y también a él se le amenazó con algo terrible, si, en cualquier momento, osaba decir una palabra de lo ocurrido. Al pronunciar esta intimación, el príncipe le asestó dos solemnes bofetadas, para asociar en su mente aquella aventura con un recuerdo que quitase al granuja toda tentación de jactarse. Un pretexto cualquiera, para cohonestar el despido de un paje, no era difícil de encontrar; en cuanto a la hija, se dijo que estaba indispuesta.

Quedóse ésta, pues, con la zozobra, con la vergüenza, con el remordimiento, con el terror del porvenir, y con la única compañía de aquella mujer a la que odiaba como testigo de su culpa, y causa de su desgracia. Esta a su vez odiaba a Gertrude, por culpa de la cual se veía obligada, sin saber por cuánto tiempo, a la aburrida vida de carcelera, y convertida para siempre en depositaria de un secreto peligroso.

El primer confuso tumulto de aquellos sentimientos se calmó poco a poco; pero volviendo luego uno a uno a su ánimo, se agrandaban en él, y allí se detenían para atormentarlo más claramente y con mayor comodidad. ¿Qué podía ser aquel castigo amenazado de modo enigmático? Muchos, variados y extraños, asomaban a la fantasía ardiente e inexperta de

Gertrude. El que parecía más probable, era el de ser devuelta al monasterio de Monza, reaparecer en él, no ya como la señorita, sino bajo el aspecto de culpable, ¡y permanecer encerrada allí, quién sabe hasta cuándo!, ¡quién sabe con qué trato! Lo que semejantes imaginaciones, todas llenas de dolores, tenían quizá de más doloroso para ella, era la aprensión de la vergüenza. Las frases, las palabras, las comas de aquel malhadado pliego, pasaban una y otra vez por su memoria: las imaginaba observadas, sopesadas por un lector tan imprevisto, tan distinto de aquel a quien iban destinadas..., se figuraba que habrían podido caer también bajo los ojos de su madre o de su hermano y quién sabe de cuántos otros: y, comparado con eso, todo lo demás le parecía cosa de nada. La imagen de aquel que había sido el origen de todo el escándalo, no dejaba de acudir a menudo también para turbar a la pobre reclusa: y pensad qué extraña aparición debía hacer aquel fantasma, entre los otros tan distintos de él, serios, fríos, amenazadores. Pero, precisamente porque no podía separarlo de ellos, ni volver un momento a aquellas fugitivas complacencias, sin que enseguida asomasen los dolores presentes que eran su consecuencia, empezó poco a poco a volver a ella más de tarde en tarde, a rechazar su recuerdo, a desaficionarse. Y tampoco se detenía tanto tiempo, ni con tanto deleite en aquellas alegres y brillantes fantasías de antaño: eran demasiado opuestas a las circunstancias reales, a cualquier probabilidad de futuro. El único castillo donde Gertrude podía imaginar un refugio tranquilo y honorable, y que no fuese de arena, era el monasterio, si se decidía a entrar en él para siempre. Tal determinación (no podía dudarlo) lo arreglaría todo, saldaría todas las deudas, y cambiaría en un santiamén su situación. Contra este propósito se sublevaban, es cierto, los pensamientos de toda su vida: pero los tiempos habían cambiado; y, en el abismo en que Gertrude había caído, y en comparación con lo que podía temer en ciertos momentos, la condición de monja adulada, agasajada, obedecida, le parecía una golosina. Dos sentimientos de muy distinta índole contribuían también a ratos a atenuar su antigua aversión: a veces el remordimiento por su yerro, y un ilusorio enternecimiento de devoción; otras veces el orgullo amargado e irritado por los modales de la carcelera, la cual (a menudo, a decir verdad, provocada por ella) se vengaba, ora amedrentándola con aquel amenazado castigo, ora avergonzándola con su falta. Cuando luego quería mostrarse benigna, adoptaba un tono de protección, más odioso aún que el insulto. En estas diferentes ocasiones, el deseo que Gertrude sentía de salir de sus garras, y de reaparecer ante ella en un estado por encima de su cólera y de su compasión, este deseo habitual se hacía tan vivo y

punzante, que hacía parecer amable cualquier cosa que pudiese conducir a satisfacerlo.

Al cabo de cuatro o cinco largos días de prisión, una mañana, Gertrude, hastiada y envenenada en exceso, por uno de aquellos desaires de su guardiana, fue a acurrucarse en un rincón del cuarto, y allí, con la cara escondida entre las manos, permaneció algún tiempo devorando su rabia. Sintió entonces una necesidad imperiosa de ver otros rostros, de oír otras palabras, de ser tratada de otro modo. Pensó en su padre, en la familia: el pensamiento retrocedió espantado. Pero se le ocurrió que de ella dependía hacérselos amigos; y experimentó una alegría repentina. Tras ésta, una confusión y un arrepentimiento extraordinarios por su yerro, y un deseo parejo de expiarlo. No es que su voluntad se detuviese en aquel propósito, pero nunca había entrado en ella con tanto ardor. Se levantó de allí, fue hasta una mesita, cogió de nuevo aquella pluma fatídica, y escribió a su padre una carta llena de entusiasmo y de abatimiento, de aflicción y de esperanza, implorando perdón, y mostrándose indeterminadamente dispuesta a todo lo que pudiese complacer a quien debía concedérselo.

CAPÍTULO X

HAY momentos en los que el ánimo, especialmente el de los jóvenes, está dispuesto de tal modo, que un poco de insistencia es suficiente para obtener de ellos cualquier cosa que tenga una apariencia de bien y de sacrificio: como una flor apenas despuntada se abandona blandamente sobre su frágil tallo, pronta a conceder su fragancia a la primera brisa que la acaricie. Estos momentos que los demás deberían admirar con tímido respeto, son precisamente aquellos que la astucia interesada acecha atentamente y coge al vuelo, para encadenar una voluntad desprevenida. Al leer aquella carta, el príncipe *** vio inmediatamente un resquicio abierto para sus antiguas y constantes miras. Mandó decir a Gertrude que fuese a verlo; y durante la espera, se aprestó a golpear el hierro mientras estaba candente. Gertrude apareció y, sin alzar los ojos al rostro de su padre, se arrojó de rodillas ante él, y apenas tuvo aliento para decir:

—¡Perdón!—. Él le indicó que se levantase; pero, con una voz poco apta para dar ánimos, le respondió que el perdón no bastaba con desearlo y pedirlo; que era demasiado cómodo y natural para cualquiera que hubiese sido cogido en falta, y temiera el castigo; que, en suma, era preciso merecerlo. Gertrude preguntó sumisamente y temblando, qué debía hacer. El príncipe (nuestro corazón no se siente capaz de darle en este momento el nombre de padre) no contestó directamente, sino que empezó a hablar

por extenso de la falta de Gertrude: y aquellas palabras escocían en el ánimo de la pobrecilla, como el roce de una mano áspera sobre una herida. Continuó diciendo que aun cuando... en el caso de que..., hubiera tenido antes alguna intención de darle estado en el siglo, ella misma había alzado ahora un obstáculo insuperable; ya que un hombre de honor, como él era, nunca habría tenido ánimo para regalarle a un caballero una señorita que tales muestras había dado de sí. La mísera oyente estaba anonadada: entonces el padre, dulcificando por grados la voz y las palabras, siguió diciendo que para toda falta había, empero, remedio y misericordia; que la suya era de aquellas en las que el remedio está más claramente indicado: que debía ver en aquel triste incidente, un aviso de que la vida del siglo estaba demasiado llena de peligros para ella...

—¡Ah, sí! —exclamó Gertrude, sobrecogida por el temor, preparada por la vergüenza, y movida en aquel momento por una ternura instantánea.

—¡Ah!, ¡también vos lo comprendéis! —prosiguió al punto el príncipe—. Pues bien, no se hable más del pasado: todo está borrado. Habéis tomado el único partido honorable, conveniente, que os quedaba; pero, ya que lo habéis tomado de buen grado, y con buenos modos, a mí me toca hacéroslo resultar grato en todo y por todo: a mí me toca hacer recaer sobre vos todo su provecho y todo su mérito. Yo me cuido de ello. —Dicho esto, agitó una campanilla que había sobre la mesita, y al criado que entró, le dijo—: La princesa y el príncipe, presto. —Y acto seguido a Gertrude—: Quiero hacerlos partícipes al instante de mi contento; quiero que todos empiecen al instante a trataros como os corresponde. Habéis experimentado en parte al padre severo; pero de ahora en adelante probaréis por entero al padre amoroso.

Ante estas palabras, Gertrude estaba como alelada. Ora pensaba cómo aquel sí que se le había escapado, había podido significar tanto, ora buscaba si había alguna manera de retractarse, de restringir su sentido; mas la persuasión del padre parecía tan total, su alegría tan vidriosa, su benignidad tan condicionada, que Gertrude no osó pronunciar una sola palabra que pudiese turbarlas lo más mínimo.

Pocos momentos después llegaron los dos convocados, y al ver allí a Gertrude, la miraron a la cara, infiertos y asombrados. Pero el príncipe, con un porte alegre y cariñoso, que les prescribía otro similar:

—He aquí —dijo— a la oveja descarriada: y que ésta sea la última palabra que evoque tristes memorias. He aquí el consuelo de la familia. Gertrude ya no necesita consejos; lo que nosotros deseábamos por su bien, lo ha querido ella espontáneamente. Está decidida, me ha dado a entender que está decidida... —en este punto, alzó ella hacia el padre una mirada entre

aterrada y suplicante, como para pedirle que no siguiese, mas él continuó resueltamente—: que está decidida a tomar el velo.

—¡Bien! ¡Muy bien! —exclamaron a una la madre y el hijo, y uno tras otro abrazaron a Gertrude; la cual recibió estos agasajos con lágrimas, que fueron interpretadas como lágrimas de consuelo. Entonces el príncipe se explayó explicando lo que haría para que resultase feliz y espléndida la suerte de su hija. Habló de las distinciones de que gozaría en el monasterio y en el pueblo; que allí sería como una princesa, como la representante de la familia; que, en cuanto la edad lo permitiese, sería ascendida a la suprema dignidad; y, entre tanto, sólo estaría sujeta nominalmente. La princesa y el principito renovaban, a cada momento, las felicitaciones y los aplausos: Gertrude estaba como poseída por un sueño.

—Convendrá luego fijar el día para ir a Monza a hacer la petición a la abadesa —dijo el príncipe—. ¡Qué contenta se pondrá! Os aseguro que todo el monasterio sabrá valorar el honor que les hace Gertrude. Es más... ¿Por qué no vamos hoy? Gertrude tomará de buena gana un poco de aire.

—Vamos, pues —dijo la princesa.

—Voy a dar las órdenes —dijo el principito.

—Pero... —profirió quedamente Gertrude.

—Despacio, despacio —prosiguió el padre—: dejémosla decidir a ella: puede que hoy no se sienta bastante dispuesta, y que prefiera esperar hasta mañana. Decid: ¿queréis que vayamos hoy o mañana?

—Mañana —respondió con voz débil Gertrude, a la cual aún le parecía hacer algo, ganando un poco de tiempo.

—Mañana —dijo solemnemente el príncipe—: ha decidido que se vaya mañana. Yo, entre tanto, iré a ver al vicario de las monjas para fijar el día del examen.

Dicho y hecho, el príncipe salió, y fue realmente (lo que no era una pequeña concesión) a casa de dicho vicario; y acordaron que iría de allí a dos días.

En todo el resto de aquella jornada, Gertrude no tuvo un minuto de paz. Hubiera querido hacer reposar su ánimo de tantas emociones, dejar, por así decirlo, que sus ideas se aclararan, rendirse cuentas a sí misma de lo que había hecho, de lo que le quedaba por hacer, saber lo que quería, detener por un momento aquella máquina, que, apenas puesta en marcha, se movía tan precipitadamente; mas no hubo manera. Las ocupaciones se sucedían sin interrupción, se ensamblaban unas con otras; inmediatamente después de marcharse el príncipe, fue conducida al tocador de la princesa, para ser allí, bajo su dirección, peinada y vestida por su propia camarera. No habían terminado aún de dar los últimos

toques, cuando se les anunció que la mesa estaba servida. Gertrude pasó entre las reverencias de la servidumbre, que mostraba congratularse por su curación, y encontró a algunos parientes más cercanos, que habían sido invitados a toda prisa, para honrarla y alegrarse con ella de los dos felices sucesos, la salud recuperada y la manifestada vocación.

La novia (así se llamaba a las jóvenes postulantas, y Gertrude, al aparecer, fue saludada por todos con ese nombre), la novia tuvo mucho que hacer y que decir para responder a los cumplidos que le llovían de todas partes. Sentía que cada una de sus respuestas era como una aceptación y una confirmación; pero, ¿cómo responder de otro modo? Poco después de levantarse de la mesa, llegó la hora del paseo. Gertrude entró en la carroza con su madre, y con dos tíos suyos que habían asistido a la comida. Tras el recorrido habitual, salieron a la calle Marina, que entonces atravesaba el espacio ocupado ahora por los jardines públicos, y era el lugar donde los señores acudían en carroza a reposarse de las fatigas de la jornada. También los tíos hablaron con Gertrude, tal como lo exigían las conveniencias en un día semejante: y uno de ellos, que parecía conocer mejor que el otro a cada persona, cada carroza, cada librea, y a cada momento tenía algo que decir del señor tal y de la señora cual, se volvió a ella de pronto, y le dijo:

—¡Ah picaruela! Vos le dais un puntapié a todas estas fruslerías; sois una lagartona; a los pobres mundanos nos dejáis en el atolladero, os retiráis a llevar una vida beata, y vais al paraíso en carroza.

Al anochecer regresaron a casa; y los sirvientes, bajando a toda prisa con las antorchas, advirtieron que había muchas visitas esperando. Había corrido la voz; y los parientes y amigos venían a cumplir con su deber. Entraron en el salón de recepciones. La novia fue el ídolo, el juguete, la víctima. Todos la querían para sí: uno le hacía prometer dulces, otro prometía visitas, alguno hablaba de la madre tal, pariente suya, otro de la madre cual, su conocida, alguno alababa el cielo de Monza, otro discurseaba con gran colorido sobre el gran papel que ella haría allí. Otros, que aún no habían podido acercarse a Gertrude, tan asediada, acechaban la ocasión de aproximarse, y sentían cierto remordimiento, hasta que no hubiesen cumplido con su deber. Poco a poco la reunión fue dispersándose; todos partieron sin remordimientos, y Gertrude se quedó sola con sus padres y su hermano.

—Por fin —dijo el príncipe—, he tenido la satisfacción de ver a mi hija tratada como le corresponde. Pero hay que confesar que también ella se ha comportado muy bien, y ha hecho ver que no tendrá embarazo en ser la primera figura y sostener el decoro de la familia.

Cenaron aprisa, para retirarse en seguida, y estar dispuestos de mañana al día siguiente.

Gertrude contristada, despechada, y, al mismo tiempo, un poco envanecida por todos aquellos agasajos, se acordó en ese momento de lo que había sufrido con su carcelera; y, viendo a su padre tan bien dispuesto a complacerla en todo, salvo en una cosa, quiso aprovechar el auge en que se hallaba, para dar desahogo al menos a una de las pasiones que la atormentaban. Mostró, pues, una gran repugnancia de encontrarse con ella, lamentándose mucho de sus modales.

—¡Cómo! —dijo el príncipe—: ¡Os ha faltado al respeto esa mujer! Mañana, mañana le daré su merecido. Dejadlo de mi cuenta; ya le haré ver quién es ella, y quién sois vos. Y, de cualquier forma, una hija de la que estoy contento, no ha de ver a su alrededor a una persona que le desagrada. —Diciendo esto, mandó llamar a otra mujer, y le ordenó que sirviera a Gertrude; la cual entretanto, mascando y saboreando la satisfacción que había recibido, se sorprendía de hallar en ella tan poco jugo, en comparación con el deseo que había tenido. Lo que, aun a su pesar, se enseñoreaba de su ánimo, era la sensación de los grandes progresos que había hecho, aquel día, en el camino del claustro, la idea de que, para volverse ahora atrás, se precisaban mucha más fuerza y resolución de las que habrían hecho falta unos días antes, y que sin embargo no había sabido tener.

La mujer que fue a acompañarla a su habitación, era una vieja criada de la casa, aya, en tiempos, del principito, que le había sido confiado recién salido de los pañales, a quien había criado hasta la adolescencia, y en quien había puesto todas sus complacencias, sus esperanzas, su gloria. Se sentía ésta dichosa por la decisión tomada aquel día, como si de su propia fortuna se tratase: y Gertrude, como última diversión, hubo de tragarse las felicitaciones, las alabanzas, los consejos de la vieja, y oír hablar de ciertas tías y tías abuelas suyas, que habían estado muy contentas de ser monjas, porque, perteneciendo a aquella casa, habían gozado siempre de los más altos honores, siempre habían sabido tener una patita fuera, y, desde su locutorio, habían conseguido cosas que las más grandes damas, en sus salones, no habían podido lograr. Le habló de las visitas que recibiría: un día, además, el señor principito iría con su esposa, la cual sería sin duda una gran señorona; y entonces, no sólo el monasterio, sino toda la villa, estarían alborotados. La vieja había hablado mientras desvestía a Gertrude, cuando Gertrude estaba en la cama; hablaba aún cuando Gertrude dormía. La juventud y el cansancio habían sido más fuertes que las preocupaciones. El sueño fue afanoso, turbio,

lleno de imágenes penosas, pero fue roto sólo por la voz chillona de la vieja, que vino a despertarla, a fin de que se preparase para ir a Monza.

—Ea, ea, señorita postulanta: ya es de día; y antes de que esté vestida y peinada, pasará por lo menos una hora. La señora princesa se está vistiendo; y la han despertado cuatro horas antes que de costumbre. El señorito príncipe ya ha bajado a las cuadras, luego ha vuelto a subir, y está a la orden para partir cuando sea. Vivaracho como una liebre, ese diablillo: ¡oh!, ha sido así desde niño; bien puedo decirlo yo, que lo he tenido en mis brazos. Pero cuando está preparado, no hay que hacerle esperar, porque, aunque es más bueno que un pan, se impacienta y arma un alboroto. ¡Pobrecito!, hay que comprenderlo: es su natural, y además esta vez tendría también un poco de razón, porque se incomoda por vuestra merced. ¡Ay de quien lo toca en esos momentos! No tiene consideración con nadie, salvo con el señor príncipe. Pero, a fin de cuentas, no tiene por encima de él más que al príncipe, y un día el señor príncipe lo será él; aunque, ojalá sea lo más tarde posible. ¡Aprisa, aprisa, señorita! ¿Por qué me mira como hechizada? A estas horas debería estar ya fuera del nido.

Ante la imagen del principito impaciente, todos los demás pensamientos que se habían agolpado en la mente recién despierta de Gertrude, se dispersaron en el acto como una bandada de gorriones a la vista del milano. Obedeció, se vistió aprisa, se dejó peinar, y se presentó en la sala, donde sus padres y su hermano estaban reunidos. La hicieron sentarse en una silla de brazos, y le trajeron una jícara de chocolate: cosa que, en aquellos tiempos, era como en la época de los romanos vestir la toga viril.

Cuando vinieron a anunciar que la carroza estaba preparada, el príncipe llamó a su hija aparte, y le dijo:

—Ánimo, Gertrude, ayer os habéis honrado: hoy debéis superaros a vos misma. Se trata de hacer una solemne aparición en el monasterio y en el pueblo donde estáis destinada a ser la primera figura. Os esperan... —No hace falta decir que el príncipe había enviado un aviso a la abadesa, el día antes—. Os esperan, y todos los ojos estarán clavados en vos. Dignidad y desenvoltura. La abadesa os preguntará qué deseáis: es una formalidad. Podéis responder que pedís ser admitida a tomar el velo en ese monasterio, donde habéis sido educada tan amorosamente, donde habéis recibido tantas delicadezas: que es la pura verdad. Decid esas pocas palabras con naturalidad: para que no digan que os han enseñado la lección, y que no sabéis hablar por vos misma. Esas buenas madres no saben nada de lo ocurrido: es un secreto que debe quedar enterrado en la familia; y por tanto, no pongáis un rostro contrito e inseguro, que podría

despertar alguna sospecha. Haced ver de qué sangre sois: gentil, modosa; pero recordad que, en ese lugar, fuera de la familia, no habrá nadie por encima de vos.

Sin esperar respuesta, el príncipe echó a andar; Gertrude, la princesa y el principito lo siguieron; bajaron todos las escaleras, y montaron en la carroza. Los inconvenientes, los fastidios del mundo, y la beata vida del claustro, especialmente para las jóvenes de alta cuna, fueron el tema de conversación durante el trayecto. En el último trecho, el padre renovó las instrucciones a su hija, y le repitió varias veces la fórmula de la respuesta. Al entrar en Monza, Gertrude sintió encogérsele el corazón; mas su atención fue distraída durante un instante por no sé qué cumplido. Reanudada la marcha, avanzaron casi al paso hacia el monasterio, entre las miradas de los curiosos, que acudían de todas partes al camino. Cuando la carroza se detuvo ante aquellos muros, ante aquella puerta, a Gertrude se le encogió aún más el corazón. Se apearon entre dos hileras de espectadores, que los servidores mantenían a distancia. Todos aquellos ojos clavados en la pobrecilla, la obligaban a estudiar constantemente su porte: pero, más que todos ellos juntos, la intimidaban los de su padre, a los cuales ella, aunque le infundían tanto miedo, no podía dejar de dirigir los suyos a cada momento. Y aquellos ojos gobernaban sus movimientos y su rostro, como por medio de riendas invisibles. Atravesado el primer patio, entraron en otro, y allí se vio la puerta del claustro interior, abierta de par en par y abarrotada de monjas. En la primera fila, la abadesa rodeada de ancianas; detrás, otras monjas amontonadas, algunas de puntillas; por último, las legas, en pie, sobre unas banquetas. Se veía también aquí y allá relucir a media altura algunos ojillos, asomar alguna carita entre los hábitos: eran las más diestras y las más animosas de las educandas, que, introduciéndose y deslizándose entre monja y monja, habían conseguido abrirse un hueco, para ver también ellas algo. De aquel gentío salían aclamaciones; se veían muchos brazos agitados en señal de saludo y de júbilo. Llegaron a la puerta; Gertrude se encontró cara a cara con la madre abadesa. Tras los primeros cumplidos, ésta, con un tono entre jovial y solemne, le preguntó qué deseaba en aquel lugar, donde no había nadie que le pudiese negar cosa alguna.

—Estoy aquí... —empezó Gertrude; pero en el instante de pronunciar las palabras que debían decidir casi irrevocablemente su destino, vaciló un momento, y permaneció con los ojos fijos en la muchedumbre que tenía ante sí. Vio en ese momento a una de sus compañeras conocidas, que la miraba con un aire de compasión y de malicia a la vez, y parecía decir:

«¡Ah! Ya cayó la valiente.» Aquella visión, despertando con mayor viveza en su ánimo todos sus antiguos sentimientos, le devolvió también un poco de su antiguo valor: y estaba ya buscando una respuesta cualquiera, distinta de la que se le había dictado; cuando, alzando la mirada al rostro de su padre, como para medir sus fuerzas, advirtió en él una inquietud tan sombría, una impaciencia tan amenazadora, que, resuelta, por obra del miedo, con la misma presteza con que hubiera emprendido la huida ante un objeto terrible, prosiguió—: Estoy aquí para solicitar ser admitida a vestir el hábito religioso, en este convento, donde he sido educada tan amorosamente. —La abadesa respondió al punto que sentía mucho, en semejante ocasión, que las reglas no le permitieran darle inmediatamente una respuesta, la cual debería venir de los votos comunes de las hermanas, y ser precedida por la licencia de los superiores. Pero que Gertrude, conociendo los sentimientos que se nutrían por ella en aquel lugar, podía con certeza prever cuál sería esa respuesta; y que mientras tanto ninguna regla prohibía a la abadesa y a las hermanas manifestar el contento que sentían por aquella decisión. Se elevó entonces un confuso estruendo de felicitaciones y vítores. Llegaron al instante grandes azafates repletos de dulces, que fueron ofrecidos, primero a la novia, y luego a los padres. Mientras algunas monjas se disputaban su compañía, y otras felicitaban a la madre, otras al principito, la abadesa hizo rogar al príncipe que se dignase acudir a la reja del locutorio, donde lo esperaba. Estaba acompañada por dos ancianas; y cuando lo vio aparecer—: Señor príncipe —dijo—, para obedecer las reglas..., para cumplir con una formalidad indispensable, si bien en este caso..., no obstante, debo decirle... que, cada vez que una joven pide ser admitida a tomar el velo..., la superiora, cual yo soy indignamente..., está obligada a advertir a sus padres... que si, por ventura... forzasen la voluntad de su hija, incurrirían en excomunión. Me perdonará...

—Perfectamente, muy bien, reverenda madre. Alabo su exactitud: es más que justo... Pero, su reverencia no puede dudar...

—¡Oh!, figúrese, señor príncipe..., he hablado por estricta obligación..., por lo demás...

—Claro, claro, madre abadesa.

Intercambiadas estas pocas palabras, ambos interlocutores se hicieron una mutua reverencia, y se separaron, como si a los dos les pesara permanecer allí, frente a frente; y fueron a reunirse cada cual con su compañía, uno fuera, otro dentro del umbral del claustro. Tras algún tiempo más de conversación:

—Ea, vámonos —dijo el príncipe—, Gertrude pronto podrá disfrutar a sus anchas de la compañía de estas madres. Por ahora ya las hemos incomodado bastante. —Dicho esto, hizo una reverencia; la familia echó a andar tras él; se renovaron los cumplidos, y partieron.

Gertrude, al regreso, no tenía demasiadas ganas de charla. Espantada por el paso que había dado, avergonzada de su cortedad, despechada contra los demás y contra sí misma, echaba tristemente la cuenta de las ocasiones que aún le quedaban de decir que no; y se prometía débil y confusamente a sí misma que, en ésta, o en aquélla, o en la otra, sería más hábil y más fuerte. Con todos estos pensamientos, sin embargo, no se le había disipado aún el terror de aquel ceño de su padre; de modo que, cuando, con una mirada lanzada de reojo, pudo asegurarse de que en su rostro ya no quedaba ningún vestigio de cólera, es más, cuando vio que se mostraba satisfechísimo de ella, le pareció una gran cosa, y se sintió, por un instante, llena de contento.

Apenas llegaron, fue preciso volver a vestirse y a acicalarse; después el almuerzo, después algunas visitas, después el paseo en coche, después la tertulia, después la cena. Al llegar ésta a su fin, el padre sacó a colación otro asunto: la elección de la madrina. Así se llamaba a una dama, la cual, a petición de los padres, se convertía en guarda y escolta de la joven postulanta, durante el tiempo que mediaba entre la petición y la admisión en el monasterio; tiempo que era empleado en visitar las iglesias, los palacios públicos, los salones, las villas, los santuarios: en suma, todas las cosas más notables de la ciudad y sus alrededores, a fin de que las jóvenes, antes de pronunciar unos votos irrevocables, viesen bien qué era lo que mandaban a paseo. —Habrá que pensar en una madrina —dijo el príncipe—, porque mañana vendrá el vicario de las monjas para el trámite del examen, y enseguida después Gertrude será propuesta en capítulo para ser aceptada por las madres. —Al decir esto, se había vuelto hacia la princesa; y ésta, creyendo que era una invitación para que propusiera algo, empezaba—: Podría ser... —pero el príncipe la interrumpió—: No, no, señora princesa: la madrina ha de gustarle ante todo a la novia; y, aunque el uso universal deja la elección a los padres, Gertrude es tan juiciosa, tan sensata, que bien merece que se haga una excepción con ella. —Y aquí, volviéndose a Gertrude, con el tono de quien anuncia una gracia singular, continuó—: Cada una de las damas que se encontraban esta tarde en la tertulia, tiene lo que se requiere para ser madrina de una joven de nuestra casa; no hay ninguna, aseguraría yo, que no se consideraría honrada con la preferencia: elegid vos.

Gertrude veía perfectamente que hacer esa elección era dar un nuevo consentimiento; pero la propuesta estaba hecha con tanto aparato, que una negativa, por humilde que fuese, podía parecer desprecio, o cuando menos capricho y melindre. Dio, pues, también ese paso; y nombró a la dama que aquella tarde le había caído más en gracia; es decir, la que le había hecho más caricias, la que más la había alabado, la que la había tratado con esa familiaridad, afectuosa y solícita, que, en los primeros momentos de conocerse las personas, es el remedo de una antigua amistad. —Óptima elección —dijo el príncipe que deseaba y esperaba precisamente aquélla. Fuese arte o casualidad, había ocurrido como cuando el prestidigitador, haciendo pasar ante vuestros ojos las cartas de una baraja, os dice que penséis en una, y que luego él la adivinará; pero las ha hecho pasar de manera que podáis ver sólo una. Aquella dama había estado tan constantemente alrededor de Gertrude toda la tarde, la había acaparado tanto, que ésta hubiese necesitado un esfuerzo de fantasía para pensar en otra. Por lo demás, tantas deferencias no carecían de motivo: la dama, desde hacía mucho tiempo, había puesto sus ojos en el principito, para convertirlo en su yerno; de modo que miraba las cosas de aquella casa como suyas propias; y era muy natural que se interesase por la querida Gertrude, ni más ni menos que sus parientes más próximos.

Al día siguiente, Gertrude se despertó con la preocupación del examinador que debía llegar; y mientras estaba sopesando si podía aprovechar aquella ocasión tan decisiva para volverse atrás, y de qué modo, el príncipe la mandó llamar. —Ánimo, hija mía —le dijo—, hasta ahora os habéis comportado espléndidamente: hoy se trata de coronar la obra. Todo lo que se ha hecho hasta ahora, se ha hecho con vuestro consentimiento. Si durante este tiempo hubiera nacido en vos alguna duda, algún escrupulillo, caprichos de juventud, hubierais debido manifestarlos; pero en el punto al que han llegado ahora las cosas, ya no es momento para niñerías. Ese hombre de bien que debe venir esta mañana, os hará mil preguntas sobre vuestra vocación: si os metéis monja por vuestra voluntad, y el cómo y el porqué, y qué sé yo. Si titubeáis al responder, os tendrá en ascuas quién sabe cuánto tiempo. Sería un fastidio, un tormento para vos; pero podría nacer de ello también otro inconveniente más serio. Después de todas las manifestaciones públicas que se han hecho, la menor vacilación que en vos se viese, pondría en entredicho mi honor, podría hacer creer que yo he tomado una ligereza vuestra por una decisión firme, que he precipitado las cosas, que he... ¿qué sé yo? En tal caso, me vería obligado a elegir entre dos partidos dolorosos: o dejar que el mundo forme un triste concepto de mi conducta: partido que no se aviene en

modo alguno con lo que me debo a mí mismo. O descubrir el verdadero motivo de vuestra decisión, y... —Pero entonces, viendo que Gertrude se había puesto escarlata, que sus ojos se arrasaban, y su rostro se contraía, como las hojas de una flor, bajo el bochorno que precede a la tormenta, truncó aquella frase y, con aire sereno, prosiguió:

—Ea, ea, todo depende de vos, de vuestro buen juicio. Sé que tenéis mucho, y que no sois una muchacha capaz de estropear al final una cosa bien hecha; pero yo debía prever todos los casos. No se hable más de ello; y quedamos en que responderéis con franqueza, de modo que no nazcan dudas en la cabeza de ese hombre de bien. Así vos también os desembarazaréis más pronto de ello. —Y aquí, después de sugerir algunas respuestas a las preguntas más probables, entró en el tema acostumbrado de las dulzuras y los placeres que esperaban a Gertrude en el monasterio; y la entretuvo con ello, hasta que un criado vino a anunciar al vicario. El príncipe renovó aprisa las advertencias más importantes, y dejó a su hija a solas con él, tal como estaba prescrito.

Aquel buen hombre venía con cierta opinión ya formada de que Gertrude tenía una gran vocación por el claustro: porque así se lo había dicho el príncipe, cuando había ido a invitarlo. Es cierto que el buen sacerdote, sabedor de que la desconfianza era una de las virtudes más necesarias en su oficio, tenía como máxima ir despacio en dar crédito a tales aseguraciones, y estar en guardia contra las ideas preconcebidas; pero muy raramente ocurre que las palabras afirmativas y seguras de una persona de prestigio, en cualquier materia, no tiñan con su color la mente de quien las escucha.

Tras los primeros cumplidos, —Señorita —le dijo—, yo vengo a hacer de abogado del diablo; vengo a poner en duda lo que, en su súplica, vuestra merced ha dado por cierto; vengo a poner ante sus ojos las dificultades, y a averiguar si las ha considerado a fondo. Sírvase permitir que le haga algunas preguntas.

—Diga, pues —respondió Gertrude.

El buen sacerdote empezó entonces a interrogarla, según prescrita por las reglas:

—¿Siente vuestra merced, en su corazón, una libre, espontánea resolución de hacerse monja? ¿No han sido empleadas amenazas, o halagos? ¿No se ha hecho uso de ninguna autoridad para inducirla a ello? Hable sin reparo, y con sinceridad, a un hombre cuyo deber es conocer su verdadera voluntad, para impedir que se la violente en modo alguno.

La verdadera respuesta a semejante pregunta asomó a la mente de Gertrude, con terrible evidencia. Para dar esa respuesta había que llegar a

una explicación, decir con qué había sido amenazada, contar una historia... La infeliz huyó espantada ante aquella idea; buscó apresuradamente otra respuesta; halló tan sólo una que pudiese liberarla pronto y con seguridad de aquel suplicio, la más contraria a la verdad:

—Me hago monja —dijo, libremente, su turbación—, me hago monja por mi gusto, libremente.

—¿Cuánto tiempo hace que nació en vuestra merced esa idea? —siguió preguntando el buen sacerdote.

—Siempre la he tenido —respondió Gertrude, más resuelta, después de haber dado aquel primer paso, a mentir contra sí misma.

—Pero, ¿cuál es el motivo principal que la induce a hacerse monja?

El buen sacerdote no sabía qué terrible cuerda había tocado; y Gertrude hizo un gran esfuerzo sobre sí misma para no dejar traslucir en su rostro el efecto que aquellas palabras producían en su ánimo:

—El motivo —dijo— es servir a Dios, y huir de los peligros el mundo.

—¿No podría ser algún disgusto?, ¿algún... perdóneme... capricho? A veces, una causa momentánea puede originar una impresión que parece que ha de durar siempre; y cuando luego la causa desaparece, y el ánimo se muda, entonces...

—No, no —respondió precipitadamente Gertrude—: la causa es la que he dicho a vuestra merced.

El vicario, más por cumplir plenamente con su obligación que por el convencimiento de que fuese necesario, insistió con las preguntas; pero Gertrude estaba decidida a engañarlo. Además de la repugnancia que le inspiraba la idea de dar a conocer su debilidad a aquel grave y buen sacerdote, que tan lejos parecía de sospechar una cosa semejante en ella, la pobrecilla pensaba también que se podía sin duda impedir que se metiera monja; pero ahí acababa su autoridad sobre ella, y su protección. Partido él, ella se quedaría sola con el príncipe. Y cualquiera que fuese el padecimiento que tuviese que soportar en aquella casa, el buen sacerdote nada sabría, o si lo llegaba a saber, con toda su buena intención, no habría podido hacer otra cosa que sentir compasión por ella, esa compasión tranquila y mesurada que, generalmente, se concede como por cortesía, a quien ha dado motivo o pretexto para el mal que se le hace. El examinador se cansó antes de interrogar que la desventurada de mentir: y, oyendo aquellas respuestas siempre concordes, y no teniendo motivo alguno para dudar de su sinceridad, cambió por fin de lenguaje; se congratuló con ella, le pidió en cierto modo disculpas por haber tardado tanto en cumplir su cometido; añadió las palabras que le parecieron más oportunas para confirmarla en su buen propósito, y se despidió.

Al atravesar los salones para salir, se encontró con el padre, el cual parecía pasar por allí casualmente; y se congratuló también con él por la buena disposición que había hallado en su hija. El príncipe había estado hasta entonces en una incertidumbre muy penosa: ante aquella noticia, respiró, y olvidando su habitual gravedad, fue casi corriendo a ver a Gertrude, la colmó de alabanzas de caricias, de promesas, con un júbilo cordial, con una ternura en gran parte sincera: así está hecho este batiburrillo del corazón humano.

Nosotros no seguiremos a Gertrude en aquel torbellino ininterrumpido de espectáculos y diversiones. Ni describiremos tampoco, con detalle y por orden, los sentimientos de su ánimo durante todo ese tiempo: sería una historia de dolores y de fluctuaciones, demasiado monótona, y demasiado semejante a las cosas ya dichas. Lo ameno de los lugares, la variedad de los espectáculos, la distracción que, pese a todo, experimentaba al correr de aquí para allá al aire libre, le hacían más odiosa la idea del lugar donde al final se apearía por última vez, para siempre. Más punzantes eran aún las impresiones que recibía durante las tertulias y en las fiestas. La visión de las novias a quienes se daba ese nombre en su sentido más obvio y usual, le causaba una envidia, un reconcomio intolerable; y a veces el aspecto de algún otro personaje la hacía creer que en oírse llamar así debía de hallarse el colmo de toda felicidad. A veces la pompa de los palacios, el esplendor de los adornos, el bullicio y el estruendo gozoso de las fiestas, le transmitían tal embriaguez, tal ardor de un vivir ameno, que se prometía a sí misma desdecirse, sufrirlo todo, antes que volver a la sombra fría y muerta del claustro. Mas todas aquellas resoluciones se desvanecían ante la consideración más reposada de las dificultades, con sólo fijar sus ojos en el rostro del príncipe. A veces también, la idea de tener que abandonar para siempre aquellos placeres le hacía amargo y penoso aquel pequeño paladeo; como el enfermo sediento mira con rabia, y casi rechaza con despecho, la cucharada de agua que el médico le concede a regañadientes. Mientras tanto, el vicario de las monjas había otorgado la atestación necesaria, y llegó la licencia para celebrar el capítulo que había de admitir a Gertrude. El capítulo se celebró; concurrieron, como era de esperar, los dos tercios de los votos secretos que exigían los reglamentos; y Gertude fue admitida. Ella misma, cansada de aquella agonía, pidió entonces entrar lo más pronto posible en el monasterio. No había, ciertamente, nadie que quisiera frenar tal impaciencia. Se hizo pues su voluntad; y, conducida con gran pompa al monasterio, tomó el velo. Tras doce meses de noviciado, llenos de arrepentimientos y de contra arrepentimientos, llegó el momento de

profesar, es decir, el momento en el que convenía, o decir un no más extraño, más inesperado, más escandaloso que nunca, o repetir un sí tantas veces pronunciado; lo repitió, y fue monja para siempre.

Es una de las facultades singulares e intransferibles de la religión cristiana, poder guiar y consolar a quienquiera, en cualquier coyuntura, cualesquiera que sean los términos en que se acuda a ella. Si para lo pasado hay remedio, ésta lo prescribe, lo suministra, da luz y fortaleza para ponerlo en obra, cueste lo que cueste; si no lo hay, procura el modo de hacer real y efectivamente, como dice el proverbio, de necesidad virtud. Enseña a proseguir voluntariamente lo que se ha emprendido por ligereza; inclina el ánimo a abrazar con buena disposición lo que se le ha impuesto con la violencia, y da a una elección que fue temeraria, pero que es irrevocable, toda la santidad, toda la sabiduría, digámoslo francamente, todos los goces de la vocación. Es un camino tal que, sea cual fuere el laberinto, el precipicio, desde los que el hombre llega hasta él, y en él da un paso, puede, a partir de entonces, caminar con seguridad y de buena gana, y llegar felizmente a un final feliz. Por este medio, Gertrude habría podido ser una monja santa y dichosa, sin importar cómo había llegado a serlo. Pero la infeliz se debatía en cambio bajo el yugo, y así sentía con más fuerza su peso y sus sacudidas. Una nostalgia incesante de la libertad perdida, el aborrecimiento de su estado presente, un vagar fatigoso tras deseos que nunca serían satisfechos, tales eran las principales ocupaciones de su ánimo. Rumiaba aquel amargo pasado, reconstruía en su memoria todas las circunstancias por las que se encontraba allí, y deshacía mil veces inútilmente con el pensamiento lo que había hecho con las obras; se acusaba a sí misma de cortedad, y a otros de tiranía y perfidia; y se reconcomía. Idolatraba y a la vez lloraba su belleza, deploraba una juventud destinada a consumirse en un lento martirio, y envidiaba, en ciertos momentos, a cualquier mujer, de cualquier condición, con cualquier conciencia, que pudiese libremente disfrutar en el mundo de aquellos dones.

La vista de las monjas que se habían conjurado para arrastrarla allí dentro, le resultaba odiosa. Recordaba las artes y los engaños que habían empleado, y las pagaba con otros tantos desaires, con otros tantos desdenes, e incluso con abiertos reproches. A ellas les convenía las más de las veces tragar y callar; porque el príncipe había querido sin duda tiranizar a su hija lo necesario para empujarla al claustro; pero, obtenido su intento, no habría tolerado tan fácilmente que otros humillasen a alguien de su sangre: y, por poco ruido que hubiesen hecho, podía ser motivo para perder aquella gran protección, o acaso para mudar al protector en

enemigo. Parecería que Gertrude hubiera debido sentir alguna inclinación por las otras hermanas, que no habían participado en la intriga, y que, sin haberla deseado por compañera, la amaban como tal; y piadosas, atareadas y risueñas, le mostraban con su ejemplo que también allí dentro se podía, no sólo vivir, sino estar bien. Pero también ellas le resultaban odiosas bajo otro aspecto. Su aire de piedad y de contento le parecía un reproche a su desasosiego y a su conducta extravagante; y no desperdiciaba ninguna ocasión para burlarse de ellas a sus espaldas, por beatas, o para zaherirlas por hipócritas. Quizás les hubiera sido menos adversa de haber sabido o adivinado que las pocas bolas negras halladas en la urna que había decidido su admisión las habían metido precisamente ellas.

A veces le parecía encontrar algún consuelo en mangonear, en ser cortejada en el monasterio, en recibir visitas de cumplido de personas de fuera, en sacar adelante algún empeño, en dispensar su protección, en oírse llamar la señora; más ¡qué consuelos! El corazón, hallándose tan poco satisfecho con ello, hubiera querido de cuando en cuando agregarles los consuelos de la religión, y gozar de ellos; pero éstos no acuden sino a quien desprecia los otros; como el náufrago, si quiere asir la tabla que puede conducirlo a salvo a la orilla, debe abrir el puño, y abandonar las algas que ha aferrado por una rabia instintiva.

Poco después de profesar, Gertrude había sido nombrada maestra de las educandas; pensad, pues, cómo debían de estar aquellas jovencitas, bajo semejante disciplina. Sus antiguas confidentes se habían ido todas; pero ella conservaba vivas las pasiones de aquel tiempo; y, de un modo u otro, las alumnas debían soportar su peso. Cuando se acordaba de que muchas de ellas estaban destinadas a llevar aquella vida de la que ella había sido excluida para siempre, experimentaba contra las pobrecillas un hastío, un deseo casi de venganza; y las oprimía, las maltrataba, les hacía pagar por anticipado los placeres que disfrutarían algún día. Quien hubiese oído en esos momentos con qué ira magistral las reprendía, por la más leve travesura, la hubiera creído una mujer de una espiritualidad salvaje e indiscreta. En otros momentos, su mismo horror por el claustro, por la regla, por la obediencia, estallaba en accesos de un humor completamente opuesto. Entonces, no sólo toleraba la indisciplina ruidosa de sus alumnas, sino que la excitaba; se mezclaba en sus juegos, y los tornaba más desordenados; tomaba parte en sus conversaciones, y las llevaba más lejos que las intenciones con que habían sido iniciadas. Si una decía alguna palabra sobre el parloteo de la madre abadesa, la maestra lo imitaba durante largo rato, y hacía de ello una escena de comedia;

remedaba el rostro de una monja, los andares de otra: reía entonces a carcajadas; pero eran risas que no la dejaban más alegre que antes. Así había vivido algunos años, no teniendo medios ni ocasión de hacer nada más; hasta que su desgracia quiso que la ocasión se presentase.

Entre otras distinciones y privilegios que se le habían otorgado, para compensarla de no poder ser abadesa, estaba también el de vivir en un pabellón aparte. Aquel lado del monasterio se hallaba adosado a una casa habitada por un joven, malvado de profesión, uno de tantos que, en aquellos tiempos, con sus esbirros, y con el apoyo de otros malvados, podían, hasta cierto punto, reírse de la fuerza pública y de las leyes. Nuestro manuscrito lo llama Edigio, sin nombrar su linaje. Éste, desde un ventanuco que daba a un pequeño patio de aquel pabellón, habiendo visto alguna vez a Gertrude pasar y vagar ociosa por allí, más alentado que aterrado por lo peligroso y lo impío de la empresa, un día osó dirigirle la palabra. La desventurada respondió.

En aquellos primeros momentos experimentó una alegría, no pura, ciertamente, pero sí viva. En el hastiado vacío de su ánimo había venido a introducirse una ocupación intensa, continua y, casi diría, una vida poderosa; pero aquella alegría era semejante a la bebida restauradora que la ingeniosa crueldad de los antiguos ofrecía al condenado, a fin de darle fuerza para soportar los tormentos. Se advirtieron, al mismo tiempo, grandes novedades en toda su conducta: de pronto se volvió más regular, más tranquila, abandonó las burlas y los refunfuños, se mostró incluso cariñosa y amable, de modo que las madres se felicitaban por el feliz cambio; bien lejos de imaginar su verdadero motivo, y de comprender que aquella nueva virtud no era otra cosa que hipocresía añadida a las antiguas lacras. Aquella apariencia, sin embargo, aquel, por así decirlo, barniz exterior, no duró mucho tiempo, al menos con la misma continuidad y regularidad: muy pronto salieron otra vez a relucir los desaires y los caprichos de siempre, se oyeron de nuevo las imprecaciones y las burlas contra la prisión claustral, y expresadas a veces con un lenguaje insólito en aquel lugar, e incluso en aquella boca. No obstante, tras cada uno de estos deslices venía el arrepentimiento, un gran empeño en hacerlos olvidar, a fuerza de zalamerías y buenas palabras. Las hermanas soportaban como mejor podían todos estos altibajos, y los achacaban a la índole extravagante y caprichosa de la señora.

Durante algún tiempo, no pareció que ninguna sospechase nada más; pero un día que la señora, trabándose de palabras con una lega, por no sé qué chismorreo, se dejó llevar a maltratarla en exceso, y no la soltaba, la lega, después de haber aguantado y haberse mordido los labios un buen

rato, perdida finalmente la paciencia, dejó escapar una frase, acerca de que ella sabía algo, y que, en su tiempo y lugar, hablaría. Desde aquel momento la señora no tuvo paz. Mas no pasó mucho tiempo sin que la lega fuera esperada en vano, una mañana, para sus tareas acostumbradas: van a mirar a su celda y no la encuentran: la llaman en voz alta, y no responde: busca por aquí, busca por allá, vueltas y más vueltas, de un lado para otro; no está en ninguna parte. Y quién sabe cuántas conjeturas se habrían hecho si, precisamente durante la búsqueda, no se hubiera hallado un agujero practicado en el muro del huerto, lo cual hizo pensar a todas que había huido por allí. Se hicieron muchas averiguaciones en Monza y sus alrededores, y principalmente en Meda, de donde era aquella lega; se escribió a varias partes: nunca se tuvo de ella la menor noticia. Quizá se hubiera podido saber más si, en vez de buscar lejos, se hubiera excavado cerca. Tras muchas exclamaciones de asombro, porque nadie la hubiera creído capaz de ello, y tras muchos dimes y diretes, se llegó a la conclusión de que debía de haberse marchado lejos, muy lejos. Y como a una hermana se le escapó decir:

—Seguro que se ha refugiado en Holanda —se dijo en seguida y se creyó durante algún tiempo, en el monasterio y fuera de él, que se había refugiado en Holanda. No parece, sin embargo, que la señora compartiese esa opinión. No es que mostrase no creerla, o contradijese el parecer general con razones suyas particulares: si tenía razones, sin duda nunca fueron mejor disimuladas; ni había nada de lo que se abstuviese de mejor grado que de remover aquella historia, nada de lo que se cuidase menos que de llegar al fondo de aquel misterio. Pero cuanto menos lo mencionaba, más pensaba en él. ¡Cuántas veces al cabo del día la imagen de aquella mujer venía a introducirse de pronto en su mente, y se asentaba allí, y no quería moverse! ¡Cuántas veces hubiera deseado verla ante sí, viva y real, antes que tenerla siempre clavada en el pensamiento, antes que deber encontrarse, día y noche, en compañía de aquella forma vana, terrible, impasible! ¡Cuántas veces hubiera querido oír realmente la voz aquella, fuera cual fuera la amenaza que pudiese pronunciar, antes que tener siempre en lo más oculto del oído mental el susurro fantástico de aquella misma voz, y escuchar palabras repetidas con una pertinacia, con una insistencia infatigable, que jamás tuvo ninguna persona viva!

Había transcurrido cerca de un año desde aquel suceso, cuando Lucía le fue presentada a la señora, y mantuvo con ella aquel coloquio en el que nos habíamos quedado en nuestro relato. La señora multiplicaba sus preguntas acerca de la persecución de don Rodrigo, y entraba en ciertos detalles, con una intrepidez, que le resultó, o debió resultarle, más que

insólita a Lucía, la cual nunca había pensado que la curiosidad de las monjas pudiese alimentarse de semejantes argumentos. Los juicios que, además, aquélla mezclaba con sus preguntas, o que dejaba traslucir, no eran menos extraños. Parecía casi reírse de la gran repugnancia que Lucía había sentido siempre por aquel caballero, y le preguntaba si era tan monstruoso como para inspirarle semejante miedo: se diría casi que hubiera encontrado poco razonable y estúpida la esquivez de la joven, de no haber tenido como motivo la preferencia dada a Renzo. Y también sobre éste aventuraba preguntas que hacían maravillar y ruborizarse a la interrogada. Dándose después cuenta de que había dejado correr demasiado la lengua tras las fantasías del cerebro, trató de enmendar y de hacer interpretar mejor estas charlas suyas; mas no pudo evitar que a Lucía le quedase un estupor desagradable, y como un vago espanto. Y, apenas pudo encontrarse a solas con su madre, se sinceró con ella; pero Agnese, más experta, resolvió, con pocas palabras, todas aquellas dudas, y le aclaró todo el misterio:

—No te asombres de eso —dijo—: cuando conozcas el mundo como yo, verás que no son cosas de las que uno deba asombrarse. Los señores, quien más, quien menos, unos de un modo, otros de otro, todos están algo tocados. Hay que dejarlos hablar, especialmente cuando se necesita de ellos; fingir que uno los toma en serio, como si dijeran cosas sensatas. ¿No oíste cómo me levantó la voz, como si hubiera dicho un gran disparate? Yo, ni caso. Todos son igual. Y, sin embargo, gracias sean dadas al cielo, porque parece que esa señora te ha cogido un poco de cariño, y quiere protegernos de verdad. Por lo demás, si sales con bien de ésta, hija mía, y vuelves a tratar con señores, has de ver mucho, mucho, mucho.

El deseo de obligar al padre guardián, el placer de proteger, la idea de la buena fama que podía venirle de su protección empleada tan santamente, cierta inclinación por Lucía, y también cierto alivio en hacer el bien a una criatura inocente, en socorrer y consolar oprimidos, había dispuesto realmente a la señora a tomarse a pecho la suerte de las dos pobres fugitivas. A petición suya, y por consideración hacia ella, fueron alojadas en el pabellón de la demandadera, contiguo al claustro, y tratadas como si pertenecieran al servicio del monasterio. Madre e hija se congratulaban de haber encontrado tan pronto un asilo seguro y honrado. Mucho les hubiera gustado también permanecer allí ignoradas de todos; pero eso no era fácil en un convento: tanto más cuanto que había un hombre demasiado interesado en tener noticias de una de ellas, y en cuyo ánimo, a la pasión y al puntillo de antes, se había sumado también el despecho por haberse

visto anticipado y burlado. Y nosotros, dejando a las mujeres en su refugio, volveremos al castillejo de éste, en el punto y hora en que estaba esperando el resultado de su malvada expedición.

CAPÍTULO XI

COMO una jauría de sabuesos, tras haber perseguido en vano una liebre, regresa humillada a su amo, con el hocico gacho y el rabo entre las piernas, así, en aquella desbarajustada noche, regresaban los bravos al castillejo de don Rodrigo. El caminaba de un lado para otro, en la oscuridad, por un camaranchón deshabitado del último piso, que daba a la explanada. De vez en cuando se detenía, aguzaba el oído, miraba por las rendijas de los postigos carcomidos, lleno de impaciencia y no libre de inquietud, no sólo por lo incierto del resultado, sino también por sus posibles consecuencias; pues era la empresa más grave y arriesgada en que el buen hombre había puesto mano hasta entonces. Se tranquilizaba, sin embargo, con la idea de las precauciones tomadas para destruir los indicios, si no las sospechas. «En cuanto a las sospechas», pensaba, «me río de ellas. Me gustaría saber quién será el valiente que venga aquí a ver si hay o no hay una muchacha. Que venga, que venga ese palurdo, y será bien recibido. Que venga el fraile, que venga. ¿La vieja? Que vaya a Bérgamo, la vieja. ¿La justicia? ¡Bah, la justicia! El podestá no es ni un chiquillo, ni un loco. ¿Y en Milán? ¿Quién se cuida de esa gente en Milán? ¿Quién les iba a hacer caso? ¿Quién sabe que existen? Son como gente perdida en la tierra; ni amo siquiera tienen: gente de nadie. Quita, quita, fuera miedos. ¡Cómo se va a quedar Attilio mañana por la mañana! Ya verá, ya verá si lo mío son obras o palabras. Y además..., si acaso naciera algún embrollo... ¿qué sé yo?, algún enemigo que quisiera aprovechar esta ocasión..., también Attilio sabrá aconsejarme: está en juego el honor de toda la familia». Pero el pensamiento en que se detenía más, porque en él hallaba al mismo tiempo el acallamiento de sus dudas, y acicate para su pasión principal, era la idea de los halagos, de las promesas que emplearía para amansar a Lucía. «Tendrá tanto miedo de encontrarse aquí sola, en medio de esos hombres, de esas caras, que... el rostro más humano aquí soy yo, pardiez... que tendrá que recurrir a mí, le tocará a ella suplicarme; y si suplica...».

Mientras hace estos bonitos cálculos, oye unas pisadas, va a la ventana, la abre un poco, asoma la cabeza; son ellos. «¿Y la litera? ¡Diablos! ¿Dónde está la litera? Tres, cinco, ocho: están todos; está también el Griso; la litera no está: ¡diablos!, ¡diablos! El Griso me rendirá cuentas.»

Una vez dentro, el Griso apoyó en un rincón de una estancia de la planta baja su bordón, dejó el sombrero y la esclavina, y, como requería su cargo, que en ese momento nadie le envidiaba, subió a rendir aquellas cuentas a don Rodrigo. Éste lo esperaba en lo alto de la escalera; y viéndolo aparecer con aquel torpe y desmañado aspecto de bribón fracasado:

—¿Y bien —le dijo, o le gritó—: Señor fanfarrón, señor capitán, señor déjeme a mí?

—Es duro —respondió el Griso, parándose con un pie en el primer escalón—, es duro recibir reproches, cuando se ha trabajado lealmente, y tratado de cumplir con el deber, y se ha arriesgado incluso el pellejo.

—¿Qué ha ocurrido? Oigamos, oigamos —dijo don Rodrigo, y echó a andar, hacia su habitación, donde el Griso lo siguió, e hizo al punto la relación de cuanto había dispuesto, hecho, visto y no visto, oído, temido, remediado; y la hizo con el orden y la confusión, con la incertidumbre y el aturdimiento, que por fuerza debían reinar a la vez en sus ideas.

—No es culpa tuya, y te has portado bien —dijo don Rodrigo—: hiciste lo que se podía; pero..., pero, ¿habrá bajo este techo algún espía? Si lo hay, si llego a descubrirlo, y lo descubriremos si lo hay, yo me encargaré de él; te aseguro, Griso, que le ajustaré las cuentas.

—También a mí, señor —dijo el Griso—, se me ha pasado por la cabeza esa sospecha: y si fuese verdad, si se llegase a descubrir semejante bribón, el señor mi amo debe ponerlo en mis manos. ¡Uno que se hubiese divertido haciéndome pasar una noche como ésta! Me correspondería a mí darle su merecido. Pero, por varias cosas, me ha parecido que debe de haber algún otro embrollo en esto, que por ahora no se puede entender. Mañana, señor, mañana lo aclararemos.

—¿Al menos, no os habrán reconocido?

El Griso respondió que esperaba que no; y la conclusión del coloquio fue que don Rodrigo le ordenó, para el día siguiente, tres cosas que bien habría sabido pensar por sí mismo. Enviar por la mañana temprano a dos hombres para hacer al cónsul aquella intimación, que luego se hizo, como hemos visto; otros de ronda al caserío, para mantener alejado a cualquier merodeador que por allí apareciese, y sustraer la litera a las miradas hasta la noche siguiente, en que se mandaría alguien a recogerla; ya que por ahora no convenía hacer otros movimientos que despertasen sospechas; ir después él, y enviar también a otros, los más despiertos y con mejor cabeza, a mezclarse entre la gente, para descubrir algo acerca del embrollo de aquella noche. Dadas tales órdenes, don Rodrigo se fue a dormir, y dejó irse también al Griso, despidiéndolo con muchas alabanzas,

de las cuales se traslucía evidentemente la intención de resarcirlo de los precipitados improperios con que lo había acogido.

Ve a dormir, pobre Griso, que bien debes necesitarlo. ¡Pobre Griso! En danza todo el día, en danza la mitad de la noche, sin contar el peligro de caer en las garras de los villanos, o de echar sobre tu cabeza una talla por rapto de mujer honesta, además de las que ya tienes encima; ¡y luego ser recibido de esa manera! ¡Ay!, así pagan a menudo los hombres. Pero tú has podido ver, en esta circunstancia, que alguna vez la justicia, si no llega a la primera, llega, antes o después, también en este mundo. Ve a dormir por ahora: que un día quizá habrás de proporcionarnos otra prueba de ello, y más notable que ésta.

A la mañana siguiente, el Griso estaba fuera, de nuevo en danza, cuando don Rodrigo se levantó. Éste buscó en seguida al conde Attilio, el cual, viéndolo asomar, puso una cara y un gesto de burla, y le gritó:

—¡San Martín!

—No sé qué deciros —respondió don Rodrigo, al llegar a su lado—: Pagaré la apuesta; pero no es eso lo que más me escuece. No os había dicho nada, porque, lo confieso, pensaba dejaros boquiabierto esta mañana. Mas..., en fin, ahora os lo contaré todo.

—En este asunto anda metida la zarpa de ese fraile —dijo el primo tras haber oído todo, con más seriedad de la que se hubiera esperado en tan liviana cabeza—. Ese fraile —continuó—, con su aire de gatita muerta, y sus frases tontas, me parece un zorro, y un entrometido. Y vos no habéis confiado en mí, nunca me habéis dicho claramente con qué vino a embrollaros el otro día. —Don Rodrigo refirió el diálogo—. ¿Y vos habéis aguantado tanto? —exclamó el conde Attilio— ¿Y lo habéis dejado irse como había venido?

—¿Queríais acaso que me echara encima a todos los capuchinos de Italia?

—No sé —dijo el conde Attilio— si en aquel momento me habría acordado de que existen en el mundo otros capuchinos que ese temerario bribón; pero, vamos, aun dentro de las reglas de la prudencia, ¿van a faltar los medios para vengarse también de un capuchino? Hay que saber redoblar a tiempo las amabilidades con todo el cuerpo, y entonces se puede dar impunemente una tanda de palos a uno de sus miembros. Dejémoslo; se ha librado del castigo que más le convenía; pero yo lo tomo bajo mi protección, y quiero darme el gusto de enseñarle cómo se habla con nuestros iguales.

—No empeoréis las cosas.

—Confiad en mí por una vez, que os serviré como pariente y como amigo.

—¿Qué pensáis hacer?

—Aún no lo sé; pero ese fraile quedará servido a buen seguro. Pensaré en ello, y... El señor conde, nuestro tío, del Consejo secreto, él es quien me ha de hacer el servicio. ¡Mi querido conde tío! ¡Cuánto me divierto siempre que puedo hacer trabajar para mí a un politicón de su talla! Pasado mañana estaré en Milán, y, de un modo u otro, el fraile tendrá su merecido.

Llegó entre tanto el desayuno, que no interrumpió la conversación sobre asunto tan importante. El conde Attilio hablaba de ello con desenfado; y aunque tomaba en él la parte que exigía su amistad por su primo, y el honor del común linaje, según las ideas que tenía de amistad y de honor, sin embargo, de vez en cuando, no podía evitar reírse bajo el bigote de aquel feliz resultado. Pero don Rodrigo, que era parte en causa, y que, creyendo dar un golpe a las calladas, había fracasado con estrépito, estaba agitado por pasiones más graves, y distraído por pensamientos más molestos. —Buenos chismorreos —decía— hará correr esa gentuza por todo el contorno. Pero, ¿a mí qué me importa? En cuanto a la justicia, me río de ella: pruebas no hay; y aunque las hubiera, me reiría lo mismo: en cualquier caso, he mandado advertir esta mañana al cónsul que se guarde bien de hacer disposición alguna sobre lo ocurrido. No pasaría nada; pero las habladurías, cuando llegan demasiado lejos, me molestan. Bastante es ya haberse visto burlado tan bárbaramente.

—Habéis hecho muy bien —respondía el conde Attilio—. Ese podestá vuestro... ¡Qué terco y qué cabeza de chorlito, qué gran importuno, ese podestá!... es, a fin de cuentas, un hombre estricto, un hombre que conoce su deber; y precisamente cuando se ha de tratar con esa clase de personas, hay que cuidar más de no meterlas en enredos. Si el granuja del cónsul hace una deposición, el podestá, por muy bien intencionado que esté, no tendrá más remedio...

—Pero vos —interrumpió con cierta acritud don Rodrigo—, vos estorbáis mi negocio, con esa manía de contradecirlo en todo, de reconvenirlo, y hasta de burlaros de él si a mano viene. ¡Qué diablos! ¿No va a poder ser el podestá un animal y un obstinado, si en lo restante es un hombre de bien?

—¿Sabéis, primo mío —dijo, mirándolo asombrado, el conde Attilio—, sabéis que empiezo a creer que tenéis un poco de miedo? Me tomáis en serio hasta al podestá...

—Vamos, vamos, ¿no habéis dicho vos mismo que hay que tenerlo en cuenta?

—Lo he dicho: y, pues se trata de un asunto serio, os demostraré que no soy ningún chiquillo. ¿Sabéis lo que soy capaz de hacer por vos? Soy capaz de ir a ver en persona al señor podestá. ¡Ah! ¿Estará contento con tal honor? Y soy capaz de dejarlo hablar durante media hora del conde duque, y de nuestro señor alcaide español, y de darle la razón en todo, aunque las diga de a puño. Dejaré caer luego alguna palabrita sobre el conde, mi tío, del Consejo secreto: ya sabéis qué efecto surten esas palabritas en el oído del señor podestá. A fin de cuentas, necesita más él nuestra protección, que vos su condescendencia. Me esforzaré, e iré, ¡y os lo dejaré mejor dispuesto que nunca!

Tras estas y otras palabras semejantes, el conde Attilio salió para ir de caza; y don Rodrigo se quedó esperando con ansiedad el regreso del Griso. Vino éste finalmente, hacia la hora del almuerzo, a hacer su relación.

El desbarajuste de la noche había sido tan estrepitoso, la desaparición de tres personas de una aldehuela era un acontecimiento tal, que las averiguaciones, por interés y por curiosidad, debían necesariamente ser muchas, ardorosas e insistentes; y por otra parte, los que estaban informados de algo eran demasiados como para ponerse todos de acuerdo en callarlo todo. Perpetua no podía dejarse ver en la puerta sin ser asaltada por uno o por otro, para que dijese quién había sido el que le había dado aquel gran susto a su amo: y Perpetua, recapacitando sobre todas las circunstancias del hecho, y cayendo finalmente en la cuenta de que había sido embaucada por Agnese, sentía tanta rabia por aquella perfidia, que necesitaba realmente desahogarse un poco. No es que fuera lamentándose con éste y con aquél de lo que habían hecho para embaucarla: sobre eso no rechistaba; pero la mala pasada que le habían jugado a su pobre amo, eso no lo podía callar de ninguna manera; y sobre todo, que semejante jugarreta hubiera sido tramada e intentada por aquel honrado joven, por aquella buena viuda, por aquella mosquita muerta. Ya podía don Abbondio ordenarle resueltamente, y suplicarle encarecidamente que estuviese callada; ya podía ella repetirle que no hacía falta sugerirle una cosa tan clara y natural; lo cierto es que tamaño secreto estaba en el corazón de la pobre mujer, como en un tonel viejo y mal cinchado, un vino muy joven que burbujea, gorgotea y rebulle, y, si no lanza la espita por los aires, gime a su alrededor, y sale en forma de espuma, y se filtra entre duela y duela, y gotea por aquí y por allá, tanto que se puede catar, y decir más o menos qué vino es. Gervaso, a quien parecía mentira estar por una vez más informado que los otros, a quien no le parecía una pequeña gloria haber pasado tan gran susto, a quien, por

haber tomado parte en una acción que olía a delito, le parecía haberse convertido en un hombre como los demás, reventaba de ganas de jactarse de ello. Y por más que Tonio, que pensaba seriamente en las indagaciones y los posibles procesos y en las cuentas que rendir, le ordenase, con los puños en la cara, no decir nada a nadie, no hubo manera de ahogarle en los labios todas las palabras. Por lo demás el mismo Tonio, después de haber estado aquella noche fuera de casa a una hora insólita, al regresar a ella, con un paso y un semblante insólitos, y con una agitación de ánimo que lo predisponía a la sinceridad, no pudo disimular el hecho a su mujer; la cual no era muda. Quien menos habló fue Menico; porque, apenas hubo contado a sus padres la historia y el motivo de su expedición, a éstos les pareció una cosa tan terrible que un hijo suyo hubiese tomado parte en desbaratar una empresa de don Rodrigo, que casi, casi no dejaron al chiquillo terminar su relato. Le dieron en seguida las más severas y amenazadoras órdenes de que se guardase bien de hacer la menor alusión a nada: y a la mañana siguiente, no pareciéndoles haberse asegurado lo bastante, resolvieron tenerlo encerrado en casa, durante todo aquel día, y durante alguno más aún. Pero, ¿para qué?, ellos mismos luego, charlando con la gente del pueblo, y sin querer aparentar saber algo más que ellos, cuando se llegaba a aquel punto oscuro de la fuga de nuestros tres pobrecillos, y del cómo y el porqué y el dónde, añadían, como cosa sabida, que se habían refugiado en Pescarénico. Así, también esta circunstancia entró en la conversación general. Con todos estos retazos de noticias, juntados y cosidos luego como suele hacerse, y con el ribete que se añade naturalmente al coserlos, salía una historia de una certidumbre y una claridad tales, como para satisfacer al intelecto más crítico. Pero aquella invasión de los bravos, incidente demasiado grave y demasiado escandaloso como para dejarlo a un lado, y del que nadie tenía un conocimiento un poco positivo, aquel incidente era lo que embarullaba toda la historia. Se murmuraba el nombre de don Rodrigo: en esto todos coincidían; en lo demás, todo era oscuridad y conjeturas diversas. Se hablaba mucho de los dos matarifes que habían sido vistos en la calle, al anochecer, y del otro que estaba en la puerta de la venta; ¿pero qué luz podía sacarse de un hecho tan escueto? Ya podían preguntarle al ventero quién había estado allí la noche anterior; de creerle, el ventero no recordaba tan siquiera si había visto a alguien aquella noche; y no dejaba de repetir que la venta es un puerto de mar. Sobre todo, confundía las ideas, y desbarataba las conjeturas aquel peregrino visto por Stefano y Carlandrea, aquel peregrino a quien los malandrines querían matar, y que se había marchado con ellos, o se lo habían llevado a la fuerza. ¿Qué

había venido a hacer? Era un ánima del purgatorio, aparecida para ayudar a las mujeres; era el alma condenada de un peregrino pícaro e impostor que siempre venía de noche a unirse a quienes hacían lo mismo que él había hecho en vida; era un peregrino de carne y hueso, que los otros habían querido asesinar, por miedo de que gritase, y despertase toda la aldea; era (¡fijaos lo que se puede llegar a pensar!) uno de aquellos mismos malandrines disfrazado de peregrino; era esto, era aquello, era tantas cosas, que toda la sagacidad y la experiencia del Griso no habrían bastado para descubrir quién era, si el Griso hubiera debido deducir esta parte de la historia de las conversaciones ajenas. Pero, como el lector sabe, lo que la hacía más embrollada para los demás, era precisamente lo más claro para él: usándolo como clave para interpretar las otras noticias recogidas directamente por él, o por medio de exploradores subalternos, pudo con todo ello componer para don Rodrigo una relación bastante clara. Encerróse al punto con él, y lo informó del golpe intentado por los pobres novios, lo cual explicaba de modo natural la casa hallada vacía y el tocar a rebato, sin necesidad de pensar que en el castillo hubiera algún traidor, según decían aquellos dos hombres de bien. Lo informó de la fuga; y también para ésta era fácil encontrar razones: el temor de los novios cogidos en falta, o algún aviso de la invasión llevado por alguien al ser ésta descubierta y alborotarse todo el pueblo. Dijo finalmente que se habían refugiado en Pescarénico; más allá no llegaba su ciencia. Complació a don Rodrigo comprobar que nadie lo había traicionado, y ver que no quedaban huellas de su empresa; pero fue aquélla una breve y leve complacencia. —¡Han huido juntos! —gritó— ¡juntos! ¡Y ese bribón de fraile! ¡Ese fraile! —las palabras le salían jadeantes de la boca, y entrecortadas de entre los dientes, que mordían el dedo: su aspecto era tan feo como sus pasiones— ¡Ese fraile me las pagará, Griso!, a fe mía... quiero saber, quiero encontrar... esta noche, quiero saber dónde están. No tengo paz. A Pescarénico, en seguida, a saber, a ver, a encontrar... Cuatro escudos ahora mismo, y mi protección para siempre. Esta noche lo quiero saber. ¡Y ese bribón...!, ¡ese fraile...!

Otra vez en danza el Griso; y la noche de ese mismo día, pudo llevar a su digno amo la noticia deseada: he aquí de qué manera.

Uno de los mayores consuelos de esta vida es la amistad; y uno de los consuelos de la amistad es tener a quien confiar un secreto. Ahora bien, los amigos no son a pares, como los matrimonios; todos, hablando en términos generales, tienen más de uno: lo cual forma una cadena cuyo fin nadie puede encontrar. Así pues, cuando un amigo se procura el consuelo de confiar un secreto en el seno de otro, produce en éste el deseo de

procurarse él también ese mismo consuelo. Le ruega, es cierto, no decir nada a nadie; y semejante condición, si se tomase en el sentido riguroso de las palabras, cortaría de inmediato el curso de los consuelos. Mas el uso general ha querido que obligue tan sólo a no confiar el secreto a nadie, salvo a un amigo igualmente de confianza, e imponiéndole a su vez la misma condición. Así, de amigo de confianza, en amigo de confianza, el secreto gira y gira por la inmensa cadena, hasta que llega a oídos de aquel o de aquellos a quien el primero que había hablado deseaba precisamente que no llegase nunca. Normalmente, sin embargo, hubiera debido permanecer aún largo trecho en camino, si cada uno no tuviese más que dos amigos: el que cuenta y al que se le cuenta la cosa que ha de callarse. Pero hay hombres privilegiados que los tienen a centenares; y cuando el secreto llega a uno de estos hombres, los giros se vuelven tan rápidos y tan múltiples, que ya no es posible seguir su rastro. Nuestro autor no ha podido comprobar por cuántas bocas pasó el secreto que el Griso tenía orden de descubrir: el caso es que el buen hombre que había escoltado a las dos mujeres en Monza, regresando, hacia las veintitrés, con su carreta, a Pescarénico, se topó, antes de llegar a casa, con un amigo de confianza, al cual contó, con gran secreto, la buena obra que había hecho, y todo lo demás..., y el caso es que el Griso pudo, dos horas después, correr al castillejo a referir a don Rodrigo que Lucía y su madre se habían refugiado en un convento de Monza, y que Renzo había proseguido su camino hasta Milán.

Don Rodrigo experimentó una pérfida alegría por aquella separación, y sintió renacer un poco aquella pérfida esperanza de lograr su intento. Pensó en la manera gran parte de la noche; y se levantó temprano, con dos designios, uno ya establecido, el otro esbozado. El primero era enviar incontinente al Griso a Monza, para tener noticias más claras de Lucía, y saber si podía intentarse alguna cosa. Mandó, pues, llamar al punto a su leal, puso en su mano los cuatro escudos, y lo alabó de nuevo por la habilidad con que los había ganado, y le dio la orden que había meditado.

—Señor... —dijo, titubeando, el Griso.

—¿Qué? ¿No he hablado claro?

—Si vuestra merced pudiese mandar a algún otro...

—¿Cómo?

—Ilustrísimo señor, yo estoy dispuesto a dejar la piel por mi amo: es mi deber, pero sé también que vuestra merced no quiere arriesgar demasiado la vida de sus súbditos.

—¿Y bien?

—Vuestra señoría ilustrísima sabe perfectamente cuántas tallas tengo encima: y... aquí estoy bajo su protección; somos un grupo; el señor podestá es amigo de la casa; los esbirros me respetan; y también yo... no es cosa que honre mucho, pero para vivir tranquilo... los trato como amigos. En Milán la librea de vuestra señoría es conocida; pero en Monza, me conocen a mí, en cambio. ¿Y sabe vuestra señoría que, no hablo por hablar, el que pudiese entregarme a la justicia o presentar mi cabeza, haría un buen negocio? Cien escudos contantes y sonantes, y la facultad de liberar a dos proscritos.

—¡Qué diablos! —dijo don Rodrigo— ¡Vaya un perro de pajar que me sales ahora, sin arrestos para echarse a las piernas de quien pasa por la puerta, mirando atrás si los de casa lo respaldan, y sin atrever a alejarse!

—Creo, mi señor, haber dado pruebas...

—¡Entonces!

—Entonces —replicó resueltamente el Griso, acorralado de este modo—, entonces haga cuenta vuestra señoría de que no he dicho nada: corazón de león, piernas de liebre, y a la orden para partir.

—Y yo no he dicho que vayas solo. Lleva contigo a un par de los mejores... al Sfregiato y al Tiradritto; y ve sin recelo, y sé el Griso. ¡Qué diablos! Tres tipos como vosotros y que van a lo suyo, ¿quién no va a dejarlos pasar? En poco deberían tener su vida los esbirros de Monza para apostarla contra cien escudos en un juego tan arriesgado. Y además, además, no creo ser tan desconocido en esas tierras como para que la calidad de servidor mío no cuente allí para nada.

Habiendo avergonzado así un poco al Griso, le dio luego más amplias y detalladas instrucciones. El Griso tomó consigo a otros dos compañeros, y partió con semblante alegre y jactancioso, pero maldiciendo en su fuero interno Monza, las tallas y las mujeres y los caprichos de los amos; y caminaba como el lobo que, empujado por el hambre, con el vientre arrugado y las costillas salientes, baja de sus montes, donde no hay más que nieve, y se adentra recelosamente en la llanura, se detiene de vez en cuando, con una pata suspendida en el aire, meneando la cola pelada, alza el hocico, olfateando el viento incierto, por ver si le trae olor de hombre o de armas, endereza las puntiagudas orejas, y revuelve dos ojos ensangrentados, de los que trasluce a la vez el ardor de la presa y el terror de la caza. Por lo demás, en cuanto al bello verso, si alguien desea saber de dónde sale, está sacado de una diablura inédita sobre cruzadas y lombardos, que pronto dejará de ser inédita, y armará mucho ruido: y yo lo he tomado porque me venía muy a cuento; y digo de dónde, pues no me gusta engalanarme con plumas ajenas: no vaya a pensar alguien que es

una astucia mía para hacer saber que el autor de esa diablura y yo somos como hermanos, y que yo revuelvo a mis anchas en sus manuscritos.

El otro asunto que importaba a don Rodrigo era hallar la manera de que Renzo no pudiese volver junto a Lucía, ni poner los pies en el pueblo; y con ese fin, maquinaba hacer correr rumores de amenazas e insidias, que, llegando a sus oídos, por medio de algún amigo, le quitasen las ganas de aparecer por allí. Pensaba sin embargo, que la cosa más segura sería hacer que lo expulsaran del estado: y para conseguirlo, veía que, más que la fuerza, le podría servir la justicia. Se podía, por ejemplo, cargar un poco las tintas en el asunto de la casa parroquial, pintarlo como una agresión, como un acto sedicioso, y, por medio del abogado, hacer comprender al podestá que era oportuno dictar contra Renzo una buena orden de busca y captura. Pero pensó que no le convenía a él remover ese feo asunto; y sin devanarse más los sesos, decidió confiarse al abogado Azzeccagarbugli, lo necesario para darle a entender sus deseos. «¡Son tantos los bandos!», pensaba, «y el abogado no es ningún ganso: ya sabrá encontrar algo que convenga a mi caso, algún embrollo que endilgarle a ese villano: si no, le cambio el nombre». Pero (¡cómo marchan a veces las cosas en este mundo!), mientras él pensaba en el abogado, como el hombre más hábil para servirlo en esto, otro hombre, un hombre que nadie imaginaría, el propio Renzo, para decirlo de una vez, trabajaba con todo su corazón para servirlo, de un modo más seguro y más rápido que los que el abogado hubiera podido encontrar nunca.

He visto más de una vez a un querido niño, más vivaracho, a decir verdad, de lo necesario, pero que, por todos los indicios, promete llegar a convertirse en un hombre de bien; lo he visto, digo, más de una vez atareado al anochecer recogiendo un rebaño suyo de conejillos de india, que había dejado correr libremente durante el día, en un jardincito. Hubiera querido hacerlos entrar todos juntos en el cubil; pero era trabajo perdido: uno se desbandaba a la derecha, y mientras el pequeño pastor corría para volverlo al rebaño, otro, dos, tres, salían por la izquierda, por todas partes. De modo que, tras haberse impacientado un poco, se adaptaba a su capricho, empujaba primero dentro a los que estaban más cerca de la puerta, luego iba a buscar a los otros, de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, como podía. Un juego parecido nos conviene hacer también a nosotros, con nuestros personajes: una vez en su refugio Lucía, hemos corrido a don Rodrigo; y ahora debemos abandonarlo, para ir en pos de Renzo, a quien habíamos perdido de vista.

Tras la dolorosa separación que hemos relatado, caminaba Renzo de Monza a Milán, en el estado de ánimo que cualquiera podrá fácilmente imaginarse. Abandonar su casa, dejar su oficio, y lo peor de todo, alejarse de Lucía, encontrarse en un camino, sin saber dónde iría a parar; ¡y todo por culpa de aquel bribón! Cuando se detenía con el pensamiento en una u otra de estas cosas, se engolfaba en su rabia, y en su deseo de venganza; pero tornaba luego a su mente aquella oración que también él había rezado con su buen fraile, en la iglesia de Pescarénico; y se arrepentía: volvía a despertarse su rabia; mas, al ver una imagen en un muro, se quitaba el sombrero, y se detenía un instante a rezar de nuevo: hasta el punto de que, en aquel viaje, llegó a matar a don Rodrigo en su fuero interno, y a resucitarlo, lo menos veinte veces. El camino discurría entonces sepultado entre dos altos ribazos, embarrado, pedregoso, surcado por rodadas profundas, que, tras la lluvia, se convertían en arroyos; y en ciertas partes más bajas, se inundaba por completo, y se hubiera podido ir en barca. En aquellos trechos, una empinada vereda, a escalones, en el ribazo, indicaba que otros viandantes se habían abierto una senda entre los campos. Renzo, subiendo por uno de aquellos pasos al terreno más elevado, vio la gran fábrica de la catedral solitaria en la planicie, como si surgiese, no en medio de una ciudad, sino en un desierto; y se paró de golpe, olvidando todas sus cuitas, a contemplar, aunque fuera de lejos, aquella octava maravilla, de la que tanto había oído hablar desde niño. Pero, tras unos momentos, volviéndose a mirar atrás, vio en el horizonte aquella cresta recortada de montañas, distinguió, nítido y alto entre ellas, su Resegonell, y sintió hervir toda su sangre, se quedó allí parado algún tiempo, mirando tristemente hacia aquella parte, luego tristemente se dio la vuelta, y siguió su camino. Poco a poco empezó a descubrir campanarios y torres, cúpulas y tejados; bajó entonces al camino, anduvo todavía cierto trecho, y cuando advirtió que se hallaba muy próximo a la ciudad, se acercó a un transeúnte, y, haciéndole una reverencia, con todo el donaire que pudo, le dijo:

—Dispense vuesa merced, caballero.

—¿Qué se os ofrece, buen joven?

—¿Sabría indicarme el camino más corto, para ir al convento de los capuchinos donde está el padre Buenaventura?

El hombre a quien Renzo se dirigía, era un acomodado habitante del contorno, que, habiendo ido aquella mañana a Milán por ciertos negocios suyos, volvía sin haber hecho nada, con mucha prisa, pues no veía el momento de llegar a casa, y de buena gana hubiera prescindido de aquella

parada. Con todo, sin dar muestras de impaciencia, respondió muy cortésmente:

—Hijo mío, conventos hay más de uno: tendríais que decirme con más claridad cuál es el que buscáis. —Entonces Renzo sacó de su pecho la carta del padre Cristóforo, y se la mostró a aquel señor, el cual, al leer Puerta Oriental, se la devolvió diciendo—: Tenéis suerte, buen joven; el convento que buscáis no está muy lejos de aquí. Tomad esa calleja a mano izquierda: es un atajo: en pocos minutos llegaréis a la esquina de un edificio largo y bajo: es el lazareto; bordead el foso que lo rodea, y saldréis a la Puerta Oriental. Entrad, y a trescientos o cuatrocientos pasos, veréis una plazoleta con unos hermosos olmos: allí está el convento: no podéis equivocaros. Quedad con Dios, buen joven. —Y, acompañando sus últimas palabras con un gracioso gesto de la mano, se marchó. Renzo se quedó estupefacto y edificado por las buenas maneras de los ciudadanos con la gente del campo; y no sabía que era un día fuera de lo ordinario, un día en el que las capas se inclinaban ante los jubones. Siguió el camino que se le había indicado, y se encontró ante la Puerta Oriental. Al oír este nombre, nuestro lector, sin embargo, no debe dejar acudir a su fantasía las imágenes que hoy están asociadas con ella. Cuando Renzo entró por aquella puerta, el camino exterior sólo seguía recto a lo largo del lazareto, luego discurría culebreante y estrecho, entre dos setos. La puerta consistía en dos pilastras, con una techumbre encima, para proteger los batientes, y a un lado una caseta para los consumeros. Los bastiones descendían en pendiente irregular, y el terreno era una superficie áspera y desigual con escombros y cascotes arrojados al azar. La calle que se abría ante quien entraba por aquella puerta, podría compararse con la que hoy se presenta ante la vista de quien entra por la Puerta Tosa. Un pequeño foso corría por su centro, hasta corta distancia de la puerta, y la dividía así en dos callejas tortuosas, cubiertas de polvo o de barro, según la estación. En el punto donde estaba, y donde está todavía, esa calleja llamada de Borghetto, el pequeño foso se perdía en un albañal. Allí había una columna, terminada en una cruz, llamada de San Dionisio: a derecha e izquierda había huertos cercados por setos, y a intervalos, casuchas, habitadas en su mayoría por lavanderas. Renzo entra, pasa; ningún consumero le presta atención: cosa que le pareció extraña, ya que, a los pocos que en su pueblo podían presumir de haber estado en Milán, les había oído contar grandes cosas de los registros y los interrogatorios a que eran sometidos los que llegaban del campo. La calle estaba desierta, de modo que, si no hubiera oído un zumbido lejano que indicaba un gran movimiento, le habría parecido entrar en una ciudad deshabitada. Prosiguiendo, sin saber qué pensar, vio en el

suelo unas franjas blancas y blandas, como de nieve; pero no podía ser nieve, pues no forma franjas, ni suele caer en esa estación. Se inclinó sobre una de ellas, miró, tocó, y halló que era harina. «Gran abundancia —dijo para sí— debe de haber en Milán, para despilfarrar de esta manera los bienes de Dios. Y nos querían hacer creer que había carestía en todas partes. Mira lo que hacen, para tener quieta a la gente del campo.» Pero, pocos pasos después, llegado junto a la columna, vio, al pie de ésta, algo aún más extraño; vio en los escalones del pedestal diseminadas ciertas cosas que sin duda no eran guijarros, y que si hubieran estado en el mostrador de un panadero, no se habría vacilado un momento en llamarlas panes. Pero Renzo no osaba dar crédito tan pronto a sus ojos; porque, ¡diantres!, aquel no era lugar para panes. «Qué puede ser esto, veamos», siguió diciendo para sus adentros; fue hacia la columna, se agachó, cogió uno: era de verdad un pan redondo, blanquísimo, de los que Renzo no acostumbraba a comer más que en las solemnidades. —¡Es pan de verdad! —dijo en voz alta; tal era su asombro—. ¿Así lo tiran en este país?, ¿en este año?, ¿y ni siquiera se molestan en recogerlo cuando se cae? ¡Será éste el país de Cucaña! —Tras diez millas de camino, con el aire fresco de la mañana, aquel pan, junto con el asombro, despertó su apetito. «¿Lo cojo?», deliberaba para sí: «Bah, lo han dejado aquí a merced de los perros; bien puede comérselo un cristiano. En cualquier caso, si aparece el dueño, se lo pagaré». Pensando esto, se metió en el bolsillo el que tenía en la mano, cogió un segundo, y se lo metió en el otro; un tercero, y empezó a comerlo; y reanudó su camino, más perplejo que nunca, y deseoso de aclarar aquella historia. Apenas echó a andar, vio asomar gente que venía del interior de la ciudad, y miró atentamente a los que aparecieron primero. Eran un hombre, una mujer, y unos pasos más atrás, un muchachuelo; los tres, con una carga a cuestas, que parecía superior a sus fuerzas, y los tres con un aspecto extraño. La ropa o los andrajos cubiertos de harina; cubiertos de harina los rostros, y además, alterados y congestionados; y caminaban no sólo encorvados bajo el peso, sino doloridos, como si los hubiesen molido a palos. El hombre sostenía a duras penas sobre sus hombros un gran saco de harina, el cual, agujereado aquí y allá, iba derramando un poco a cada tropiezo, a cada movimiento desequilibrado. Pero aún más descompuesta era la figura de la mujer: un barrigón desmesurado, que parecía sostenido con esfuerzo por los brazos doblados: como una gran olla con dos asas; y bajo aquel barrigón salían dos piernas, desnudas hasta la rodilla, que avanzaban tambaleándose. Renzo miró más atentamente, y vio que aquel corpachón era la falda que la mujer sujetaba por el borde, con tanta harina dentro

como podía caber, y un poco más, de modo que, casi a cada paso, se le escapaba una rociada. El muchachuelo sujetaba con ambas manos sobre la cabeza una cesta rebosante de panes; pero, por tener las piernas más cortas que sus padres, se quedaba poco a poco rezagado, y al apresurar el paso de cuando en cuando, para alcanzarlos, la cesta perdía el equilibrio, y caía algún pan.

—Anda, tira otro, so inútil —dijo la madre, rechinando los dientes, volviéndose al rapaz.

—Yo no los tiro; se caen ellos: ¿qué puedo hacer? —respondió éste.

—¡Suerte tienes que no puedo soltar las manos! —prosiguió la mujer agitando los puños, como si estuviese dando una buena zurra al pobre chico; y, con aquel movimiento, hizo volar más harina de la que hubiera hecho falta para amasar los dos panes que se le habían caído al rapaz. —Ea, ea —dijo el hombre— , volveremos a recogerlos, o los recogerá algún otro. ¡Hace tanto tiempo que penamos!: ahora que viene un poco de abundancia, disfrutémosla en santa paz.

Entre tanto, desde la puerta iba llegando más gente; y uno acercándose a la mujer, le preguntó:

—¿Dónde se va a coger el pan?

—Más adelante —respondió aquélla; y cuando se hubieron alejado unos diez pasos, añadió refunfuñando—: Esos bribones de campesinos vendrán a barrer todos los hornos y todos los almacenes, y no quedará nada para nosotros.

—Un poco para todos, ¡qué tormento de mujer! —dijo el marido—: Abundancia, abundancia.

Por estas y por otras cosas semejantes que veía y oía, Renzo empezó a comprender que había llegado a una ciudad sublevada, y que aquél era un día de conquista, o sea en que cada cual pillaba, en proporción a su voluntad y su fuerza, dando palos en pago. Por más que deseemos dejar hacer un buen papel a nuestro pobre montañés, la sinceridad histórica nos obliga a decir que su primer sentimiento fue de placer. Tenía tan pocos motivos de satisfacción por la marcha ordinaria de las cosas, que se hallaba inclinado a aprobar aquello que la cambiase de algún modo. Y, por otra parte, no siendo en absoluto un hombre superior a su siglo, vivía también él con aquella opinión o pasión común, de que la escasez de pan era ocasionada por los acaparadores y los panaderos; y estaba dispuesto a encontrar justo cualquier medio de arrancarles de las manos el alimento que ellos, según esa opinión, negaban cruelmente al hambre de todo un pueblo. No obstante, se propuso mantenerse al margen del tumulto, y se alegró de ir en busca de un capuchino, que le encontraría un refugio, y le

haría de padre. Pensando esto, y mirando entre tanto a los nuevos conquistadores que llegaban cargados de botín, recorrió el poco camino que le quedaba para llegar al convento.

Donde ahora surge ese gran palacio, con su alta galería, había entonces, y había aún hasta hace no muchos años, una plazoleta, y al fondo de ésta la iglesia y el convento de los capuchinos, con cuatro grandes olmos delante. Nosotros nos congratulamos, no sin envidia, con aquellos de nuestros lectores que no han visto las cosas en ese estado: ello significa que son muy jóvenes, y no han tenido tiempo de hacer muchas necedades. Renzo fue derecho a la puerta, guardó en su pecho el medio pan que le quedaba, sacó y se puso en la mano la carta, y tiró de la campanilla. Se abrió una ventanita enrejada, y apareció la cara del fraile portero preguntando quién era.

—Uno del campo, que le trae al padre Buenaventura una carta urgente del padre Cristóforo.

—Dádmela —dijo el portero, sacando una mano por la reja.

—No, no —dijo Renzo—: tengo que entregársela en propia mano.

—No está en el convento.

—Déjeme entrar, y lo esperaré.

—Seguid mi consejo —respondió el fraile—: id a esperar a la iglesia, y mientras tanto podréis hacer un poco de bien. En el convento, por ahora, no se entra. —Y dicho esto, cerró la mirilla. Renzo se quedó allí, con su carta en la mano. Dio diez pasos hacia la puerta de la iglesia, para seguir el consejo del portero; mas luego pensó echar primero otra ojeada al tumulto. Atravesó la plazoleta, llegó hasta el borde de la calle, y se detuvo, con los brazos cruzados sobre el pecho, a mirar a la izquierda, hacia el interior de la ciudad, donde el bullicio era más nutrido y más fuerte. El torbellino atrajo al espectador. «Vamos a ver», dijo para sí; sacó su medio pan, y mordisqueándolo, echó a andar hacia aquella parte. Mientras se dirige allí, nosotros contaremos, lo más brevemente posible, las causas y principios de aquel trastorno.

CAPÍTULO XII

ERA aquél el segundo año de cosecha escasa. En el precedente, las provisiones sobrantes de los años anteriores habían suplido, hasta cierto punto, la carencia; y la población había llegado, ni saciada ni hambrienta, pero, sin duda, totalmente desprovista, a la recolección de 1628, en el cual estamos con nuestra historia. Ahora bien, esta cosecha tan deseada resultó ser aún más mísera que la anterior, en parte por el mayor rigor de

las estaciones (y ello no sólo en el Milanesado, sino también en un buen trecho de la región circunvecina); en parte por culpa de los hombres. Los destrozos y el despilfarro de la guerra, de aquella hermosa guerra que antes hemos mencionado, eran tales que en la parte del estado más próxima a ella, muchos más terrenos que de ordinario permanecían incultos y abandonados por los campesinos, los cuales, en vez de procurarse con su trabajo pan para sí y para los otros, se veían obligados a ir a mendigarlo por caridad. He dicho: más que de ordinario; porque los insoportables gravámenes, impuestos con una codicia y una insensatez igualmente desmedidas, la conducta habitual, incluso en plena paz, de las tropas alojadas en los pueblos, conducta que los dolorosos documentos de aquellos tiempos equiparan a la de un enemigo invasor, otras causas que no hay aquí lugar para enumerar, venían produciendo desde hacía ya algún tiempo, lentamente, ese triste efecto en todo el Milanesado: las circunstancias particulares de que ahora hablamos, eran como una exacerbación repentina de un mal crónico. Y aquella cosecha, fuera cual fuera, aún no había sido acabada de recoger, cuando ya las provisiones para el ejército, y el derroche que siempre las acompaña, hicieron en ella tal agujero que la penuria se dejó sentir al instante, y con la penuria ese doloroso, pero tan saludable como inevitable efecto suyo, la carestía. Mas cuando ésta llega a cierto extremo, nace siempre (o al menos siempre ha nacido hasta ahora; y si continúa haciéndolo tras tantos escritos de hombres eminentes, ¡figuraos en aquel tiempo!), nace en muchos la idea de que su causa no es la escasez. Se olvida haberla temido, predicho; se supone de pronto que hay trigo suficiente, y que el mal proviene de no venderse lo bastante para el consumo: suposiciones que no se tienen en pie; pero que lisonjean a un tiempo la cólera y la esperanza. A los acaparadores de trigo, reales o imaginarios, a los propietarios de tierras que no lo vendían todo en un día, a los tahoneros que lo compraban, a todos aquellos, en suma, que tuvieran poco o mucho, o que tuviesen fama de tenerlo, a éstos se les echaba la culpa de la penuria y el encarecimiento, éstos eran el blanco de las lamentaciones generales, la abominación de la multitud mal y bien vestida. Se decía con seguridad dónde estaban los almacenes, los graneros, repletos, rebosantes, apuntalados; se indicaba el número de sacos, disparatado; se hablaba con certeza de la inmensa cantidad de cereales que era enviada en secreto a otros países; en los cuales probablemente se gritaba, con igual seguridad y con igual arrebato, que los cereales de allí iban a Milán. Se imploraban de los magistrados esas medidas, que a la multitud le parecen siempre, o al menos siempre le han parecido hasta ahora, tan justas, tan sencillas, tan

apropiadas para hacer aparecer el trigo, escondido, tapiado, enterrado, según decían, y para hacer volver la abundancia. Los magistrados algo hacían: como establecer el precio máximo de ciertos productos, intimar penas a quien se negase a vender, y otros edictos del mismo género. Pero como todas las medidas de este mundo, por notables que sean, no poseen la virtud de disminuir la necesidad de alimento, ni de hacer que nazcan frutos fuera de su estación; y como éstos en particular no tenían ciertamente la de atraerlos de donde los pudiese haber en abundancia, el mal duraba y crecía. La multitud atribuía tal efecto a la escasez y la debilidad de los remedios, y solicitaba a grandes voces otros más generosos y decisivos. Y para su desgracia, encontró al hombre a la medida de sus deseos.

Durante la ausencia del gobernador don Gonzalo Fernández de Córdoba, que mandaba el asedio de Casal en el Monferrato, hacía sus veces en Milán el gran canciller Antonio Ferrer, también español. Este vio, ¿y quién no lo hubiera visto?, que el estar el pan a un precio justo, es en sí cosa muy deseable; y pensó, y aquí estuvo su error, que una orden suya podía bastar para lograrlo. Fijó la meta (así llaman aquí la tarifa en materia de comestibles), fijó la meta del pan al precio que habría sido justo, si el trigo se hubiera vendido normalmente a treinta y tres liras el moyo: mientras que se vendía hasta a ochenta. Hizo como una mujer antaño joven, que pensara rejuvenecer alterando su partida de bautismo.

Órdenes menos insensatas y menos inicuas, más de una vez, por la resistencia de las cosas mismas, habían permanecido incumplidas; pero por el cumplimiento de ésta velaba la multitud, que, viendo finalmente convertido en ley su deseo, no habría soportado verse burlada. Acudió en seguida a los hornos, a exigir el pan al precio tasado; y lo pidió con ese ademán de resolución y amenaza que dan la pasión, la fuerza y la ley unidas. No preguntéis si los panaderos pusieron el grito en el cielo. Amasar, repastar, enhornar, deshornar sin tregua; pues el pueblo, sintiendo confusamente que había allí algo innatural, asediaba los hornos sin descanso, para disfrutar de aquella ganga mientras durase; deslomarse, digo, y afanarse más de lo habitual, para perder dinero, cualquiera puede imaginarse el gusto que daría. Pero, por un lado los magistrados que intimaban penas, por el otro el pueblo que quería ser servido, y, por muy poco que un panadero vacilase, apremiaba y refunfuñaba, con aquel vozarrón suyo, y amenazaba con una de sus justicias, que son las peores que se hacen en este mundo; no quedaba otro remedio, había que amasar, enhornar, deshornar y vender. Sin embargo, para hacerlos proseguir con aquella empresa, no bastaba con

ordenárselo, ni que tuviesen mucho miedo; había que poder: y de durar la cosa un poco más, ya no habrían podido. Hacían presente a los magistrados lo inicuo y lo insoportable de la carga que se les imponía, protestaban con querer arrojar la pala al fuego, y marcharse; y entre tanto iban tirando como podían, esperando, esperando que, un día u otro, el gran canciller entrase en razón. Pero Antonio Ferrer, el cual era lo que ahora se diría un hombre de carácter, respondía que los panaderos habían tenido buenas, muy buenas ganancias en el pasado, y que volverían a tenerlas buenas, muy buenas, en cuanto tornara la abundancia; que también se vería, se pensaría quizá en resarcirlos de alguna manera; y que mientras tanto aguantasen otro poco más. Bien porque estuviese realmente persuadido de estas razones que alegaba ante los demás, o porque, conociendo por los efectos la imposibilidad de mantener aquel edicto suyo, quisiera dejar a otros el odioso trabajo de revocarlo; pues, ¿quién puede ahora meterse en la cabeza de Antonio Ferrer?, el hecho es que se mantuvo firme en su decisión. Por fin los decuriones (una magistratura municipal formada por nobles, que duró hasta el noventa y seis del siglo pasado) informaron por carta al gobernador del estado en el que se hallaban las cosas: que encontrase él algún remedio para solucionarlas.

Don Gonzalo, engolfado hasta las cejas en los asuntos de la guerra, hizo lo que el lector ciertamente se imagina: nombró una junta, a la cual otorgó la autoridad de poner el pan a un precio razonable; una cosa llevadera tanto para una parte como para la otra. Los delegados se reunieron o, como aquí se decía españolescamente en la jerga secretaril de entonces, se «juntaron»; y tras mil reverencias, cumplidos, preámbulos, suspiros, reticencias, propuestas en el aire, tergiversaciones, arrastrados todos hacia una deliberación por una necesidad que todos sentían, sabiendo bien que jugaban una gran baza, pero convencidos de no poder hacer otra cosa, decidieron encarecer el pan. Los panaderos respiraron; pero el pueblo se enfureció.

La noche anterior al día en que Renzo llegó a Milán, las calles y las plazas hormigueaban de hombres, que empujados por una rabia común, dominados por un pensamiento común, conocidos o extraños, se reunían en corrillos, sin haberse dado cita, casi sin advertirlo, como gotas esparcidas por la misma pendiente. Cada discurso acrecentaba la persuasión y la pasión de los oyentes, así como las de quien lo había pronunciado. Entre tantos apasionados, había también algunos con la sangre más fría, los cuales observaban con mucho placer cómo las aguas se iban enturbiando; y se las ingeniaban para enturbiarlas más, con esos

razonamientos y con esas historias que los astutos saben inventar, y los ánimos alterados saben creer; y se proponían no dejar que esas aguas se calmasen, sin haber pescado antes algo en ellas. Miles de hombres se fueron a la cama con la vaga sensación de que era preciso hacer algo, de que algo se haría. Antes del amanecer, las calles estaban de nuevo llenas de corrillos: chiquillos, mujeres, hombres, viejos, obreros, pobres, se juntaban al azar: aquí había un musitar confuso de muchas voces; allí uno peroraba y los demás aplaudían; éste hacía al más próximo la misma pregunta que acababan de hacerle a él; aquél repetía la exclamación que había resonado en sus oídos; por doquier lamentos, amenazas, asombros: un pequeño número de vocablos era el material de tantos discursos.

Sólo faltaba una ocasión, un impulso, un arranque cualquiera, para convertir las palabras en hechos; y no se hizo esperar mucho. Salían, al amanecer, de las panaderías los repartidores que, con un cuévano cargado de pan, iban a llevarlo a las casas de costumbre. La primera aparición de uno de aquellos malaventurados muchachos donde había un corrillo de gente, fue como el caer de un petardo encendido en medio de un polvorín. —¡Vaya si hay pan! —gritaron cien voces al mismo tiempo—. Sí, para los tiranos que nadan en la abundancia, y quieren matarnos de hambre a nosotros —dice uno; se acerca al rapaz, echa mano al borde del cuévano, da un tirón, y dice:

—Déjame ver. —El rapaz se pone rojo, pálido, tiembla, quisiera decir: dejadme marchar; pero las palabras mueren en su boca; afloja los brazos, y trata de librarlos a toda prisa de las correas. —Abajo esa cesta —gritan mientras tanto. Muchas manos la aferran al mismo tiempo: está en el suelo; vuela por los aires el paño que la cubre: una tibia fragancia se esparce alrededor.

—También nosotros somos cristianos: también nosotros hemos de comer pan —dice el primero; coge una hogaza, la levanta mostrándosela a la multitud, le hinca el diente: manos al cuévano, panes por los aires; en menos que se tarda en decirlo, quedó vacía. Aquellos que no habían tocado a nada, irritados al ver la ganancia ajena, y animados por lo fácil de la empresa, echaron a andar en manada, en busca de otros cuévanos: cuantos encontraron, desvalijaron. Y no era ni siquiera preciso asaltar a los que los llevaban: quienes, para su desdicha, se encontraban en la calle, viendo el mal cariz de las cosas, posaban voluntariamente su carga, y pies para qué os quiero. Con todo ello, los que se quedaban sin probar bocado, eran sin comparación la mayoría; tampoco los conquistadores se conformaban con un botín tan pequeño, y mezclándose luego con los unos

y los otros, estaban aquellos que habían contado con un desorden de más envergadura.

—¡Al horno! ¡Al horno! —se grita.

En la calle llamada la Corsia dei servi, había y hay todavía un horno, que conserva el mismo nombre; nombre que en toscano quiere más o menos decir el horno de las muletas, y en milanés está formado por palabras tan heteróclitas, tan extravagantes, tan salvajes, que el alfabeto de la lengua carece de signos para indicar su sonido. Hacia aquella parte se lanzó la gente. Los de la panadería estaban interrogando al repartidor que había vuelto con las manos vacías, el cual, despavorido y trastornado, refería balbuciente su triste aventura; cuando, en esto, se oyen unas pisadas y, a la vez, un griterío; crece y se acerca; aparecen las avanzadillas de la mesnada.

Corre, corre; aprisa, aprisa: uno sale disparado a pedir ayuda al capitán de justicia; los otros cierran a toda prisa la tienda, y apuntalan los batientes. La gente empieza a agolparse fuera, y a gritar:

—¡Pan!, ¡pan! ¡Abrid!, ¡abrid!

Pocos momentos después, llega el capitán de justicia, con una escolta de alabarderos. —Paso, paso, hijos míos: a casa, a casa; abrid paso al capitán de justicia —gritan él y los alabarderos. El gentío, que no era todavía muy numeroso, hace un poco de sitio; de modo que aquéllos pudieron llegar, y apostarse, unidos, aunque no en orden, ante la puerta de la panadería.

—Pero, hijos míos —peroraba desde allí el capitán—, ¿qué hacéis aquí? A casa, a casa. ¿Dónde está el temor de Dios? ¿Qué va a decir el Rey nuestro señor? No queremos haceros daño; pero marchaos a casa. ¡Vamos! ¿Qué diablos queréis hacer aquí, amontonados de esa manera? Nada bueno, ni para el alma ni para el cuerpo. A casa, a casa.

Pero los que veían la cara del orador, y oían sus palabras, aun cuando hubieran querido obedecer, decidme cómo hubieran podido, empujados según estaban, e impelidos por los de atrás, empujados también ellos, cual unas olas por otras, hasta el final de la multitud, que iba engrosando por momentos. Al capitán empezaba a faltarle el aliento.

—Hacedlos retroceder, para que pueda respirar un poco —decía a los alabarderos—: pero no le hagáis daño a nadie. Tratemos de entrar en la tienda: llamad, echadlos para atrás.

—¡Atrás!, ¡atrás! —gritan los alabarderos, arrojándose todos juntos encima de los primeros, y repeliéndolos con las astas de las alabardas. Aquéllos gritan, retroceden como pueden; las espaldas dan en los pechos, los codos en los vientres, los talones en las puntas de los pies de los que

están detrás: se forma un estrujamiento, un revoltijo tal que cuantos se hallaban en el medio hubieran pagado cualquier cosa por estar en otra parte. Entre tanto se ha hecho un poco de sitio delante de la puerta: el capitán llama, vuelve a llamar, grita que le abran: los de dentro miran por las ventanas, bajan corriendo, abren; el capitán entra, llama a los alabarderos, que se cuelan también uno tras otro, los últimos contienen a la muchedumbre con las alabardas. Cuando han entrado todos, se echa el cerrojo, se apuntala de nuevo; el capitán sube a toda prisa, y se asoma a una ventana.

—¡Huy, qué hormiguero!

—Hijos míos —grita: muchos se vuelven hacia arriba—; hijos míos, marchaos a casa. Perdón general para quien vuelva en seguida a casa.

—¡Pan!, ¡pan! ¡Abrid!, ¡abrid! —eran las palabras más inteligibles en aquel vocerío horrendo que la muchedumbre mandaba como respuesta.

—¡Juicio, hijos míos!, ¡tened cuidado! Todavía estáis a tiempo. Ea, marchaos, volved a casa. Tendréis pan; pero no de esta manera. ¡Eh!... ¡Eh! ¿Qué hacéis ahí abajo? ¡Eh!, ¡esa puerta! ¡Hola, hola! Ya veo, ya veo: ¡Juicio! ¡Tened cuidado!, es un delito grave. Ahora mismo voy yo. ¡Eh!, ¡eh! Soltad esas herramientas; abajo esas manos. ¡Avergonzaos!, ¡vosotros los milaneses, que en todo el mundo se os conoce por vuestra bondad! Oíd, oíd: siempre habéis sido buenos chi... ¡Ah, canalla!

Esta rápida mutación de estilo fue causada por una piedra que, salida de la mano de uno de aquellos buenos chicos, fue a dar en la frente del capitán, en la protuberancia izquierda de la profundidad metafísica. —¡Canalla! ¡Canalla! —seguía gritando, mientras cerraba a toda prisa la ventana, y se retiraba. Pero aunque había gritado con toda la fuerza de sus pulmones, sus palabras, buenas o malas, se habían perdido y disipado todas en el aire, entre la tempestad de gritos que venía de abajo. En cuanto a lo que decía ver, era un gran ajetreo de piedras, de herramientas (las primeras que habían podido procurarse por el camino), que se desplegaba ante la puerta, para hundirla, y en las ventanas, para arrancar las rejas: y ya la obra estaba muy adelantada.

Entre tanto, los dueños y los operarios de la panadería, que estaban en las ventanas de los pisos altos, con una munición de piedras (probablemente habrían desempedrado un patio), gritaban y hacían muecas a los de abajo, para que abandonaran la empresa; enseñaban las piedras, amenazaban con querer tirarlas. Viendo que era tiempo perdido, comenzaron a arrojarlas de verdad. Ni una sola fallaba el blanco; pues el gentío era tal, que ni un grano de mijo, como suele decirse, habría llegado al suelo.

—¡Ah, bribones!, ¡ah, truhanazos! ¿Ese es el pan que dais a la pobre gente? ¡Ah! ¡Ay de mí! ¡Huy! ¡Ahora, ahora! —gritaban abajo. Más de uno quedó descalabrado; dos muchachos, muertos en el sitio. El furor acrecentó las fuerzas de la multitud: la puerta fue derribada, las rejas, arrancadas; y el torrente penetró por todos los pasos. Los de dentro, viendo el mal cariz de las cosas, huyeron al desván: el capitán, los alabarderos, y algunos de la casa se quedaron allí, agazapados en los rincones; otros, saliendo por los tragaluces, andaban por los tejados, como los gatos.

La vista del botín hizo olvidar a los vencedores sus planes de sangrientas venganzas. Se lanzan a los cajones; el pan es saqueado. Alguno, en cambio, corre al mostrador, fuerza la cerradura, echa mano a las escudillas, coge monedas a puñados, se las embolsa, y sale cargado de dinero, para regresar luego a robar pan, si es que queda algo. La muchedumbre se esparce por los almacenes. Agarran los sacos, los arrastran, los vuelcan: alguien se mete uno entre las piernas, desata la boca, y, para convertirlo en una carga llevadera, tira parte de la harina: otro, gritando:

—Espera, espera— se inclina a extender el mandil, un pañuelo, el sombrero, para recibir aquel bien de Dios; otro corre a una artesa, y coge un trozo de masa, que se alarga, y se les escapa por todas partes; otro, que ha conquistado un cedazo, lo lleva por los aires: unos van, otros vienen: hombres, mujeres, chiquillos, empujones dados y devueltos, gritos, y una blanca polvareda que se posa en todas partes, y por todas partes se levanta, y todo lo vela y nubla. Fuera, un gentío formado por dos procesiones opuestas, que se rompen y se estorban recíprocamente, los que salen con el botín, y los que quieren entrar en su busca.

Mientras aquel horno era desbaratado de este modo, ningún otro de la ciudad estaba tranquilo y sin peligro. Mas a ninguno acudió la gente en tal número como para poder emprenderlo todo; en algunos, los dueños habían reunido ayuda, y estaban en guardia; en otras partes, siendo pocos, llegaban, en cierto modo, a pactos: repartían el pan a los que habían comenzado a agolparse ante los hornos, para que se fueran con él. Y aquéllos se iban, no tanto porque estuvieran satisfechos, como porque los alabarderos y la tropa de esbirros, manteniéndose a prudente distancia del terrible horno de las muletas, se dejaban ver en cambio en otras partes, con fuerza suficiente como para infundir respeto a los míseros que no fueran una multitud. Así, el alboroto iba creciendo cada vez más en aquel desdichado horno; porque todos los que tenían ganas de gresca, corrían allá donde los amigos eran más fuertes, y la impunidad, segura.

A este punto habían llegado las cosas, cuando Renzo, habiendo ya acabado de mordisquear su pan, avanzaba por la barriada de la Puerta Oriental, y se dirigía, sin saberlo, precisamente al centro del tumulto. Iba, ora de prisa, ora rezagado por la muchedumbre; y mientras andaba, miraba y tendía el oído, para sacar de aquel zumbido confuso de conversaciones alguna noticia más positiva sobre el estado de las cosas. Y he aquí poco más o menos las palabras que consiguió recoger durante todo el camino que recorrió.

—Ahora se ha descubierto —gritaba uno— la infame impostura de esos bribones, que decían que no había ni pan, ni harina, ni trigo. Ahora está todo más claro que el agua; y ya no nos podrán enredar con engaños. ¡Viva la abundancia!

—Os digo que todo esto no sirve de nada —decía otro—: es gritar al viento; es más, será peor que antes, si no se da un buen escarmiento. El pan lo pondrán barato, pero le echarán veneno, para que los pobres mueran como moscas. Ya andan diciendo que somos demasiados; lo han dicho en la junta; y yo lo sé de buena tinta, porque se lo he oído decir con mis propios oídos, a una comadre mía, que es amiga del pariente de un marmitón de uno de esos señores.

Decía palabras irrepetibles, con la espuma en la boca, otro que se sujetaba con un jirón de pañuelo los cabellos revueltos y ensangrentados. Y algún vecino, para consolarlo, le hacía eco.

—Paso, paso, señores, dígnense; dejen pasar a un pobre padre de familia, que lleva de comer a cinco hijos —eso decía uno que llegaba tambaleándose bajo un gran saco de harina; y todos se las arreglaban para apartarse, y dejarle sitio.

—¿Yo? —decía otro, casi en voz baja, a un compañero—, yo me largo. He visto mucho, y sé cómo terminan estas cosas. Esos simplones que ahora arman tanto alboroto, mañana o pasado mañana, se quedarán en casa, muertos de miedo. Ya he visto algunas caras, algunos hombres de bien que andan rondando, haciéndose los distraídos, y apuntan quién está y quién no: cuando todo haya terminado, echan la cuenta, y el que cae, cae.

—Quien protege a los panaderos —gritaba una voz sonora, que atrajo la atención de Renzo— es el vicario de provisión.

—Todos son unos bribones —decía uno a su lado.

—Sí; pero el jefe es él —replicaba el primero.

El vicario de provisión, elegido cada año por el gobernador entre seis nobles propuestos por el Consejo de los decuriones, era el presidente de éste, y del Tribunal de Provisión; el cual, formado por doce, también

nobles, tenía, entre otras atribuciones, principalmente la de la anona. Quien ocupaba tal puesto debía necesariamente, en tiempos de hambre y de ignorancia, ser tenido por el autor de los males, a menos que no hubiera hecho lo que hizo Ferrer; cosa que no estaba en sus facultades, aun cuando hubiese estado en sus ideas.

—¡Desalmados! —exclamaba otro—: ¿Se puede hacer algo peor? Han llegado a decir que el gran canciller es un viejo chocho, para desacreditarlo, y mandar ellos solos. Habría que hacer una jaula, y meterlos dentro, para que vivan de arvejas y cizaña, como querían tratarnos a nosotros.

—¿Conque pan, eh? —decía uno que quería ir de prisa—: piedras de a libra: piedras así, que caían como granizo. ¡Y qué molimiento de costillas! No veo la hora de estar en mi casa.

Entre estas conversaciones con las cuales no sabría decir si quedaba más informado o más asombrado, y entre empujones, llegó Renzo finalmente ante aquel horno. La gente ya había menguado mucho, de modo que pudo contemplar el feo y reciente desbarajuste. Las paredes desconchadas y machacadas por piedras, por ladrillos, las ventanas desquiciadas, derribada la puerta.

«Pues eso no está bien», dijo Renzo para sí; «si desbaratan así los hornos, ¿dónde quieren hacer el pan, en los pozos?»

De vez en cuando salía de la panadería alguno llevando un trozo de arcón, o de artesa, o de criba, el mango de una amasadera, un banco, una banasta, un libro de cuentas, algo, en suma, de aquel pobre horno; y gritando:

—Paso, paso —se abría camino entre la gente. Todos iban en la misma dirección, y a un lugar convenido, según parecía. «¿Qué significa ahora esto otro?», pensó de nuevo Renzo; y fue tras uno que, formado un haz de tablas rotas y de astillas, se lo echó al hombro, encaminándose, como todos los demás, por la calle que flanquea el lado norte de la catedral, y ha tomado el nombre de los escalones que había, y ha habido hasta hace poco. El deseo de observar los acontecimientos no pudo impedir que el montañés, cuando surgió ante él la gran mole, se detuviese a mirar hacia arriba, con la boca abierta. Apretó luego el paso, para alcanzar al que había tomado como guía; dobló la esquina, echó también una ojeada a la fachada de la catedral, tosca entonces en gran parte y muy lejos de su terminación; y siempre en pos del otro, que iba hacia el centro de la plaza. El gentío era más nutrido cuanto más se avanzaba, pero al guía se le abría paso: él hendía el oleaje humano, y Renzo, pegado siempre a sus talones, llegó con él al centro de la multitud. Había allí un espacio vacío, y en el

medio, un montón de brasas, reliquias de los enseres antes mencionados. En torno, aplausos y pataleos, un estruendo de mil gritos de triunfo y de imprecación.

El hombre del haz lo arrojó sobre el montón; otro, con un trozo de pala medio achicharrada, hurga en el fuego: el humo crece y se hace más denso; la llama se reaviva; con ella los gritos resuenan más fuertes.

—¡Viva la abundancia! ¡Mueran los verdugos del pueblo! ¡Muera la carestía! ¡Abajo la Provisión! ¡Abajo la junta! ¡Viva el pan!

A decir verdad, la destrucción de las cribas y las artesas, la devastación de los hornos, y el desbarajuste de los panaderos, no son los medios más expeditos para hacer vivir el pan; pero ésta es una de esas sutilezas metafísicas que a una multitud no se le alcanzan. Con todo, sin ser un gran metafísico, a un hombre puede alcanzársele a veces a la primera, mientras sea nuevo en la cuestión; y sólo a fuerza de hablar, y de oír hablar del asunto, se volverá también incapaz de comprenderlo. A Renzo, en efecto, aquella idea se le había ocurrido, como hemos visto, desde el principio, y le tornaba a la mente a cada momento. De todas formas, se la guardó para sí; porque entre tantas caras, no había una sola que pareciese decir: hermano, si me equivoco, corrígeme, y te lo agradeceré.

Ya se había extinguido otra vez la llama; no se veía venir a nadie más con nuevo material, y la gente empezaba a aburrirse; cuando se esparció la voz de que, en el Cordusio (una plazoleta o una encrucijada no muy distante de allí), habían puesto sitio a un horno. A menudo, en semejantes circunstancias, el anuncio de una cosa la hace ser. Junto con el rumor, se difundió entre la multitud un deseo de correr allí:

—Yo voy, ¿vienes tú? Voy; vamos —se oía por doquier: el gentío se disgrega, y se convierte en una procesión. Renzo permanecía rezagado, casi sin moverse, salvo cuando era arrastrado por el torrente; y entre tanto meditaba para sí, si debía salir del tumulto, y regresar al convento, en busca del padre Buenaventura, o ir a ver también esto otro. Prevaleció de nuevo la curiosidad. Sin embargo, decidió no meterse en medio del barullo para que le molieran los huesos, o sacar algo peor; sino mantenerse a cierta distancia, observando. Y encontrándose ya un poco alejado, sacó del bolsillo el otro pan, y dándole un mordisco, echó a andar a la cola del tumultuoso ejército.

Éste, desde la plaza, había entrado ya en la calle corta y estrecha de la Pescadería Vieja, y desde allí, por ese arco oblicuo, en la plaza de los Mercaderes. Y eran muy pocos los que, al pasar ante el nicho que divide a la mitad el pórtico del edificio entonces llamado colegio de los doctores, no echaban una ojeada a la gran estatua que allí campeaba, a aquel rostro

serio, adusto, ceñudo, y no digo bastante, de don Felipe II que, incluso desde el mármol, imponía no sé qué respeto, y, con aquel brazo extendido, parecía estar a punto de decir: ahora voy, canalla.

Esa estatua ya no está allí, por un azar singular. Unos ciento setenta años después de lo que estamos relatando, un buen día le cambiaron la cabeza, le quitaron de la mano el cetro, y lo sustituyeron por un puñal; y a la estatua le pusieron el nombre de Marco Bruto. Así compuesta estuvo quizá un par de años; pero, una mañana, algunos que no simpatizaban con Marco Bruto, e incluso debían de tener contra él algún resentimiento secreto, echaron una soga alrededor de la estatua, la derribaron, le hicieron mil tropelías; y, mutilada y reducida a un torso informe, la arrastraron, con los ojos fuera de las órbitas y las lenguas fuera, por las calles, y, cuando estuvieron bien exhaustos, la echaron a rodar no sé por dónde. ¡Quién iba a decírselo a Andrea Biffi cuando la esculpía!

Desde la plaza de los Mercaderes, la chusma enfiló ese otro arco de la calle de los fustaneros, y desde allí se esparció por el Cordusio. Cada uno, apenas desembocaba allí, miraba en seguida hacia el horno que se les había indicado. Pero, en vez de la multitud de amigos que esperaban encontrar, ya manos a la obra, vieron sólo a algunos que permanecían, como vacilando, a cierta distancia de la panadería, la cual estaba cerrada, y en las ventanas gente armada, en actitud de quien está preparado para defenderse. Ante aquella vista, unos se maravillaban, otros imprecaban, otros se reían; algunos se volvían a avisar a los que iban llegando; otros se detenían, otros querían volver atrás, alguno decía:

—Adelante, adelante. —Era un empujar y un resistir, una especie de estancamiento, un titubeo, un moscardeo confuso de contrastes y deliberaciones. Entonces, estalló entre el gentío una malhadada voz:

—Aquí cerca está la casa del vicario de provisión: vayamos a hacer justicia, y pongámosla a saco. —Pareció el recuerdo común de una resolución ya tomada, más que la aceptación de una propuesta. —¡Al vicario! ¡Al vicario! —es el único ruido que puede oírse. La turba echa a andar, toda junta, hacia la calle donde estaba la casa nombrada en tan mal punto.

CAPITULO XIII

EL desventurado vicario estaba, en ese momento, haciendo una digestión agria y laboriosa de un almuerzo mascado sin apetito, y sin pan fresco; y esperaba, con gran aprensión, en qué pararía aquella borrasca, lejos, sin embargo, de sospechar que iba a caer tan espantosamente sobre él. Algún

hombre de bien se adelantó al galope a la muchedumbre, para advertirlo de lo que se le venía encima. Los criados, atraídos ya por el ruido en la puerta, miraban con zozobra calle arriba, hacia la parte por donde el ruido se iba aproximando. Mientras oyen el aviso, ven aparecer la vanguardia: aprisa y corriendo llevan el aviso a su amo: mientras éste piensa en escapar, y en cómo escapar, otro viene a decirle que ya no hay tiempo. Los criados lo tienen apenas para cerrar la puerta. Echan la tranca, la apuntalan, corren a cerrar las ventanas, como cuando se ve avanzar un negro nubarrón, y se espera el granizo de un momento a otro. El griterío creciente, descendiendo desde lo alto como un trueno, retumba en el patio vacío; cada rincón de la casa retruena con él: y en medio del vasto y confuso estruendo, se oyen fuertes y nutridas pedradas en la puerta.

—¡El vicario! ¡El tirano! ¡El verdugo del pueblo! ¡Lo queremos! ¡Vivo o muerto!

El infeliz vagaba de estancia en estancia, pálido, sin aliento, dando palmadas, encomendándose a Dios, y a sus criados, que resistieran, que hallasen la manera de hacerlo escapar. Pero, ¿cómo y por dónde? Subió al desván; por un agujero miró ansiosamente a la calle, y la vio atestada de furiosos; oyó las voces que pedían su muerte; y más despavorido que nunca, se retiró, y fue en busca del escondrijo más seguro y recóndito. Agazapado allí, estaba atento, atento por si el funesto ruido decrecía, por si el tumulto se aquietaba un poco; mas oyendo en cambio que el bramido se elevaba más feroz y estruendoso, y que se redoblaban los golpes, asaltado por una nueva zozobra, se tapaba a toda prisa las orejas. Luego, como fuera de sí, rechinando los dientes, y contrayendo la cara, extendía los brazos, y hacía fuerza con los puños, como si quisiera sujetar la puerta... Por lo demás, lo que hacía exactamente, no puede saberse, ya que estaba solo; y la historia se ve obligada a adivinar. Suerte que está acostumbrada.

Renzo, esta vez, se hallaba en lo más recio del tumulto, ya no arrastrado por el torrente, sino metido deliberadamente en él.

Ante aquella primera propuesta de sangre, había sentido toda la suya revolvérsele: en cuanto al saqueo, no habría sabido decir si estaba bien o mal en aquel caso; pero la idea del homicidio le causó un horror sincero e inmediato. Y aunque, por esa funesta docilidad de los ánimos apasionados ante el afirmar apasionado de muchos, estuviese convencidísimo de que el vicario era la causa principal del hambre, el enemigo de los pobres, con todo, habiendo oído por casualidad, al ponerse en movimiento la turba, alguna palabra que indicaba la voluntad de hacer cualquier clase de esfuerzo por salvarlo, se había propuesto al instante ayudar también él en

aquella obra; y, con esa intención se había metido casi hasta la puerta, que era atacada de mil modos. Unos, con guijarros, golpeaban los clavos de la cerradura, para arrancarla; otros, con palos, escoplos y martillos, trataban de trabajar más en regla: otros, con piedras, con cuchillos despuntados, con clavos, con bastones, con las uñas, a falta de otra cosa, desconchaban y agrietaban la pared, y se las ingeniaban para quitar los ladrillos, y abrir una brecha. Los que no podían ayudar, animaban con gritos; pero, al mismo tiempo, a fuerza de empujar, estorbaban aún más el trabajo, ya de por sí estorbado por el desordenado concurso de los trabajadores: pues, gracias al cielo, también sucede a veces en el mal esa cosa demasiado frecuente en el bien, que sus partidarios más ardientes resultan un impedimento.

Los magistrados que primero recibieron el aviso de lo que ocurría, mandaron en seguida a pedir socorro al comandante del castillo, que entonces se llamaba de Puerta Giovia; el cual envió algunos soldados. Pero, entre el aviso, la orden, el reunirse, el ponerse en camino y el camino, llegaron cuando ya la casa estaba cercada por vasto asedio; e hicieron alto lejos de ella, en un extremo de la muchedumbre. El oficial que los mandaba no sabía qué partido tomar. Allí no había más que un, permítaseme decirlo, amasijo de gente de variada edad y sexo, que estaba mirando. A las intimaciones que se le hacían, de dispersarse, y de abrir paso, respondían con un sombrío y prolongado murmullo; nadie se movía. Abrir fuego sobre aquella chusma, le parecía al oficial algo no sólo cruel, sino lleno de peligro; algo que, ofendiendo a los menos temibles, habría irritado a los muchos violentos; y por otra parte, no tenía esas instrucciones. Romper aquella primera muchedumbre, arrollarla a derecha e izquierda, y avanzar para llevar la guerra a quien la hacía, habría sido lo mejor; pero conseguirlo, ésa era la cuestión. ¿Quién sabía si los soldados podrían avanzar unidos y en orden? Pues, si, en vez de romper el gentío, se diseminaban entre él, se hallarían a su merced, tras haberlo excitado. La indecisión del comandante y la inmovilidad de los soldados pareció, con razón o sin ella, miedo. La gente que se encontraba cerca de ellos, se contentaba con mirarlos a la cara, con un aire, como suele decirse, de me importas un comino; los que estaban un poco más lejos, no se privaban de provocarlos, con muecas y risas de burla; más allá pocos sabían o se cuidaban de su presencia; los gastadores seguían derruyendo la pared, sin otra preocupación que la de concluir pronto su empresa; los espectadores no cesaban de animarla con gritos.

Destacaba entre éstos, y era él mismo espectáculo, un viejo de mala vida que, abriendo de par en par dos ojos hundidos e inflamados, contrayendo

las arrugas en una mueca de placer diabólico, con las manos alzadas sobre una canicie oprobiosa, agitaba en el aire un martillo, una cuerda, cuatro grandes clavos, con los que decía querer clavar al vicario en una hoja de la puerta, en cuanto lo hubiesen matado.

—¡Eh! ¡Avergonzaos! —saltó Renzo, horrorizado ante aquellas palabras, a la vista de tantos otros rostros que daban señales de aprobarlas, y animado al ver otros, de los cuales, aunque mudos, traslucía el mismo horror que lo embargaba a él:

—¡Avergonzaos! ¿Queréis quitarle su oficio al verdugo? ¿Asesinar a un cristiano? ¿Cómo queréis que Dios nos dé pan, si hacemos esas atrocidades? ¡Rayos nos mandará, y no pan!

—¡Ah, perro!, ¡ah, traidor de la patria! —gritó, volviéndose a Renzo, con una cara de endemoniado, uno de los que habían podido escuchar entre el estruendo aquellas santas palabras.

—¡Espera, espera! Es un criado del vicario, disfrazado de campesino: es un espía: ¡a él, a él! —Mil voces se difunden en torno suyo:

—¿Qué pasa? ¿Dónde está? ¿Quién es? Un criado del vicario. Un espía. El vicario disfrazado de campesino, que se escapa. ¿Dónde está?, ¿dónde está? ¡A él, a él!

Renzo enmudece, se hace chiquito, chiquito, quisiera desaparecer; algunos vecinos lo rodean; y con grandes y variados gritos tratan de confundir aquellas voces hostiles y homicidas. Pero lo que más le valió fue un —¡Paso! ¡Paso!— que se oyó gritar por allí cerca —¡Paso! Aquí está la ayuda: ¡Eh, paso!

¿Qué era? Era una larga escalera de mano, que traían algunos, para apoyarla en la casa, y entrar por una ventana. Pero por suerte, aquel remedio, que habría hecho la cosa fácil, no era fácil de poner en práctica. Los portadores, en uno y otro extremo, y a un lado y otro del artilugio, empujados, desordenados, divididos por el gentío, iban haciendo eses: uno con la cabeza entre dos travesaños, y los largueros sobre los hombros, oprimido como bajo un yugo sacudido, mugía; otro era apartado de su carga de un empellón; la escalera abandonada golpeaba hombros, brazos, costillas: pensad lo que dirían sus dueños. Otros levantan con las manos el peso muerto, se meten debajo, se lo ponen encima, gritando:

—¡Ánimo! ¡Vamos! —La máquina fatal avanza a trompicones, y culebreando. Llegó a tiempo de distraer y dispersar a los enemigos de Renzo, el cual aprovechó la confusión nacida en la confusión; y, pasito a pasito, luego a codazo limpio, se alejó de aquel lugar, donde no soplaban buenos vientos para él, con la intención también de salir, lo antes posible, del tumulto, e ir de veras a buscar o a esperar al padre Buenaventura.

De repente, un movimiento extraordinario, iniciado en un extremo, se propaga por toda la muchedumbre, se esparce una voz, corre de boca en boca:

—¡Ferrer! ¡Ferrer!— un asombro, una alegría, una rabia, una simpatía, una repugnancia, estallan dondequiera que llega ese nombre; unos lo gritan, otros quieren sofocarlo; unos afirman, otros niegan, unos bendicen, otros blasfeman.

—¡Está aquí Ferrer!

—¡No es verdad, no es verdad!

—Sí, sí.

—¡Viva Ferrer!, el que ha puesto el pan barato.

—¡No, no!

—¡Está aquí, viene en coche!

—¿Qué importa? ¿Qué tiene él que ver en esto? ¡No queremos a nadie! —¡Ferrer! ¡Viva Ferrer!, ¡el amigo de los pobres! Viene para llevar a prisión al vicario.

—No, no: queremos hacer justicia nosotros: ¡atrás, atrás!

—Sí, sí: ¡Ferrer!, ¡a la cárcel con el vicario!

Y todos, poniéndose de puntillas, se vuelven a mirar hacia el sitio donde se anunciaba la inesperada llegada. Al empinarse todos, no veían ni más ni menos que si todos se hubieran quedado con las plantas en el suelo; pero daba igual, todos se empinaban.

En efecto, en el extremo de la multitud, por el lado opuesto a aquél donde se encontraban los soldados, había llegado en carroza Antonio Ferrer, el gran canciller; el cual, remordiéndole probablemente la conciencia por haber sido, con sus disparates y su obstinación, la causa, o al menos la ocasión de aquel motín, venía ahora a tratar de apaciguarlo, e impedir por lo menos su más terrible e irreparable efecto: venía a emplear bien una popularidad mal adquirida.

En los tumultos populares hay siempre cierto número de hombres que, o por acaloramiento de pasión, o por persuasión fanática, o por un designio malvado, o por un perverso gusto del desorden, hacen todo lo posible por llevar las cosas al peor extremo; proponen o promueven los consejos más despiadados, soplan en el fuego cada vez que empieza a languidecer: nunca es demasiado para ellos; no querrían que el tumulto tuviera fin ni medida. Pero en compensación, siempre hay cierto número de otros hombres que, con igual ardor e igual resistencia, se afanan por producir el efecto contrario: algunos movidos por amistad o por parcialidad hacia las personas amenazadas; otros sin más impulso que un piadoso y espontáneo horror de la sangre y las atrocidades. Que el cielo los bendiga.

En cada una de estas dos partes opuestas, aun cuando no haya un acuerdo previo, la uniformidad de las voluntades crea un acuerdo instantáneo en las operaciones. Lo que luego forma la masa, y casi la materia prima del tumulto, es una mezcolanza accidental de hombres, que, más o menos, por gradaciones indefinidas, participan de uno y otro extremo: un poco acalorados, un poco bribones, un poco inclinados a cierta justicia, entendida a su manera, un poco deseosos de ver algo sonado, dispuestos a la ferocidad y a la misericordia, a detestar y a adorar, según se presente la ocasión de experimentar plenamente uno u otro sentimiento; ávidos en todo momento de saber, de creer alguna enormidad, necesitados de gritar, de aplaudir a alguien, o de maldecirlo. Viva y muera son las palabras que lanzan de mejor gana; y quien consiga convencerlos de que un hombre no merece ser descuartizado, no necesita gastar más saliva para persuadirlos de que es digno de ser llevado en triunfo: actores, espectadores, instrumentos, obstáculos, todo según el viento que sople; dispuestos también a callarse, si no oyen más gritos que repetir, a abandonar la empresa, si faltan los instigadores, a dispersarse, si muchas voces concordes y no contradichas dicen: vámonos; y a volver a casa, preguntándose uno a otro: ¿qué ha pasado? Pero como esa masa, al tener la mayor fuerza, se la puede dar a quien quiera, así, cada una de las dos partes activas usa todas las artes para ponerla de su lado, para adueñarse de ella: son como dos almas enemigas, que combaten para entrar en ese corpachón, y obligarlo a moverse. Pugnan por ver quién sabrá difundir las voces más apropiadas para excitar las pasiones. Por encauzar los movimientos en favor de uno u otro intento; por encontrar las nuevas más a propósito para reavivar la ira, o para enfriarla, para despertar las esperanzas o los terrores; por encontrar el grito, que repetido por más bocas y con más fuerza, exprese, confirme y cree al mismo tiempo el voto de la mayoría, inclinándose de una parte o de otra.

Toda esta plática se ha hecho para venir a decir que, en la lucha entre las dos partes que se disputaban el voto de la gente agolpada ante la casa del vicario, la aparición de Antonio Ferrer dio, casi en un momento, una gran ventaja al partido de los humanitarios, el cual estaba en manifiesta inferioridad, y, con un poco que hubiese tardado aquel auxilio, ya no habría tenido ni fuerzas, ni motivo para combatir. El hombre era bienquisto de la multitud, por aquella tarifa de su invención tan favorable a los compradores, y por aquel su heroico mantenerse firme frente a todo razonamiento en contra. Los ánimos ya propensos estaban ahora aún más prendados de la confianza animosa del viejo que, sin guardias, sin aparato, venía así a encontrarse, a enfrentarse, con una multitud irritada y

procelosa. Surtía además un efecto admirable el oír que venía a llevarse a la cárcel al vicario: así el furor contra éste, que se hubiera desencadenado de peor modo, si se le hubiera tomado por las malas, y no se le hubiera querido conceder nada, ahora, con aquella promesa de satisfacción, con aquel hueso en la boca, se aplacaba un poco, y daba lugar a los otros sentimientos opuestos, que surgían en gran parte de los ánimos.

Los partidarios de la paz, recobrado el aliento, secundaban a Ferrer de mil maneras: los que se hallaban cerca de él, avivando y reavivando con los suyos, el público aplauso, y tratando a la vez de hacer retroceder a la gente, para abrir paso a la carroza; los otros, aplaudiendo, repitiendo, y haciendo pasar sus palabras, o las mejores que según ellos podía decir, reconviniendo a los furiosos obstinados, y dirigiendo en su contra la nueva pasión de la inestable concurrencia.

—¿Quien es el que no quiere que se diga: Viva Ferrer? Tú no querrías que pusieran el pan barato, ¿eh? Hay bribones que no quieren una justicia de cristianos: y los hay que alborotan más que nadie para que se escape el vicario. ¡A la cárcel con el vicario! ¡Viva Ferrer! ¡Paso a Ferrer! —Y aumentando cada vez más el número de los que hablaban así, iba decayendo en proporción la arrogancia de la parte contraria; de modo que los primeros, de perorar, pasaron a golpear las manos de los que seguían demoliendo, a arrastrarlos hacia atrás, a arrebatarles las herramientas. Estos se debatían furiosos, amenazaban incluso, trataban de rehacerse; pero la causa de la sangre estaba perdida: el grito que prevalecía era:

—¡A la cárcel, justicia, Ferrer! —Tras algún forcejeo, fueron rechazados: los otros se apoderaron de la puerta, para defenderla de nuevos asaltos, y para preparar la entrada de Ferrer; alguno de ellos, lanzando una voz a los de dentro (rendijas no faltaban), los avisó de que llegaba auxilio, y que tuvieran preparado al vicario —Para ir en seguida... a la cárcel: ejem, ¿habéis entendido?

—¿Es ese Ferrer que ayuda a hacer los bandos? —le preguntó a un nuevo vecino nuestro Renzo, que se acordó del vidit Ferrer que le había gritado al oído el abogado al mostrárselo al pie de aquel tal.

—Claro: el gran canciller —le respondieron.

—Es un hombre de bien, ¿verdad?

—¡Ya lo creo que es un hombre de bien! Es el que había puesto el pan barato; y los otros no han querido; y ahora viene a llevarse a la cárcel al vicario, que no ha hecho las cosas como es debido.

No hace falta decir que Renzo se puso al punto del lado de Ferrer. Y hasta quiso ir a su encuentro: la cosa no era fácil; pero con ciertos

empellones y codazos de montañés, consiguió abrirse paso, y llegar a la primera fila, justo al lado de la carroza.

Esta ya se había adentrado un poco entre la muchedumbre; y en ese momento estaba parada, por una de esas encalladuras inevitables y frecuentes, en un avance de tal naturaleza. El viejo Ferrer presentaba ora en una ora en otra portezuela, un rostro muy humilde, muy risueño, muy cariñoso, un rostro que había tenido siempre en reserva para cuando se encontrase en presencia de don Felipe IV; pero se vio obligado a gastarlo en esta ocasión. Hablaba también; aunque el zumbido de tantas voces, los mismos vivas dirigidos a él, dejaban muy poco y a muy pocos oír sus palabras:

—Pan, abundancia: vengo a hacer justicia: un poco de sitio, dígnese. —Abrumado luego, y casi sofocado por el estruendo de tantas voces, por la vista de tantos rostros apiñados, de tantos ojos clavados en él, se echaba hacia atrás un momento, hinchaba las mejillas, lanzaba un gran resoplido, y decía para sí:

—¡Por mi vida, qué de gente!.

—¡Viva Ferrer! No tenga miedo. Vuestra merced es un hombre de bien. ¡Pan, pan!

—Sí; pan, pan —respondió Ferrer—: abundancia; yo lo prometo —y se ponía la mano en el pecho.

—Un poco de sitio —agregaba al instante—: Vengo para llevarlo a prisión, para darle el justo castigo que merece —y añadía en voz baja—: Si es culpable. —Inclinándose luego hacia el cochero, le decía aprisa—: Adelante, Pedro, si puedes.

También el cochero sonreía a la multitud, con una gracia afectuosa, como si fuera un gran personaje; y con un garbo inefable, agitaba despacito el látigo, a derecha e izquierda, para pedir a los incómodos vecinos que se apretaran y se retiraran un poco. —Dígnense —decía también él—, señores míos, un poco de sitio, un poquito; justo, justo para poder pasar.

Mientras tanto, los bienintencionados más activos se afanaban por hacer el sitio pedido tan amablemente. Algunos delante de los caballos, mandaban retroceder a las personas, con buenas palabras, poniéndoles la mano en el pecho, con unos empujones suaves:

—Háganse a un lado, vamos, un poco de sitio, señores—; algunos hacían lo mismo a los dos lados de la carroza, para que pudiese pasar sin aplastar pies, ni magullar mostachos; pues, aparte el daño de las personas, habría sido poner en grave riesgo el auge de Antonio Ferrer.

Renzo, tras haber estado cierto tiempo admirando aquella decorosa vejez; conturbada un poco por la congoja, oprimida por la fatiga, pero animada

por la solicitud, embellecida, por así decirlo, por la esperanza de librar a un hombre de angustias mortales, Renzo, digo, desechó toda idea de marcharse; y se resolvió a ayudar a Ferrer, y a no abandonarlo, hasta no haber logrado su intento. Dicho y hecho, se puso con los otros a abrir paso; y no era ciertamente de los menos activos. El paso se abrió:

—Ya podéis avanzar —le decía más de uno al cochero, retirándose o yendo a hacer otro poco de sitio más delante. —Adelante, presto, con juicio —le dijo también su amo, y el coche echó a andar. Ferrer, entre los saludos que prodigaba a la masa del público, hacía otros especiales de agradecimiento, con una sonrisa de inteligencia, a los que veía afanarse por él: y más de una de esas sonrisas le tocó a Renzo, el cual, a decir verdad, se las merecía, y servía en ese día al gran canciller mejor que el más diligente de sus secretarios. Al joven montañés, prendado de aquella gracia, le parecía casi haber trabado amistad con Antonio Ferrer.

El coche, una vez encaminado, prosiguió luego, más o menos despacio, y no sin alguna que otra paradita. El trayecto no era quizá más que un tiro de fusil, pero respecto al tiempo empleado, habría podido parecer un viajecito, incluso a quien no tuviese la prisa de Ferrer. La gente se movía por delante y por detrás, a derecha e izquierda de la carroza, a guisa de olas embravecidas en torno a una nave que avanza en lo más recio de la tempestad. Más agudo, más discordante, más ensordecedor que el de una tempestad era el estruendo. Ferrer, mirando ora a un lado ora a otro; componiendo el rostro y gesticulando a la vez, trataba de entender algo, para acomodar sus respuestas a cada caso; quería entablar, como mejor podía, algún diálogo con aquel grupo de amigos; pero la cosa era difícil, lo más difícil quizá que nunca le había ocurrido en tantos años de gran cancillería. De vez en cuando, sin embargo, alguna palabra, también alguna frase, repetida por un corrillo a su paso, se dejaba oír, como el estallido de un cohete más fuerte se deja oír entre el inmenso chisporroteo de unos fuegos artificiales. Y él, ora ingeniándose para responder de modo satisfactorio a esos gritos, ora diciendo, en cualquier caso, las palabras que sabía serían mejor recibidas, o que alguna necesidad momentánea parecía requerir, habló también durante todo el camino.

—Sí, señores; pan, abundancia. Yo lo llevaré a prisión: será castigado... si es culpable. Sí, sí, mandaré yo: el pan barato. Así es..., así es, quiero decir: el rey nuestro señor no quiere que estos lealísimos vasallos pasen hambre. ¡Ox!, ¡ox! guardaos: no se hagan daño, señores. Pedro, adelante, con juicio. Abundancia, abundancia. Un poco de sitio, dígnense vuestras mercedes. Pan, pan. A la cárcel, a la cárcel. ¿Qué? —le preguntaba luego a uno que había metido casi medio cuerpo por la portezuela, para gritarle

algún consejo, o ruego, o elogio, o lo que fuera. Mas éste, sin poder recibir siquiera el «¿Qué?», había sido arrastrado hacia atrás por uno que lo veía a punto de ser aplastado por una rueda. Con estos dimes y diretes, entre incesantes aclamaciones, entre algún que otro coletazo también de oposición, que se dejaba oír aquí y allá, pero era ahogado al instante, he aquí a Ferrer finalmente llegado a la casa, gracias principalmente a aquellos buenos ayudantes.

Los otros que, como hemos dicho, estaban ya allí con las mismas buenas intenciones, mientras tanto habían trabajado para hacer y rehacer un poco de sitio. A fuerza de ruegos, exhortaciones, amenazas; de estrujar, apretujar, arremeter por aquí y por allá, con ese redoblar de ganas, y esa renovación de fuerzas que nacen al ver próximo el final deseado, habían conseguido por fin dividir en dos el gentío, y hacer luego retroceder a ambas multitudes; de tal modo que, entre la puerta y el coche que se detuvo delante, había un pequeño espacio vacío. Renzo, que, haciendo un poco de batidor, un poco de escolta, había llegado con la carroza, pudo colocarse en una de aquellas dos fronteras de bienintencionados, que hacían al mismo tiempo de escolta a la carroza, y de dique ante las dos pujantes olas de pueblo. Y ayudando a contener una con sus poderosas espaldas, se encontró también en un buen sitio para poder ver.

Ferrer lanzó un gran suspiro, cuando vio aquella plazuela libre, y la puerta aún cerrada. Cerrada significa aquí no abierta; por lo demás, los goznes estaban casi arrancados de los quicios: las hojas astilladas, magulladas, forzadas y desajustadas, dejaban ver desde fuera, a través de una ancha rendija, un trozo de cerrojo torcido, aflojado, y casi arrancado, que, por decirlo de algún modo, las mantenía unidas. Un hombre de bien se había asomado a aquel hueco, para gritar que abriesen; otro abrió a toda prisa la portezuela del coche: el anciano sacó la cabeza, se levantó, y agarrando con la diestra el brazo de aquel hombre de bien, salió, y puso el pie en el estribo.

La muchedumbre, a uno y otro lado, estaba de puntillas para ver: mil rostros, mil barbillas levantadas: la curiosidad y la atención general creó un momento de general silencio. Ferrer, parado durante ese momento en el estribo, echó una ojeada a su alrededor, saludó con una reverencia a la multitud, como desde un púlpito, y puesta la mano izquierda sobre el pecho, gritó:

—Pan y justicia —y resuelto, erguido, togado, se apeó, entre aclamaciones que llegaban hasta las estrellas.

Mientras tanto, los de dentro habían abierto, o sea, habían acabado de abrir, quitaban el cerrojo, con las abrazaderas ya medio arrancadas, y

ensanchando la rendija, apenas lo suficiente para que pasase el deseadísimo huésped.

—Presto, presto —decía éste—: abrid bien, que pueda entrar: y vosotros, ánimo, tened atrás la gente; que no se me echen encima... ¡Por amor del cielo! Conservad algo de espacio para dentro de poco... ¡Eh!, ¡eh! señores, un momento —seguía diciendo a los de dentro—, despacio con esa hoja, dejadme pasar: ¡ay!, mis costillas; cuidado con mis costillas. Cerrad ahora: no; ¡eh!, ¡eh! ¡La toga!, ¡la toga! —En efecto, habría quedado aprisionada entre los batientes, si Ferrer no hubiese tirado con mucha desenvoltura de la cola, que desapareció como la de una serpiente al escabullirse, perseguida.

Arrimados de nuevo los batientes, volvieron a ser apuntalados lo mejor posible. Afuera, los que se habían constituido como guardias de corps de Ferrer, trabajaban con los hombros, los brazos y los gritos, para mantener la plaza despejada, rogando en su fuero interno al Señor que le hiciese acabar pronto.

—Presto, presto —decía también Ferrer dentro, bajo el pórtico, a los criados, que lo habían rodeado jadeantes, gritando—: ¡Bendita sea vuestra merced! ¡Ay, excelencia!, ¡oh, excelencia!, ¡huy, excelencia!

—Presto, presto —repetía Ferrer—, ¿dónde está ese bendito hombre?

El vicario bajaba las escaleras, llevado medio a rastras, medio en volandas, por otros criados suyos, blanco como una sábana. Cuando vio su socorro, lanzó un gran suspiro; le volvió el pulso, acudió un poco de vida a sus piernas, un poco de color a sus mejillas; y corrió, como pudo, hacia Ferrer, diciendo:

—Estoy en las manos de Dios y de vuestra excelencia. Pero, ¿cómo salir de aquí? Por todas partes hay gente que me quiere muerto.

— Venga usted conmigo, y tenga valor: ahí fuera está mi coche; presto, presto. —Lo cogió de la mano y lo condujo hasta la puerta, mientras seguía dándole ánimos; mas entre tanto decía para su coleto—: aquí está el busilis; ¡Dios nos valga!

La puerta se abre; Ferrer sale primero; el otro detrás, encogido, pegado, cosido a la toga salvadora, como un niño a las faldas de su madre. Los que habían mantenido la plaza despejada, forman ahora, con las manos levantadas, con los sombreros, una especie de red, una nube, para sustraer a la peligrosa vista de la multitud al vicario; el cual entra el primero en la carroza, y se agazapa en un rincón. Ferrer monta después; cierran la portezuela. La multitud vio confusamente, supo de oídas, adivinó lo que había ocurrido; y lanzó un clamor de aplausos e imprecaciones.

La parte de camino que quedaba por hacer, podía parecer la más difícil y la más peligrosa. Pero el voto público se había declarado bastante por dejar ir a prisión al vicario; y durante el tiempo de la parada, muchos de los que habían facilitado la llegada de Ferrer, se las habían ingeniado tan bien para preparar y mantener una especie de pasillo en medio de la muchedumbre, que la carroza pudo, esta segunda vez, ir un poco más aprisa y más seguido. A medida que avanzaba, los dos gentíos, retenidos a ambos lados, volvían a caer uno sobre otro, y a entremezclarse, detrás de la carroza.

Ferrer, en cuanto se sentó, se inclinó para advertir al vicario que permaneciera bien agazapado en el fondo, y no se dejase ver, por amor del cielo; pero la advertencia era superflua. Él, en cambio, debía dejarse ver, para ocupar y atraer hacia su persona toda la atención del público. Y durante todo este viaje, como en el primero, hizo a su tornadizo auditorio el discurso más continuo en el tiempo, y más deshilvanado de sentido, que jamás se oyese; interrumpiéndolo, no obstante, de cuando en cuando, con alguna palabrita española, que aprisa y corriendo se volvía a susurrar al oído de su agazapado compañero.

—Sí, señores; pan y justicia: al castillo, a prisión, bajo mi custodia. Gracias, gracias, muchas gracias. ¡No, no: no se escapará! Por ablandarlos. Es más que justo; se examinará, se verá. También yo quiero a vuestras mercedes. Un castigo severo. Esto lo digo por su bien. Una postura justa, una postura honesta, y castigo para los logreros. Háganse a un lado, dígnense. Sí, sí, soy un hombre de bien, un amigo del pueblo. Será castigado: es cierto, es un bribón, un desalmado. Perdone, usted. Lo pasará mal, lo pasará mal... si es culpable. Sí, sí, meteremos en vereda a los panaderos. ¡Viva el rey, y los buenos milaneses, sus lealísimos vasallos! Buena le espera, buena la espera. Ánimo; estamos ya casi fuera.

En efecto, habían atravesado el mayor gentío, y ya estaban próximos a salir del todo. Entonces Ferrer, mientras empezaba a dar un poco de descanso a sus pulmones, vio el socorro de Pisa, aquellos soldados españoles, que, sin embargo, al final no habían resultado del todo inútiles, pues apoyados y dirigidos por algún ciudadano, habían contribuido a mandar en paz a su casa a un poco de gente, y a mantener el paso libre en el último tramo. Al llegar la carroza formaron dos hileras, y presentaron armas al gran canciller, el cual hizo aquí también un saludo a la derecha, otro a la izquierda; y al oficial, que vino más cerca a hacerle el suyo, le dijo, acompañando las palabras con un gesto de la diestra:

—*Beso a usted las manos* —palabras que el oficial tomó por lo que realmente querían decir, o sea: ¡buena ayuda me habéis prestado! En

respuesta, hizo otro saludo, y se encogió de hombros. Era en verdad el caso de decir: *cedant arma togae*; pero Ferrer no tenía en ese momento la cabeza para citas: y además hubieran sido palabras desperdiciadas, porque el oficial no entendía el latín.

A Pedro, al pasar entre aquellas dos filas de miqueletes, entre aquellos mosquetes tan respetuosamente alzados, le tornó al pecho su antiguo corazón. Recobróse por entero del desconcierto, se acordó de quien era, y de a quién conducía; y gritando: ¡Eh! ¡Eh! —sin añadir más ceremonias, a la gente que ya raleaba lo bastante como para poder ser tratada así, y dando latigazos a los caballos, les hizo tomar el trote hacia el castillo.

—Levántese, levántese; estamos ya fuera —le dijo Ferrer al vicario; el cual, tranquilizado por el cesar de los gritos, y por el rápido movimiento de la carroza, y por aquellas palabras, se desovilló, se enderezó, se levantó; y recuperándose algún tanto, empezó a dar gracias, gracias y más gracias a su libertador. Este, tras haberse condolido con él por el peligro corrido, y congratulado por su salvación:

—¡Ay! —exclamó, dándose una palmada en la cabeza monda— ¿Qué dirá de esto su excelencia, con lo irritado que ya está por ese maldito Casal, que no quiere rendirse? ¿Qué dirá el conde duque, que recela si una hoja hace más ruido que de ordinario? ¿Qué dirá el rey nuestro señor, que algo vendrá a saber de un alboroto así? ¿Y habrá terminado? Dios lo sabe.

—¡Ah!, lo que es yo, no quiero saber nada —decía el vicario—, me desentiendo de todo; resigno mi cargo en manos de vuestra excelencia, y me marcho a vivir a una cueva, a una montaña, a ser ermitaño, lejos, lejos de esta gente bestial.

— Usted hará lo que sea más conveniente por el servicio de su majestad —respondió gravemente el gran canciller.

—Su majestad no querrá mi muerte —replicaba el vicario—; a una cueva, a una cueva; lejos de éstos.

Qué fue luego de este propósito, no lo dice nuestro autor, el cual, tras haber acompañado al pobre hombre al castillo, no vuelve a hacer mención de sus asuntos.

CAPÍTULO XIV

LA muchedumbre que había quedado atrás comenzó a dispersarse, a ramificarse a derecha e izquierda, por ésta o por aquella calle. Algunos iban a su casa, a ocuparse también de sus asuntos; otros se alejaban para respirar un poco, tras tantas horas de apreturas; otros en busca de amigos,

para charlar sobre los grandes sucesos del día. El mismo desalojo iba teniendo lugar en el otro extremo de la calle, donde la gente era lo bastante escasa como para que aquel pelotón de españoles pudiera, sin hallar resistencia, avanzar, y apostarse ante la casa del vicario. Pegado a ésta estaba aún condensado, por así decirlo, el poso del tumulto; un hato de bribones que, descontentos de un final tan frío y tan imperfecto después de tan gran aparato, en parte refunfuñaba, en parte blasfemaba, en parte confabulaba, para ver si aún se podía emprender algo; y, como por probar, daban golpes y empellones a aquella pobre puerta, que había vuelto a ser apuntalada lo mejor posible. Al llegar el pelotón, todos ellos, unos sin pensarlo dos veces, otros haciéndose los remolones y como a regañadientes, se marcharon por la parte opuesta, dejando el campo libre a los soldados, que lo tomaron y se apostaron allí, vigilando la casa y la calle. Pero todas las calles del contorno estaban sembradas de corrillos: donde había dos o tres personas paradas, se paraban tres, cuatro, veinte más: aquí alguno se apartaba; allí todo un grupo se movía junto; era como uno de esos nubarrones que a veces quedan dispersos, y vagan por el azul del cielo, tras una tormenta; y hacen decir a quien mira hacia arriba: el tiempo no se ha arreglado todavía. Imaginaos además qué babel de conversaciones. Uno contaba con énfasis los casos particulares que había visto; otro contaba lo que él mismo había hecho; otro se alegraba de que la cosa hubiera acabado bien, y alababa a Ferrer, y pronosticaba disgustos serios para el vicario; otro, con risas de sorna, decía:

—No tengáis miedo, que no lo matarán: son lobos de la misma carnada — había quien, más rabiosamente, murmuraba que las cosas no se habían hecho como Dios manda, que era un engaño, y que había sido una locura armar tanto alboroto, para dejarse burlar luego de aquella manera.

Entre tanto el sol se había puesto, todas las cosas se volvían de un mismo color; y muchos, cansados de la jornada y aburridos de charlar a oscuras, regresaban a casa. Nuestro joven, después de haber cooperado al paso de la carroza, mientras hizo falta su ayuda, y de pasar también él a su cola, entre las filas de soldados, como en triunfo, se alegró de verla correr libremente, y fuera de peligro; recorrió un poco de camino con la muchedumbre, y se salió, en la primera esquina, para respirar también él un poco más libremente. Cuando hubo dado unos pasos en terreno despejado, en medio de la agitación de tantos sentimentos, de tantas imágenes, recientes y confusas, sintió una gran necesidad de comer y de reposar; y empezó a mirar hacia arriba a un lado y otro, buscando una muestra de hostería; ya que, para ir al convento de los capuchinos, era demasiado tarde. Caminando así con la cabeza levantada, topó con un

corrillo; y deteniéndose, oyó que en él se hablaba de conjeturas, de planes para el día siguiente. Tras quedarse un momento escuchando, no pudo por menos de meter también él baza; pareciéndole que podía sin presunción proponer alguna cosa quien había hecho tanto. Y persuadido, por todo lo que había visto aquel día, de que ya, para llevar una cosa a efecto, bastaba con hacer que le cayese en gracia a los que andaban por las calles:

—¡Señores míos! —gritó, en tono de exordio—. ¿Puedo dar también yo mi humilde opinión? Mi humilde opinión es ésta: que no sólo en el asunto del pan se cometen bribonadas; y, como hoy se ha visto bien claro que, haciéndose oír, se consigue lo que es justo, hay que seguir así, hasta que se haya puesto remedio a todas esas infamias, y el mundo ande un poco más a derechas. ¿No es cierto, señores míos, que hay una gavilla de tiranos, que hacen las cosas justo al revés de los diez mandamientos, y van a buscar a la gente pacífica, que no se ocupa de ellos, para hacerles todo tipo de maldades, y después siempre tienen razón? Peor aún, cuando han hecho una más gorda que de costumbre, van con la cabeza más alta, que todavía parece que les debiéramos algo. Ya, también en Milán debe de haber su parte de éstos.

—Por desgracia —dijo una voz.

—Ya lo decía yo —prosiguió Renzo—: esas historias se cuentan también en mi pueblo. Y además la cosa habla por sí sola. Supongamos, por ejemplo, que alguno de esos que digo viva un poco en el campo, otro poco en Milán: si es un diablo allá, no va a ser un ángel aquí, me parece. Conque, díganme, señores míos, si alguna vez han visto a uno de esos entre rejas. Y lo que es peor (y eso puedo decirlo yo con seguridad) es que están los bandos, impresos, para castigarlos: y no son bandos hechos de cualquier manera; están hechos a conciencia, y nosotros no podríamos encontrar nada mejor; se nombran muy claramente las bribonadas, tal y como ocurren; y a cada una, su buen castigo. Y dice: sea quien fuere, villanos y plebeyos, y qué sé yo más. Bueno, pues id a decirle a los doctores, escribas y fariseos, que os hagan justicia, tal como canta el bando: os oyen como quien oye llover: es como para sacar de quicio a cualquier hombre de bien. De modo que se ve muy claro que el rey y los que mandan, quisieran que los bribones fueran castigados; pero no se hace nada, porque hay una liga. Así que hay que romperla; hay que ir mañana por la mañana a ver a Ferrer, que ése sí que un hombre de bien, un señor a la llana; y hoy se ha visto qué contento estaba de encontrarse entre los pobres, y cómo trataba de oír las razones que le decían, y con qué buenos modos respondía. Hay que ir a ver a Ferrer, y decirle cómo

están las cosas; y lo que es yo, le puedo contar buenas judiadas; porque he visto, con mis propios ojos, un bando con escudo arriba y todo, y había sido hecho por tres de los que pueden, y abajo estaba el nombre de cada uno bien grabado, y uno de esos nombres era Ferrer, visto por mí, con estos ojos: bueno, pues ese bando decía justo lo que convenía a mi caso; y un abogado al que le dije que entonces me hiciera rendir justicia, como era la intención de aquellos señores, entre los que estaba también Ferrer, ese señor abogado, que me había enseñado el bando él mismo, que es lo más gracioso, ¡ja!, ¡ja!, parecía como si le dijese un disparate. Estoy seguro de que, cuando ese buen vejete oiga estas cosas; porque él no puede saberlas todas, especialmente las de fuera; no querrá que el mundo siga de esa manera, y pondrá buen remedio a todo. Y además, también a ellos, si hacen los bandos, les gustará que se obedezcan: porque es un desprecio, un pitafio con su nombre, tomarlo a chanza. Y si los prepotentes no quieren agachar la cabeza, y se encabritan, aquí estamos nosotros para ayudarle, como se ha hecho hoy. No digo que tenga él que ir por ahí, en coche, atrapando a todos los bribones, prepotentes y tiranos: sí, sí, haría falta el arca de Noé. Él tiene que mandar a quien corresponda, y no sólo en Milán, sino en todas partes, que se hagan las cosas conforme dicen los bandos; y formar un buen proceso a todos los que han cometido esas bribonadas; y donde dice prisión, prisión; donde dice galeras, galeras; y decirles a los podestás que lo cumplan de verdad; si no, mandarlos a paseo, y poner a otros mejores; y además, como yo digo, también estaremos nosotros para echar una mano. Y ordenar a los abogados que escuchen a los pobres y hablen en defensa de la razón. ¿Digo bien, señores míos?

Renzo había hablado tan de corazón, que, desde el exordio, una gran parte de los congregados, interrumpiendo todas sus conversaciones, se habían vuelto hacia él; y en cierto momento, todos se habían convertido en sus oyentes. Un rumor confuso de aplausos, de «muy bien, sí señor, tiene razón, es verdad, por desgracia», fue la respuesta de su auditorio. No faltaron, sin embargo, los críticos. —Sí, sí —decía uno—, hacer caso de montañeses: todos son abogados—; y se iba. —Ahora —murmuraba otro— cualquier pelagatos querrá meter vela en este entierro; y a fuerza de echar carne al fuego, no tendremos el pan barato; que es por lo que nos hemos movido. —Pero Renzo no oyó más que los cumplidos; unos le cogían una mano, otros la otra. —Nos veremos mañana. —¿Dónde? —En la plaza de la catedral. —Está bien. —Está bien. —Y algo se hará. —Y algo se hará.

—¿Alguno de estos buenos señores querría indicarme dónde hay una posada, para tomar un bocado, y dormir decentemente? —dijo Renzo.

—Aquí estoy yo para serviros, buen joven —dijo uno, que había escuchado atentamente la perorata, y que aún no había dicho nada—. Conozco precisamente una posada que os irá al pelo; y os recomendaré al dueño, que es amigo mío, y un hombre de bien.

—¿Aquí cerca? —preguntó Renzo.

—No muy lejos —respondió aquél.

La reunión se disolvió; y Renzo, tras muchos apretones de manos desconocidas, echó a andar con el desconocido, agradeciéndole su cortesía.

—No hay de qué —decía el otro—. Hoy por ti, mañana por mí. ¿No estamos obligados a ayudar al prójimo?—. Y mientras caminaban, le hacía a Renzo, a modo de conversación, ora una pregunta, ora otra. —No es por enterarme de vuestros asuntos; pero me parecéis rendido: ¿de qué pueblo venís?

—Vengo —respondió Renzo— de, de Lecco.

—¿De Lecco? ¿Sois de Lecco?

—De Lecco... bueno, de la comarca.

—¡Pobre joven! Por lo que he podido deducir de vuestras palabras, os han hecho alguna granujada.

—¡Ah!, ¡mi buen señor! He tenido que hablar con un poco de política, para no decir en público mis cosas; pero... en fin, algún día se sabrá; y entonces... pero ahí veo una muestra de posada; y a fe mía, no tengo ganas de ir más lejos.

—¡No, no! Venid donde os he dicho yo, que falta poco —dijo su guía—: aquí no os encontraríais bien.

—Ea —respondió el joven—, no soy ningún señorito acostumbrado a vivir entre algodones: con un bocado que meter en el estómago, y un jergón, tengo bastante; lo que me urge es encontrar pronto lo uno y lo otro. ¡Dios proveerá! —Y entró por una puerta de mala muerte sobre la que colgaba una muestra con una luna llena. —Está bien; os acompañaré ahí, ya que ése es vuestro gusto —dijo el desconocido, y fue tras él.

—No es preciso que os incomodéis más —respondió Renzo—. Pero —añadió—, si pasáis a beber un vaso conmigo, me complaceréis.

—Acepto vuestra invitación —respondió aquél; y echó a andar, como más experto del sitio, delante de Renzo, por un pequeño patio; se acercó a la puerta que daba a la cocina, alzó el picaporte, abrió, y entró con su compañero. Dos faroles colgados de dos pértigas sujetas a la viga del techo, difundían una luz mortecina. Había mucha gente sentada, aunque

no ociosa, en dos bancos, a un lado y otro de una mesa estrecha y larga, que ocupaba casi toda una parte de la estancia: a intervalos, manteles y platos; a intervalos, cartas boca arriba y boca abajo, dados echados y recogidos; frascos y vasos por doquier. Se veían también correr berlingas, reales y parpallas, que, si hubieran podido hablar, probablemente habrían dicho: «estábamos esta mañana en la escudilla de un panadero, y en los bolsillos de algún espectador del tumulto, que muy ocupado en ver cómo marchaban los negocios públicos, se olvidaba de velar por sus asuntos privados». El alboroto era grande. Un mozo corría de un lado para otro, muy ajetreado, para atender aquella mesa, y a la vez, tablero: el posadero estaba sentado en una banqueta, bajo la campana de la chimenea, ocupado, aparentemente, con ciertas figuras que hacía y deshacía en las cenizas, con las tenazas; mas en realidad atento a todo cuanto ocurría a su alrededor. Se levantó, al oír el picaporte, y fue al encuentro de los recién llegados. En cuanto vio al guía, «¡Maldito seas!», dijo para sí, «¿Por qué siempre has de metérteme entre los pies, cuando menos quisiera?» Echando luego una rápida ojeada a Renzo, dijo, también para sí: «No te conozco; pero viniendo con semejante cazador, o eres perro, o eres liebre: cuando digas dos palabras, te conoceré.» Pero, de estas reflexiones nada traslucía en la cara del posadero, la cual estaba tan inmóvil como un retrato: una cara rellena y reluciente, con una barbita espesa, rojiza, y dos ojillos claros y penetrantes.

—¿Qué mandan los señores? —dijo en voz alta.

—Ante todo, un buen frasco de vino sin bautizar —dijo Renzo—, y luego algo de comer. —Dicho esto, se dejó caer en un banco, hacia la cabecera de la mesa, y lanzó un —¡Ah!— sonoro, como queriendo decir: viene bien un banco después de haber pasado tanto tiempo de pie, y ajetreado. Pero a su mente acudió al instante aquel banco, y aquella mesa a la que se había sentado la última vez, con Lucía y Agnese: y lanzó un suspiro. Sacudió luego la cabeza, como para alejar aquel pensamiento: y vio venir al posadero con el vino. Su compañero se había sentado frente a Renzo. Este le sirvió al punto de beber, diciendo:

—Para mojar los labios.— Y llenando el otro vaso, lo apuró de un trago.

—¿Qué me vais a dar de comer? —dijo después al posadero.

—Tengo estofado, ¿os gusta? —dijo éste.

—Sí, muy bien; estofado.

—Ahora os atienden —le dijo el posadero a Renzo; y al mozo:

—Atended a este forastero —y se dirigió hacia la chimenea—. Pero... —agregó luego, volviendo junto a Renzo—, pero pan no tengo hoy.

—En el pan —dijo Renzo, en voz alta y riendo— ha pensado la providencia —y sacando el tercero y último de aquellos panes recogidos bajo la cruz de san Dionisio, lo levantó en el aire, gritando—: ¡He aquí el pan de la providencia!

Ante esa exclamación, muchos se volvieron; y al ver aquel trofeo levantado en el aire, uno gritó:

—¡Viva el pan barato!

—¿Barato? —dijo Renzo—: *gratis et amore*.

—Mejor, mejor.

—Pero —agregó en seguida Renzo—, no quisiera que los señores pensasen mal. No es que yo lo haya, como quien dice, birlado. Lo encontré en el suelo; y si pudiese encontrar también a su dueño, estoy dispuesto a pagárselo.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —gritaron, riendo más fuerte, los camaradas; a ninguno de los cuales se les pasó por la cabeza que aquellas palabras fueran dichas en serio.

—Se creen que bromeo; pero es de verdad así —le dijo Renzo a su guía; y, dándole vueltas al pan en la mano, añadió—: Mirad cómo lo han dejado; parece una torta: ¡vaya si había gente! Si se encontraba allí alguno con los huesos un poco blandos, aviado quedaría. —Y devorando en seguida tres o cuatro bocados de aquel pan, les echó encima un segundo vaso de vino; y añadió—: Este pan no quiere bajar solo. Nunca he tenido la garganta tan seca. ¡Qué manera de gritar!

—Preparad una buena cama para este buen joven —dijo el guía—, porque tiene intención de dormir aquí.

—¿Queréis dormir aquí? —le preguntó el posadero a Renzo, acercándose a la mesa.

—Cierto —respondió Renzo—: una cama cualquiera; basta con que las sábanas vangan de la lavandería; porque soy pobre, pero acostumbrado a la limpieza.

—¡Oh, lo que es eso! —dijo el posadero; fue al mostrador, que estaba en un rincón de la cocina, y regresó con un tintero y un trozo de papel blanco en la mano, y una pluma en la otra.

—Yo cumplo con mi deber —dijo el posadero mirando a la cara al guía.

—¿Qué significa esto? —exclamó Renzo, engullendo un bocado del estofado que el mozo le había puesto delante, y sonriendo luego con asombro, dijo—: ¿Es ésa la sábana limpia?

El posadero, sin responder, puso sobre la mesa el tintero y el papel; luego apoyó en ella el brazo izquierdo y el codo derecho; y con la pluma en el aire, y el rostro alzado hacia Renzo, le dijo:

—Sed servido de decirme vuestro nombre, apellido y patria.

—¿Qué? —dijo Renzo—. ¿Qué tienen que ver esas historias con la cama?

—Yo cumplo con mi deber —dijo el posadero mirando a la cara al guía—: nosotros estamos obligados a dar cuenta de todas las personas que vienen a alojarse en nuestra casa: nombre y apellido, y de qué nación es, a qué negocio viene, si lleva consigo armas... cuánto tiempo ha de quedarse en la ciudad... Son palabras del bando.

Antes de responder, Renzo vació otro vaso: era el tercero; y a partir de ahora temo que ya no podremos contarlos. Luego dijo:

—¡Ah!, ¡Ah!, ¡tenéis el bando! Pues yo me hago cuenta que soy doctor en leyes; y entonces sé al punto el caso que se hace de los bandos.

—Hablo en serio —dijo el posadero sin dejar de mirar al mudo compañero de Renzo; y, yendo de nuevo al mostrador, sacó del cajón un gran pliego de papel, justamente un ejemplar del bando; y vino a desplegarlo ante los ojos de Renzo.

—¡Ah!, ¡ahí está! —exclamó éste levantando con una mano el vaso nuevamente lleno, y vaciándolo en seguida, y alargando luego la otra mano, con el dedo tendido hacia el bando—: ¡Ahí está esa bonita hoja de misal. Me alegro muchísimo. Conozco ese escudo; sé lo que quiere decir esa cara de arriano, con la cuerda al cuello. —En lo alto de los bandos se ponía entonces el escudo del gobernador; y en el de don Gonzalo Fernández de Córdoba, destacaba un rey moro con una cadena alrededor de la garganta—. Esa cara quiere decir: manda quien puede, y obedece quien quiere. Cuando esa cara haya mandado a galeras al señor don... bueno, yo me sé a quién; como dice en otra hoja de misal hermana de ésta; cuando haya hecho que un joven honrado pueda casarse con una joven honrada que está contenta de casarse con él, entonces le diré mi nombre a esa cara; y además le daré un beso también. Mi nombre, puedo tener buenas razones para no decirlo. ¡Ésta sí que es buena! Y si un granuja, que tuviese a su servicio una pandilla de otros granujas: porque si estuviese solo... —y aquí terminó la frase con un gesto—; si un granuja quisiera saber dónde estoy, para jugarme una mala pasada, pregunto yo si esa cara se movería para ayudarme. ¡Declarar mis asuntos! ¡Ésta sí que es buena! Pues he venido a Milán a confesarme, supongamos; pero quiero confesarme con un padre capuchino, es un decir, y no con un posadero.

El posadero estaba callado y seguía mirando al guía, el cual no hacía demostraciones de ninguna suerte. Renzo, sentimos decirlo, trasegó otro vaso, y continuó:

—Te daré una razón, querido posadero mío, y lo entenderás. Si los bandos que hablan bien, en favor de los buenos cristianos, no cuentan; tanto menos deben contar los que hablan mal. De modo que quita de ahí todos esos enredos, y trae en cambio otro frasco; porque éste está rajado —diciendo esto, lo golpeó ligeramente con los nudillos, y agregó—: Escucha, escucha, posadero, cómo suena a hueco.

También esta vez, Renzo, poco a poco, había atraído la atención de los que estaban a su alrededor: y también esta vez fue aplaudido por el auditorio.

—¿Qué debo hacer? —dijo el posadero, mirando a aquel desconocido, que no era tal para él.

—Vamos, vamos —gritaron muchos de los parroquianos—: tiene razón, ese joven: todo eso son vejaciones, trampas, estorbos: ley nueva hoy, ley nueva.

En medio de estos gritos, el desconocido, lanzando al posadero una ojeada de reproche, por aquel interrogatorio demasiado descubierto:

—Dejad que haga lo que le parece: no hagáis escenas.

—He cumplido con mi deber —dijo el posadero en voz alta; y después para sí:

—Ahora estoy entre la espada y la pared. —Y cogió papel, pluma y tintero, el bando y el frasco vacío, para entregárselo al mozo.

—Trae del mismo —dijo Renzo—: que lo encuentro bueno; y volvió a sentarse bajo la campana de la chimenea. «¡Pedazo de liebre!», pensaba, haciendo de nuevo arabescos en la ceniza: «¡En buenas manos has ido a caer!, ¡So asno! Si quieres ahogarte, ahógate; pero el posadero de la Luna llena no pagará los platos rotos por tus locuras.»

Renzo dio las gracias a su guía, y a todos los otros que se habían puesto de su parte.

—¡Bien por los amigos! —dijo—. Ahora veo que los hombres de bien se echan una mano, y se apoyan—. Luego, extendiendo la diestra en el aire por encima de la mesa, y adoptando otra vez la actitud de orador —¡Gran cosa —exclamó— que todos los que gobiernan el mundo, quieran meter en todo papel, pluma y tintero! ¡Siempre con la pluma en el aire! ¡Qué manía tienen esos señores de manejar la pluma!

—¡Eh, buen labriego! ¿Queréis saber por qué? —dijo riendo uno de aquellos jugadores, que iba ganando.

—Oigámoslo —respondió Renzo.

—La razón es ésta —dijo aquél—: que esos señores son los que se comen los gansos, y se encuentran con tantas plumas, con tantas plumas, que algo han de hacer con ellas.

Todos se echaron a reír, menos el compañero, que estaba perdiendo.

—¡Vaya! —dijo Renzo—: ése es un poeta. También aquí hay poetas: ya; nacen por todas partes. También yo tengo una pizca de eso, y alguna vez digo cosas curiosas... pero cuando todo marcha bien.

Para comprender esta sandez del pobre Renzo, conviene saber que, entre el vulgo de Milán, y más aún en la comarca, poeta no significa, como para la gente de estudio un divino ingenio, un habitante del Pindo, un discípulo de las Musas; quiere decir un cerebro extravagante, y un poco tocado, que, en sus palabras y hechos, tiene más de agudo y de singular, que de razonable. ¡Hasta tal punto ese estropeaoficios del vulgo se atreve a deformar las palabras, y hacerles decir las cosas más alejadas de su legítimo significado! Porque, yo pregunto: ¿qué tiene que ver poeta con cabeza hueca?

—Pero la razón verdadera la diré yo —añadió Renzo—: es porque la pluma la tienen ellos: y así, las palabras que ellos dicen, las lleva el viento y desaparecen; las palabras que dice un pobre infeliz, están muy atentos, y volando las ensartan en el aire, con esa pluma, y te las clavan en el papel, para servirse de ellas en su tiempo y lugar. Y tienen además otra malicia; que cuando quieren embrollar a un buen joven, que no ha estudiado, pero tiene un poco de... yo me entiendo... —y para hacerse comprender, se golpeaba la frente con el índice como con un ariete—; y se dan cuenta de que empieza a descubrir el embrollo, paf, meten en el discurso alguna palabra en latín, para hacerle perder el hilo, para confundirle las ideas. Basta; ¡hay que acabar con esa costumbre! Por lo pronto, hoy se ha hecho todo en vulgar, y sin papel, pluma ni tintero; y mañana, si la gente sabe comportarse, se harán cosas mejores aún: pero sin tocarle un pelo a nadie; todo por la vía de la justicia.

Entre tanto, algunos de aquellos parroquianos se habían puesto de nuevo a jugar, otros a comer, muchos a gritar; algunos se iban, llegaban otros; el ventero atendía a unos y a otros: cosas todas que nada tienen que ver con nuestra historia. El guía desconocido tampoco veía la hora de marcharse; no tenía, al parecer, ningún negocio en aquel lugar; y, sin embargo, no quería irse antes de haber charlado otro poco a solas con Renzo. Se volvió a él, reanudó la conversación del pan; y tras alguna de esas frases que, desde hacía cierto tiempo, corrían de boca en boca, sacó a relucir un proyecto suyo.

—¡Ah!, si yo mandase —dijo—, encontraría la manera de hacer marchar las cosas como Dios manda.

—¿Qué haríais? —preguntó Renzo, mirándolo con dos ojillos más brillantes de lo debido, y torciendo un poco la boca, como para estar más atento.

—¿Que qué haría? —dijo aquél—, haría que hubiese pan para todos; tanto para los pobres, como para los ricos.

—Ah, eso está bien —dijo Renzo.

—He aquí lo que haría. Una postura justa, llevadera para todos. Y luego distribuir el pan en proporción a las bocas: porque hay unos glotones desconsiderados que lo querrían todo para sí, y no dejan ni las migajas, arramblan con ello por si acaso, y luego falta el pan para los pobres... Conque, repartir el pan. ¿Y cómo se hace? Así: dando una tarjeta a cada familia, en proporción a las bocas, para ir a comprar el pan al horno. A mí, por ejemplo, deberían darme una tarjeta así: Ambrogio Fusella, de profesión espadero, con mujer y cuatro hijos, todos en edad de comer pan (fijaos bien): désele tanto pan, y pague tantos sueldos. Pero haciendo las cosas bien hechas, siempre en proporción a las bocas. A vuestra merced, por ejemplo, deberían hacerle una tarjeta para... ¿vuestro nombre?

—Lorenzo Tramaglino —dijo el joven; el cual, prendado del proyecto, no advirtió que estaba fundado todo en papel, pluma y tintero; y que, para ponerlo en obra, lo primero había que tomar los nombres de las personas.

—Perfectamente —dijo el desconocido—; pero, ¿tenéis mujer e hijos?

—Bien debiera... hijos no... demasiado pronto... pero mujer... si el mundo marchara como es debido...

—¡Ah, sois solo! Entonces, paciencia, una porción más pequeña.

—Es justo; pero si pronto, como espero... y con la ayuda de Dios... En fin... ¿si tuviera mujer también yo?

—Entonces se cambia la tarjeta, y se aumenta la porción. Como os he dicho; siempre en razón de las bocas —dijo el desconocido, poniéndose en pie.

—Eso está bien —gritó Renzo; y prosiguió, gritando y golpeando la mesa con el puño—. ¿Y por qué no hacen una ley así?

—¿Qué queréis que os diga? Ahora os doy las buenas noches, y me marcho; pues pienso que mi mujer y mis hijos me estarán esperando desde hace rato.

—Otro traguito, otro traguito —gritaba Renzo, llenando aprisa el vaso de aquél; y levantándose en seguida, y agarrándolo por el borde del jubón, tiraba con fuerza de él para hacerlo sentarse de nuevo—. Otro traguito: no me hagáis esa afrenta.

Pero el amigo, de un tirón, se soltó, y dejando a Renzo hacer un revoltijo de ruegos y reproches, dijo de nuevo:

—Buenas noches —y se marchó. Renzo aún seguía perorando, cuando él estaba ya en la calle; y luego se desplomó de nuevo sobre el banco. Clavó los ojos en aquel vaso que había llenado; y viendo pasar al mozo ante la mesa, le indicó que se detuviera, como si tuviese algún asunto que comunicarle; después señaló el vaso, y con una pronunciación lenta y solemne, recalcando las palabras de un modo especial, dijo:

—Mirad, lo había preparado para ese hombre de bien: ya lo veis; lleno hasta el borde, como a un amigo; pero no lo ha querido. A veces la gente tiene ideas raras. La culpa no es mía: le he demostrado mi buen corazón. Ahora, como la cosa está hecha, no hay que echarlo a perder. —Dicho esto, lo cogió, y lo vació de un trago.

—Ya entiendo —dijo el mozo, marchándose.

—¡Ah!, habéis entendido también vos —prosiguió Renzo—; luego es cierto. ¡Cuando las razones son justas...!

Aquí es necesario todo el amor que sentimos por la verdad, para hacernos proseguir fielmente un relato que tan poco honra a un personaje tan principal, casi podría decirse el protagonista de nuestra historia. Por esa misma razón de imparcialidad, debemos, sin embargo, advertir asimismo que era la primera vez que a Renzo le sucedía algo semejante: y precisamente el no estar acostumbrado a excesos fue en gran parte la causa de que el primero le resultase tan fatal. Aquellos pocos vasos que había bebido al principio, uno tras otro, contra lo que solía, en parte por el ardor que sentía, en parte por cierta alteración del ánimo, que no le dejaba hacer nada con mesura, se le subieron en seguida a la cabeza: a un bebedor un poco avezado no habrían hecho sino quitarle la sed. Sobre esto nuestro anónimo hace una observación, que nosotros repetiremos: y valga lo que pueda valer. Los hábitos templados y honestos, dice, tienen también esta ventaja, que, cuanto más inveterados son y más arraigados están en un hombre, tanto más fácilmente se resiente, apenas se aparta de ellos; de modo que luego se acuerda durante largo tiempo; y hasta un disparate le sirve de lección.

Sea como fuere, cuando los primeros vapores se le subieron a Renzo a la cabeza, vino y palabras siguieron corriendo, uno hacia abajo y las otras hacia arriba, sin orden ni medida: y, en el punto en que lo hemos dejado, estaba ya como podía. Sentía unas grandes ganas de hablar: oyentes, o al menos hombres presentes que pudiera tomar por tales, no faltaban; y durante algún tiempo, también las palabras habían salido sin hacerse de rogar, y se habían dejado colocar con cierto orden. Pero poco a poco aquel asunto de acabar las frases empezó a hacérsele terriblemente difícil. La idea, que se había presentado viva y clara en su mente, se nublaba y

desvanecía de pronto; y la palabra, tras haberse hecho esperar un buen rato, no era la que hacía al caso. En estas angustias, por uno de esos falsos instintos que, en tantas cosas, traen la desgracia a los hombres, recurría a aquel bendito frasco. Mas la ayuda que podía prestarle el frasco, en semejante circunstancia, dígalo quien tenga una pizca de sentido común.

Nosotros referiremos sólo algunas de las muchísimas palabras que echó fuera, en aquella desdichada noche: las muchas más que omitimos, disonarían demasiado; porque, no sólo no tienen sentido, sino que tampoco aparentan tenerlo: condición necesaria en un libro impreso.

—¡Ah, posadero, posadero! —volvió a empezar, siguiéndolo con la vista en torno a la mesa, o bajo la campana de la chimenea; mirando a veces donde no estaba, y hablando siempre en medio del estruendo de los parroquianos—: ¡Posadero tenías que ser! No puedo perdonártela... esa mala pasada del nombre, apellido y negocio. ¡A un buen chico como yo...! No te has portado bien. ¿Qué satisfacción, qué jugo, qué gusto... poner en papeles a un pobre joven? ¿Digo bien, señores? Los posaderos deberían estar de parte de los buenos chicos... Oye, oye, posadero; quiero hacerte una comparación... por la razón... Se ríen, ¿eh? Estoy un poco achispado, sí... pero mis razones son buenas. A ver, dime, ¿quién te saca adelante el negocio? La pobre gente, ¿no es cierto? ¿Tengo razón? Mira si esos señores de los bandos vienen alguna vez aquí a tomar un vasito.

—Esos beben sólo agua —dijo un vecino de Renzo.

—Quieren tener la cabeza despejada —añadió otro— para poder decir las mentiras a conciencia.

—¡Ah! —gritó Renzo—. Ahora es el poeta el que ha hablado. Así que también vosotros entendéis mis razones. Ea, contesta, posadero: ¿y Ferrer, que es el mejor de todos, acaso ha venido aquí alguna vez a hacer un brindis, y a gastarse un cuarto? ¿Y ese perro asesino de don...? Me callo, porque estoy demasiado en vena. Ferrer, y el padre Crrr... quien yo me sé, son dos hombres de bien; pero hombres de bien hay pocos. Los viejos menos que los jóvenes; y los jóvenes... menos que los viejos. Pero me alegro de que no haya corrido sangre: ¡quita allá!, barbaries que hay que dejar al verdugo. Pan, oh, eso sí. Vaya si he recibido empujones; pero... también yo los he dado. ¡Paso! ¡Abundancia! ¡Viva!... Y sin embargo, también Ferrer... alguna palabrita en latín... *sies baraos trapolorum*... ¡Maldito vicio! ¡Viva! Justicia! ¡Pan!, ¡ah, esas son las palabras justas!. Allí hubieran hecho falta esos hombres de bien... cuando empezó aquel tan, tan, tan maldito, y luego más tan, tan, tan. Entonces no habríamos escapado, no. Tener allí al señor cura... ¡Yo sé en quién pienso!

Al decir estas palabras, agachó la cabeza, y estuvo algún tiempo como absorto en un pensamiento: luego lanzó un gran suspiro, y levantó el rostro, con dos ojos humedecidos y lucientes, con una congoja tan dulzona, tan descomedida, que ¡ay si quien era su objeto hubiera podido verlo tan sólo un momento! Pero aquellos hombrachos, que ya habían empezado a tomar a chanza la elocuencia apasionada y embarullada de Renzo, se rieron aún más de su aire compungido; los más próximos les decían a los otros:

—Mirad —y se volvían hacia él; hasta que se convirtió en el hazmerreír de la compañía. No es que todos estuvieran en su juicio, o en su, fuera cual fuere, juicio ordinario; pero, a decir verdad, ninguno lo había perdido tanto como el pobre Renzo: que además era un campesino. Empezaron, ora uno ora otro, a provocarlo con preguntas necias y groseras, con ceremonias burlonas. Renzo, ora daba señales de tomarlo a mal, ora echaba la cosa a broma, ora, sin hacer caso de todas aquellas voces, hablaba por su cuenta, ora respondía, ora preguntaba; siempre a saltos y fuera de lugar. Por suerte, en aquel desvarío, le había quedado, a pesar de todo, un cuidado instintivo en eludir los nombres de las personas; de modo que incluso el que más altamente debía tener grabado en la memoria, no fue pronunciado: pues nos dolería demasiado que aquel hombre, por el cual también nosotros sentimos un poco de afecto y de reverencia, hubiera sido arrastrado por aquellas bocazas, se hubiera convertido en juguete de aquellas lenguas infames.

CAPÍTULO XV

EL posadero, viendo que el juego iba para largo, se había acercado a Renzo; y rogando, con buenos modos, a los otros que lo dejaran en paz, lo sacudía por un brazo, y trataba de hacerlo entrar en razón y persuadirlo de que se fuera a dormir. Pero Renzo volvía siempre con lo del nombre y apellido, y con los bandos y los buenos chicos. Sin embargo, aquellas palabras: cama y dormir, repetidas en su oído, le entraron finalmente en la cabeza; le hicieron sentir un poco más claramente la necesidad de lo que significaban, y produjeron un momento de lúcido intervalo. El poco juicio que le volvió, le hizo en cierto modo comprender que la mayor parte se había marchado: más o menos como la última vela encendida de una luminaria, deja ver las otras apagadas. Se armó de valor; extendió las manos, y las apuntaló sobre la mesa; intentó, una y dos veces, levantarse; suspiró, se tambaleó; a la tercera, sostenido por el posadero, se puso en pie. Aquél, sin dejar de sostenerlo, lo ayudó a salir de entre la mesa y el

banco; y, tomando en una mano un farol, con la otra, en parte lo condujo, en parte lo arrastró, como mejor pudo, hacia la puerta de la escalera. Allí Renzo, ante el estruendo de las despedidas que le gritaban desde atrás, se volvió de repente; y si su sostenedor no se hubiera dado buena prisa en agarrarlo por un brazo, la vuelta habría sido una voltereta; se volvió, pues, y con el otro brazo que le quedaba libre, trinchaba el aire con las manos y escribía en él ciertos saludos, a guisa de nudo de Salomón.

—Vamos a la cama, a la cama —dijo el ventero tirando de él; lo metió por la puerta; y con más trabajo aún, lo llevó hasta lo alto de aquella escalera, y luego hasta la habitación que le había destinado. Renzo, al ver la cama que lo esperaba, se alegró; miró tiernamente al ventero, con dos ojillos que ora relucían más que nunca, ora se eclipsaban, como dos luciérnagas; trató de mantenerse en equilibrio sobre las piernas; y extendió la mano hacia la cara del ventero, para apretarle el carrillo, en señal de amistad y agradecimiento; mas no lo consiguió.

—¡Bravo, ventero! —logró decir, sin embargo—: ahora veo que eres un hombre de bien: ésta es una buena obra, darle una cama a un buen chico; pero la jugada que me has hecho del nombre y el apellido, eso no era de hombre de bien. Suerte que yo también tengo lo mío de astuto... El posadero, que no pensaba que el otro pudiese razonar tanto todavía; el posadero que, por su larga experiencia, sabía que los hombres en ese estado, son más propensos que de costumbre a cambiar de parecer, quiso aprovechar aquel lúcido intervalo, para hacer otro intento.

—Hijo mío —dijo, con voz y ademán muy amables—: no lo hice por molestaros, ni para meterme en vuestros asuntos. ¿Qué queréis? Es la ley: también nosotros tenemos que obedecerla; de lo contrario, somos los primeros en pagar la pena. Más vale contentarlos, y... ¿De qué se trata, al fin y al cabo? ¡Vaya una cosa!; decir dos palabras. No por ellos, sino por complacerme a mí: ea, aquí entre nosotros, a solas, arreglemos nuestro negocio; decidme vuestro nombre, y... y luego id a la cama con el corazón tranquilo.

—¡Ah, bribón! —exclamó Renzo—, ¡tunante! ¡Otra vez me sales con esa infamia del hombre, apellido y negocio!

—Cállate, bufón; vete a la cama —decía el posadero. Pero Renzo continuaba más alto:

—Ya entiendo: también tú eres de la liga. Espera, espera, que ahora te arreglo yo. —Y volviendo la cabeza hacia la escalera, empezaba a gritar más fuerte aún—: ¡Amigos!, el ventero es de la...

—Lo he dicho en broma —le gritó éste en la cara a Renzo, empujándolo hacia la cama—, en broma, ¿no has entendido que era en broma?

—¡Ah!, en broma: eso está mejor. Si lo has dicho en broma... Bromas, eso es lo que son. —Y cayó de bruces sobre la cama.

—Animo; desvestíos; presto —dijo el posadero, y al consejo unió la ayuda; que buena falta hacía. Cuando Renzo se hubo quitado el jubón (y no costó poco trabajo), el ventero lo agarró al punto, y corrió con las manos a los bolsillos, para ver si allí estaba el matute. Lo encontró: y, pensando que al día siguiente su huésped tendría que arreglar cuentas con otros muy distintos de él, y que aquel botín caería probablemente en unas manos de las cuales un ventero no podría sacarlo, quiso ver si al menos lograba concluir este otro negocio.

—Sois un buen chico, un hombre de bien, ¿no es cierto? —dijo.

—Buen chico, hombre de bien —respondió Renzo, mientras sus dedos luchaban aún con los botones de las prendas que todavía no se había podido quitar.

—Está bien —replicó el ventero—: saldad entonces esta cuentecita, pues mañana yo tengo que salir por ciertos negocios míos...

—Eso es justo —dijo Renzo—. Soy astuto, pero hombre de bien... Pero, ¿el dinero? ¡Buscar ahora el dinero!

—Aquí está —dijo el posadero—: y poniendo en práctica toda su experiencia, toda su paciencia, toda su habilidad, logró hacer la cuenta con Renzo, y cobrar.

—Échame una mano, para que pueda terminar de desnudarme, ventero —dijo Renzo—. También yo veo, sí, que me caigo de sueño.

El ventero le prestó la ayuda requerida; le echó además el cobertor por encima, y le dijo destempladamente:

—Buenas noches— cuando ya aquél roncaba. Luego, por esa especie de atracción, que nos lleva a veces a contemplar un objeto de odio, al igual que un objeto de amor, y que quizá no es sino el deseo de conocer lo que obra fuertemente sobre nuestro ánimo, se paró un momento a examinar al huésped tan molesto para él, levantando el farol sobre su rostro, y haciendo, con la mano extendida, caer sobre él la luz; más o menos en la actitud en que se pinta a Psique, cuando está espiando furtivamente las formas del consorte desconocido. «¡Pedazo de asno!», dijo para sus adentros, «tú te lo has buscado. Ya me dirás mañana el gusto que te va a dar. Patanes, que queréis andar por el mundo, sin saber por qué lado sale el sol; para meteros en líos a vosotros y al prójimo.»

Dicho y pensado esto, retiró el farol, se apartó, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. En el rellano de la escalera, llamó a la posadera, a la que dijo que dejase a sus hijos al cuidado de una criadita que tenían, y bajase a la cocina, a hacer sus veces. —Es preciso que salga, por culpa

de un forastero que ha venido a parar aquí, no sé cómo diablos, para mi desgracia —agregó; y le contó en síntesis el enojoso incidente. Luego añadió también:

—Mucho ojo, y sobre todo, prudencia, en este maldito día. Tenemos abajo a una pandilla de cabestros que, entre beber, y entre que por naturaleza son deslenguados, dicen verdaderas barbaridades. Bueno, si algún temerario...

—¡Oh!, no soy una niña, y también yo sé lo que hay que hacer. Hasta ahora, me parece que no se puede decir...

—Está bien, está bien; y cuida de que paguen; y todos esos discursos que sueltan sobre el vicario de provisión, y el gobernador y Ferrer y los decuriones y los caballeros y España y Francia, y otras necedades del mismo jaez, finge que no los oyes; porque, si se les lleva la contraria, la cosa puede ponerse fea en seguida; y si se les da la razón, puede ponerse fea en el futuro: y ya sabes tú también que algunas veces los que las sueltan más gordas... Bueno; cuando se oigan ciertas frases, vuelves la cabeza, y dices: ya voy; como si alguien llamase desde otra parte. Yo trataré de volver lo antes posible.

Dicho esto, bajó con ella a la cocina, echó una ojeada a su alrededor, para ver si había novedades de importancia; descolgó de un clavo el sombrero y la capa, cogió un garrote de un rincón, recapituló, con otra ojeada a su mujer, las instrucciones que le había dado; y salió. Pero ya, mientras hacía aquellas operaciones, había reanudado, en su interior, el hilo del apóstrofe comenzado ante la cama del pobre Renzo; y lo continuaba, caminando por la calle.

—¡Valiente cabezota ese montañés! —pues, aunque Renzo había querido ocultar su condición, esta cualidad se manifestaba por sí sola, en sus palabras, en su acento, en su aspecto, y en sus gestos. —Un día como éste, a fuerza de diplomacia, a fuerza de tener juicio, yo salía limpio; y tenías que venir tú al final, a echarlo todo a perder. ¿Faltan acaso ventas en Milán, para que tuvieras que venir justo a la mía? Si al menos hubieras venido solo; habría cerrado un ojo por esta noche; y mañana por la mañana, te habría hecho atender a razones. Mas no señor; en compañía vienes; ¡y en compañía de un esbirro, para acabarlo de arreglar! A cada paso el ventero encontraba transeúntes aislados, o parejas, o grupos de gente, que vagaban susurrando. En este punto de su muda alocución, vio venir una patrulla de soldados; y echándose hacia un lado, para dejarlos pasar, los miró con el rabillo del ojo, y continuó para sí:

—Ahí van los loqueros. Y tú, pedazo de asno, por haber visto un poco de gente armar barullo, se te ha metido en la cabeza que el mundo ha de

cambiar. Y con ese buen fundamento, te has perdido tú, y querías también perderme a mí; eso no es justo. Yo hacía todo lo posible por salvarte; y tú, so animal, en pago, poco ha faltado para que me alborotases la venta. Ahora, tendrás que arreglártelas tú para salir del brete: en mí ya pienso yo. ¡Como si yo quisiera saber tu nombre por curiosidad! ¿Qué me importa a mí si te llamas Tadeo o Bartolomeo?, ¡pues sí que tengo yo gusto en agarrar la pluma, también! Pero no sois sólo vosotros los que queréis las cosas a vuestro modo. También sé yo que hay bandos que no cuentan para nada: ¡valiente novedad para venir a decírnosla un montañés! Lo que tú no sabes es que los bandos contra los venteros sí cuentan. Y pretendes ir por el mundo, y hablar; y no sabes que si uno quiere obrar a su antojo y dársele un ardite de los bandos, lo primero ha de hablar de ellos con respeto. Y a un pobre ventero que pensase como tú, y no preguntase el nombre del que llega a su casa, ¿sabes, so animal, lo que le aguarda?: Bajo pena a cualesquiera de los dichos venteros, taberneros, y otros, como arriba, de trescientos escudos: sí, ahí están esperando los trescientos escudos; y para gastarlos tan bien; que han de ser aplicados, en dos tercios, a la Cámara Regia, y el otro al acusador o delator: ¡ese angelito! Y en caso de insolvencia, cinco años de galeras, y mayor pena, pecuniaria o corporal, al arbitrio de su Excelencia. Siervo vuestro obligadísimo.

Con estas palabras, el posadero llegaba al umbral del Palacio de Justicia.

Allí, como en todas las demás oficinas públicas, había un gran ajetreo: en todas partes se atendía a dar las órdenes que parecían más oportunas para prevenir el día siguiente, para quitar pretextos y osadía a los ánimos deseosos de nuevos tumultos, para asegurar la fuerza en las manos acostumbradas a emplearla. Se aumentó la soldadesca en la casa del vicario; las entradas de la calle fueron bloqueadas con vigas, atrincheradas con carros. Se ordenó a todos los tahoneros que hiciesen pan sin interrupción; se expidieron estafetas a los pueblos circunvecinos, con órdenes de enviar trigo a la ciudad; se destinaron nobles a cada horno, que acudieran allí al amanecer, a vigilar la distribución, y tener a raya a los inquietos, con la autoridad de su presencia, y con buenas palabras. Pero a fin de dar, como suele decirse, una de cal y otra de arena, y hacer más eficaces los consejos con un poco de miedo, se pensó también en hallar la manera de echar mano a algún sedicioso: y éste era principalmente el papel del capitán de justicia, cuyos sentimientos por las sublevaciones y los sublevados cualquiera podrá imaginarse cuáles eran, con un parche de agua vulneraria en uno de los órganos de la profundidad metafísica. Sus sabuesos estaban en campaña desde el comienzo del tumulto: y el sedicente Ambrogio Fusella era, como dijo el ventero, un esbirro

disfrazado, enviado a la calle precisamente para coger con las manos en la masa a alguno que pudiera ser identificado, grabarlo en la memoria, seguirlo, y echarle el guante luego, en el sosiego de la noche, o al día siguiente. Oídas cuatro palabras de la prédica de Renzo, éste lo catalogó de inmediato; pareciéndole un reo infeliz, justo lo que se precisaba. Hallándolo además completamente inexperto del lugar, había intentado el golpe maestro de llevarlo en caliente a la cárcel, como a la posada más segura de la ciudad; pero el tiro le salió mal, como habéis visto. Pudo, sin embargo, llevarse a casa el dato seguro del nombre, apellido y patria, amén de otras mil noticias conjeturales; de modo que, cuando el ventero apareció allí, para decir lo que sabía sobre Renzo, ya sabían más que él. Entró en la estancia de costumbre, e hizo su declaración: cómo había llegado a alojar en su casa a un forastero, que en ningún momento había querido decir su nombre.

—Habéis cumplido con vuestro deber informando a la justicia —dijo un alguacil, soltando la pluma—, pero ya lo sabíamos.

«¡Valiente secreto!», pensó el ventero, «¡Se necesita mucho talento!»

—Y sabemos también —prosiguió el alguacil— ese famoso nombre.

«¡Diablos!, pero el nombre, ¿cómo han podido?», pensó esta vez el posadero.

—Mas vos —añadió el otro, con rostro serio—, vos no decís todo sinceramente.

—¿Qué más debo decir?

—¡Ah!, ¡ah!, sabemos perfectamente que ese sujeto ha llevado a vuestra posada gran cantidad de pan robado, y robado con violencia, por medio de saqueo y sedición.

—Viene uno con un pan en el bolsillo; bastante sé yo de dónde lo ha sacado. Porque, hablando como en punto de muerte, puedo decir que no le he visto más que un pan.

—Claro está; siempre disculpando, defendiendo: oyéndoos a vosotros se diría que todos son hombres de bien. ¿Cómo podéis probar que ese pan fue adquirido honradamente?

—¿Qué he de probar yo?, nada tengo que ver: yo soy posadero.

—Pero no podéis negar que ese parroquiano vuestro ha tenido la temeridad de pronunciar palabras injuriosas contra los bandos, y de cometer actos malos e indecentes contra el escudo de Su Excelencia.

—Dispénseme vuestra señoría: ¿cómo va a ser parroquiano mío, si es la primera vez que lo veo? El diablo, con todos los respetos, es quien lo trajo a mi casa: si lo conociera, comprenderá vuestra señoría que no hubiera necesitado preguntarle su nombre.

—Pero, en vuestra posada, en presencia vuestra, se han dicho cosas terribles: palabras temerarias, propuestas sediciosas, murmuraciones, gritos, clamores.

—¿Cómo quiere vuestra señoría que me ocupe de los disparates que puede decir un montón de alborotadores, que hablan todos a la vez? Yo he de atender mis intereses, que soy pobre. Y además, vuestra señoría sabe bien que quien tiene la lengua suelta, suele ser también ligero de manos, tanto más estando en compañía, y...

—Sí, sí, dejad hacer y decir: mañana, mañana, veréis cómo se les bajan los humos. ¿Qué os creéis?

—Yo no creo nada.

—¿Que la canalla se ha hecho dueña de Milán?

—¡Oh, vamos!

—Ya veréis, ya veréis.

—Entiendo perfectamente: el rey siempre será el rey; pero el que cae, cae: y, naturalmente, un pobre padre de familia no tiene ganas de caer. Sus señorías tienen la fuerza: a sus señorías les toca.

—¿Tenéis aún mucha gente en casa?

—Una multitud.

—Y ese parroquiano vuestro, ¿qué hace?, ¿sigue alborotando, revolviendo a la gente, preparando tumultos para mañana?

—Ese forastero, querrá decir vuestra señoría, se ha ido a la cama.

—Conque tenéis mucha gente... Bien; cuidad de que no escape.

«¿Acaso también he de hacer de esbirro?», pensó el posadero; pero no dijo ni que sí ni que no.

—Volved, pues, a casa; y tened juicio —añadió el alguacil.

—Yo siempre he tenido juicio. Vuestra señoría puede decir si he dado algo que hacer a la justicia.

—Y no creáis que la justicia ha perdido su fuerza.

—¡Dios me libre!, yo no creo nada: atiendo a mi posada.

—La misma canción de siempre: nunca sabéis decir otra cosa.

—¿Qué otra cosa voy a decir? La verdad es una sola.

—Basta; por ahora nos reservaremos lo que habéis declarado; si luego llega el caso, informaréis más detalladamente a la justicia, sobre lo que se os pueda preguntar.

—¿De qué voy a informar?, yo no sé nada; apenas si tengo cabeza para ocuparme de mis asuntos.

—Cuidado con dejarlo marchar.

—Espero que el ilustrísimo señor capitán sepa que he venido en seguida a cumplir con mi deber. Beso las manos a vuestra señoría.

Al despuntar el día, Renzo roncaba desde hacía unas siete horas, y estaba aún, ¡pobrecillo!, en el mejor sueño, cuando dos fuertes sacudidas en los brazos, y una voz que a los pies de la cama gritaba:

—¡Lorenzo Tramaglino!— lo sobresaltaron. Se despertó, retiró los brazos, abrió los ojos con esfuerzo; y vio, erguido, a los pies del lecho, a un hombre vestido de negro, y dos armados, uno a cada lado de la cabecera. Y, entre la sorpresa, y el no estar aún bien despierto, y la resaca del vino que ya sabéis, se quedó un momento como embrujado; y creyendo que soñaba, y no gustándole aquel sueño, se agitaba, como para despertarse del todo.

—¡Ah!, ¿habéis oído una vez, Lorenzo Tramaglino? —dijo el hombre de la capa negra, el mismo alguacil de la noche anterior—. Ánimo, pues; levantaos y venid con nosotros.

—¡Lorenzo Tramaglino! —dijo Renzo Tramaglino—: ¿Qué significa esto? ¿Qué queréis de mí? ¿Quién os ha dicho mi nombre?

—Menos charlas, y daos prisa —dijo uno de los corchetes que estaba a su lado, apretándole de nuevo el brazo.

—¡Eh!, ¿qué abuso es éste? —gritó Renzo, retirando el brazo—. ¡Posadero!, ¡eh!, ¡posadero!

—¿Nos lo llevamos en camisa? —dijo aquel corchete volviéndose al alguacil.

—¿Habéis oído? —le dijo éste a Renzo—: eso haremos si no os levantáis al instante, para venir con nosotros.

—¿Y por qué? —preguntó Renzo.

—El porqué lo sabréis de boca del señor capitán de justicia.

—¿Yo? Yo soy un hombre de bien: no he hecho nada; y me asombra...

—Mejor para vos, mejor para vos; así, con dos palabras, quedaréis despachado, y podréis marcharos a vuestros asuntos.

—Pues déjenme marchar ahora —dijo Renzo—: yo no tengo nada que ver con la justicia.

—Ea, acabemos —dijo un corchete.

—¿Nos lo llevamos de verdad? —dijo el otro.

—¡Lorenzo Tramaglino! —dijo el alguacil.

—¿Cómo sabe mi nombre, vuestra señoría?

—Cumplid con vuestro deber —le dijo el alguacil a los corchetes; los cuales aferraron al instante a Renzo, para sacarlo de la cama.

—¡Eh!, ¡no le pongáis las manos encima a un hombre de bien, que...! Sé vestirme yo solo.

—Pues vestíos en seguida —dijo el alguacil.

—Ya me visto —respondió Renzo; y en efecto, iba recogiendo por aquí y por allá las ropas esparcidas sobre el lecho, como restos de un naufragio en la playa. Y mientras empezaba a ponérselas, seguía diciendo:

—Pero yo no quiero ir a ver al capitán de justicia. No tengo nada que ver con él. Ya que me hace esta afrenta injustamente, quiero ser llevado ante Ferrer. A ése lo conozco, sé que es un hombre de bien; y me debe algunos favores.

—Sí, sí, hijo mío, os llevaremos ante Ferrer —respondió el alguacil. En otras circunstancias se habría reído de buena gana ante semejante petición; pero no era momento para risas. Ya al venir había visto por las calles cierto movimiento, que no podía decirse bien si eran restos de una revuelta no del todo aplacada, o comienzos de una nueva: repentinas apariciones de gente, un entremezclarse, un caminar en grupos, un hacer corrillos. Y ahora, sin aparentarlo, o tratando al menos de no hacerlo, aguzaba el oído, y le parecía que el ruido iba creciendo. Deseaba, pues, darse prisa; pero hubiera querido también llevarse a Renzo por las buenas; ya que, si se llegaba a una guerra abierta con él, no podía estar seguro, una vez en la calle, de encontrarse tres contra uno. Por eso, le guiñaba el ojo a los corchetes, indicándoles que tuviesen paciencia, y no irritasen al joven; y, por su parte, trataba de persuadirlo con buenas palabras. Entre tanto el joven, mientras se vestía despacito, despacito, trayendo, como podía, a su memoria, los sucesos del día anterior, adivinaba, poco más o menos, que los bandos, y el nombre y apellido, debían de ser la causa de todo; pero, ¿cómo diablos sabía aquel sujeto su nombre? ¿Y qué diablos habría ocurrido aquella noche, para que la justicia hubiera cobrado tantos ánimos como para venir tan segura a prender a uno de aquellos buenos chicos que el día antes llevaban la voz cantante?; y no todos debían de estar dormidos, porque también Renzo advertía un zumbido creciente en la calle. Mirando luego a la cara al alguacil, le leía a flor de piel el titubeo que aquél se esforzaba en vano por ocultar. De modo que, para disipar sus dudas, y reconocer el terreno, así como para ganar tiempo, y para probar suerte también, dijo—: Ya veo cuál es el origen de todo esto: es por lo del nombre y el apellido. Anoche, a decir verdad, estaba un poco alegre: estos posaderos tienen a veces un vino traicionero; y a veces, como digo, ya se sabe, cuando el vino está dentro, es él quien habla. Pero, si no es más que eso, estoy dispuesto ahora mismo a dar toda clase de satisfacciones. Y, además, vuestra merced ya sabe mi nombre. ¿Quién diablos se lo ha dicho?

—¡Muy bien, hijo, muy bien! —respondió el alguacil, muy remilgado—: veo que tenéis juicio; y, creedme a mí, que soy del oficio, sois más listo que

muchos otros. Es la mejor manera de acabar pronto y bien: con esa buena disposición, en un dos por tres estáis despachado, y quedaréis libre. Pero yo, ya veis, hijo, tengo las manos atadas, no puedo dejaros aquí, como quisiera. Ea, daos prisa, y venid sin ningún temor; que cuando vean quién sois; y además yo diré... Dejadlo de mi cuenta... Bueno; daos prisa, hijo mío.

—¡Ah!, vuestra merced no puede; ya entiendo —dijo Renzo; y seguía vistiéndose, rechazando con gestos los gestos que los corchetes hacían para ponerle las manos encima, a fin de que se apresurase.

—¿Pasaremos por la plaza de la catedral? —le preguntó luego al alguacil.

—Por donde queráis; por el camino más corto, para dejaros más pronto en libertad —dijo aquél— consumiéndose en su interior por tener que dejar en el aire aquella pregunta misteriosa de Renzo, que podía convertirse en tema de mil interrogatorios. «¡Cuando uno tiene mala estrella!», pensaba, «Ya veis; cae en mis manos uno que, se ve a la legua, está deseando cantar; y, con un poco de respiro que tuviésemos, así extra, forman, académicamente, a guisa de charla amistosa, se le haría confesar, sin necesidad de tormento, lo que uno quisiera; un hombre para llevarlo a la cárcel ya bien examinado, sin que se diera cuenta; ¡y un hombre de esta suerte había de venírseme a las manos en un momento tan apurado! ¡Ah!, no hay remedio», seguía pensando, mientras aguzaba el oído, y echaba la cabeza hacia atrás: «no hay remedio; y amenaza ser una jornada peor que la de ayer». Lo que le hizo pensar esto, fue un ruido extraordinario que se oyó en la calle: y no pudo contenerse de abrir la ventana, para echar una ojeada. Vio que era un corrillo de ciudadanos, los cuales, ante la orden de dispersarse, habían respondido al principio con malas palabras, y al fin se separaban sin dejar de rezongar; y, lo que le pareció al alguacil una señal mortal, los soldados estaban llenos de urbanidad. Cerró la ventana, y estuvo un momento indeciso sobre si debía rematar la empresa, o dejar a Renzo bajo la custodia de los dos corchetes, y correr al capitán de justicia, a darle cuenta de lo que ocurría. «Pero», pensó al punto, «me dirán que soy un incapaz, un pusilánime, y que debía ejecutar las órdenes. Estamos en danza; y hay que bailar. ¡Malditas prisas! ¡Maldito oficio!». Renzo estaba de pie, con los dos satélites a sus costados; el alguacil les hizo señas de que no lo forzasen demasiado, y a él le dijo:

—Ea, hijo mío, adelante, apresuraos.

También Renzo oía, veía y pensaba. Ya estaba completamente vestido, salvo el jubón, que sostenía en una mano, hurgando con la otra en los bolsillos.

—¡Eh! —dijo mirando al alguacil, con un rostro muy significativo—: ¡aquí había dinero y una carta, señor mío!"

—Se os devolverá todo puntualmente —dijo el alguacil—, después de cumplir unas pocas formalidades. Vamos, vamos.

—No, no, no —dijo Renzo, meneando la cabeza—: eso no me convence: quiero mis cosas, señor mío. Rendiré cuenta de mis actos; pero quiero mis cosas.

—Para que veáis que me fío de vos: tened, y daos prisa —dijo el alguacil, sacándose del pecho, y entregando, con un suspiro, a Renzo, las cosas incautadas. Éste, volviéndolas a guardar en su sitio, murmuraba entre dientes—: ¡Quita allá!, tratáis tanto con ladrones, que habéis aprendido un poco su oficio. —Los corchetes ya estaban sobre ascuas; pero el alguacil los frenaba con los ojos, y decía entre tanto para sí: «Si llegas a poner los pies en aquel umbral, me las pagarás con creces, me las pagarás».

Mientras Renzo se ponía el jubón, y cogió el sombrero, el alguacil hizo seña a uno de los corchetes, de que se dirigiese a la escalera; mandó tras él al prisionero, luego al otro compañero; por último echó a andar también él. Cuando estuvieron en la cocina, mientras Renzo dice:

—¿Y ese bendito posadero, dónde se ha metido?—, el alguacil hace otra seña a los corchetes; los cuales aferran, uno la mano derecha, otro la izquierda, del joven, y aprisa y corriendo le atan las muñecas con unos artilugios, llamados, por esa hipócrita forma de eufemismo, bocamangas. Consistían éstos (sentimos tener que descender a detalles indignos de la gravedad histórica; pero la claridad así lo exige), consistían en un cordel un poco más largo que el contorno normal de la muñeca, el cual tenía en los extremos dos trocitos de madera, a modo de barritas. El cordel rodeaba la muñeca del paciente; las barritas, pasadas entre el medio y el anular del prendedor, quedaban encerradas en su puño, de suerte que, haciéndolas girar, apretaba el lazo a voluntad; y así podía, no sólo asegurar su presa, sino también martirizar a un recalcitrante, y con este fin la cuerda estaba llena de nudos.

Renzo se debate, grita:

—¿Qué traición es ésta? ¡A un hombre de bien...! —Pero el alguacil, que para cada mala acción tenía buenas palabras:

—Tened paciencia —decía—: cumplen con su deber. ¿Qué queréis?, son meras formalidades; y tampoco nosotros podemos tratar a la gente como nos dicta el corazón. Si no hiciésemos lo que se nos ordena, estaríamos frescos; peor que vos. Tened paciencia.

Mientras hablaba, los dos que se encargaban de aquello, dieron una vuelta a las barritas. Renzo se aquietó, como un caballo brioso que siente el belfo apretado por el acial, y exclamó:

—¡Paciencia!

—¡Buen chico! —dijo el alguacil—. Ésta es la verdadera forma de salir con bien. ¿Qué queréis?, es un fastidio; también yo lo veo; pero, si os portáis bien, en un momento habréis acabado. Y ya veo que tenéis buena disposición, y yo me siento inclinado a ayudaros; quiero daros también otro consejo, por vuestro bien. Creedme a mí, que tengo experiencia en estas cosas: caminad derecho, sin mirar por aquí y por allá, sin llamar la atención: así nadie se fija en vos, nadie se entera de lo que pasa; y vos conserváis vuestra honra. De aquí a una hora, estáis en libertad: hay tanto que hacer, que también ellos se darán prisa en despacharos: y además, yo les hablaré... Os marcháis a vuestros asuntos; y nadie sabrá que habéis estado en manos de la justicia. Y vosotros —prosiguió luego volviéndose a los corchetes, con rostro severo—, mucho cuidado con hacerle daño, porque lo protejo yo: vuestro deber tenéis que cumplirlo; pero recordad que es un hombre de bien, un joven bien criado, que, dentro de poco, estará en libertad; y que debe velar por su honor. Caminad de manera que nadie advierta nada: como si fuerais tres amigos que van de paseo. —Y, con tono imperioso y ceño amenazador, concluyó—: ¿Habéis entendido? —Volviéndose luego a Renzo, con el ceño desarrugado, y un semblante repentinamente risueño, que parecía decir: ¡oh, nosotros dos sí que somos buenos amigos!, le susurró de nuevo—: Juicio; haced lo que os digo: id compuesto y tranquilo; fiaos de quien bien os quiere: vamos. —Y la comitiva se puso en marcha. Pero, de tan buenas palabras, Renzo no creyó ni una: ni que el alguacil lo quisiera más a él que a los corchetes, ni que se tomase tan a pecho su reputación, ni que tuviera intención de ayudarlo. Comprendió perfectamente que aquel hombre de bien, temiendo que por la calle se le presentase alguna buena ocasión para escapar de sus manos, sacaba a relucir aquellos lindos motivos, para evitar que estuviera alerta y la aprovechase. De modo que todas aquellas exhortaciones no sirvieron sino para reafirmarlo en el plan que ya tenía en la cabeza, de hacer todo lo contrario.

Que nadie deduzca de esto que el alguacil fuera un pillo inexperto y novato; pues se engañaría. Era un pillo redomado, dice nuestro historiador, el cual parece que se contaba entre sus amigos: pero, en aquel momento, se encontraba con el ánimo agitado. A sangre fría, ya os contaría yo cómo se habría burlado de quien, para inducir a otro a hacer una cosa de por sí sospechosa, se la hubiese ido sugiriendo e inculcándosela

encarecidamente con aquel mísero fingimiento de darle un consejo desinteresado, de amigo. Pero es una tendencia general de los hombres, cuando están agitados y angustiados, y ven lo que otro podría hacer para sacarlos del apuro, pedírselo con apremio y repetidamente y con toda suerte de pretextos; y también los pillos, cuando están agitados y angustiados, caen bajo esa misma ley común. De ahí que, en semejantes circunstancias, suelan hacer tan mezquino papel. Esos hallazgos maestros, esas hermosas malicias con que están acostumbrados a triunfar, que se han convertido para ellos casi en una segunda naturaleza, y que, puestas en práctica a tiempo, y conducidas con la tranquilidad de ánimo, con la serenidad mental necesarias, obtienen su intento tan bien, y tan ocultamente, e incluso después de conocidas, una vez alcanzado el éxito, se granjean el aplauso universal; los pobrecitos, cuando están en apuros, las usan apresuradamente, a tontas y a locas, sin garbo ni gracia. De manera que a quien los ve ingeniarse y apañarse de aquel modo, le dan pena o lo mueven a risa, y el hombre al que pretenden entonces embaucar, aunque menos avisado que ellos, descubre perfectamente todo su juego, y de aquellos artificios saca luz para sí mismo, en contra de ellos. Por eso, nunca se recomendará bastante a los pillos de profesión que conserven siempre su sangre fría, y que siempre sean los más fuertes, que es lo más seguro.

Renzo, pues, en cuanto estuvieron en la calle, empezó a lanzar ojeadas por aquí y por allá, a sacar el cuerpo a derecha e izquierda, a aguzar el oído. Sin embargo, no había una concurrencia extraordinaria; y aunque en la cara de más de un transeúnte podía leerse fácilmente cierto no sé qué de sedicioso, cada cual seguía su camino; y sedición propiamente dicha, no la había.

—¡Juicio, juicio! —susurraba el alguacil a sus espaldas—: vuestra honra, la honra, hijo mío. —Pero Renzo, observando atentamente a tres que se acercaban con rostros encendidos, oyó que hablaban de un horno, de harina escondida, de justicia, empezó a hacer señas con la cara, y a toser de esa manera que indica algo muy distinto a un resfriado. Aquéllos miraron más atentamente a la comitiva, y se detuvieron; con ellos se pararon otros que llegaban; y otros, que habían pasado de largo, volviéndose al oír el murmullo, retrocedían, y se ponían a la cola.

—Tened cuidado; juicio, hijo mío; es peor para vos, mirad; no estropeéis vuestros asuntos; la honra, la reputación —seguía susurrando el alguacil. —Renzo, peor todavía. Los corchetes, tras haberse consultado con los ojos, creyendo obrar bien (todos pueden equivocarse), le apretaron las bocamangas.

—¡Ay, ¡ay!, ;ay! —grita el torturado; al grito, la gente se agolpa a su alrededor; acuden de todas las partes de la calle: la comitiva se encuentra encallada. —Es un malhechor —susurraba el alguacil a los que tenía a sus espaldas—: es un ladrón cogido con las manos en la masa. Retírense, dejen paso a la justicia. —Pero Renzo, vista la buena ocasión, viendo a los esbirros ponerse blancos, o al menos pálidos: «Si no aprovecho ahora», pensó, «la culpa es mía». Y en seguida levantó la voz:

—¡Amigos!, me llevan a la cárcel, porque ayer he gritado: pan y justicia. No he hecho nada; soy un hombre de bien: ¡ayudadme, no me abandonéis, amigos!

Un murmullo favorable, voces más claras de protección se alzan en respuesta: los corchetes primero ordenan, luego piden, después suplican a los más próximos que se vayan, que abran paso: la muchedumbre, en cambio, apremia y empuja cada vez más. Aquéllos, viendo el mal cariz de las cosas, sueltan las bocamangas, y no se cuidan sino de perderse entre el gentío, para salir sin ser notados. El alguacil deseaba ardientemente hacer lo mismo; pero había problemas, por mor de la capa negra. El pobre hombre, pálido y despavorido, trataba de hacerse pequeñito, pequeñito, y se retorcía para escabullirse entre la multitud; mas no podía levantar los ojos, sin ver veinte encima de él. Estudiaba todos los medios de parecer un extraño, que, pasando casualmente por allí, se había encontrado aprisionado por el gentío, como una pajita en un bloque de hielo; y hallándose cara a cara con uno que lo miraba fijamente, con peor ceño que los otros, él, componiendo la boca en una sonrisa, con una expresión estúpida, le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—¡Un cuervo! —respondió aquél—. ¡Cuervo!, ¡más que cuervo! —resonó a su alrededor. A los gritos se unieron los empujones; de manera que, en poco tiempo, en parte con sus propias piernas, en parte con los codos ajenos, consiguió lo que más le urgía en aquel momento, verse fuera de aquellas apreturas.

CAPÍTULO XVI

ESCAPA, escapa, buen hombre: ahí hay un convento, allá una iglesia; por aquí, por allí —le gritan a Renzo de todas partes. En cuanto a escapar, figuraos si necesitaba consejos. Desde el primer momento que había relampagueado en su mente la esperanza de librarse de aquellas garras, había empezado a hacer sus cálculos, y determinado, si la cosa resultaba, andar sin detenerse, hasta encontrarse fuera, no sólo de la ciudad, sino

también del ducado. «Porque», había pensado, «mi nombre ya lo tienen en sus libracos, como quiera que lo hayan conseguido; y con el nombre y el apellido, vienen a prenderme cuando quieran». En cuanto a un refugio, no se metería en él a menos que no tuviese los corchetes pisándole los talones. «Porque, si puedo ser pájaro de bosque», había pensado también, «no quiero convertirme en pájaro de jaula». Había planeado, pues, como refugio, aquel pueblo del territorio de Bérgamo, donde se había establecido su primo Bórtolo, si recordáis, que más de una vez lo había invitado a ir allí. Pero dar con el camino, eso era lo malo. Dejado en un lugar desconocido de una ciudad también desconocida, podía decirse, Renzo no sabía ni siquiera por qué puerta se salía para ir a Bérgamo; y aun cuando lo hubiera sabido, no sabía luego llegar a la puerta. Estuvo a punto de pedir a alguno de sus libertadores que le enseñara el camino; pero, como en el poco tiempo que había tenido para meditar sobre sus cosas, se le habían venido a la cabeza ciertas ideas sobre aquel espadero tan servicial, padre de cuatro hijos, no quiso, por si acaso, comunicar sus intenciones a una gran concurrencia, donde podía haber alguno del mismo cuño; y decidió al punto alejarse de allí a toda prisa: ya preguntaría por el camino en un lugar donde nadie supiese quién era, ni por qué lo preguntaba. Dijo a sus libertadores:

—Muchas gracias, amigos: benditos seáis —y, saliendo por el hueco que le abrieron inmediatamente, cogió carrerilla, y pies para qué os quiero: se adentró por un pasadizo, bajó por una calleja, galopó un buen trecho sin saber a dónde. Cuando le pareció que se había alejado lo bastante, aflojó el paso, para no infundir sospechas; y empezó a mirar a un lado y otro, para escoger la persona a quien hacer su pregunta, una cara que le inspirase confianza. Pero también esto tenía sus dificultades. La pregunta era en sí misma sospechosa; el tiempo apremiaba; los corchetes, una vez libres de aquel pequeño tropiezo, debían sin duda haberse puesto tras las huellas de su fugitivo; la noticia de aquella fuga podía haber llegado hasta allí; y en tales aprietos, Renzo hubo de hacer unos diez juicios fisionómicos, antes de hallar un semblante que le pareciera apropiado. Aquel regordete, que estaba de pie en el umbral de su tienda, con las piernas separadas, las manos en la espalda, la barriga sacada, la barbilla en alto, de la cual pendía una gran papada, y que, no teniendo otra cosa que hacer, levantaba alternativamente sobre la punta de los pies su masa temblorosa, y la dejaba caer de nuevo sobre los talones, tenía tal rostro de parlanchín curioso que, en vez de darle respuestas, le habría hecho preguntas. Aquel otro que se acercaba, con los ojos fijos, y el labio caído, más que enseñar pronto y bien el camino a los demás, parecía apenas

conocer el suyo. Aquel mozalbete que, a decir verdad, aparentaba ser muy despierto, también aparentaba ser aún más malicioso; y probablemente se habría divertido de lo lindo mandando a un pobre campesino en la dirección opuesta a la deseada. ¡Tan cierto es que a perro flaco todo se le vuelven pulgas! Viendo por fin a uno que venía de prisa, pensó que éste, teniendo probablemente algún negocio urgente, le respondería al instante, sin más charlas; y oyéndolo hablar para sí, juzgó que debía de ser un hombre franco. Se acercó a él, y dijo:

—Señor, ¿podría indicarme por dónde sé sale para ir a Bérgamo?

—¿Para ir a Bérgamo? Por la Puerta Oriental.

—Muchas gracias; ¿y para ir a la Puerta Oriental?

—Coged esa calle a mano izquierda; saldréis a la plaza de la catedral; luego...

—Está bien, señor; lo demás lo sé yo. Dios se lo pague. —Y fue derecho a la parte que le habían indicado. El otro lo siguió un momento con la vista y, juntando en su pensamiento aquella manera de andar con la pregunta, se dijo: «O has hecho alguna, o te la quieren hacer a ti.»

Renzo llega a la plaza de la catedral; la cruza, pasa al lado de un montón de cenizas y carbones apagados, y reconoce los restos de la hoguera de la que había sido espectador el día antes; bordea las escaleras de la catedral; y tira recto por la calle por la que había venido con la multitud; llega al convento de los capuchinos; echa una ojeada a la plaza y a la puerta de la iglesia, y dice para sí suspirando: «Pues me había dado un buen consejo el fraile de ayer: que me quedase en la iglesia esperando, y haciendo un poco de bien.»

Aquí, habiéndose parado un momento a mirar atentamente la puerta por la que debía pasar, y viendo, así, de lejos, mucha gente de guardia, y teniendo la fantasía un poco recalentada (hay que hacerse cargo; motivos no le faltaban), experimentó cierta repugnancia a afrontar aquel paso. Tenía tan a mano un lugar de asilo, y donde, con aquella carta, estaría bien recomendado, que estuvo fuertemente tentado de entrar. Pero, recobrando al punto ánimos, pensó: «Pájaro de bosque, mientras se pueda. ¿Quién me conoce? Por fuerza, los corchetes no van a haberse partido en trozos, para ir a esperarme a todas las puertas.» Se volvió a ver si acaso venían por aquel lado: no los vio ni a ellos, ni a otros que parecieran ocuparse de él. Siguió adelante; afloja el paso de aquellas benditas piernas, que siempre querían correr, cuando convenía sólo caminar; y pasito a pasito, silbando en semitono, llega a la puerta. Había, justo en medio, un grupo de consumeros, y, como refuerzo, también miqueletes españoles; pero estaban todos atentos a la parte de fuera, para

no dejar entrar a quienes, ante la noticia de un motín, acuden como los cuervos al campo donde ha habido una batalla; de manera que Renzo, con aire indiferente, con los ojos bajos, y un modo de andar entre de viandante y de alguien que va de paseo, salió sin que nadie le dijera nada; pero por dentro el corazón le latía a toda velocidad. Viendo a su derecha un sendero, entró en él, para evitar el camino real; y anduvo un buen trecho sin volver siquiera la cabeza.

Anda que te andarás, encuentra alquerías, encuentra aldeas, sigue adelante sin preguntar los nombres; está seguro de alejarse de Milán, espera ir hacia Bérgamo; con esto le basta, por ahora. De cuando en cuando volvía la cabeza; de cuando en cuando se miraba y se frotaba ora una, ora la otra muñeca, todavía un poco doloridas, y marcadas todo alrededor por una franja rojiza, vestigio del cordel. Sus pensamientos eran, como cualquiera podrá figurarse, un batiburrillo de arrepentimientos, inquietudes, rabias y ternuras; era un trabajo penoso el suyo por recordar las cosas dichas y hechas la noche anterior, por descubrir la parte secreta de su dolorosa historia, y, sobre todo, cómo habían podido saber su nombre. Sus sospechas recaían naturalmente en el espadero, a quien recordaba bien habérselo espetado. Y pensando en el modo cómo se lo había arrancado de la boca, y en todos sus tejemanejes, y en todos aquellos ofrecimientos que iban siempre a parar en querer saber algo, la sospecha se volvía casi certeza. Sólo que luego recordaba también, confusamente, haber seguido, tras la marcha del espadero, dando rienda suelta a la lengua; ¿con quién?, adivínalo Vargas; ¿de qué?, la memoria, por más que la examinaba, no se lo podía decir; no podía decir sino que durante aquel tiempo había estado ausente. El pobrecillo se perdía en aquella búsqueda: era como un hombre que ha firmado muchos papeles en blanco, y se los ha confiado a alguien que creía un dechado de honradez; y, al descubrir luego que era un estafador, quisiera conocer el estado de sus negocios: ¿conocer? Es un caos. Otro trabajo penoso era el de hacer para el porvenir algún plan que pudiese satisfacerle: los que no eran castillos en el aire, eran todos melancólicos.

Pero muy pronto el trabajo más penoso fue el de encontrar el camino. Después de haber andado un buen trecho, puede decirse, a la ventura, vio que por sí solo no podría salir del paso. Experimentaba, sí, cierta repugnancia a pronunciar el nombre de Bérgamo, como si tuviese un no sé qué de sospechoso, de descarado; pero no podía evitarlo. Decidió, pues, dirigirse, como había hecho en Milán, al primer viandante cuya fisonomía le inspirase confianza; y así lo hizo.

—Vais descaminado —le respondió éste; y, parándose un poco a pensar, en parte con palabras, en parte con señas, le indicó el rodeo que debía dar, para volver al camino real. Renzo le dio las gracias, hizo como que seguía sus indicaciones, se dirigió en efecto hacia aquella parte, pero con la intención de aproximarse a aquel bendito camino real, no perderlo de vista, costearlo lo más de cerca posible; aunque sin poner los pies en él. El plan era más fácil de concebir que de llevar a efecto. La conclusión fue que, yendo así, de derecha a izquierda, y, como quien dice, en zig zag, en parte siguiendo otras indicaciones que armándose de valor conseguía pescar aquí y allá, en parte rectificándolas según sus luces, y adaptándolas a su intento, en parte dejándose guiar por los caminos en los que se encontraba, nuestro fugitivo había recorrido unas doce millas, y no distaba de Milán más que seis; y en cuanto a Bérgamo, ya era mucho si no se había alejado. Comenzó a persuadirse de que tampoco de aquella manera saldría del paso; y pensó en buscar alguna otra solución. Lo que se le ocurrió fue sonsacar, con alguna treta, el nombre de un pueblo próximo al límite, y al cual se pudiera llegar por caminos vecinales: y preguntando por él, haría que le indicasen la ruta, sin ir sembrando por aquí y por allá aquella pregunta de Bérgamo, que le parecía que olía tanto a fuga, a destierro, a delito.

Mientras busca la manera de pescar todas esas noticias, sin infundir sospechas, ve colgar una rama de una casucha solitaria, a la entrada de un pueblo. Desde hacía algún tiempo, sentía crecer también la necesidad de restaurar sus fuerzas; pensó que en aquel lugar podría matar dos pájaros de un tiro; entró. No había más que una vieja, con una rueca al lado, y el huso en la mano. Pidió algo de comer; le ofrecieron un poco de queso fresco y buen vino: aceptó el queso, prescindió del vino (le había cogido odio por la mala pasada que le había jugado la noche antes); y se sentó, rogando a la mujer que se diese prisa. Esta, en un momento, puso la mesa; y en seguida empezó a abrumar a su huésped con preguntas, sobre quién era, y sobre los grandes sucesos de Milán: pues el rumor había llegado hasta allí. Renzo, no sólo supo esquivar las preguntas, con gran desenvoltura; sino que aprovechando la propia dificultad, se sirvió para su intento de la curiosidad de la vieja, que le preguntaba a dónde se dirigía.

—He de ir a muchos sitios —respondió— y, si me queda algo de tiempo, quisiera pasar también un momento por ese pueblo, bastante grande, en el camino de Bérgamo, junto a la raya, pero en el estado de Milán... ¿Cómo se llama? —«Alguno habrá», pensaba entre tanto para sí.

—Gorgonzola, querréis decir —respondió la vieja.

—¡Gorgonzola! —repitió Renzo casi como para grabarse mejor la palabra en la cabeza—. ¿Está muy lejos de aquí? —prosiguió.

—No lo sé exactamente: habrá unas diez o doce millas. Si estuviese aquí alguno de mis hijos, os lo sabría decir.

—¿Y creéis que se puede llegar allí por esos buenos senderos, sin tomar el camino real? ¡Porque hay un polvo, un polvo...! ¡Hace tanto tiempo que no llueve!

—Me parece que sí: podéis preguntar en el primer pueblo que encontraréis según vais a la derecha —y lo nombró.

—Está bien —dijo Renzo; se levantó, cogió un trozo de pan que le había sobrado del magro almuerzo, un pan muy distinto del que había encontrado, el día antes, al pie de la cruz de san Dionisio; pagó la cuenta, salió y tomó a mano derecha. Y, para no alargarnos más de lo necesario, con el nombre de Gorgonzola en la boca, de pueblo en pueblo, llegó allí aproximadamente una hora antes del anochecer.

Ya durante el camino, había planeado hacer allí otra paradita, para comer algo más sustancioso. El cuerpo le hubiera agradecido también un rato de cama; pero antes de darle gusto en esto, Renzo lo habría dejado caer exhausto en medio del camino. Su propósito era informarse en la posada de cuánto había hasta el Adda, sonsacar hábilmente noticias de algún atajo que llevase allá, y ponerse nuevamente en camino, apenas hubiese descansado algo. Nacido y criado en el segundo manantial, por así decirlo, de aquel río, más de una vez había oído decir que, en cierto punto, y durante cierto trecho, éste formaba frontera entre el estado milanés y el veneciano: del punto y del trecho no tenía una idea concreta; pero en ese momento, lo que más urgía era cruzarlo, por donde fuese. Si no lo lograba ese día, estaba resuelto a caminar hasta que la hora y el aliento se lo permitiesen: y a esperar luego el alba, en un campo, en un desierto; donde Dios quisiera; con tal de que no fuese en una venta.

Dados algunos pasos por Gorgonzola, vio una muestra, entró; y al posadero que salió a su encuentro, le pidió un bocado, y un cuartillo de vino: las millas de más, y el tiempo, habían disipado aquel odio tan extremado y fanático. —Os ruego que os deis prisa —añadió—, pues he de ponerme en camino en seguida. —Y esto lo dijo, no sólo porque era verdad, sino también por miedo de que el posadero, imaginándose que querría pasar allí la noche, saliese con lo del nombre y el apellido, y de dónde venía, y para qué negocio... ¡Quita allá!

El posadero respondió a Renzo que en seguida lo atendería; y éste se sentó al fondo de la mesa, junto a la puerta: el sitio de los vergonzantes.

Había en aquella estancia algunos desocupados del pueblo, los cuales, tras haber discutido y comentado las grandes noticias de la víspera en Milán, se consumían por saber algo de lo que había ocurrido ese día; tanto más cuanto que las primeras se prestaban más a picar la curiosidad que a satisfacerla: una sublevación, ni dominada ni victoriosa, suspendida más que terminada por la noche; una cosa a medias, el final de un acto, más bien que el de un drama. Uno de ellos se apartó del grupo, se acercó al recién llegado, y le preguntó si venía de Milán.

—¿Yo? —dijo Renzo sorprendido, para ganar tiempo antes de responder.

—Vos, si se me permite la pregunta.

Renzo, meneando la cabeza, apretando los labios, y dejando salir de ellos un sonido inarticulado, dijo:

—Milán, por lo que he oído decir... no debe de ser lugar para ir allí en estos momentos, como no sea por una gran necesidad.

—¿Luego, continúa también hoy el alboroto? —preguntó, con más apremio, el curioso.

—Habría que estar allá para saberlo —dijo Renzo.

—Pero vos, ¿no venís de Milán?

—Vengo de Liscate —respondió sin vacilar el joven, que entre tanto había pensado su respuesta. De allí venía, en efecto, en rigor, pues por allí había pasado; y el nombre lo había sabido, en cierto punto del camino, por un viandante que le había indicado aquel pueblo como el primero que debía cruzar, para llegar a Gorgonzola.

—¡Ah! —dijo el amigo; como si quisiera decir: mejor hubiera sido que vinieras de Milán, pero paciencia. —Y en Liscate —añadió—, ¿no se sabía nada de Milán?

—Bien podría ser que alguien supiera algo —respondió el montañés—: pero yo no he oído nada.

Y estas palabras las pronunció de esa manera especial que parece querer decir: he concluido. El curioso volvió a su sitio; y, un momento después, vino el posadero a poner la mesa.

—¿Cuánto hay de aquí al Adda? —le dijo Renzo, medio entre dientes, con un aire adormilado, que ya le hemos visto alguna vez.

—¿Al Adda?, ¿para cruzarlo? —dijo el posadero.

—Bueno... sí... al Adda.

—¿Queréis pasar por el puente de Cassano, o por la balsa de Canónica?

—Por donde sea... Pregunto así, sólo por curiosidad...

—Ah, ya me parecía, porque esos son los sitios por donde pasa la gente de bien, los que pueden dar cuenta de sí.

—Está bien: ¿y cuánto hay?

—Calculad que, tanto a un sitio como a otro, habrá, poco más o menos, seis millas.

—¡Seis millas!, no creía que fuera tanto —dijo Renzo—. Claro —prosiguió después con un aire de indiferencia, exagerado hasta la afectación—, claro que, si alguien necesitara tomar un atajo, habrá otros sitios por donde poder pasar...

—Los hay, sin duda —respondió el posadero, clavándole en la cara dos ojos llenos de curiosidad maliciosa. Bastó esto para hacer morir en los labios del joven las otras preguntas que había preparado. Acercó a sí el plato; y mirando el cuartillo que el posadero había dejado junto a aquél sobre la mesa, dijo:

—¿El vino es de ley?

—Como el oro —dijo el ventero—, preguntad si queréis a toda la gente del pueblo y del contorno, que algo entiende: y además, ya lo probaréis. —Y diciendo esto, volvió con el grupo de parroquianos.

«¡Malditos posaderos!», exclamó Renzo para sí, «cuantos más conozco, peores me parecen». No obstante, se puso a comer con gran apetito, aguzando, mientras tanto, el oído, con disimulo, para ver qué terreno pisaba, enterarse de lo que allí se pensaba acerca del gran suceso en el que había tomado no pequeña parte, y observar especialmente si, entre los que hablaban, había algún hombre de bien, de quien un pobre joven pudiera fiarse para preguntarle el camino, sin miedo a ser puesto en un aprieto, y forzado a hablar de sus asuntos.

—Pues —decía uno—, esta vez parece que los milaneses van en serio. Bueno; mañana, lo más tarde, se sabrá algo.

—Me arrepiento de no haber ido a Milán esta mañana —decía otro.

—Si vas mañana, yo voy también —dijo un tercero; y luego otro, y otro más.

—Lo que quisiera saber —prosiguió el primero—, es si esos señores de Milán pensarán también en la pobre gente del campo, o si harán hacer la ley buena sólo para ellos. Ya los conocéis, ¿no? Gente soberbia de ciudad, todo para ellos: los demás, como si no existiesen.

—También nosotros tenemos boca, tanto para comer, como para decir nuestras razones —dijo otro, con voz tanto más modesta, cuanto más atrevida era la proposición—: y una vez en marcha la cosa... —Pero creyó más oportuno no acabar la frase.

—Trigo escondido no lo hay solamente en Milán —empezaba otro con aire sombrío y malicioso; cuando, en esto, oyen acercarse un caballo. Corren todos a la puerta; y, reconociendo al que llega, salen a su encuentro. Era un comerciante de Milán que, yendo varias veces al año a

Bérgamo, por sus negocios, solía hacer noche en aquella posada; y como casi siempre encontraba allí la misma compañía, los conocía a todos. Se agolpan a su alrededor; uno coge las riendas, otro el estribo.

—¡Bienvenido, bienvenido!

—Bien hallados.

—¿Habéis tenido buen viaje?

—Magnífico; y vosotros ¿cómo estáis?

—Bien, bien. ¿Qué nuevas nos traéis de Milán?

—¡Ah!, aquí están los de las novedades —dijo el comerciante, apeándose, y dejando el caballo en manos de un mozo—. Y además —continuó, entrando con la compañía—, a estas horas las sabréis ya quizá mejor que yo.

—No sabemos nada, de veras —dijo más de uno, poniéndose la mano en el pecho.

—¿Es posible? —dijo el comerciante—. Entonces ahora vais a oír lo que es bueno... o lo que es malo. Eh, posadero, mi cama de costumbre ¿está libre? Bien: un vaso de vino y la comida de siempre, en seguida; que quiero acostarme pronto, para salir mañana temprano, y llegar a Bérgamo a la hora del almuerzo. Y vosotros —prosiguió sentándose en el lado opuesto al que ocupaba Renzo callado y atento—, ¿vosotros no sabéis nada de todas las diabluras de ayer?

—De las de ayer, sí.

—¿Veis —continuó el comerciante— cómo sí sabéis las novedades? Ya decía yo, que, estando aquí siempre de guardia, para sonsacar a los que pasan...

—Pero hoy, ¿qué ha ocurrido hoy?

—Ah, hoy, ¿no sabéis nada de hoy?

—Ni una palabra. No ha pasado nadie.

—Entonces dejadme mojar los labios; y luego os contaré lo de hoy. Ya veréis. —Llenó el vaso, lo cogió con una mano, y luego con los dos primeros dedos de la otra se alzó el bigote, después se atusó la barba, bebió, y prosiguió—: Hoy, queridos amigos, poco ha faltado para que fuese una jornada tan caliente como la de ayer, o peor. Y casi me parece mentira estar aquí charlando con vosotros; porque ya había descartado la idea del viaje, para quedarme guardando mi pobre tienda.

—¿Qué diablos pasaba? —dijo uno de los oyentes.

—El diablo en persona: oíd —y trinchando la carne que le habían servido, y poniéndose a comerla, prosiguió su relato. Sus acompañantes, de pie a un lado y otro de la mesa, lo escuchaban, con la boca abierta; Renzo, en

su sitio, sin parecer interesado, estaba atento, más que nadie quizá, masticando despacito sus últimos bocados.

—Esta mañana, pues, los granujas que ayer habían armado aquel horrible alboroto, se encontraron en los lugares convenidos (ya había un acuerdo: todo estaba preparado); se reunieron, y volvieron a empezar con esa historia de ir de calle en calle, gritando para atraer más gente. Ya sabéis lo que pasa cuando se barre, con perdón, la casa; el montón de basura va engrosando conforme se adelanta. Cuando les pareció que eran bastantes, se dirigieron a la casa del señor vicario de provisión; como si no bastara con las judiadas que le hicieron ayer: ¡ah, un señor como ése!, ¡oh, qué bribones! ¡Y las cosas que decían contra él! Todo inventado: un señor a carta cabal, cumplidor; y yo puedo decirlo, porque soy amigo de la casa, y le proveo el paño para las libreas de la servidumbre. Pues se dirigieron a aquella casa: había que ver qué canalla, qué caras: figuraos que pasaron por delante de mi tienda: unas caras que... los judíos del Via Crucis a su lado se quedaban chiquitos. ¡Y las cosas que salían de aquellas bocas!, como para taparse los oídos, si no hubiera sido que no convenía llamar la atención. Iban, pues, con la buena intención de saquearla; pero... —Y aquí, levantando la mano izquierda y extendiéndola, se puso la punta del pulgar en la punta de la nariz.

—¿Pero? —dijeron en voz alta todos sus oyentes.

—Pero —continuó el comerciante—, encontraron la calle cerrada con carros y vigas y, detrás de aquella barricada, una buena fila de miqueletes, con los arcabuces apuntando, para recibirlos como merecían. Al ver todo aquel aparato... ¿Qué habríais hecho vosotros?

—Volver atrás.

—Claro; y eso es lo que hicieron. Pero ved si no era el diablo quien los guiaba. Están allí en el Cordusio, ven aquel horno que, ya desde ayer, habían querido saquear, ¿y qué hacían en aquella panadería?, distribuían el pan a los clientes; había unos caballeros, la flor y nata, vigilando que todo marchase bien; y éstos (os digo que tenían el diablo en el cuerpo, y aún había quien los azuzaba), bueno, pues éstos, adentro como desesperados; coge tú, que cojo yo también: en un abrir y cerrar de ojos, caballeros, panaderos, clientes, panes, mostrador, bancos, artesas, arcas, sacos, cribas, salvado, harina, masa, todo patas arriba.

—¿Y los miqueletes?

—Los miqueletes tenían que guardar la casa del vicario: no se puede repicar y decir misa. Fue todo en un abrir y cerrar de ojos, un rifi rafe; os digo todo lo que valía algo, arramblaron con ello. Y después, otra vez con el bonito invento de ayer, de llevar el resto a la plaza, y hacer una hoguera.

Y ya empezaban los pícaros a sacar las cosas; cuando uno, más pícaro que los otros, ¿a que no adivináis con qué linda propuesta salió?

—¿Con qué?

—Con hacer un montón con todo lo de la panadería, y prender fuego al montón y a la casa juntos. Dicho y hecho...

—¿Le prendieron fuego?

—Esperad. Un buen hombre de la vecindad tuvo una inspiración del cielo. Corrió a las habitaciones de arriba, buscó un crucifijo, lo encontró, lo colgó del marco de una ventana, cogió de la cabecera de una cama dos velas benditas, las encendió, y las puso en el alféizar, a los dos lados del crucifijo. La gente mira hacia arriba. En Milán, hay que reconocerlo, aún queda temor de Dios; todos volvieron en sí. La mayor parte, quiero decir; porque había en cambio unos diablos que, por robar, le habrían prendido fuego al mismo paraíso; pero viendo que la gente no era de su parecer, tuvieron que dejarlo, y estarse quietos. Adivinad ahora quién llegó de improviso. Todos los monseñores de la catedral, en procesión, con la cruz en alto, y ropas de coro; y monseñor Mazenta el arcipreste, empezó a predicar por un lado, y monseñor Settala el penitenciario, por el otro, y los demás también:

—¡Buena gente!, ¿qué vais a hacer?, ¿es éste el ejemplo que dais a vuestros hijos? Volved a casa; ¿pero no sabéis que el pan está barato, más barato que antes?, pues id a verlo, que está el aviso en todas las esquinas.

—¿Era cierto?

—¡Diablos! ¿Creéis que los monseñores de la catedral iban a salir en pompa magna a contar embustes?

—¿Y la gente, qué hizo?

—Poco a poco se marcharon; corrieron a las esquinas; y, para quien sabía leer, allí estaba la postura. Adivinad: un pan de ocho onzas, a un sueldo.

—¡Qué bicoca!

—Buena es la bicoca, mientras dura. ¿Sabéis cuánta harina han echado a perder, entre ayer y esta mañana? Como para mantener al ducado durante dos meses.

—¿Y para fuera de Milán no se ha hecho ninguna buena ley?

—Lo que se ha hecho para Milán, es todo a expensas de la ciudad. No sé qué deciros: para vosotros será lo que Dios quiera. En cualquier caso, los alborotos han terminado. Y no os he dicho todo; ahora viene lo mejor.

—¿Qué más hay?

—Hay que ayer por la noche, o esta mañana, han atrapado a muchos; y se ha sabido en seguida que los cabecillas serán ahorcados. En cuanto empezó a correr el rumor, cada cual iba a su casa por el camino más corto, para no arriesgarse a ser uno de ellos. Milán, cuando yo he salido, parecía un convento de frailes.

—¿Los ahorcarán de veras?

—¡Vaya que sí!, y pronto —respondió el comerciante.

—Y la gente, ¿qué hará? —preguntó el mismo que había hecho la otra pregunta.

—¿La gente?, irá a verlo —dijo el comerciante—. Tenían tantas ganas de ver morir a un cristiano al aire libre, que querían, ¡bribones!, hacerle la pascua al señor vicario de provisión. En su lugar, tendrán a cuatro miserables, servidos con todas las formalidades, acompañados por los capuchinos y los cofrades de la buena muerte; y gente que se lo tiene merecido. Es cosa de la providencia, mirad; era algo muy necesario. Ya empezaban a coger el vicio de entrar en las tiendas, y servirse, sin echar mano a la bolsa; si los dejaban, después del pan habría venido el vino, así, una cosa tras otra... Figuraos si iban a abandonar, por su propia voluntad, una costumbre tan cómoda. Os aseguro que, para un hombre de bien con tienda abierta, era una idea poco alegre.

—Muy cierto —dijo uno de los oyentes—. Muy cierto —repitieron los demás, a una sola voz.

—Y —continuó el comerciante, secándose la barba con la servilleta— estaba todo tramado hacía tiempo: había una liga, ¿sabéis?

—¿Había una liga?

—Había una liga. Eran todo intrigas urdidas por los navarrinos, por ese cardenal de Francia, ya sabéis a quién me refiero, ése que tiene un nombre medio turco, y que cada día inventa una nueva, para fastidiar a la corona de España. Pero sobre todo, trata de jugarle alguna mala pasada a Milán; porque bien sabe, el muy taimado, que aquí está la fuerza del rey.

—Claro.

—¿Queréis una prueba? Los que más ruido han armado, eran forasteros; rondaban por Milán unas caras, que en Milán nunca se habían visto antes. Es más, olvidaba contaros una cosa que me han dado por segura. La justicia le había echado el guante a uno en una posada... —Renzo, que no perdía una sílaba de aquel discurso, al oír tocar aquella cuerda, sintió que se quedaba frío, y dio un respingo, antes de poder pensar en contenerse. Pero nadie lo advirtió; y el pregonero, sin interrumpir el hilo de su relato, prosiguió—: Uno que todavía no se sabe bien de dónde venía, ni quién lo mandaba, ni qué clase de hombre era; pero sin duda era uno de los jefes.

Ya ayer, en lo más sonado del alboroto, había hecho de las suyas; y luego, no contento con eso, se había puesto a perorar, y a proponer, como si tal cosa, que mataran a todos los señores. ¡Granuja! ¿De qué iban a vivir los pobres, cuando hubieran matado a todos los señores? La justicia, que no le había quitado ojo, le echó el guante; le encontraron un fajo de cartas; y lo llevaban a la sombra, cuando, hete aquí que sus compinches, que andaban rondando cerca de la posada, acudieron en gran número, y lo liberaron, al muy bribón.

—¿Y qué ha sido de él?

—No se sabe; se habrá escapado, o estará escondido en Milán: es gente que no tiene ni casa ni techo, y por todas partes encuentra dónde alojarse y esconderse: pero sólo mientras el diablo quiere y puede ayudarlos: luego caen cuando menos se lo esperan; porque, cuando la pera está madura, fuerza es que dé en el suelo. Por ahora se sabe seguro que las cartas han quedado en manos de la justicia, y que allí está descrita toda la intriga; y se dice que está implicada mucha gente. Peor para ellos; que han desbaratado medio Milán, y aún querían hacer cosas peores. Dicen que los panaderos son unos bribones. También yo lo sé; pero hay que ahorcarlos por la vía legal. Hay trigo escondido. ¿Quién no lo sabe? Pero toca a quien manda poner buenos espías, e ir a desenterrarlo, y mandar también a dar patadas al aire a los acaparadores, en compañía de los panaderos. Y si quien manda no hace nada, a la ciudad le toca recurrir; y si no hacen caso a la primera, volver a recurrir; que, a fuerza de recurrir, se obtienen las cosas; y no implantar esa costumbre tan infame de entrar en las tiendas y en los almacenes, para coger la mercancía a mansalva.

A Renzo, lo poco que había comido, se le había vuelto veneno. Le parecía que tardaba mil años en salir y alejarse de aquella posada, de aquel país; y más de diez veces se había dicho a sí mismo: vámonos, vámonos. Pero el miedo a despertar sospechas, acrecentado entonces desmesuradamente, y convertido en tirano de todos sus pensamientos, lo había mantenido clavado en el banco. En aquella incertidumbre, pensó que el parlanchín dejaría al cabo de hablar de él; y concluyó para sí que se marcharía en cuanto oyese cambiar de tema.

—Y por eso —dijo uno de los parroquianos—, yo, que sé cómo acaban estas cosas, y que en los tumultos, los hombres de bien nada salen ganando, no me he dejado vencer por la curiosidad, y me he quedado en casa.

—¿Acaso yo me he movido? —dijo otro.

—¿Y yo? —añadió un tercero—. Si por casualidad me hubiera encontrado en Milán, hubiera dejado a medias cualquier negocio, y habría vuelto a mi

casa en seguida. Tengo mujer e hijos; y además, la verdad, los alborotos no me gustan.

En este punto, el posadero, que también había estado escuchando, fue al otro extremo de la mesa para ver qué hacía aquel forastero. Renzo aprovechó la ocasión, llamó al ventero con un gesto, le pidió la cuenta, la saldó sin regatear, aunque las aguas estaban ya muy bajas; y, sin más palabras, fue derecho a la puerta, cruzó el umbral, y, tomando a la Providencia como guía, se encaminó por la parte opuesta a aquélla por donde había venido.

CAPÍTULO XVII

BASTA a menudo un deseo, para quitarle la paz a un hombre; conque, imaginaos dos a la vez, uno en guerra con el otro. El pobre Renzo tenía, como sabéis, desde hacía muchas horas, dos así en el cuerpo: el de correr, y el de permanecer oculto: y las aciagas palabras del comerciante de golpe le habían aumentado sobremanera uno y otro. De modo que su aventura había hecho ruido; de modo que lo querían a cualquier precio; ¡quién sabe cuántos corchetes estaban dándole caza!, ¡qué órdenes habían dado de registrar los pueblos, las posadas, los caminos! Pensaba, eso sí, que, a fin de cuentas, los corchetes que lo conocían eran sólo dos, y que el nombre no lo llevaba escrito en la frente; pero volvían a su mente ciertas historias que había oído contar, de fugitivos cogidos y descubiertos por extrañas coincidencias, reconocidos por el modo de andar, por su aire sospechoso, por otras señales impensadas: de todo recelaba. Aunque, en el momento de salir de Gorgonzola, habían sonado las veinticuatro, y las tinieblas que avanzaban, disminuían cada vez más aquellos peligros, a pesar de ello tomó de mala gana el camino real, y se propuso meterse por el primer sendero que le pareciese que llevaba donde le interesaba salir. Al principio se topaba con algún viandante; pero, llena su fantasía de feas aprensiones, no se atrevió a abordar a ninguno, para informarse del camino. «Aquél dijo seis millas», pensaba, «y, si andando fuera del camino, tuvieran que ser ocho o diez, las piernas que han podido con las otras, podrán también con éstas. Hacia Milán no voy, de seguro; luego voy hacia el Adda. Andando y andando, tarde o temprano llegaré. El Adda tiene buena voz; y, cuando esté cerca, ya no necesito quien me lo enseñe. Si hay alguna barca, para poder pasar, paso en seguida; si no, espero hasta por la mañana, en un campo, encima de un árbol, como los gorriones: mejor en un árbol, que en la cárcel».

Muy pronto vio abrirse una vereda a su izquierda; se adentró por ella. A aquellas horas, si hubiera tropezado con alguien, ya no habría tenido tantos reparos en preguntar por el camino; pero no se veía un alma. Iba, pues, por donde el sendero lo llevaba; y pensaba: «¡Hacer yo de las mías! ¡Matar yo a todos los señores! ¡Un fajo de cartas, yo! ¡Mis compinches rondando la casa! Daría algo por encontrarme cara a cara con ese comerciante, al otro lado del Adda (¡ay, cuándo habré pasado ese bendito Adda!), y pararlo, y preguntarle sin prisas de dónde ha sacado todas esas bonitas noticias. Sabed, pues, señor mío, que la cosa fue así y así, y que las diabluras que yo he hecho, han sido ayudar a Ferrer, como si fuera mi hermano; sabed que aquellos bribones que, según vos, eran mis amigos, por haber dicho yo en cierto momento una palabra de buen cristiano, quisieron jugarme una mala pasada; sabed que, mientras vos estabais guardando vuestra tienda, a mí me estaban moliendo las costillas por salvar a vuestro señor vicario de provisión, a quien nunca he visto ni conocido. Espera que me mueva otra vez, para ayudar a señores... Es verdad que ha de hacerse por bien del alma: también ellos son el prójimo. Y ese gran fajo de cartas, donde estaba toda la intriga, y que ahora está en manos de la justicia, como vos sabéis con seguridad, ¿qué apostamos a que lo hago aparecer aquí, sin ayuda del diablo? ¿Tendríais curiosidad por ver ese fajo? Aquí está... ¿Sólo una carta?... Sí, señor, sólo una carta; y esta carta, por si os interesa saberlo, la ha escrito un religioso que os puede enseñar la doctrina cuando sea; un religioso que, sin ofensa, un solo pelo de su barba vale más que toda la vuestra; y está escrita, esta carta, como veis, a otro religioso, todo un hombre, también él... Ya veis quiénes son los granujas de mis amigos. Y aprended a hablar otra vez; principalmente cuando se trata del prójimo.»

Mas, pasado algún tiempo, estos pensamientos y otros parecidos cesaron del todo: las circunstancias presentes ocupaban todas las facultades del pobre peregrino. El miedo a ser perseguido y descubierto, que tanto había amargado su viaje en pleno día, ya no lo inquietaba; ¡pero, cuántas cosas hacían éste mucho más enojoso! Las tinieblas, la soledad, el cansancio creciente, y ya doloroso; soplaba un vientecillo sordo, igual, sutil, que más servicio podía prestar a quien llevaba encima todavía las mismas ropas que se había puesto para ir a casarse en un periquete, y volver en seguida triunfante a casa; y, lo que agravaba aún más las cosas, aquel ir a la ventura, y, por así decirlo, a tientas, buscando un lugar de reposo y de seguridad.

Cuando el camino pasaba por algún pueblo, iba despacito, despacito, aunque mirando si todavía había alguna puerta abierta; pero no vio nunca

otra señal de gente despierta, que alguna lucecita filtrándose por una ventana. Cuando iba por una zona despoblada, se detenía de vez en cuando; aguzaba el oído, por si sentía la bendita voz del Adda; pero en vano. No escuchaba más voces que un gemir de perros procedente de algún caserío aislado, vagando por los aires, quejumbroso y al mismo tiempo amenazador. Si se acercaba a alguno de ellos, el gemir se mudaba en un ladrar apresurado y rabioso: al pasar por delante de la puerta, oía, veía casi, el animalote, con el hocico pegado a la rendija redoblar sus aullidos: lo cual le quitaba la tentación de llamar, y pedir cobijo. Y quizá, incluso sin los perros, tampoco se hubiera atrevido. «¿Quién va?», pensaba, «¿qué queréis a estas horas? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Daos a conocer. ¿Acaso no hay posadas donde hospedarse? Eso es, en el mejor de los casos, lo que me dirían, si llamo: siempre que no duerma algún miedoso, que es capaz de ponerse a gritar: ¡socorro!, ¡al ladrón! Hay que tener en seguida algo claro que responder: ¿y qué puedo responder yo? A quien oye un ruido por la noche, no se le vienen a la cabeza sino ladrones, malhechores, trampas: nunca se piensa que un hombre de bien puede encontrarse en camino de noche, como no sea en carroza». Entonces reservaba aquel partido para un caso de suma necesidad, y seguía adelante, con la esperanza de descubrir al menos el Adda, si no de cruzarlo, esa noche; y no tener que seguir buscándolo a la luz del día.

Anda que te andarás: llegó a un punto donde el campo cultivado moría en una gándara sembrada de helechos y brezos. Le pareció, si no indicio seguro, sí al menos cierta señal de río cercano, y se adentró por ella, siguiendo un sendero que la atravesaba. Dados unos pasos, se detuvo a escuchar; mas en vano también. Aumentaba el fastidio del viaje, lo salvaje del lugar, el no ver ya ni una morera, ni una vid, ni otras señales de cultivo humano, que antes casi parecían hacerle media compañía. A pesar de ello, siguió avanzando; y, como en su mente comenzaban a suscitarse ciertas imágenes, ciertas apariciones, dejadas allí por los relatos que había oído contar de niño, para espantarlas, o para aplacarlas, rezaba, caminando, oraciones por los muertos.

Poco a poco se encontró entre arbustos más altos, de espinos, de chaparros, de aladiernas. Sin dejar de andar, y apresurando el paso, con más impaciencia que ganas, empezó a distinguir entre los arbustos algún árbol aislado; y siguiendo siempre por el mismo sendero, advirtió que entraba en un bosque. Sentía cierta repugnancia a adentrarse en él; pero la venció, y a su pesar continuó avanzando; sin embargo, cuanto más se adentraba, más crecía su repugnancia, más fastidio le daba todo. Los árboles que veía a lo lejos, le parecían figuras extrañas, deformes,

monstruosas; lo inquietaba la sombra de las copas levemente agitadas, que tremolaba sobre el sendero iluminado aquí y allá por la luna; el mismo crujir de las hojas secas que pisaba y removía al andar, tenía a sus oídos un no sé qué de odioso. Las piernas sentían como un ansia, un impulso de echar a correr, y al mismo tiempo parecía que les costaba trabajo sostener el cuerpo. Sentía la brisa nocturna soplar más rígida y maligna sobre su frente y sus mejillas; la sentía deslizarse por entre las ropas y la carne, y erizársela, y penetrar más afilada en los huesos quebrantados de cansancio, y extinguir en ellos los últimos restos de energía. En cierto momento, aquel hastío, aquel horror indefinido con el que su ánimo combatía desde hacía algún tiempo, pareció dominarlo por completo. Estaba a punto de perderse del todo; pero aterrorizado, más que de cualquier otra cosa, de su propio terror, llamó a su corazón el antiguo ánimo, y le ordenó que se mantuviese firme. Reanimado así un momento, se paró de golpe a deliberar; y resolvía salir al instante de allí volviendo sobre sus pasos, ir derecho al último pueblo por el que había pasado, regresar entre los hombres, y buscar un cobijo, aunque fuera en una posada. Y estando así parado, interrumpido el roce de los pies sobre el follaje, callando todo a su alrededor, empezó a oír un ruido, un murmullo, un murmullo de agua corriente. Aguza el oído; está seguro; exclama —¡Es el Adda! —Fue como encontrar un amigo, un hermano, un salvador. El cansancio casi desapareció, le volvió el pulso, sintió la sangre correr libre y tibia por todas sus venas, sintió crecer la confianza en sus pensamientos, y desvanecerse en gran parte aquella incertidumbre y gravedad de las cosas; y no vaciló en internarse cada vez más en el bosque, en pos del ruido amigo.

Llegó en unos instantes al extremo de la llanura, al borde de una ribera profunda; y mirando hacia abajo, por entre los matorrales que toda la recubrían, vio el agua centellear y correr. Alzando luego la mirada, divisó la vasta planicie de la otra orilla, sembrada de aldeas, y más allá las colinas, y sobre una de ellas, una gran mancha blanquecina, que le pareció una ciudad, Bérgamo seguramente. Descendió un poco por el declive, abriendo y separando, con las manos y los brazos, el zarzal, miró hacia abajo, por si se movía alguna barca en el río, escuchó por si oía un golpear de remos; pero no vio ni oyó nada. Si se hubiese tratado de algo menos que del Adda, Renzo habría bajado al instante, para intentar vadearlo; mas sabía muy bien que el Adda no era río para tomarse confianzas con él.

Se puso, pues, a deliberar para sí, con mucha sangre fría, sobre el partido que debía tomar. Encaramarse a un árbol, y quedarse en él esperando el alba, durante las casi seis horas que podía aún tardar, con aquella brisa,

con aquella escarcha, vestido de aquel modo, era más que suficiente para congelarse de veras. Pasear de un lado a otro, todo ese tiempo, aparte de ser una ayuda poco eficaz contra el rigor de la intemperie, era pedirle demasiado a aquellas pobres piernas, que ya habían hecho más de lo debido. Recordó haber visto, en uno de los campos más próximos a la gándara, una de esas cabañas cubiertas de paja, construidas con troncos y ramas, y revocadas con barro, donde los campesinos del milanesado acostumbran, por el verano, a guardar la cosecha, y cobijarse durante la noche, para custodiarla; en las otras estaciones, permanecen abandonadas. La eligió al punto como albergue; volvió otra vez al sendero, cruzó de nuevo el bosque, el brezal, la gándara; y se dirigió a la cabaña. Una puerta carcomida y desvencijada, estaba arrimada, sin llave ni cerrojo; Renzo la abrió, entró, vio colgando y sostenida por ramas entrelazadas, una estera a modo de hamaca; pero no se tomó el trabajo de subir a ella. Descubrió en el suelo un poco de paja; y juzgó que, también allí, el sueño sería muy sabroso.

Antes, sin embargo, de tenderse en aquel lecho que la Providencia le había deparado, se arrodilló en él, para darle las gracias por aquel beneficio, y por toda la asistencia que de ella había recibido, en aquel terrible día. Rezó luego sus oraciones de siempre; y pidió además perdón a Nuestro Señor por no haberlas rezado la noche antes; o mejor dicho, para decirlo con sus propias palabras, por haberse ido a dormir como un perro, o peor. «Y por eso», agregó luego para sí, apoyando las manos en la paja, y extendiendo las piernas para tumbarse, «por eso me ha tocado esta mañana ese bonito despertar». Recogió luego toda la paja que quedaba a su alrededor, y se la echó encima, haciéndose con ella, como mejor pudo, una especie de manta, para mitigar el frío, que también allí dentro se dejaba sentir; y se acurrucó bajo ella, con la intención de echar un buen sueño, pareciéndole que lo había comprado aún más caro de lo debido.

Pero, en cuanto cerró los ojos, comenzó en su memoria o en su fantasía (el lugar exacto no sabría decíroslo), comenzó, digo, un ir y venir de gente, tan nutrido, tan incesante, que, adiós sueño. El comerciante, el alguacil, los corchetes, el espadero, el posadero, Ferrer, el vicario, los parroquianos de la venta, toda aquella turba de las calles, luego don Abbondio, después don Rodrigo: gente toda con la que Renzo tenía alguna cuenta pendiente.

Sólo tres imágenes se le presentaban sin ir acompañadas por algún recuerdo amargo, limpias de toda sospecha, amables en todo; y dos, principalmente, muy diferentes sin duda, pero estrechamente unidas en el corazón del joven: una trenza negra y una barba blanca. Mas incluso el

consuelo que experimentaba al detener en ellas su pensamiento, estaba muy lejos de ser puro y tranquilo. Pensando en el buen fraile, sentía más vivamente la vergüenza de sus correrías, de su torpe intemperancia, del poco caso que había hecho de sus paternales consejos; ¡y al contemplar la imagen de Lucía!, no intentaremos decir lo que sentía: el lector conoce las circunstancias; imagíneselo. Y la pobre Agnese, ¿cómo habría podido olvidarla? Agnese, que lo había elegido, que lo había considerado ya como una misma cosa con su única hija, y antes de recibir de él el nombre de madre, había adoptado el lenguaje y el corazón de tal, y demostrado con los hechos su solicitud. Pero era un dolor más, y no el menos punzante, la idea de que, gracias precisamente a tan afectuosas intenciones, a lo mucho que lo quería, la pobre mujer se encontraba ahora arrojada de su nido, casi errante, insegura del porvenir, y recogía cuitas y sinsabores precisamente de aquello de lo que había esperado el reposo y la alegría de sus últimos años. ¡Qué noche! ¡Pobre Renzo! ¡Lo que debía ser la quinta de su matrimonio! ¡Qué habitación! ¡Qué lecho nupcial! ¡Y después de qué día! ¡Y para llegar a qué mañana, a qué serie de días! «Sea lo que Dios quiera», respondía a los pensamientos que más lo importunaban, «lo que Dios quiera. Él sabe lo que hace: también está para nosotros. Vaya todo en pago por mis pecados. ¡Lucía es tan buena!, ¡no querrá hacerla sufrir mucho tiempo, mucho tiempo, mucho tiempo!»

Con estos pensamientos, perdida ya la esperanza de conciliar el sueño, y dejándose sentir cada vez más el frío, hasta el punto de verse obligado de cuando en cuando a tiritar y a castañear los dientes, suspiraba por la llegada del día, y medía con impaciencia el lento discurrir de las horas. Digo que medía, porque, cada media hora, oía en aquel vasto silencio, resonar los toques de un reloj: imagino que debía de ser el de Trezzo. Y la primera vez que hirió sus oídos aquel toque, tan inesperado, sin que pudiese tener idea alguna de dónde procedía, tuvo la sensación misteriosa y solemne, como de un aviso que viniera de una persona invisible, con una voz desconocida.

Cuando al fin aquel martillo dio once golpes, que era la hora establecida por Renzo para levantarse, se incorporó medio aterido, se puso de rodillas, rezó, y con más fervor que de costumbre, sus oraciones de la mañana, se puso en pie, se estiró a lo largo y a lo ancho, sacudió la cintura y los hombros, como para reunir todos sus miembros, pues parecía andar cada uno por su lado, se sopló una mano, luego la otra, las restregó, abrió la puerta de la cabaña; y lo primero que hizo fue echar una ojeada a uno y otro lado, para ver si había alguien. Y no viendo a nadie, buscó con la vista

el sendero de la noche antes; lo reconoció al instante, y echó a andar por él.

El cielo prometía un hermoso día: la luna, en un ángulo, pálida y sin halo, resaltaba, sin embargo, en el campo inmenso de un gris cerúleo, que, allá a lo lejos, hacia oriente, se iba difuminando levemente en un amarillo rosado. Más allá, en el horizonte, se extendían en largos jirones desiguales, unas cuantas nubes, entre azules y plomizas, las más bajas, aureoladas en la parte inferior por una franja casi de fuego, que se iba haciendo más viva y cortante: por el mediodía, otras nubes agrupadas, ligeras y blandas, por así decirlo, se iban iluminando con mil colores indescriptibles: ese cielo de Lombardía, tan bello cuando está bello, tan espléndido, tan sereno. Si Renzo se hubiera encontrado allí yendo de paseo, ciertamente habría mirado hacia arriba, y admirado aquel amanecer tan distinto del que solía ver en sus montes; pero atendía a su camino, y andaba a grandes pasos, para entrar en calor y llegar antes. Cruza los campos, cruza la gándara, cruza el brezal, atraviesa el bosque, mirando a uno y otro lado, y riéndose y avergonzándose al mismo tiempo, de la repugnancia que había sentido pocas horas antes; ya está en el borde de la ribera, mira hacia abajo; y, por entre las ramas, ve una barquita de pescador que se acercaba despacio, contra corriente, rozando la orilla. Baja al punto por el camino más corto, entre los espinos; llega a la orilla; da una voz, bajito, bajito, al pescador; y con la intención de hacer como si pidiera un servicio de poca importancia, pero, sin advertirlo, de un modo medio suplicante, le indica que atraque. El pescador echa una ojeada a lo largo de la orilla, mira atentamente aguas arriba, vuelve la cabeza para mirar aguas abajo, hacia la corriente que se aleja, y luego endereza la proa hacia Renzo, y atraca. Renzo, que estaba en el borde de la orilla, casi con un pie en el agua, agarra la punta de la embarcación, salta dentro, y dice:

—¿Me haríais la merced, pagando lo que sea, de pasarme al otro lado? —El pescador lo había adivinado, y ya daba la vuelta hacia aquella parte. Renzo, viendo en el fondo de la barca otro remo, se agacha, y lo coge.

—Cuidado, cuidado —dijo el patrón; mas al ver luego con qué buena maña el joven había tomado el instrumento, y se disponía a manejarlo—: Ah, ah —añadió— sois del oficio.

—Un poquillo —respondió Renzo, y se puso a la faena con un vigor y una maestría, más que de aficionado. Y sin aflojar nunca la marcha, lanzaba de cuando en cuando una ojeada recelosa a la orilla de la que se alejaban, y luego otra impaciente a aquélla a donde se dirigían, y se consumía por no poder seguir el camino más corto; pues la corriente era, en aquel lugar, demasiado rápida como para cortarla en línea recta; y la barca, en parte

rompiendo, en parte secundando el curso del agua, debía hacer un trayecto diagonal. Como ocurre en todos los asuntos un poco enredados, que las dificultades al principio se presentan al por mayor, y al pasar a la práctica van saliendo al detalle, a Renzo, ahora que el Adda estaba, por así decirlo, cruzado, le molestaba no saber con certeza si allí hacía de frontera, o si, superado aquel obstáculo, le quedaba otro por superar. De modo que, llamando al pescador, e indicando con la cabeza aquella mancha blanquecina que había visto la noche antes, y que ahora le parecía mucho más nítida, dijo:

—¿Es Bérgamo ese pueblo?

—La ciudad de Bérgamo —respondió el pescador.

—Y esa orilla de ahí, ¿es bergamasca?

—Tierra de San Marcos.

—¡Viva San Marcos! —exclamó Renzo. El pescador no dijo nada.

Toca finalmente la orilla: Renzo se lanza a ella; da gracias a Dios en su interior, y luego en voz alta al barquero; mete las manos en los bolsillos, saca una berlinga, que, dadas las circunstancias no fue poco desembolso, y se la tiende al buen hombre; el cual, echada otra ojeada a la orilla milanesa, río arriba, río abajo, alargó la mano, cogió la propina, se la guardó, apretó después los labios, y puso sobre ellos los dedos en cruz, acompañando aquel gesto con una ojeada expresiva; y luego dijo:

—Buen viaje— y volvió atrás.

Para que la cortesía tan pronta y discreta de este barquero con un desconocido no sorprenda demasiado al lector, debemos informarlo de que aquel hombre, requerido a menudo para este servicio por contrabandistas y bandidos, estaba acostumbrado a hacerlo; no tanto por amor a la corta e incierta ganancia que podía sacar, como para no crearse enemigos entre aquella gente. Lo hacía, digo, siempre que podía estar seguro de que no lo veían ni consumeros, ni esbirros, ni espías. Así, sin querer más a los primeros que a los segundos, trataba de dar gusto a todos, con esa imparcialidad, que es el don natural de quien está obligado a tratar con unos, y sujeto a rendir cuentas a otros.

Renzo se detuvo un momento en la orilla a contemplar la orilla opuesta, aquella tierra que poco antes tanto le quemaba los pies. «¡Ah!, ¡al fin estoy fuera!», fue su primer pensamiento, «Ahí te quedas, país maldito», fue el segundo, su adiós a la patria. Pero el tercero corrió a quien dejaba en aquella tierra. Entonces cruzó los brazos sobre el pecho, lanzó un suspiro, bajó los ojos hacia el agua que corría a sus pies, y pensó, «¡Ha pasado bajo el puente!».

Así llamaba, al uso de su pueblo, por antonomasia, al de Lecco. «¡Ah, perro mundo! Ea; que sea lo que Dios quiera.»

Volvió la espalda a aquellos tristes objetos, echó a andar, tomando como punto de mira la mancha blanquecina en la falda del monte, hasta encontrar a alguien que le enseñase el camino exacto. Y había que ver con qué desenvoltura se acercaba a los viandantes, y, sin andarse con demasiados rodeos, nombraba el pueblo donde vivía aquel primo suyo. Por el primero a quien se dirigió, supo que le quedaban todavía nueve millas.

Aquel viaje no fue alegre. Sin hablar de las cuitas que Renzo llevaba consigo, entristecían sus ojos a cada momento espectáculos dolorosos, por los que hubo de advertir que en el país donde se adentraba encontraría la misma penuria que había dejado en el suyo. Por todo el camino, y más aún en los pueblos y las villas, encontraba a cada paso pobres, que no eran pobres de oficio, y mostraban su miseria más en el rostro que en la ropa: campesinos, montañeses, artesanos, familias enteras; y un confuso murmullo de ruegos, lamentos, vagidos. Aquel espectáculo, además de despertar su compasión y su melancolía, lo hacía también preocuparse por su situación.

«¿Quién sabe», iba cavilando, «si encontraré colocación?, ¿si habrá trabajo como en los años pasados? Bueno, Bórtolo me tenía cariño, es un buen muchacho, ha hecho dinero, me ha invitado muchas veces; no me abandonará. Y además, la Providencia me ha ayudado hasta ahora; me ayudará también en el futuro».

Entre tanto el apetito, despertado ya hacía tiempo, iba creciendo de milla en milla; y aunque Renzo, cuando empezó a advertirlo sentía que podía resistir, sin grandes molestias, las dos o tres que podían quedarle aún; pensó, por otra parte, que no estaría bien presentarse ante su primo como un pordiosero, y decirle, como primer saludo: dame de comer. Sacó del bolsillo todas sus riquezas, las hizo correr sobre su mano, echó la suma. No era una cuenta que requiriese mucha aritmética; pero había de sobra para comer un poquillo. Entró en una posada a restaurar el estómago; y, en efecto, después de pagar, le quedaron todavía unos cuartos.

Al salir, vio, junto a la puerta, y casi tropieza con ellas, tendidas en el suelo, más que sentadas, a dos mujeres, una entrada en años, la otra más joven, con un niño que, tras haber mamado en vano en uno y otro pecho, lloraba y lloraba; todos del color de la muerte: y de pie, a su lado, un hombre, en cuyo rostro y miembros, se podía ver aún los restos de una antigua robustez, domada y casi extinguida por la larga privación. Los tres

tendieron la mano hacia el que salía, con paso resuelto y aspecto reanimado: ninguno habló; ¿qué más podía decir una súplica?

—¡Aquí está la Providencia! —dijo Renzo; y, metiendo al punto la mano en el bolsillo, lo vació de aquellos pocos cuartos; los puso en la mano que encontró más cerca, y siguió su camino.

La comida y la buena obra (ya que estamos compuestos de alma y cuerpo) había reconfortado y alegrado todos sus pensamientos. Ciertamente, al haberse desprendido así de su último dinero, le había entrado más confianza en el porvenir, que la que le hubiera dado hallar diez veces más de lo que tenía. Pues, si para socorrer ese día a aquellos pobrecillos que desfallecían en medio de la calle, la Providencia había reservado precisamente las últimas monedas de un extraño, fugitivo, incierto también él sobre cómo viviría; ¿quién podía pensar que iba a dejar luego sin recursos a aquel de quien se había servido para ello, y a quien había inspirado una sensación tan clara, tan eficaz, tan cierta de sí misma? Este era, más o menos, el pensamiento del joven; aunque menos claro aún de como yo lo he sabido expresar. En el resto del camino, volviendo a pensar en sus asuntos, todo se le allanaba. Algún día acabaría la carestía: todos los años se cosecha: mientras tanto tenía a su primo Bórtolo, y su propia habilidad; tenía además algún dinero en casa, que mandaría a pedir en seguida. Con aquello, en el peor de los casos, iría tirando día a día, hasta que volviera la abundancia. «Vuelve al fin la abundancia», proseguía Renzo en su fantasía, «renace el trajín de los trabajos: los patronos se quitan de las manos a los operarios milaneses, que son los que conocen bien el oficio; los obreros milaneses alzan el gallo; el que quiera gente hábil, tiene que pagarla; se gana para vivir más de uno, y para ahorrar algo; se manda escribir a las mujeres que vengan... Y, además, ¿por qué esperar tanto? ¿No es cierto que con lo poco que tenemos guardado, habríamos podido salir adelante allí también este invierno? Pues igual nos arreglaríamos aquí. Curas los hay en todas partes. Vienen esas dos queridas mujeres: ponemos casa. ¡Qué gusto ir paseando por este mismo camino todos juntos!, ir hasta el Adda en carreta, y merendar en la orilla, justo en la orilla, y enseñarle a las mujeres el sitio donde me embarqué, el zarzal por donde bajé, el sitio desde donde estuve mirando si llegaba alguna barca».

Llega al pueblo de su primo; al entrar, mejor dicho, antes de poner los pies en él, distingue una casa muy alta, con varias filas de ventanas muy largas; reconoce una hilandería, entra, pregunta en voz alta, entre el ruido del agua que cae y de las ruedas, si está allí un tal Bórtolo Castagneri.

—¡El señor Bórtolo! Ahí está.

«¿Señor?, buena señal», piensa Renzo; ve a su primo, corre a su encuentro. Éste se vuelve, reconoce al joven, que le dice:

—Aquí estoy. —Un —¡Oh!— de sorpresa, un abrir los brazos, un echárselos al cuello mutuamente. Después de aquellos primeros parabienes, Bórtolo lleva a nuestro joven lejos del estruendo de las máquinas, y de los ojos de los curiosos, a otra estancia, y le dice:

—Me alegro de verte; pero, eres un tipo raro. Con las veces que te he invitado; nunca has querido venir; y ahora llegas en un momento un poco crítico.

—Si quieres que te diga la verdad, no he venido por gusto mío —dijo Renzo, y con la mayor brevedad, aunque no sin mucha emoción, le contó la dolorosa historia.

—Eso es harina de otro costal —dijo Bórtolo—. ¡Oh pobre Renzo! Pero tú has contado con mi ayuda; y yo no te abandonaré. Realmente ahora no hay demanda de obreros; es más, apenas si cada uno conserva los suyos, para no perderlos y arruinar el negocio; pero el dueño me aprecia, y es rico. Y, para que lo sepas, en gran parte me lo debe a mí, sin presunción: él, el capital, y yo, mi poca habilidad. Soy el primer oficial, ¿sabes?, y además, si quieres que te lo diga, soy el factótum. ¡Pobre Lucía Mondella! Me acuerdo de ella como si fuera ayer: ¡una buena muchacha!, siempre la más formal en la iglesia; y cuando se pasaba por delante de aquella casita... Me parece ver la casita, casi fuera del pueblo, con una hermosa higuera asomando por la tapia...

—No, no; no hablemos de eso.

—Quería decir que, cuando se pasaba por aquella casita, siempre se oía la devanadera que giraba, giraba, giraba. ¡Y ese don Rodrigo!, también en mis tiempos rondaba ya por aquella calle; pero ahora, a lo que veo, es el diablo en persona; mientras Dios le deje la brida al cuello. Bueno, pues como te decía, también aquí se deja sentir el hambre... A propósito, ¿qué tal andas de apetito?

—He comido hace poco, por el camino.

—Y de dinero, ¿cómo estamos?

Renzo extendió la mano, se la acercó a la boca, y sopló ligeramente sobre ella.

—No importa —dijo Bórtolo—: lo tengo yo: y no te apures, que muy pronto, cuando cambien las cosas, si Dios quiere, me lo devolverás, y tendrás de sobra también para ti.

—Tengo alguna cosilla en casa; y haré que me lo manden.

—Está bien; y mientras tanto, cuenta conmigo. Dios me ha dado bienes para que haga el bien; y si no se lo hago a los parientes y a los amigos, ¿a quién se lo voy a hacer?

—¡Ya lo decía yo que era la Providencia! —exclamó Renzo, apretando afectuosamente la mano de su buen primo.

—De modo que —prosiguió éste— en Milán han armado todo ese alboroto. Me parece que están un poco locos. Ya se había oído algo por aquí; pero quiero que luego me cuentes tú la cosa con más detalle. ¡Ah!, tenemos mucho de qué hablar. Aquí, en cambio, ya ves, todo está más tranquilo, y las cosas se hacen con un poco más de juicio. La ciudad ha comprado dos mil cargas de grano a un comerciante de Venecia: grano que viene de Turquía; pero, cuando se trata de comer, no se anda uno con remilgos. Bueno, pues, ¿qué pasa?: pasa que los regidores de Verona y de Brescia cierran los pasos de frontera y dicen: por aquí no entra el trigo. ¿Qué hacen los bergamascos? Despachan a Venecia a Lorenzo Torre, un abogado, ¡qué abogado! Partió a toda prisa, se presentó al dux, y dijo: ¿qué idea se les ha ocurrido a esos señores? ¡Y un discurso!, un discurso, dicen, como para darlo a la estampa. ¡Lo que vale tener un hombre que sepa hablar! Al punto una orden para que dejen pasar el trigo; y a los regidores, no sólo que lo dejen pasar, sino que han de hacerlo escoltar; y ya está en camino. Y también han pensado en la comarca. Giovambattista Biava, nuncio de Bérgamo en Venecia (¡qué hombre también ése!) ha hecho comprender al Senado que también en el campo se padecía hambre; y el senado ha concedido dos mil fanegas de mijo. También sirve para hacer pan. Y además, ¿sabes qué te digo?, que si no hay pan, comeremos compango. El señor me ha dado bienes, como te digo. Ahora te presentaré a mi patrón: le he hablado de ti muchas veces, y te acogerá bien. Es un buen bergamasco chapado a la antigua, un hombre de gran corazón. A decir verdad, ahora no te esperaba; pero cuando oiga la historia... Y luego, a los obreros sabe estimarlos, porque la carestía pasa, y el negocio queda. Pero ante todo, tengo que advertirte una cosa. ¿Sabes cómo nos llaman en este país a los del estado de Milán?

—¿Cómo nos llaman?

—Nos llaman *baggianiu*.

—No es un bonito nombre.

—Da igual: el que ha nacido en el milanesado y quiere vivir en Bérgamo, tiene que aguantarse. Para esta gente, llamar *baggiano* a un milanés, es como llamar ilustrísima a un caballero.

—Supongo que se lo llamarán al que se lo deje llamar.

—Amigo mío, si no estás dispuesto a tragarte lo de *baggiano* a todo pasto, no cuentes con poder vivir aquí. Habrías de estar siempre con la navaja en la mano: y cuando, supongamos, hubieras matado a dos, tres, cuatro, llegaría luego el que te mataría a ti: ¡buena gana entonces de presentarte ante el tribunal de Dios con tres o cuatro homicidios sobre la conciencia!

—Y un milanés que tenga un poco de... —y aquí se golpeó la frente con el dedo, como había hecho en la posada de la Luna Llena—. Quiero decir, ¿uno que conozca bien su oficio?

—Es lo mismo: aquí es un *baggiano* también él. ¿Sabes lo que dice mi patrón, cuando habla de mí con sus amigos?: «Ese *baggiano* ha sido un regalo del cielo para mi negocio; si no tuviese a ese *baggiano*, aviado estaría». Es una costumbre.

—Es una costumbre necia. Y viendo lo que sabemos hacer (porque, a fin de cuentas, quien ha traído aquí este arte, y lo saca adelante, somos nosotros), ¿es posible que no se hayan corregido?

—Hasta ahora no: con el tiempo, puede ser; los niños que van creciendo; pero los hombres ya hechos, ni hablar: han cogido ese vicio; ya no lo sueltan. Después de todo, ¿qué importa? Mucho peores son las gracias que te han hecho a ti, y lo otro que te querían hacer, nuestros queridos paisanos.

—Ya, es verdad: si no hay otra cosa peor...

—Ahora que te has convencido, todo irá bien. Vamos a ver al patrón, y ánimo.

En efecto, todo marchó bien, y tan conforme con las promesas de Bórtolo, que creemos innecesario hacer un relato detallado. Y fue verdaderamente algo providencial, porque las cosas y el dinero que Renzo había dejado en su casa, ahora veremos cuánto podía contar con ello.

CAPÍTULO XVIII

ESE mismo día, 13 de noviembre, llega un correo extraordinario ante el señor podestá de L'ecco, y le entrega un despacho del señor capitán de justicia, conteniendo una orden de hacer todas las posibles y oportunas averiguaciones, para descubrir si cierto joven llamado Lorenzo Tramaglino, tejedor de seda, escapado a las fuerzas *praedicti egregii domini capitanei*, ha regresado, *palam vel clam*, a su pueblo, *ignotum* según parece, *verum in territorio Leuci: quod si copertum fuerit sic esse*, trate el susodicho señor podestá, *quanta máxima diligentia fieri poterit*, de echarle mano; y, bien atado, *videlize* con unas buenas esposas, comprobada la manifiesta insuficiencia de las bocamangas para el mencionado sujeto, lo haga

conducir a la cárcel, y lo retenga allí, bajo buena custodia, para hacer entrega de él a quien se enviare a buscarlo; y tanto en caso afirmativo, como negativo, *accedatis ad domum praedicti Laurentii Tramallini; et, facta debita diligentia, quidquid ad rem repertum fuerit auferatis; et informationes de illius prava qualitate, vita, et complicibus sumatis*; y de todo lo dicho y lo hecho, y lo hallado y lo no hallado, lo cogido y lo dejado, *diligenter referatiss*. El señor podestá, tras haberse humanamente cerciorado de que el sujeto no había regresado a su pueblo, manda llamar al cónsul de la aldea, y se hace conducir por él a la casa indicada, con gran aparato de alguacil y corchetes. La casa está cerrada; quien tiene las llaves no está, o no se deja encontrar. Se derriba la puerta, y se hacen las debidas diligencias, es decir, que se procede como con una ciudad tomada por asalto. La voz de esta expedición se esparce inmediatamente por todo el contorno; llega a oídos del padre Cristóforo; el cual no menos atónito que afligido, pregunta a unos y a otros, para sacar alguna luz sobre la causa de un hecho tan inesperado; mas no recoge sino conjeturas sin fundamento, y escribe al instante al padre Buenaventura, de quien espera poder recibir alguna noticia más concreta. Entre tanto, los parientes y amigos de Renzo son citados para prestar declaración sobre cuanto puedan saber de su prava calidad: llamarse Tramaglino es una desgracia, una vergüenza, un delito: el pueblo está todo alborotado. Poco a poco se viene a saber que Renzo ha escapado a la justicia, en pleno centro de Milán, y luego desaparecido; corre voz de que ha hecho algo grave, pero nadie sabe decir qué, o se cuenta de mil maneras. Cuanto más grave es, menos crédito se le da en el pueblo, donde se tiene a Renzo por un joven honrado; la mayoría presume, y se lo van susurrando al oído unos a otros, que es una maquinación movida por el prepotente de don Rodrigo, para perder a su pobre rival. Tan cierto es que, juzgando por inducción, y sin el necesario conocimiento de los hechos, también se cometen a veces grandes injusticias con los bribones.

Mas nosotros, con los hechos en la mano, como suele decirse, podemos afirmar que, si aquél no había tomado parte en la desgracia de Renzo, la celebró con sus leales, y principalmente con el conde Attilio. Éste, según sus primeros planes, hubiera debido encontrarse a esas horas ya en Milán; pero, ante las primeras noticias del tumulto, y de la canalla que vagaba por las calles, en actitud muy distinta a la de recibir palos, había considerado oportuno quedarse en el campo, hasta que las aguas se calmasen. Tanto más cuanto que, habiendo ofendido a muchos, tenía razones para temer que alguno de los muchos que, sólo por impotencia estaban quietos, cobrase valor de aquellas circunstancias, y juzgase llegado el momento de

vengarse en nombre de todos. Esta incertidumbre no fue de larga duración: la orden procedente de Milán contra Renzo era ya un indicio de que las cosas habían vuelto a su cauce ordinario; y, casi al mismo tiempo se tuvo la certeza positiva de ello. El conde Attilio partió inmediatamente, animando a su primo a persistir en la empresa, a salir airoso de su empeño, y prometiéndole que, por su parte, pondría en seguida manos a la obra para librarlo del fraile; para cuyo fin, el afortunado incidente del abyecto rival venía de perlas. Apenas partido Attilio, llegó de Monza el Griso sano y salvo, y refirió a su amo lo que había podido averiguar: que Lucía estaba refugiada en tal convento, bajo la protección de tal señora; y permanecía siempre escondida, como si también ella fuera monja, sin poner nunca los pies fuera de la puerta, y asistiendo a las funciones religiosas desde una ventanita enrejada: cosa que molestaba a muchos, los cuales, habiendo oído hablar de no sé qué aventuras suyas, y decir grandes cosas de su rostro, hubieran querido saber un poco cómo era.

Esta relación metió el diablo en el cuerpo de don Rodrigo, o mejor dicho, volvió peor al que ya tenía dentro. Tantas circunstancias favorables a su designio inflamaban cada vez más su pasión, es decir, aquella mezcla de puntillo, de rabia y de infame capricho, de que estaba compuesta su pasión. Renzo ausente, desterrado, proscrito, de modo que todo resultaba lícito contra él, y su propia novia podía ser considerada, en cierto modo, como botín de guerra: el único hombre en el mundo que quería y podía ponerse de su parte, y armar un revuelo que llegara lejos, incluso a oídos de personas eminentes, el airado fraile, dentro de poco dejaría probablemente de estar en condiciones de hacer daño. Y he aquí que un nuevo impedimento, no sólo contrapesaba todas aquellas ventajas, sino que, en cierto modo, las hacía inútiles. Un monasterio en Monza, aunque no hubiera habido en él una princesa, era un hueso demasiado duro de roer para los dientes de don Rodrigo; por más que su fantasía revolotease en torno a aquel refugio, no podía imaginar medio ni modo de expugnarlo, ni con la fuerza, ni recurriendo a insidias. Casi, casi estuvo a punto de abandonar la empresa; a punto de resolverse a ir a Milán, dando incluso un rodeo, para no pasar siquiera por Monza; y en Milán lanzarse en medio de los amigos y las diversiones, para espantar, con pensamientos totalmente alegres, aquel pensamiento que ya se había convertido en un puro tormento. Pero, ay, ay, ay, los amigos. Poco a poco con los amigos. En vez de una distracción, lo que podía hallar en su compañía eran nuevos disgustos: porque Attilio, sin duda, habría llegado trompeta en boca, y puesto a todos a la expectativa. Por doquier le pedirían noticias de la montañesa: había que dar explicaciones. Lo había querido, lo había

intentado; ¿qué había conseguido? Había tomado sobre sí un empeño, un empeño un poco innoble, es cierto: pero, ea, uno no puede a veces mandar en sus caprichos; la cuestión es satisfacerlos; ¿y cómo salía de ese empeño? ¡Dándose por vencido ante un villano y un fraile! ¡Oh! Y cuando una fortuna inesperada, sin el menor esfuerzo de ese inútil, había quitado de en medio a uno y un hábil amigo al otro, el inútil no había sabido sacar provecho de la coyuntura, y se retiraba vilmente de la empresa. Había más que suficiente como para no volver a levantar la cabeza entre los hombres de bien, o para tener a cada momento la espada en la mano. Y luego, ¿cómo volver, o cómo quedarse en aquella comarca, en aquel pueblo, donde, sin contar los recuerdos incesantes y punzantes de la pasión, arrastraría consigo la afrenta de un golpe fracasado?, ¿donde, al mismo tiempo, habría crecido el odio público, y disminuido su fama de poder?, ¿donde en el rostro de cada villano, incluso en medio de las reverencias, podría leerse un amargo: te la han jugado, me alegro? La senda de la iniquidad, dice aquí el manuscrito, es ancha; mas eso no quiere decir que sea cómoda: tiene sus buenos tropiezos, sus pasos escabrosos; tiene lo suyo de molesta, y fatigosa, aunque sea cuesta abajo.

A don Rodrigo, que no quería salir de ella, ni retroceder, ni detenerse, y no podía seguir adelante por sí solo, sí se le ocurría un medio con el que podría: y era pedir ayuda a cierto hombre, cuyas manos llegaban con frecuencia donde no alcanzaba la vista de los demás: un hombre o un diablo, para quien la dificultad de las empresas era a menudo un estímulo para tomarlas sobre sí. Pero ese partido tenía también sus inconvenientes y sus riesgos, tanto más graves cuanto menos se podían calcular de antemano; ya que nadie habría podido prever hasta dónde llegaría, una vez embarcado con aquel hombre, poderoso auxiliar, sin duda, pero no menos absoluto y peligroso caudillo.

Tales pensamientos tuvieron durante varios días a don Rodrigo entre el sí y el no, ambos igualmente enojosos. Llegó entre tanto una carta de su primo, en la que decía que la trama iba por buen camino. Poco después del relámpago, estalló el trueno; es decir, que, una buena mañana, se supo que el padre Cristóforo se había marchado del convento de Pescarénico. Este éxito tan rápido, la carta de Attilio que le daba ánimos, y amenazaba con grandes burlas, hicieron inclinarse a don Rodrigo cada vez más por el partido arriesgado: lo que le dio el último empujón fue la inesperada noticia de que Agnese había vuelto a su casa: un estorbo menos junto a Lucía. Demos cuenta de estos dos acontecimientos, empezando por el último.

Apenas se habían instalado las dos mujeres en su refugio, cuando se difundió en Monza, y por consiguiente también en el monasterio, la noticia del gran alboroto de Milán; y, tras la noticia grande, una serie infinita de detalles, que iban creciendo y variando a cada momento. La demandadera que, desde su casa, podía tener un oído en la calle, y otro en el monasterio, recogía unas noticias por aquí, otras por allá, y se las comunicaba a sus huéspedes. —Dos, seis, ocho, cuatro, siete han metido en la cárcel; los ahorcarán, unos frente al horno de las muletas, otros al final de la calle donde está la casa del vicario de provisión... ¡Eh, eh, oíd esto!: se ha escapado uno, que es de Lecco, o de la comarca. El nombre no lo sé; pero ya vendrá alguien a decírmelo; a ver si lo conocéis.

Este anuncio, con la circunstancia de haber llegado precisamente Renzo a Milán en el día fatal, produjo alguna inquietud en las mujeres, y sobre todo en Lucía; pero imaginaos lo que sería cuando la demandadera vino a decirles:

—Es justo de vuestro pueblo el que se ha fugado para que no lo ahorcaran; un tejedor de seda, que se llama Tramaglino: ¿lo conocéis?

A Lucía, que estaba sentada, hilvanando no sé qué, se le cayó la labor de las manos; palideció, se demudó toda, de tal modo que, si hubiese estado más cerca, la demandadera lo habría advertido sin duda. Pero estaba de pie, en el umbral, con Agnese; la cual, turbada también, aunque no tanto, pudo aguantar impávida; y, para contestar algo, dijo que, en un pueblo pequeño, todos se conocen, y que lo conocía; pero que no podía explicarse cómo había podido ocurrirle una cosa semejante; pues era un joven tranquilo. Peguntó luego si había escapado de verdad, y a dónde.

—Que ha escapado, todos lo dicen; a dónde, no se sabe; puede ser que todavía lo atrapen, puede ser que esté a salvo; pero si cae otra vez en sus manos, vuestro joven tranquilo...

Entonces, por fortuna, llamaron a la demandadera, y se marchó: figuraos cómo se quedaron la madre y la hija. Más de un día debieron, la pobre mujer y la desolada muchacha, permanecer en semejante incertidumbre, cavilando sobre el cómo y el porqué, sobre las consecuencias de aquel hecho doloroso, comentando, cada una para sí, o por lo bajo entre las dos, cuando podían, aquellas terribles palabras.

Por fin un jueves, se presentó en el monasterio un hombre preguntando por Agnese. Era un pescadero de Pescarénico, que iba a Milán, como de costumbre, a vender su mercancía; y el buen fray Cristóforo le había rogado que, al pasar por Monza, hiciese una escapada al convento, saludase a las mujeres de su parte, les contase lo que sabía del triste caso de Renzo, les recomendase que tuvieran paciencia, y confiasen en Dios; y

que él, pobre fraile, no se olvidaría ciertamente de ellas, y acecharía la ocasión de poder ayudarlas; y entre tanto, no dejaría, cada semana, de darles noticias suyas por aquel medio, o por otro. Acerca de Renzo, el mensajero no supo decir nada nuevo y seguro, salvo la visita hecha a su casa, y las indagaciones para echarle mano; pero, al mismo tiempo, que todas habían resultado vanas, y que se sabía seguro que se había puesto a salvo en tierras de Bérgamo. Semejante certeza, no hace falta decirlo, fue un gran bálsamo para Lucía: a partir de entonces, sus lágrimas corrieron más fáciles y más dulces; experimentó mayor consuelo en los desahogos secretos con su madre; y en todas sus plegarias iba mezclada una acción de gracias.

Gertrude la hacía ir a menudo a su locutorio privado, y la retenía a veces durante largo tiempo, complaciéndose en la ingenuidad y dulzura de la pobrecilla, y oyéndose bendecir y dar las gracias a cada momento. Le contaba también, en confianza, una parte (la parte limpia) de su historia, de lo que había padecido, para ir a padecer allí: y aquel primer asombro de Lucía se iba transformando en compasión. Hallaba en aquella historia razones más que suficientes para explicar lo que había de extraño en los modales de su bienhechora; y más aún con la ayuda de aquella teoría de Agnese sobre las rarezas de los señores. Pero, aunque se sentía inclinada a corresponder a la confianza que Gertrude le demostraba, no se le pasó ni siquiera por la cabeza hablarle de sus nuevas inquietudes, de su nueva desgracia, decirle quién era aquel tejedor huido; para no arriesgarse a difundir una voz tan llena de dolor y de escándalo. Evitaba también, lo mejor que podía, responder a las preguntas indiscretas de aquélla, sobre la historia anterior a su noviazgo; mas en esto no había razones de prudencia. Era porque a la pobre inocente aquella historia le parecía más espinosa, más difícil de contar, que todas las que había oído, y creía poder oír, de labios de la señora. En éstas había tiranía, insidias, sufrimientos; cosas feas y dolorosas, pero que, con todo, se podían nombrar: en la suya había mezclado en todo un sentimiento, una palabra, que le parecía imposible poder pronunciar, hablando de sí misma; y que nunca habría podido sustituir con una perífrasis que no le pareciese desvergonzada: ¡el amor!

Algunas veces Gertrude se sentía casi despechada por aquel estar tan a la defensiva; ¡pero en ello se traslucía tanta ternura, tanto respeto, tanta gratitud y también tanta confianza! Alguna vez quizá aquel pudor tan delicado, tan arisco, le desagradaba aún más por otro motivo; pero todo se perdía en la dulzura de un pensamiento que acudía a su mente a cada instante, al mirar a Lucía: «A ésta le hago bien.» Y era verdad; porque,

además del cobijo, aquellas conversaciones, aquellas caricias familiares, servían de no poco consuelo a Lucía. Otro consuelo lo encontraba en trabajar continuamente; y rogaba siempre que le dieran algo que hacer: incluso al locutorio, llevaba siempre alguna labor para tener las manos ocupadas: pero ¡cómo se meten por todas partes los pensamientos dolorosos!, cosiendo y cosiendo, que era un oficio casi nuevo para ella, recordaba cada poco la devanadera; y tras la devanadera, ¡cuántas cosas!

Al segundo jueves, volvió aquel pescadero o algún otro mensajero, con saludos del padre Cristóforo, y la confirmación de la feliz fuga de Renzo. Noticias más positivas acerca de sus peripecias, ninguna; porque, como hemos dicho al lector, el capuchino había esperado recibirlas del hermano de Milán, a quien se lo había recomendado; y éste respondió que no había visto ni a la persona, ni la carta; que un campesino había ido, sí, al convento, preguntando por él; pero que al no hallarlo, se había ido, y no había vuelto a aparecer.

El tercer jueves, no se presentó nadie; y, para las pobres mujeres, fue, no sólo la privación de un consuelo deseado y esperado, sino, como sucede, por la más pequeña cosa, a quien está afligido y en apuros, un motivo de inquietud, de mil molestas sospechas. Ya antes de entonces Agnese había pensado en hacer una escapada a su casa; esta novedad de no ver al mensajero prometido, la hizo decidirse. Para Lucía era una cosa seria apartarse de las faldas de su madre; pero el ansia de saber algo, y la seguridad que sentía en aquel asilo tan protegido y sagrado, vencieron su repugnancia. Y ambas decidieron que Agnese iría al día siguiente a esperar por el camino al pescadero, que debía pasar por allí, a su regreso de Milán; le pediría por favor un sitio en la carreta, para que la llevase a sus montes. Lo encontró, en efecto, le preguntó si el padre Cristóforo le había dado algún recado para ella: el hombre, la víspera de su viaje, había pasado todo el día pescando, y no había sabido nada del padre. La mujer no tuvo necesidad de rogar para obtener el favor que deseaba: se despidió de la señora y de su hija, no sin lágrimas, prometiendo mandar en seguida noticias suyas, y volver pronto; y partió.

Durante el viaje no ocurrió nada de particular. Descansaron parte de la noche en una posada, como de costumbre; prosiguieron el camino antes del amanecer; y llegaron por la mañana temprano a Pescarénico. Agnese se apeó en la plazuela del convento, dejó marchar a su conductor con muchos Dios os lo pague; y, ya que estaban allí, quiso, antes de ir a casa, ver a su buen fraile bienhechor. Tocó la campanilla; quien acudió a abrir fue fray Galdino, el de las nueces.

—¡Oh!, mi buena mujer, ¿qué buen viento os trae por aquí?

—Vengo a ver al padre Cristóforo.
—¿Al padre Cristóforo? No está.
—¡Oh!, ¿tardará mucho en volver?
—Pues... —dijo el fraile, encogiéndose de hombros y hundiendo en la capucha la cabeza rapada.
—¿Adonde ha ido?
—A Rímini.
—¿Adónde?
—A Rímini.
—¿Dónde está ese pueblo?
—¡Huy, huy, huy! —respondió el fraile, cortando verticalmente el aire con la mano extendida, para indicar una gran distancia.
—¡Ay, pobre de mí! Pero, ¿por qué se ha ido tan de repente?
—Porque así lo ha querido el padre provincial.
—¿Y por qué mandarlo fuera, si tanto bien hacía aquí? ¡Ay, Señor!
—Si los superiores tuvieran que rendir cuentas de las órdenes que dan, ¿dónde estaría la obediencia, mi buena mujer?
—Sí, pero para mí es la ruina.
—¿Sabéis qué habrá pasado? Que en Rímini necesitarían un buen predicador (los tenemos en todas partes; pero a veces se requiere un hombre especial); el padre provincial de allí habrá escrito al padre provincial de aquí, si tenía uno así y asá; y el padre provincial habrá dicho: aquí hace falta el padre Cristóforo. Habrá pasado eso, seguro, mirad.
—¡Ay, pobres de nosotros! ¿Cuándo se ha ido?
—Antes de ayer.
—¡Eso es!, ¡si hubiese hecho caso a mi inspiración de venir unos días antes! ¿Y no se sabe cuándo puede volver?, así, poco más o menos...
—¡Ah, mi buena mujer!, lo sabe el padre provincial; si es que lo sabe. Cuando un padre predicador nuestro levanta el vuelo, no se puede prever en qué rama irá a posarse. Los buscan por aquí, los buscan por allá: y tenemos conventos en las cuatro partes del mundo. Suponed que en Rímini el padre Cristóforo meta mucho ruido con sus sermones de Cuaresma: porque no siempre predica improvisando, como aquí, para los pescadores y los campesinos: para los púlpitos de las ciudades, tiene sus buenos sermones escritos; ¡y cosa fina! Empieza a correr la voz por esos lugares, de que hay un gran predicador; y lo pueden llamar de... ¿qué sé yo? Y entonces, hay que mandarlo; porque nosotros vivimos de la caridad de todo el mundo, y es justo que sirvamos a todo el mundo.

—¡Ay Señor, Señor! —exclamó de nuevo Agnese, casi llorando—: ¿Qué voy a hacer sin ese hombre? ¡Era el que nos servía de padre! Para nosotros es la ruina.

—Escuchad, buena mujer; el padre Cristóforo era ciertamente un hombre excepcional; pero tenemos también otros, ¿sabéis?, llenos de caridad y de talento, y que lo mismo saben tratar con los señores que con los pobres. ¿Queréis al padre Atanasio?, ¿queréis al padre Girolamo?, ¿queréis al padre Zacearía? Es un hombre de gran valor, ya veis, el padre Zacearía. Y no reparéis, como hacen algunos ignorantes, en que sea tan poquita cosa, con un hilillo de voz, y cuatro pelicos en la barba: no digo para predicar, porque cada uno tiene sus dotes; pero para dar consejos, es único, ¿sabéis?

—¡Oh, por caridad! —exclamó Agnese con esa mezcla de gratitud e impaciencia, que se experimenta ante un ofrecimiento en el que se ve más la buena voluntad ajena, que nuestra propia conveniencia—: ¿Qué me importa a mí cómo es o no es otro, cuando ese pobre hombre que ya no está era el que sabía nuestras cosas, y lo tenía todo preparado para ayudarnos?

—Entonces, es preciso tener paciencia.

—Eso ya lo sé —respondió Agnese—: perdonad por la molestia.

—No hay de qué, mi buena mujer; lo siento por vos. Y si os decidís a llamar a alguno de nuestros padres, el convento está aquí, y no se mueve. Ah, pronto pasaré por vuestra casa, para la colecta del aceite.

—Quedad con Dios —dijo Agnese; y se encaminó a su aldehuela, desolada, confusa, desconcertada, como un pobre ciego que hubiera perdido su bastón.

Un poco mejor informados que fray Galdino, nosotros podemos decir cómo ocurrieron realmente las cosas. Attilio, apenas llegó a Milán, fue, como había prometido a don Rodrigo, a visitar a su común tío, el del Consejo Secreto. (Era un organismo compuesto entonces por trece personajes de toga y espada, que asesoraba al Gobernador, y que, al morir éste, o al ser sustituido, asumía temporalmente el gobierno.) El conde tío, togado, y uno de los ancianos del consejo, gozaba en él de cierto prestigio; pero para hacerlo valer, y para sacarle provecho con los demás, no había otro igual. Un hablar ambiguo, un callar significativo, un quedarse a medias, un guiñar el ojo que expresaba: no puedo hablar; un alentar sin prometer, un amenazar ceremonioso; todo iba dirigido a este fin; y todo, o casi todo, redundaba en su beneficio. Hasta el punto de que incluso un: nada puedo yo en este asunto, dicho a veces en pura verdad, pero dicho de modo que no se creyera, servía para acrecentar la

reputación, y por tanto la realidad de su poder: como esas cajas que aún se ven en alguna boticia, con ciertas palabras árabes por fuera, y nada dentro; pero que sirven para mantener el crédito de la casa. El del conde tío que, desde hacía mucho tiempo, había ido creciendo sin cesar por lentísimos grados, últimamente había dado, de una sola vez, como suele decirse, un paso de gigante, por una circunstancia extraordinaria: un viaje a Madrid, con una misión ante la Corte; donde la acogida que le dispensaron, había que oírsela contar a él. Por no decir más, el conde duque lo había tratado con particular consideración, y admitido en su intimidad, hasta el punto de haberle preguntado una vez, en presencia, puede decirse, de media corte, si le gustaba Madrid, y de haberle dicho otra vez, a solas, en el vano de una ventana, que la catedral de Milán era el templo más grande que había en los estados del rey.

Después de presentar sus saludos al conde tío, y de transmitirle los de su primo, Attilio, con un continente serio, que sabía adoptar llegado el caso, dijo:

—Creo cumplir con mi deber, sin faltar a la confianza de Rodrigo, advirtiendo a mi señor tío de un asunto que, si vuestra merced no lo remedia, puede hacerse grave, y tener consecuencias...

—Alguna de las suyas, me imagino.

—En justicia, debo decir que la culpa no es de mi primo. Pero está excitado; y, como digo, sólo mi señor tío puede...

—Veamos, veamos.

—Hay en aquel lugar un fraile capuchino que la tiene tomada con Rodrigo; y la cosa ha llegado a un punto, que...

—¿Cuántas veces os he dicho, a uno y otro, que a los frailes hay que dejarlos cocerse en su salsa? Bastante es con lo que dan que hacer a quien debe... a quien corresponde... —Y aquí dio un resoplido—. Pero vosotros, que podéis evitarlos...

—Señor tío, en esto es mi deber decir a usía que Rodrigo lo hubiera evitado, de haber podido. Es el fraile quien no le deja en paz, el que ha empezado a provocarlo de todas las maneras...

—¿Qué diablos tiene ese fraile contra mi sobrino?

—Ante todo, es un revoltoso, conocido como tal, y que alardea de tenérsela jurada a los caballeros. Ese tipo protege, dirige, ¿qué sé yo?, a una palurda de allí; y tiene con esa criatura una caridad, una caridad... no digo interesada, pero una caridad muy vidriosa, muy suspicaz, muy quisquillosa.

—Ya entiendo —dijo el conde tío; y sobre cierto fondo de grosería, pintado en su cara por la naturaleza, velado luego y recubierto, con varias manos,

de política, relampagueó un rayo de malicia, que le sentaba a las mil maravillas.

—Pues bien, desde hace algún tiempo —continuó Attilio—, a ese fraile se le ha metido en la cabeza que Rodrigo tenía no sé qué planes sobre ella...

—¡Se le ha metido en la cabeza!, ¡se le ha metido en la cabeza!: También yo conozco al señor don Rodrigo; haría falta otro abogado que vuestra señoría, para justificarlo en estas materias.

—Señor tío, que Rodrigo pueda haber bromeado algo con esa criatura, encontrándola por la calle, no estoy lejos de creerlo: es joven, y a fin de cuentas, no es capuchino; pero ésas son bagatelas que no merecen la atención de mi señor tío: lo grave es que el fraile ha empezado a hablar de Rodrigo como si fuera un villano cualquiera, trata de azuzar contra él a todo el pueblo...

—¿Y los otros frailes?

—No se meten en esto, porque lo tienen por un exaltado, y sienten el mayor respeto por don Rodrigo; pero, por otra parte, ese fraile tiene gran crédito entre los villanos, porque además se las da de santo, y...

—Me imagino que no sabe que Rodrigo es sobrino mío.

—¡Vaya si lo sabe! Eso es precisamente lo que más le mete el diablo en el cuerpo.

—¿Cómo?, ¿cómo?

—Porque, y lo va diciendo él por ahí, halla más gusto en darle un escarmiento a Rodrigo, precisamente porque tiene un protector natural, de tanta autoridad como vuestra señoría: y que él se ríe de los grandes y de los políticos, y que el cordón de San Francisco tiene atadas también las espadas, y que...

—¡Ah, fraile temerario! ¿Cómo se llama ese sujeto?

—Fray Cristóforo de *** —dijo Attilio; y el conde tío, sacando de un cajón de su mesa, un librito de memorias, escribió en él, soplando y resoplando, aquel pobre nombre. Mientras tanto, Attilio proseguía—: Siempre ha sido así ese sujeto; ya se conoce su vida. Era un plebeyo que, encontrándose con cuatro cuartos, quería competir con los caballeros de su pueblo; y, furioso al no poder estar por encima de todos, mató a uno; de modo que, para evitar la horca, se metió fraile.

—¡Bravo!, ¡muy bien! Ya veremos, ya veremos —decía el conde tío sin dejar de resoplar.

—Además ahora —continuaba Attilio—, está más furioso que nunca, porque se le ha venido abajo un plan que le importaba mucho, mucho: y por ello comprenderá mi señor tío qué clase de hombre es. Quería este individuo casar a esa criatura suya: bien sea para apartarla de los peligros

del mundo, vuestra merced ya me entiende, o por lo que fuera, quería casarla a toda costa; y había encontrado al... al hombre: otra criatura suya, un sujeto al que, quizá y sin quizás, también mi señor tío habrá oído nombrar; porque estoy seguro de que el Consejo Secreto habrá tenido que ocuparse de ese digno sujeto.

—¿Quién es?

—Un tejedor de seda, Lorenzo Tramaglino, el que...

—¡Lorenzo Tramaglino! —exclamó el conde tío— ¡Muy bien! ¡Vaya con el padre! Pues claro... en efecto..., tenía una carta para un... Lástima que... Pero no importa; está bien. ¿Y por qué el señor don Rodrigo no me dice nada de todo esto?, ¿por qué deja que las cosas vayan tan lejos y no se dirige a quien puede y quiere guiarlo y sostenerlo?

—Diré también en esto la verdad —proseguía Attilio—. Por un lado, sabiendo cuántas preocupaciones tiene en la cabeza mi señor tío... —(éste, resoplando, se llevó la mano a ella, como para indicar el gran trabajo que costaba retenerlas todas allí)—, sentía escrúpulos en darle una preocupación más. Y luego, diré todo: por lo que he podido entender, está tan irritado, tan fuera de sí, tan harto de las villanías de ese fraile, que tiene más ganas de tomarse la justicia por su mano, de una forma sumaria, que de obtenerla por la vía regular, de la prudencia y del brazo de nuestro señor tío. Yo he tratado de aplacarlo, pero viendo que el asunto se ponía feo, he creído que era mi deber advertir de todo a mi señor tío, que, a fin de cuentas, es la cabeza y la columna de la casa...

—Mejor hubierais hecho en hablar un poco antes.

—Es cierto; pero yo esperaba que se desvaneciera por sí sola, o que el fraile entrara finalmente en razón, o que se marchara del convento, como ocurre con estos frailes, que hoy están aquí y mañana allá; y entonces todo habría terminado. Pero...

—Ahora me tocará a mí arreglarlo.

—Eso es lo que he pensado yo también. Me he dicho: mi señor tío con su perspicacia, con su autoridad, sabrá evitar un escándalo, y al mismo tiempo, salvar el honor de Rodrigo, que a la postre es también el suyo. Este fraile, me decía, siempre anda a vueltas con el cordón de San Francisco; pero, para emplearlo debidamente, el cordón de San Francisco no es preciso llevarlo alrededor de la cintura. Mi señor tío dispone de mil medios que yo no conozco: sé que el padre provincial siente por él, como es justo, una gran deferencia; y si mi señor tío cree que en este caso, la mejor solución es hacer cambiar de aires al fraile, él con dos palabras...

—Deje vuestra señoría pensar a quien le toca —dijo con cierta brusquedad el conde tío.

—¡Ah, es verdad! —exclamó Attilio, con una ligera sacudida de cabeza, y una sonrisita de compasión por sí mismo—. ¡Quién soy yo para dar consejos a mi tío! Pero es lo mucho que me importa la reputación de la familia, lo que me hace hablar. Y temo también haber hecho otro daño —añadió con aire pensativo—, temo haber perjudicado a Rodrigo en el concepto de mi señor tío. No tendría paz si yo fuera la causa de que usía pensase que Rodrigo no tiene toda la confianza, toda la sumisión que debe tener para con vuestra merced. Crea, señor tío, que en este caso precisamente...

—Vamos, vamos; ¿de qué perjuicio andas hablando entre vosotros dos?; siempre seréis amigos mientras uno de los dos no siente la cabeza. Granujas, granujas, que siempre armáis alguna; a mí me toca luego enmendarlas...: que... me haríais decir un disparate, me dais más preocupaciones vosotros dos solos, que, que —y aquí, imaginaos qué resoplido dio— todos esos benditos asuntos de estado.

Attilio se excusó todavía otro poco, hizo alguna promesa, algún cumplido; luego pidió licencia, y se marchó, acompañado por un:

—Y tengamos juicio —que era la fórmula de despedida del conde tío para con sus sobrinos.

CAPÍTULO XIX

SI alguien, al ver en un campo mal cultivado un hierbajo, por ejemplo un hermoso lampazo, quisiera saber exactamente si ha nacido de una semilla madurada en el propio campo, o traída por el viento, o dejada caer por un pájaro, por más que pensase en ello, jamás llegaría a una conclusión. Así, tampoco nosotros sabríamos decir si del fondo natural de su cerebro, o de la insinuación de Attilio, le vino al conde tío la decisión de servirse del padre provincial para deshacer de la mejor manera aquel enredado nudo. Lo cierto es que Attilio no había dicho al azar aquellas palabras; y aunque debía esperarse, que ante una sugerencia tan descubierta, la recelosa vanidad del tío se rebelaría, quiso de todos modos hacer relampaguear ante sus ojos la idea de aquella solución, y ponerlo sobre el camino que deseaba que tomase. Por otra parte, el remedio se adaptaba tan bien al humor del conde tío, estaba tan indicado por las circunstancias, que, sin sugerencias de nadie, puede apostarse que lo habría encontrado por sí mismo. Se trataba de que, en una guerra desgraciadamente declarada, alguien de su nombre, un sobrino suyo, no quedase por debajo: punto esencialísimo para la reputación de poder que tanto le importaba. La satisfacción que el sobrino esperaba tomarse por su mano, habría sido un

remedio peor que la enfermedad, un semillero de desgracias; y había que impedirla, fuera como fuera, y sin pérdida de tiempo. Si le ordenaba partir al momento de su casa, claro está, no le obedecería; y aun cuando lo hiciera, era abandonar el campo, una retirada del linaje ante un convento. Ordenes, fuerza legal, espantajos de ese género, nada valían contra un adversario de aquella naturaleza: el clero regular y secular era totalmente inmune a cualquier jurisdicción civil; no sólo las personas, sino incluso los lugares en que habitaba, como debe saber incluso quien no hubiera leído más historia que la presente; que aviado estaría. Todo lo que se podía hacer contra semejante adversario era tratar de alejarlo, y el medio para lograrlo era el padre provincial, de cuyo arbitrio dependía el irse o el quedarse aquél.

Ahora bien, entre el padre provincial y el conde tío existía una antigua relación: se habían visto raras veces, mas siempre con grandes demostraciones de amistad, y con hiperbólicos ofrecimientos de favores. Y a veces, vale más tener que tratar con alguien que está por encima de muchos individuos, que con uno sólo de éstos, que no ve sino su propia causa, no siente sino su pasión, no se cuida sino de su puntillo; mientras que el otro ve en un instante mil relaciones, mil consecuencias, mil intereses, mil cosas que evitar, mil cosas que salvar; y se puede, por tanto, cogerlo por mil sitios.

Ponderado bien todo, el conde tío invitó un día a almorzar al padre provincial, y le hizo encontrar una guirnalda de comensales elegidos con una intención sutil. Algún pariente de los más encumbrados, de esos cuyo simple apellido es un gran título; y que, con su solo porte, con cierta seguridad natural, con una disciplicencia señorial, hablando de cosas grandes con términos familiares, conseguían, aun sin proponérselo, imprimir y renovar, a cada momento, la idea de superioridad y poderío; y algunos clientes ligados a la casa por una dependencia hereditaria, y al personaje por una servidumbre de toda la vida; los cuales, empezando ya desde la sopa a decir que sí, con la boca, con los ojos, con las orejas, con toda la cabeza, con todo el cuerpo, con toda el alma, en la fruta habían reducido a un hombre a no acordarse de cómo se decía que no.

En la mesa, el anfitrión hizo recaer muy pronto la conversación sobre el tema de Madrid. A Roma se llega por muchos caminos; a Madrid él llegaba por todos. Habló de la corte, del conde duque, de los ministros, de la familia del gobernador, de las corridas de toros, que él podía describir perfectamente porque había disfrutado de ellas desde un puesto distinguido; del Escorial, del que podía dar cuenta con pelos y señales, porque un criado del conde duque lo había conducido por todos los

rincones. Durante algún tiempo toda la compañía estuvo, como un auditorio, atenta sólo a él, luego se fragmentó en coloquios privados; y entonces él siguió contando otras lindas cosas de la misma índole, como en confianza, al padre provincial, que estaba a su lado, y que le dejó hablar, hablar y hablar. Pero éste, en cierto momento, dio un pequeño giro a la conversación, la apartó de Madrid, y, de corte en corte, de dignidad en dignidad, la llevó al cardenal Barberini, que era capuchino, y hermano del papa entonces reinante, Urbano VIII; nada menos. El conde tío tuvo a su vez que dejarle hablar un poco, y escuchar, y recordar que, a fin de cuentas, en este mundo, no existían sólo los personajes que contaban para él. Poco después de levantarse de la mesa, rogó al padre provincial que pasara con él a otro aposento.

Dos potestades, dos canicies, dos experiencias consumadas se encontraban frente a frente. El magnífico señor pidió que se sentase al padre reverendísimo, tomó asiento también y comenzó: Considerando la amistad que existe entre nosotros, me ha parecido conveniente mencionar a vuestra paternidad un asunto de común interés, que ha de arreglarse entre nosotros, sin recurrir a otras vías que podrían... Y por eso, a la llana, con el corazón en la mano, le diré de qué se trata; y estoy seguro de que en dos palabras nos pondremos de acuerdo. Dígame: ¿en su convento de Pescarénico hay un padre Cristóforo de ***? El provincial hizo un gesto de asentimiento. —Dígame vuestra paternidad, con franqueza, entre amigos... ese sujeto... ese padre... Personalmente no lo conozco; y eso que padres capuchinos conozco muchos: hombres de oro, llenos de celo, prudentes, humildes: he sido amigo de la orden desde muchacho... Pero en todas las familias un poco numerosas... hay siempre algún individuo, alguna cabeza... Y ese padre Cristóforo, sé por ciertos informes que es un hombre... algo amigo de peleas... que no tiene toda la prudencia, todos los miramientos... Apostaría a que más de una vez ha dado que pensar a vuestra paternidad. «Ya entiendo: es un empeño», pensaba entre tanto el provincial: «la culpa es mía; ya sabía yo que ese bendito Cristóforo era un tipo para hacerlo ir de púlpito en púlpito, y no dejarlo quieto seis meses en el mismo sitio, especialmente en conventos de aldea.»

—¡Oh! —dijo luego—: Cuánto me disgusta oír que vuestra magnificencia tiene ese concepto del padre Cristóforo; cuando, por lo que yo sé, es un religioso... ejemplar en el convento, y tenido en gran estima también fuera de él.

—Comprendo muy bien; vuestra paternidad debe... Pero, pero, como amigo sincero, quiero advertirle de algo que le será útil saber; y aunque ya estuviera informado, puedo, sin faltar a mi deber, poner ante sus ojos

ciertas consecuencias... posibles: no digo más. Este padre Cristóforo, sabemos que protegía a un hombre de ese lugar, un hombre... vuestra paternidad habrá oído hablar de él; el que, con tanto escándalo, escapó de manos de la justicia, después de hacer, en esa terrible jornada de San Martín, cosas... cosas... ¡Lorenzo Tramaglino!

«¡Ay!», pensó el provincial; y dijo:

—Esta circunstancia es nueva para mí; pero vuestra magnificencia sabe bien que una parte de nuestra misión es precisamente ir en busca de los descarriados, para conducirlos...

—De acuerdo; pero, ¡la protección de los descarriados de cierta clase...! Son cosas espinosas, asuntos delicados... —Y aquí, en vez de inflar los carrillos y resoplar, frunció los labios y absorbió tanto aire como solía expulsar, resoplando. Y prosiguió—: He considerado oportuno ponerlo al corriente de esta circunstancia, por si acaso su excelencia... Pudiera dar algún paso en Roma... yo no sé nada... y venirle de Roma...

—Agradezco mucho a vuestra excelencia este aviso; pero estoy seguro de que, si se toman informes sobre este particular, se verá que el padre Cristóforo no habrá tenido que ver con el hombre que usía dice, a no ser con el fin de hacerle sentar cabeza. Conozco al padre Cristórofo.

—Vuestra reverencia sabe mejor que yo qué clase de hombre era en el siglo, las rosillas que hizo en su juventud.

—Esa es la gloria del hábito, señor conde, que un hombre que en el siglo ha podido dar que hablar, al vestirlo, se vuelve otro. Y desde que el padre Cristórofo lleva este hábito...

—Quisiera creerlo; lo digo de corazón: quisiera creerlo; pero a veces, como dice el proverbio... el hábito no hace al monje. El proverbio no venía exactamente a cuento; pero el conde había sustituido con él a toda prisa otro que se le había venido a la punta de la lengua: muda el lobo los dientes, mas no las mientes.

—Tengo noticias —continuaba—, tengo pruebas... .—Si vuestra señoría sabe positivamente —dijo el provincial— que este religioso ha cometido alguna falta (todos podemos errar), consideraré como un verdadero favor que se me informe. Soy un superior, aunque indigno; pero lo soy precisamenre para corregir, para remediar.

—Le diré: junto con la desagradable circunstancia de la abierta protección de ese padre a quien le he dicho, hay otra cosa desagradable, y que podría... Pero, entre nosotros, pondremos a todo remedio de una vez. Hay, digo, que este mismo padre Cristóforo ha empezado a chocar con mi sobrino, don Rodrigo.

—¡Oh!, lo siento, lo siento, lo siento de verdad.

—Mi sobrino es joven, de genio vivo, sabe quién es, no está acostumbrado a que lo provoquen.

—Considero deber mío informarme bien de semejante hecho. Como ya he dicho a vuestra magnificencia, y hablo con un caballero que no tiene menos justicia que experiencia del mundo, todos somos de carne y hueso, estamos sujetos a errar... tanto una parte, como la otra: y si el padre Cristóforo ha faltado...

—Vea vuestra paternidad; éstas son cosas, como le decía, que han de arreglarse entre nosotros, quedar aquí sepultadas, cosas que si se remueven demasiado... es peor. Ya sabe vuestra reverencia lo que ocurre: estos choques, estos piques, empiezan a veces por una bagatela, y siguen adelante, siguen adelante... Cuando uno quiere llegar al fondo, o no se encuentra, o salen a relucir mil enredos más. Calmar, truncar, reverendísimo padre: truncar, calmar. Mi sobrino es joven; el religioso, por lo que he oído, tiene aún todo el espíritu, las... inclinaciones de un joven: y nos toca a nosotros, que tenemos nuestros años... ¡por desgracia!, ¿eh, reverendísimo padre?...

Si alguien hubiese estado allí viéndolos, fue, en aquel punto, como cuando, en medio de una ópera seria, se alza por error un telón, antes de tiempo, y se ve a un cantante que, sin pensar, en aquel momento, que existen públicos en el mundo, conversa tranquilamente con un compañero. El rostro, el gesto, la voz del conde tío, al decir aquel ¡por desgracia!, todo fue natural: allí no había política: era realmente cierto que le molestaba tener sus años.

No es que añorase los pasatiempos, el brío, la gracia de la juventud: ¡frivolidades, tonterías, miserias! La razón de su disgusto era mucho más sólida e importante: era que esperaba cierto puesto más alto, cuando quedase vacante; y temía no llegar a tiempo. Una vez conseguido, podría jurarse que no volvería a preocuparse por los años, no desearía nada más, y moriría contento, como todos los que desean mucho una cosa, aseguran querer hacer, cuando hayan logrado obtenerla.

Pero, dejémosle hablar a él:

—Nos toca a nosotros —continuó— tener juicio por los jóvenes, y enmendar sus entuertos. Afortunadamente, aún estamos a tiempo; la cosa no ha metido ruido; aún viene al caso un buen *principiis obsta*. Justamente se da también la otra circunstancia de que ha podido inspirar sospechas a quien... podría desear que fuese trasladado: y, colocándolo en algún lugar, un poquillo alejado, matamos dos pájaros de un tiro; todo se arregla por sí solo, o mejor dicho, nada se ha estropeado.

Esta conclusión, el padre provincial se la esperaba desde el principio de la plática. «¡Claro!», pensaba para sí, «ya veo dónde quieres ir a parar: como siempre; cuando a un pobre fraile lo cogéis, vosotros o alguno de los vuestros, entre ojos, o receláis de él, en seguida, sin pararse a mirar si tiene razón o no, el superior ha de quitarlo de en medio».

Y cuando el conde hubo terminado, y lanzado un largo resoplido que equivalía a un punto final:

—Comprendo perfectamente —dijo el padre provincial— lo que el señor conde quiere decir; pero antes de dar un paso...

—Es un paso y no es un paso, reverendísimo padre; es una cosa natural, una cosa ordinaria; y si no se toma esta medida, y al instante, preveo una montaña de desórdenes, una ilíada de desgracias. Un disparate... mi sobrino... no creo... para eso estoy yo... pero, al extremo al que ha llegado la cosa, si no la truncamos sin pérdida de tiempo, de un golpe neto, no es posible que se detenga, que permanezca secreta, y entonces ya no es solamente mi sobrino... Es remover un avispero, reverendísimo padre. Ya ve vuestra paternidad; somos una familia ilustre, tenemos influencias...

—Conspicuas.

—Ya me entiende: gente toda que tiene sangre en las venas, y que, en este mundo... es alguien. Interviene el honor; se convierte en una causa común; y entonces... incluso quien es amigo de la paz... Sería un verdadero dolor para mí, tener que... encontrarme... ¡yo que siempre he sentido tanta simpatía por los padres capuchinos...! Sus paternidades, para hacer el bien, como hacen con tanta edificación del público, necesitan paz, no tener litigios, estar en buena armonía con quien... Y además, tienen parientes en el siglo... y estos feos asuntos de honor, por poco que se prolonguen, se extienden, se ramifican, arrastran consigo... a medio mundo. Yo me encuentro en este bendito cargo, que me obliga a sostener cierto decoro... Su excelencia... mis señores colegas... todo se convierte en un asunto de cuerpo... tanto más dándose esta otra circunstancia... Ya sabe vuestra reverencia cómo son estas cosas.

—A decir verdad —dijo el padre provincial—, el padre Cristóforo es predicador; y ya tenía yo cierta idea... Justamente me piden... Pero en este momento, en tales circunstancias, podría parecer un castigo; y un castigo antes de haber puesto bien en claro...

—No, un castigo no: una medida prudencial, un remedio de común conveniencia, para impedir las catástrofes que podrían... vuestra paternidad ya me entiende.

—Entre el señor conde y yo, la cosa queda en estos términos; comprendo. Pero, teniendo en cuenta cómo le ha sido referido el hecho a vuestra

magnificencia, es imposible, me parece, que en el pueblo no haya trascendido alguna cosa. En todas partes hay instigadores, sembradores de cizaña, o al menos curiosos malintencionados que, si pueden ver enemistados a señores y religiosos, disfrutan de lo lindo; y husmean, interpretan, chismorrean... Cada uno tiene su decoro que mantener; y yo además como superior (indigno), tengo el expreso deber... El honor del hábito... no es cosa mía... es un depósito del cual... Su señor sobrino, ya que está tan alterado, como dice vuestra magnificencia, podría tomar la cosa como una satisfacción que se le da, y ... no digo jactarse, ufanarse, pero...

—¿Qué dice, reverendísimo padre? Mi sobrino es un caballero que en el mundo es considerado... según su calidad, y como le corresponde: pero ante mí es un muchacho; y no hará ni más ni menos que lo que yo le prescriba. Le diré más: mi sobrino no sabrá nada de esto. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de rendir cuentas? Son cosas que hacemos entre los dos, como buenos amigos; y entre los dos han de quedar. No se inquiete por eso. He de estar acostumbrado a no hablar —Y resopló—. En cuanto a los chismosos —prosiguió—, ¿qué quiere que digan? ¡Un religioso que va a predicar a otras tierras, es algo tan corriente! Y además, nosotros que vemos... nosotros que prevemos... nosotros a quienes toca... no debemos cuidarnos de hablillas.

—Mas, con el fin de prevenirlas, convendría que, en esta ocasión, su señor sobrino hiciera alguna demostración, diese alguna señal evidente de amistad, de consideración... no hacia nosotros, sino hacia el hábito.

—Cierto, cierto; eso es justo... Pero no hace falta: sé que los capuchinos son siempre acogidos como se debe por mi sobrino. Lo hace por inclinación suya: es algo innato en la familia: y además sabe que con ello me agrada. Por lo demás, en este caso... algo extraordinario... es más que justo. Déjeme a mí, reverendísimo padre; que mandaré a mi sobrino... Es decir, habrá que insinuárselo con prudencia, para que no sospeche lo que ha habido entre nosotros. Porque no quisiera poner tal vez un emplasto donde no hay herida. Y en cuanto a lo que hemos acordado, cuanto antes sea, mejor. Y si se encontrase algún destino un poco alejado... para quitar toda ocasión...

—De Rímini me piden, precisamente, un predicador; y puede que incluso, sin otro motivo, hubiera podido poner los ojos en...

—Muy a propósito, muy a propósito. ¿Y cuándo...?

—Ya que la cosa ha de hacerse, se hará pronto.

—Pronto, pronto, reverendísimo padre: mejor hoy que mañana. Y —proseguía luego, poniéndose en pie—, si puedo hacer algo, tanto yo, como mi familia, por nuestros buenos padres capuchinos...

—Tenemos pruebas de la bondad de su casa —dijo el padre provincial, alzándose también de su asiento, y dirigiéndose a la puerta, detrás de su vencedor.

—Hemos apagado una chispa —dijo éste, deteniéndose—, una chispa, reverendísimo padre, que podía provocar un gran incendio. Entre buenos amigos, con dos palabras, se arreglan grandes cosas.

Llegado a la puerta, la abrió de par en par, y quiso a toda costa que el padre provincial pasara primero: entraron en el otro aposento, y se reunieron con el resto de los invitados.

Gran estudio, gran arte, grandes palabras, ponía aquel señor en el manejo de un asunto; mas producía también efectos correspondientes. De hecho, con el coloquio que hemos referido, logró hacer ir a fray Cristóforo a pie desde Pescarénico hasta Rímini, que es un buen paseo.

Una noche, llega a Pescarénico un capuchino de Milán, con una carta para el padre guardián. Dentro viene la obediencia para fray Cristóforo, de ir a Rímini, a predicar la cuaresma. La carta para el padre guardián contiene la instrucción de insinuar a dicho fraile que abandone cualquier pensamiento acerca de los asuntos que pueda tener iniciados en el pueblo del que debe partir, y que no mantenga correspondencia sobre ellos: el fraile portador debe ser su compañero de viaje. El guardián no dice nada esa noche; por la mañana manda llamar a fray Cristóforo, le muestra la obediencia, le dice que vaya a buscar la espuerta, el bastón, el escapulario y la correa, y que, con el padre acompañante que le presenta, se ponga inmediatamente en camino.

Os dejo imaginar el golpe que fue para nuestro fraile. Renzo, Lucía, Agnese, acudieron al instante a su mente; y exclamó por así decirlo, en su interior: «¡Oh, Dios mío!, ¿qué harán esos infelices cuando yo ya no esté aquí?» Pero alzó los ojos al cielo, y se acusó de haber carecido de confianza, de haberse creído necesario para algo. Cruzó las manos sobre el pecho, en señal de obediencia, e inclinó la cabeza ante el padre guardián; el cual lo llamó después aparte, y le dio el otro aviso, con palabras de consejo, y con significado de precepto. Fray Cristóforo fue a su celda, cogió la espuerta, metió en ella el breviario, su cuaresmal, y el pan del perdón, ciñó la túnica con la correa, se despidió de sus hermanos que estaban en el convento, fue por último a recibir la bendición del guardián, y con su compañero, tomó el camino que se le había ordenado.

Hemos dicho que don Rodrigo, más empecinado que nunca en llevar a cabo su bonita empresa, se había decidido a buscar el auxilio de un hombre terrible. De éste no podemos dar ni el nombre, ni el apellido, ni un título, y ni siquiera una conjetura acerca de todo ello: cosa tanto más extraña cuanto que del personaje encontramos memoria en más de un libro (libros impresos, digo) de aquel tiempo. Que se trata del mismo personaje, la coincidencia de los hechos no permite dudarlo; mas por doquier un gran cuidado en evitar su nombre, casi como si fuera a quemar la pluma, la mano del escritor. Francesco Rivola, en la vida del cardenal Federigo Borromeo, cuando tiene que hablar de ese hombre, lo llama «un señor tan poderoso por riquezas, como noble por nacimiento», y no pasa de ahí. Giuseppe Ripamonti, que, en el quinto libro de la quinta década de su *Historia Patria*, lo menciona más por extenso, lo llama uno, éste, aquél, este hombre, aquel personaje. «Referiré», dice, en su hermoso latín, que traducimos lo mejor que podemos, «el caso de un tal que, siendo de los principales entre los grandes de la ciudad, había establecido su morada en unas tierras situadas junto a la frontera; y allí, asegurándose a fuerza de delitos, se reía de los juicios, de los jueces, de cualquier magistratura, de la soberanía; llevaba una vida totalmente independiente; encubridor de proscritos, proscrito en tiempos también él; luego retornado, como si nada hubiera ocurrido...» De este escritor tomaremos algún otro pasaje que venga a cuento para confirmar y para dilucidar el relato de nuestro anónimo; con el cual proseguimos.

Hacer lo que estaba prohibido por las leyes, e impedido por una fuerza cualquiera; ser árbitro, dueño de los asuntos ajenos, sin otro interés que el gusto de mandar; ser temido por todos, tener mano con aquellos que solían tenerla con los demás; tales habían sido en todo tiempo las pasiones principales de aquel hombre. Desde su adolescencia, ante el espectáculo y el rumor de tantos abusos, de tantas rivalidades, a la vista de tantos tiranos, experimentaba un sentimiento mezclado de desdén y de envidia impaciente. De joven, y viviendo en la ciudad, no perdía ocasión, es más, la buscaba, de altercar con los más famosos de aquella profesión, de provocarlos, para medirse con ellos, y ponerlos a raya o inducirlos a buscar su amistad. Superior en riquezas y en séquito a la mayoría, y quizá a todos en arrojo y constancia, redujo a muchos a retirarse de toda rivalidad, a muchos dejó malparados, a muchos se los hizo amigos; no ya amigos iguales, sino, como sólo a él podían agradarle, amigos subordinados, que se reconocieran inferiores, que estuviesen a su izquierda. Sin embargo, de hecho, era él quien terminaba por ser su afanador, el instrumento de todos ellos: éstos nunca dejaban de requerir,

en sus empeños, la obra de tan poderoso auxiliar; para él, echarse atrás habría sido desmentir su reputación, faltar a su palabra. De modo que, por su propia cuenta, y por cuenta ajena, tantas hizo, que no bastando el nombre, ni la parentela, ni los amigos, ni su audacia, para defenderlo de los bandos públicos, y de tantas animosidades poderosas, tuvo que abandonar el campo, y salir del estado. Creo que se refiere a esa circunstancia una notable anécdota narrada por Ripamonti: «Una vez que éste hubo de abandonar el país, el secreto que usó, el respeto, la timidez, fueron éstos: cruzó la ciudad a caballo, con un séquito de perros, al son de la trompeta; y al pasar ante el palacio de corte, dejó a la guardia una embajada de impertinencias para el gobernador.»

Durante su ausencia, no interrumpió sus prácticas, ni descuidó la correspondencia con aquellos amigos suyos, los cuales permanecieron unidos a él, para traducir literalmente a Ripamonti, «en liga oculta de atroces conciliábulos, y de cosas funestas». Parece ser incluso que entonces contrajo con personas más encumbradas, ciertas nuevas, terribles, obligaciones, de las que el citado historiador habla con brevedad misteriosa. «También algunos príncipes extranjeros», dice, «se valieron más de una vez de su ayuda, para algún importante homicidio, y a menudo tuvieron que enviarle de lejos refuerzos de gente que sirviese bajo sus órdenes». Finalmente (no se sabe después de cuánto tiempo), bien porque el bando fuera levantado, gracias a alguna intercesión poderosa, o bien porque la audacia de aquel hombre le sirviera de inmunidad, decidió volver a la patria, y en efecto regresó; pero no a Milán, sino a un castillo confinante con el territorio bergamasco, que entonces era, como todos saben, estado véneto. «Aquella casa», sigo citando a Ripamonti, «era como un taller de encargos sangrientos: servidores, cuya cabeza tenía puesto precio, y cuyo oficio era cortar cabezas: ni cocinero ni marmitón estaban dispensados del homicidio: las manos de los muchachos, ensangrentadas». Además de esta bonita familia doméstica, tenía, como afirma el mismo historiador, otra de sujetos parecidos, dispersos y como acuartelados en varios lugares de los estados en cuyos márgenes vivía, y prestos siempre a obedecer sus órdenes.

Todos los tiranos, a lo largo de un buen trecho de territorio a la redonda, habían debido, quien en una ocasión, quien en otra, elegir entre la amistad o la enemistad de aquel tirano extraordinario. Pero a los primeros que habían querido intentar resistírsele, les había ido tan mal, que nadie se sentía ya con ánimos para intentarlo de nuevo. Y ni siquiera ocupándose de sus propios asuntos, estando en su casa, se podía permanecer independientes de él. Aparecía un emisario suyo conminándoles a

abandonar tal o cual empresa, que se dejase de molestar a tal deudor, o cosas semejantes: había que responder sí o no. Cuando una parte, con un homenaje servil, había ido a poner en sus manos un asunto cualquiera, la otra parte se encontraba ante esta dura elección, o acatar su sentencia, o declararse enemigo suyo; lo que equivalía a ser, como antaño se decía, tísico en tercer grado. Muchos, teniendo la razón contra ellos, acudían a él para tenerla de hecho; otros muchos, teniendo razón, para asegurarse tan gran patrocinio, y cerrar el paso al adversario: unos y otros se convertían muy especialmente en dependientes suyos. Ocurrió alguna vez que un débil oprimido, vejado por un poderoso, se dirigió a él; y él, tomando el partido del débil, forzó al poderoso a ceder, a reparar el daño hecho, a pedir excusas; o, si se resistía, le declaró tal guerra, que lo obligó a abandonar los lugares que había tiranizado, o le hizo incluso pagar un más rápido y terrible tributo. Y en aquellos casos, aquel hombre tan temido y aborrecido había sido bendecido por un momento: pues, no diré aquella justicia, sino aquel remedio, aquella suerte de compensación, no se habría podido esperar, en aquellos tiempos, de ninguna otra fuerza, ni privada, ni pública. A menudo, e incluso de ordinario, la suya era y había sido ejecutora de deseos inicuos, de satisfacciones atroces, de caprichos soberbios. Pero los empleos tan diversos de aquella fuerza producían siempre el mismo efecto: imprimir en los ánimos una gran idea de cuanto él podía querer y ejecutar a despecho de la equidad y de la iniquidad, esas dos cosas que ponen tantos obstáculos a la voluntad de los hombres, y los hacen tan a menudo retroceder. La fama de los tiranos ordinarios quedaba por lo general restringida a la pequeña porción de territorio donde eran más ricos y más fuertes: cada distrito tenía los suyos; y se parecían tanto, que no había razón para que la gente se ocupase de los que no tenía encima. Pero la fama de nuestro hombre se había extendido desde hacía ya tiempo por todos los lugares del Milanesado: por doquier su vida era argumento de relatos populares; y su nombre entrañaba algo irresistible, extraño, fabuloso. La sospecha que había por doquier de la existencia de aliados y sicarios suyos, contribuía también a mantener vivo en todas partes su recuerdo. No eran más que sospechas; pues, ¿quién habría confesado abiertamente semejante dependencia?, pero cada tirano podía ser un aliado suyo, cada malandrín, uno de sus hombres; y la misma incertidumbre hacía más vasta la creencia, y más sombrío el terror de la cosa. Y cada vez que se veían aparecer en alguna parte figuras de bravos desconocidas y peor encaradas que de ordinario, a cada enormidad de la que en un primer momento no se supiera indicar o adivinar el autor, se pronunciaba, se susurraba el nombre de aquel a quien nosotros, gracias a

esa bendita, por no decir otra cosa, circunspección de nuestros autores, nos veremos obligados a llamar *el innominado*.

Desde el castillo de éste hasta la casa de don Rodrigo, no había más de siete millas: y éste último, apenas convertido en dueño y tirano, había debido ver que, a tan corta distancia de semejante personaje, no era posible ejercer aquel oficio sin llegar a chocar, o a ponerse de acuerdo con él. Se le había, pues, ofrecido y convertido en su amigo, de la misma manera que todos los demás, naturalmente; le había prestado más de un servicio (el manuscrito no dice otra cosa); y había recibido cada vez promesas de reciprocidad y de ayuda, en cualquier ocasión. Ponía, sin embargo, gran cuidado en ocultar tal amistad, o al menos en no dejar vislumbrar cuán estrecha era, y de qué naturaleza. Don Rodrigo quería, sí, ser un tirano, mas no un tirano salvaje: la profesión era para él un medio, no un fin: aspiraba a vivir libremente en la ciudad, a gozar de las comodidades, de las diversiones, de los honores de la vida social; y por ello era menester que guardase ciertas apariencias, tuviese en cuenta a los parientes, cultivase la amistad de personas elevadas, posara una mano sobre la balanza de la justicia, para hacerla, en caso de necesidad, inclinarse de su lado, o para hacerla desaparecer, o para darle con ella en la cabeza, en alguna ocasión, a alguno a quien dejar así servido más fácilmente que con las armas de la violencia privada. Ahora bien, la intimidad, o, mejor dicho, una alianza con un hombre de aquella especie, con un enemigo declarado de la fuerza pública, ciertamente no habría ayudado mucho a su juego, especialmente ante el conde tío. Pero lo poco que de tal amistad no era posible ocultar, podía pasar por una relación inevitable con un hombre cuya enemistad era demasiado peligrosa; y encontrar así excusa en la necesidad: pues, quien tiene la intención de proveer, y no tiene la voluntad, o no halla la manera de hacerlo, a la larga consiente que otros provean por él, hasta cierto punto, a sus asuntos; y si no lo consiente expresamente, cierra un ojo.

Una mañana, don Rodrigo salió a caballo, pertrechado para la caza, con una pequeña escolta de bravos a pie; el Griso en el estribo, y otros cuatro detrás; y se encaminó al castillo del *innominado*.

CAPÍTULO XX

EL castillo del *innominado* dominaba un valle angosto y sombrío, sobre la cima de un cerro que sobresale en una escarpada cordillera, y no sabríamos decir si está unido o separado de ella por un montón de peñascos y barrancos, y por un laberinto de guaridas y abismos, que se

extienden a uno y otro lado. El que mira hacia el valle es el único practicable; una pendiente bastante empinada, pero igual y continua; con prados en lo alto; en las laderas campos sembrados aquí y allá de casuchas. El fondo es un lecho de guijarros por donde corre un arroyo o un torrente, según la estación: entonces hacía de frontera entre los dos estados. Las cumbres opuestas, que forman, por así decirlo, la otra pared del valle, tienen también alguna porción de ladera cultivada; lo demás son aristas y rocas, pendientes empinadas, sin caminos y desnudas, salvo algún matorral en las grietas y en los bordes. Desde lo alto del castillo, como el águila desde su nido ensangrentado, el salvaje caballero dominaba a su alrededor todo el espacio donde pie humano podía posarse, y nunca veía a nadie por encima de él, ni más arriba. Dando una ojeada en torno, recorría todo aquel recinto, los declives, el fondo, los caminos practicados allí dentro. El que, a recodos y revueltas, subía hasta la terrible morada, se desplegaba ante quien mirara desde allí arriba, como una cinta serpenteante: desde las ventanas, desde las troneras, podía el señor contar a sus anchas los pasos de quien llegaba, y encañonarlo con sus armas, mil veces. Y aun tratándose de un grupo numeroso, habría podido, con la guarnición de bravos que tenía allí arriba, derribar por el camino, o hacer rodar hasta el fondo a muchos, antes de que alguien lograse alcanzar la cima. Por lo demás, no sólo allá arriba, sino en el valle, y ni siquiera de paso, osaba aventurarse nadie que no fuese bien visto por el dueño del castillo. En cuanto al esbirro que hubiese asomado por allí, habría sido tratado como un espía enemigo sorprendido en un campamento. Se narraban trágicas historias de los últimos que habían querido intentar tal empresa; pero eran ya historias antiguas; y ninguno de los jóvenes recordaba haber visto en el valle uno de aquella ralea, ni vivo, ni muerto.

Tal es la descripción que el anónimo hace del lugar: del nombre, ni una palabra; es más, para no ponernos en el camino de descubrirlo, no dice nada del viaje de don Rodrigo, y lo lleva incluso al medio del valle, al pie del cerro, en la entrada del empinado y tortuoso sendero. Allí había una taberna, que habría podido llamarse también un cuerpo de guardia. En una vieja muestra que colgaba sobre la puerta, estaba pintado por ambos lados un sol radiante, mas la voz pública, que a veces repite los nombres como se los han enseñado, a veces los rehace a su antojo, no llamaba aquella taberna sino con el nombre de la Malanoche.

Al ruido de una cabalgadura que se aproximaba, apareció en el umbral un rapaz, armado como un sarraceno; y echada una ojeada, entró a informar a tres esbirros, que estaban jugando, con unas cartas sucias y dobladas

en forma de teja. El que parecía el jefe se levantó, se asomó a la puerta, y, al reconocer a un amigo de su amo, lo saludó respetuosamente. Don Rodrigo, devolviéndole con mucho donaire el saludo, preguntó si el señor se encontraba en el castillo; y cuando el caporal le contestó que creía que sí, se apeó del caballo, y arrojó la brida al Tiradritto, uno de su séquito. Se quitó la escopeta y se la entregó al Montanarolo, como para descargarse de un peso inútil, y subir más ligero; pero en realidad porque sabía bien que por aquella pendiente no estaba permitido ir con escopeta. Sacó luego de su bolsillo unas berlingas, y se las dio al Tanabusso, diciéndole:

—Vosotros quedaos esperándome; y mientras tanto divertios un poco con esta buena gente. —Sacó por último algunos escudos de oro, y se los puso en la mano al caporal, asignándole la mitad a él, y la otra mitad para repartirla entre sus hombres. Finalmente, con el Griso, que también había dejado su escopeta, emprendió a pie la subida. Entre tanto los tres bravos ya mencionados, y el Squinternotto, que era el cuarto (¡oh!, ya veis qué nombres tan bonitos, como para conservárnoslos con tanto cuidado), se quedaron con los tres del *innominado*, y con aquel rapaz criado para la horca, jugando, bebiendo, y contándose sus respectivas proezas.

Otro bravucón del *innominado*, que subía, alcanzó poco después a don Rodrigo; lo miró, lo reconoció, y se unió a él; ahorrándole así la molestia de decir su nombre, y dar cuenta de sí a cuantos encontraba y no lo conocían. Llegado al castillo, e introducido en él (aunque dejando al Griso en la puerta), se le hizo pasar por un laberinto de pasillos oscuros, y por varias salas tapizadas con mosquetes, con sables y con partesanas, en cada una de las cuales estaba de guardia algún bravo; y, tras haber esperado cierto tiempo, fue admitido en aquélla donde se encontraba el *innominado*.

Éste fue a su encuentro, devolviéndole el saludo, y mirándole al tiempo las manos y la cara, como tenía por costumbre, y hacía ya casi involuntariamente, con cualquiera que llegase hasta él, aunque fuera uno de sus más viejos y probados amigos. Era alto, de tez morena, calvo; blancos los pocos cabellos que le quedaban; arrugada la cara: a primera vista se le hubieran echado más de los sesenta años que tenía; pero su porte, sus movimientos, la dureza enérgica de las facciones, el relampaguear siniestro, aunque vivo de sus ojos, indicaban una fuerza de cuerpo y de espíritu, que habría sido extraordinaria incluso en un joven.

Don Rodrigo dijo que venía en busca de consejo y de ayuda; que hallándose ante un empeño difícil, del cual su honor no le permitía retirarse, se había acordado de las promesas de un hombre que nunca prometía demasiado, ni en vano; y pasó a exponer su infame embrollo. El *innominado*, que ya sabía algo, aunque confusamente, escuchó con

atención, siendo curioso de semejantes historias, y por estar mezclado en ésta un nombre para él conocido y odiosísimo, el de fray Cristóforo, enemigo declarado de los tiranos, de palabra, y, cuando podía, de obra. Don Rodrigo, sabiendo con quién hablaba, se puso luego a exagerar las dificultades de la empresa; ¡la distancia del lugar, un monasterio, la señora!... Al oír esto, el *innominado*, como si un demonio escondido en su corazón se lo hubiera ordenado, lo interrumpió súbitamente, diciendo que se hacía cargo de la empresa. Tomó nota del nombre de nuestra pobre Lucía, y despidió a don Rodrigo, diciendo:

—Dentro de poco recibiréis el aviso de lo que debéis hacer.

Si el lector recuerda a aquel malhadado Egidio que vivía junto al monasterio donde la pobre Lucía estaba refugiada, ha de saber ahora que éste era uno de los más estrechos e íntimos colaboradores de fechorías que tenía el *innominado*: por eso éste había empeñado tan pronta y resueltamente su palabra. Mas, apenas quedó solo, se encontró, no diré arrepentido, pero sí despechado por haberla dado. Ya desde hacía algún tiempo empezaba a sentir si no remordimiento, sí cierto hastío de sus atrocidades. Las muchas que se habían ido acumulando, si no sobre su conciencia, sí al menos en su memoria, se despertaban cada vez que cometía una nueva, y se presentaban ante su ánimo, feas y demasiadas: era como el crecer y crecer de un peso ya incómodo. Cierta repugnancia experimentada en los primeros delitos, y vencida luego, y casi desaparecida por completo, volvía ahora a dejarse sentir. Pero en los primeros tiempos, la imagen de un futuro largo, indeterminado, la sensación de una vitalidad vigorosa, llenaban su ánimo de una confianza despreocupada: ahora, por el contrario, los pensamientos del futuro eran los que hacían más enojoso el pasado. «¡Envejecer, morir!, ¿y luego?» Y, ¡cosa notable!, la imagen de la muerte, que, en un peligro inmediato, frente a un enemigo, solía redoblar los bríos de aquel hombre, e infundirle una ira llena de valor, esa misma imagen, apareciéndosele en el silencio de la noche, en la seguridad de su castillo, lo abrumaba con una consternación repentina. No era la muerte amenazada por un adversario también mortal; no se la podía rechazar con armas mejores, y con un brazo más rápido; venía sola, nacía de dentro; estaba quizá aún lejos, pero daba un paso a cada momento; y, mientras la mente luchaba dolorosamente por alejar su pensamiento, ella se acercaba. En los primeros tiempos, los ejemplos tan frecuentes, el espectáculo continuo, por así decirlo, de la violencia, de la venganza, del homicidio, inspirándole una emulación feroz, le había servido también como de una suerte de autoridad ante la conciencia: ahora, renacía de vez en cuando en su ánimo la idea vaga, pero terrible,

de un juicio individual, de una razón independiente del ejemplo; ahora, el haber salido de la turba vulgar de los malvados, el estar por encima de todos, le producía a veces la sensación de una soledad tremenda. Aquel Dios del que había oído hablar, pero que, desde hacía largo tiempo, no se preocupaba de negar ni de reconocer, dedicado solamente a vivir como si no existiera, ahora, en ciertos momentos de abatimiento sin motivo, de terror sin peligro, le parecía oírlo gritar dentro de sí: Yo existo sin embargo. En el primer hervor de las pasiones, la ley que había oído, si no otra cosa, anunciar en Su nombre, sólo le había parecido odiosa: ahora, cuando volvía de improviso a su mente la mente, a pesar suyo, la concebía como algo que tiene su cumplimiento. Pero, en vez de sincerarse con alguien sobre esta nueva inquietud, la encubría profundamente, y la enmascaraba con la apariencia de una ferocidad más sombría; y de esta manera, trataba también de ocultársela a sí mismo, o de sofocarla. Envidiando (ya que no podía borrarlos ni olvidarlos) aquellos tiempos en los que acostumbraba a cometer iniquidades sin remordimiento, sin otra preocupación que su éxito, realizaba toda clase de esfuerzos por hacerlos retornar, para retener o aferrar nuevamente aquella antigua voluntad, presta, soberbia, imperturbable, para convencerse a sí mismo de que era aún el de antes.

Así, en esta ocasión, había empeñado al punto su palabra con don Rodrigo, para cerrar el paso a toda vacilación. Pero apenas aquél había partido, sintiendo disminuir la firmeza que se había impuesto para prometer, sintiendo poco a poco abrirse camino en su mente pensamientos que lo tentaban para que faltase a esa palabra, y que lo expondrían a perder su reputación con un amigo, con un cómplice de segundo rango; para cortar de golpe esa penosa lucha, llamó al Nibbio, uno de los más diestros y audaces ministros de sus enormidades, y de quien solía servirse para la correspondencia con Egidio. Y, con aire resuelto, le ordenó que montase al instante a caballo, fuese derecho a Monza, informase a Egidio del compromiso contraído, y requiriese su ayuda para cumplirlo.

El infame emisario volvió más pronto de lo que su amo esperaba, con la respuesta de Egidio: que la empresa era fácil y segura; que le enviasen en seguida un coche, con dos o tres bravos bien disfrazados; y él se haría cargo del resto, y dirigiría la cosa. Ante este anuncio, el *innominado*, pasase lo que pasase en su interior, dio orden a toda prisa al Nibbio, de que dispusiese todo tal como había dicho Egidio, y marchara con otros dos, que le nombró, a la expedición.

Si para prestar el horrible favor que se le había pedido, Egidio hubiese debido contar sólo con sus medios ordinarios, no habría hecho sin duda tan pronto una promesa tan decidida. Pero, en aquel mismo asilo, donde

parecía que todo debería constituir un obstáculo, el desalmado joven tenía un medio sólo por él conocido; y lo que para otros habría representado la mayor dificultad, era instrumento para él. Hemos referido cómo la desdichada señora prestó una vez oído a sus palabras; y el lector puede haber comprendido que esa vez no fue la última, no fue sino un primer paso en la senda de abominación y de sangre. Aquella misma voz, que había adquirido fuerza, y, casi diría, autoridad, gracias al delito, le impuso ahora el sacrificio de la inocente que tenía bajo su custodia.

La proposición resultó espantosa para Gertrude. Perder a Lucía por un azar imprevisto, sin culpa, le habría parecido una desgracia, un amargo castigo: y se le ordenaba privarse de ella con una infame perfidia, trocar en un nuevo remordimiento un medio de expiación. La desventurada intentó todos los caminos para eximirse del horrible mandato; todos, salvo el único que era seguro, y que tenía siempre abierto ante ella. El delito es un amo rígido e inflexible, contra el que sólo se hace fuerte quien se rebela por entero. A esto Gertrude no quería resolverse; y obedeció.

Era el día establecido; la hora convenida se aproximaba; Gertrude, retirada con Lucía en su locutorio privado, le hacía más caricias que de costumbre, y Lucía las recibía y las intercambiaba con creciente ternura: como la oveja, estremeciéndose sin miedo bajo la mano del pastor que la palpa y la arrastra suavemente, se vuelve a lamer esa mano; y no sabe que, fuera del redil, la espera el carnicero, a quien el pastor la ha vendido un momento antes.

—Necesito un gran favor; y sólo vos podéis hacérmelo. Tengo mucha gente a mis órdenes; pero nadie de quien fiarme. Por un asunto de gran importancia, que luego os diré, necesito hablar en seguida, en seguida, con el padre guardián de los capuchinos, el que os trajo aquí, conmigo, mi pobre Lucía; pero es también preciso que nadie sepa que lo he mandado llamar yo. Sólo os tengo a vos para hacer en secreto esta embajada.

Lucía quedó aterrada ante semejante petición; y con aquella timidez suya, pero sin ocultar un gran asombro, adujo al punto, para excusarse, las razones que la señora debía comprender, que habría debido prever; sin su madre, sin nadie, por un camino solitario, en un lugar desconocido... ¡Pero Gertrude, adiestrada en una escuela infernal, mostró tanto asombro a su vez, y tanto disgusto por hallar semejante resistencia en la persona con quien más creía poder contar, fingió encontrar tan vanas aquellas excusas!, ¡en pleno día, cuatro pasos, un camino que Lucía había hecho pocos días antes, y que, aunque no lo hubiera visto nunca, si se lo enseñaba, no podía equivocarse! Tanto dijo, que la pobrecilla, conmovida y picada al mismo tiempo dejó escapar de su boca:

—Y bien; ¿qué he de hacer?

—Id al convento de los capuchinos —y le describió el camino de nuevo—: mandad llamar al padre guardián, y decidle, a solas, que venga a verme corriendo, corriendo; pero que no diga a nadie que soy yo quien lo manda llamar.

—Pero, ¿qué le diré a la demandadera, que nunca me ha visto salir, y me preguntará a dónde voy?

—Tratad de pasar sin que os vea; y si no lo conseguís, decidle que vais a tal iglesia, donde habéis prometido ir a rezar.

Nueva dificultad para la pobre joven: decir una mentira; pero la señora se mostró de nuevo tan afligida por sus repulsas, le afeó tanto que antepusiera un vano escrúpulo al agradecimiento, que Lucía, aturdida más que convencida, y sobre todo más conmovida que nunca, respondió:

—Está bien, iré. ¡Que Dios me ayude! —Y echó a andar.

Cuando Gertrude, que desde la reja la seguía con los ojos fijos y turbios, la vio poner el pie en el umbral, como arrollada por un sentimiento incontenible, abrió la boca, y dijo:

—¡Oíd, Lucía!

Ésta se volvió, y regresó hacia la reja. Pero ya otro pensamiento, un pensamiento acostumbrado a prevalecer, había triunfado de nuevo en la desventurada mente de Gertrude. Fingiendo no estar satisfecha de las instrucciones ya dadas, le explicó de nuevo a Lucía el camino que debía seguir, y la despidió diciendo:

—Hacedlo todo como os he dicho, y volved pronto. —Lucía partió.

Pasó sin ser vista la puerta del claustro, tomó el camino, con los ojos bajos, pegada al muro; encontró, con las indicaciones recibidas y con sus propios recuerdos, la puerta de la villa, salió por ella, fue muy recogida y un poco temblorosa, por el camino real, llegó en pocos momentos al que conducía al convento; y lo reconoció. Aquel camino estaba, y está todavía, hundido, a guisa de lecho de río, entre dos altos ribazos bordeados de arbustos, que forman sobre él una especie de bóveda. Lucía, al entrar en él y verlo completamente desierto, sintió crecer su miedo, y apresuraba el paso; mas poco después se tranquilizó algún tanto, al ver un coche de viaje parado, y a su lado, ante la portezuela abierta, a dos viajeros que miraban a uno y otro lado, como inseguros del camino. Mientras seguía avanzando, oyó a uno de los dos, que decía:

—Aquí viene una joven que nos enseñará el camino. —En efecto, cuando llegó junto a la carroza, el mismo, con modales más amables que su aspecto, se volvió, y dijo:

—¡Muchacha!, ¿sabríais indicarnos el camino para Monza?

—Por ahí van al contrario —respondía la pobrecilla—: Monza está por allá... —y se volvía, para señalar con el dedo; cuando el otro compañero (era el Nibbio), aferrándola de repente por la cintura, la alzó del suelo. Lucía volvió la cabeza aterrada, y lanzó un grito; el malandrín la metió a la fuerza en la carroza: uno que estaba sentado delante, la cogió y la obligó, por más que ella se debatía y chillaba, a sentarse frente a él: otro, poniéndole un pañuelo en la boca, ahogó el grito en su garganta. Mientras tanto el Nibbio entró también a toda prisa en el coche: la portezuela se cerró, y la carroza partió a la carrera. El otro que le había hecho la pregunta traidora, se había quedado en el camino; lanzó una ojeada a uno y otro lado, por ver si había acudido alguien a los gritos de Lucía: no había nadie; saltó a uno de los ribazos agarrándose a un arbusto, y desapareció. Era éste un esbirro de Egidio; había estado, haciéndose el distraído, en la puerta de su amo, para ver cuándo salía Lucía del monasterio; la había observado bien, a fin de poder reconocerla; y había corrido, por un atajo, a esperarla al lugar convenido.

¿Quién podrá describir ahora el terror, la angustia de ella, expresar lo que sucedía en su ánimo? Abría de par en par los ojos espantados, por la ansiedad de conocer su horrible situación, y los volvía a cerrar al instante, por asco y terror de aquellas cataduras: se retorcía, pero estaba sujeta por todas partes: reunía todas sus fuerzas, y daba tirones, para arrojarse hacia la portezuela; pero dos brazos musculosos la tenían como clavada en el fondo de la carroza; otras cuatro manazas la apuntalaban allí. Cada vez que abría la boca para lanzar un grito, el pañuelo venía a ahogarlo en su garganta. Mientras tanto, tres bocas del infierno, con la voz más humana que sabían articular, le repetían:

—Callad, callad, no tengáis miedo, no queremos haceros daño. —Tras algunos momentos de tan angustiosa lucha, pareció aquietarse; aflojó los brazos, dejó caer la cabeza hacia atrás, alzó con esfuerzo los párpados, manteniendo la mirada inmóvil, y aquellas horrendas cataduras que tenía delante le parecieron confundirse y ondear juntas, en una mezcolanza monstruosa: huyó el color de su rostro; un sudor frío lo cubrió; se abandonó, y cayó sin sentido.

—Vamos, vamos, valor —decía el Nibbio— valor, valor, —repetían los otros dos bribones; pero la pérdida de todos los sentidos preservaba en ese momento a Lucía de oír los consuelos de aquellas horribles voces.

—¡Diablos!, parece muerta —dijo uno de ellos—: ¿Y si estuviese muerta de verdad?

—¡Oh! ¡muerta! —dijo el otro—, es uno de esos desmayos que les dan a las mujeres. Lo que yo sé es que, cuando he querido mandar a alguien al otro mundo, fuera hombre o mujer, ha hecho falta algo más.

—¡Ea! —dijo el Nibbio—, atended a vuestro deber, y dejaos de otras cosas. Sacad del cajón los trabucos, y tenedlos preparados; que en el bosque donde vamos a entrar ahora, hay siempre bribones anidados. ¡En la mano, no, diablos!, ponedlos detrás de la espalda, tumbados: ¿no veis que es un polluelo asustado que se desmaya por cualquier cosa? Si ve armas, capaz es de morirse de veras. Y cuando vuelva en sí, cuidado con meterle miedo; no la toquéis si yo no os hago una señal; para sujetarla me basto yo. Y callaos: dejadme hablar a mí.

Entre tanto el coche, siempre al galope, se había adentrado en el bosque.

Al cabo de algún tiempo, la pobre Lucía empezó a recobrarse, como si volviera de un sueño profundo y angustioso, y abrió los ojos. Tardó no poco en distinguir los espantosos objetos que la rodeaban, en ordenar sus pensamientos: finalmente comprendió de nuevo su terrible situación. El primer uso que hizo de las pocas fuerzas recobradas, fue arrojarse otra vez hacia la portezuela, para lanzarse fuera; pero la retuvieron, y sólo pudo ver un momento la soledad salvaje del lugar por donde pasaba. Lanzó de nuevo un grito; pero el Nibbio, alzando la manaza con el pañuelo:

—Ea —le dijo, lo más suavemente que pudo—; callaos, que será mejor para vos: no queremos haceros daño; pero si no os calláis, os haremos callar nosotros.

—¡Dejadme marchar! ¿Quiénes sois? ¿A dónde me lleváis? ¿Por qué me habéis cogido? ¡Dejadme marchar, dejadme marchar!

—Os digo que no tengáis miedo: no sois una hiña, y debéis comprender que no queremos haceros daño. ¿No veis que hubiéramos podido mataros mil veces, si tuviéramos malas intenciones? Conque estaos quieta.

—No, no, dejadme seguir mi camino: yo no os conozco.

—Os conocemos nosotros.

—¡Oh, Virgen Santísima!, ¿cómo me conocéis? Dejadme marchar, por piedad. ¿Quiénes sois? ¿Por qué me habéis cogido?

—Porque nos lo han ordenado.

—¿Quién? ¿Quién?, ¿quién os lo puede haber ordenado?

—¡Callaos! —dijo con rostro severo el Nibbio—: a nosotros no se nos hacen esas preguntas.

Lucía intentó otra vez lanzarse de improviso hacia la portezuela; mas viendo que era inútil, recurrió de nuevo a las súplicas; y con la cabeza baja, con las mejillas surcadas de lágrimas, con la voz entrecortada por el llanto, con las manos juntas delante de los labios:

—¡Oh —decía—, por amor de Dios y de la santísima Virgen, dejadme marchar! ¿Qué mal os he hecho yo? Soy una pobre criatura que no os ha hecho nada. Lo que me habéis hecho vosotros, os lo perdono de todo corazón: y rogaré a Dios por vosotros. Si tenéis una hija, una mujer, una madre, pensad lo que sufrirían, si se vieran en esta situación. Recordad que todos hemos de morir, y que un día desearéis que Dios tenga misericordia de vosotros. Dejadme marchar, dejadme aquí: el Señor me hará encontrar mi camino.

—No podemos.

—¿No podéis? ¡Oh Señor!, ¿por qué no podéis? ¿A dónde queréis llevarme? ¿Por qué...?

—No podemos: es inútil; no tengáis miedo, que no queremos haceros daño: estaos quieta, y nadie os tocará.

Acongojada, jadeante, cada vez más aterrorizada al ver que sus palabras no surtían ningún efecto, Lucía se dirigió a Aquel que tiene en su mano el corazón de los hombres, y puede, si lo desea, ablandar los más duros. Se encogió lo más que pudo en el rincón del coche, puso los brazos en cruz sobre el pecho, y oró algún tiempo mentalmente; luego, sacando el rosario, empezó a rezarlo, con más fe y más sentimiento que nunca en su vida. De vez en cuando, esperando haber alcanzado la misericordia que imploraba, se volvía para suplicar de nuevo a aquellos hombres; mas siempre inútilmente. Luego caía de nuevo sin sentido, después volvía a recobrarlo, para revivir a nuevas angustias. Pero nuestro corazón ya no soporta describirlas por más tiempo: una compasión demasiado dolorosa nos apresura a poner término a este viaje, que duró más de cuatro horas; y tras el cual tendremos otras horas angustiosas que pasar. Acudamos al castillo donde la infeliz era esperada.

Era esperada por el *innominado*, con una inquietud, con una suspensión de ánimo insólitas. ¡Qué extraño!, aquel hombre, que había dispuesto a sangre fría de tantas vidas, en tantos de cuyos hechos no habían contado para nada los dolores por él causados, si no es alguna vez para saborear una salvaje voluptuosidad de venganza, ahora, al poner las manos sobre esta desconocida, sobre esta pobre campesina, sentía una especie de repulsión, casi diría de terror. Desde una alta ventana, miraba, hacía tiempo, una entrada del valle, y he aquí que el coche asoma, y avanza lentamente: pues aquel primer galopar había consumido la fogosidad, y domado las fuerzas de los caballos. Y aunque desde el punto desde donde estaba mirando, no parecía más que una de esas carrocitas que se dan a los niños como juguete, la reconoció al punto, y sintió que su corazón latía con más fuerza.

«¿Estará ahí?», pensó en seguida; y proseguía para sí: «¡Qué fastidio me produce esa mujer! Librémonos de ella».

Y quería llamar a uno de sus esbirros, y expedirlo en el acto al encuentro de la carroza, para ordenar al Nibbio que diese media vuelta, y la condujera al palacio de don Rodrigo. Mas un no imperioso que resonó en su mente, hizo desvanecerse aquel propósito. Atormentado, no obstante, por la necesidad de dar alguna orden, resultándole insoportable esperar ociosamente aquella carroza que avanzaba paso a paso, como una traición, ¿qué sé yo?, como un castigo, mandó llamar a una vieja de la casa.

Había nacido ésta en aquel mismo castillo, de un antiguo guarda, y allí había pasado toda su vida. Lo que había visto y oído desde la cuna, había impreso en su mente un concepto grandioso y terrible del poder de sus amos; y la máxima principal que había sacado de las enseñanzas y los ejemplos, era que había que obedecerlos en todo, porque podían hacer un gran mal, o un gran bien. La idea del deber, depositada como una semilla en el corazón de todos los hombres, al germinar en el suyo, junto con los sentimientos de un respeto, de un terror, de una codicia serviles, se había asociado y adaptado a ellos. Cuando el *innominado*, convertido en el amo, comenzó a hacer aquel espantoso uso de su fuerza, ella experimentó al principio cierta repugnancia y, a la vez, un sentimiento más profundo de sumisión. Con el tiempo se había acostumbrado a lo que tenía continuamente ante sus ojos y sus oídos: la voluntad poderosa y desenfrenada de tan gran señor, era para ella como una especie de justicia fatal. Ya muchacha, se había casado con un servidor de la casa, el cual, poco después, habiendo participado en una expedición peligrosa, dejó la piel en el camino, y a ella viuda en el castillo. La venganza que el señor tomó inmediatamente le dio un consuelo feroz, y acrecentó su orgullo de hallarse bajo tal protección. Desde entonces, no volvió a poner los pies fuera del castillo, salvo muy raras veces; y, poco a poco, no le quedaron casi otras ideas del vivir humano que las que recibía en aquel lugar. No tenía encomendado ningún servicio particular, pero, en aquella mesnada de esbirros, ora uno ora otro, le daban trabajo a cada momento; y ése era su reconcomio. Ora tenía andrajos que remendar, ora que preparar a toda prisa comida para quien volvía de alguna expedición, ora heridos que curar. Además, las órdenes de aquéllos, los reproches, las expresiones de agradecimiento, estaban siempre sazonadas con befas e improperios: vieja era su apelativo usual; los adornos que alguno siempre le añadía variaban según las circunstancias y el humor del sujeto. Y ella, estorbada en su pereza, y provocada en su ira, que eran dos de sus

pasiones dominantes, correspondía a veces a aquellos cumplidos con palabras, en las que Satanás habría reconocido mejor su ingenio que en las de los provocadores.

—¿Ves allá abajo aquella carroza? —le dijo el señor.

—La veo —respondió la vieja, sacando la barbilla puntiaguda, y aguzando los ojos hundidos, como si tratase de empujarlos hasta los bordes de las cuencas.

—Haz que preparen en seguida una litera, métete en ella, y manda que te lleven a la Malanoche. Aprisa, aprisa; que llegues tú antes que ese coche: ya se acerca con el paso de la muerte. En ese coche viene... debe venir... una joven. Si está, dile al Nibbio, de mi parte, que la meta en la litera y que él venga en seguida a verme. Tú te quedarás en la litera con esa... joven; y cuando lleguéis arriba, la conducirás a tu cuarto. Si te pregunta a dónde la llevas, de quién es el castillo, cuidado con...

—¡Oh! —dijo la vieja.

—Pero —continuó el *innominado*—, dale ánimos.

—¿Qué he de decirle?

—¿Que qué has de decirle? Dale ánimos, te digo. ¡Has llegado a tu edad, sin saber cómo se le da ánimos a un criatura, cuando se quiere! ¿Nunca has estado acongojada? ¿Nunca has tenido miedo? ¿No sabes las palabras que gusta oír en esos momentos? Dile esas palabras: encuéntralas, ¡maldita sea! Vete.

Y cuando ella se hubo marchado, permaneció inmóvil algún tiempo en la ventana, con los ojos clavados en aquella carroza, que ya parecía mucho más grande; luego los alzó al sol, que en aquel momento se ocultaba tras la montaña; después miró las nubes diseminadas por encima que, de oscuras, en un instante, se tornaron de fuego. Se apartó, cerró la ventana, y se puso a caminar de un lado a otro de la estancia, con un paso de viajero presuroso.

CAPÍTULO XXI

LA vieja había corrido a obedecer y a mandar, con la autoridad de aquel nombre, que por quienquiera que fuese pronunciado en aquel lugar, hacía apresurarse a todos; pues a nadie se le pasaba por la cabeza que alguien fuese tan osado como para usarlo en falso. Se encontró, en efecto, en la Malanoche un poco antes de que llegase la carroza; y al verla venir, salió de la litera, hizo señas al cochero de que parase, se acercó a la portezuela; y al Nibbio, que sacó la cabeza, le refirió en voz baja las órdenes del amo.

Lucía, al detenerse la carroza, se sobresaltó, y volvió de una especie de letago. Sintió nuevamente revolvérsele la sangre, abrió de par en par la boca y los ojos, y miró. El Nibbio se había echado hacia atrás; y la vieja, con la barbilla en la portezuela, mirando a Lucía, decía:

—Venid, mi querida joven; venid, pobrecita; venid conmigo, que tengo órdenes de trataros bien y de daros ánimos.

Al sonido de una voz de mujer, la pobrecilla experimentó un consuelo, un valor momentáneos; mas en seguida recayó en un espanto más sombrío.

—¿Quién sois? —dijo con voz temblorosa, clavando la mirada atónita en el rostro de la vieja.

—Venid, venid, pobrecita —repetía ésta. El Nibbio y los otros dos, infiriendo por las palabras y la voz tan extraordinariamente dulcificada de aquella mujer, cuáles eran las intenciones de su señor, trataban de persuadir por las buenas a la oprimida de que obedeciera. Pero ella seguía mirando hacia afuera; y aunque el lugar salvaje y desconocido, y la seguridad de sus guardianes no la dejasen concebir esperanzas de socorro, ya abría la boca para gritar; mas viendo al Nibbio echar los ojos feroces al pañuelo, contuvo el grito, tembló, forcejeó, fue cogida y metida en la litera. Después entró la vieja; el Nibbio le dio a los otros dos bribones que fuesen detrás, y emprendió rápidamente la subida, para acudir a las órdenes de su amo.

—¿Quién sois? —preguntaba con ansiedad Lucía a aquella jeta desconocida y deforme—: ¿por qué estoy con vos?, ¿dónde estoy?, ¿a dónde me lleváis?

—Con quien quiere haceros bien —respondía la vieja—, con un gran... ¡Dichosos aquellos a quienes quiere hacer bien! Tenéis suerte, tenéis suerte. No temáis, alegraros, que me ha mandado daros ánimos. Se lo diréis, ¿eh?, que os he dado ánimos.

—¿Quién es?, ¿por qué?, ¿qué quiere de mí? Yo no soy suya. Decidme dónde estoy; dejadme marchar; decid a esos hombres que me dejen marchar, que me lleven a alguna iglesia. ¡Oh!, vos que sois una mujer, ¡en nombre de la Virgen María...!

Aquel nombre santo y dulce, repetido con veneración en sus años primeros, y luego no invocado durante tanto tiempo, ni acaso oído pronunciar, producía en la mente de la desdichada que lo oía en aquel momento, una impresión confusa, extraña, lenta, como el recuerdo de la luz, en un viejo ciego desde la infancia.

Mientras tanto el *innominado*, de pie ante la puerta del castillo, miraba hacia abajo; y veía la litera avanzar paso a paso, como antes la carroza, y delante, a una distancia que aumentaba a cada momento, subir corriendo

al Nibbio. Cuando éste llegó a lo alto, el señor le indicó que lo siguiese; y fue con él a una estancia del castillo.

—¿Y bien? —dijo, parándose allí.

—Todo a pedir de boca —respondió, haciendo una reverencia, el Nibbio—: el aviso a tiempo, la mujer a tiempo, nadie en el lugar, sólo un grito, nadie que acudiera, el cochero listo, los caballos buenos, ningún encuentro; pero...

—Pero, ¿que?

—Pero... digo la verdad, habría preferido que la orden hubiese sido dispararle un tiro por la espalda, sin oírla hablar, sin verle la cara.

—¿Cómo? ¿Cómo?, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que todo ese tiempo, todo ese tiempo... Me ha dado demasiada compasión.

—¡Compasión! ¿Qué sabes tú de compasión?

—Nunca lo he entendido tan bien como ahora: la compasión es algo así como el miedo: si uno deja que se apodere de él, ya no es hombre.

—Oigamos cómo ha hecho esa mujer para conmoverte.

—¡Oh, ilustrísimo señor!, ¡tanto tiempo...!, llorar, suplicar, y poner unos ojos, quedarse blanca, blanca, como muerta, y luego sollozar, y suplicar de nuevo, y unas palabras...

«No la quiero en mi casa», pensaba entre tanto el *innominado*.

«He sido un animal empeñando mi palabra; pero he prometido he prometido. Cuando esté lejos...» Y alzando la cabeza en gesto de mando, hacia el Nibbio:

—Ahora —le dijo—, deja a un lado la compasión: monta a caballo, llévate un compañero, o dos si quieres, y ve corriendo a casa de ese don Rodrigo que ya sabes. Dile que mande... pero rápido, rápido, porque si no...

Pero otro no interior más imperioso que el primero le impidió terminar.

—No —dijo con voz resuelta, casi como para expresarse a sí mismo la orden de aquella voz secreta—, no: vete a descansar; y mañana por la mañana... ¡harás lo que te diga!

«Esa mujer tiene algún demonio de su parte», pensaba luego, una vez solo, en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la mirada inmóvil en una parte del suelo, donde el rayo de la luna, entrando por una alta ventana, dibujaba un recuadro de luz pálida, cortado en casillas por los gruesos barrotes, y cincelado más menudamente por los pequeños compartimentos de las vidrieras. «Algún demonio, o... algún ángel que la protege... ¡Compasión el Nibbio!... Mañana, mañana temprano, fuera de aquí; a su destino, y no se hable más de ello, y «proseguía para sí, con el ánimo con que se ordena a un chicuelo indócil, sabiendo que no

obedecerá, «y se acabó el pensar en ello. Que ese animal de don Rodrigo no venga a molestarme con agradecimientos; que... no quiero volver a oír hablar de ella. Lo he servido porque... porque lo prometí: y lo prometí porque... es mi destino. Pero quiero que me pague bien caro este servicio. Veamos...»

Y quería inventar algo arduo que pedir, en compensación, y casi como pena; pero de nuevo se atravesaron en su mente aquellas palabras: ¡compasión el Nibbio! «¿Qué puede haber hecho ésa?», continuaba, arrastrado con aquel pensamiento. «Quiero verla...¡Ah!, no... Sí, quiero verla».

Y, de una estancia en otra, encontró una escalerilla, a tientas por ella, llegó al cuarto de la vieja, y llamó a la puerta con una patada.

—¿Quién es?

—Abre.

Al oír aquella voz, la vieja dio tres brincos; y en seguida se oyó correr el pestillo por las anillas, y la puerta se abrió de par en par. El *innominado*, desde el umbral, echó una ojeada en torno; y, a ja luz de un velón que ardía sobre una mesita, vio a Lucía acurrucada en el suelo, en el rincón más alejado de la puerta.

—¿Quién te ha dicho que la echaras ahí, como un saco de trapos, desgraciada? —le dijo a la vieja con ceño iracundo.

—Se ha puesto donde quiso —respondió humildamente ésta—: yo he hecho todo lo posible por darle ánimos: ella misma lo puede decir; pero no ha habido manera.

—Levantaos —le dijo el *innominado* a Lucía, acercándose a ella. Pero Lucía, a quien el golpear a la puerta, el abrir, el aparecer aquel hombre, sus palabras, habían traído un nuevo espanto a su ánimo espantado, estaba más encogida que nunca en el rincón, con el rostro oculto entre las manos, y sin moverse, salvo que temblaba toda.

—Levantaos, que no quiero haceros daño... y puedo haceros bien —repitió el caballero—, ¡Levantaos! —tronó luego aquella voz, airada por haber ordenado dos veces en vano.

Como fortalecida por el espanto, la infelicísima se puso en el acto de rodillas; y juntando las manos, como habría hecho ante una imagen, alzó los ojos al rostro del *innominado*, y bajándolos en seguida, dijo:

—Aquí estoy: máteme.

—Os he dicho que no quiero haceros daño —respondió, con voz amansada, el *innominado*, mirando fijamente aquel rostro turbado por la congoja y el terror.

—Animo, ánimo —decía la vieja—: si os lo dice él, que no quiere haceros daño...

—¿Y por qué? —replicó Lucía con una voz en la que, junto con el temblor del miedo, se advertía cierta seguridad de indignación desesperada—, ¿por qué me hace sufrir las penas del infierno? ¿Qué le he hecho yo...?

—¿Os han maltratado acaso? Hablad.

—¡Oh, maltratado! ¡Me han cogido a traición, por la fuerza!, ¿por qué? ¿por qué estoy aquí?, ¿dónde estoy? Soy una pobre criatura: ¿qué le he hecho? En nombre de Dios...

—Dios, Dios —interrumpió el *innominado*—: siempre Dios: los que no pueden defenderse por sí mismos, los que no tienen fuerza, siempre sacan a relucir a ese Dios, como si hubieran hablado con él. ¿Qué pretendéis con esa palabra? ¿Hacerme...? —y dejó la frase a medias.

—¡Oh, Señor!, ¡pretender! ¿Qué puedo pretender yo, infeliz, sino que vuestra merced tenga misericordia de mí? ¡Dios perdona tantas cosas, por una obra de misericordia! ¡Déjeme marchar por piedad, déjeme marchar! A quien un día ha de morir, no le aprovecha hacer penar a una pobre criatura. ¡Oh!, vuestra merced que puede dar órdenes, ¡diga que me dejen marchar! Me han traído aquí a la fuerza. Mándeme con esta mujer a *** donde está mi madre, ¡Oh, Virgen santísima!, ¡mi madre!, ¡mi madre, por caridad, mi madre! Quizá no está lejos de aquí... ¡he visto mis montes! ¿Por qué me hace sufrir? Mande que me lleven a una iglesia. Rezaré por vuestra merced, toda la vida. ¿Qué le cuesta decir una palabra? ¡Oh!, veo que se conmueve: diga una palabra, dígala. ¡Dios perdona tantas cosas, por una obra de misericordia!

«¡Oh!, ¿por qué no será hija de uno de esos perros que me desterraron?», pensaba el *innominado*, «¡de uno de esos cobardes que querrían verme muerto!, ahora disfrutaría con sus gritos; y en cambio...»

—¡No desoiga una buena inspiración! —proseguía fervorosamente Lucía, reanimada al ver cierto aire de vacilación en el rostro y el porte de su tirano—. Si vuestra merced no me hace esa caridad, me la hará el Señor: me hará morir, y para mí todo habrá acabado, ¡pero vuestra merced!... Quizá un día también vuestra merced... Pero no, no, yo rogaré siempre al Señor que lo preserve de todo mal. ¿Qué le cuesta decir una palabra? ¡Si probase vuestra merced a sufrir estas penas...!

—Ea, tened ánimo —interrumpió el *innominado*, con una dulzura que dejó estupefacta a la vieja—. ¿Os he hecho acaso algún daño? ¿Os he amenazado?

—¡Oh, no! Veo que vuestra merced tiene buen corazón, y que siente piedad por esta pobre criatura. Si vuestra merced quisiera, podría darme

más miedo que todos los otros, podría hacerme morir...; y en cambio me ha... ensanchado un poco el corazón. Dios se lo pagará. Haga esta obra de misericordia: libéreme, libéreme.

—Mañana por la mañana.

—Oh, libéreme ahora, en seguida...

—Mañana por la mañana volveremos a vernos, os digo. Ea, mientras tanto, tened ánimo. Descansad. Debéis tener necesidad de alimento. Ahora os traerán algo.

—No, no; me muero si alguien entra aquí: me muero. Lléveme vuestra merced a la iglesia... esos pasos Dios se los contará.

—Vendrá una mujer a traeros de comer —dijo el *innominado*; y después de haberlo dicho, él mismo se quedó asombrado de que se le hubiese ocurrido tal solución, y que hubiese sentido la necesidad de buscar una, para tranquilizar a una mujercilla.

—Y tú —prosiguió al punto, volviéndose a la vieja—, anímala a que coma; ponla a dormir en esa cama: y si quiere tu compañía, bien; si no, bien puedes dormir por una noche en el suelo. Dale ánimos, te digo; tenla alegre. ¡Y que no deba lamentarse de ti!

Dicho esto, echó a andar rápidamente hacia la puerta. Lucía se levantó y corrió a detenerlo y a renovar su súplica; pero había desaparecido.

—¡Oh, pobre de mí! Cerrad, cerrad en seguida. —Y cuando sintió arrimarse los batientes y correr el pestillo, volvió a acurrucarse en su rincón. —¡Oh, pobre de mí! —exclamó de nuevo, sollozando—: ¿a quién le suplicaré ahora? ¿Dónde estoy? Decidme vos, decidme por caridad, ¿quién es ese señor... el que me ha hablado?

—Quién es, ¿eh?, quién es. Queréis que os lo diga. Pues ya podéis esperar. Como os protege, habéis criado soberbia; y queréis que os satisfaga, y que yo pague luego los platos rotos. Preguntádselo a él. Si yo os diese gusto en esto, no me tocarían esas buenas palabras que habéis oído vos. «Yo soy vieja, soy vieja» —continuó, murmurando entre dientes—. «Malditas sean las jóvenes, que gusta verlas cuando lloran y cuando ríen, y siempre tienen razón.» —Pero al oír sollozar a Lucía, y volviendo amenazadora a su mente la orden del amo, se inclinó hacia la pobre agazapada, y con voz dulcificada, prosiguió—: Ea, no os he dicho nada malo: estad alegre. No me preguntéis cosas que no os puedo decir; y por lo demás, tened buen ánimo. ¡Oh, si supierais cuánta gente se sentiría contenta de oírlo hablar como os ha hablado a vos! Alegraos, que ahora mismo traerán de comer; y yo que entiendo... por el modo cómo os ha hablado, serán cosas buenas. Y luego os acostaréis, y... me dejaréis un rinconcito también a mí, espero —añadió, con una voz, a su pesar, airada.

—No quiero comer, no quiero dormir. Dejadme en paz; ¡no os acerquéis; no os vayáis de aquí!

—No, no, vamos —dijo la vieja, retirándose, y yendo a sentarse en una mala silla, desde donde lanzaba a la pobrecilla ojeadas de terror y de hastío a la vez; y luego miraba su cubil, reconcomiéndose por verse quizá excluida de él toda la noche, y rezongando contra el frío. Pero se alegraba con la idea de la cena, y con la esperanza de que también habría algo para ella. Lucía no se percataba del frío, no sentía hambre, y como aturdida, no tenía de sus dolores, de sus terrores mismos, sino una sensación confusa, parecida a las imágenes soñadas bajo el efecto de la fiebre.

Se sobresaltó cuando oyó llamar a la puerta; y, alzando el rostro espantado, gritó:

—¿Quién es?, ¿Quién es? ¡Que no venga nadie!

—Nada, nada; buenas noticias —dijo la vieja—: es Marta, que trae de comer.

—¡Cerrad, cerrad! —gritaba Lucía.

—¡Huy!, en seguida, en seguida —respondía la vieja; y cogiendo una cesta de manos de aquella Marta, la despidió, volvió a cerrar y fue a posar la cesta sobre una mesa en el centro de la habitación. Invitó luego varias veces a Lucía a disfrutar de aquellas buenas cosas. Empleaba las palabras en su opinión, más eficaces, para despertar el apetito de la pobrecilla, prorrumpía en exclamaciones sobre la exquisitez de los manjares—: ¡De esos bocados que, cuando las personas como nosotras pueden llegar a probarlos, se acuerdan durante mucho tiempo! ¡El vino que bebe el amo con sus amigos... cuando viene uno de ésos...!, ¡y quieren divertirse! ¡Hummm! —Pero, viendo que todos los halagos resultaban inútiles—. Sois vos la que no queréis —dijo—. No vayáis luego a decirle mañana que no os he animado. Comeré yo; y quedará más que de sobra para vos, cuando entréis en razón y queráis obedecer. —Dicho esto, se puso a comer ávidamente. Cuando estuvo saciada, se levantó, fue hacia el rincón, e, inclinándose sobre Lucía, la invitó nuevamente a comer, para ir luego a la cama.

—No, no quiero nada —respondió ésta con voz débil, y como soñolienta. Luego, más resueltamente—: ¿Está cerrada la puerta?, ¿está bien cerrada? —Y después de girar los ojos por la habitación, se levantó, y con las manos extendidas, con paso receloso, iba hacia aquella parte.

La vieja se le adelantó, echó mano al pestillo, lo sacudió, y dijo:

—¿Oís?, ¿veis?, ¿está bien cerrada?, ¿estáis contenta ahora?

—¡Oh, contenta! ¡contenta yo, aquí! —dijo Lucía, regresando a su rincón—. ¡Pero el Señor sabe que estoy!

—Venid a la cama: ¿qué hacéis ahí, echada como un perro? ¿Se ha visto alguna vez rechazar las comodidades cuando se pueden tener?

—No, no; dejadme en paz.

—Vos lo queréis. Mirad, yo os dejo el sitio bueno: me pongo en el borde; estaré incómoda por vos. Si queréis acostaros, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Recordad que os lo he rogado varias veces. —Diciendo esto, se metió en la cama vestida; y todo calló.

Lucía estaba inmóvil en aquel rincón, hecha un ovillo, con las rodillas dobladas, las manos apoyadas en las rodillas, y el rostro escondido entre las manos. No era el suyo ni sueño ni vela, sino una rápida sucesión, un turbio alternarse de pensamientos, de imaginaciones, de espantos. Ora con más conciencia de sí, y recordando con mayor nitidez los horrores vistos y sufridos en aquel día, examinaba dolorosamente las circunstancias de la oscura y formidable realidad en que se hallaba envuelta; ora su mente, transportada a una región aún más oscura, se debatía contra los fantasmas nacidos de la incertidumbre y el terror. Permaneció largo rato en aquella angustia; finalmente, más cansada y abatida que nunca, extendió los miembros entumecidos, se tumbó, o cayó tumbada, y quedó algún tiempo en un estado más parecido al sueño verdadero. Pero de pronto volvió en sí, como ante una llamada interior, y experimentó la necesidad de despertarse por completo, y de recobrar toda su conciencia, de saber dónde estaba, cómo, por qué. Tendió el oído a un ruido: era el roncar lento, estertoroso de la vieja; abrió los ojos de par en par, y vio una claridad mortecina aparecer y desaparecer a intervalos: era la mecha del velón, que próxima a apagarse, lanzaba una luz trémula, y al instante, por así decirlo, la retiraba, como el ir y venir de las olas en la orilla: y aquella luz, huyendo de los objetos, antes de que cobrasen con ella relieve y color precisos, no representaba ante su mirada sino una sucesión de garabatos. Pero muy pronto las recientes impresiones, presentándose de nuevo en su mente, la ayudaron a distinguir lo que parecía confuso a los sentidos. La infeliz, despierta, reconoció su prisión: todos los recuerdos de la horrenda jornada transcurrida, todos los terrores del porvenir, la asaltaron de golpe: aquella misma nueva quietud después de tantas agitaciones, aquella especie de sosiego, aquel abandono en que se la dejaba, le infundían un nuevo espanto: y la embargó tal angustia, que deseó morir. Mas en aquel momento recordó que podía al menos orar, y junto con ese pensamiento, brotó en su corazón como una repentina esperanza. Volvió a coger el rosario, y empezó de nuevo a rezarlo; y, a medida que la oración salía de sus labios temblorosos, su corazón sentía crecer una confianza indeterminada. De pronto pasó por su mente otro pensamiento: que su

oración sería más grata y escuchada con mayor seguridad, si, en su desolación, hacía también algún ofrecimiento. Se acordó de lo que era más querido para ella, o que más querido había sido; pues en aquel momento, su ánimo no podía sentir otro afecto que el miedo, ni concebir otro deseo que el de la liberación; se acordó, y quiso al instante hacer de ello un sacrificio. Se incorporó, se puso de rodillas, y juntando sobre el pecho las manos, de las que colgaba el rosario, alzó el rostro y las pupilas al cielo, y dijo:

—¡Oh, Virgen santísima! ¡Vos, a quien me he encomendado tantas veces, y que tantas veces me habéis consolado! Vos, que habéis padecido tantos dolores, y sois ahora tan gloriosa, y habéis hecho tantos milagros con los pobres atribulados; ¡ayudadme!, hacedme salir de este peligro, hacedme volver salva con mi madre, Madre del Señor, y hago voto de permanecer virgen; renuncio para siempre a ese pobrecillo mío, para no ser jamás de otro que de vos.

Pronunciadas estas palabras, agachó la cabeza, y se puso el rosario alrededor del cuello, casi como una señal de consagración, y una salvaguarda al mismo tiempo, como una armadura de la nueva milicia en la que se había alistado. Al sentarse otra vez en el suelo, sintió entrar en su ánimo cierta tranquilidad, una confianza más grande. Vino a su mente aquel *mañana por la mañana* repetido por el poderoso desconocido, y le pareció oír en aquellas palabras una promesa de salvación. Sus sentidos fatigados por tanta lucha se adormecieron poco a poco en aquel apaciguamiento de las ideas; y finalmente, ya cerca del día, con el nombre de su protectora a medio pronunciar entre los labios, Lucía se durmió con un sueño perfecto y continuado.

Pero había alguien más en ese mismo castillo, que hubiera deseado hacer otro tanto, y no pudo. Partido, o casi escapado de Lucía, dadas las disposiciones para su cena, hecha la acostumbrada visita a ciertos lugares del castillo, siempre con aquella imagen viva en su mente, y con aquellas palabras resonando en sus oídos, el caballero había ido a refugiarse en su habitación, se había encerrado dentro a toda prisa, como si debiera atrincherarse contra un escuadrón de enemigos; y desvistiéndose, también a toda prisa, se había metido en la cama. Pero aquella imagen, más presente que nunca, pareció decirle en ese momento: tú no dormirás. «¿Qué necia curiosidad de mujercilla», pensaba, «me ha entrado por verla? Tiene razón el Nibbio; ya no se es hombre; es cierto, ¡ya no se es hombre!... ¿Yo?... ¿ya no soy hombre, yo? ¿Qué ha pasado?, ¿qué diablo se me ha metido en el cuerpo?, ¿qué hay de nuevo? ¿Acaso no sabía yo antes de ahora, que las mujeres chillan? También chillan los hombres a

veces, cuando no pueden rebelarse. ¡Qué diablos! ¿acaso no he oído nunca piar a una mujer?». Y aquí, sin cansarse mucho rebuscando en su memoria, la memoria le presentó por si sola más de un caso en que ni ruegos ni lamentos lo habían disuadido un ápice de cumplir sus resoluciones. Pero el recuerdo de tales empresas, en vez de devolverle la firmeza, que ya le faltaba, para cumplir ésta; en vez de sofocar en su ánimo aquella molesta piedad; despertaba en él una especie de terror, no sé qué rabia de arrepentimiento. De manera que le pareció un alivio volver a aquella primera imagen de Lucía contra la cual había tratado de fortalecer su valor. «Ella está viva», pensaba, «está aquí; estoy a tiempo; puedo decirle: marchaos, alegraos; puedo ver mudarse esa cara, puedo decirle también: perdonadme... ¿Perdonadme? ¿Pedir yo perdón?, ¿a una mujer?, ¡yo...! ¡Ah!, y sin embargo, si una palabra, una palabra así pudiera hacerme bien, quitarme de encima este embrujo, la diría; ¡oh, sí! siento que la diría. ¡A qué me he reducido ¡Ya no soy hombre, ya no soy hombre!... ¡Fuera!», dijo luego, revolviéndose furiosamente en el lecho que se había vuelvo duro, muy duro, bajo las mantas que se habían vuelto pesadas, muy pesadas, «¡fuera!, son necedades que otras veces se me han venido a la cabeza. Pasará también ésta.»

Y para hacerla pasar, se puso a buscar con el pensamiento alguna cosa importante, alguna de las que solían ocuparlo por entero, a fin de concentrarlo todo en ella; mas no halló ninguna. Todo le parecía cambiado: lo que antaño excitaba con más fuerza sus deseos, ahora ya no tenía nada de deseable: la pasión, como un caballo recalcitrante al improviso a causa de una sombra, ya no quería seguir adelante. Pensando en las empresas iniciadas y no concluidas, en vez de animarse a acabarlas, en vez de irritarse por los obstáculos (pues la ira en ese momento le hubiera parecido dulce), sentía una tristeza, casi un espanto por los pasos ya dados. El tiempo se presentó ante él vacío de todo intento, de toda ocupación, de todo deseo, lleno tan sólo de memorias insoportables; todas las horas, semejantes a aquella, que transcurría tan lenta, tan pesada sobre su cabeza. Alineaba en su fantasía a todos sus malandrines y no encontraba para ordenarle a ninguno de ellos una sola cosa que le importase; es más, la idea de volverlos a ver, de encontrarse entre ellos, era un nuevo peso, una idea de asco y de embarazo. Y si quiso hallar una ocupación para el día siguiente, una obra factible, hubo de pensar que al día siguiente podía dejar libre a aquella pobrecilla.

«La liberaré, sí; en cuanto amanezca, correré a verla, y le diré: marchaos, marchaos. Haré que la acompañen... ¿Y la promesa?, ¿y el empeño?, ¿y don Rodrigo?... ¿Quién es don Rodrigo?»

A guisa de quien se ve sorprendido por la pregunta inesperada y embarazosa de un superior, el *innominado* pensó al punto en responder a ésta que se había hecho él mismo, o más bien el nuevo él que, crecido terriblemente de golpe, surgía como para juzgar al antiguo. Estaba, pues, buscando las razones por las cuales, antes casi de que se lo rogasen, había podido resolverse a asumir el compromiso de hacer padecer tanto, sin odio, sin temor, a una infeliz desconocida, para servir a aquel hombre, pero, no sólo no conseguía encontrar razones que en aquel momento le parecieran buenas para excusar el hecho, sino que además casi no sabía explicarse a sí mismo cómo se había visto inducido a ello. Aquel deseo, más que una deliberación, había sido un impulso instantáneo del ánimo, obediente a sentimientos antiguos, habituales, una consecuencia de mil hechos anteriores; y el atormentado examinador de sí mismo, para darse razón de un solo hecho, se encontró engolfado en el examen de toda su vida. Atrás, atrás, de empeño en empeño, de año en año, de fechoría en fechoría: cada una reaparecía ante el ánimo consciente y nuevo, separada de los sentimientos que la habían hecho desear y cometer; reaparecía con una monstruosidad que aquellos sentimientos no habían dejado entonces advertir en ella. Eran todas suyas, eran él: el horror de ese pensamiento, que renacía con cada una de aquellas imágenes, pegado a todas, creció hasta la desesperación. Se sentó de golpe en la cama, echó de golpe la mano a la pared, aferró una pistola, la descolgó, y... en el momento de acabar con una vida que se le había vuelto insoportable, su pensamiento, sorprendido por un terror, por una inquietud, por así decirlo, superviviente, se lanzó hacia el tiempo que, a pesar de todo, seguiría transcurriendo después de su fin. Imaginaba con pavor su cadáver deformado, inmóvil, a merced del más cobarde que le hubiera sobrevivido; la sorpresa, la confusión en el castillo, el día después: todo desconcertado; él, sin fuerza, sin voz, arrojado quién sabe dónde. Imaginaba las palabras que se dirían allí, en los alrededores, lejos; la alegría de sus enemigos. También las tinieblas, también el silencio, le hacían ver en la muerte algo más triste, más espantoso; le parecía que no habría vacilado si hubiese sido de día, al aire libre, ante la gente: arrojarse a un río, y desaparecer. Y absorto en estas contemplaciones angustiosas, alzaba y volvía a bajar, con la fuerza convulsiva del pulgar, el gatillo de la pistola; cuando relampagueó en su mente otro pensamiento. «Si esa otra vida de la que me hablaron cuando niño, de la que hablan siempre, como si fuera una cosa segura; si esa vida no existe, si es una invención de los curas; ¿qué estoy haciendo?, ¿por qué morir?, ¿qué importa lo que he hecho?, ¿qué importa?, lo mío es una locura... ¡Y si existe esa otra vida...!»

Ante tal duda, ante tal riesgo, lo invadió una desesperación más negra, más grave, de la cual no se podía huir, ni siquiera con la muerte. Dejó caer el arma, y estaba con las manos en los cabellos, castañeando los dientes, temblando. De pronto, volvieron a su memoria palabras que había oído y vuelto a oír, pocas horas antes: «¡Dios perdona tantas cosas, por una obra de misericordia!» Y ya no tornaban con aquel acento de humilde súplica, con que habían sido pronunciadas; sino con un sonido lleno de autoridad, y que al mismo tiempo despertaba una remota esperanza. Fue aquél un momento de alivio: apartó sus manos de las sienes, y, en una actitud más sosegada, clavó los ojos de la mente en aquella de quien había escuchado esas palabras; y la veía, no como su prisionera, no como una suplicante, sino en ademán de quien dispensa gracias y consuelos. Esperaba ansiosamente el día, para correr a liberarla, y escuchar de sus labios otras palabras de alivio y de vida; se imaginaba que él mismo la llevaba al lado de su madre. «¿Y luego?, ¿qué haré mañana, el resto del día?, ¿qué haré pasado mañana?, ¿qué haré después de pasado mañana? ¿Y por la noche?, ¡la noche, que volverá dentro de doce horas! ¡Oh la noche!, ¡la noche no, no!» Y volviendo a caer en el penoso vacío del futuro, buscaba en vano un empleo del tiempo, una manera de pasar los días, las noches. Ora se proponía abandonar el castillo, y marchar a países lejanos, donde nadie lo conociera, ni siquiera de nombre; más sentía que él, él estaría siempre consigo: ora le renacía una hosca esperanza de recobrar el ánimo antiguo, los antiguos deseos; y que aquello fuese como un delirio pasajero; ora temía el día, que debía mostrarlo a los suyos tan miserablemente mudado; ora suspiraba por él, como si también debiera traer luz a sus pensamientos. Y he aquí, justamente al despuntar el día, pocos instantes después de dormirse Lucía, he aquí que, estando así inmóvil, sentado, oyó llegar a su oído una onda de sonido no bien definido, pero que tenía un no sé qué de alegre. Prestó atención, y reconoció un lejano repicar a fiesta; y al cabo de unos momentos, oyó también el eco del monte, que de cuando en cuando repetía lánguidamente aquella música, y se confundía con ella. Poco después, oye otro repicar más cercano, también a fiesta; luego otro más. «¿Qué alegría hay?, ¿qué celebran todos éstos?» Saltó de aquel lecho de espinas; y a medio vestir, corrió a abrir una ventana, y miró. Las montañas estaban medio veladas por la niebla; el cielo, más que nublado, era todo una nube cenicienta; pero, en la claridad que poco a poco iba creciendo se distinguía, por el camino del fondo del valle, gente que pasaba, otra que salía de las casas, y se encaminaba, todos al mismo sitio, hacia la salida, a la derecha del castillo, todos vestidos de fiesta, y con una ligereza extraordinaria.

«¿Qué diablos les pasa a ésos?, ¿qué hay de alegre en este maldito país?, ¿a dónde va toda esa canalla?» Y dando una voz a un bravo de confianza que dormía en una estacia contigua, le preguntó cuál era la causa de aquella agitación. Éste, que sabía tanto como él, contestó que iría al punto a informarse. El señor quedó apoyado en la ventana, y muy atento al móvil espectáculo. Eran hombres, mujeres, chiquillos, en grupos, en parejas, solos; uno, alcanzando al que iba delante, se emparejaba con él; otro, saliendo de casa, se unía al primero que encontraba; e iban juntos, como amigos a un viaje convenido. Los gestos indicaban manifiestamente una prisa y un júbilo comunes; y aquel resonar no concertado, pero simultáneo, de las distintas campanas, unas más próximas, otras menos, parecía, por así decirlo, la voz de aquellos gestos, y el suplemento de las palabras que no podían llegar hasta allá arriba. Miraba, miraba: y en su corazón crecía algo más que curiosiad por saber qué era lo que podía comunicar un transporte igual a tanta gente distinta.

CAPITULO XXII

POCO después, el bravo vino a informar de que, el día antes, el cardenal Federigo Borromeo, arzobispo de Milán, había llegado a ***, donde se quedaría todo el día; y que la nueva de esta llegada, difundida durante la noche en los pueblos del contorno, había animado a todos a ir a ver a aquel hombre; y se repicaba más por alegría, que por advertir a la gente. El señor, al quedarse solo, siguió mirando el valle, aún más pensativo. «¡Por un hombre! ¡Todos presurosos, todos alegres por ver a un hombre! Y sin embargo, cada uno de éstos tendrá su diablo que lo atormente. Pero nadie, nadie tendrá uno como el mío; ¡nadie habrá pasado una noche como la mía! ¿Qué tiene ese hombre para alegrar a tanta gente? Algunas monedas que repartirá así, a la ventura... Pero éstos no van todos por la limosna. ¿Y qué?, algún gesto en el aire, alguna palabra... ¡Oh!, si tuviera para mí las palabras que pueden consolar!, ¡si...! ¿Por qué no voy también yo? ¿Por qué no?... Iré, iré; y quiero hablar con él: quiero hablarle a solas. ¿Qué le diré? Pues bien, lo que, lo que... ¡Oiré lo que puede decirme ese hombre!»

Tomada confusamente esta decisión, acabó de vestirse aprisa, poniéndose una casaca de un corte que tenía algo de militar; cogió la pistola que había quedado sobre el lecho, y la sujetó a un lado del cinturón; al otro, otra que descolgó de un clavo de la pared; puso también en el cinto su puñal; y cogiendo de la pared una carabina casi tan famosa como él, se la colgó en bandolera; cogió el sombrero, salió de la

habitación; y se dirigió antes que nada a aquélla donde había dejado a Lucía. Apoyó la carabina en un rincón junto a la puerta, y llamó, dejando al mismo tiempo oír su voz. La vieja bajó de la cama de un salto, y corrió a abrir. El señor entró, y dando una ojeada en torno al cuarto, vio a Lucía acurrucada en su rincón y quieta.

—¿Duerme? —le preguntó en voz baja a la vieja—: ¿Ahí duerme?, ¿eran ésas mis órdenes, desgraciada?

—Yo he hecho todo lo posible —respondió aquélla—, pero no ha querido comer nada, no ha querido venir...

—Déjala dormir en paz; cuida de no molestarla; y cuando se despierte... Marta vendrá a la habitación de al lado; y tú mandarás a buscar cualquier cosa que ella pueda pedirte. Cuando se despierte... dile que yo... que el amo ha salido por poco tiempo, que volverá, y que... hará todo lo que ella quiera.

La vieja se quedó estupefacta pensando para sí: «¿será ésta alguna princesa?»

El caballero salió, recogió su carabina, mandó a Marta a hacer antesala, envió al primer bravo que encontró a hacer guardia para que nadie salvo aquella mujer pusiese el pie en la habitación; y luego salió del castillo, y emprendió el descenso corriendo.

El manuscrito no dice cuánto había del castillo al pueblo donde estaba el cardenal; pero, por los hechos que vamos a relatar, se infiere que no debía de haber más que un largo paseo. Sólo por la afluencia de los valieses, e incluso de gente venida de más lejos, a aquel pueblo, no podría determinarse tal cosa; puesto que en las memorias de la época hallamos que desde veinte o más millas llegaba gente en tropel, para ver a Federigo.

Los bravos con quienes tropezaba en la cuesta, se detenían respetuosamente al pasar su señor, esperando por si tenía órdenes que darles, o por si quería llevarlos consigo a alguna expedición; y no sabían qué pensar de su aspecto, y de las ojeadas que lanzaba en respuesta a sus reverencias.

Cuando llegó al camino público, lo que dejaba asombrados a los transeúntes, era verlo sin séquito. Por lo demás, todos le dejaban sitio, apartándose lo más posible, tanto como para que hubiera pasado también el séquito, y quitándose respetuosamente el sombrero. Llegado al pueblo, halló una gran muchedumbre; pero su nombre corrió al punto de boca en boca; y la muchedumbre se abría en dos. Se acercó a uno, y le preguntó dónde estaba el cardenal. —En casa del párroco —contestó aquél, inclinándose, y le indicó dónde era. El caballero fue allí, entró en un

pequeño patio donde había muchos sacerdotes, que lo miraron todos con una atención asombrada y recelosa. Vio enfrente una puerta abierta de par en par, que daba a un saloncito, donde muchos otros sacerdotes estaban congregados. Se quitó la carabina, y la apoyó en un rincón del patio, luego entró en el saloncito: y también allí, ojeadas, susurros, un nombre repetido, y silencio. El, volviéndose hacia uno de aquéllos, le preguntó dónde estaba el cardenal; y añadió que quería hablarle.

—Yo soy forastero —respondió el interrogado, y dada una ojeada a su alrededor, llamó al capellán crucífero, que en un rincón de la salita, estaba justamente diciendo en voz baja a su vecino:

—¿Ése?, ¿el famoso? ¿qué vendrá a hacer aquí? ¡Vade retro!

Pero, al oír aquella llamada, que resonó en el silencio general, hubo de acudir; hizo una reverencia al *innominado*, escuchó lo que quería, y alzando con una curiosidad inquieta sus ojos a aquel rostro, y volviéndolos a bajar en seguida, se quedó un tiempo suspenso, después dijo, o balbució—: No sé si su ilustrísima... en este momento... se encuentra... está... puede... Bueno, voy a ver. —Y fue de mala gana a llevar la embajada a la estancia contigua, donde se encontraba el cardenal.

En este punto de nuestra historia, no podemos por menos de detenernos un poco, como el viandante, agotado y triste tras largo caminar por un terreno árido y salvaje, se demora y pierde un poco de tiempo a la sombra de un hermoso árbol, sobre la hierba, junto a una fuente de agua viva. Hemos topado con un personaje, cuyo nombre y cuya memoria, asomando, en cualquier momento, a la mente, la recrean con una plácida emoción de reverencia, y con un jovial sentimiento de simpatía: ¡cuanto más ahora, tras tantas imágenes de dolor, tras la contemplación de una múltiple y molesta perversidad! Es absolutamente necesario que, en torno a este personaje, gastemos unas palabras: quien no tuviese interés en oírlas, pero desease proseguir esta historia, que salte sin más al capítulo siguiente.

Federigo Borromeo, nacido en 1564, fue uno de esos hombres raros en todas las épocas, que han empleado un ingenio egregio, todos los medios de una gran opulencia, todas las ventajas de una condición privilegiada, un esfuerzo continuo, en la búsqueda y el ejercicio de lo mejor. Su vida es como un arroyo que, brotando límpido de la roca, sin estancarse ni enturbiarse nunca, en su largo recorrido por diversos terrenos, va límpido a desembocar en el río. Entre comodidades y pompas, escuchó esas palabras de abnegación y humildad, esas máximas sobre la vanidad de los placeres, sobre la injusticia del orgullo, sobre la verdadera dignidad, y los

verdaderos bienes, que, sentidas o no sentidas en los corazones, se transmiten de una generación a otra, en la más elemental enseñanza de la religión. Escuchó, digo, esas palabras, esas máximas, las tomó en serio, las apreció, las halló verdaderas; vio que no podían, pues, ser verdaderas otras palabras y otras máximas opuestas, que también se transmiten de generación en generación, con la misma seguridad, y a veces por los mismos labios; y se propuso tomar como norma de sus actos y sus pensamientos, las que eran verdad. Persuadido de que la vida no está destinada a ser un peso para muchos, y una fiesta para algunos, sino para todos un empleo, del que cada uno habrá de dar cuenta, empezó desde niño a pensar cómo podría hacer la suya útil y santa. En 1580, manifestó la decisión de consagrarse al ministerio eclesiástico, y tomó el hábito de manos de aquel primo suyo, Carlos, a quien una fama, por entonces ya antigua y universal, señalaba como santo. Entró poco después en el colegio fundado por éste en Pavía, y que aún lleva el nombre de la familia; y allí, aplicándose asiduamente a las ocupaciones que halló prescritas, asumió otras dos por su propia voluntad; y fueron enseñar la doctrina cristiana a los más rudos y desvalidos del pueblo, y visitar, servir, consolar y socorrer a los enfermos. Se valió de la autoridad que todo le conciliaba en aquel lugar, para atraer a sus compañeros a secundarlo en tales obras; y en toda cosa honesta y provechosa ejerció una primacía de ejemplo, una primacía que sus dotes personales habrían bastado acaso para granjearle, aun cuando hubiese sido el ínfimo por condición. Las ventajas de otro género que la suya hubiera podido procurarle no sólo no las buscó, sino que puso toda su industria en rehuirlas. Quiso una mesa más bien pobre que frugal, usó una ropa más bien pobre que sencilla; en conformidad con esto, todo el tenor de su vida y su conducta. Y nunca creyó deber cambiarlo, por más que algunos allegados lo reprendiesen y se lamentasen de que envilecía así la dignidad de la casa. Hubo de sostener otra guerra con sus mentores, los cuales, furtivamente y como por sorpresa, trataban de ponerle delante, encima, alrededor, algún objeto más señorial, algo que lo hiciese distinguirse de los demás, y figurar como el príncipe del lugar: bien porque con ello creyesen hacerse acreedores a la larga de su afecto; o porque los moviese esa pasión servil que se envanece y se recrea con el esplendor ajeno, o porque fueran de esos prudentes que recelan tanto de las virtudes como de los vicios, predican siempre que la perfección está en el medio; y el medio lo fijan justamente en el punto al que ellos han llegado, y donde se encuentran cómodos. Federigo, no sólo no se dejaba vencer por aquellas tentativas, sino que reconvino a los que las hacían; y esto entre la pubertad y la juventud.

Que, en vida del cardenal Carlos, veintiséis años mayor que él, ante aquella presencia grave, solemne, que expresaba tan a lo vivo la santidad, y recordaba sus obras, y a la cual, si hubiera sido necesario, le habría añadido autoridad a cada momento la veneración manifiesta y espontánea de las circunstancias (cualquiera que fuese su condición y número), Federigo niño y jovencito tratase de emular la conducta y las ideas de tal superior, no debe ciertamente sorprendernos; pero sí es cosa muy notable que, tras la muerte de aquél, nadie haya podido advertir que a Federigo, entonces con veinte años, le faltara una guía y un censor. La creciente fama de su ingenio, de su doctrina y de su piedad, el parentesco y los empeños de más de un cardenal poderoso, el prestigio de su familia, su propio apellido, al cual Carlos casi había unido en las mentes una idea de santidad y de preminencia, todo lo que debe, y todo lo que puede conducir a los hombres a las dignidades eclesiásticas, concurría para prontosticárselas. Pero él, persuadido en lo íntimo de su corazón de lo que nadie que profese el cristianismo puede negar con la boca, a saber, que no hay justa superioridad de un hombre sobre los hombres, sino en su servicio, temía las dignidades, y trataba de evitarlas; no ciertamente porque rehuyese el servir a los demás; pues pocas vidas fueron empleadas en ello como la suya; sino porque no se estimaba bastante digno ni capaz de tan alto y peligroso servicio. Por esto, al serle propuesto en 1595 por Clemente VIII, el arzobispado de Milán, se mostró sumamente turbado, y rehusó sin vacilar. Cedió luego ante la orden expresa del papa.

Tales demostraciones, ¿quién lo ignora?, no son ni difíciles ni raras; y la hipocresía no necesita mayor esfuerzo de ingenio para hacerlas, que la bufonería para ridiculizarlas, en cualquier caso. Pero, ¿acaso dejan por eso de ser la expresión natural de un sentimiento virtuoso y sabio? La vida es la piedra de toque de las palabras: y las palabras que expresan ese sentimiento, aunque hubieran pasado por los labios de todos los impostores y de todos los burlones del mundo, serán siempre bellas, si van precedidas y seguidas por una vida de desinterés y sacrificio.

En Federigo arzobispo se puso de manifiesto un cuidado singular y constante de no tomar para sí, de las riquezas, del tiempo, de las atenciones, de todo él mismo en suma, sino lo estrictamente necesario. Decía, como todos dicen, que las rentas eclesiásticas son patrimonio de los pobres: cómo entendía de hecho tal máxima, se verá por lo siguiente. Quiso que se calculase a cuánto podía ascender su manutención y la de su servidumbre; y habiéndosele dicho que a seiscientos escudos (escudo se llamaba entonces esa moneda de oro que, conservando siempre el mismo peso y valor, fue llamada después cequí), dio orden de que se

trasfieriesen otros tantos cada año de su caja particular a la episcopal; no creyendo que a él, riquísimo, le fuera lícito vivir de aquel patrimonio. Del suyo era, por otra parte, tan parco y sutil administrador para consigo mismo, que ponía cuidado en no desechar un traje, hasta que no estuviera completamente raído: uniendo, empero, como fue notado por escritores contemporáneos, al genio de la sencillez el de una exquisita limpieza: dos hábitos notables, en efecto, en aquella época sucia y fastuosa. De igual modo, a fin de que no se desperdiciase nada de las sobras de su mesa frugal, se las asignó a un hospicio de pobres: y uno de ellos por orden suya, entraba cada día en el comedor a recoger lo que había quedado.

Cuidados que tal vez podrían dar la idea de una virtud mezquina miserable, estrecha, de una mente enviscada en las minucias, e incapaz de miras elevadas; si no estuviese en pie la biblioteca ambrosiana, que Federigo ideó con tan animosa esplendidez, y erigió, con tanto dispendio, desde los cimientos; para proveer a la cual de libros y manuscritos, además de la donación de los ya reunidos con gran diligencia y gasto por él, envió a ocho hombres de los más cultos y expertos que pudo encontrar, a recogerlos por Italia, por Francia, por España, por Alemania, por Flandes, en Grecia, en el Líbano, en Jerusalén. Consiguió así reunir cerca de treinta mil volúmenes impresos, y catorce mil manuscritos. Unió a la biblioteca un colegio de doctores (fueron nueve, y pensionados por él, mientras vivió; después, no bastando para aquel gasto las entradas ordinarias, se redujeron a dos); y su misión era cultivar varios estudios, teología, historia, letras, antigüedades eclesiásticas, lenguas orientales, con la obligación para cada uno de publicar algún trabajo sobre la materia que les había sido asignada; le unió un colegio por él llamado trilingüe, para el estudio de las lenguas griega, latina e italiana; un colegio de alumnos, que debían ser instruidos en aquellas facultades y lenguas, para enseñarlas algún día; le unió una imprenta de lenguas orientales, es decir, la hebrea, la caldea, la árabe, la persa, la armenia; una galería de cuadros, otra de estatuas, y una escuela de las tres principales artes del dibujo. Para éstas, pudo encontrar profesores ya formados; para lo restante, ya hemos visto el trabajo que le dio la recogida de libros y manuscritos; ciertamente, más difíciles de encontrar debían de ser los tipos de aquellas lenguas, entonces mucho menos cultivadas en Europa que en la actualidad; más aún que los tipos, los hombres. Bastará con decir que, de nueve doctores, ocho los escogió de entre los jóvenes alumnos del seminario; y de ello se puede deducir el juicio que le merecían los estudios consumados, y las reputaciones forjadas de la época: juicio conforme al que parece haber dado la posteridad, haciendo caer a unos y otras en el

olvido. En las reglas que estableció para el uso y el gobierno de la biblioteca, se ve un intento de utilidad perpetua, no sólo bello en sí, sino en muchos aspectos sabio y delicado, muy por encima de las ideas y costumbres de aquel tiempo. Prescribió al bibliotecario que mantuviese correspondencia con los hombres más doctos de Europa, para recibir de ellos noticias sobre el estado de las ciencias, y aviso de los libros mejores que apareciesen en cada materia, y comprarlos; le prescribió que indicase a los estudiosos los libros que no conocieran, y que pudieran serles útiles; ordenó que a todos, ya fueran de la ciudad o forasteros, se les diesen facilidades y tiempo para servirse de ellos, según las necesidades. Tal propósito puede parecerle hoy día a cualquiera demasiado natural, e intrínseco a la fundación de una biblioteca: entonces no era así. Y en una historia de la ambrosiana, escrita (con la sintaxis y las elegancias propias del siglo), por cierto Pierpaolo Bosca, que fue bibliotecario tras la muerte de Federigo, se anota expresamente, como cosa singular, que en esta librería, erigida por un particular, casi todo a sus expensas, los libros debían estar expuestos a la vista del público, ser dados a quienquiera que los pidiese, al igual que asiento, papel, plumas y tintero, para tomar los apuntes que pudieran precisar; mientras que en alguna otra insigne biblioteca pública de Italia, los libros no estaban ni siquiera a la vista, sino encerrados en armarios, de donde no se sacaban más que por gentileza de los bibliotecarios, cuando les parecía bien mostrarlos un momento; dar a los concurrentes la comodidad de estudiarlos, a nadie se le pasaba tan siquiera por la cabeza. De modo que enriquecer tales bibliotecas equivalía a sustraer libros al uso común: uno de esos cultivos, como había y sigue habiendo, que vuelven estéril el campo. No preguntéis cuáles han sido los efectos de esta fundación de Borromeo sobre la cultura pública: sería fácil demostrar con dos frases, como de ordinario se hace, que fueron milagrosos, o que no fueron nada; indagar y explicar, hasta cierto punto, cuáles han sido realmente, sería algo demasiado fatigoso, de poca utilidad, y fuera de lugar. Pero pensad qué generoso, qué sensato, qué benévolo, qué tenaz amante del perfeccionamiento humano, debió ser el que quiso una cosa así, la quiso de aquella manera, y la llevó a efecto, en medio de la ignorancia, de la inercia, de la antipatía general por toda aplicación al estudio, y por consiguiente en medio de los ¿qué importa? y ¿es que no había otra cosa en qué pensar? y ¡vaya invento! y lo que faltaba y otras frases parecidas; que sin asomo de duda habrán sido más que los escudos gastados por él en aquella empresa; los cuales fueron ciento cinco mil, la mayor parte suyos.

Para llamar a tal hombre sumamente benéfico y liberal, puede parecer que no hace falta saber si gastó muchos más en el socorro inmediato de los necesitados; y acaso alguien piense todavía que los gastos de esa naturaleza, y casi me atrevería a decir todos los gastos, son la mejor y más útil limosna. Pero Federigo consideraba la limosna propiamente dicha como un deber principalísimo: y en esto, como en lo demás, sus obras fueron correspondientes a sus ideas. Su vida fue un continuo prodigarse a los pobres; y, a propósito de esa misma carestía de la que ya ha hablado nuestra historia, dentro de poco tendremos ocasión de referir algunos rasgos, por los cuales se verá cuánta sabiduría y cuánta gentileza supo poner también en esta liberalidad. De los muchos ejemplos singulares que de tal virtud suya han notado sus biógrafos, citaremos aquí uno solo. Habiendo sabido que un noble empleaba artificios y vejaciones para meter monja a una hija suya, la cual deseaba casarse, mandó llamar al padre; y habiéndole arrancado de la boca que el verdadero motivo de aquella prepotencia era el no tener cuatro mil escudos que, según él, habrían sido necesarios para casar a su hija convenientemente, Federigo la dotó con cuatro mil escudos. Puede que a alguien le parezca ésta una generosidad excesiva, no bien ponderada, demasiado condescenciente con los necios caprichos de un soberbio; y que cuatro mil escudos podían emplearse mejor de otras mil maneras. A esto nada tenemos que responder, salvo que sería deseable que se vieran a menudo excesos de una virtud tan libre de las opiniones dominantes (cada época tiene las suyas), tan independiente de la tendencia general, como fue, en este caso, la que movió a un hombre a dar cuatro mil escudos, para que a una joven no la metieran monja.

La caridad inexhausta de este hombre, no menos que en el dar, se ponía de manifiesto en su comportamiento. Afable con todos, creía deber especialmente a aquellos que se llaman de baja condición, un rostro jovial, una cortesía afectuosa; tanto más, cuanto menos los encuentran en el mundo. Y también en esto tuvo que luchar con los caballeros del *ned quid nimis* los cuales, en todas las cosas, hubieran querido mantenerlo dentro de los límites, es decir, en sus límites. Uno de éstos, cierto día en que, durante la visita a una aldea agreste y salvaje, Federigo instruía a unos pobres chiquillos, y, entre pregunta y enseñanza, los acariciaba amorosamente, le advirtió que tuviese más cuidado con hacer tantas caricias a aquellos muchachos, porque estaban demasiado sucios y asquerosos: como si supusiera, el buen hombre, que Federigo no tenía bastante sentido común como para hacer semejante descubrimiento, ni bastante perspicacia como para encontrar por sí solo un remedio tan sutil.

Tal es, en ciertas condiciones de tiempos y cosas, la desventura de los hombres llamados a ciertas dignidades: que mientras tan raras veces encuentran quién los avise de sus errores, nunca falta en cambio gente valerosa para reprenderlos por sus buenas acciones. Mas el buen obispo, no sin cierto enojo, respondió:

—Son almas mías, y quizás no vuelvan a ver mi cara; ¿cómo queréis que no los abrace?

Muy raro era, sin embargo, el enojo en él, admirado por la dulzura de sus modales, por una placidez imperturbable, que se habría atribuido a una extraordinaria felicidad de temperamento; y era el efecto de una disciplina constante sobre una índole viva y enérgica. Si alguna vez se mostró severo, más aún, brusco, fue con los pastores subordinados a quienes descubría reos de avaricia o de negligencia o de otras tachas particularmente contrarias al espíritu de su noble ministerio. En todo lo que pudiese atañer a su interés o a su gloria temporal, nunca daba muestras de alegría, ni de pesar, ni de ardor, ni de agitación: admirable si estos sentimientos no se despertaban en su ánimo, más admirable aún si se despertaban. No sólo en los muchos cónclaves a los que asistió, se granjeó la reputación de no haber aspirado nunca a ese puesto tan deseable para la ambición, y tan terrible para la piedad; sino que, cierta vez que un colega, que contaba mucho, vino a ofrecerle su voto y los de su facción (fea palabra, pero era la que usaban), Federigo rechazó la propuesta de un modo tal, que aquél abandonó la idea, y se dirigió a otra parte. Esta misma modestia, esta aversión a predominar, se manifestaba igualmente en las ocasiones más comunes de la vida. Atento e infatigable para disponer y gobernar, donde consideraba su deber hacerlo, evitó siempre entrometerse en los asuntos ajenos; es más, solicitado, se excusaba por todos los medios de inmiscuirse en ellos: discreción y reserva nada comunes, como todos saben, en los hombres celosos del bien, como era Federigo.

Si quisiéramos abandonarnos al placer de reunir los rasgos sobresalientes de su carácter, resultaría sin duda un conjunto singular de méritos en apariencia contrastantes, y sin duda difíciles de hallar juntos. Sin embargo, no omitiremos señalar otra singularidad de aquella hermosa vida: que, llena como estuvo de actividad, de gobierno, de funciones, de enseñanza, de audiencias, de visitas diocesanas, de viajes, de contrastes, no sólo el estudio tuvo en ella una parte, sino que tuvo tanta, que habría sido suficiente para un literato de profesión. Y, en efecto, con tantos otros y diferentes títulos de alabanza, Federigo alcanzó también entre sus contemporáneos, el de hombre docto.

No debemos, sin embargo, disimular que sostuvo con firme convicción, y defendió en la práctica, con prolongada constancia, opiniones, que hoy cualquiera juzgaría tan extrañas como mal fundadas. Digo incluso aquellos que tendrían grandes deseos de hallarlas justas. Quien quisiera defenderlo en esto, tendría esa excusa que, para ciertas cosas, y cuando resulta del examen particular de los hechos, puede tener algún valor, e incluso mucho; pero que aplicada así, desnuda y a ciegas, como suele hacerse, no significa absolutamente nada. Y por eso, no queriendo resolver con fórmulas fáciles cuestiones complicadas, ni alargar en exceso un episodio, omitiremos exponerlas; bastándonos con haber aludido de pasada, a que, de un hombre tan admirable en conjunto, no pretendemos que todas sus cosas lo fuesen igualmente; para que no parezca que hemos querido escribir una oración fúnebre.

Ciertamente no es ofender a nuestros lectores el suponer que alguno de ellos pregunte si de tanto ingenio y tanto estudio este hombre ha dejado algún monumento. ¡Que si lo dejó! Cerca de cien son las obras que de él quedan, entre grandes y pequeñas, entre latinas e italianas, entre impresas y manuscritas, las cuales se conservan en la biblioteca por él fundada: tratados de moral, oraciones, disertaciones de historia, de antigüedad sagrada y profana, de literatura, de artes y de otras cosas.

«¿Y cómo es», dirá ese lector, «que tantas obras están olvidadas, o son al menos tan poco conocidas, tan poco buscadas? ¿Cómo es que, con tanto ingenio, con tanto estudio, con tanta experiencia de los hombres y de las cosas, con tanto meditar, con tanta pasión por lo bueno y lo bello, con tanta pureza de ánimo, con tantas otras cualidades que hacen un gran escritor, éste, en cien obras, no ha dejado tan siquiera una de esas que son consideradas insignes incluso por quien no las aprueba enteramente, y cuyo título es conocido incluso por quien no las lee? ¿Cómo es que, todas juntas, no han bastado para procurar a su nombre, al menos con su número, una fama literaria entre la posteridad?»

La pregunta es razonable, sin duda, y la cuestión, muy interesante; porque las causas de este fenómeno se hallarían observando muchos hechos generales: y encontradas, llevarían a la explicación de otros fenómenos parecidos. Pero serían muchas y prolijas: además, ¿y si no fuesen de vuestro agrado?, ¿y si os hicieran torcer el gesto? De modo que será mejor que reanudemos el hilo de nuestra historia y que, en vez de seguir charlando acerca de este hombre, vayamos a verlo en acción, con la guía de nuestro autor.

CAPITULO XXIII

EL cardenal Federigo, mientras esperaba la hora de ir a la iglesia a celebrar los oficios divinos, estaba estudiando, como solía hacer en todos sus ratos perdidos; cuando entró el capellán crucifero, con el rostro alterado.

—¡Una extraña visita, realmente extraña, monseñor ilustrísimo!

—¿Quién es? —preguntó el cardenal.

—Nada menos que el caballero... —prosiguió el capellán; y recalcando las sílabas de un modo muy significativo, pronunció aquel nombre que nosotros no podemos escribir para nuestros lectores. Luego añadió:

—Está ahí fuera, en persona; y pide nada menos que ser recibido por vuestra señoría ilustrísima.

—¡El! —dijo el cardenal, con el rostro animado, cerrando el libro, y levantándose de su asiento—: ¡Hacedle pasar!, ¡hacedle pasar en seguida!

—Pero... —replicó el capellán, sin moverse—, vuestra señoría ilustrísima debe saber quién es ese hombre: el bandido, el famoso...

—¿Y no es una suerte para un obispo, que a semejante hombre le haya nacido el deseo de venir a verlo?

—Pero... —insistió el capellán—, nosotros nunca podemos hablar de ciertas cosas, porque monseñor dice que son chismes: pero, llegado el caso, me parece que es un deber... El celo crea enemigos, monseñor; y nosotros sabemos positivamente que más de un truhán ha osado jactarse de que, un día u otro...

—¿Y qué han hecho? —interrumpió el cardenal.

—Digo que ese hombre es un licitador de delitos, un desesperado que tiene relaciones con los desesperados más furiosos, y puede estar mandado...

—Oh, ¿qué disciplina es ésta —interrumpió de nuevo Federigo sonriendo— de que los soldados exhorten al general a tener miedo? Luego poniéndose serio y pensativo, continuó—: San Carlos no hubiera tenido que debatir si debía o no recibir a ese hombre: habría ido a buscarlo. Hacedlo entrar en seguida: ya ha esperado demasiado.

El capellán echó a andar, diciendo para sí: «No hay remedio: todos estos santos son obstinados.» Al abrir la puerta y asomarse a la habitación donde estaban el caballero y los congregados, vio a éstos agolpados a un lado, cuchicheando y mirando de reojo a aquél, que había sido dejado en un rincón. Se dirigió a él, y mientras tanto, escrutándolo como podía con el rabillo del ojo, pensaba qué endiablado armamento podría estar oculto bajo aquella casaca; y que, verdaderamente, antes de hacerlo entrar debía proponerle al menos... pero no fue capaz de decidirse. Se le acercó, y dijo:

—Monseñor aguarda a vuestra señoría. Sírvase venir conmigo. —Y precediéndolo por entre aquella pequeña muchedumbre, que al punto se abrió en dos, lanzaba a diestro y siniestro ojeadas, que significaban: ¿qué queréis?, ¿acaso no sabéis también vosotros que hace siempre lo que se le antoja?

Apenas introducido el *innominado*, Federigo fue a su encuentro, con un rostro solícito y sereno, y con los brazos abiertos, como ante una persona deseada, e hizo en seguida señas al capellán de que saliese: el cual obedeció.

Los dos que se habían quedado permanecieron un poco sin hablar, y suspensos de distinta manera. El *innominado*, que había sido llevado allí como a la fuerza por un ansia inexplicable, más que conducido por un propósito determinado, estaba allí también como a la fuerza, desgarrado por dos pasiones contrapuestas, el deseo y la confusa esperanza de hallar un alivio para su tormento interior, y por otro lado una rabia, una vergüenza de venir como un arrepentido, como un vencido, como un miserable, a confesarse culpable, a implorar a un hombre: y no encontraba palabras, ni casi las buscaba. Sin embargo, alzando los ojos al rostro de aquel hombre, se sentía cada vez más penetrado por un sentimiento de veneración imperioso y dulce a la vez, que, aumentando su confianza, mitigaba su despecho, y sin atacar el orgullo de frente, lo abatía y le imponía, por así decirlo, silencio.

La presencia de Federigo era, en efecto, de esas que anuncian una superioridad, y la hacen amar. Su porte tenía una compostura natural, y era casi involuntariamente majestuoso, no curvado ni entorpecido en modo alguno por los años; la mirada grave y viva, la frente serena y pensativa; con la canicie, en la palidez, entre las señales de la abstinencia, de la meditación, de la fatiga, una especie de lozanía virginal: todos los rasgos de su rostro indicaban que, en otra época, había habido eso que propiamente se llama belleza; el hábito de pensamientos solemnes y benévolos, la paz interior de una larga vida, el amor por los hombres, el gozo continuo de una esperanza inefable, la habían sustiuido por una, casi diría, belleza senil, que resaltaba aún más en aquella magnífica sencillez de la púrpura.

Sostuvo también él, unos momentos, fija en el aspecto del *innominado* su mirada penetrante, y ejercitado durante largo tiempo en colegir por los semblantes los pensamientos; y, bajo aquella hosquedad y aquella turbación, pareciéndole descubrir cada vez más algo conforme a la esperanza por él concebida ante el anuncio de aquella visita, muy animado:

—¡Oh! —dijo—: ¡Qué preciosa visita es ésta!, ¡y cuán agradecido os debo estar por una decisión tan buena, aunque para mí tenga algo de reproche!

—¡Reproche! —exclamó el caballero asombrado, pero dulcificado por aquellas palabras y aquella actitud, y contento de que el cardenal hubiera roto el hielo, e iniciado una conversación cualquiera.

—Cierto, es para mí un reproche —replicó éste— haber dejado que os anticiparais; cuando, hace tiempo, tantas veces, habría debido ir yo a veros.

—¡A verme, vos! ¿Sabéis quién soy? ¿Os han dicho bien mi nombre?

—Y este consuelo que yo siento, y que sin duda advertís en mi rostro, ¿os parece que lo hubiera experimentado ante el anuncio, ante la visita de un desconocido? Sois vos quien me lo hacéis sentir; vos, digo, a quien hubiera debido buscar; vos, a quien al menos tanto he amado y llorado, por quien tanto he rezado; vos, de mis hijos, y a todos los amo de corazón, al que más hubiera deseado acoger y abrazar, si hubiera creído poder esperarlo. Pero Dios sabe obrar El solo maravillas, y suple la debilidad, la lentitud de sus pobres siervos.

El *innominado* estaba atónito ante aquel modo de hablar tan inflamado, ante aquellas palabras, que respondían tan resueltamente a lo que aún no había dicho, ni estaba del todo decidido a decir; y conmovido pero atónito, guardaba silencio.

—¿Y bien? —prosiguió aún más afectuosamente, Federigo—: ¿Tenéis una buena nueva que darme, y me hacéis suspirar tanto por ella?

—¿Una buena nueva, yo? Tengo el infierno en el corazón; ¿como os voy a dar una buena nueva? Decidme vos, si lo sabéis, cual es esta buena nueva que esperáis de alguien como yo.

—Que Dios os ha tocado el corazón, y quiere haceros suyo —respondió sosegadamente el cardenal.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Si lo viera! ¿Dónde está ese Dios?

—¿Y me lo preguntáis?, ¿vos? ¿Y quién lo tiene más cerca que vos? ¿No lo sentís en vuestro corazón, que os oprime, que os agita, que no os deja en paz, y al mismo tiempo os atrae, os hace presentir una esperanza de calma, de consuelo, de un consuelo que será pleno, inmenso, en cuanto vos lo reconozcáis, lo confeséis, le imploréis?

—¡Oh, sí!, tengo aquí algo que me oprime, que me consume. Pero, ¡Dios! Si existe ese Dios, si es lo que dicen, ¿qué queréis que haga conmigo?

Estas palabras fueron dichas con un acento desesperado; pero Federigo, con un tono solemne, como de plácida inspiración, respondió:

—¿Qué puede hacer Dios con vos?, ¿qué quiere hacer? Una muestra de su poder y de su bondad: quiere obtener de vos una gloria que ningún otro

podría darle. De que el mundo clame hace tanto tiempo contra vos, de que mil y mil voces detesten vuestras obras... —el *innominado* se sintió sobrecogido y atónito un momento al oír un lenguaje tan insólito, más atónito aún por no experimentar enfado, antes bien, casi un alivio— ¿Qué gloria —proseguía Federigo— le viene a Dios? Son voces de terror, son voces de interés; quizá también voces de justicia, ¡pero de una justicia tan fácil, tan natural! Algunas quizá, por desgracia, de envidia de ese desdichado poder vuestro, de esa, hasta hoy, deplorable firmeza de ánimo. Pero cuando vos mismo os alcéis a condenar vuestra vida, a acusaros a vos mismo, ¡entonces!, ¡entonces Dios será glorificado! ¿Y preguntáis lo que Dios puede hacer con vos? ¿Quién soy yo, pobre hombre, para deciros ahora qué provecho puede obtener de vos semejante Señor?, ¿lo que pueda hacer con esa voluntad impetuosa, con esa imperturbable constancia, cuando la hayan animado, inflamado de amor, de esperanza, de arrepentimiento? ¿Quién sois vos, pobre hombre, para pensar que habéis podido por vos mismo imaginar y hacer cosas más grandes en el mal que las que Dios pueda haceros desear y obrar en el bien? ¿Qué puede Dios hacer con vos? ¿Y perdonaros?, ¿y salvaros?, ¿y cumplir en vos la obra de la redención? ¿No son cosas magníficas y dignas de Él? ¡Oh, pensad!, si yo gusano, si yo miserable, y sin embargo tan lleno de mí mismo, yo, siendo así, me consumo ahora tanto por vuestra salvación, que por ella daría jubiloso (Él es testigo) los pocos días que me quedan: ¡oh, pensad, cuánta, cuál será la caridad de Aquel que me infunde ésta tan imperfecta, pero tan viva; cómo os ama, cómo os quiere Aquel que me ordena y me inspira un amor por vos que me devora!

A medida que estas palabras salían de sus labios, el rostro, la mirada, cada movimiento, exhalaba su sentido. La cara de su oyente, de alterada y convulsa, se volvió al principio atónita y atenta; luego se compuso en una emoción más honda y menos angustiosa; sus ojos, que desde la infancia, no habían vuelto a conocer las lágrimas, se arrasaron; cuando cesaron las palabras, se cubrió el rostro con las manos, y estalló en un llanto incontenible, que fue como la última y más clara respuesta.

—¡Dios es grande y bueno! —exclamó Federigo, alzando los ojos y las manos al cielo—: ¿Qué he hecho yo, siervo inútil, pastor soñoliento, para que vos me llamarais a este convite de gracia, para que me hicierais digno de asistir a un prodigio tan gozoso! —Diciendo esto, extendió la mano para coger la mano del *innominado*.

—¡No! —gritó éste—, ¡no!, apartaos, apartaos de mí: no ensuciéis esa mano inocente y benéfica. No sabéis todo lo que ha hecho ésta que queréis estrechar.

—Dejadme —dijo Federigo, cogiéndosela con amorosa violencia—, dejadme que estreche esa mano que reparará tantas injusticias, que derramará tantos beneficios, que se tenderá desarmada, pacífica, humilde a tantos enemigos.

—¡Es demasiado! —dijo sollozando, el *innominado*—. Dejadme, monseñor; buen Federigo, dejadme. Una multitud de pueblo os espera; tantas almas buenas, tantos inocentes, tantos venidos de lejos, para veros una vez, para oíros: y vos os entretenéis... ¡con quién!

—Dejemos a las noventa y nueve ovejas —respondió el cardenal: Se hallan seguras en el monte: yo quiero estar ahora con la que se había extraviado. Esas almas quizá se sientan ahora más contentas, que viendo a este pobre obispo. Quizá Dios, que ha obrado en vos el prodigio de la misericordia, difunde entre ellas un júbilo cuya razón aún no conocen. Ese pueblo está quizá unido a nosotros sin saberlo: quizá el Espíritu pone en sus corazones un ardor indistinto de caridad, una plegaria por vos a la que da oídos, una acción de gracias cuyo objeto aún no conocido sois vos. — Diciendo esto, echó los brazos al cuello del *innominado*; el cual, tras haber intentando sustraerse, y resistido un momento, cedió, como vencido por aquel ímpetu de caridad, abrazó también él al cardenal, y abandonó sobre su hombro el rostro tembloroso y transfigurado. Sus lágrimas ardientes caían sobre la púrpura incontaminada de Federigo; y las manos sin culpa de éste estrechaban afectuosamente aquellos miembros, apretaban aquella casaca, habituada a llevar las armas de la violencia y de la traición.

El *innominado*, desprendiéndose de aquel abrazo, se cubrió de nuevo los ojos con una mano, y, alzando al mismo tiempo la cara, exclamó:

—¡Dios es verdaderamente grande! ¡Dios es verdaderamente bueno!, ahora me conozco, comprendo quién soy; mis iniquidades están ante mí, tengo asco de mí mismo; ¡y sin embargo...!, ¡y sin embargo siento un alivio, un gozo, sí, un gozo, como no lo he sentido jamás en toda mi horrible vida!

—¡Es un anticipo —dijo Federigo— que Dios os da para atraeros a su servicio, para animaros a entrar resueltamente en la nueva vida en la que tendréis tanto que deshacer, tanto que reparar, tanto que llorar!

—¡Desventurado de mí! —exclamó el caballero—, ¡cuántas, cuántas cosas, que sólo podré llorar! Pero al menos tengo algunas emprendidas, apenas iniciadas, que puedo, si no otra cosa, truncar por el medio! Tengo una que puedo truncar enseguida, deshacer, reparar.

Federigo prestó atención; y el *innominado* contó brevemente, pero con palabras de execración aún más fuertes que las que hemos empleado nosotros, la violencia hecha a Lucía, los terrores, los padecimientos de la

pobrecilla, y como había implorado, y el desasosiego que aquel implorar le había metido a él en el cuerpo, y cómo estaba aún en el castillo...

—¡Ah, no perdamos tiempo!—exclamó Federigo, anhelante de piedad y solicitud—. ¡Dichoso vos! ¡Ésta es la prenda del perdón de Dios!, hacer que podáis convertiros en instrumento de salvación para quién queríais serlo sólo de ruina. ¡Dios os bendiga! ¡Dios os ha bendecido! ¿Sabéis de dónde es nuestra pobre atribulada?

El caballero nombró el pueblo de Lucía.

—No está lejos de aquí —dijo el cardenal—, alabado sea Dios; y probablemente... —Diciendo esto, corrió hacia una mesita, y agitó una campanilla. Al instante entró con ansiedad el capellán crucifero, y lo primero que hizo fue mirar al *innominado*. Y viendo aquella cara transfigurada, y aquellos ojos rojos de llanto, miró al cardenal; y bajo aquella inalterable compostura, advirtiendo en su rostro como un grave contento, y una premura casi impaciente, estaba a punto de quedarse extático con la boca abierta, si el cardenal no lo hubiese sacado al instante de aquel arrobamiento, preguntándole si, entre los párrocos congregados, se encontraba el de ***.

—Está, monseñor ilustrísimo —respondió el capellán.

—Que venga en seguida —dijo Federigo—, y con él el párroco de esta iglesia.

El capellán salió, y fue a la sala donde estaban reunidos aquellos sacerdotes: todos los ojos se volvieron hacia él. Él, con la boca todavía abierta, con un rostro en el que aun estaba pintado aquel éxtasis, alzando las manos y agitándolas en el aire, dijo:

—¡Señores, señores!, *haec mutatto dexterae Excelsi*. Y se quedó un momento sin decir más. Después, recobrado el tono y la voz de su cargo, añadió:

—Su señoría ilustrísima y reverendísima quiere ver al señor cura de la parroquia, y al señor cura de ***.

El primer llamado se adelantó en seguida, y al mismo tiempo salió de en medio de la muchedumbre un:

—¿Yo? —arrastrado con una entonación de asombro.

—¿No es vuestra merced el señor cura de ***? —prosiguió el capellán.

—El mismo, sí, pero...

—Su señoría ilustrísima y reverendísima quiere que vaya a verlo.

—¿Yo? —volvió a decir aquella voz, indicando claramente con ese monosílabo: ¿qué tengo que ver yo? Pero esta vez, junto con la voz, apareció el hombre, don Abbondio en persona, con un paso forzado, y con un rostro entre atónito y contrariado. El capellán le hizo un gesto con la

mano que quería decir: adelante, vamos, ¿se necesita tanto? Y precediendo a los dos curas, fue a la puerta, la abrió, y los introdujo.

El cardenal soltó la mano del *innominado*, con quien entre tanto había concertado lo que debían hacer; se apartó un poco, y llamó con un gesto al párroco de la iglesia. Le dijo en breve de qué se trataba; y si podía encontrar en seguida una buena mujer dispuesta a ir en una litera al castillo, a buscar a Lucía: una mujer de corazón y con cabeza, que supiera comportarse bien en una expedición tan insólita, y emplear los modales más adecuados, encontrar las palabras más apropiadas, para animar, para tranquilizar a aquella pobrecilla, a quien, tras tantas angustias, y en medio de tanta turbación, la misma liberación podía provocarle una nueva confusión. Después de reflexionar un momento, el párroco dijo que tenía a la persona adecuada, y salió. El cardenal llamó con otro gesto al capellán, a quien ordenó que hiciese preparar al punto la litera y los portadores, y ensillar dos mulas. Partido también el capellán, se volvió hacia don Abbondio.

Éste, que se encontraba cerca de él, para mantenerse alejado del otro caballero, y que mientras tanto echaba ojeaditas de arriba abajo, ora a uno ora a otro, sin dejar de cavilar para sus adentros sobre qué podía significar todo aquel ajetreo, se acercó más aún, hizo una reverencia, y dijo:

—Me han indicado que vuestra señoría ilustrísima me quería ver; pero yo creo que se han equivocado.

—No se han equivocado —respondió Federigo—: tengo una buena nueva que daros, y un consolador, un dulcísmo encargo. Una feligresa vuestra, a la que habréis llorado por perdida, Lucía Mondella, ha sido hallada, está aquí cerca, en casa de este querido amigo mío, y vos iréis ahora con él, y con una mujer que el señor cura de aquí ha ido a buscar, iréis, digo, a recoger a esa criatura vuestra, y la acompañaréis aquí.

Don Abbondio hizo lo imposible para ocultar su fastidio, ¿qué digo?, el pesar y la amargura que le daba semejante propuesta, orden, o lo que fuera; y no teniendo tiempo para despintar y deshacer una fea mueca ya formada en su cara, la escondió, agachando profundamente la cabeza, en señal de obediencia. Y no la levantó sino para hacer otra profunda reverencia al *innominado*, con una mirada lastimera que decía: estoy en vuestros manos: tened misericordia: *parcere subjectis*.

Le preguntó luego el cardenal, qué parientes tenía Lucía.

—Cercanos, y con los que viva o vivía, no tiene más que a su madre —respondió don Abbondio.

—Y ésta, ¿se encuentra en su pueblo?

—Sí, monseñor.

—Ya que —prosiguió Federigo— esa pobre joven no podrá ser devuelta tan pronto a su casa, será un gran consuelo para ella ver en seguida a su madre: de modo que, si el señor cura de aquí no vuelve antes de que yo vaya a la iglesia, hacedme vos la merced de decirle que busque una carreta o una montura; y que mande a un hombre de confianza a recoger a esa mujer, para traerla aquí.

—¿Y si fuera yo? —dijo don Abbondio.

—No, vos no: ya os he pedido otra cosa —respondió el cardenal.

—Lo decía —replicó don Abbondio— por preparar a esa pobre madre. Es una mujer muy sensible, y se precisa alguien que la conozca, y sepa cómo tratarla, para no hacer daño en vez de bien.

—Y por eso, os ruego que advirtáis al señor cura que escoja a un hombre adecuado: vos hacéis mucha más falta en otra parte —respondió el cardenal. Y hubiera querido decir: esa pobre joven tiene mucha más necesidad de ver en seguida una cara conocida, una persona de confianza, en aquel castillo, después de tantas horas de zozobra, y en una terrible oscuridad sobre el futuro. Pero ésta no era una razón para decirla tan a las claras, delante de aquel tercero. Le pareció, sin embargo, extraño al cardenal que don Abbondio no la hubiera cogido al vuelo, es más, que no se le hubiera ocurrido; y tan fuera de lugar le pareció la propuesta y la insistencia, que pensó que bajo aquello se ocultaba algo. Lo miró a la cara, y descubrió en ella fácilmente el miedo de viajar con aquel hombre tremendo, de ir a aquella casa, aunque fuera por unos momentos. Queriendo, pues, disipar del todo aquellas sombras cobardes, no gustándole llevarse a parte al cura y cuchichear con él en secreto, mientras su nuevo amigo estaba allí de espectador, pensó que el medio más oportuno sería hacer lo que habría hecho también sin ese motivo, hablar con el propio *innominado*; y por sus respuestas don Abbondio entendería finalmente que aquél ya no era hombre de quien cupiera tener miedo. Se acercó, pues, al *innominado* y con ese aire de espontánea confianza, que se encuentra en un nuevo y poderoso afecto, al igual que en una antigua intimidad:

—No creáis —le dijo— que me contento por hoy con esta visita. Volveréis, ¿no es cierto?, en compañía de este buen eclesiástico.

—¿Que si volveré? —respondió el *innominado*—: aun cuando vos me rechazarais, me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un mendigo. ¡Necesito hablaros!, ¡necesito oíros, veros!, ¡os necesito!

Federigo le cogió la mano, se la estrechó, y dijo:

—Aceptad pues, quedaros a almorzar con nosotros. Os espero. Mientras tanto, yo voy a rezar, y a dar gracias con el pueblo; y vos, a recoger los primeros frutos de la misericordia.

Don Abbondio, ante aquellas demostraciones, estaba como un niño miedoso, que ve a alguien acariciar confiadamente a un gran perrazo, gruñón, con los ojos rojos, y un nombre famoso por sus mordiscos y sustos, y oye decir al amo que su perro es un buen animalote, tranquilo, tranquilo: mira al amo, y ni contradice ni aprueba; mira al perro, y no se atreve a acercarse a él, por miedo de que el buen animalote le enseñe los dientes, aunque sea para festejarlo; no se atreve a alejarse, para no llamar la atención, y dice en su fuero interno: ¡quién se viera en casa!

El cardenal, que había echado a andar para salir, llevando siempre de la mano y conduciendo consigo al *innominado*, reparó otra vez en el pobre hombre, que se quedaba atrás, mortificado, descontento, poniendo morro sin querer. Y pensando que tal vez aquel enojo podía provenir de que se sintiera algo descuidado y como dejado de lado, especialmente en comparación con un facineroso tan bien acogido, tan mimado, se volvió hacia él al pasar, se detuvo un momento, y con una sonrisa cariñosa, le dijo:

—Señor cura, vos estáis siempre conmigo en la casa de nuestro buen Padre; pero éste... éste *perierat, et inventus est*.

—¡Oh, cuánto me alegro! —dijo don Abbondio, haciendo una gran reverencia a los dos en común.

El arzobispo siguió adelante, empujó la puerta, que al punto abrieron de par en par desde fuera dos servidores situados uno a cada lado: y la admirable pareja apareció ante las miradas ávidas del clero congregado en la habitación. Se vieron aquellos dos rostros en los que estaba pintada una emoción diferente, pero igualmente profunda; una ternura agradecida, una humilde alegría en el semblante venerable de Federigo; en el del *innominado*, una confusión templada por el consuelo, un nuevo pudor, una compunción, en la que sin embargo se traslucía aún el vigor de aquella salvaje y enérgica naturaleza. Y se supo luego que, a la mente de más de uno de los presentes, vino el dicho de Isaías: Morará el lobo con el cordero; el león y el buey pacerán juntos. Detrás venía don Abbondio, en quien nadie reparó.

Cuando llegaron al centro de la sala, entró por el otro lado el camarero del cardenal, y se le acercó, para decirle que había cumplido las órdenes transmitidas por el capellán; que la litera y las dos mulas estaban preparadas, y sólo se esperaba a la mujer que el párroco debía traer. El cardenal le dijo que, en cuanto éste llegara, lo pusiese al habla en seguida

con don Abbondio: y que todo se hiciese según las órdenes de éste y del *innominado*; al cual estrechó de nuevo la mano, como despedida, diciendo:

—Os espero—. Se volvió a saludar a don Abbondio, y se dirigió hacia la parte que conducía a la iglesia. El clero fue tras él, medio en tropel, medio en procesión: los dos compañeros de viaje se quedaron solos en el aposento.

Estaba el *innominado* muy absorto, pensativo, impaciente porque llegase el momento de ir a sacar de penas y de prisión a su Lucía: suya ahora en un sentido muy distinto de como lo era el día antes: y su rostro expresaba una agitación reconcentrada, que a los ojos recelosos de don Abbondio podía fácilmente parecer algo peor. Lo miraba a hurtadillas, hubiera querido entablar una conversación amistosa; pero «¿qué debo decirle?», pensaba: «¿Me alegro? Me alegro, ¿de qué?, ¿de que habiendo sido hasta ahora un demonio, os hayáis resuelto finalmente a convertiros en un hombre de bien como los demás? ¡Lindo cumplido! ¡Ay, ay, ay!, por más vueltas que le dé, los parabienes no terminarían por decir otra cosa que esto. Si es que es cierto que se ha vuelto un hombre de bien: ¡Así, tan de repente!, ¡Se hacen tantas demostraciones en este mundo, y por tantos motivos! ¿Quién sabe? ¡Y entre tanto me toca ir con él!, ¡a ese castillo! ¡Oh, qué historia!, ¡qué historia! ¡qué historia! ¡Quién me lo hubiera dicho esta mañana! Ah, si salgo de ésta, me va a oír la señora Perpetua, por haberme empujado aquí a la fuerza, fuera de mi parroquia: que todos los párrocos del contorno venían, y hasta de más lejos; que no iba yo a ser menos; que esto, y que lo otro, ¡y embarcarme en un asunto como éste! ¡Oh, pobre de mí! Y sin embargo, algo habrá que decirle a este hombre.» Y piensa que te pensarás, había encontrado lo que podía decirle: nunca hubiera esperado tener la fortuna de hallarme en tan respetable compañía; y estaba a punto de abrir la boca, cuando entró el camarero, con el cura del pueblo, el cual anunció que la mujer estaba esperando en la litera; y luego se volvió a don Abbondio, para recibir de él el otro encargo del cardenal. Don Abbondio salió del paso como pudo, en aquella confusión de su mente; y acercándose después el camarero, le dijo:

—Déme al menos un animal manso, porque la verdad sea dicha, soy un mal jinete.

—Figúrese —respondió el camarero, con media sonrisita burlona—: es la mula del secretario, que es un literaro.

—Con eso basta —replicó don Abbondio, y siguió pensando: «Que el cielo me proteja».

El caballero había salido corriendo, al primer aviso: al llegar a la puerta, se acordó de don Abbondio, que se había quedado atrás. Se paró a

esperarlo; y cuando éste llegó presuroso, con aire de pedir perdón, le hizo una reverencia, y le cedió el paso, con un gesto cortés y humilde: cosa que arregló un poco el estómago del pobre atribulado. Pero en cuanto puso el pie en el patio, vio otra novedad que le amargó aquel pequeño consuelo; vio al *innominado* ir hacia un rincón, coger por el cañón, con una mano, su carabina, luego la correa con la otra, y con un ágil movimiento, como si hiciese un ejercicio, ponérsela en bandolera.

«¡Huy, huy, huy!», pensó don Abbondio, «¿Qué quiere hacer con ese artefacto? ¡Buen cilicio, buena disciplina para un convertido! ¿Y si le da por...? ¡Oh, qué expedición!, ¡oh, qué expedición!».

Si el caballero hubiera podido tan sólo sospechar la clase de pensamientos que pasaban por la mente de su compañero, no podría decirse lo que habría hecho para tranquilizarlo; pero estaba a mil leguas de semejante sospecha; y don Abbondio tenía buen cuidado de no hacer ningún gesto que significase claramente: no me fío de vuestra señoría. Llegados a la puerta de la calle, hallaron las dos monturas preparadas: el *innominado* saltó sobre la que le presentó el palafrenero.

—¿Tiene resabios? —le dijo al camarero don Abbondio, volviendo a poner en el suelo el pie, que ya había levantado hacia el estribo.

—Monte con toda confianza: es un cordero.

Don Abbondio trepando a la silla, sostenido por el ayudante, arriba, arriba, arriba, helo a caballo.

La litera, que se encontraba unos pasos más adelante, se puso en marcha a una voz del mozo, y la comitiva partió.

Debían pasar ante la iglesia atestada de gente, por una plazoleta llena también de otra gente del pueblo y de forasteros, que no habían podido entrar. Ya había cundido la gran noticia; y al aparecer la comitiva, al aparecer aquel hombre, objeto tan sólo unas horas antes de terror y execración, ahora de alegre asombro, se alzó entre la muchedumbre un murmullo como de aplauso, y abriendo paso, se daban al tiempo empujones para verlo de cerca. La litera pasó, el *innominado* pasó; y ante la puerta de la iglesia, abierta de par en par, se quitó el sombrero, e inclinó aquella frente tan temida, hasta la crin de la mula, entre el susurro de cien voces que decían: ¡Dios le bendiga! Don Abbondio se quitó también el sombrero, se inclinó, se encomendó al cielo: mas oyendo el solemne concierto de sus hermanos que cantaban a pleno pulmón, experimentó una envidia, una doliente ternura, una congoja tales, que a duras penas contuvo las lágrimas.

Fuera luego de poblado, en campo abierto, en las revueltas a veces desiertas del camino, un velo más negro se extendió sobre sus

pensamientos. No tenía otro objeto sobre el que posar con confianza su mirada, sino al cochero, el cual, estando al servicio del cardenal, debía sin duda ser un hombre de bien, y al mismo tiempo no tenía aspecto de cobarde. De cuando en cuando aparecían viandantes, también en comitiva, que iban a ver al cardenal; y eran un alivio para don Abbondio; aunque pasajero, aunque se dirigían hacia aquel valle tremendo, donde no se hallarían sino súbditos del amigo: ¡y qué súbditos! Con el amigo hubiera deseado ahora más que nunca entablar conversación, tanto para tantearlo algo más, como para congraciárselo; pero, viéndolo tan ensimismado, se le quitaban las ganas. Tuvo, pues, que hablar consigo mismo; y he aquí una parte de lo que el pobre hombre se dijo durante aquel trayecto: pues para escribirlo todo, se necesitaría un libro.

«Qué verdad es que tanto los santos como los bribones tienen azogue en el cuerpo, y no contentos con estar ellos siempre en danza, querrían poner en danza, si pudieran, a todo el género humano; y que los más trafagones hayan de venir a buscarme precisamente a mí, que a nadie busco, y meterme a viva fuerza en sus asuntos: ¡a mí que no pido sino vivir en paz! ¡Ese loco bribón de don Rodrigo! ¿Qué le faltaba para ser el hombre más feliz del mundo, si sólo tuviera una pizca de juicio? Rico, joven, respetado, agasajado: le fastidia estar bien; y ha de ir mendigando desgracias para sí y para los demás. Podría tumbarse a la bartola; pues, no señor: quiere dedicarse a molestar a las mujeres: el más loco, el más endiablado, el más desesperado oficio del mundo; podría ir al paraíso en carroza, y quiere ir a la casa del diablo a la pata coja. ¡Y este otro...!» Y aquí lo miraba como si recelase que «aquel otro» oyese sus pensamientos. «Este otro, después de haber alborotado el mundo con sus fechorías, ahora lo alborota con su conversión... si es que es cierta. ¡Entre tanto me toca a mí comprobarlo!... No hay remedio: cuando han nacido con ese hormiguillo en el cuerpo, siempre tienen que armar algún alboroto. ¿Es tan difícil comportarse como un hombre de bien toda la vida, igual que he hecho yo? No, señor, hay que descuartizar, matar, ser un demonio... ¡Oh, pobre de mí!... y luego, un alboroto también para la penitencia. La penitencia, cuando se tiene buena voluntad, puede hacerse en casa, tranquilamente, sin tanto aparato, sin incomodar así al prójimo. Y su señoría ilustrísima, en seguida, en seguida, con los brazos abiertos, mi querido amigo, mi amigo querido; decir amén a todo, como si le hubiera visto hacer milagros; e incluso tomar una decisión, lanzarse a ella de cabeza, presto por aquí, presto por allá: eso en mi tierra se llama precipitación. ¡Y sin tener la más mínima garantía, poner en sus manos a un sacerdote!, eso se llama jugarse a un hombre a pares o nones. Un santo obispo, como él, debería velar por sus sacerdotes, como

por las niñas de sus ojos. Un poquito de flema, un poquito de prudencia, un poquito de caridad, me parece que no están reñidas con la santidad... ¿Y si todo fuese una apariencia? ¿Quién puede conocer todas las intenciones de los hombres?, ¡y no digo de hombres como éste! ¡pensar que me toca ir con él, a su casa! El diablo puede andar metido en todo esto: ¡oh, pobre de mí!, mejor no pensarlo ¿Qué embrollo es éste de Lucía? ¿Habrá habido un acuerdo con don Rodrigo? ¡Qué gente!, pero al menos la cosa estaría clara. Pero, ¿cómo habrá caído en las manos de éste? ¿Quién sabe? Son todos secretos con monseñor: y a mí, que me hacen trotar de esta manera, no se me dice nada. Yo no me ocupo de conocer los asuntos ajenos; pero cuando uno arriesga su pellejo, tiene también derecho a saber. Si fuese de verdad para ir a buscar a esa pobre criatura, ¡paciencia! Aunque bien podía haberla traído consigo, sin más. Y luego, si está tan convertido, si se ha vuelto un santo padre, ¿para qué hago falta yo? ¡Oh qué cosas! Bueno, quiera el cielo que así sea: habrá sido una gran incomodidad, ¡pero paciencia! Me alegraré también por la pobre Lucía: también ella debe haberse librado de una buena; sabe el cielo cuánto habrá sufrido: la compadezco; pero ha nacido para mi ruina... Si al menos pudiera leer en el corazón de este hombre, lo que piensa. ¿Quién puede saberlo? Ahí está, ora parece San Antonio en el desierto: ora parece Holofernes en persona. ¡Oh, pobre de mí!, ¡pobre de mí! Bueno: el cielo tiene la obligación de ayudarme, porque yo no me he metido en esto por capricho mío.» En efecto, por el rostro del *innominado* se veían pasar, por así decirlo, los pensamientos, como, en una hora borrascosa, las nubes se deslizan ante la faz del sol, alternando a cada momento una luz rabiosa y una fría oscuridad. Su ánimo, embriagado aún con las dulces palabras de Federigo, y como renovado y rejuvenecido en la nueva vida, se elevaba hasta aquellas ideas de misericordia, de perdón y de amor; después recaía bajo el peso de su terrible pasado. Corría con ansiedad a buscar cuáles eran las iniquidades reparables, qué se podía truncar a la mitad, cuáles los medios más rápidos y seguros, cómo deshacer tantos nudos, qué hacer de tantos cómplices: era un rompecabezas. A aquella misma expedición, que era la más fácil y tan próxima a su fin, iba con una impaciencia mezclada de angustia, pensando que mientras tanto aquella criatura padecía, Dios sabe cuánto, y que él era, él que también se consumía por liberarla, quien entre tanto la tenía penando. Cuando había dos caminos, el mozo se volvía, para saber cuál tenía que tomar: el *innominado* se lo indicaba con la mano, y al mismo tiempo le hacía señas de que se apresurase.

Entran en el valle. ¡Cómo estaba entonces el pobre don Abbondio! Aquel valle famoso, del que tantas historias terribles había oído contar, estar dentro de él: aquellos famosos hombres, lo más granado de la bravería de Italia, aquellos hombres sin miedo y sin compasión, verlos en carne y hueso, encontrar a uno o dos o tres en cada recodo del camino. Se inclinaban sumisamente ante su señor; pero ¡unas caras curtidas!, ¡unos bigotes erizados!, unos ojos que a don Abbondio le parecían querer decir: ¿le retorcemos el pescuezo a ese cura? Hasta el punto de que, en un momento de suma consternación, se le escapó pensar: «¡Si los hubiera casado!, no podía pasarme nada peor». Mientras tanto avanzaban por un sendero pedregoso, a lo largo del torrente: al otro lado, aquella perspectiva de altos peñascos, ásperos, oscuros, deshabitados; del lado de acá, aquella población que hacía parecer deseable cualquier desierto: Dante no estaba peor en medio de las Idalabolsas.

Pasan ante la Malanoche; bravucones en la puerta, reverencias al señor, ojeadas a su compañero y a la litera. Aquéllos no sabían qué pensar: ya la marcha del *innominado* solo, por la mañana, tenía algo de extraordinario; el regreso no lo era menos. ¿Era una presa lo que conducía? ¿Y cómo la había hecho él solo? ¿Y cómo una litera extraña? ¿Y de quién podía ser aquella librea? Miraban y miraban, pero ninguno se movía, porque ésa era la orden que el amo daba con sus ojeadas.

Suben la cuesta, llegan a lo alto. Los bravos que se encuentran en la explanada o ante la puerta, se apartan a ambos lados, para dejar paso a la litera: el *innominado* hace señas de que no se muevan más; espolea su montura, y se adelanta a la litera; indica al mozo y a don Abbondio que lo sigan; entra en un primer patio, de éste en un segundo; va hacia una puertecita, hace retroceder con un gesto a un bravo que corría a sujetarle el estribo, y le dice:

—Tú quédate aquí, y que no venga nadie. —Se apea, ata aprisa la mula a una reja, va a la litera, se acerca a la mujer, que había descorrido la cortina, y le dice en voz baja—: Consoladla en seguida; hacedle entender en seguida que está libre, entre amigos. Dios os lo pagará. —Luego indica al mozo que abra; después se acerca a don Abbondio, y, con un semblante sereno, como éste nunca le había visto, ni creía que pudiese tener, pintada en él la alegría de la buena obra que por fin estaba a punto de realizar, le dice, también en voz baja:

—Señor cura, no me excuso con vuestra merced por la molestia que se toma por mi causa: vuestra merced lo hace por Uno que paga bien, y por esa pobrecilla suya. —Dicho esto, toma con una mano el bocado, con la otra el estribo, para ayudar a don Abbondio a bajar.

Aquel rostro, aquellas palabras, aquel gesto, le habían devuelto la vida. Lanzó un suspiro, que desde hacía una hora vagaba en su interior, sin hallar nunca la salida; se inclinó hacia el *innominado*, respondió en voz bajita, bajita:

—No hay de qué. ¡Ay, ay, ay, ay...! —y se deslizó como pudo de su cabalgadura. El *innominado* la ató también, y después de decir al mozo que se quedase allí esperando, sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta, entró, hizo entrar al cura y a la mujer, se dirigió, precediéndolos, hacia la escalerita; y los tres subieron en silencio.

CAPÍTULO XXIV

LUCIA se había despertado hacía poco tiempo; y de ese tiempo, una parte había penado por despabilarse del todo, por separar las turbias visiones del sueño, de los recuerdos y las imágenes de aquella realidad demasiado parecida a la pesadilla de un enfermo. La vieja se le había acercado en seguida, y, con aquella voz forzadamente humilde, le había dicho:

—¡Ah!, ¿habéis dormido? Habríais podido dormir en la cama: y eso que os lo he dicho muchas veces anoche. —Y al no recibir respuesta, había continuado, con el mismo tono de súplica irritada—: Comed algo de una vez: tened juicio. ¡Huy!, ¡qué fea estáis! Necesitáis comer. Además, ¿y si cuando vuelva, la toma conmigo?

—No, no; quiero marcharme, quiero irme con mi madre. El amo me lo prometió, dijo: mañana por la mañana. ¿Dónde está el amo?

—Ha salido; me ha dicho que volverá pronto, y que hará todo lo que queráis.

—¿Ha dicho eso? ¿ha dicho eso?, Pues bien, quiero irme con mi madre; en seguida, en seguida.

Y he aquí que se oyen unas pisadas en la estancia contigua; luego un golpecito en la puerta. La vieja acude, pregunta:

—Quién es?

—Abre —responde suavemente la voz conocida. La vieja descorre el pestillo; el *innominado*, empujando ligeramente los batientes, abre una pequeña rendija: ordena salir a la vieja, hace entrar enseguida a don Abbondio con la buena mujer. Luego arrima de nuevo la puerta, se detiene tras ella, y envía a la vieja a una parte alejada del castillo; al igual que había hecho con la otra mujer que estaba fuera, de guardia.

Todo este movimiento, aquel instante de espera, la primera aparición de personas nuevas, causaron un agitado sobresalto en Lucía, para la cual, si

el estado presente era intolerable, cada cambio era también motivo de recelo y de nuevo espanto. Miró, vio a un cura, a una mujer; se tranquilizó algo: mira con más atención: ¿es él o no es él? Reconoce a don Abbondio, y se queda con los ojos fijos, como hechizada. La mujer, aproximándosele, se inclinó sobre ella, y, mirándola compasivamente, cogiéndola de las manos, como para acariciarla y levantarla al mismo tiempo, le dijo:

—¡Oh, pobrecita, venid, venid con nosotros!

—¿Quién sois? —le preguntó Lucía; pero, sin esperar respuesta, se volvió otra vez hacia don Abbondio, que se había quedado a unos pasos de distancia también con el rostro muy compasivo —lo miró fijamente de nuevo, y exclamó—: ¡Vuestra merced!, ¿es vuestra merced?, ¿el señor cura? ¿Dónde estamos?... ¡Oh, pobre de mí!, ¡he perdido el sentido!

—No, no —respondió don Abbondio—, soy de verdad yo: tened ánimo. ¿Veis? Estamos aquí para llevaros. Soy realmente yo, vuestro párroco, que he venido aquí a posta, a caballo...

Lucía, como recobradas de golpe todas sus fuerzas, se puso de pie precipitadamente; luego clavó otra vez la mirada en aquellos dos rostros, y dijo:

—Entonces, es la Virgen la que os ha enviado.

—Yo creo que sí —dijo la buena mujer.

—Pero, ¿podemos marcharnos, podemos marcharnos de verdad? —prosiguió Lucía bajando la voz, y con una mirada tímida y recelosa —¿Y toda esa gente...? —continuó con los labios contraídos y temblorosos a causa del miedo y el horror—, ¡y aquel caballero...! ¡aquel hombre...! ¡Sí, me lo había prometido...!

—Está aquí también él en persona, ha venido a posta con nosotros —dijo don Abbondio—: está ahí fuera esperando. Vámonos pronto; no hagamos esperar a un hombre de su clase.

Entonces, aquel de quien se hablaba empujó la puerta, y se dejó ver; Lucía, que poco antes lo deseaba, es más, que no teniendo esperanza en ninguna otra cosa en el mundo, no deseaba a nadie sino a él, ahora, tras haber visto caras, y oído voces amigas, no pudo reprimir una súbita repulsión; se estremeció, contuvo el aliento, se apretó contra la buena mujer, y escondió el rostro en su pecho. El *innominado*, a la vista de aquel semblante en el cual la noche anterior no había podido detener la mirada, aquel semblante, ahora más macilento, abatido, angustiado por el prolongado padecer y por el ayuno, se había quedado parado, casi en la puerta; al ver luego aquel gesto de terror, bajó los ojos, permaneció aún un momento inmóvil y mudo; luego, respondiendo a lo que la pobrecilla no había dicho:

—¡Es verdad! —exclamó—, perdonadme.

—Viene a liberaros; ya no es el mismo; se ha vuelto bueno: ¿no oís que os pide perdón? —decía la buena mujer al oído de Lucía.

—¿Puede decirse más? Ea, arriba esa cabeza; no seáis niña; para que podamos irnos pronto —le decía don Abbondio. Lucía levantó la cabeza, miró al *innominado*, y, viendo baja aquella frente, humillada y confusa aquella mirada, presa de un sentimiento entremezclado de consuelo, de gratitud y de lástima, dijo—: ¡Oh, mi señor!, ¡Dios le pague su misericordia!

—Y a vos mil veces el bien que me hacen esas palabras vuestras.

Dicho esto, dio media vuelta, fue hacia la puerta, y salió el primero. Lucía, muy reanimada, con la mujer que la llevaba del brazo, fue tras él; don Abbondio a la cola. Bajaron la escalera, llegaron a la puerta del patio. El *innominado* la abrió de par en par, fue hacia la litera, abrió la portezuela, y, con cierta gentileza, casi tímida (dos cosas nuevas en él) sosteniendo el brazo de Lucía, la ayudó a entrar, luego a la mujer. Desató después la mula de don Abbondio, y también lo ayudó a montar.

—¡Oh, cuánto honor! —dijo éste; y montó con mucha más presteza que la primera vez. La comitiva se puso en marcha cuando también el *innominado* estuvo a caballo. Su frente había vuelto a alzarse; su mirada había recobrado la acostumbrada expresión de imperio. Los bravos que encontraba veían en su rostro las señales de un grave pensamiento, de una preocupación extraordinaria; pero no comprendían ni podían comprender más que eso. En el castillo aún no se sabía nada de la gran mudanza de aquel hombre; ciertamente, por simples conjeturas, ninguno de ellos lo habría adivinado.

La buena mujer había corrido inmediatamente las cortinas de la litera: tomando luego afectuosamente las manos de Lucía, se había puesto a consolarla, con palabras de piedad, de congratulación y de ternura. Y viendo cómo, además de la fatiga por tantas penalidades sufridas, la confusión y la oscuridad de los sucesos impedían a la pobrecilla sentir plenamente la alegría de su liberación, le dijo cuanto podía hallar de más adecuado para desenredar, para reavivar, por así decirlo, sus pobres pensamientos. Le nombró el pueblo adonde iban.

—¿Sí? —dijo Lucía, la cual sabía que estaba poco distante del suyo. ¡Ah, Virgen Santísima, os doy las gracias! ¡Mi madre!, ¡mi madre!

—Mandaremos a buscarla en seguida —dijo la buena mujer, que no sabía que ya había sido hecho.

—Sí, sí; que Dios os lo pague... Y vos, ¿quién sois? ¿Cómo habéis venido...?

—Me ha mandado nuestro párroco —dijo la buena mujer—, porque a este caballero, Dios le ha tocado el corazón (¡bendito sea!), y ha venido a nuestro pueblo, para hablar con el señor cardenal arzobispo (lo tenemos allí de visita, a ese santo hombre) y se ha arrepentido de sus feos pecados, y quiere cambiar de vida, y le dijo al cardenal que había mandado robar a una pobre inocente, que sois vos, de acuerdo con otro sin temor de Dios, que el cura no me ha dicho quién puede ser.

Lucía alzó los ojos al cielo.

—Acaso lo sepáis vos —continuó la buena mujer—; bueno, pues el señor cardenal ha pensado que, tratándose de una joven se necesitaba una mujer para acompañaros, y le ha dicho al párroco que le buscase una; y el párroco, ha tenido la bondad de venir a buscarme...

—¡Oh!, ¡que el Señor os recompense por vuestra caridad!

—Pero, ¿qué decís, mi pobre joven? Y me ha dicho el señor cura que os diese ánimos, y tratase de tranquilizaros en seguida, y de haceros comprender que el Señor os ha salvado milagrosamente...

—¡Ah, sí!, milagrosamente, de verdad; por intercesión de la Virgen.

—Por tanto, tened ánimos, y perdonad a quien os ha hecho daño, y alegraos de que Dios haya tenido misericordia de él, es más, rogad por él; pues, además de ganar méritos, también sentiréis ensancharse vuestro corazón.

Lucía respondió con una mirada que decía que sí, tan claramente, como hubieran podido hacerlo las palabras, y con una dulzura que las palabras no habrían sabido expresar.

—¡Buena muchacha! —prosiguió la mujer—: Y como se encontraba en nuestro pueblo también vuestro párroco (porque hay tantos, tantos, que se podrían celebrar cuatro funerales solemnes a la vez), el señor cardenal ha pensado mandarlo también a él a haceros compañía; aunque no ha servido de mucho. Ya había oído decir que era un hombre apocado; pero en esta ocasión, he visto realmente que es más encogido que un polluelo recién nacido.

—Y ése... —preguntó Lucía—, ese que se ha vuelto bueno... ¿quién es?

—¡Cómo!, ¿no lo sabéis? —dijo la buena mujer, y pronunció su nombre.

—¡Oh, misericordia! —exclamó Lucía. Aquel nombre, ¡cuántas veces lo había oído repetir con horror en más de una historia, en las que figuraba siempre como en otras historias el ogro! Y ahora, al pensar que había estado en su terrible poder, y que se hallaba bajo su piadosa protección; ante la idea de tan horrenda calamidad, y de tan repentina redención; al considerar de quién era aquel rostro que había visto ceñudo, luego

conmovido, después humillado, se quedaba como extática, diciendo tan sólo, cada poco—: ¡Oh, misericordia!

—¡Es una gran misericordia, de verdad! —decía la buena mujer—: ha de ser un gran alivio para medio mundo. Pensar cuánta gente tenía asustada; y ahora, según me ha dicho nuestro párroco... y además, basta con mirarlo a la cara, ¡se ha convertido en un santo! Y luego, se ven en seguida las obras.

Decir que esta mujer no sintiese mucha curiosidad por conocer con algo más de detalle la gran aventura en la que se hallaba representando un papel, no sería la verdad. Pero hay que decir en su honor que, embargada por una piedad respetuosa por Lucía, sintiendo en cierto modo la gravedad y la dignidad del encargo que se le había encomendado, no pensó ni por un momento en hacerle una pregunta indiscreta, ni ociosa: todas sus palabras durante el trayecto, fueron de consuelo y de solicitud para con la pobre joven.

—¡Sabe Dios cuánto hace que no habéis comido!

—Ya no me acuerdo... hace mucho tiempo.

—¡Pobrecita!, necesitaréis reponeros.

—Sí —respondió Lucía con voz débil.

—En mi casa, gracias a Dios, encontraremos en seguida alguna cosa. Ánimo, que ya falta poco.

Lucía se dejaba caer luego con languidez en el fondo de la litera, como amodorrada; y entonces la buena mujer la dejaba descansar.

Para don Abbondio este retorno no era ciertamente tan angustioso como la ida de poco antes; pero tampoco éste fue un viaje de placer. Al cesar aquel gran miedo, al principio se había sentido muy aliviado, pero bien pronto comenzaron a brotar de nuevo en su corazón otras mil contrariedades; al igual que, cuando ha sido arrancado un árbol, el terreno queda despejado durante algún tiempo, mas luego se cubre todo de hierbajos. Se había vuelto más sensible a todo lo demás; y tanto en el presente, como en los pensamientos sobre el futuro, no le faltaba desgraciadamente materia para atormentarse. Sentía ahora, mucho más que a la ida la incomodidad de aquel modo de viajar, al que no estaba muy acostumbrado; y especialmente al principio, en el descenso desde el castillo hasta el fondo del valle. El mozo, espoleado por los gestos del *innominado*, hacía marchar a buen paso a sus animales, las dos caballerías detrás, pegadas a sus talones; por lo cual ocurría que, en ciertos lugares más empinados, el pobre don Abbondio, como si con una palanca lo levantaran por la espalda, se bamboleaba hacia adelante, y, para sujetarse, debía apuntalarse con la mano en el arzón; y, a pesar de

ello, no se atrevía a pedir que fuesen más despacio, y por otra parte quería verse fuera de aquellos parajes lo antes posible. Además de esto, cuando el camino discurría sobre una elevación, sobre un barranco, la mula, según acostumbran las de su especie, parecía querer, sólo por fastidiar, ir siempre por la parte de afuera, y poner las patas justo en el borde; y don Abbondio veía debajo de sí, casi en vertical, un salto, o como él pensaba, un precipicio. «También tú», decía en su interior a la bestia, «tienes esa maldita afición de buscar los peligros, cuando hay tanto sendero». Y tiraba de las riendas hacia el otro lado; pero inútilmente. De modo que, como de costumbre, consumiéndose de rabia y de miedo, se dejaba llevar al gusto ajeno. Los bravos ya no le causaban tanto espanto, ahora que sabía con más certeza cómo pensaba su amo. «Pero», reflexionaba, sin embargo, «si la noticia de esta gran conversión se difunde por aquí dentro, mientras estamos nosotros todavía, ¡quién sabe cómo la toman éstos! ¡Quién sabe lo que puede pasar! ¡Hasta pueden imaginarse que he venido yo a hacer de misionero! ¡Pobre de mí!, ¡me martirizarán! el ceño del *innominado* no le molestaba. «Para tener a raya esas caras», pensaba, «no se necesita menos que la suya; también yo me hago cargo; pero ¿por qué ha de tocarme a mí encontrarme entre toda esta gente?»

Sea como fuere, llegaron al fondo de la pendiente, y finalmente salieron también del valle. La frente del *innominado* fue despejándose. Al mismo don Abbondio se le puso un semblante más natural, sacó un tantillo la cabeza de entre los hombros, estiró los brazos y las piernas, se irguió un poco más sobre la cintura, que parecía otro, lanzó suspiros más desahogados, y, con un ánimo más reposado, se puso a considerar otros lejanos peligros. «¿Qué dirá ese bestia de don Rodrigo? Quedarse así, con un palmo de narices, corrido y apaleado, figurarse si no le parecerá un trago amargo. Ahora es cuando hará diabluras de verdad. Veréis si no la toma también conmigo, por haberme visto metido en este baile. Si se atrevió entonces a mandar a aquellos dos demonios a plantárseme delante de aquel modo, ahora ¡quién sabe lo que hará! Con su señoría ilustrísima no la puede tomar, porque es un pez mucho más gordo que él; tendrá que tascar el freno. Mientras tanto, el veneno le quedará en el cuerpo, y sobre alguien tendrá que descargarlo. ¿Cómo acaban estos asuntos? Los golpes caen siempre hacia abajo; los pobres pagan el pato. A Lucía, con razón, su señoría ilustrísima se cuidará de ponerla a salvo: ese otro malaventurado está fuera de su alcance, y ya se ha llevado lo suyo: así que el único a tiro soy yo. Bueno estaría que, después de tantas molestias, después de tantas agitaciones, y sin adquirir mérito alguno, tuviese yo que pagar los platos rotos. ¿Qué hará ahora su señoría ilustrísima para defenderme,

después de haberme metido en el fregado? ¿Me va a garantizar él que ese condenado no me arme alguna peor que la de antes? Y, además, ¡con todos los asuntos que tiene en la cabeza! ¡Se trae tantas cosas entre manos! ¿Cómo se puede atender a todo? Luego dejan las cosas a veces más embrolladas que antes. Los que hacen el bien, lo hacen a lo grande: cuando se sienten satisfechos, ya tienen bastante, y no quieren molestarse en estar al tanto de todas las consecuencias; pero los que tienen el gusto de hacer el mal, ponen más diligencia, están tras ello hasta el final, nunca se toman una tregua, porque tienen ese cáncer que los corroe. ¿He de decir yo que he venido aquí por expreso mandato de su señoría ilustrísima, y no por mi voluntad? Parecería que quiero ponerme del lado de la iniquidad. ¡Oh, cielo santo!, ¡del lado de la iniquidad, yo! ¡Será por el placer que me da! En fin, lo mejor será contarle a Perpetua la cosa como es; y dejar luego que Perpetua lo ponga en circulación. Con tal de que monseñor no tenga la ocurrencia de organizar algún acto público, alguna escena inútil, y mezclarme en ello a mí también. Por si acaso, en cuanto lleguemos, si ha salido de la iglesia, iré a presentarle mis respetos sin perder un segundo; si no, le dejo mis excusas, y me voy derechito a mi casa. Lucía está bien protegida; a mí ya no me necesitan; y después de tantas molestias, puedo pretender también yo ir a descansar. Además... ¿y si a monseñor le entra curiosidad por conocer toda la historia y me toca rendir cuentas del asunto de la boda? Sólo faltaría eso. ¡Y si viene a visitar también mi parroquia!... ¡Oh!, sea lo que haya de ser; no voy a perder la cabeza antes de tiempo: ya tengo bastantes problemas. Por ahora voy a encerrarme en casa. Mientras monseñor se encuentre por estos contornos, don Rodrigo no tendrá la desfachatez de hacer locuras. ¿Y luego..., y luego? ¡Ah!, ¡veo que pasaré mal mis últimos años!»

La comitiva llegó cuando la función de la iglesia no había terminado todavía; pasó por en medio de la misma muchedumbre no menos conmovida que la primera vez; y después se separó. Los dos a caballo torcieron hacia una plazoleta que había al lado, en el fondo de la cual estaba la casa del párroco; la litera prosiguió hacia la de la buena mujer.

Don Abbondio hizo lo que había pensado: apenas se apeó, presentó los más exagerados cumplidos al *innominado*, y le rogó que se sirviese excusarlo con monseñor; pues debía regresar a su parroquia sin demora, por asuntos urgentes. Fue a buscar lo que él llamaba su caballo, es decir, el bastón que había dejado en un rincón de la sala, y se puso en camino. El *innominado* se quedó esperando que el cardenal volviese de la iglesia.

La buena mujer, después de hacer tomar asiento a Lucía en el mejor sitio de su cocina, se ajetreaba preparando algo para restaurarla, rechazando,

con cierta cordial tosquedad, las palabras de agradecimiento y de excusa que ésta repetía de vez en cuando. Aprisa, aprisa, metiendo hornija bajo una caldereta, donde nadaba un buen capón, hizo avivar el hervor del caldo, y llenando una escudilla ya guarnecida con rebanadas de pan, pudo finalmente ofrecérsela a Lucía. Y al ver a la pobrecilla reanimarse a cada cucharada, se felicitaba a sí misma en voz alta porque aquello hubiera ocurrido en un día en el que, como ella decía, no estaba el gato en el fogón. —Todos se las arreglan hoy para hacer alguna cosilla —añadía—, menos esos tan pobres, tan pobres, que casi no tienen ni para pan de arvejas y polenta de sorgo; aunque, hoy, de un señor tan caritativo, todos esperan sacar algo. Nosotros, gracias al cielo, no estamos en ese caso; entre el oficio de mi marido, y cuatro tierras que tenemos al sol, salimos adelante. Así que comed sin cuidado mientras tanto; que pronto el capón estará listo, y podréis restauraros un poco mejor. Dicho esto, volvió a ocuparse del almuerzo y a preparar la mesa.

Lucía, recobradas un poco las fuerzas, y tranquilizándose su ánimo cada vez más, se arreglaba entre tanto, por un hábito, por un instinto de limpieza y de pudor: rehacía y sujetaba las trenzas aflojadas y enredadas, se acomodaba el pañuelo sobre el pecho, y alrededor del cuello. Al hacer esto, sus dedos tropezaron con el rosario que se había puesto la noche antes; su mirada corrió a él; en su mente se levantó un tumulto repentino; el recuerdo del voto, reprimido hasta entonces y sofocado por tantas sensaciones presentes, se despertó de improviso, y apareció claro y nítido. Entonces todas las potencias de su ánimo, apenas recobradas, se abatieron nuevamente, de golpe: y si aquel ánimo no hubiera estado tan preparado por una vida de inocencia, de resignación y de confianza, la consternación que experimentó en ese momento, habría sido desesperación. Tras un agolparse de esos pensamientos que no salen en forma de palabras, las primeras que se formaron en su mente fueron: «¡Oh, pobre de mí!, ¡qué he hecho!»

Pero en cuanto las hubo pensado, sintió como un espanto. Volvieron a su memoria todas las circunstancias del voto, la angustia insoportable, el no tener una esperanza de socorro, el fervor de la oración, la plenitud del sentimiento con que la promesa había sido hecha. Y tras haber obtenido la gracia, arrepentirse de la promesa, le pareció una ingratitud sacrílega, una perfidia para con Dios y con la Virgen; le pareció que tal infidelidad le acarrearía nuevas y más terribles desventuras, en medio de las cuales no podría esperar ya ni siquiera en la oración; y se apresuró a renegar de aquel arrepentimiento momentáneo. Se quitó con devoción el rosario del cuello, y sosteniéndolo en su mano temblorosa, confirmó, renovó el voto,

pidiendo al mismo tiempo, con una súplica angustiada, que se le concediese fuerza para cumplirlo, que se la ahorrasen los pensamientos y las ocasiones que pudieran, si no mudar su ánimo, sí agitarlo demasiado. La lejanía de Renzo, sin ninguna probabilidad de retorno, aquella lejanía que hasta entonces había sido tan amarga para ella, le pareció ahora una disposición de la Providencia, que había hecho suceder a la vez los dos acontecimientos con un solo fin; y se esforzaba por encontrar en uno la razón para alegrarse del otro. Y tras aquel pensamiento, se figuraba igualmente que esa misma Providencia, para realizar su obra, sabría encontrar el modo de hacer que también Renzo se resignase, que no pensara más... Pero tal idea, apenas hallada, puso en revolución la mente que había ido a buscarla. La pobre Lucía, sintiendo que el corazón estaba a punto de arrepentirse, volvió a la oración, a sus confirmaciones, al combate, del cual se alzó, si se nos permite la expresión, como un vencedor cansado y herido, sobre el enemigo derribado: no digo muerto.

De pronto, se oyen unas pisadas, y un bullicio de voces alegres. Era la gente menuda que volvía de la iglesia. Dos niñitas y un chiquillo entran saltando; se detienen un momento a echar una ojeada curiosa a Lucía, luego corren hacia su madre, y se apelotonan a su alrededor: uno pregunta el nombre de la huésped desconocida, y el cómo y el porqué; otro quiere contar las maravillas vistas: la buena mujer responde a todo y a todos con un «callaos callaos». Entra luego, con paso más reposado, pero con una solicitud cordial pintada en la cara, el dueño de la casa. Era, si aún no lo hemos dicho, el sastre del pueblo, y del contorno; un hombre que sabía leer, que había leído, en efecto, más de una vez el *Leggendario de los Santos, el Mísero Guerrin y los Reales de Francia*", y pasaba, en aquel lugar, por hombre de talento y de ciencia: elogio que sin embargo rechazaba con modestia, diciendo solamente que había errado su vocación; y que ¡si hubiera estudiado, en vez de tantos otros...! Aparte de esto, el mejor hombre del mundo. Encontrándose presente cuando el párroco le había rogado a su mujer que emprendiera aquel viaje caritativo, no sólo había dado su aprobación, sino que la habría animado a ello, de haber sido necesario. Y ahora que la función, la pompa, la concurrencia, y sobre todo, el sermón del cardenal, había, como quien dice, exaltado todos sus buenos sentimientos, volvía a su casa con una expectación, con un deseo ansioso de saber cómo había ido la cosa, y de encontrar salva a la pobre inocente.

—Mirad quién está aquí —le dijo, al entrar él, la buena mujer, señalando a Lucía; la cual se ruborizó, se levantó, y comenzaba a balbucir una excusa.

Pero él, acercándose a ella, la interrumpió haciéndole una acogida festiva, y exclamando:

—¡Bienvenida, bienvenida! Sois la bendición del cielo en esta casa. ¡Cuánto me alegro de veros aquí! Ya estaba seguro de que llegaríais a buen puerto; porque no he visto nunca que el Señor empiece un milagro sin acabarlo bien; pero me alegro de veros aquí. ¡Pobre joven! ¡Aunque es una gran cosa haber recibido un milagro!

Y no se crea que era el único en calificar así aquel acontecimiento, porque hubiera leído el *Leggendario*: en todo el pueblo y en todo el contorno no se habló de ello en otros términos, mientras perduró su recuerdo. Y, a decir verdad, con los ribetes que se le añadieron, no podía convenirle otro nombre.

Acercándose luego poco a poco a su mujer, que estaba descolgando la caldereta de la cadena, le dijo en voz baja:

—¿Ha ido todo bien?

—Muy bien: luego te lo contaré todo.

—Sí, sí; con calma.

Puesta en seguida la mesa, el ama de la casa fue después a buscar a Lucía, la acompañó, la hizo sentarse, y cortando un ala del capón, se la puso delante; tomaron asiento también ella y el marido, animando ambos a la invitada abatida y vergonzosa a comer. El sastre empezó, con los primeros bocados, a hablar con gran énfasis, entre las interrupciones de los chicos, que comían de pie en torno a la mesa, y que en verdad habían visto demasiadas cosas extraordinarias, para soportar mucho tiempo el papel de meros oyentes. Describía las ceremonias solemnes, luego saltaba a hablar de la conversión milagrosa. Pero lo que más impresión le había causado, y sobre lo que volvía más a menudo, era el sermón del cardenal.

—Al verlo allí delante del altar —decía— un señor de su talla como un cura...

—Y aquella cosa de oro que tenía en la cabeza... —decía una niña.

—Cállate. Al pensar, digo, que un señor de su talla, y un hombre tan sabio, que según se dice, ha leído todos los libros que existen, cosa a la que nunca llegó nadie, ni siquiera en Milán; pensar que sabe decir las cosas de forma que todos lo entiendan...

—Lo entendí también yo —dijo la otra parlanchína.

—¡Cállate!, ¿qué vas a haber entendido tú?

—He entendido que explicaba el Evangelio en lugar del señor cura.

—Cállate. No digo el que algo sabe; porque entonces uno está obligado a entender; sino hasta los más duros de mollera, los más ignorantes,

seguían el hilo del discurso. Id ahora a preguntarles si pueden repetir las palabras que decía: sí, sí, no encontrarían ni una; pero el sentimiento lo tienen todos dentro. Y sin nombrar nunca a ese caballero, ¡cómo se veía que quería hablar de él! Y además, para darse cuenta, bastaba con fijarse en sus ojos cuando se le llenaban de lágrimas. Y entonces, toda la gente a llorar...

—Sí, sí, es verdad —saltó el chiquillo—: pero ¿por qué lloraban todos de aquella manera, como niños?

—Cállate. Y eso que hay corazones duros en este pueblo. Y ha hecho ver que, aunque haya carestía, hay que dar gracias a Dios, y estar contentos: hacer lo que se pueda, ingeniarse, ayudarse, y además estar alegres. Porque la desgracia no es el padecer y el ser pobres, la desgracia es hacer el mal. Y no son sólo buenas palabras; porque se sabe que también él vive como un pobre, y se quita el pan de la boca para dárselo a los hambrientos; cuando podría llevar una vida regalada, más que cualquiera. ¡Ah!, así da gusto oír hablar a un hombre; no como tantos otros: haced lo que digo, no hagáis lo que hago. Y luego ha hecho ver bien claro que incluso los que no son señores, si tienen más de lo necesario, están obligados a repartirlo con los que sufren.

Aquí interrumpió su discurso por sí solo, como asaltado por un pensamiento. Se quedó un instante suspenso; luego preparó un plato con las viandas que había sobre la mesa, y añadiendo un pan, metió el plato en una servilleta, y cogiéndola por las cuatro puntas, le dijo a la hijita mayor:

—Toma. —Le puso en la otra mano una garrafita de vino, y añadió—: Ve a casa de María la viuda; dale esto, y dile que es para que lo disfrute con sus niños. Pero con buenos modales, ¿eh?, que no parezca que le das una limosna. Y no digas nada, si te encuentras con alguien; y cuidado con romperlo.

A Lucía se le pusieron los ojos rojos, y sintió en su corazón una deliciosa ternura; del mismo modo que ya de las palabras anteriores había recibido un alivio que un discurso hecho adrede no hubiera podido proporcionarle. Su ánimo, atraído por aquellas descripciones, por aquellas imágenes de pompa, por aquellas emociones de piedad y admiración, conquistado por el entusiasmo mismo del narrador, se apartaba de sus propios pensamientos dolorosos; y aun volviendo a ellos, se encontraba más fuerte para combatirlos. Incluso la idea del gran sacrificio, no es que hubiese perdido su amargor, pero junto con él tenía un no sé qué de gozo austero y solemne.

Poco después entró el cura del pueblo, y dijo que lo mandaba el cardenal a informarse sobre Lucía, y a dar las gracias en su nombre al sastre y a su mujer. Y éstos y aquélla, conmovidos y confusos, no hallaron palabras para corresponder a tales demostraciones de semejante personaje.

—Y vuestra madre, ¿todavía no ha llegado? —le dijo el cura a Lucía.

—¡Mi madre! —exclamó ésta. Al decirle luego el cura, que había mandado a buscarla, por orden del arzobispo, se llevó el delantal a los ojos, y estalló en un llanto incontenible, que duró largo rato después de la marcha del cura. Cuando al fin los tumultuosos afectos que se habían despertado ante aquel anuncio, empezaron a dejar paso a pensamientos más sosegados, la pobrecita recordó que aquel consuelo entonces tan próximo, de volver a ver a su madre, un consuelo tan inesperado pocas horas antes, había sido expresamente implorado por ella en aquellas horas terribles, y puesto casi como condición del voto. Hacedme volver salva con mi madre, había dicho; y estas palabras reaparecían ahora en su memoria con nitidez. Se reafirmó más que nunca en su propósito de mantener la promesa, y sintió de nuevo, y más amargamente escrúpulos por aquel ¡pobre de mí! que se le había escapado pensar, en el primer momento.

Agnese, en efecto, cuando se hablaba de ella, ya no estaba muy lejos. Es fácil imaginar cómo se había quedado la pobre mujer ante aquella invitación tan inesperada, y ante aquella noticia, necesariamente incompleta y confusa, de un peligro, podía decirse pasado, pero espantoso; de un caso terrible, que el mensajero no sabía precisar ni explicar; y ella no tenía nada a que aferrarse para explicarlo por sí sola. Después de llevarse las manos a la cabeza, después de gritar una y otra vez:

—¡Ay Señor!, ¡ay, Virgen Santísima! —después de haberle hecho al mensajero varias preguntas, a la cuales éste no sabía qué responder, había montado desalada en la carreta, sin dejar, durante el camino, de lanzar exclamaciones y hacer preguntas, sin resultado. Pero, en cierto momento, había encontrado a don Abbondio que venía despacito, despacito, echando adelante, a cada paso, su bastón. Tras un —¡Oh!— por ambas partes, él se había parado, ella había mandado parar y se había apeado; y se habían retirado a un castañar que había al borde del camino. Don Abbondio la había puesto al corriente de lo que había podido saber y tenido que ver. La cosa no estaba clara; pero por lo menos Agnese tuvo la certeza de que Lucía estaba completamente a salvo; y respiró.

Después, don Abbondio había querido sacar a relucir otro tema, y darle prolijas instrucciones sobre la manera de comportarse con el arzobispo, si éste, como era probable, deseaba hablar con ella y con su hija; y sobre

todo que no convenía decir palabra de la boda... Pero Agnese, dándose cuenta de que el buen hombre hablaba sólo en su propio interés, lo había dejado plantado, sin prometerle, es más, sin decidir nada; pues tenía otras cosas en qué pensar. Y se había puesto de nuevo en camino.

Por fin llega la carreta, y se detiene en la casa del sastre. Lucía se levanta atropelladamente; Agnese baja, y adentro a todo correr: están una en brazos de la otra. La mujer del sastre, que era la única que se hallaba allí presente, les da ánimos a ambas, las tranquiliza, y luego, discreta como siempre, las deja solas, diciendo que iba a prepararles una cama; que podía hacerlo sin molestia, pero que de todos modos, tanto ella como su marido, hubieran preferido dormir en el suelo, antes que dejarlas ir a alojarse a otra parte.

Pasado el primer desahogo de abrazos y sollozos, Agnese quiso conocer las visicitudes de Lucía, y ésta se puso afanosamente a contárselas. Pero, como el lector sabe, era una historia que nadie conocía por entero; y para la misma Lucía había partes oscuras completamente inexplicables. Y principalmente aquella fatal coincidencia de encontrarse en el camino aquel terrible coche, justo cuando Lucía pasaba por allí por un azar extraordinario; sobre lo cual madre e hija hacían mil conjeturas, sin dar nunca en el blanco, más aún, sin tan siquiera aproximarse.

En cuanto al autor principal de la trama, tanto una como otra, no podían dejar de pensar que era don Rodrigo.

—¡Ah, alma negra!, ¡ah, tizón del infierno! —exclamaba Agnese—, pero también a él le llegará su hora. Nuestro Señor le dará el pago que merece; y entonces también él probará...

—¡No, no, madre, no! —interrumpió Lucía—: ¡no le deseéis que sufra, no se lo deseéis a nadie! ¡Si supierais lo que es sufrir! ¡Si lo hubieseis probado! ¡No, no!, recemos en cambio a Dios y a la Virgen por él: que Dios le toque el corazón, como lo ha hecho con ese otro pobre caballero, que era peor que él; y ahora es un santo.

La repugnancia que Lucía experimentaba al volver sobre recuerdos tan recientes y crueles, la hizo quedarse más de una vez a medias; más de una vez dijo que le faltaban ánimos para continuar, y tras muchas lágrimas, tomó de nuevo la palabra a duras penas. Pero un sentimiento diferente la tuvo en suspenso, en cierto punto de su relato: cuando llegó al voto: el temor de que su madre la tachase de imprudente y precipitada; y que, como había hecho en el asunto de la boda, saliese con alguna de sus reglas de manga ancha, y quisiera hacérsela encontrar justa a la fuerza; o que, pobre mujer, contara la cosa a alguien en confianza, aunque sólo fuera para pedir luces y consejo, y se hiciese así pública, con lo que Lucía,

sólo de pensarlo, se sentía enrojecer; también cierta vergüenza para con su propia madre, una repugnancia inexplicable a tocar aquel argumento; todas estas cosas juntas hicieron que ocultara aquella importante circunstancia, proponiéndose confiársela antes al padre Cristóforo. Pero, ¡cómo se quedó, cuando, al preguntar por él, oyó responder que ya no estaba, que lo habían mandado a un pueblo, lejos, muy lejos, a un lugar que se llamaba no sé cómo!

—¿Y Renzo? —dijo Agnese.

—Está a salvo, ¿verdad? —dijo ansiosamente Lucía.

—Eso es seguro, porque todos lo dicen; se da por cierto que se ha refugiado en tierras de Bérgamo; pero el sitio exacto nadie lo sabe: y él hasta ahora no ha mandado noticias. No habrá encontrado todavía la manera.

—Ah, si está a salvo, ¡doy gracias al Señor! —dijo Lucía; y trataba de cambiar de tema; cuando la conversación se vio interrumpida por una novedad inesperada: la aparición del cardenal arzobispo.

Éste, al volver de la iglesia, donde lo habíamos dejado, y enterarse por el *innominado* de que había llegado Lucía, sana y salva, se había sentado a la mesa con él, poniéndolo a su derecha, en medio de un rosario de sacerdotes, que no se saciaban de echar ojeadas a aquel semblante tan manso sin debilidad, tan humilde sin bajeza, y de compararlo con la idea que desde hacía largo tiempo se habían hecho de aquel hombre.

Concluido el almuerzo, los dos se habían retirado de nuevo juntos. Tras un coloquio que duró mucho más que el primero, el *innominado* se había marchado a su castillo, en la misma mula de la mañana; y el cardenal, mandando llamar al párroco, le había dicho que deseaba ser conducido a la casa donde se hospedaba Lucía.

—¡Oh!, monseñor —había respondido el cura—, no se incomode: mandaré yo en seguida a avisar que venga aquí la joven, la madre, si ha llegado, y también los huéspedes, si monseñor los quiere ver, a todos los que desee vuestra señoría ilustrísima.

—Deseo ir yo a verlos —había replicado Federigo.

—Vuestra señoría ilustrísima no debe incomodarse: mandaré yo en seguida a buscarlos: es cosa de un momento —había insistido el cura entremetido (un buen hombre, por lo demás), sin comprender que el cardenal quería con aquella visita rendir honor a la desventura, a la inocencia, a la hospitalidad, y al mismo tiempo, a su propio ministerio. Pero, habiendo expresado el superior de nuevo el mismo deseo, el inferior se inclinó, y se puso en camino.

Cuando se vio a los dos personajes aparecer en la calle, toda la gente que allí estaba fue hacia ellos, y en unos instantes acudió de todas partes, caminando a su lado los que podían, y los otros detrás, en tropel. El cura no paraba de decir:

—Fuera, atrás, apartaos; ¡pero!, ¡pero! —Federigo le decía—: Dejadlos — y seguía avanzando, ora alzando la mano para bendecir a la gente, ora bajándola para acariciar a los chiquillos que se le metían entre los pies. Así llegaron a la casa, y entraron en ella: la muchedumbre quedó agolpada fuera. Pero entre la muchedumbre se encontraba también el sastre, el cual había ido detrás como los otros, con los ojos fijos y la boca abierta, sin saber dónde iría a parar. Cuando vio aquel dónde inesperado, hizo que le abrieran paso, figuraos con qué estrépito, gritando sin parar—: Dejad pasar a quien ha de pasar —y entró.

Agnese y Lucía oyeron un murmullo creciente en la calle; mientras pensaban qué podría ser, vieron abrirse de par en par la puerta, y aparecer al purpurado con el párroco.

—¿Es ella? —preguntó el primero al segundo; y, ante una señal afirmativa, fue hacia Lucía que se había quedado con la madre, las dos inmóviles y mudas por la sorpresa y la vergüenza. Pero el tono de aquella voz, el semblante, el porte, y, sobre todo, las palabras de Federigo las reanimaron al instante—. Pobre joven —comenzó—. Dios ha permitido que fueseis sometida a una gran prueba; más tarde os ha hecho ver que no había apartado sus ojos de vos, que no os había olvidado. Os ha puesto a salvo; y se ha servido de vos para una gran obra, para hacer una gran misericorida a alguien, y para aliviar a muchos al mismo tiempo.

Entonces apareció en la habitación la dueña de la casa, la cual, al ruido, se había asomado también a la ventana, y viendo quién entraba en su casa, había bajado las escaleras corriendo, después de arreglarse como había podido a toda prisa; y casi al mismo tiempo, entró el sastre por la otra puerta. Viendo ya entablada la conversación, fueron a reunirse en un rincón, donde permanecieron con gran respeto. El cardenal, tras saludarlos cortésmente, siguió hablando con las mujeres, mezclando con las palabras de ánimo alguna pregunta, por ver si en las respuestas podía encontrar ocasión de hacer algún bien a quien tanto había padecido.

—Todos los sacerdotes deberían ser como vuestra señoría, ponerse un poco de parte de los pobres, y no ayudar a meterlos en aprietos, para verse libres ellos —dijo Agnese animada por la actitud tan familiar y cariñosa de Federigo, e irritada al pensar que el señor don Abbondio, después de haber sacrificado siempre a los demás, pretendiese también

impedirles un pequeño desahogo, una queja, con quien estaba por encima de él, cuando por una rara casualidad, se había presentado la ocasión.

—Decid sin empacho todo lo que pensáis —dijo el cardenal—: hablad libremente.

—Quiero decir que, si nuestro señor cura hubiera cumplido con su deber, no habría pasado lo que pasó.

Pero instándola nuevamente el cardenal a que se explicase mejor, ella empezó a encontrarse apurada al tener que contar una historia en la cual también ella tenía un papel que no le interesaba dar a conocer, especialmente a semejante personaje. Halló sin embargo la manera de arreglarlo con un pequeño corte: contó lo de la boda concertada, lo de la negativa de don Abbondio, no se dejó en el tintero lo del pretexto de los superiores que él había sacado a relucir (¡ay, Agnese!); y saltó a lo del atentado de don Rodrigo, y a cómo, advertidos, habían podido escapar. Sí —añadió y concluyó—, escapar para entramparnos otra vez. Si en cambio, el señor cura nos hubiera dicho sinceramente lo que pasaba, y hubiera casado en seguida a mis pobres chicos, nosotros nos hubiéramos marchado todos juntos, a escondidas, lejos, a un lugar que ni el aire lo hubiera sabido. Así se perdió tiempo; y ocurrió lo que ocurrió.

—El señor cura me rendirá cuentas de este hecho —dijo el cardenal.

—No señor, no, señor —dijo al punto Agnese—, no he hablado por eso: no le riña, porque ya, lo hecho, hecho está; y además no serviría de nada: ese hombre es así: si volviera a presentarse la ocasión, haría lo mismo.

Pero Lucía, no contenta con aquella manera de contar la historia, agregó:

—También nosotros hemos obrado mal: se ve que no era la voluntad del Señor que la cosa se arreglase.

—¿Qué mal podéis haber hecho vos, pobre joven? —dijo Federigo.

Lucía, a pesar de las ojeadas que su madre trataba de lanzarle a hurtadillas, contó la historia de la intentona hecha en casa de don Abbondio; y concluyó diciendo:

—Hemos obrado mal; y Dios nos ha castigado.

—Recibid de su mano los padecimientos que habéis sufrido, tened buen ánimo —dijo Federigo—, pues, ¿quién tendrá ánimos de alegrarse y esperar, sino quien ha padecido, y piensa en acusarse a sí mismo?

Preguntó entonces dónde estaba el novio, y al saber por Agnese (Lucía estaba callada, con la cabeza y los ojos bajos) que había escapado de su país, experimentó y demostró asombro y desagrado; y quiso saber por qué.

Agnese contó como mejor pudo lo poco que sabía de la historia de Renzo.

—He oído hablar de ese joven —dijo el cardenal—, pero, ¿cómo alguien que se ha visto envuelto en asuntos de esa clase, podía estar comprometido para casarse con una joven así?

—Era un joven tranquilo, hasta demasiado —añadió Agnese—, y eso se lo puede preguntar a cualquiera, también al señor cura. ¿Quién sabe qué embrollo habrán armado allí, qué intrigas? A los pobres, se necesita poco para hacerlos pasar por bribones.

—Es cierto, por desgracia —dijo el cardenal—; me informaré sobre él, no os quepa duda —y haciéndose dar el nombre y el apellido del joven, lo apuntó en un librito de memorias. Añadió luego que pensaba ir a su pueblo dentro de unos días, que entonces Lucía podría ir allí sin temor, y que, mientras tanto, él se encargaría de encontrarle un lugar donde pudiera estar segura, hasta que todo se arreglase del mejor modo.

A continuación se volvió a los dueños de la casa, que se adelantaron al instante. Renovó las palabras de agradecimiento que les había transmitido por medio del párroco, y les preguntó si aceptarían albergar por aquellos pocos días a las huéspedes que Dios les había enviado.

—¡Oh!, sí señor —respondió la mujer, con un tono de voz y con una cara que expresaba mucho más que aquella escueta respuesta, ahogada por la vergüeza. Pero el marido, excitado por la presencia de semejante interrogador, por el deseo de lucirse en una ocasión de tanta importancia, buscaba ansiosamente alguna bella respuesta. Frunció la frente, atravesó los ojos, apretó los labios, tensó con todas sus fuerzas el arco del intelecto, buscó, hurgó, sintió por dentro un entrechocar de ideas mutiladas y de medias palabras: pero el tiempo apremiaba; el cardenal daba muestras ya de haber interpretado su silencio: el pobre hombre abrió la boca y dijo—: ¡Figúrese! —Otra cosa no quiso salirle. Por lo cual, no sólo quedó corrido en ese momento; sino que siempre, en lo sucesivo, aquel recuerdo importuno le amargaba el placer del gran honor recibido. Y cuántas veces, volviendo sobre ello, y recreando con el pensamiento aquella circunstancia, acudían a su mente, casi por burla, palabras, cualquiera de las cuales habría sido mejor que aquel insulso ¡figúrese! Pero, como dice un antiguo proverbio: el infierno está empedrado de buenas intenciones.

El cardenal partió, diciendo:

—Que la bendición del Señor sea sobre esta casa.

Le preguntó luego por la noche al párroco cómo podría compensarse de modo conveniente a aquel hombre, que no debía ser rico, por la hospitalidad gravosa, especialmente en aquellos tiempos. El párroco respondió que, a decir verdad, ni las ganancias de su profesión, ni las rentas de unos campitos, que el buen sastre poseía, habrían bastado

aquel año, para ponerlo en condiciones de ser liberal con los demás; pero que teniendo unos ahorros de años anteriores, era de los más acomodados del contorno, y podía hacer algún gasto extra, sin quebranto, como seguramente hacía éste de buena gana; y que, por lo demás, no habría modo de hacerle aceptar ninguna recompensa.

—Tendrá probablemente —dijo el cardenal— créditos con gente que no puede pagar.

—Imagínese, monseñor ilustrísimo: esta pobre gente paga con lo que le sobra de la cosecha: el año pasado no sobró nada; éste, todos tienen menos de lo necesario.

—Pues bien —dijo Federigo—, me hago yo cargo de todas esas deudas; y vos me haréis la merced de pedirle las facturas y saldarlas.

—Será una suma considerable.

—Tanto mejor: y tendréis, por desgracia, otros más necesitados, que no tienen deudas porque no encuentran quién los fíe.

—¡Ay, por desgracia! Se hace lo que se puede; pero, ¿cómo atender a todo en tiempos como éstos?

—Haced que él los vista por mi cuenta, y pagadlo bien. Verdaderamente, este año, me parece robado todo lo que no se gasta en pan; pero éste es un caso especial.

No queremos, sin embargo, concluir la historia de esta jornada, sin contar brevemente cómo la terminó el *innominado*. Esta vez la nueva de su conversión lo había precedido por el valle; se había esparcido en seguida por él, y había llevado por doquier un pasmo, una ansiedad, una desazón, un susurro. A los primeros bravos, o servidores (eran todo uno) que vio, les indicó que lo siguieran; y así uno tras otro. Todos iban tras él, con una nueva incertidumbre, y con la sumisión acostumbrada; hasta que, con un séquito cada vez más numeroso, llegó al castillo. Indicó a los que se hallaban ante la puerta, que lo siguiesen como los demás; entró el primero en el patio, se dirigió al centro, y allí, todavía a caballo, lanzó un grito retumbante: era la señal habitual, a la que acudían todos los suyos que la oían. En un momento, los que estaban desperdigados por el castillo, acudieron a la voz, y se unían a los ya congregados, mirando todos al amo.

—Id a esperarme a la sala grande —les dijo; y desde lo alto de su cabalgadura, los miraba partir. Bajó luego de ella, la condujo él mismo al establo, y fue donde era esperado. Al aparecer él, cesó en el acto un gran cuchicheo que había, todos se apiñaron a un lado, dejando libre para él un gran espacio de la sala: serían unos treinta. El *innominado* alzó la mano,

como para mantener aquel silencio repentino; irguió la cabeza, que sobrepasaba todas las del grupo, y dijo:

—Escuchad todos, y que nadie hable, si no es interrogado. ¡Hijos!, el camino que hemos seguido hasta ahora, conduce al fondo del infierno. No es un reproche lo que quiero haceros, yo que soy el primero de todos, el peor de todos; pero oíd lo que tengo que deciros. Dios misericordioso me ha llamado a cambiar de vida; y yo la cambiaré, ya la he cambiado: ojalá haga lo mismo con todos vosotros. Sabed, pues, y tened por seguro que estoy resuelto a morir antes que volver a hacer nada contra su santa ley. Dispenso a cada uno de vosotros de las infames órdenes que habéis recibido de mí; vosotros me entendéis; es más, os ordeno que no hagáis nada de lo que os había ordenado. Y tened por seguro igualmente que nadie, a partir de ahora, podrá hacer el mal con mi protección, a mi servicio. El que quiera quedarse con estas condiciones, será para mí como un hijo: y me sentiría contento al final de un día en que me hubiera quedado sin comer para saciar el último de vosotros, con el último pan que quedara en mi casa. Al que no quiera, se le dará el salario que se le adeude, y una gratificación: podrá marcharse, pero que nunca más ponga los pies aquí: como no sea para cambiar de vida; pues para eso será siempre recibido con los brazos abiertos. Pensad en ello esta noche: mañana por la mañana os llamaré uno a uno, para que me deis una respuesta; y entonces os daré nuevas órdenes. Por ahora retiraos, cada cual a su puesto. Y que Dios, que ha sido tan misericordioso conmigo, os mande un buen pensamiento.

Aquí terminó, y todo quedó en silencio. Por muy variados y tumultuosos que fueran los pensamientos que rebullían en aquellos cerebros, no se traslució por fuera ninguna señal . Estaban acostumbrados a escuchar la voz de su señor como la manifestación de una voluntad a la que no se replicaba: y aquella voz, al anunciar que su voluntad había cambiado, no daba el menor indicio de estar debilitada. A ninguno de ellos se le pasó ni siquiera por la cabeza que, por haberse convertido, podían imponerse a él, responderle como a cualquier otro hombre. Veían en él a un santo, pero uno de esos santos a quienes se pinta con la cabeza alta y la espada en el puño. Además de temor, sentían también por él (principalmente los que habían nacido en sus dominios, y era una gran parte) un apego de perro fiel; sentían además todos una benevolencia nacida de la admiración; y ante su presencia experimentaban una especie, casi diría, de pudor, que incluso los ánimos más toscos y soberbios sienten ante una superioridad reconocida. Por otra parte, las cosas que habían oído de aquellos labios, eran, sí, odiosas para sus oídos, pero no falsas ni completamente extrañas

para sus intelectos: si mil veces se habían mofado de ellas, no era tanto porque no las creyesen, cuanto para prevenir con las burlas el miedo que les habría entrado, de pensar en ellas seriamente. Y ahora, al ver el efecto de aquel miedo en un ánimo como el de su amo, el que más y el que menos, no quedó uno a quien no se le contagiara algo, al menos por algún tiempo. Añádase a todo esto que los que, encontrándose por la mañana fuera del valle, habían sido los primeros en conocer la gran nueva, habían visto al mismo tiempo, y referido también, el júbilo, la exaltación de la población, el amor y la veneración por el *innominado*, que habían venido a ocupar el lugar del odio y el antiguo terror. De manera que, en el hombre al que habían mirad siempre, por así decirlo, desde abajo, aun cuando ellos mismo eran en gran parte su fuerza, veían ahora el asombro, el ídolo de una multitud, lo veían por encima de los demás, de una forma muy diferente a la de antes, pero no menos; siempre por encima de la tropa común, siempre jefe.

Estaban, pues, aturdidos, inseguros unos de otros, y cada cual de sí mismo. Unos se reconcomían, otros hacían planes sobre donde irían a buscar refugio y empleo; éste se examinaba para ver si podría adaptarse a ser hombre de bien: aquél, tocado por aquella palabras, advertía en sí cierta inclinación; otro, sin decidir nada, se proponía prometer todo por el momento, quedarse mientras tanto a comer aquel pan ofrecido de tan buen corazón, y entonces tan escaso, y ganar tiempo: ninguno rechistó. Y cuando el *innominado*, al final de su discurso, alzó de nuevo aquella mano imperiosa para indicar que se retiraran, a la chita callando, como un rebaño de ovejas, todos juntos se quitaron de la vista. Salió también él, tras ellos, y, plantándose antes en medio del patio, se quedó mirando al tenue resplandor cómo se dispersaba la manada, y cada uno se dirigía a su puesto. Subió después a buscar una antorcha, recorrió los patios, los pasillos, las salas, visitó todas las entradas, y, cuando vio que todo estaba tranquilo, se fue finalmente a dormir porque tenía sueño.

Asuntos enredados y también urgentes, aunque siempre había ido en su busca, nunca se había visto con tantos encima como entonces, en ninguna coyuntura; y sin embargo, tenía sueño. Los remordimientos que se lo habían quitado la noche anterior, en vez de haber sido aplacados, lanzaban gritos más altos, más severos, más absolutos; y sin embargo, tenía sueño. El orden, la especie de gobierno establecido por él durante tantos años, con tanto cuidado, con tan singular acoplamiento de audacia y perseverancia, ahora él mismo lo había hecho tambalearse, con unas pocas palabras; la dependencia ilimitada de los suyos, aquel estar dispuestos a todo, aquella fidelidad de mesnaderos, en la que estaba

acostumbrado a confiar desde hacía tanto tiempo, ahora él mismo la había socavado; sus medios los había convertido en un montón de embrollos, había metido la confusión y la incertidumbre en su casa; y sin embargo tenía sueño.

Fue, pues, a su cuarto, se acercó a aquel lecho en el cual la noche antes había encontrado tantas espinas; y se arrodilló junto a él, con la intención de rezar. Halló en efecto, en un ángulo escondido y profundo de su mente, las oraciones que le habían enseñado de niño; y empezó a rezarlas; y aquellas palabras que habían permanecido allí tanto tiempo revueltas, iban saliendo una a una como el hilo de una madeja al desovillarse. Experimentaba con ello una mezcla de sentimientos indefinibles; cierta dulzura en aquel retorno material a los hábitos de la inocencia; una exacerbación del dolor ante la idea del abismo que había abierto entre aquel tiempo y éste; un ardor por llegar, con obras de expiación, a una conciencia nueva, a un estado lo más cercano posible a la inocencia, a la cual no podía volver; un agradecimiento, una confianza en aquella misericordia que lo podía conducir a ese estado, y que le había dado ya tantas señales de quererlo. Levantándose luego, se acostó, y se durmió al instante.

Así terminó aquella jornada, tan célebre aún cuando escribía nuestro anónimo; y ahora, de no haber sido por él, nada se sabría al respecto, al menos de los detalles; ya que Ripamonti y Rivola, citados más arriba, no dicen sino que aquel tan famoso tirano, tras una entrevista con Federigo, cambió asombrosamente de vida, y para siempre. ¿Y cuántos son los que han leído los libros de estos dos? Menos aún que los que leerán el nuestro. ¿Y quién sabe si, en el valle mismo, caso de que alguien tuviese gana de buscarla, y habilidad para encontrarla, habrá quedado alguna deshilachada y mortecina memoria de aquel hecho? ¡Han pasado tantas cosas desde aquel tiempo!

CAPÍTULO XXV

AL día siguiente, en el pueblecito de Lucía y en todo el territorio de Lecco, no se hablaba más que de ella, del *innominado*, del arzobispo y de otro sujeto que, aunque le gustaba mucho andar en boca de los hombres, en aquella coyuntura, lo habría evitado de buena gana: queremos decir el señor don Rodrigo.

No es que ya antes de entonces no se hablase de sus asuntos; pero eran palabras dichas a medias, en secreto: era preciso que dos se conociesen muy, muy bien, para sincerarse sobre tal argumento. Y tampoco ponían en

ello todo el sentimiento de que habrían sido capaces: porque los hombres, hablando en general, cuando la indignación no se puede desahogar sin grave peligro, no sólo la demuestran menos, o guardan del todo la que sienten, sino que la sienten menos en efecto. Mas ahora, ¿quién se habría privado de informarse y conversar sobre un hecho tan clamoroso, en el que se había visto la mano del cielo, y donde hacían tan buen papel dos personajes como aquéllos?, uno, en quien un amor tan animoso por la justicia iba unido a tan gran autoridad; otro, en quien parecía que la soberbia en persona se había humillado, en quien la bravería había venido, por así decirlo, a rendir las armas y a pedir descanso. Ante tales parangones el señor don Rodrigo se quedaba un poco tamañito. Entonces todos comprendían lo que significaba atormentar a la inocencia para poderla deshonrar, perseguirla con tan descarada insistencia, con tan atroz violencia, con tan abominables insidias. Se pasaba, en esa ocasión, revista a muchas otras proezas de aquel caballero: y sobre todo ello decían lo que pensaban, animado cada uno al hallarse de acuerdo con todos. Era un susurro, una indignación general; aunque de lejos, a causa de todos los bravos que aquél tenía a su alrededor.

Buena parte de ese odio público recaía también sobre sus amigos y cortesanos. Despellejaban a su gusto al señor podestá, siempre sordo y ciego y mudo acerca de los actos de aquel tirano; pero de lejos, también con él, porque, si no tenía bravos, tenía esbirros. Con el doctor Azzeccagarbugli, que no tenía sino palabrería e intrigas, y con otros cortesanuelos de su mismo calibre, no se andaban con tantos miramientos: eran señalados con el dedo, y mirados de través; de manera que, durante algún tiempo, consideraron conveniente no dejarse ver por las calles.

Don Rodrigo, fulminado por aquella noticia tan impensada, tan distinta del aviso que esperaba de un día para otro, de un momento para otro, permaneció escondido en su castillejo, solo con sus bravos, reconcomiéndose, durante dos días; al tercero, salió hacia Milán. Si no hubiera sido más que por aquel comadrear de la gente, puede que, ya que las cosas habían ido tan lejos, se hubiera quedado aposta para hacerle frente, es más, para buscar la ocasión de dar un escarmiento a todos en la persona de alguno de los más osados; pero lo que lo echó de allí, fue el haberse sabido con certeza que el cardenal vendría también a aquel lugar. El conde tío, que de toda aquella historia no sabía sino lo que le había dicho Attilio, habría pretendido sin duda que en semejante coyuntura, don Rodrigo hiciese un gran papel, y recibiera en público del cardenal las más honrosas distinciones: pero, cualquiera puede ver lo bien encaminado que

estaba. Lo habría pretendido, y se habría hecho dar cuenta detallada; pues era una ocasión importante de hacer ver en qué estimación era tenida la familia por una autoridad de primer orden. Para zafarse de tan enojoso aprieto, don Rodrigo, levantándose una mañana antes que el sol, se metió en una carroza, con el Griso y otros bravos, por fuera, por delante y por detrás; y, dejando dada la orden de que el resto de la servidumbre lo siguiese más tarde, partió como un fugitivo, como (permítasenos elevar un poco a nuestros personajes con algún ilustre parangón), como Catilina de Roma, bufando y jurando volver muy pronto, de muy otro modo, para vengarse.

Entre tanto, el cardenal iba visitando, una cada día, las parroquias del territorio de Lecco. El día en el que debía llegar a la de Lucía, ya una parte de los habitantes había salido al camino a su encuentro. A la entrada del pueblo, justo al lado de la casita de nuestras dos mujeres, había un arco triunfal construido con palos más gruesos puestos de pie, y otros más delgados puestos de través, revestido de paja y musgo, y adornado con ramas verdes de brusco y de acebo, donde resaltaban las bayas escarlatas; la fachada de la iglesia estaba toda engalanada con tapices; de los alféizares de cada ventana colgaban colchas y sábanas extendidas, refajos de niño a guisa de colgaduras: todo lo poco necesario para dar, mal que bien, una impresión de lujo. Hacia las veintidós, que era la hora en que se esperaba al cardenal, los que se habían quedado en casa, viejos, mujeres y niños, en su mayoría, se pusieron también en camino para salir a su encuentro, medio en fila, medio en tropel, precedidos por don Abbondio, amargado en medio de tanta fiesta, ya fuese por el estruendo que lo aturdía, por el bullir de la gente de un lado a otro, que, según repetía, lo mareaba, o por la comezón secreta de que las mujeres hubieran podido irse de la lengua, y le tocase rendir cuentas de la boda.

Cuando en esto se ve asomar al cardenal, o mejor dicho, la turba en medio de la cual se encontraba su litera, con el séquito en torno; pues de todo ello no se veía sino un indicio en el aire, por encima de todas las cabezas, un trozo de la cruz llevada por el capellán, que montaba una mula. La gente que iba con don Abbondio se apresuró desordenadamente a reunirse con la otra: y él, tras haber dicho tres o cuatro veces:

—Despacio; en fila, ¿qué hacéis? —dio media vuelta despechado; y sin dejar de rezongar—: Qué Babilonia, qué Babilonia —entró en la iglesia mientras aún estaba vacía; y se quedó allí esperando.

El cardenal avanzaba, repartiendo bendiciones con la mano, y recibiéndolas de labios de la gente, que los de su séquito a duras penas lograban mantener a cierta distancia. Por ser el pueblo de Lucía, aquella

gente hubiera querido hacer al arzobispo demostraciones extraordinarias; pero la cosa no era fácil, pues era costumbre que, dondequiera que llegaba, todos hacían lo más que podían. Ya en el mismo comienzo de su pontificado, en su primera entrada solemne en la catedral, el gentío y el ímpetu de la muchedumbre que se le echaba encima, habían sido tales como para hacer temer por su vida; y algunos gentileshombres que se hallaban más próximos, habían desenvainado las espadas, para atemorizar y rechazar a la multitud. Tanta descompostura y violencia había en aquellas costumbres, que, incluso para hacer demostraciones de cariño a un obispo en la iglesia, y para moderarlas, se andaba muy cerca de matar. Y aquella defensa quizá no hubiera sido suficiente, si el maestro y el vicemaestro de ceremonias, un tal Clereci y un tal Picozzi, jóvenes sacerdotes en buena forma física y espiritual, no lo hubieran cogido en brazos, y llevado en volandas, desde la puerta hasta el altar mayor. Desde entonces, en tantas visitas episcopales como hubo de hacer, la primera entrada en la iglesia puede contarse sin asomo de broma entre sus fatigas pastorales y alguna vez, entre los peligros que corrió.

Entró también en ésta como pudo; fue al altar y, tras estar un rato en oración, hizo, según su costumbre, un pequeño discurso al pueblo, sobre su amor por ellos, sobre el deseo de su salvación, y sobre cómo debían disponerse para la función del día siguiente. Retirándose luego a la casa del párroco, mientras conversaban, le pidió informes sobre Renzo. Don Abbondio dijo que era un joven de genio un poco vivo, un poco testarudo, un poco colérico. Pero, ante más detalladas y precisas preguntas, hubo de contestar que era un hombre de bien, y que tampoco él se explicaba cómo, en Milán, había podido hacer todas aquellas diabluras que se habían dicho.

—En cuanto a la joven —continuó el cardenal—, ¿os parece también a vos que puede volver a vivir en su casa sin peligro?

—Por ahora —respondió don Abbondio— puede venir sin cuidado: digo, por ahora; pero —añadió luego con un suspiro—, haría falta que vuestra señoría ilustrísima estuviese siempre aquí, o por lo menos cerca.

—El señor está siempre cerca —dijo el cardenal—; por lo demás, yo me ocuparé de ponerla en sitio seguro. —Y dio al instante órdenes para que al día siguiente, se enviase temprano la litera, con una escolta, a fin de recoger a las dos mujeres.

Don Abbondio salió de allí muy contento de que el cardenal le hubiera hablado de los dos jóvenes, sin pedirle cuentas de su negativa a casarlos. «De modo que no sabe nada», decía para sí; «Agnese ha callado, ¡milagro! Es cierto que tienen que volver a verse; pero ya le daremos, ya le

daremos otras instrucciones.» Y no sabía el pobre hombre, que Federigo no había tocado aquel argumento, precisamente porque tenía intención de hablarle de ello largo y tendido, con más tiempo; y, antes de darle su merecido, quería oír también sus razones.

Pero la preocupación del buen prelado por poner a Lucía en sitio seguro ya era inútil: después de dejarla, habían ocurrido cosas que debemos contar.

Las dos mujeres, en aquellos pocos días que hubieron de pasar en la hospitalaria casita del sastre, habían reanudado, en la medida de lo posible, cada una su antiguo tenor de vida. Lucía había pedido en seguida algo que hacer; y, al igual que en el monasterio, cosía y cosía, retirada en un cuartito, lejos de los ojos de la gente. Agnese salía algunas veces, y otras trabajaba en compañía de su hija. Sus conversaciones eran tanto más tristes, cuanto más afectuosas: las dos estaban preparadas para una separación; ya que la oveja no podía volver tan cerca de la guarida del lobo: ¿y cuándo, cuál, sería el término de esa separación? El porvenir era oscuro, enmarañado: principalmente para una de ellas. Agnese, de todos modos, hacía alegres conjeturas sobre él: que Renzo finalmente, salvo que le hubiera ocurrido alguna desgracia, pronto debería dar noticias suyas; y si había encontrado trabajo y acomodo, si (¿y cómo dudarlo?) se mantenía firme en sus promesas, ¿por qué no podían marcharse con él? Y de tales esperanzas hablaba una y otra vez a su hija, para la cual no sabría decir si era mayor dolor el escuchar, o pena el responder. Su gran secreto había seguido guardándolo para sí; aunque inquieta y disgustada por emplear, con una madre tan buena, un subterfugio, que no era el primero; pero, retenida casi de modo invencible, por la vergüenza y por los diversos temores que hemos dicho antes, lo iba dejando de un día para otro, sin decir nada. Sus planes eran muy distintos de los de su madre, o mejor dicho, no los reñía; se había puesto en manos de la Providencia. Trataba, pues, de eludir, o de desviar aquel tema; o decía, en términos generales, que ya no tenía esperanzas, ni deseaba ninguna cosa de este mundo, salvo poder reunirse pronto con su madre; la mayor parte de las veces, el llanto venía oportunamente a cortar sus palabras.

—¿Sabes por qué te parece eso? —decía Agnese—, porque has sufrido mucho, y no puedes creer que las cosas lleguen a arreglarse. Pero deja obrar al Señor; y si... Deja que se vea un rayito, sólo un rayito de esperanza; y ya me dirás entonces si no te importa nada—. Lucía besaba a su madre, y lloraba.

Por lo demás, entre ellas y sus huéspedes había nacido en seguida una gran amistad: ¿y dónde iba a nacer, sino entre beneficiados y

bienhechores, cuando unos y otros son buena gente? Agnese en especial tenía sus buenas charlas con la dueña de la casa. El sastre, por su parte, les procuraba un poco de distracción con relatos, y con pláticas morales: y, a la hora del almuerzo sobre todo, siempre tenía alguna bella historia que contar, de Bovo dAntona o de los Padres del desierto.

No muy lejos de aquel pueblecito, estaba en su finca de recreo un matrimonio de alto rango; don Ferrante y doña Prassede: su linaje, como siempre, en el tintero del anónimo. Era doña Prassede una anciana señora muy inclinada a hacer el bien: el oficio sin duda más digno que puede ejercer un hombre; pero que desgraciadamente también puede hacer daño como los demás. Para hacer el bien, hay que conocerlo; y al igual que cualquier otra cosa, no podemos conocerlo sino en medio de nuestras pasiones, mediante nuestros juicios, con nuestras ideas; las cuales muy a menudo dejan bastante que desear. Con las ideas doña Prassede se comportaba como dicen que debe hacerse con los amigos: tenía pocas; pero con esas pocas estaban muy encariñada. Entre esas pocas, había por desgracia muchas equivocadas; y no eran aquellas por las que menos apego sentía. Sucedía, pues, o que se proponía como un bien lo que no lo era, o que tomaba por medios, cosas que podían más bien surtir el efecto contrario, o que creía lícitos los que no lo eran en modo alguno, gracias a cierta vaga suposición, de que quien hace más de lo que debe, puede hacer más de lo que tiene derecho; le acontecía no ver en un hecho lo que había de real, o ver lo que no había; y muchas otras cosas parecidas, que pueden suceder y que les suceden a muchos, sin exceptuar a los mejores; pero a doña Prassede, demasiado a menudo, y con frecuencia, todas de una vez.

Al oír el gran suceso de Lucía, y todo lo que, en aquella ocasión, se decía de la joven, le entró curiosidad por verla; y mandó una carroza, con un viejo bracero, a buscar a la madre y a la hija. Esta se encogía de hombros, y rogaba al sastre, el cual les había llevado el recado, que encontrase el modo de excusarla. Mientras se había tratado de gente sencilla, que pretendía conocer a la joven del milagro, el sastre le había hecho de buena gana ese favor; pero en este caso, la negativa le parecía una especie de rebelión. Hizo tantos aspavientos y lanzó tantas exclamaciones, dijo tantas cosas: que eso no se hacía, que era una casa grande, que a los señores no se les dice que no, y que podía ser su fortuna, y que la señora doña Prassede, sin contar lo demás, era una santa; tantas cosas en suma, que Lucía hubo de rendirse: más aún puesto que Agnese confirmaba todas aquellas razones con otros tantos: —Pues claro, pues claro.

Cuando llegaron ante la señora, ésta les prodigó una gran acogida, y un sinfín de parabienes; interrogó, aconsejó: todo ello con cierta superioridad casi innata, pero corregida por tantas expresiones humildes, atemperada por tanta solicitud, aderezada con tanta espiritualidad, que, Agnese casi en seguida, Lucía, poco después, empezaron a sentirse aliviadas del respeto opresor que al principio les había infundido aquella presencia señorial; más aún, encontraron en ella cierto atractivo. Y para ir al grano, doña Prassede, al oír que el cardenal se había comprometido a buscar alojamiento a Lucía, aguijoneada por el deseo de secundar aquella buena intención, y de anticiparse a ella al mismo tiempo, se ofreció a acoger a la joven en su casa, donde, sin encomendársele ninguna tarea especial, podría, a su gusto, ayudar a las otras mujeres en sus labores. Y añadió que ella se encargaría de comunicárselo a monseñor.

Además del bien claro e inmediato que había en tal obra, doña Prassede veía, y se proponía otro, quizá más importante, en su opinión; enderezar una cabeza, poner en el buen camino a alguien que lo necesitaba mucho. Porque, desde que había oído hablar por primera vez de Lucía, se había persuadido al instante de que una joven que había podido prometerse a un granuja, a un sedicioso, a un carne de horca, en suma, alguna tacha, algún defectillo oculto debía tener. Dime con quién andas, y te diré quién eres. Al ver a Lucía se confirmó en aquella convicción. No es que en el fondo, como quien dice, no le pareciese buena muchacha; pero había mucho que decir. Aquella cabecita gacha, con la barbilla clavada en el hueco de la garganta, aquel no responder, o responder seca, seca, como a la fuerza, podían indicar timidez; pero denotaban sin duda mucha terquedad: no se necesitaba mucho para adivinar que aquella cabecita tenía sus ideas. Y aquel ruborizarse a cada momento, y aquel contener los suspiros... Dos ojazos, además, que a doña Prassede no le gustaban ni pizca. Tenía ella por cierto, como si lo supiera de buena fuente, que todas las desgracias de Lucía eran un castigo del cielo por su amistad con aquel granuja, y un aviso para hacer que se apartase por completo de él; y sentado esto, se proponía cooperar a tan buen fin. Ya que, como a menudo decía a los demás y a sí misma, todo su afán era secundar la voluntad del cielo: pero cometía con frecuencia una grave equivocación, y era confundir su cerebro con el cielo. Sin embargo, se guardó muy mucho de dar el menor indicio de la segunda intención que hemos dicho. Era ésta una de sus máximas, que, para conseguir hacer el bien a la gente, lo primero, en la mayoría de los casos, era no ponerla al corriente de aquel propósito.

La madre y la hija se miraron a la cara. En la dolorosa necesidad de separarse, les pareció a ambas que el ofrecimiento podía aceptarse,

aunque sólo fuera por estar aquella mansión tan cerca de su pueblecito: de modo que, en el peor de los casos, se aproximarían y podrían reunirse, en la siguiente temporada de recreo. Visto, cada una en los ojos de la otra, el asentimiento, se volvieron ambas hacia doña Prassede con ese modo de dar las gracias que es una aceptación. Ella renovó sus gentilezas y sus promesas, y dijo que mandaría en seguida una carta para que se la entregaran a monseñor.

Así que se fueron las mujeres, la carta hizo que se la redactara don Ferrante, de quien, por ser literato, como diremos con más detalle, se servía como secretario, en las ocasiones importantes. Tratándose de una de esa clase, don Ferrante puso en ello todo su saber, y, al entregar el borrador a su consorte para que lo copiara, le recomendó encarecidamente que cuidara la ortografía; que era una de las muchas cosas que había estudiado, y de las pocas sobre las que tenía autoridad en la casa. Doña Prassede copió diligentísimamente, y envió la carta a casa del sastre. Esto fue dos o tres días antes de que el cardenal mandase la litera para llevar a las mujeres a su pueblo.

Nada más llegar, se apearon en la casa del párroco, donde se encontraba el cardenal. Había orden de hacerlas pasar en seguida: el capellán, que fue el primero en verlas, la cumplió, reteniéndolas tan sólo lo necesario para darles, aprisa y corriendo, algunas instrucciones sobre el ceremonnial que habían de emplear con monseñor, y sobre el tratamiento que debían darle; cosa que solía hacer siempre que podía, a escondidas de él. Para el pobre hombre era un tormento continuo ver el poco orden que reinaba en torno al cardenal, en lo tocante a este punto:

—Todo —comentaba con los demás miembros de la familia episcopal— por la excesiva bondad de este bendito hombre; por su gran familiaridad. Y contaba que había llegado a oír con sus propios oídos responderle una vez: sí señor, y no señor.

Estaba en ese momento el cardenal conversando con don Abbondio, sobre los asuntos de la parroquia: de modo que éste no tuvo ocasión para dar también él como hubiera deseado, sus instrucciones a las mujeres. Tan sólo al pasar por su lado, mientras él salía y ellas entraban, pudo guiñarles un ojo, para indicar que estaba satisfecho de ellas, y que siguieran, como buenas chicas, sin decir nada.

Tras los primeros agasajos de una parte, y las primeras reverencias de la otra, Agnese se sacó del pecho la carta, y se la entregó al cardenal, diciendo: Es de la señora doña Prassede, que dice que conoce mucho a vuestra señoría ilustrísima, monseñor, como naturalmente, entre señores grandes, todos han de conocerse. Cuando la lea, verá.

—Bien —dijo Federigo, una vez hubo acabado de leer, y exprimido el jugo de los florilegios de don Ferrante. Conocía lo bastante aquella casa como para estar seguro de que Lucía era invitada allí con buena intención, y de que en ella estaría a salvo de las insidias y la violencia de su perseguidor. Sobre el concepto que le merecía la cabeza de doña Prassede, no tenemos noticias positivas. Probablemente no era aquélla la persona que hubiera elegido para tal fin; pero, como hemos dicho o dado a entender en otro lugar, no tenía por costumbre deshacer las cosas que no eran de su incumbencia, para volver a hacerlas mejor.

—Tomad con paciencia también esta separación, y la incertidumbre en que os encontráis —añadió luego—; confiad en que será para acabar pronto, y que el Señor quiere conducir las cosas al término al que parece haberlas encaminado; mas tened por cierto que lo que quiera Él, será lo mejor para vosotras. —Dio aparte a Lucía alguna otra recomendación cariñosa, algún otro consuelo a ambas; las bendijo, y las dejó marchar. Apenas estuvieron fuera, se les echó encima un ejambre de amigos y amigas, el municipio en pleno, puede decirse, las esperaba, y las condujo a casa, como en triunfo. Había entre todas aquellas mujeres una porfía por felicitarlas, por compadecer, por preguntar; y todas lanzaban exclamaciones de disgusto, al oír que Lucía se marcharía al día siguiente. Los hombres rivalizaban en ofrecer sus servicios; todos querían quedarse esa noche de guardia en la casita. Sobre este hecho, nuestro anónimo consideró oportuno formular una máxima: ¿queréis que muchos os ayuden?, tratad de no necesitarlo.

Tantos agasajos confundían y aturdían a Lucía: Agnese no se azoraba por tan poco. Pero en sustancia le hicieron bien también a Lucía, distrayéndola algo de los pensamientos y los recuerdos que, desgraciadamente, aún en medio de la barahúnda, se le despertaban ante aquella puerta, en aquellos cuartitos, a la vista de cada objeto.

Al toque de la campana que anunciaba el comienzo cercano de la función, todos se encaminaron hacia la iglesia, y fue para nuestras mujeres otro paseo triunfal.

Terminada la función, don Abbondio, que había corrido a ver si Perpetua tenía todo bien dispuesto para el almuerzo, fue llamado por el cardenal. Acudió en seguida junto al ilustre huésped el cual, dejándolo acercarse —Señor cura —comenzó; y estas palabras fueron dichas de manera que daban a entender que eran el principio de un discurso largo y serio—, señor cura: ¿por qué no habéis unido a esa pobre Lucía con su prometido?

«Ya se han ido esas de la lengua», pensó don Abbondio; y respondió farfullando:

—Monseñor ilustrísimo habrá oído hablar sin duda del desbarajuste que ha nacido de ese asunto: ha sido tal confusión, que ni aun hoy se puede ver claro: como bien podrá deducir, vuestra señoría de que la joven está aquí, después de tantos accidentes, casi de milagro; y el joven, después de otros accidentes, no se sabe dónde está.

—Pregunto —prosiguó el cardenal— si es verdad que, antes de todos esos sucesos, habéis rehusado celebrar la boda, cuando se os pidió, en el día fijado; y por qué.

—Verdaderamente... si vuestra señoría ilustrísima supiese... qué amenazas... qué ordenes terribles recibí de no hablar... —Y se quedó así, sin terminar, con cierto ademán como para dar respetuosamente a entender que sería una indiscreción querer saber más.

—¡Pero! —dijo el cardenal con una voz y un aire graves, fuera de lo ordinario—, es vuestro obispo quien, por deber suyo y para justificación vuestra, quiere saber de vos por qué no habéis hecho lo que, por vía regular, es vuestra obligación.

—Monseñor —dijo don Abbondio, haciéndose pequeñito, pequeñito—, yo no he querido decir... pero me pareció que, siendo cosas enmarañadas, cosas viejas y sin remedio, era inútil revolverlas... Pero, pero, digo... ya sé que vuestra señoría ilustrísima no querrá traicionar a un pobre párroco suyo. Porque, ya lo ve, monseñor; vuestra señoría ilustrísma no puede estar en todas partes; y yo me quedo aquí expuesto... Pero, ya que me lo manda, lo diré, lo diré todo.

—Hablad: yo no quisiera sino hallaros libre de culpa.

Entonces don Abbondio se puso a contar la dolorosa historia; pero calló el nombre principal, y lo sustituyó por: un gran señor, dejando así a la prudencia todo lo que poco que se podía, en semejante aprieto.

—¿Y no habéis tenido otro motivo? —preguntó el cardenal, cuando don Abbondio hubo concluido.

—Puede que no me haya explicado bien —respondió éste—: me ordenaron no celebrar la boda bajo pena de la vida.

—¿Y os parece ésa una razón suficiente para dejar de cumplir con un preciso deber?

—Yo, con mi deber, siempre he tratado de cumplir, incluso con grave incomodidad mía, pero cuando se trata de la vida...

—Y cuado os habéis presentado a la Iglesia —dijo, con acento aún más grave, Federigo— para haceros cargo de este santo ministerio, ¿os ha asegurado ella vuestra vida? ¿Os ha dicho que los deberes inherentes al ministerio estaban libres de todo obstáculo, inmunes contra todo peligro? ¿Os ha dicho acaso que donde empezara el peligro, allí cesaría el deber?

¿O no os ha dicho expresamente lo contrario? ¿No os ha advertido que os mandaba como un cordero entre los lobos? ¿No sabíais vos que había violentos, a quienes podría desagradar lo que se os ordenara a vos? Aquel de quien recibimos la doctrina y el ejemplo, a imitación de Quien nos dejamos llamar y nos llamamos pastores, viniendo a la tierra a ejercer este oficio, ¿puso acaso como condición salvar su vida? Y para salvarla, para conservarla, digo, unos días más sobre la tierra, en detrimento de la caridad y el deber, ¿eran precisas la santa unción, la imposición de manos, la gracia del sacerdocio? Basta el mundo para dar esa virtud, para enseñar esa doctrina. ¿Qué digo?, ¡qué vergüenza!, el mismo mundo la rechaza: también el mundo hace sus leyes, que prescriben el bien y el mal; también tiene su evangelio, un evangelio de soberbia y de odio; y no quiere que se diga que el amor por la vida es una razón para transgredir sus mandamientos. No lo quiere; y es obedecido. ¡Y nosotros!, ¡nosotros, hijos y anunciadores de la promesa! ¿Qué sería la Iglesia, si ese lenguaje vuestro fuera el de todos vuestros hermanos? ¿Dónde estaría, si se hubiese presentado en el mundo con esas doctrinas?

Don Abbondio estaba cabizbajo: su espíritu se encontraba entre aquellos argumentos, como un polluelo en las garras de un halcón, que lo tiene suspendido en una región desconocida, en un aire que nunca ha respirado. Viendo que algo había que responder, dijo, con cierta forzada sumisión:

—Monseñor ilustrísimo, estaré equivocado. Si la vida no se debe tener en cuenta, yo no sé qué decir. Pero cuando uno ha de vérselas con cierta gente, con gente que tiene la fuerza, y que no quiere atender a razones, aun queriendo obrar bien, no sé qué podría sacarse en limpio. Ese es un caballero, con el que no se puede ganar ni tampoco empatar.

—¿Y no sabéis vos que el sufrir por la justicia es nuestra victoria? Y si no sabéis esto, ¿qué es lo que predicáis?, ¿de qué sois maestro?, ¿cuál es la buena nueva que anunciáis a los pobres? ¿Quién pretende de vos que venzáis la fuerza con la fuerza? Ciertamente no se os pedirá cuenta un día de si habéis sabido tener a raya a los poderosos; pues para eso no se os dio ni misión, ni medios. Pero sí se os preguntará si habéis empleado los medios que estaban en vuestra mano para hacer lo que se os había prescrito, aun cuando tuviesen la temeridad de prohibíroslo.

«También estos santos son curiosos», pensaba entre tanto don Abbondio; «en resumen, el jugo de todo esto es que le preocupan más los amores de dos jóvenes, que la vida de un pobre sacerdote». Y por lo que a él respectaba, se habría conformado de buena gana con que la plática acabara allí; pero veía al cardenal, a cada pausa, quedarse en actitud de

quien aguarda una respuesta: una confesión, o una apología, algo, en suma.

—Vuelvo a decir, monseñor —respondió, pues— que estaré equivocado... El valor, uno no se lo puede dar.

—¿Y por qué entonces, podría deciros yo, os habéis comprometido a un ministerio que os impone estar en guerra con las pasiones del siglo? Mas o diré en cambio, ¿cómo no pensáis que, si en este ministerio, sea cual sea el modo en que llegasteis a él, os hace falta valor, para cumplir con vuestras obligaciones, hay Alguien que os lo dará infaliblemente, con sólo pedírselo? ¿Creéis vos que todos esos millones de mártires eran valerosos por naturaleza?, ¿qué despreciaban la vida de modo natural?, tantos jovencitos que empezaban a disfrutarla, tantos viejos habituados a lamentarse de que estuviese tan próxima a su fin, tantas doncellas, tantas esposas, tantas madres? Todos tuvieron valor; porque el valor era necesario, y ellos confiaban. Conociendo vuestra debilidad y vuestros deberes, ¿habéis pensado vos en prepararos para los pasos difíciles en que podíais encontraros, en que os habéis encontrado en efecto? ¡Ah!, si durante años de labor pastotal, habéis amado (¿y cómo no ibais a hacerlo?) a vuestro rebaño, si habéis puesto en él vuestro corazón, vuestros cuidados , vuestras delicias, el valor no debía faltaros llegada la necesidad: el amor es intrépido. Pues bien, si vos amabais a los que están confiados a vuestros cuidados espirituales, a los que llamáis hijos; cuando veíais a dos de ellos amenazados, junto con vos, ¡ah, sin duda!, del mismo modo que la debilidad de la carne os hizo temblar por vos, la caridad os habrá hecho temblar por ellos. Os habréis avergonzado de aquel primer temor, porque era un efecto de vuestra miseria, habréis implorado fuerza para vencerlo, para arrojarlo de vos, porque era una tentación: pero el temor santo y noble por los demás, por vuestros hijos, ése lo habréis escuchado, ése no os habrá dejado en paz, ése os habrá incitado, obligado, a pensar, a hacer lo que se pudiera, para poner reparo al peligro que se cernía sobre ellos... ¿Qué os ha inspirado el temor, el amor? ¿Qué habéis hecho por ellos? ¿Qué habéis pensado? Y calló en actitud del espera.

CAPÍTULO XXVI

ANTE semejante pregunta, don Abbondio, que se las había ingeniado para responder algo a otras menos concretas, se quedó sin articular palabra. Y, a decir verdad, también nosotros con este manuscrito delante, con una pluma en la mano, no teniendo que combatir sino con frases, ni

otra cosa que temer sino las críticas de nuestros lectores; también nosotros, digo, sentimos cierta repugnancia a proseguir: hallamos un no sé qué de extraño en sacar a relucir, con tan poco esfuerzo, tan hermosos preceptos de fortaleza y caridad, de activa solicitud por los demás, de sacrificio ilimitado de sí mismo. Mas pensando que esas cosas eran dichas por uno que después las hacía, seguiremos adelante, con valor.

—¿No respondéis? —prosiguió el cardenal—. Ay, si hubierais hecho, por vuestra parte, lo que la caridad, lo que el deber exigía; como quiera que hubiesen ido las cosas, no os faltaría ahora una respuesta. Ved, pues, vos mismo lo que habéis hecho. Habéis obedecido a la iniquidad, descuidado lo que el deber os prescribía. La habéis obedecido puntualmente: se había mostrado a vos, para imponeros su deseo; pero quería permanecer oculta a quien habría podido defenderse de ella, y ponerse en guardia; no quería que se hiciera ruido, quería el secreto, para madurar a sus anchas sus planes de asechanzas y de violencia; os ordenó la transgresión y el silencio: vos habéis transgredido y no hablabais. Os pregunto ahora si no habéis hecho algo más; vos me diréis si es o no cierto que habéis buscado pretextos para vuestra negativa, para no revelar su motivo —y permaneció callado un rato, esperando de nuevo una respuesta.

«También le han ido con ese cuento, esas cotorras», pensaba don Abbondio; mas no daba señales de tener nada que decir; de modo que el cardenal prosiguió:

—Si es verdad que le habéis dicho a esos pobrecillos lo que no era, para mantenerlos en la ignorancia, en la oscuridad, en que la iniquidad los quería... Así pues, debo creerlo; así pues, no me queda sino sonrojarme con vos, y esperar que vos lloréis conmigo. Ved a lo que os ha llevado (¡Dios santo!, y aún lo aducíais ahora como excusa) esa preocupación por una vida que ha de terminar. Os ha llevado... rebatid libremente estas palabras, si os parecen injustas, tomadlas como una humillación saludable, si no lo son... os ha llevado a engañar a los débiles, a mentir a vuestros hijos.

«Así son las cosas», seguía diciendo para sus adentros don Abbondio: «a ese satanás», y pensaba en el *innominado*, «los brazos al cuello; y a mí, por una media mentira, dicha con el único fin de salvar el pellejo, tanto alboroto. Pero son superiores; siempre tienen razón. Es mi estrella que todos hayan de tomarla conmigo; hasta los santos». Y en voz alta:

—He faltado, comprendo que he faltado; pero ¿qué podía hacer, en semejante trance?

—¿Y aún lo preguntáis? ¿Y no os lo he dicho? ¿Y debía decíroslo yo? Amar, hijo mío; amar y rezar. Entonces habríais visto que la iniquidad

puede tener, sí, amenazas que hacer, golpes que dar, pero no órdenes; habríais unido, según la ley de Dios, lo que el hombre quería separar; habríais prestado a aquellos infelices inocentes el ministerio que tenían derecho a exigir de vos: de las consecuencias habría salido fiador Dios, pues se habría seguido su camino: al haber tomado otro, el fiador sois vos; ¡y de qué consecuencias! ¿Pero acaso todos los remedios humanos os faltaban?, ¿acaso no estaba abierta ninguna salida, si hubierais querido mirar a vuestro alrededor, pensar, buscar? Sabed ahora que esos pobrecitos vuestros, de haber estado casados, habrían pensado por sí mismos en ponerse a salvo, estaban dispuestos a quitarse de la vista del tirano, ya tenían pensado el lugar de su refugio. Pero aun sin esto, ¿no se os ocurrió pensar que después de todo teníais un superior? El cual, ¿cómo podría tener la autoridad de reprenderos por haber faltado a vuestro deber si no tuviera también la obligación de ayudaros a cumplirlo? ¿Por qué no habéis pensado en informar a vuestro obispo del impedimento que una infame violencia ponía al ejercicio de vuestro ministerio?

«¡Los consejos de Perpetua!», pensaba airadamente don Abbondio, a quien, en medio de aquellas palabras, lo que más vivamente se le representaba, era la imagen de aquellos bravos, y la idea de que don Rodrigo estaba vivo y sano, y que, un día u otro regresaría glorioso y triunfante, y enfurecido. Y aunque aquella dignidad presente, aquel aspecto y aquel lenguaje lo hicieran estar confuso, y le infundieran cierto temor, era un temor que no lo subyugaba por completo, ni impedía a su pensamiento rebelarse: porque aquel pensamiento decía que, a fin de cuentas, el cardenal no hacía uso ni de escopeta, ni de espada, ni de bravos.

—¿Cómo no habéis pensado —proseguía éste— que si a aquellos inocentes asechados no se les hubiera abierto ningún otro refugio, estaba yo para acogerlos, para ponerlos a salvo, si vos me los hubierais enviado, enviado a unos desvalidos a su obispo, como cosa suya, como parte preciosa, no digo de su cargo, sino de sus riquezas? Y en cuanto a vos; yo me habría inquietado por vos, yo no habría podido dormir hasta estar seguro de que no se os tocaría un solo pelo de la ropa. ¿Es que no iba a tener cómo, dónde poner a salvo vuestra vida? Pero aquel hombre tan osado, ¿creéis vos que no habría perdido un poco de su osadía al saber que sus tramas eran conocidas fuera de aquí, conocidas por mí, que yo velaba y estaba resuelto a emplear en vuestra defensa todos los medios que estuvieran en mi mano? ¿No sabíais que si el hombre promete demasiado a menudo más de lo que puede mantener, también amenaza no menos a menudo, más de lo que se atreve luego a cumplir? ¿No

sabíais que la iniquidad no se funda sólo en sus propias fuerzas, sino también en la credulidad y el miedo ajenos?

«Las mismísimas razones de Perpetua», pensó también ahora don Abbondio, sin reparar en que aquel hallarse de acuerdo su criada y Federigo Borromeo sobre lo que se habría podido y debido hacer, quería decir mucho en su contra.

—Pero vos —prosiguió y concluyó el cardenal— no habéis visto, no habéis querido ver más que vuestro peligro temporal; ¿cómo asombrarse de que os haya parecido tan grande, como para haceros olvidar cualquier otra cosa?

—Es porque aquellas caras las vi yo —se le escapó a don Abbondio—, y aquellas palabras las oí yo. Vuestra señoría ilustrísima habla muy bien; pero habría que haber estado en el lugar de un pobre cura, y haberse encontrado en aquel trance.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se mordió la lengua; se dio cuenta de que se había dejado llevar demasiado por la ira, y dijo para sí: «Ahora viene el chaparrón.» Pero, alzando recelosamente la mirada, se quedó asombrado al ver la expresión de aquel hombre, que nunca conseguía adivinar ni entender, al verlo, digo, pasar de aquella autoridad grave y reprensora a una gravedad contrita y pensativa.

—¡Desgraciadamente! —dijo Federigo—, tal es nuestra mísera y terrible condición. Debemos exigir rigurosamente de los demás lo que sólo Dios sabe si estaríamos dispuestos a dar: debemos juzgar, corregir, reprender; ¡y sabe Dios lo que haríamos en el mismo caso, lo que hemos hecho en casos parecidos! Pero, ¡ay si yo tomase mi debilidad como medida del deber ajeno, como norma de mi enseñanza! Y sin embargo no hay duda de que, junto con las doctrinas, yo debo dar ejemplo a los demás, no asemejarme al doctor de la ley, que carga a los otros con pesos que no pueden soportar, y que él no tocaría con un dedo. Pues bien, hijo y hermano mío; como los errores de los que gobiernan son a menudo mejor conocidos por los otros que por ellos mismos; si vos sabéis que yo, por pusilanimidad, por cualquier respeto humano, he descuidado alguna obligación mía, decídmelo francamente, hacédmelo ver; a fin de que, donde ha faltado el ejemplo, lo supla al menos la confesión. Reprochadme libremente mis debilidades; y entonces las palabras adquirirán más valor en mi boca, pues sentiréis más vivamente que no son mías, sino de Quien debe darnos a vos y a mí la fuerza necesaria para hacer lo que prescriben.

«¡Oh, qué hombre tan santo!, ¡pero qué tormento!», pensaba don Abbondio: «Hasta consigo mismo, con tal de hurgar, remover, criticar, inquirir: hasta consigo mismo». Dijo luego en voz alta:

—¡Oh, monseñor!, ¿se burla de mí? ¿Quién no conoce la fortaleza de espíritu, el impávido celo de vuestra señoría ilustrísima? —y agregó para su coleto: «Hasta demasiado.»

—Yo no os pedía un elogio, que me hace temblar —dijo Federigo— porque Dios conoce mis faltas, y lo que también yo conozco, basta para confundirme. Lo que hubiese querido, lo que quisiera es que nos confundiésemos juntos ante El, para confiar juntos. Quisiera, por amor a vos, que entendierais cuán opuesta ha sido vuestra conducta, cuán opuesto es vuestro lenguaje a la ley que predicáis, y según la cual seréis juzgado.

—Cargo yo con toda la culpa —dijo don Abbondio—; pero esas personas que le han ido con el cuento, no le han dicho también cómo se introdujeron en mi casa, a traición, para sorprenderme, y hacer un casamiento contra las reglas.

—Me lo han dicho, hijo mío: pero lo que me apena, lo que me aterra, es que vos deseéis aún disculparos; que penséis en disculparos, acusando; que saquéis materia de acusación de aquello que debería ser parte de vuestra confesión. ¿Quién los puso, no digo en la necesidad, sino en la tentación de hacer lo que hicieron? ¿Habrían buscado ellos esa vía irregular, si la legítima no se les hubiera cerrado?, ¿pensado en tender celadas a su pastor, si hubieran sido acogidos en sus brazos, ayudados, aconsejados por él?, ¿en sorprenderlo, si no se hubiera escondido? ¿Y contra éstos presentáis cargos?, ¿y os indignáis porque, tras tantas desventuras, qué digo, en medio de la desventura, le han dicho unas palabras de desahogo a su pastor, al vuestro? Que la reclamación del oprimido, la queja del afligido sean odiosas al mundo, así es el mundo; ¡pero nosotros! ¿Y qué habríais salido ganando, si hubieran callado? ¿Os convenía que su causa fuese íntegra al juicio de Dios? ¿No es para vos una nueva razón de amar a esas personas (y ya tenéis muchas razones), que os hayan dado ocasión para escuchar la voz sincera de vuestro obispo, que os hayan dado un medio para conocer mejor, y pagar en parte la deuda que tenéis con ellos? ¡Ah!, si os hubieran provocado, ofendido, atormentado, os diría (¿y haría falta que os lo dijera?) que los amaseis, precisamente por eso. Amadlos porque han sufrido, porque sufren, porque son vuestros, porque son débiles, porque necesitáis un perdón, y para obtenerlo, imaginaos cuánta fuerza tendrán sus plegarias.

Don Abbondio callaba; pero ya no era el mismo silencio forzado e impaciente: callaba como quien tiene más cosas que pensar que cosas que decir. Las palabras que oía eran consecuencias inesperadas, aplicaciones nuevas, pero de una doctrina antigua en su mente, y no

discutida. El mal ajeno, de cuya consideración lo había distraído siempre el miedo por el propio, le producía ahora una impresión distinta. Y si no sentía todo el remordimiento que la reprimenda quería producir (pues ese mismo miedo seguía allí, haciendo el oficio de defensor), algo sentía, no obstante; sentía cierto disgusto de sí mismo, una compasión por los demás, una mezcla de ternura y confusión. Era, si se nos permite esta comparación, como la mecha húmeda y aplastada de una vela que, acercada a la llama de una gran antorcha, al principio humea, salpica, chisporrotea, no quiere saber nada; mas al final se enciende y, mal que bien, arde. Se habría acusado abiertamente, habría llorado, de no ser por el recuerdo de don Rodrigo; pero, con todo, se mostraba lo bastante conmovido como para que el cardenal pudiera advertir que sus palabras no habían sido en balde.

—Ahora —prosiguió éste— el uno, huido de su casa, la otra a punto de abandonarla, los dos con motivos sobrados para mantenerse alejados de ella, sin probabilidad de volver a reunirse jamás aquí, y contentos con esperar que Dios los reúna en otra parte; ahora, por desgracia, no necesitan de vos; por desgracia, no tenéis ocasión de hacerles el bien; ni nuestra corta previsión puede descubrir ninguna en el futuro. Pero, ¿quién sabe si Dios misericordioso no os la prepara? ¡Ah, no la dejéis escapar!, id en su busca, estad alerta, rogadle que las haga surgir.

—No dejaré de hacerlo, monseñor, no dejaré, de veras —respondió don Abbondio, con una voz que, en ese momento, le salía realmente del corazón.

—¡Ah, sí, hijo mío, sí! —exclamó Federigo; y con una dignidad llena de afecto, concluyó—: Bien sabe el cielo cuánto me habría gustado tener con vos otra conversación muy distinta. Ambos hemos vivido ya mucho: el cielo sabe lo duro que ha sido para mí tener que contristar con reproches vuestra canicie, y cuánto más contento me habría sentido consolándonos juntos de nuestras preocupaciones comunes, de nuestras cuitas, hablando de la buena esperanza de la que tan cerca nos hallamos. Quiera el cielo que las palabras que en cambio he debido deciros, nos sirvan a los dos. No hagáis que tenga que pedirme cuentas, en ese día, de haberos mantenido en un ministerio al cual habéis faltado tan desdichadamente. Aprovechemos el tiempo: la medianoche se avecina; el Esposo no puede tardar; conservemos encendidas nuestras lámparas. Presentemos a Dios nuestros míseros corazones vacíos, para que se digne llenarlos con esa caridad, que repara lo pasado, que asegura lo por venir, que teme y confía, llora y se alegra, con sabiduría; que, en todos los casos, se convierte en la virtud que necesitamos.

Dicho esto, echó a andar; y don Abbondio fue tras él.

Aquí el anónimo nos advierte de que no fue ése el único coloquio de aquellos dos personajes, ni Lucía el único argumento de sus coloquios; pero que él se ha limitado a éste, para no alejarse del asunto principal de su relato. Y que, por el mismo motivo, no mencionará otras cosas notables, dichas por Federigo en el curso de su visita, ni sus liberalidades, ni las discordias aplacadas, los viejos odios entre personas, familias, pueblos enteros, extinguidos, o (lo que era, por desgracia, más frecuente) adormecidos, ni algún bravucón o tiranuelo amansado, para toda la vida, o por algún tiempo; cosas todas que sucedían siempre más o menos, en cualquier lugar de la diócesis donde aquel hombre excelente se detenía por algún tiempo.

Dice luego que, a la mañana siguiente, vino doña Prassede, según lo convenido, a buscar a Lucía, y a presentar sus cumplidos al cardenal, el cual se la elogió, y se la encomendó calurosamente. Lucía se separó de su madre, ya imaginaréis con qué llanto; y salió de su casita; dijo por segunda vez adiós a su pueblo, con esa sensación de redoblada amargura, que se siente al dejar un lugar que fue el único querido, y que ya no puede serlo. Pero la despedida de su madre no era la última; pues doña Prassede había dicho que se quedarían todavía unos días en la quinta, la cual no estaba muy lejos; y Agnese prometió a su hija que iría a verla, para darle y recibir un adiós más doloroso.

El cardenal estaba también a punto de ponerse en camino para proseguir su visita, cuando llegó, y pidió hablar con él el cura de la parroquia donde se hallaba el castillo del *innominado*. Introducido, le entregó un taleguito y una carta de aquel caballero, donde le rogaba que hiciera aceptar a la madre de Lucía cien escudos de oro que había en el talego, para servir de dote a la joven, o para el uso que a ellas mejor les pareciese; le rogaba asimismo les dijera que, si alguna vez, en algún momento, creían que él podría serles de alguna ayuda, la pobre joven sabía demasiado bien dónde estaba; y para él sería una de las más deseadas fortunas. El cardenal mandó llamar al punto a Agnese, le transmitió el encargo, que ella escuchaba con satisfacción sólo igual al asombro; y le entregó el rollo, que ella cogió sin hacer demasiados remilgos. —Que Dios se lo pague, a ese caballero —dijo—, y usía ilustrísima déle muchas, muchas gracias. Y no le diga nada a nadie, porque éste es un pueblo... Mire, perdóneme; sé bien que uno como vuestra merced no se anda con chismes; pero... vuestra merced ya me entiende.

Fue a su casa callandito; se encerró en su cuarto, desenvolvió el rollo y, aunque ya estaba preparada, vio con admiración, todas en un montoncito y

suyas, tantas monedas rutilantes, como quizá no había visto más que una de cada vez, y eso raramente... las contó; penó bastante para apilarlas de nuevo, y para sujetarlas todas, pues a cada momento hacían panza, y se escurrían de entre sus dedos inexpertos; rehecho finalmente el rollo lo mejor que pudo, lo puso en un paño, hizo un envoltorio, un hatillo, y atándolo bien con un cordel, fue a meterlo en un rinconcito de su jergón. El resto de aquel día, no hizo más que cavilar, imaginar planes para el porvenir, y suspirar por el día siguiente. Después de acostarse, estuvo despierta un buen rato, con el pensamiento en compañía de los cien que tenía debajo: dormida, los vio en sueños. Al amanecer se levantó y se encaminó en seguida hacia la quinta, donde estaba Lucía.

Ésta, por su parte, aunque no había disminuido aquella gran repugnancia a hablar del voto, sin embargo estaba resuelta a armarse de valor y sincerarse con su madre durante aquella entrevista, que por mucho tiempo debía considerarse la última.

En cuanto pudieron estar solas, Agnese, con rostro muy animado, y al mismo tiempo en voz baja, como si estuviera presente alguien de quien no quisiera ser oída, comenzó:

—Tengo que decirte una gran cosa —y le contó su inesperada fortuna.

—Que Dios bendiga a ese caballero —dijo Lucía—; así tendréis para vivir vos, y también podréis hacer el bien a algún otro.

—¿Cómo? —respondió Agnese—: ¿No ves cuántas cosas podemos hacer con tanto dinero? Escucha; yo no te tengo más que a ti, a vosotros dos, puedo decir; porque a Renzo, desde que empezó a hablar contigo, siempre lo he mirado como a un hijo. Todo está en que no le haya ocurrido alguna desgracia, visto que no ha dado noticia ninguna: pero, ¿qué?, ¿todo va a salir mal? Esperemos que no, esperémoslo. Por mi parte, hubiera preferido dejar mis huesos en mi pueblo; pero, ahora que tú no puedes vivir allí, gracias a ese bribón, y aunque sólo fuera de pensar que lo tenemos cerca, le he cogido odio a mi aldea: y con vosotros yo me hallo bien en cualquier parte. Estaba dispuesta ya entonces a irme con vosotros, aunque fuera al fin del mundo; y siempre he sido de esa opinión; pero sin dinero, ¿cómo hacer? ¿Lo entiendes ahora? Los cuatro cuartos que ese pobrecillo había juntado, con tanto trabajo y tantas privaciones, vino la justicia, y arrambló con todo; pero, en compensación, el Señor nos ha mandado la fortuna a nosotras. Así que cuando dé en el intríngulis de cómo hacernos saber si está vivo, y dónde está, y qué intenciones tiene, te voy a buscar yo a Milán; yo misma te voy a buscar. Antes me habría parecido qué sé yo; pero las desgracias despabilan a una; hasta Monza ya he ido, y sé lo que es viajar. Llevo conmigo a un hombre de confianza, a

un pariente, por ejemplo a Alessio, el de Maggianico: porque, lo que es en el pueblo, un hombre para el caso no lo hay: voy con él: naturalmente, con los gastos corremos nosotras, y... ¿entiendes?

Mas viendo que, en vez de animarse, Lucía se iba entristeciendo, y no demostraba sino una ternura sin alegría, dejó la frase a medias, y dijo:

—¿Pero qué tienes?, ¿no te parece bien?

—¡Pobre madre! —exclamó Lucía, echándole un brazo al cuello, y escondiendo el rostro en su pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo ansiosamente la madre.

—Hubiera debido decíroslo antes —respondió Lucía, alzando el rostro, y enjugándose las lágrimas—; pero nunca he tenido valor: perdonadme.

—Pero, vamos, habla ya.

—¡Yo ya no puedo ser la mujer de ese pobrecillo!

—¿Cómo?, ¿cómo?

Lucía, con la cabeza baja, con el pecho jadeante, cayéndole lágrimas sin sollozar, como quien cuenta algo que, por mucho pesar que le cause, ya no se puede cambiar, reveló su voto; y al mismo tiempo, juntando las manos, pidió de nuevo perdón a su madre, por no haber hablado hasta entonces; le rogó que no se lo dijera a nadie, y que la ayudase a cumplir lo que había prometido.

Agnese se había quedado atónita y consternada. Quería enojarse por el silencio guardado con ella; pero las graves preocupaciones del caso sofocaban su propio pesar particular; quería decirle: ¿qué has hecho?, pero le parecía que era como tomarla con el cielo: tanto más cuanto que Lucía volvía a pintar con los colores más vivos aquella noche, la desolación tan negra, y la liberación tan imprevista, entre las cuales había sido hecha la promesa, tan expresa, tan solemne. Y mientras tanto, a la mente de Agnese acudían ejemplos que había oído contar muchas veces, que ella misma le había contado a su hija, de castigos extraños y terribles, ocurridos por la violación de algún voto. Después de haberse quedado un rato como hechizada, dijo:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—Ahora —respondió Lucía—, le toca al Señor pensar en ello; al Señor y a la Virgen. Me he puesto en sus manos: no me han abandonado hasta ahora; no me abandonarán ahora que... La gracia que le pido para mí al Señor, la única gracia, después de la salvación del alma, es que me haga volver con vos: y me la concederá, sí, me la concederá. Aquel día... en aquella carroza... ¡ay, Virgen santísima!... ¡aquellos nombres!... ¿quién me iba a decir que me llevaban a uno que me ayudaría a volver con vos, al día siguiente?

—¡Pero, no contárselo en seguida a tu madre! —dijo Agnese con cierta acritud, mitigada por el cariño y la compasión.

—Compadeceos de mí; me faltaba el valor... ¿y de qué habría servido afligiros un poco antes?

—¿Y Renzo? —dijo Agnese, meneando la cabeza.

—¡Ah! —exclamó Lucía estremeciéndose—, no debo volver a pensar en ese pobrecillo. Se ve que no estaba escrito... Ya veis cómo parece que el Señor ha querido tenernos separados. Y, ¿quién sabe...?, pero no, no: lo habrá preservado Él de los peligros, y lo hará ser incluso más afortunado, sin mí.

—Pero, ya ves, entre tanto —dijo su madre—, si no fuera que tú te has atado para siempre, para todo lo demás, salvo que a Renzo le haya ocurrido alguna desgracia, con ese dinero yo había encontrado remedio.

—Pero ese dinero —replicó Lucía—, ¿nos habría llegado, si yo no hubiera pasado aquella noche? Es el Señor quien ha querido que todo ocurriera de ese modo: hágase su voluntad —y sus palabras se ahogaron en el llanto.

Ante aquel argumento inesperado, Agnese se quedó pensativa. Tras unos momentos, Lucía, conteniendo los sollozos, prosiguió:

—Ahora que la cosa está hecha, hay que resignarse con buen ánimo; y vos, pobre madre, vos me podéis ayudar, primero, rezando al Señor por vuestra pobre hija, y luego... es preciso que ese pobrecillo lo sepa. Encargaos vos de ello, hacedme también esa caridad; que vos os podéis encargar. Cuando sepáis dónde está, mandad que le escriban, buscad un hombre... vuestro mismo primo Alessio, que es un hombre prudente y caritativo, y siempre nos ha querido, y no hablará: haced que él le escriba cómo sucedió la cosa, dónde me encontré, lo que sufrí, y que Dios lo quiso así, y que me olvide, y que yo no puedo nunca, nunca más ser de nadie.

Y hacédselo entender con delicadeza, explicadle que he hecho una promesa, que he hecho realmente un voto. Cuando sepa que se lo he prometido a la Virgen... siempre ha tenido temor de Dios.

Y vos, la primera vez que tengáis noticias suyas, haced que me escriban, mandadme a decir que está vivo; y luego... no volváis a hablarme de él.

Agnese, muy enternecida, aseguró a su hija que todo se haría como deseaba.

—Quisiera deciros otra cosa —prosiguió ésta—: a ese pobrecillo, si no hubiera tenido la desgracia de pensar en mí, no le habría ocurrido lo que le ha ocurrido. Anda por el mundo; le han dejado sin su trabajo, le han quitado sus cosas, los ahorros que había hecho, pobrecillo, bien sabéis para qué... ¡Y nosotras tenemos tanto dinero! ¡Oh, madre!, ya que el Señor nos ha mandado esta bendición, y es verdad que a ese pobrecillo lo

mirabais como cosa vuestra... sí, como a un hijo, ¡oh!, repartidlo, la mitad para cada uno; que, de seguro, Dios no nos abandonará. Buscad una ocasión que os parezca segura, y mandádselo, ¡que Dios sabe cuánto lo necesitará!

—¿Pues qué te figuras? —respondió Agnese—; se lo mandaré sin falta. ¡Pobre muchacho! ¿Por qué crees que estaba yo tan contenta con ese dinero? ¡Ay...!, yo que había venido aquí tan contenta. En fin, se lo mandaré, ¡pobre Renzo!, pero también él... yo sé lo que me digo; cierto que el dinero gusta a quien lo necesita; mas no será éste el que lo engorde.

Lucía agradeció a su madre aquella pronta y liberal condescendencia, con una gratitud, con un sentimiento, que habría hecho comprender a cualquier observador, hasta qué punto su corazón estaba aún con Renzo, acaso más de lo que ella creía.

—Y sin ti, ¿qué haré yo, pobre de mí? —dijo Agnese llorando también.

—¿Y yo sin vos, pobre madre?, ¿y en casa de extraños?, ¡y allá en ese Milán...! Pero el Señor estará con las dos; y luego hará que nos reunamos otra vez. Dentro de ocho o nueve meses nos volveremos a ver; y para entonces, o incluso antes, espero, habrá arreglado Él las cosas, para estar otra vez juntas. Dejémosle obrar a Él. Siempre, siempre le pediré a la Virgen esta gracia. Si tuviera alguna otra cosa que ofrecerle, lo haría; pero es tan misericordiosa, que me la concederá por nada.

Con estas y otras semejantes, y muchas veces repetidas, palabras de lamento y de consuelo, de pesadumbre y resignación, prometiéndose mutuamente volver a verse al otoño siguiente, a más tardar; como si el mantenerlo dependiese de ellas, y como, a pesar de todo, siempre se hace en semejantes casos.

Entre tanto, empezó a pasar mucho tiempo sin que Agnese pudiera saber nada de Renzo. Ni cartas, ni mensajes, se recibían: entre todos los del pueblo, o del contorno, a los que pudo preguntar, ninguno sabía más que ella.

Y no era la única que hacía en vano esa búsqueda: el cardenal Federigo, que no se había ofrecido por mero cumplido a las pobres mujeres, a conseguir noticias del pobre joven, había escrito al punto, en efecto, para tenerlas. A su regreso a Milán, después de su visita, había recibido la respuesta, en la cual se le decía que no había sido posible hallar el paradero del sujeto indicado; que efectivamente, había estado cierto tiempo en casa de un pariente suyo, en tal pueblo, donde no había dado nada que hablar; pero, una mañana, había desaparecido de repente, y ni su mismo pariente sabía lo que había sido de él, y tan sólo podía repetir

ciertos rumores vagos y contradictorios que corrían, de que el joven se había enrolado para Levante, había pasado a Alemania, perecido al vadear un río: que no dejaría de estar alerta, por si pudiera saberse algo más positivo, a fin de dar parte de ello inmediatamente a su señoría ilustrísima y reverendísima.

Más tarde, aquellos y otros rumores se esparcieron también por el territorio de Lecco, y llegaron por consiguiente a oídos de Agnese. La pobre mujer hacía todo lo posible por sacar algo en claro sobre cuál era el verdadero, por llegar a la fuente de éste o de aquél, mas nunca conseguía encontrar sino ese dicen, que aún hoy día, basta por sí solo para dar fe de tantas cosas. A veces, apenas acababan de contarle uno, llegaba alguien y le decía que no era cierto; pero para darle a cambio otro igualmente extraño y siniestro. Todo chismes: ésa era la verdad.

El gobernador de Milán y capitán general de Italia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, había armado un gran alboroto con el señor residente de Venecia, porque un malandrín, un ladrón público, un promotor de saqueos y homicidios, el famoso Lorenzo Tramaglino, que, en las propias manos de la justicia, había provocado un motín para escapar, hubiese sido acogido y recibido asilo en tierras de Bérgamo. El residente le había respondido que la noticia era nueva para él, y que escribiría a Venecia, para poder dar a su excelencia la explicación que el caso requería.

En Venecia tenían como máxima secundar y cultivar la inclinación de los artesanos de seda milaneses a trasladarse al territorio bergamasco, y hacer por tanto que hallasen allí muchas ventajas y sobre todo esa sin la cual nada valen las otras: la seguridad. Pero como entre dos grandes litigantes, algo, por poco que sea, ha de tocarle al tercero en discordia; alguien, no se sabe quién, avisó en confianza a Bórtolo, de que Renzo no estaba bien en aquel pueblo, y que haría mejor en buscar otra fábrica, cambiando también de nombre por algún tiempo. Bórtolo comprendió la cosa al vuelo, no hizo más preguntas, corrió a decírselo a su primo, lo metió con él en un calesín, lo condujo a otra hilandería, distante de la suya unas quince millas, y se lo presentó, con el nombre de Antonio Rivolta, al propietario, que era también natural del estado de Milán, y antiguo conocido suyo. Este, aunque el año era malo, no se hizo de rogar para contratar a un obrero que se le recomendaba como honrado y hábil, por un hombre de bien, que conocía el oficio. Puesto a prueba, no pudo sino felicitarse por la adquisición; salvo que al principio le pareció que el joven debía de ser un poco lerdo, porque cuando se le llamaba: ¡Antonio!, la mayor parte de las veces no respondía.

Poco después, llegó una orden de Venecia, en estilo sosegado, para el capitán de Bérgamo, mandando que se consiguiese y se diese información sobre si en su jurisdicción, y particularmente en tal pueblo, se encontraba tal sujeto. El capitán, hechas sus averiguaciones, tal como había entendido que querían que se hiciesen, transmitió la respuesta negativa, la cual fue transmitida al residente de Milán, para que se la transmitiese al gran canciller que podría transmitírsela a don Gonzalo Fernández de Córdoba.

No faltaban tampoco curiosos, interesados en saber de Bórtolo por qué aquel joven ya no estaba alllí, y a dónde había ido. A la primera pregunta, Bórtolo respondía:

—¡Qué sé yo!, ha desaparecido.

Para que se marcharan en paz luego los más insistentes, sin hacerles sospechar lo que en verdad era, le pareció conveniente regalarles, a quienes una, a quienes otra, las noticias que hemos referido más arriba: pero, como cosas inciertas, que también él había oído decir, sin tener pruebas positivas.

Mas, cuando se le hizo la pregunta por encargo del cardenal, sin nombrarlo, y con cierto aparato de importancia y misterio, dando a entender que era en nombre de un gran personaje, Bórtolo desconfió mucho más, y creyó necesario responder según su costumbre: más aún, por tratarse de un gran personaje, dio de una sola vez todas las noticias que había publicado una a una, en distintas ocasiones.

No debe creerse, sin embargo, que don Gonzalo, un caballero de su clase, la tuviese tomada de veras con el pobre hilandero de montaña; que, informado quizás del poco respeto demostrado, y de las malas palabras por él dichas a su rey moro encadenado por la garganta, quisiera hacérselas pagar; o que lo creyese un sujeto tan peligroso como para perseguirlo aun fugitivo, como para no dejarlo vivir aun lejano, al igual que el senado romano con Aníbal. Don Gonzalo tenía en la cabeza demasiadas cosas y demasiado grandes, como para preocuparse tanto por los asuntos de Renzo; y si pareció que lo hacía, ello nació de un singular concurso de circunstancias, por el que el infeliz, sin quererlo, y sin saberlo ni entonces ni nunca, se encontró, con un sutilísimo e invisible hilo, ligado a aquellas cosas, demasiadas, y demasiado grandes.

CAPÍTULO XXVII

YA más de una vez hemos tenido ocasión de mencionar la guerra que entonces se combatía, por la sucesión de los estados del duque Vincenzo Gonzaga, segundo de ese nombre; pero nos ha acontecido siempre en

momentos de gran prisa: de modo que nunca hemos podido hacer más que una alusión de pasada. Ahora, sin embargo, para la comprensión de nuestro relato se precisa tener de ella noticias más detalladas. Son cosas que quien conoce la historia debe saber; pero, como, por una justa opinión de nosotros mismos, hemos de suponer que esta obra será leída tan sólo por ignorantes, no vendrá mal que digamos aquí lo imprescindible para instruir someramente a quien lo precisase.

Hemos dicho que, a la muerte de aquel duque, el primero en línea de sucesión, Carlos Gonzaga, primogénito de una rama segundona trasplantada en Francia, donde poseía los ducados de Nevers y Rhétel, había tomado posesión de Mantua; y ahora añadimos, del Monferrato: pues precisamente la prisa había hecho que se nos quedase en el tintero. La corte de Madrid, que quería a toda costa (también esto lo hemos dicho) excluir de aquellos dos feudos al nuevo príncipe, y que para excluirlo necesitaba una razón (pues las guerras hechas sin una razón serían injustas), se había declarado sostenedora de los derechos que pretendían tener, sobre Mantua otro Gonzaga, Ferrante, príncipe de Guastalla; sobre el Monferrato, Cario Emanuele I, duque de Saboya, y Margarita Gonzaga, duquesa viuda de Lorena. Don Gonzalo, que era de la casa del gran capitán, y llevaba su nombre, y que ya había hecho la guerra en Flandes, deseoso en sumo grado de encender una en Italia, era quizá el que más leña echaba al fuego, para que ésta se declarase; y entre tanto, interpretando las intenciones y anticipándose a las órdenes de dicha corte, había firmado con el duque de Saboya un tratado de invasión y reparto del Monferrato; y había obtenido luego fácilmente su ratificación por parte del conde duque, haciéndole creer muy fácil la toma de Casal, que era el punto mejor defendido de la parte pactada para el rey de España. Protestaba, empero, en nombre de éste, que no quería ocupar territorio alguno, sino a título de depósito, hasta la sentencia del emperador; el cual, en parte por las instancias ajenas, en parte por motivos propios, había denegado mientras tanto la investidura al nuevo duque, y ordenado que le dejase en secuestro los estados contendidos: luego él, oídas las partes, se los entregaría a quien correspondiese. Cosa a la cual Nevers no había querido someterse.

Tenía también él amigos importantes: el cardenal de Richelieu, los señores venecianos, y el papa, que era, como hemos dicho, Urbano VIII. Pero el primero, empeñado entonces en el asedio de La Rochelle y en una guerra con Inglaterra, obstaculizado por el partido de la reina madre, María de Médicis, contraria, por ciertas razones suyas a la casa de Nevers, no podía dar sino esperanzas. Los venecianos no querían moverse, ni

siquiera declararse, si no bajaba antes a Italia un ejército francés; y al paso que ayudaban al duque, bajo mano, como podían, ante la corte de Madrid y el gobernador de Milán, ganaban tiempo con protestas, con propuestas, con exhortaciones, apacibles o amenazadoras, según los momentos. El papa recomendaba a Nevers a sus amigos, intercedía en su favor ante sus adversarios, hacía proyectos de arreglos; mas de poner gente en campaña no quería saber nada.

Así, los dos aliados para iniciar la ofensiva, pudieron, con mucha mayor seguridad, dar comienzo a la empresa acordada. El duque de Saboya había entrado, por su parte, en el Monferrato; don Gonzalo había puesto, con gran ímpetu, sitio a Casal; pero no encontraba en ello toda la satisfacción que se había imaginado: porque no debéis creer que en la guerra todo son rosas. La corte no lo ayudaba según sus deseos, es más, lo dejaba falto de los medios más necesarios; su aliado lo ayudaba en demasía: quiero decir que, después de haber cogido su parte, iba dándole pellizcos a la asignada al rey de España. Don Gonzalo se consumía como nadie puede imaginarse; pero, temiendo que si armaba sólo un poco de ruido, aquel Carlo Emanuele, tan activo en los manejos y tornadizo en los tratados, como valeroso con las armas, se volviese del lado de Francia, debía cerrar los ojos, tragar, y estar callado. El asedio, además, iba mal, para largo, de vez en cuando marcha atrás, tanto por la actitud firme, vigilante, resuelta de los asediados, como por disponer él de pocos hombres, y, según algún historiador, por los muchos disparates que cometía. Sobre esto no nos pronunciamos, dispuestos incluso, de ser la cosa efectivamente así, a encontrarla excelente, si fue causa de que en aquella empresa quedara muerto, mutilado, tullido algún hombre menos, y *ceteris paribus*, siquiera un poco menos destrozadas las tejas de Casal. En este trance recibió la nueva de la sedición de Milán, y acudió allá en persona.

Allí, en el informe que se le hizo, se mencionó también la fuga rebelde y clamorosa de Renzo, los hechos reales o supuestos que habían sido causa de su arresto; y pudo decírsele asimismo que el sujeto se había refugiado en el territorio de Bérgamo. Esta circunstancia llamó la atención de don Gonzalo. Estaba informado por muy distinta fuente, de que en Venecia habían alzado el gallo, con el motín de Milán; que al principio habían creído que se vería obligado a levantar el sitio de Casal, y aún pensaban que estaría confuso y lleno de preocupación: tanto más cuanto que, inmediatamente después de aquel acontecimiento, había llegado la noticia, suspirada por aquellos señores, y temida por él, de la rendición de La Rochelle. Y muy dolido, como hombre y como político, de que aquellos

señores tuvieran tal concepto de sus asuntos, acechaba la ocasión de convencerlos, por vía inductiva, de que no había perdido nada de su antigua seguridad; ya que decir expresamente: no tengo miedo, es como no decir nada. Un buen medio era mostrarse disgustado, quejarse, reclamar: y por eso, habiendo venido el residente de Venecia a cumplimentarlo y a explorar al mismo tiempo, en su rostro y en su continente, cómo estaba por dentro (no perdáis detalle; que ésta es política fina, de la antigua), don Gonzalo, tras haber hablado del tumulto, con ligereza, y como hombre que ya ha puesto remedio a todo; armó aquel alboroto que sabéis a propósito de Renzo; así como también sabéis las consecuencias que tuvo. En lo sucesivo, no volvió a ocuparse de un asunto tan menudo, y, en lo que a él respectaba, concluido; y cuando luego, que fue mucho después, le llegó la respuesta, en el campamento junto a Casal, al cual había regresado, y donde tenía muy distintas preocupaciones, alzó y meneó la cabeza, como un gusano de seda en busca de su hoja, se quedó así un momento, para resucitar en su memoria aquel hecho, del que no quedaba sino una sombra; recordó la cosa, tuvo una idea fugaz y confusa del personaje; pasó a otro asunto, y no volvió a pensar en ello.

Pero Renzo, el cual, por lo poco que había podido oler en el aire, debía suponer algo muy diferente de tan benévolo desinterés, estuvo largo tiempo sin otra idea, o, mejor dicho, sin otro cuidado, que vivir escondido. Ya imaginaréis si no se consumía por mandar noticias suyas a las mujeres, y recibirlas de ellas; pero había dos grandes dificultades. Una, que también él habría debido confiarse a un secretario, pues el pobrecillo no sabía escribir, y tampoco leer, en el sentido más amplio de la palabra; y si, interrogado sobre ello, como acaso recordaréis, por el abogado Azzeccagarbugli, había respondido que sí, no fue jactancia, ni una fanfarronada, como suele decirse; sino que era cierto que sabía leer la letra impresa, tomándose su tiempo: la manuscrita era harina de otro costal. Así pues, se veía obligado a poner a un tercero al corriente de sus intereses, de un secreto tan peligroso: y un hombre que supiese manejar la pluma, y de quien poderse fiar, no se encontraba tan fácilmente en aquellos tiempos; más aún en un país donde no se tuviera algún antiguo conocido. La otra dificultad era conseguir también un correo; un hombre que fuese justo a aquellas tierras, que quisiera hacerse cargo de la carta, y tomarse realmente el cuidado de entregarla; cosas todas, también, difíciles de hallar en un solo hombre.

Por fin, busca que te buscarás, halló quien escribiese por él. Pero, no sabiendo si las mujeres se encontraban todavía en Monza, o dónde, creyó

oportuno meter la carta para Agnese dentro de otra dirigida al padre Cristóforo. El escribiente se encargó también de hacer llegar el sobre a su destino; se lo entregó a uno que debía pasar por cerca de Pescarénico; éste lo dejó, con muchas recomendaciones, en una posada del camino, en el punto más próximo; tratándose de una carta dirigida a un convento, llegó allí; pero lo que pasó luego con ella, nunca se supo. Renzo, al ver que no llegaba respuesta, hizo escribir una segunda, más o menos como la primera, y meterla en otra para un amigo o pariente suyo de Lecco. Se buscó otro mensajero, se encontró; esta vez la carta llegó a quien iba dirigida. Agnese corrió a Maggianico, se la hizo leer y explicar por aquel Alessio, su primo: concertó con él una respuesta, que éste puso en el papel; se encontró el medio de mandarla a Antonio Rivolta a su paradero: pero todo esto no tan pronto como nosotros lo contamos. Renzo escribió la respuesta, e hizo que volvieran a escribir. En suma, se entabló entre las dos partes un carteo, ni rápido ni regular, mas con todo, a saltos e intervalos, continuo.

Pero para tener una idea de aquel carteo, es preciso saber un poco cómo iban entonces esas cosas, o mejor dicho, cómo van; porque, sobre este punto, creo que poco o nada han cambiado.

El campesino que no sabe escribir, y que necesita escribir algo, se dirige a alguien que conozca este arte, eligiéndolo, en la medida de lo posible, entre los de su condición, pues con los otros no se atreve, o se fía poco; lo informa, con más o menos orden y claridad, de los antecedentes: y le expone, de la misma manera, lo que ha de poner en el papel. El literato, en parte entiende, en parte sobreentiende, da algún consejo, propone algún cambio, dice: dejadme a mí; coge la pluma, pone, como puede, en forma literaria los pensamientos del otro, los corrige, los mejora, carga la mano, o bien atenúa, deja algo fuera también, según le parece que la cosa queda mejor: porque, no hay remedio, el que sabe más que los otros no quiere ser un instrumento material en sus manos; y, cuando entra en los asuntos ajenos, quiere también hacerlos marchar un poco a su manera. Con todo ello, el antedicho literato no logra siempre decir todo lo que quisiera; alguna vez ocurre que dice todo lo contrario: nos ocurre también a nosotros, que escribimos para la imprenta. Cuando la carta, así compuesta, llega a manos del destinatario, que tampoco es ducho en el abecé, se la lleva a otro docto del mismo calibre, que se la lee y se la explica. Nacen discusiones sobre el modo de entenderla; porque el interesado, fundándose en su conocimiento de los hechos antecedentes, pretende que ciertas palabras quieren decir una cosa; el lector, ateniéndose a la práctica que tiene de la composición, pretende que

quieren decir otra. Al fin es preciso que el que no sabe se ponga en manos del que sabe, y le encargue la respuesta: la cual, hecha por el estilo de la recibida, es sometida luego a una interpretación semejante. Y si, además, el tema de la correspondencia es un poco delicado; si se trata de asuntos secretos, que no se quisiera hacer entender a un tercero, caso de que la carta se extraviase; si, por esa precaución, ha habido también la intención positiva de no decir las cosas del todo claras; entonces, por poco que dure la correspondencia, las partes terminan por entenderse entre sí como antaño dos escolásticos que disputasen durante cuatro horas sobre la entelequia: por no tomar una comparación de cosas presentes, y exponernos a recibir un tirón de orejas. Ahora bien, el caso de nuestros dos corresponsales era justamente el que acabamos de decir. La primera carta escrita en nombre de Renzo contenía muchas materias. Para empezar, además del relato de la fuga, mucho más conciso, pero también más embarullado, que el que habéis leído aquí, un informe sobre sus circunstancias actuales; del cual, tanto Agnese como su trujimán quedaron muy lejos de sacar una sustancia clara y completa: aviso secreto, cambio de nombre, estar a salvo, pero tener que permanecer escondido; cosas de por sí no demasiado familiares para sus intelectos, y en la carta dichas también un poco en clave. Venían después preguntas ansiosas, apasionadas sobre Lucía, con alusiones oscuras y dolorosas en torno a los rumores que habían llegado hasta Renzo. Había finalmente esperanzas inciertas, y lejanas, proyectos aventurados sobre el porvenir, y entre tanto promesas y ruegos de mantener la palabra dada, de no perder la paciencia ni el valor, de esperar mejores circunstancias.

Al cabo de algún tiempo, Agnese encontró un medio seguro para hacer llegar a manos de Renzo una respuesta, con los cincuenta escudos asignados por Lucía para él. Al ver tanto oro, Renzo no sabía qué pensar; y con el ánimo agitado por un asombro y una incertidumbre que no dejaban lugar para la alegría, corrió en busca de su secretario, para que le interpretase la carta, y tener así la clave de tan extraño misterio.

En la carta, el secretario de Agnese, tras algunas quejas sobre la poca claridad de la recibida, pasaba a describir, con claridad aproximadamente igual, la tremenda historia de aquella persona (así decía); y aquí daba razón de los cincuenta escudos; luego hablaba del voto, pero por medio de perífrasis, añadiendo, con palabras más directas y explícitas, el consejo de resignarse, y de no pensar más en ella.

Faltó poco para que Renzo la tomase con el lector intérprete: temblaba, se horrorizaba, se enfurecía, por lo que había entendido, y por lo que no había podido entender. Tres o cuatro veces se hizo releer el terrible

escrito, ora pareciéndole entender mejor, ora oscureciéndosele lo que antes le había parecido claro. Y con esa fiebre de pasiones, quiso que el secretario echase en el acto mano de la pluma, y respondiese. Tras las más fuertes expresiones que imaginarse puedan de piedad y terror por los sucesos de Lucía. —Escribid —proseguía dictando—, que yo no quiero resignarme, y no la olvidaré jamás; y que esos consejos no se le dan a uno como yo; y que el dinero no lo tocaré; que lo guardo, y lo tendré en depósito, para la dote de la joven; que la joven debe ser mía; que yo no sé nada de promesas; y que siempre he oído decir que la Virgen está para ayudar a los atribulados, y para conceder gracias, pero para dar disgustos y faltar a la palabra, jamás lo oí; y que eso no puede ser; y que con ese dinero, tenemos para poner casa aquí; y que, si ahora estoy un poco entrampado, es una borrasca que pasará pronto —y el cartero continuó de la manera que hemos dicho.

Lucía, cuando su madre pudo, no sé por qué medio, hacerle saber que aquella persona estaba viva y a salvo y avisada, sintió un gran alivio, y ya no deseaba otra cosa, sino que se olvidase de ella; o, por decirlo más exactamente, que pensara en olvidarla. Por su parte, tomaba cien veces al día una decisión semejante con respecto a él; y recurría también a todos los medios, para llevarla a efecto. Se aplicaba con asiduidad al trabajo, trataba de concentrarse por completo en él: cuando la imagen de Renzo se le presentaba, ella, a decir o cantar oraciones mentalmente. Pero aquella imagen, lo mismito que si hubiera tenido malicia, no acostumbraba a salir tan al descubierto; se introducía a hurtadillas tras las otras, de modo que la mente no advirtiese haberla recibido sino algún tiempo después de estar allí. El pensamiento de Lucía estaba a menudo con su madre: ¿cómo no iba a estarlo?, y el Renzo ideal venía despacito, despacito a meterse en medio, como el real había hecho tantas veces. Así, con todas las personas, en todos los lugares, en todos los recuerdos del pasado, él venía a entrometerse. Y si la pobrecilla se dejaba llevar alguna vez a fantasear sobre el porvenir, también entonces aparecía él, aunque sólo fuera para decir: yo, de todos modos, no estaré. Pero, si el no pensar en él, era empresa desesperada, el pensar menos, y con menos intensidad de lo que su corazón hubiera deseado, Lucía lo conseguía hasta cierto punto: lo habría conseguido aún mejor, de haber sido la única en quererlo. Pero estaba doña Prassede, la cual, muy empeñada, por su parte, en quitarle aquel hombre de la cabeza, no había encontrado mejor recurso que hablarle a menudo de él. —¿Y bien? —le decía—: ¿ya no pensamos en él?

—Yo no pienso en nadie.

Doña Prassede no se daba por satisfecha con una respuesta así; replicaba que hacían falta obras y no buenas palabras; se extendía en hablar de las costumbres de las jóvenes, las cuales, decía:

—Cuando se les mete en el corazón un tarambana (y ésa es siempre su inclinación) no hay modo de arrancárselo. Tratándose de un partido honrado, razonable, de un hombre de bien, sensato, que por cualquier motivo, se malogre, en seguida se consuelan, pero un mala cabeza es una llaga incurable. —Y entonces empezaba con el panegírico del pobre ausente, del bribón llegado a Milán, para robar y asesinar; y quería hacer confesar a Lucía las granujadas que seguramente aquel tipo había hecho, también en su pueblo.

Lucía, con voz temblorosa de vergüenza y dolor, y con la indignación que podía caber en su ánimo dulce y en su humilde condición, juraba y perjuraba que, en su pueblo, aquel pobrecillo nunca había dado que hablar sino para bien; hubiera querido, decía, que estuviera alguno de allí, para dar testimonio de ello. También sobre las aventuras de Milán, de las cuales no estaba bien informada, lo defendía, precisamente por el conocimiento que tenía de él y de su comportamiento desde la niñez. Lo defendía o se proponía defenderlo por puro deber de caridad, por amor a la verdad y, para emplear exactamente la palabra con que se explicaba a sí misma su propio sentimiento, como a su prójimo. Pero de estas apologías doña Prassede sacaba nuevos argumentos para convencer a Lucía de que su corazón andaba todavía perdido tras él. Y en verdad, en aquellos momentos, no sabría decir cómo estaban las cosas. El indigno retrato que la vieja hacía del pobrecillo, despertaba, por contraste, más viva y más clara que nunca, en la mente de la joven, la idea que en ella se había formado, con tan largo trato; los recuerdos, reprimidos a la fuerza, se desplegaban en tropel; la aversión y el desprecio evocaban muchos viejos motivos de estima; el odio ciego y violento hacía surgir con más fuerza la compasión: y junto con estos afectos, quién sabe cuánto podía haber o no haber de ese otro que tan fácilmente se introduce tras ellos en los ánimos; conque imaginemos lo que haría en aquellos de los que se intenta arrojar a la fuerza. Sea como fuere, la conversación, por parte de Lucía, nunca se prolongaba mucho; pues las palabras acababan pronto en llanto.

Si doña Prassede hubiera sido empujada a tratarla de ese modo por algún odio inveterado contra ella, quizá aquellas lágrimas la habrían enternecido y obligado a desistir; pero, como hablaba con buen fin, seguía adelante sin dejarse conmover: al igual que los gemidos, los gritos de súplica podrán detener el arma de un enemigo, pero no el bisturí de un cirujano. Bien cumplido, su deber, por aquella vez, de las estocadas y los reproches,

pasaba a las exhortaciones, a los consejos, sazonados también con alguna alabanza, para mezclar así lo amargo con lo dulce, y obtener mejor su efecto, obrando sobre el ánimo en todos los sentidos. Ciertamente, aquellas reprimendas (que tenían siempre más o menos el mismo principio, medio y final), no dejaban en la buena Lucía lo que se dice aborrecimiento contra la acerba predicadora, que, en todo lo demás, la trataba con gran dulzura; y en esto se veía también una buena intención. Pero sí le quedaba un hervidero, un tumulto de ideas y de afectos tal, que necesitaba mucho tiempo y mucho esfuerzo para volver a aquella cierta calma de antes.

Suerte para ella, que no era la única a quien doña Prassede debía hacer el bien; de modo que las broncas no podían ser tan frecuentes. Además del resto de la servidumbre, cabezas todas que necesitaban, cual más, cual menos, ser enderezadas y guiadas; además de todas las otras ocasiones de prestar el mismo servicio, por buen corazón, a gentes con las que no estaba obligada a nada: ocasiones que buscaba, si no se presentaban por sí solas; tenía también cinco hijas; ninguna en casa, pero que le daban más preocupaciones, que si hubieran estado en ella. Tres eran monjas, dos casadas; y doña Prassede se encontraba naturalmente con tres monasterios y dos casas que gobernar: empresa vasta y complicada, y tanto más fatigosa, cuanto que dos maridos, respaldados por padres, madres, hermanos, y tres abadesas, secundadas por otras dignidades y por muchas monjas, no querían aceptar su gobierno. Era una guerra, mejor dicho, cinco guerras, encubiertas, corteses, hasta cierto punto, pero vivas y sin tregua: había en todos esos lugares un cuidado continuo de esquivar sus solicitudes, de cerrar el paso a sus consejos, de eludir sus preguntas, de hacer que estuviese lo más a oscuras posible, sobre cualquier asunto. No hablo de los obstáculos, de las dificultades que hallaba en el manejo de otros negocios más ajenos aún: ya se sabe que a los hombres, el bien hay que hacérselo, la mayor parte de las veces, a la fuerza. Donde su celo podía ejercitarse libremente, era en su casa: allí cada persona estaba sometida, en todo y por todo, a su autoridad, salvo don Ferrante, con el cual las cosas marchaban de una manera muy particular.

Hombre de estudio, no le gustaba ni mandar ni obedecer. Que, en todas las cosas de la casa, su señora esposa fuese el ama, en buena hora; pero él siervo, no. Y si, rogado, le prestaba en alguna ocasión el servicio de la pluma, era porque tenía su gusto en ello; por lo demás, también a esto sabía decir que no, si no estaba persuadido de lo que ella quería hacerle escribir. —Compóngaselas vuestra merced —decía en esos casos—;

hágalo sola, ya que la cosa le parece tan clara. —Doña Prassede, tras haber intentado durante algún tiempo, e inútilmente, llevarlo del no al sí, se había limitado a menudo a refunfuñar contra él, a llamarlo gandul, maniático, literato; apelativo con el que, junto con la ira, había también un poco de complacencia.

Don Ferrante pasaba largas horas en su estudio, donde tenía una colección de libros considerable, poco menos de trescientos volúmenes: todas cosas selectas, obras de las más reputadas, en diversas materias; en cada una de las cuales estaba más o menos versado. En la astrología, se le tenía, y con razón, por algo más que un aficionado; pues no poseía sólo esas nociones genéricas, y ese vocabulario común, de influjos, aspectos y conjunciones; sino que sabía hablar a propósito, y como ex cátedra, de las doce casas celestes, de los círculos máximos, de los grados lúcidos y tenebrosos, de exaltación y de declinación, de tránsitos y revoluciones, en suma, de los principios más ciertos y más recónditos de la ciencia. Y hacía unos veinte años que, en disputas frecuentes y largas defendía la domificación de Cardano contra otro ferozmente apegado a la de Alcabizio, por mera obstinación, decía don Ferrante; el cual, reconociendo de buen grado la superioridad de los antiguos, no podía sin embargo sufrir aquel no querer darle la razón a los modernos, incluso allí donde la tienen tan clara que cualquiera lo vería. Conocía asimismo, más que medianamente, la historia de esa ciencia; sabía, llegado el caso, citar las más célebres predicciones cumplidas, y razonar sutil y eruditamente sobre otras célebres predicciones desmentidas por los hechos, para demostrar que la culpa no era de la ciencia, sino de quien no había sabido aplicarla bien.

De la filosofía antigua había aprendido lo suficiente, y cada vez aprendía más y más de la lectura de Diógenes Laercio. Pero como esos sistemas, por bellos que sean, no se pueden adoptar todos; y si uno quiere ser filósofo, ha de elegir un autor, así don Ferrante había elegido a Aristóteles, el cual, como él decía, no es ni antiguo ni moderno; es el filósofo. Tenía también varias obras de sus más sabios y sutiles seguidores, entre los modernos: las de sus impugnadores jamás había querido leerlas, para no perder el tiempo, decía: ni comprarlas, para no tirar el dinero. Como una excepción, sin embargo, había sitio en su biblioteca para aquellos célebres veintidós libros del *De subtilitate*, y para alguna otra obra antiperipatética de Cardano, en virtud de su valor en astrología; diciendo que quien había podido escribir el tratado *De restitutione temporum et motuum coelestium*, y el libro *Duodecim geniturarum*, merecía ser escuchado, también cuando disparataba; y que el gran defecto de aquel hombre había sido tener

demasiado ingenio; y que nadie podía imaginar hasta dónde hubiera llegado, también en filosofía, de haberse mantenido siempre en el recto camino. Por lo demás, aunque en la opinión de los doctos, don Ferrante pasaba por peripatético consumado, a él no le parecía saber lo bastante; y más de una vez dijo, con gran modestia, que la esencia, los universales, el alma del mundo, y la naturaleza de las cosas, no eran cuestiones tan claras, como se podría creer.

De la filosofía natural había hecho más un pasatiempo que un estudio; las mismas obras de Aristóteles sobre esa materia, y las de Plinio, las había leído más bien que estudiado: no obstante, con esta lectura, con las noticias recogidas incidentalmente en los tratados de filosofía general, con alguna ojeada dada a la *Magia natural* de Porta, a las tres historias lapidum, animalium, plantarum, de Cardano, al *Tratado de las hierbas, las plantas y los animales*, de Alberto Magno, a alguna otra obra de menor importancia, sabía, si se terciaba, mantener una conversación razonando acerca de las virtudes más admirables y de las curiosidades más singulares de muchos simples; describiendo con exactitud las formas y costumbres de las sirenas y del ave fénix; explicando cómo la salamandra está en el fuego sin quemarse; cómo la remora, ese pececillo, tiene fuerza y habilidad para detener en seco un gran navío; cómo las gotas de rocío se convierten en perlas en el seno de las conchas; cómo el camaleón se sustenta de aire; cómo del hielo, lentamente endurecido en el transcurso de los siglos, se forma el cristal; y otros de los más maravillosos secretos de la naturaleza.

En los de la magia y la brujería se había adentrado más, tratándose, dice nuestro anónimo, de ciencia mucho más en boga y más necesaria, y en la cual los hechos cuentan mucho más, y están más a mano para comprobarlos. No hace falta decir que, en semejante estudio, nunca había tenido otra mira que instruirse y conocer a fondo las pésimas artes de los hechiceros, para poderse guardar y defender de ellas. Y, con la guía principalmente del gran Martín del Río (el hombre de la ciencia), se hallaba en condiciones de disertar *ex professo* sobre el maleficio amatorio, el maleficio somnífero, el maleficio hostil, y las infinitas especies que, por desgracia, dice también el anónimo, se ven a diario en la práctica, de esos tres géneros capitales de embrujos, con tan dolorosos efectos. Igualmente vastos y fundados eran los conocimientos de don Ferrante en materia de historia, especialmente la universal: en la cual sus autores eran Tracagnota, Dolce, Bugatti, Campana, Guazzo, los más reputados, en suma.

Pero, ¿qué es la historia, decía a menudo don Ferrante, sin la política? Un guía que anda y anda, sin nadie detrás que aprenda el camino, y por consiguiente, desperdicia sus pasos; del mismo modo que la política sin la historia es alguien que camina sin guía. Había, pues, en sus estanterías, un anaquel dedicado a los estadistas; donde, entre muchos de poca talla y menor fama, destacaban Bodin, Cavalcanti, Sansovino, Paruta, Boccalini. Dos, sin embargo, eran los libros que don Ferrante ponía por encima de todos, y con gran diferencia, en esta materia; dos que, durante cierto tiempo, había solido llamar los primeros, sin poder decidir nunca a cuál de ellos convenía únicamente aquel grado: uno, el *Príncipe* y los *Discursos* del célebre secretario florentino; pícaro, sí, decía don Ferrante, pero profundo: el otro, la *Razón de estado* del no menos célebre Giovanni Botero; hombre de bien, sí, decía también, pero agudo. Mas, poco antes de los años a los que se circunscribe nuestra historia, había aparecido el libro que zanjó la cuestión de la primacía, pasando incluso por encima de las obras de aquellos dos campeones, decía don Ferrante; el libro en el que se hallaban encerradas, y como destiladas todas las milicias, para poder conocerlas, y todas las virtudes para poderlas practicar; ese libro pequeñito, pero oro puro todo él; en una palabra, el *Estadista reinante* de don Valeriano Castiglione, de ese hombre celebérrimo, de quien puede decirse, que los más grandes literatos lo ensalzaban a porfía, y los más altos personajes se lo quitaban de las manos; de ese hombre, a quien el papa Urbano VIII honró, como es sabido, con magníficas alabanzas; a quien el cardenal Borghese y el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo instaron a describir, el primero los hechos del papa Pablo V, el otro las guerras del rey católico en Italia, ambos en vano; de ese hombre, a quien Luis XIII, rey de Francia, por sugerencia del cardenal Richelieu, nombró su historiador; y a quien el duque Carlo Emanuele de Saboya otorgó el mismo cargo; en cuya alabanza, por dejar a un lado otros gloriosos testimonios, la duquesa Cristina, hija del cristianísimo rey Enrique IV, pudo en un diploma, junto con otros muchos títulos, añadir «la certeza de la fama que obtiene en Italia, de primer escritor de nuestro tiempo».

Pero si, en todas las ciencias mencionadas, don Ferrante podía considerarse instruido, había una en la que merecía y gozaba del título de maestro: la ciencia caballeresca. No sólo discurría sobre ella con profundo dominio, sino que solicitado con frecuencia para intervenir en asuntos de honor, daba siempre alguna sentencia dirimente. Tenía en su biblioteca, y puede decirse en su cabeza, las obras de los escritores más reputados en tal materia: Paride dal Pozzo, Fausto de Longiano, Urrea, Muzio, Romei, Albergato, el *Forno primero* y el *Forno segundo* de Torquato Tasso, de

quien tenía asimismo a disposición, y llegado el caso sabía citarlos de memoria, todos los pasajes, tanto de la *Jerusalén Liberada*, como de la *Conquistada*, que pueden sentar ley en materia de caballería. Pero, el autor de los autores, en su opinión, era nuestro célebre Francesco Birago, con quien coincidió también, más de una vez, al emitir un juicio sobre casos de honor; y el cual, por su parte, hablaba de don Ferrante en términos de particular estimación. Y desde que aparecieron los *Discursos Caballerescos* de aquel insigne escritor, don Ferrante pronosticó, sin vacilar, que la obra echaría por tierra la autoridad de Olévano, y perduraría, junto con sus otras nobles hermanas, como código de primera autoridad entre la posteridad: profecía, dice el anónimo, que cualquiera puede ver cómo se ha cumplido.

De esto pasa luego a las letras amenas; pero nosotros empezamos a dudar de que realmente el lector tenga grandes deseos de proseguir con él este escrutinio, más aún, a temer haber ganado ya el título de copista servil, en propiedad, y el de importuno, a medias con el susodicho anónimo, por haberlo seguido de buena fe hasta aquí, en una cosa ajena al asunto principal, y en la cual probablemente se extendió tanto, sólo para hacer alarde de doctrina, y demostrar que no desmerecía de su siglo. Pero, dejando escrito lo que está escrito, a fin de no desperdiciar nuestro trabajo, omitiremos lo restante, para volver a ponernos de nuevo en camino: tanto más cuanto que nos queda un buen trecho por recorrer, sin encontrar a ninguno de nuestros personajes, y otro aún más largo, antes de encontrar a aquellos por cuyos hechos sin duda más se interesa el lector, si es que le interesa algo de todo esto.

Hasta el otoño del siguiente año 1629, todos permanecieron, unos por su voluntad, otros a la fuerza, más o menos en el mismo estado en que los hemos dejado, sin que a ninguno acaeciese, y ningún otro pudiese hacer algo digno de ser referido. Llegó el otoño en que Agnese y Lucía habían contado con reunirse: pero un gran acontecimiento público dio al traste con esas cuentas: y éste fue ciertamente uno de sus menores efectos. Siguieron luego otros grandes sucesos, que, sin embargo, no produjeron ningún cambio notable en la suerte de nuestros personajes. Finalmente nuevos sucesos, más generales, más graves, más extremados, llegaron también hasta ellos, hasta los más ínfimos de ellos, según la escala del mundo: como un vasto torbellino, apremiante, vagabundo, derribando y descuajando árboles, despeinando tejados, destechando campanarios, abatiendo murallas, y arrastrando de acá para allá los escombros, levanta por los aires también las pajitas escondidas entre la hierba, va a buscar

por los rincones las hojas marchitas y ligeras, que un viento más suave había confinado allí, y las hace revolotear envueltas en su rapiña.

Ahora, para que los asuntos privados que nos quedan por narrar, resulten claros, debemos forzosamente anteponer mal que bien un relato de los públicos, partiendo incluso de un poco lejos.

CAPÍTULO XXVIII

DESPUÉS de la sedición del día de san Martín y del siguiente, pareció que la abundancia había vuelto a Milán, como por milagro. Pan en gran cantidad en todos los hornos; el precio, como en los mejores años; las harinas en proporción. Los que, en aquellos dos días, se habían dedicado a gritar o incluso a hacer algo más, tenían ahora (salvo unos pocos que fueron apresados) de qué felicitarse: y no vayáis a creer que se quedaron quietos, una vez pasado el primer susto de los arrestos. En las plazas, en las esquinas, en las tabernas, había un evidente regocijo, un congratularse y un jactarse entre dientes por haber encontrado la manera de abaratar el pan. Pero en medio de la fiesta y la jactancia, había (¿y cómo no iba a haberla?) cierta inquietud, cierto presentimiento de que la cosa no podía durar. Asediaban a los panaderos y a los fabricantes de harina, como ya habían hecho durante aquella otra facticia y pasajera abundancia producida por la primera tarifa de Antonio Ferrer; todos consumían sin tasa; el que tenía lagún dinero ahorrado, lo invertía en pan y harinas; se convertían en almacenes las arcas, los barriles, las calderas. Disfrutando así a porfía de la baratura presente, hacían, no digo imposible su larga duración, que ya lo era de por sí, sino cada vez más difícil su continuación momentánea. Y he aquí que, el 15 de noviembre, Antonio Ferrer, De orden de Su Excelencia, publicó un bando por el cual, a quienquiera que tuviese granos o harinas en casa, se le prohibía comprar ni poco ni mucho, y a todos comprar pan en cantidad superior a la necesaria para dos días, bajo penas pecuniarias y corporales, al arbitrio de Su Excelencia; intimación a quien correspondía por oficio, y a toda persona, de denunciar a los transgresores; orden a los jueces de hacer pesquisas en las casas que pudieran señalárseles; al mismo tiempo, empero, nueva orden a los tahoneros de tener bien abastecidas de pan sus tiendas bajo pena, en caso de desobediencia, de cinco años de galeras, el mayor, al arbitrio de S. E. Quien pueda imaginar cumplido un bando así, debe de tener una buena imaginación; en verdad, si todos los publicados en aquel tiempo se hubieran cumplido, el ducado de Milán hubiera debido tener al menos tanta gente en la mar como pueda tener hoy día la Gran Bretaña.

Sea como fuere, al ordenar a los tahoneros hacer tanto pan, había también que procurar que la materia prima del pan no les faltase. Se había pensado (pues siempre, en tiempos de carestía, renace el intento de convertir en pan productos que ordinariamente se consumen bajo otra forma), se había pensado, digo, incluir el arroz en la composición del pan llamado de mixtura. El 23 de noviembre, un bando que requisa, a disposición del vicario y los doce de provisión, la mitad del arroz con cáscara (*risorte* lo llamaban aquí, y lo llaman todavía) que cada uno posea; pena, para quienquiera que disponga de él sin el permiso de dichos señores, de la pérdida del producto, y una multa de tres escudos por moyo. Es, como todos verán, de lo más justo.

Pero ese arroz había que pagarlo, y a un precio demasiado desproporcionado con respecto al pan. La carga de suplir esa enorme diferencia se le había impuesto a la ciudad; mas el Consejo de los decuriones, que la había asumido en su nombre, deliberó, el mismo día 23 de noviembre, hacer presente al gobernador la imposibilidad de soportarla por más tiempo. Y el gobernador, con bando del 7 de diciembre, fijó el precio de dicho arroz en doce liras el moyo: tanto a quien pidiese más, como a quien se negase a vender, los amenazó con la pérdida del producto y una multa por el mismo valor, et mayor pena pecuniaria y asimismo corporal hasta las galeras, al arbitrio de S. E., según la calidad de los casos y las personas.

Para el arroz sin cáscara ya había sido fijado precio antes del tumulto; así como probablemente la tasa o, para emplear esa denominación celebérrima en los anales modernos, el maximum del trigo o de los otros granos más ordinarios, estaría establecida por otros bandos, que no me ha sido dado ver.

Mantenidos así el pan y la harina a bajo precio en Milán, la consecuencia era que del campo acudía gente en procesión a comprarlos. Don Gonzalo, para poner remedio a este, según dice él, inconveniente, prohibió, con otro bando del 15 de diciembre, sacar de la ciudad pan por un valor superior a veinte sueldos; bajo pena de la pérdida del pan mismo, y de veinticinco escudos, et en caso de insolvencia, de dos tratos de cuerda en público, et pena mayor aún, como de costumbre, al arbitrio de S. E. El 22 del mismo mes (y no se entiende por qué tan tarde), publicó una orden parecida para las harinas y los cereales.

La multitud había querido hacer nacer la abundancia con el saqueo y el incendio; el gobierno quería mantenerla con las galeras y la cuerda. Los medios eran acordes entre sí; pero cuánto tenían que ver con el fin, ya lo ve el lector: cuánto valían de hecho para conseguirlo, lo verá dentro de

poco. Por lo demás, es fácil de ver también, y no inútil observar, cómo entre aquellas extrañas medidas hay una conexión necesaria: cada una era consecuencia inevitable de la anterior, y todas de la primera, que ponía al pan un precio tan alejado del precio real, es decir del que habría resultado naturalmente de la proporción entre la necesidad y la cantidad. A la multitud, tal expediente siempre le ha parecido, y siempre ha tenido que parecerle, tan conforme a la equidad, como sencillo y fácil de poner en práctica: es, pues, una cosa natural que, en las angustias y los padecimientos de la carestía, ésta lo desee, lo implore y, si puede, lo imponga. Luego, a medida que las consecuencias se dejan sentir, conviene que aquellos a quienes corresponde, acudan a remediar cada una, con otra ley que prohiba a los hombres hacer aquello a lo que los empujaban las anteriores. Permítasenos observar aquí de pasada una coincidencia singular. En un país y en una época próximos, en la época más clamorosa y más notable de la historia moderna, se recurrió, en circunstancias parecidas, a parecidos expedientes (los mismos, casi podría decirse, en cuanto a la sustancia, con la única diferencia de la proporción, y más o menos por el mismo orden), a despecho de los tiempos tan cambiados, y de los conocimientos adquiridos en Europa, y en aquel país quizá más que en otras partes; y ello principalmente porque la gran masa popular, a la cual tales conocimientos no habían llegado, pudo hacer prevalecer durante largo tiempo su criterio, y forzar, como allí se dice, la mano a los que hacían la ley.

Así, volviendo a nuestro asunto, dos habían sido, a fin de cuentas, los frutos principales del tumulto; destrozo y pérdida efectiva de víveres, en el tumulto mismo; consumo, mientras duró la tasa, grande, despreocupado, sin medida, a costa del poco trigo, que sin embargo, debía bastar hasta la nueva cosecha. Añádanse a estos efectos generales cuatro desgraciados, ahorcados como cabecillas del tumulto: dos ante el horno de las muletas, dos al final de la calle donde estaba la casa del vicario de provisión.

Por lo demás, las relaciones históricas de aquella época están hechas tan al azar, que en ellas no se halla ni siquiera noticia de cómo y cuándo cesó aquella tarifa innatural. Si, a falta de noticias positivas, es lícito proponer conjeturas, nosotros nos inclinamos a creer que fue abolida poco antes o poco después del 24 de diciembre, que fue el día de aquella ejecución. Y en cuanto a los bandos, tras el último citado del 22 del mismo mes, no hallamos ningún otro en materia de abastos; ya sea porque se han perdido o han escapado a nuestra búsqueda, o bien porque el gobierno, desanimado, si no aleccionado por la ineficacia de aquellos remedios suyos, y desbordado por los acontecimientos, los abandonase a su curso.

Hallamos, sí, en la relación de más de un historiador (inclinados como estaban a describir grandes sucesos, más que a notar sus causas y su progreso) el retrato del país, y principalmente de la ciudad, ya avanzado el invierno y en la primavera, cuando la causa del mal, o sea la desproporción entre víveres y necesidades, no eliminada, antes bien, agudizada por los remedios que habían suspendido temporalmente sus efectos, y ni siquiera por una importación suficiente de cereales extranjeros, a la que se oponían la insuficiencia de los medios públicos y privados, la penuria de los países circunvecinos, la escasez, la lentitud y las trabas del comercio, y las mismas leyes tendentes a producir y mantener la baratura, cuando, digo, la razón verdadera de la carestía, o mejor dicho, la carestía misma, actuaba sin freno, y con toda su fuerza. Y he aquí la copia de ese retrato doloroso. A cada paso, tiendas cerradas; las fábricas en gran parte desiertas; las calles, un espectáculo indecible, un curso incesante de miserias, una morada perpetua de sufrimientos. Los mendigos de profesión, ahora reducidos a una minoría, confundidos y perdidos entre una nueva multitud, obligados a disputarle la limosna a aquellos de quienes tal vez en otro tiempo la habían recibido. Mozos y jóvenes empleados despedidos por tenderos, que, mermada o desaparecida por completo su ganancia diaria, vivían a duras penas de lo sobrante y del capital; los tenderos mismos, para quienes la paralización del comercio había representado la quiebra y la ruina; obreros y también maestros de todos los gremios y todas las artes, desde las más comunes a las más refinadas, desde las más necesarias a las de lujo, vagando de puerta en puerta, de calle en calle, apoyados en las esquinas, acurrucados sobre los adoquines, a lo largo de las casas y las iglesias, pidiendo quejumbrosamente limosna, o vacilantes entre la necesidad y una vergüenza aún no domada, demacrados, desfallecidos, estremecidos de frío y de hambre bajo sus ropas raídas y escasas, pero que en muchos aún conservaban señales de un antiguo acomodo; al igual que en la inercia y el envilecimiento, aparecía no sé qué indicio de costumbres laboriosas y honestas. Mezclados con la deplorable turba, y parte no pequeña de ella, servidores despedidos por señores caídos entonces de la medianía en la estrechez, o que aun riquísimos se encontraban imposibilitados, en un año como aquél, para mantener la acostumbrada pompa de su séquito. Y a todos estos diversos indigentes añádase cierto número de otros, habituados en parte a vivir de las ganancias de aquéllos: niños, mujeres, viejos, agrupados con sus antiguos sustentadores, o dispersos en otros lugares, para mendigar.

Había también, y se distinguían por el mechón desgreñado, por los vistosos andrajos, o también por un no sé qué en el porte y en el gesto, por ese sello que las costumbres estampan en el rostro, tanto más evidente y claro, cuanto más extrañas son, muchos de aquella ralea de bravos que, perdido por la común condición aquel infame pan suyo, lo iban pidiendo por caridad. Domados por el hambre, no contendiendo con los otros sino en súplicas atónitos, se arrastraban por las calles que habían paseado tanto tiempo con la cabeza alta, con la mirada recelosa y feroz, vestidos con ricas y extravagantes libreas, con grandes plumas, guarnecidos con ricas armas, atildados, perfumados; y tendían humildemente la mano, que tantas veces habían alzado, insolente para amenazar, o traidora para herir.

Pero quizá el más feo y a la vez más lastimoso espectáculo, eran los campesinos, aislados, en parejas, familias enteras; maridos, mujeres con niños en brazos, o sujetos a la espalda, con chiquillos cogidos de la mano, con viejos detrás. Algunos que, invadidas y saqueadas sus casas por la soldadesca, alojada allí o de paso, habían huido a la desesperada; y entre éstos los había que, para despertar mayor compasión, y como por una distinción de miseria, enseñaban los moratones y las cicatrices de los golpes recibidos al defender sus últimas, escasas provisiones, o escapando de un desenfreno ciego y brutal. Otros, librados de aquel azote particular, pero empujados por otros dos a los que ningún rincón había permanecido inmune, la esterilidad y los impuestos, más exorbitantes que nunca para satisfacer lo que entonces se llamaba las necesidades de la guerra, habían llegado, llegaban a la ciudad, como a la antigua sede y al último reducto de riqueza y de piadosa munificencia. Se podía distinguir a los recién llegados, más aún que por su andar inseguro, y su aire novato, por una actitud de asombro y de despecho al hallar tal aglomeración, tal rivalidad de miseria en la meta donde habían creído aparecer como único objeto de compasión, y atraer sobre sí las miradas y los socorros. Los otros que desde hacía más o menos tiempo vagaban por las calles de la ciudad y las habitaban, manteniéndose en pie con los subsidios obtenidos o que les tocaban en suerte, en tan gran desproporción de medios y necesidades, llevaban pintada en el rostro y los gestos una más sombría y cansada consternación. Vestidos de modo diferente, los que aún se podían llamar vestidos; y diferentes también por su aspecto: caras macilentas de las tierras bajas del país, enjutas de la llanura central y las colinas, sanguíneas de los montañeses; pero todas demacradas y desfiguradas, todas con ojos hundidos, con miradas fijas, entre torvas e insensatas; desgreñado el pelo, largas e hirsutas las barbas: cuerpos crecidos y endurecidos en el trabajo, exhaustos ahora por las privaciones; arrugada la

piel en los brazos huesudos y en las canillas y los pechos descarnados, que asomaban por entre los descompuestos andrajos. Y de modo diferente, pero no menos doloroso que este espectáculo de vigor abatido, el espectáculo de una naturaleza vencida más pronto, de una postración y un desfallecimiento más abandonado, en el sexo y la edad más débiles.

Aquí y allá, por las calles, junto a los muros de las casas, un poco de paja pisoteada, triturada y mezclada con inmundos desechos. Y sin embargo, semejante porquería era un don y un hallazgo de la caridad; eran camastros preparados para alguno de aquellos infelices, a fin de que apoyara en él la cabeza por las noches. De vez en cuando se veía yacer o tumbarse allí, a alguien a quien el cansancio y el ayuno había dejado sin fuerzas y roto las piernas: alguna vez aquel mísero lecho contenía un cadáver: alguna vez se veía a alguien caer de repente como un trapo, y quedar cadáver sobre el empedrado.

Junto a alguna de esas yacijas, se veía también inclinado a un traseúnte o vecino, atraído por una compasión repentina. En algún lugar aparecía un socorro mandado por más lejana previsión, movido por una mano rica de medios, y acostumbrada a auxiliar en grande; y era la mano del buen Federigo. Había éste elegido seis sacerdotes en los cuales una caridad viva y perseverante se hallaba acompañada y servida por una robusta complexión; los había dividido en parejas, y a cada una le había asignado un tercio de la ciudad que recorrer llevando detrás mozos cargados con varios alimentos, con otros reconstituyentes más ligeros e inmediatos, y con ropas. Cada mañana, las tres parejas salían a la calle desde distintos puntos, se acercaban a los que veían tirados en el suelo, y a cada cual le prestaban la ayuda que el caso requería. Alguno, ya agonizante y no en situación de recibir alimento, recibía los últimos auxilios y los consuelos de la religión. A los hambrientos les dispensaban sopa, huevos, pan, vino; a otros, extenuados por un ayuno más antiguo, les ofrecían caldos sustanciosos, destilados, vino más generoso, reanimándolos antes, si era necesario, con sales y cordiales. Al mismo tiempo, distribuían ropas para las desnudeces más indecentes y dolorosas.

Y no acababa aquí su asistencia: el buen pastor había querido que, al menos hasta donde podía alcanzar, se llevase un alivio más eficaz y no momentáneo. A los pobrecillos a quienes aquella primera confortación les devolvía las fuerzas suficientes como para sostenerse en pie y caminar, se les daba un poco de dinero, a fin de que la necesidad renaciente y la falta de un nuevo socorro no los pusiera muy pronto en el mismo estado de antes; a los otros se les buscaba albergue y sustento en alguna casa de la vecindad. En las de las personas acomodadas solían recibirlos por

caridad, y como recomendados del cardenal; en otras, donde la buena voluntad carecía de medios, aquellos sacerdotes pedían que el pobrecillo fuera admitido en pensión, fijaban el precio, y entregaban en seguida una parte a cuenta. De estos hospedados, daban después una lista a los párrocos, a fin de que los visitasen; y ellos mismos volvían a visitarlos.

No hace falta decir que Federigo no limitaba sus cuidados a esos padecimentos extremos, ni los había esperado para conmoverse. Aquella caridad ardiente y versátil debía sentirlo todo, atender a todo, acudir donde no había podido prevenir, tomar, por así decirlo, tantas formas, como las que tenía la necesidad. En efecto, reuniendo todos los medios, haciendo más riguroso el ahorro, echando mano de ahorros destinados a otras liberalidades, ahora de importancia demasiado secundaria, había buscado todos los medios para allegar dinero, a fin de emplearlo todo en el socorro de los hambrientos. Había adquirido grandes cantidades de cereales, y enviado una buena parte a los lugares de la diócesis que tenían mayor escasez; y siendo el socorro demasiado inferior a la necesidad, mandó también sal «con la que», dice, cuando cuenta la cosa, Ripamonti, «las hierbas del prado y las cortezas de los árboles se convierten en alimento». Cereales y dinero también los había distribuido entre los párrocos de la ciudad; él mismo la visitaba, barrio por barrio, repartiendo limosnas; socorría en secreto a muchas familias pobres; en el palacio arzobispal, como atestigua un escritor contemporáneo, el médico Alessandro Tadino en un *Ragguaglio* suyo que tendremos a menudo ocasión de citar más adelante, se distribuían cada mañana dos mil escudillas de sopa de arroz.

Pero estos efectos de la caridad, que ciertamente podemos llamar grandiosos, si se considera que venían de un solo hombre, y de sus solos medios (ya que Federigo rehusaba por sistema hacerse dispensador de las liberalidades ajenas); éstos, junto con las liberalidades de otras manos privadas, si no tan fecundas, con todo numerosas; junto con las subvenciones que el Consejo de los decuriones había decretado, dando al tribunal de provisión el encargo de distribuirlas; eran aún poca cosa en comparación con la necesidad. Mientras a algunos montañeses a punto de morir de hambre, por la caridad del cardenal, se les prolongaba la vida, otros llegaban a aquel extremo; los primeros, terminado aquel limitado socorro, volvían a recaer; en otras partes, no olvidadas, sino pospuestas, como menos angustiadas, por una caridad forzada a elegir, las angustias resultaban mortales; por doquier se perecía, de todas partes se afluía a la ciudad. Aquí, dos millares, supongamos, de hambrientos más robustos y expertos para superar la competencia y abrirse paso, habían conseguido un plato de sopa, lo bastante para no morir ese día; pero otros muchos

miles se quedaban atrás, envidiando a aquéllos, ¿los llamaríamos afortunados, cuando, entre los que atrás quedaban, estaban a menudo sus mujeres, sus hijos, sus padres? Y mientras en ciertas partes de la ciudad, algunos de los más desvalidos, y reducidos al extremo eran levantados del suelo, reanimados, cobijados y provistos por algún tiempo; en otras cien partes, otros caían, languidecían en incluso expiraban, sin ayuda, sin refrigerio.

Todo el día, se oía por las calles un zumbido confuso de voces suplicantes; por la noche, un susurro de gemidos, roto de vez en cuando por fuertes lamentos que estallaban de pronto, por gritos, por acentos profundos de invocación, que terminaban en agudos chillidos.

Es cosa notable que, en tal exceso de miserias, en tanta variedad de quejas, no se viese nunca un intento, no escapase nunca un grito de motín: por lo menos no se halla el menor indicio de ello. Y sin embargo, entre los que vivían y morían de aquella manera, había un buen número de hombres educados a todo lo contrario que a soportar; había cientos de los mismos, que en el día de San Martín, tanto se habían hecho oír. Y no puede pensarse que el ejemplo de aquellos cuatro desgraciados que habían pagado por todos, fuese lo que ahora los frenaba: ¿qué fuerza podía tener, no la presencia, sino el recuerdo de los suplicios en el ánimo de una muchedumbre vagabunda y hacinada, que se veía condenada a un lento suplicio, que ya lo padecía? Pero los hombres somos en general así: nos rebelamos indignados y furiosos contra los males llevaderos y nos doblegamos en silencio bajo los extremos; soportamos, no resignados sino idiotizados, el colmo de lo que al principio habíamos llamado insoportable.

El vacío que la mortandad creaba cada día en aquella deplorable muchedumbre, cada día se llenaba con creces: era un continuo aflujo, primero de los pueblos vecinos, después de toda la comarca, luego de las ciudades del estado, por fin también de otras. Y entre tanto, también de ésta salían cada día antiguos habitantes; algunos para sustraerse a la vista de tantas calamidades; otros, al verse quitar, por así decirlo, su puesto por los nuevos rivales de mendicidad, salían en una última, desesperada prueba a pedir socorros en otra parte, donde fuera, donde al menos la muchedumbre y la rivalidad para pedir no fuese tan nutrida, y tan apremiante. Se cruzaban en su opuesto viaje estos y aquellos peregrinos, espectáculo repugnante unos para otros, y muestra dolorosa, augurio siniestro del término al que unos y otros se dirigían. Pero cada cual seguía su camino, si no con la esperanza de cambiar de suerte, al menos para no regresar bajo un cielo que se había vuelto odioso, para no volver a los lugares donde se habían desesperado. Menos alguno, que faltándole las

fuerzas, caía por el camino, y allí quedaba muerto: espectáculo aún más funesto para sus compañeros de miseria, objeto de horror, quizá de reproche, para los otros viandantes. «Vi yo», escribe Ripamonti, «en el camino que rodea la muralla, el cadáver de una mujer... Colgaba de su boca hierba a medio masticar, y sus labios todavía hacían casi un gesto de esfuerzo rabioso... Llevaba un fardillo al hombro, y sujeto con los refajos a su pecho un niño, que llorando pedía de mamar... Y habían acudido personas compasivas, las cuales, recogiendo a la infeliz criatura del suelo, se la llevaban, cumpliendo así entre tanto el primer oficio materno».

El contraste de galas y andrajos, de superfluidad y miseria, espectáculo ordinario en tiempos ordinarios, había cesado entonces por completo. Los andrajos y la miseria estaban casi por doquier; y lo que se distinguía de ellos, apenas si era una apariencia de parca medianía. Se veía a los nobles ir con traje sencillo y modesto, o incluso raído y pobre; algunos, porque las causas comunes de miseria habían cambiado hasta ese punto su fortuna, o dado el golpe de gracia a patrimonios ya tambaleantes; otros, bien porque temieran provocar con el lujo la desesperación pública, o porque se avergonzaran de insultar la pública calamidad. Aquellos tiranuelos odiados y respetados, que solían ir por las calles con una cola de bravos, iban ahora casi solos, con la cabeza gacha, con rostros que parecían ofrecer y pedir paz. Otros, que incluso en la prosperidad, habían sido de pensamientos más humanos y de porte más modesto, parecían igualmente confusos, consternados y como abrumados ante la vista continua de una miseria que superaba, no sólo la posibilidad de socorro, sino hasta casi diría, las fuerzas de la compasión. Quien tenía el medio de dar alguna limosna, debía sin embargo hacer una triste elección entre hambre y hambre, entre urgencias y urgencias. Y apenas se veía una mano piadosa acercarse a la mano de un infeliz, surgía alrededor un pujar de otros infelices; aquellos a quienes les quedaba más vigor, se adelantaban a pedir con más apremio; los extenuados, los viejos, los chiquillos, alzaban sus manos descarnadas; las madres levantaban y mostraban desde lejos a los niños sollozantes, mal envueltos en mantillas harapientas, y doblados en sus manos por la inanición.

Así pasó el invierno y la primavera: y ya desde hacía algún tiempo el tribunal de sanidad venía advirtiendo al de provisión del peligro de contagio que amenazaba a la ciudad, por tanta miseria acumulada en todas sus partes; y proponía que los pordioseros fueran recogidos en diversos hospicios. Mientras se discute esta propuesta, mientras se aprueba, mientras se piensa en los medios, en la manera, en los lugares para ponerla en práctica, día a día va creciendo el número de cadáveres en las

calles; en proporción todo el otro cúmulo de miserias. En el tribunal de provisión se propone, como más fácil y rápido, otro remedio, reunir a todos los pordioseros, sanos y enfermos, en un solo lugar, en el lazareto, donde serían mantenidos y asistidos a expensas del estado; y así se acuerda, contra el parecer de la sanidad, la cual objetaba, que en tan gran hacinamiento, aumentaría el peligro al que se quería poner remedio.

El lazareto de Milán (por si esta historia cayera en manos de alguien que no lo conociese, ni de vista ni de oídas) es un recinto cuadrilátero y casi cuadrado, en las afueras de la ciudad, a la izquierda de la puerta llamada oriental, separado de la muralla por un foso, un camino de circunvalación, y un canal que rodea el propio recinto. Los dos lados mayores miden aproximadamente quinientos pasos; los otros dos, unos quince menos; todos, por la parte exterior, están divididos en pequeñas habitaciones de un solo piso; por dentro gira en torno a tres de ellos un pórtico abovedado continuo, sostenido por pequeñas y delgadas columnas.

Los habitáculos eran poco más o menos doscientos ochenta y ocho: en nuestros días, una gran abertura practicada en el medio y otra pequeña, en una esquina de la fachada por el lado que linda con el camino real, se ha llevado no sé cuántos. En la época de nuestra historia, no había más que dos entradas; una en el medio del lado que da a la muralla de la ciudad, otra frente a ésta, en el lado opuesto. En el centro del espacio interior, había, y hay todavía, una pequeña iglesia octogonal.

El destino inicial de todo el edificio, comenzado en el año 1489, con el dinero de un donación particular, continuado luego con el público y el de otros testadores y donantes, fue, como indica su mismo nombre, acoger, llegado el caso, a los enfermos de peste; la cual, ya mucho antes de aquella época, solía aparecer, y siguió haciéndolo durante mucho tiempo después, dos, cuatro, seis, ocho veces cada siglo, ora en éste, ora en aquel país de Europa, afectando a veces a una gran parte, o incluso recorriéndola toda, a lo largo y a lo ancho. En el momento de que hablamos, el lazareto no servía sino como depósito de mercancías sometidas a cuarentena. Ahora bien, para dejarlo libre, no se respetó el rigor de las leyes sanitarias, y hechos aprisa y corriendo la desinfección y los controles prescritos, se entregaron todas las mercancías de una vez. Se mandó cubrir de paja todas las habitaciones, se hicieron provisiones de víveres, de la calidad y en la cantidad que se pudo; y se invitó mediante un edicto público, a todos los mendigos a refugiarse allí.

Muchos acudieron voluntariamente; todos los que yacían enfermos en las calles y las plazas fueron trasladados allí; en pocos días, hubo, entre unos y otros, más de tres mil. Pero muchos más fueron los que quedaron fuera.

Bien porque cada uno esperara ver a los otros marcharse y quedarse unos pocos para disfrutar de las limosnas de la ciudad, bien por esa repugnancia natural al encierro, o por esa desconfianza de los pobres hacia todo lo que les propone quien posee la riqueza y el poder (desconfianza siempre proporcionada a la ignorancia común de quien la siente y de quien la inspira, al número de pobres, y a la poca sensatez de las leyes), o por saber de hecho cuál era en realidad el beneficio ofrecido, por todo esto junto, o por cualquier otra cosa, el hecho es que la mayoría, haciendo caso omiso de la invitación, seguía arrastrándose penosamente por las calles. En vista de ello, se creyó conveniente pasar de la invitación a la fuerza. Se mandaron rondas de esbirros para llevar a los mendigos al lazareto, y maniatar a los que se resistiesen; por cada uno de los cuales se les asignó una recompensa de diez sueldos: he aquí cómo, incluso en las mayores estrecheces, se encuentran siempre caudales públicos, para gastarlos como Dios manda. Y aunque, según conjetura, o mejor dicho, intención expresa de la provisión, cierto número de mendigos abandonaba la ciudad, para ir a vivir o a morir a otra parte, al menos en libertad; con todo, la caza fue tal, que, en poco tiempo, el número de los internados, entre huéspedes y prisioneros, rondó los diez mil.

Queremos suponer que las mujeres y los niños estarían en pabellones separados, aunque las memorias de la época nada dicen de esto. Reglas y disposiciones para mantener el orden, por lo demás, no faltarían ciertamente; pero cualquiera puede imaginarse el orden que podía establecerse y mantenerse en aquellos tiempos y especialmente en aquellas circunstancias, en un hacinamiento tan vasto y variado, donde junto con los voluntarios se hallaban los forzados; con aquellos para quienes mendigar era una necesidad, un dolor, una vergüenza, aquellos para quienes era un oficio; con muchos crecidos en la honrada actividad de los campos y los talleres, otros muchos educados en las plazas, las tabernas, los palacios de los tiranuelos, al ocio, el fraude, el escarnio, la violencia.

Cómo estarían además todos en lo tocante a alojamiento y comida, podríamos tristemente conjeturarlo, si no tuviéramos noticias positivas de ello; pero las tenemos. Dormían amontonados veinte o treinta en cada una de aquellas celdillas, o acurrucados bajo los pórticos, sobre un poco de paja podrida y maloliente, o en el duro suelo: porque se había ordenado, sí, que la paja fuera fresca y suficiente, y renovada a menudo; pero en realidad era mala, escasa, y no se renovaba. Se había ordenado asimismo que el pan fuera de buena calidad: pues, ¿qué administrador ha dicho alguna vez que se hagan y se suministren cosas malas?, pero lo que no se

habría conseguido en circunstancias normales, ni para un fin más limitado, ¿cómo conseguirlo en ese caso, y para aquella multitud? Se dijo entonces, como encontramos en las memorias, que el pan del lazareto estaba adulterado con sustancias pesadas y no nutritivas: y por desgracia es verosímil que no se tratase de una queja infundada. Hasta de agua había escasez; quiero decir de agua viva y salubre: el pozo común debía ser el canal que rodea los muros del recinto, de aguas bajas, lentas, en ciertas lugares incluso cenagosas y convertidas luego en lo que podía hacer de ellas el uso y la proximidad de tanta y tal muchedumbre. A todas estas causas de mortandad, tanto más activas, cuanto que actuaban sobre cuerpos enfermos o enfermizos, añádase una gran malignidad de la estación: lluvias persistentes, seguidas por una sequía aún más persistente, y con ella un calor prematuro y violento. A los males, agregúese el sentimiento de los males, el fastidio y el desasosiego del encierro, la añoranza de las antiguas costumbres, el dolor por los seres perdidos, el recuerdo inquieto de los familiares ausentes, el tormento y el asco recíproco, tantas otras pasiones de abatimiento y de rabia, llevadas o nacidas allí dentro; y además, la aprensión y el espectáculo continuo de la muerte, frecuente por tantas razones, y convertida ella misma en una nueva y poderosa razón. Y no es de admirar que la mortandad creciese y reinase en aquel recinto hasta el punto de tomar la apariencia y, para muchos, el nombre de pestilencia: ya fuera que el hacinamiento y la agudización de todas aquellas causas no hiciese sino aumentar la actividad de una influencia puramente epidémica; (como parece que ocurre incluso en carestías menos graves y prolongadas que aquélla) o bien que tuviese lugar cierto contagio, el cual en los cuerpos afectados y predispuestos por las privaciones y la mala calidad de los alimentos, por la intemperie, la suciedad, las penalidades y la degradación, encuentra el terreno, por decirlo así, y la estación adecuados, las condiciones necesarias, en suma, para nacer, alimentarse y multiplicarse (si se le permite a un ignorante aventurar estas palabras, siguiendo la hipótesis propuesta por algunos médicos, y vuelta a proponer hace poco, con muchos argumentos y grandes reservas, por uno, tan diligente como ingenioso: ya fuera que el contagio estallase desde el primer momento en el mismo lazareto, como, según una oscura e inexacta relación, parece que pensaban los médicos de la sanidad; ya sea que existiese y anduviera incubándose desde antes (lo que parece más verosímil quizá, si se piensa cuán antigua y general era la miseria y cuán frecuente la mortandad) y traído entre aquella muchedumbre permanente, se propagase en ella con inusitada y terrible rapidez. Cualquiera que sea la verdadera de estas

conjeturas, el número diario de los muertos en el lazareto superó en poco tiempo el centenar.

Mientras en aquel lugar todo era postración, angustia, miedo, quejumbre, temor, en la provisión era vergüenza, aturdimiento, incertidumbre. Se discutió, se oyó el parecer de la sanidad; no se halló otra cosa sino deshacer lo que se había hecho con tanto aparato, con tanto gasto, con tantas vejaciones. Se abrió el lazareto, se licenció a todos los pobres no enfermos que allí quedaban, y que escaparon de allí con un júbilo furibundo. La ciudad volvió a resonar con el antiguo lamento, pero más débil y entrecortado; volvió a ver aquella turba más escasa, y más lastimosa, dice Ripamonti, por la idea de cuánto había mermado. Los enfermos fueron trasladados a Santa María de la Estrella, entonces hospicio de pobres; donde la mayor parte pereció.

Entre tanto, sin embargo, empezaban aquellos benditos campos a amarillear. Los mendigos venidos de la comarca se marcharon, cada uno por su lado, a aquella siega tan ansiada. El buen Federigo los despidió con un último esfuerzo, y con un nuevo hallazgo de la caridad: mandó que a cada campesino que se presentase en el arzobispado se le diese un julio, y una hoz.

Con la mies cesó finalmente la carestía: la mortandad, epidémica o contagiosa, disminuyendo día a día, se prolongó sin embargo hasta el otoño. Estaba a punto de cesar por completo, cuando he aquí un nuevo azote.

Muchas cosas importantes, de esas a las que se les da más especialmente el nombre de históricas, habían sucedido durante este tiempo. El cardenal Richelieu, tomada, como se ha dicho, La Rochelle, remendada mal que bien una paz con el rey de Inglaterra, había propuesto y persuadido de ello con su poderosa palabra, al Consejo de Francia, que se ayudase eficazmente al duque de Nevers; y al mismo tiempo había determinado al propio rey a dirigir en persona la expedición. Mientras se hacían los preparativos, el conde de Nassau, comisario imperial, intimaba en Mantua al nuevo duque, que entregase los estados a Fernando, o éste mandaría un ejército a ocuparlos. El duque, que en circunstacias más desesperadas, había rehuido aceptar una condición tan dura y sospechosa, alentado ahora por la cercana ayuda de Francia, lo rehuía mucho más; aunque con términos en los que él «no» se disfrazaba y diluía lo más posible, y con propuestas de sumisión, más vistosa aún, pero menos cara. El comisario se había marchado, protestando que se llegaría a emplear la fuerza. En marzo, el cardenal Richelieu había bajado por fin con el rey a la cabeza de un ejército: le había pedido paso al duque de

Saboya; habían negociado; no se había pactado; tras un enfrentamiento, con ventaja para los franceses, se había vuelto a negociar, y se había pactado un acuerdo, en el que el duque, entre otras cosas, había estipulado que Córdoba levantaría el sitio de Casal; comprometiéndose, si éste rehusaba, a aliarse con los franceses, para invadir el ducado de Milán. Don Gonzalo, pareciéndole que aún salía bien librado, había levantado el asedio de Casal, donde al punto había entrado un regimiento de franceses, para reforzar la guarnición.

Fue en esta ocasión cuando Achillini escribió al rey Luis aquel famoso soneto:

Sudate, o fochi, a preparar metalli:

y otro, con el que lo exhortaba a acudir sin tardanza a la liberación de Tierra Santa. Pero es una fatalidad que los consejos de los poetas no sean escuchados: y si en la historia encontráis hechos concordes con alguna sugerencia suya, podéis asegurar que eran cosas decididas antes. El cardenal Richelieu había resuelto en cambio regresar a Francia, por asuntos que a él le parecían más urgentes. Ya pudo Girolamo Soranzo, enviado por los venecianos, aducir razones para combatir aquella decisión; el rey y el cardenal, haciendo tanto caso de su prosa como de los versos de Achillini, regresaron con el grueso del ejército, dejando únicamente seis mil hombres en Susa, para mantener el paso, y como prenda del tratado.

Mientras ese ejército se marchaba por un lado, el de Fernando se acercaba por otro; había invadido las tierras de los Grisones y la Valtellina; se disponía a bajar al Milanesado. Además de todos los males que se podían temer de semejante paso, habían llegado expresos avisos al tribunal de sanidad, de que en aquel ejército se incubaba la peste, de la cual entonces siempre había algún brote en las tropas alemanas, como dice Varchi, hablando de la que, un siglo antes, habían llevado a Florencia. Alessandro Tadino, uno de los conservadores de la sanidad (eran seis, además del presidente: cuatro magistrados y dos médicos), fue encargado por el tribunal, como él mismo cuenta, en su ya citado informe, de hacer presente al gobernador el espantoso peligro que amenazaba al país, si aquella gente pasaba por él, para ir al asedio de Mantua, según se rumoreaba. Parece que fue uno de los rasgos peculiares de don Gonzalo, un gran afán por conquistar un puesto en la historia, la cual, en efecto, no pudo dejar de ocuparse de él; pero (como a menudo ocurre) no conoció, o no se tomó el trabajo de registrar su gesto más digno de memoria, la respuesta que dio a Tadino en esa circunstancia. Respondió que no sabía

qué hacer; que los motivos de interés y de honor por los que se había movido aquel ejército, pesaban más que el peligro indicado; que, con todo, se tratase de ponerle remedio lo mejor posible, y que se confiase en la Providencia.

Para, poner, pues, remedio lo mejor que se pudiera, los dos médicos de la sanidad (el mencionado Tadino y Senatore Settala, hijo del célebre Lodovico) propusieron a dicho tribunal que se prohibiera bajo penas severísimas comprar cualquier clase de objetos a los soldados que iban a pasar; pero no fue posible hacer comprender la necesidad de semejante orden al presidente, «hombre», dice Tadino, «de gran bondad, que no podía creer que fueran a producirse riesgos de muerte de tantos miles de personas, por el comercio con aquella gente, y sus pertenencias». Citamos este hecho como uno de los singulares de aquel tiempo: ya que sin duda, desde que existen tribunales de sanidad, jamás le ocurrió a otro presidente de ese cuerpo, hacer un razonamiento semejante; si es que razonamiento se le puede llamar.

En cuanto a don Gonzalo, poco después de aquella respuesta, se marchó de Milán; y la partida fue tan penosa para él, como lo era su causa. Lo habían destituido por el mal éxito de la guerra, de la que había sido promotor y capitán; y el pueblo lo culpaba del hambre padecida bajo su gobierno. (Lo que había hecho por la peste, o no se sabía, o ciertamente nadie se inquietaba por ello, como veremos más adelante, salvo el tribunal de sanidad, y en especial los dos médicos.) Al salir, pues, en coche de viaje, del palacio de corte, en medio de una guardia de alabarderos, con dos trompetas a caballo delante, y otras carrozas de nobles como séquito, fue acogido con fuertes silbidos por la chiquillería congregada en la plaza de la catedral, y que lo siguió en tropel. Entrado el cortejo en la calle que conduce a la puerta Ticinesa, por donde debía salir, empezó a encontrarse en medio de una muchedumbre, que en parte estaba allí esperando, en parte acudía; tanto más cuanto que los trompetas, hombres respetuosos del protocolo, no dejaron de tocar, desde el palacio, hasta la puerta. Y en el proceso que se formó luego sobre aquel alboroto, reprendido uno de ellos porque aquel trompeteo suyo había sido causa de que aumentase, responde: «Mi querido señor, ése es nuestro oficio; y si S. E. no oviese querido que tocásemos, oviese debido ordenarnos callar.» Pero don Gonzalo, bien porque le repugnara hacer algo que mostrase temor, o por miedo a alentar más la osadía de la multitud, o porque estuviese realmente un poco aturdido, no daba orden alguna. La muchedumbre, a la que los guardias habían intentado en vano rechazar, precedía, rodeaba, seguía las carrozas, gritando: «ahí va la carestía, se va el chupasangre de los

pobres», y cosas peores. Cuando estuvieron cerca de la puerta, empezaron también a arrojar piedras, ladrillos, tronchos, cáscaras de toda clase, en suma la munición habitual en tales expediciones; una parte corrió a las murallas, y desde allí lanzó una última descarga sobre las carrozas que iban saliendo. En seguida después, se desbandaron.

En lugar de don Gonzalo, fue enviado el marqués Abrogio Spinola, cuyo nombre ya había adquirido, en las guerras de Flandes, la celebridad militar que aún conserva.

Mientras tanto el ejército alemán, bajo el mando supremo del conde Rambaldo de Collalto, otro caudillo italiano, de menor aunque no de ínfima fama, había recibido la orden definitiva de marchar a la empresa de Mantua; y en el mes de septiembre, entró en el ducado de Milán.

La milicia, en aquellos tiempos, estaba formada aún en gran parte por soldados de ventura reclutados por condotieros de profesión, por encargo de uno u otro príncipe, alguna vez también por cuenta propia, para venderse luego junto con ellos. Más que por las pagas, los hombres se sentían atraídos a aquel oficio por las esperanzas de saqueo y por todos los alicientes de la licencia. Una disciplina estable y general no la había; ni hubiera podido avenirse tan fácilmente con la autoridad en parte independiente de los distintos condotieros. Éstos, en particular, además, ni eran muy exigentes en cuestión de disciplina, ni aun queriendo, se ve cómo habrían podido conseguir establecerla y mantenerla; porque soldados de aquella calaña, o se habrían rebelado contra un caudillo innovador a quien se le hubiese metido en la cabeza abolir el saqueo; o cuando menos, lo habrían dejado solo defendiendo sus banderas. Además de esto, como los príncipes, al alquilar, por así decirlo, aquellas bandas, atendían más a tener gente en abundancia, para asegurar el éxito de las empresas, que a adecuar el número a su facultad de pagar, por lo general muy escasa; las pagas generalmente llegaban tarde, a plazos y con cuentagotas; y los despojos de los países a los que tocaba en suerte, se convertían en una especie de suplemento tácitamente convenido. Es célebre, poco menos que el nombre de Wallenstein, aquella sentencia suya de que es más fácil mantener un ejército de cien mil hombres, que uno de diez mil. Y éste del que hablamos estaba formado en gran parte por gente, que bajo su mando, había asolado Alemania, en esa guerra célebre entre las guerras, por sí misma y por sus efectos, que recibió luego el nombre de los treinta años a causa de su duración; y entonces corría el undécimo. Es más, iba allí, al mando de un lugarteniente suyo, su propio regimiento; de los otros caudillos, la mayoría había servido bajo sus

órdenes, y allí se encontraba más de uno de los que, cuatro años después, debían ayudarle a tener el desdichado fin que todos saben.

Eran veinticinco mil infantes, y siete mil caballos; y al bajar de la Valtellina para ir al territorio de Mantua, debían seguir todo el curso que traza el Adda en los dos ramales del lago, y luego de nuevo como río hasta su desembocadura en el Po, y aún tenían un buen tramo de éste que costear: en total ocho jornadas en el ducado de Milán.

Gran parte de los habitantes se refugiaban en los montes, llevando consigo lo mejor que poseían, y echando delante a los animales; otros se quedaban, o por no abandonar a algún enfermo, o para preservar la casa de un incendio, o para no perder de vista cosas valiosas escondidas, enterradas; otros porque no tenían nada que perder, o incluso contaban con salir ganando algo. Cuando el primer escuadrón llegaba al pueblo de la parada, se diseminaba al punto por él, y por los circunvecinos, y los ponía a saco: lo que se podía disfrutar, o era fácil de llevar, desaparecía; lo restante, lo destruían, o lo estropeaban; los muebles se convertían en leña, las casas, en establos: por no hablar de las palizas, las heridas, los estupros. Todos los inventos, todas las astucias para salvar los bienes, resultaban la mayoría de las veces inútiles, y algunas acarreaban males mayores. Los soldados, gente mucho más experta en las estratagemas de esta guerra, registraban todos los rincones de las casas, desmoronaban paredes y las derribaban; reconocían fácilmente en los huertos la tierra recién removida; hasta subieron a los montes a robar el ganado; fueron a las cuevas, guiados por algún bribón del pueblo, en busca de algún rico que se hubiera agazapado allí; lo arrastraban hasta su casa, y torturándolo con amenazas y golpes, lo obligaban a mostrarles el tesoro escondido.

Finalmente se marchaban; se habían marchado; se oía morir a los lejos el sonido de los tambores o de las trompetas; seguían unas horas de quietud amedrentada; y luego otro maldito redoble de tambores, otro maldito toque de tropetas, anunciaba un nuevo escuadrón. Éstos no hallando nada que saquear, con tanto más furor destrozaban lo demás, quemaban los toneles vaciados por aquéllos, las puertas de las casas donde no quedaba nada, prendían fuego a las propias casas; y con mucha más rabia, claro está, maltrataban a las personas; y así de mal en peor, durante veinte días: pues en otros tantos escuadrones se dividía el ejército.

Colico fue la primera tierra del ducado que invadieron aquellos demonios; cayeron sobre Bellano; de allí entraron y se esparcieron por la Valsassina, desde donde desembocaron en el territorio de Lecco.

CAPÍTULO XXIX

AQUÍ, entre los pobres asustados encontramos a personas conocidas. Quien no ha visto a don Abbondio, el día en que se difundieron todas de una vez las noticias de la bajada del ejército, de su aproximación, y de su conducta, no sabe bien lo que es apuro y espanto. Ya vienen; son treinta, son cuarenta, son cincuenta mil; son demonios, son arrianos, son anticristos; han saqueado Cortenuova; han prendido fuego a Primaluna: devastan Introbbio, Pasturo, Barsio; han llegado a Balabbio; mañana están aquí: tales eran las voces que pasaban de boca en boca; y al mismo tiempo un correr, un detenerse unos a otros, un consultar tumultuoso, un vacilar entre huir y quedarse, un reunirse las mujeres, un llevarse las manos a la cabeza. Don Abbondio, resuelto a huir, resuelto antes que nadie y más que nadie, veía, sin embargo, en cada camino que tomar, en cada lugar donde refugiarse, obstáculos insuperables y peligros espantosos. —¿Qué hacer? —exclamaba—, ¿a dónde ir? —Los montes, dejando a un lado la dificultad del camino, no eran seguros: ya se había sabido que los lansquenetes trepaban por ellos como gatos, al menor indicio o esperanza de botín. El lago estaba agitado; soplaba un fuerte viento: además de esto, la mayoría de los barqueros, temiendo verse forzados a transportar soldados o bagajes, se habían refugiado, con sus barcas, en la otra orilla: unas pocas que quedaron habían partido luego abarrotadas; y maltratadas por el peso y el temporal, se decía que peligraban a cada momento. Para marcharse lejos y fuera del camino que el ejército debía seguir, no era posible encontrar ni una calesa, ni un caballo, ni ningún otro medio: a pie, don Abbondio no habría podido recorrer mucho trecho, y temía que lo alcanzasen por el camino. El territorio bergamasco no estaba tan lejos, como para que sus piernas no pudieran llevarlo hasta allí de una tirada; pero se sabía que había sido enviado a toda prisa desde Bérgamo un escuadrón de capeletes, que debía costear la frontera, para tener a raya a los lansquenetes; y aquéllos eran el diablo en persona, ni más ni menos que éstos, y hacían por su parte todo el daño que podían. El pobre hombre corría atolondrado y medio fuera de sí, por la casa; iba detrás de Perpetua, para concertar con ella una resolución; pero Perpetua, ajetreada recogiendo lo mejor de la casa, y escondiéndolo en el desván, o por los tabucos, pasaba corriendo, jadeante, preocupada, con las manos y los brazos cargados, y respondía:

—Ahora mismo termino de poner estas cosas a buen recaudo, y luego nosotros también haremos lo que hacen los demás. —Don Abbondio quería retenerla, y discutir los distintos partidos; pero ella, entre el trajín, y

las prisas, y el susto que también tenía en el cuerpo, y la rabia que le daba el de su amo, estaba, en tal conyuntura, menos tratable que nunca—. Los demás se las arreglan, también nosotros nos las arreglaremos. Disculpe vuestra merced, pero sólo sirve de estorbo. ¿Cree que los demás no tienen también su pellejo que salvar? ¿Acaso vienen a hacerle la guerra a vuestra merced los soldados? Bien podría echarme una mano, en estos momentos, en vez de metérseme entre los pies llorando y molestando. —Con estas y semejantes respuestas se deshacía de él, habiendo decidido ya, una vez terminada mal que bien aquella tumultuaria operación, agarrarlo por un brazo como a un chicuelo, y arrastrarlo montaña arriba. Dejado solo de este modo, se asomaba a la ventana, miraba, aguzaba el oído; y al ver pasar a alguien, gritaba con una voz medio llorosa y medio de reproche:

—Haced la caridad a vuestro pobre párroco de buscarle algún caballo, algún mulo, algún asno. ¡Es posible que nadie quiera ayudarme! ¡Oh, qué gente! Esperadme al menos, para que pueda ir también yo con vosotros; esperad a ser quince o veinte, para ir juntos, y que no me quede abandonado. ¿Queréis dejarme en las manos de esos perros? ¿No sabéis que la mayoría son luteranos, y que matar a un sacerdote lo tienen por obra meritoria? ¿Queréis dejarme aquí a recibir el martirio? ¡Oh, qué gente! ¡Oh, qué gente!

Pero, ¿a quién decía estas cosas? A hombres que pasaban doblados bajo el peso de sus pobres enseres, pensando en los que dejaban en casa, empujando a sus vaquillas, llevando consigo a sus hijos, cargados también ellos con todo lo que podían, y las mujeres con los que no podían andar en brazos. Algunos pasaban de largo, sin responder ni mirar hacia arriba; alguno decía:

—¡Ay, señor mío!, compóngase vuestra merced como pueda; suerte la suya que no tiene que pensar en la familia; haga algo, arrégleselas.

—¡Oh, pobre de mí! —exclamaba don Abbondio—, ¡oh, qué gente!, ¡qué corazones! No hay caridad: cada cual piensa en sí mismo; y en mí nadie quiere pensar—. Y volvía en busca de Perpetua.

—¡Oh, a propósito! —le dijo ésta—, ¿y el dinero?

—¿Cómo haremos?

—Démelo a mí, que iré a enterrarlo aquí en el huerto, con los cubiertos.

—Pero...

—Déjese de peros; démelo; guarde unas monedas, por lo que pueda pasar; y luego yo me encargo de lo otro.

Don Abbondio obedeció, fue a la arqueta, sacó su pequeño tesoro, y se lo entregó a Perpetua; la cual dijo:

—Voy a enterrarlo en el huerto, al pie de la higuera—; y se marchó. Reapareció poco después, con una cesta donde había provisiones de boca, y con un pequeño cuévano vacío; y se puso a toda prisa a colocar en el fondo un poco de ropa blanca suya y del amo, mientras decía—: El breviario, por lo menos, lo llevará vuestra merced.

—Pero, ¿a dónde vamos?

—¿A dónde van todos los demás? Ante todo, saldremos a la calle; y allí oiremos, y veremos lo que conviene hacer.

En ese momento entró Agnese con un cuevanillo a la espalda, y con el aire de quien viene a hacer una propuesta importante.

Agnese, resuelta también a no esperar huéspedes de aquella clase, sola en casa, como estaba, y todavía con un poco de aquel oro del *innominado*, había estado algún tiempo dudosa sobre el lugar donde refugiarse. Y precisamente el resto de aquellos escudos, que en los meses de hambre le habían hecho tanto servicio, era la causa principal de su angustia y su irresolución, por haber oído que, en los pueblos ya invadidos, los que tenían dinero se habían encontrado en una situación más terrible, expuestos a la vez a la violencia de los extranjeros, y a las asechanzas de sus convecinos. Era cierto que, de aquel bien, como quien dice, llovido del cielo no había dicho palabra a nadie, salvo a don Abbondio; a quien acudía de vez en cuando para que le cambiase un escudo, dejándole siempre algo para dárselo a uno más pobre que ella. Pero el dinero escondido, especialmente para quien no está acostumbrado a manejar mucho, tiene a su dueño en una continua sospecha de la sospecha ajena. Ahora bien, mientras estaba ocultando aquí y allá, ella también, lo mejor posible cuanto no podía llevar consigo, y pensaba en los escudos, que tenía cosidos en el corpiño, recordó que junto con ellos, el *innominado* le había mandado hacer los más grandes ofrecimientos de servicios; recordó las cosas que había oído contar de aquel castillo suyo, situado en un lugar tan seguro, y donde, sin permiso de su dueño, no podían llegar más que los pájaros; y determinó ir a pedir asilo allá. Pensó cómo podía darse a conocer a aquel caballero, y se acordó al punto de don Abbondio; el cual, tras aquel coloquio con el arzobispo, le había puesto siempre cara de fiesta, y tanto más de corazón, cuanto que podía hacerlo sin comprometerse con nadie, y que, estando lejos los dos jóvenes, estaba lejos también la posibilidad de que se le pidiese algo que habría puesto aquella benevolencia a dura prueba. Supuso que, en tal desbarajuste, el pobre hombre debía de estar aún más apurado y aterrado que ella, y que el partido podía parecerle excelente también a él; y venía a proponérselo. Al hallarlo con Perpetua, les hizo la propuesta a los dos.

—¿Qué decís, Perpetua? —preguntó don Abbondio.

—Digo que es una inspiración del cielo, y que no hay que perder tiempo, y ponerse en camino sin más.

—Y luego...

—Y luego, y luego, cuando nos encontremos allí, estaremos muy contentos. Ese caballero ya se sabe que ahora no quiere sino hacer favores a su prójimo; y también él se sentirá muy contento de acogernos. Allá, junto a la frontera, y tan en alto, los soldados no irán de seguro. Y luego, y luego, encontraremos también de comer; porque, en los montes, cuando se acabase esta poca bendición de Dios —y al decir esto la colocaba en el cuévano, encima de la ropa blanca—, lo habríamos pasado mal.

—Convertido, está convertido de veras, ¿no?

—¿Quién puede dudarlo todavía, después de todo lo que se sabe, después de lo que ha visto también vuestra merced?

—¿Y si fuéramos a meternos en una ratonera?

—¿Qué ratonera? Con todas esas cavilaciones suyas, disculpe vuestra merced, nunca llegaríamos a una conclusión. ¡Muy bien, Agnese!, habéis tenido realmente una buena idea —y poniendo el cuévano sobre una mesita, pasó los brazos por las correas, y se lo echó a la espalda.

—¿No se podría —dijo don Abbondio— encontrar algún hombre que viniese con nosotros, para hacer de escolta a su párroco? Y si encontrásemos a algún bribón, que por desgracia andan muchos por ahí, ¿qué ayuda me ibais a dar vosotras?

—¡Otra, para perder tiempo! —exclamó Perpetua—, ponerse ahora a buscar a un hombre, cuando cada uno tiene que pensar en sí mismo. ¡Ánimo!, vaya a coger el breviario y el sombrero; y vámonos.

Don Abbondio fue, volvió, al momento, con su breviario bajo el brazo, el sombrero en la cabeza, y su bastón en la mano; y salieron los tres por una puertecita que daba a la plazuela. Perpetua cerró, más por no descuidar una formalidad que por la confianza que pudiese tener en aquella cerradura y en aquellos batientes, y se metió la llave en el bolsillo. Don Abbondio echó, al pasar, una ojeada a la iglesia, y dijo entre dientes:

—Al pueblo le toca custodiarla, que a él le sirve. Si tienen un poco de amor a su iglesia, se ocuparán de ella; si no lo tienen, peor para ellos.

Echaron a andar por los campos, callandito, pensando cada cual en sus asuntos, y mirando a su alrededor, especialmente don Abbondio, por si aparecía alguna figura sospechosa, algo fuera de lo normal. No se veía a nadie: la gente estaba, o en las casas para guardarlas, recoger sus cosas, esconderlas, o en los caminos que llevaban directamente a las alturas.

Tras haber suspirado una y otra vez, y dejado escapar luego alguna interjección, don Abbondio empezó a rezongar más seguido. La tomaba con el duque de Nevers, que habría podido quedarse en Francia, disfrutando de la vida, y haciendo de príncipe, y quería ser duque de Mantua a despecho del mundo; con el emperador, que habría debido tener juicio por los demás, dejar correr las aguas, no andarse con puntillos; que, a fin de cuentas, él seguiría siendo emperador, tanto si era duque de Mantua Fulano como si lo era Mengano. La tomaba principalmente con el gobernador, a quien le hubiera correspondido hacer todo lo posible, para tener alejados los azotes del país, y era él quien los atraía: todo por el gusto de hacer la guerra. —Tendrían —decía— que estar aquí esos señores, para ver y probar el gusto que da. ¡Buenas cuentas tendrán que rendir! Pero mientras tanto, paga por ellos quien no tiene la culpa.

—Deje vuestra merced en paz un rato a esa gente; que no serán ellos quienes vengan a ayudarnos —decía Perpetua—. Esas, perdóneme vuestra merced, son sus chácharas de siempre que a nada conducen. En cambio, lo que me preocupa...

—¿Qué es?

Perpetua, la cual, durante aquel trecho de camino, había pensado con calma en la ocultación hecha tan aprisa, empezó a lamentarse de haber olvidado tal cosa, de haber puesto en mal sitio tal otra; aquí, de haber dejado un rastro que podía guiar a los ladrones, allí...

—¡Muy bien! —dijo don Abbondio, ya lo bastante seguro de su vida como para angustiarse por su hacienda—, ¡muy bien! ¿eso habéis hecho? ¿Dónde teníais la cabeza?

—¡Cómo! —exclamó Perpetua, parándose de golpe un momento, y poniéndose en jarras, en la medida en que el cuévano se lo permitía—, ¡cómo!, ¡va a venirme ahora con reproches, cuando era vuestra merced quien me hacía perder la cabeza, en vez de ayudarme y darme ánimos! He pensado quizá más en las cosas de casa que en las mías; no he tenido quien me echase una mano; he tenido que hacer de Marta y de Magdalena; si algo sale mal, no sé qué decir: he hecho más de lo que debía.

Agnese interrumpía estas disputas, poniéndose también ella a hablar de sus cuitas: y no se quejaba tanto de la incomidad y de los daños, cuanto de ver desvanecida la esperanza de volver a abrazar pronto a su Lucía; porque, si os acordáis, aquél era precisamente el otoño en el que habían contado con volver a verse: y no era imaginable que doña Prassede fuera a aquellos lugares, en tales circunstancias: si acaso se habría marchado de haberse encontrado allí, como hacían todos.

La vista de aquellos lugares hacía aún más vivos los pensamientos de Agnese, y más punzante su pesar. Tras salir de los senderos, habían tomado el camino real, el mismo por el que la pobre mujer había venido llevando, por tan poco tiempo, a casa a su hija, después de pasar unos días con ella en la casa del sastre. Y ya se veía el pueblo.

—Podríamos ir a saludar a esa buena gente —dijo Agnese.

—Y también a descansar un poquillo: que ya empiezo a no poder más con este cuévano; y además a tomar un bocado —dijo Perpetua.

—A condición de no perder tiempo; que no vamos en viaje de placer —concluyó don Abbondio.

Fueron recibidos con los brazos abiertos, y vistos con gran agrado: recordaban una buena acción. Haced el bien a cuantos más podáis, dice aquí nuestro autor, y encontraréis más a menudo rostros que os causen alegría.

Agnese, al abrazar a la buena mujer, estalló en un llanto incontenible, que le sirvió de gran alivio; y respondía con sollozos a las preguntas que ella y su marido le hacían sobre Lucía.

—Está mejor que nosotros —dijo don Abbondio—: está en Milán, fuera de peligros, lejos de estas barrabasadas.

—De modo que escapan, ¿eh?, el señor cura y la compañía —dijo el sastre.

—Cierto —respondieron al unísono el amo y la criada.

—Los compadezco.

—Nos dirigimos —dijo don Abbondio— al castillo de ***.

—Bien pensado: estarán tan seguros como en la iglesia.

—Y aquí, ¿no tienen miedo? —dijo don Abbondio.

—Le diré, señor cura: propiamente en hospitación, como vuestra merced sabe que se dice, hablando con propiedad, aquí no deberían venir: quedamos demasiado fuera de su camino, gracias al cielo. A lo sumo, a lo sumo, alguna incursión, Dios no lo quiera: pero en todo caso hay tiempo; tienen que oírse antes otras noticias de las pobres aldeas donde han de parar.

Decidieron quedarse allí un rato para reponer fuerzas; y, como era la hora del almuerzo, dijo el sastre:

—Señores, deben honrar mi pobre mesa: sin cumplidos: un pedazo de pan, pero de buen corazón.

Perpetua dijo que traía consigo alguna cosa para romper el ayuno. Tras algunas ceremonias por una y otra parte, se acordó, como suele decirse, hacer un solo puchero, y comer todos juntos.

Los chiquillos habían rodeado con grandes fiestas a Agnese, vieja amiga suya. Rápido, rápido; el sastre mandó a una niña (la que le había llevado aquel bocado a María la viuda: ¡quién sabe si aún os acordáis!), que fuese a pelar cuatro castañas tempranas, que estaban guardadas en un rincón: y las pusiera a asar.

—Y tú —le dijo a un chico—, ve al huerto a dar una sacudida al melocotonero para que caigan cuatro melocotones, y tráelos: todos, ¿eh? Y tú —le dijo al otro—; ve a la higuera y coge los higos más maduros. Demasiado bien conocéis ya ese oficio.

El fue a abrir la espita de un barrilito para sacar vino; las mujeres a buscar los manteles. Perpetua sacó las provisiones; pusieron la mesa: un mantel y un plato de mayólica en el sitio de honor, para don Abbondio, con un cubierto que traía Perpetua en el cuévano. Se sentaron a la mesa, y almorzaron, si no con gran alegría, sí al menos con mucha más que la que ninguno de los comensales había esperado tener en aquel día.

—¿Qué me dice, señor cura, de un desbarajuste como éste? —dijo el sastre—; me parece estar leyendo la historia de los moros en Francia.

—¿Qué voy a decir? ¡También esto tenía que caerme encima! —Pero han elegido un buen refugio —prosiguió aquél—: ¿Quién diablos va a empeñarse en ir allá arriba? Y encontrarán compañía: porque ya se ha oído que se ha refugiado allí mucha gente, y que sigue llegando.

—Espero —dijo don Abbondio— que seamos bien recibidos. Conozco a ese buen caballero; y cuando tuve en otra ocasión el honor de encontrarme con él, ¡fue tan cortés!

—Y a mí —dijo Agnese— me mandó decir por su ilustrísima que cuando necesitara algo, sólo tenía que acudir a él.

—¡Hermosa y gran conversión! —prosiguió don Abbondio—, y persevera, ¿no es cierto?, persevera.

El sastre se puso a hablar largo y tendido de la santa vida del *innominado*, y de cómo, de ser el azote de la comarca, se había convertido en su ejemplo y su bienhechor.

—¿Y aquella gente que tenía con él...?, ¿toda aquella servidumbre?... —prosiguió don Abbondio, el cual más de una vez había oído decir algo, pero nunca se sentía lo bastante seguro.

—Despedidos la mayoría —respondió el sastre—; y los que se han quedado, han mudado de costumbres, ¡y cómo! En resumen, ese castillo se ha convertido en una Tebaida: vuestra merced sabe a qué me refiero.

Pasó luego a hablar con Agnese de la visita del cardenal. —¡Gran hombre! —decía—, ¡gran hombre! Lástima que haya pasado por aquí con

tanta prisa, que no he podido honrarlo como es debido. Cómo me gustaría poder hablar otra vez con él, con un poco más de calma.

Cuando se levantaron de la mesa, les enseñó un grabado con la efigie del cardenal, que tenía pegado en una hoja de la puerta, por veneración al personaje, y también para poder decir a cuantos llegaban que no se le parecía; ya que él había podido examinar de cerca y a sus anchas al cardenal en persona, en aquella misma habitación.

—¿Lo han querido sacar, con ese chisme? —dijo Agnese—. En la ropa se le parece; pero...

—¿Verdad que no se le parece? —dijo el sastre—, también yo lo digo siempre; a nosotros no nos engañan, ¿eh?, pero, aunque no sea más, debajo está su nombre: es un recuerdo.

Don Abbondio metía prisa; el sastre se empeñó en encontrar una carreta que los llevase hasta el pie de la pendiente; fue al punto a buscarla, y poco después estaba de vuelta diciendo que venía de camino. Se volvió luego a don Abbondio, y le dijo:

—Señor cura, si acaso deseara llevarse allá arriba algún libro, para pasar el tiempo, en mi pobreza, yo puedo servirle: porque también yo me entretengo un poquillo con la lectura. Cosas, no para vuestra merced, libros en lengua vulgar; pero con todo...

—Gracias, gracias —respondió don Abbondio: en estas circunstancias apenas si tiene uno cabeza para ocuparse de lo que es de precepto.

Mientras se dan y se rehusan las gracias, y se intercambian saludos y buenos augurios, invitaciones y promesas de otra parada al regreso, la carreta ha llegado ante la puerta de la casa. Meten en ella dos cuévanos, suben, y emprenden, con un poco más de comodidad y de tranquilidad de ánimo, la segunda mitad del viaje.

El sastre había dicho la verdad a don Abbondio, acerca del *innominado*. Éste, desde el día en que lo dejamos, había seguido haciendo siempre lo que entonces se había propuesto, resarcir daños, pedir paz, socorrer a los pobres, en suma, siempre el bien, según la ocasión. Aquel valor que antaño había demostrado para ofender y defenderse, ahora lo demostraba no haciendo ni una cosa ni otra. Iba siempre solo y sin armas, dispuesto a todo lo que pudiera ocurrirle después de tantas violencias cometidas, y persuadido de que sería cometer una nueva el emplear la fuerza en defensa de quien era deudor de tanto y de tantos; persuadido de que cualquier mal que se le hiciese, sería una injuria a Dios, pero para él una justa retribución; y que la injuria, él tenía menos derecho que nadie a castigarla. A pesar de ello, había permanecido tan inviolable como cuando tenía armados, para su seguridad, tantos brazos y el suyo propio. El

recuerdo de su antigua ferocidad, y la vista de su presente mansedumbre, la una, que debía haber dejado tantos deseos de venganza, la otra, que la hacía tan fácil, conspiraban en cambio para granjearle y conservarle una admiración, que le servía de principal salvaguardia. Era aquel hombre a quien nadie había podido humillar, y que se había humillado por sí mismo. Los rencores, antes irritados por su desprecio y por el miedo de los otros, se desvanecían ahora ante aquella nueva humildad: los ofendidos habían obtenido, contra toda expectativa, y sin peligro, una satisfacción que no hubieran podido prometerse de la más afortunada venganza, la satisfacción de ver a un hombre semejante arrepentido de sus yerros, y partícipe, por así decirlo, de su indignación. Muchos, cuyo pesar más amargo y más intenso había sido durante tantos años, no ver la probabilidad de llegar a ser en ningún caso más fuertes que él, para hacerle pagar alguna gran afrenta; al encontrarlo después solo, desarmado, con la actitud de quien no opondrá resistencia, no habían sentido otro impulso que el de hacerle demostraciones de respeto. En aquel voluntario rebajamiento, su presencia y su porte habían adquirido, sin él saberlo, un no sé qué de más alto y más noble; pues se veía en ellos, más aún que antes, la indiferencia por todo peligro. Los odios, incluso los más bestiales y rabiosos, se sentían como atados y reprimidos por la veneración pública hacia el hombre penitente y benéfico. Esta era tal, que a menudo aquel hombre se veía en apuros para rehuir las demostraciones que se le hacían, y debía tener cuidado de no dejar traslucir demasiado en su rostro y en sus actos el sentimiento interior de compunción, y no rebajarse demasiado, para no ser demasiado ensalzado. Había elegido en la iglesia el último lugar; y no había peligro de que nadie se lo quitase: habría sido como usurpar un puesto de honor. Además, ofender a aquel hombre, o incluso tratarlo con poca consideración, podía parecer no tanto una insolencia y una cobardía, cuanto un sacrilegio: y aun aquellos a quienes este sentimiento de los demás podía servirles de freno, lo compartían también en mayor o menor medida.

Estas mismas y otras razones, alejaban igualmente de él la venganza de la fuerza pública, y le procuraban, también por ese lado, la seguridad de la que no se preocupaba. Su alto rango y su parentado, que en todo tiempo le habían servido de cierta defensa, le valían mucho más, ahora que a aquel nombre antaño ilustre e infame, se le sumaba la honra de una conducta ejemplar, y la gloria de la conversión. Los magistrados y los grandes se habían congratulado públicamente de ésta, al igual que el pueblo; y habría parecido extraño ensañarse con quien había sido objeto de tantas felicitaciones. Amén de esto, un poder ocupado en una guerra

perpetua, y a menudo desafortunada, contra rebeliones vivas y renacientes, podía considerarse más que satisfecho de haberse librado de la más abominable y molesta, como para ir a buscar otras complicaciones: tanto más cuanto que aquella conversión producía reparaciones que no estaban acostumbrados a conseguir y ni siquiera a exigir. Atormentar a un santo, no parecía un buen medio para borrar la vergüenza de no haber sabido tener a raya a un facineroso: y el ejemplo que se habría dado castigándolo, no habría podido tener otro efecto, que disuadir a sus semejantes de volverse inofensivos. Probablemente también la parte que el cardenal Federigo había tenido en la conversión, y su nombre asociado al del convertido, servían a éste de sagrado escudo. Y en aquel estado de cosas e ideas, en aquellas singulares relaciones entre la autoridad espiritual y el poder civil, que tan a menudo estaban enfrentados, sin tender nunca a destruirse, antes bien, mezclando siempre con las hostilidades actos de reconocimiento y protestas de deferencia, y que, a menudo también, caminaban unidos de la mano hacia un fin común, sin hacer nunca las paces, pudo parecer en cierto modo que la reconciliación de la primera entrañase el olvido, si no la absolución, del segundo, cuando sólo aquélla había trabajado para lograr el efecto por ambos deseado.

Así, aquel hombre sobre el cual, de haber caído, se habrían abalanzado grandes y pequeños para pisotearlo; al haberse echado voluntariamente a tierra, era respetado por todos, y reverenciado por muchos.

Es cierto que había también muchos a quienes aquella clamorosa mudanza les debió de producir todo lo contrario que placer: tantos ejecutores asalariados de delitos, tantos compañeros de delito, que así perdían una fuerza tan grande con la que estaban acostumbrados a contar, y que encontraban también rotos los hilos de tramas urdidas desde hacía tiempo, acaso en el momento en que esperaban la noticia de su ejecución. Pero ya hemos visto qué sentimientos tan diversos había despertado en los esbirros que se hallaban entonces con él, y que la oyeron anunciar de sus propios labios: estupor, dolor, abatimiento, rabia; un poco de todo, salvo desprecio u odio. Lo mismo ocurrió con los cómplices de más alcurnia, cuando conocieron la terrible noticia, y a todos por las mismas razones. Mucho de aquel odio, según hallo en el pasaje, antes citado, de Ripamonti, recayó más bien sobre el cardenal Federigo. Miraban a éste como a alguien que se había entrometido en sus asuntos, para estropearlos; el *innominado* había querido salvar su alma: nadie tenía motivos para lamentarse de ello.

Poco a poco, luego, la mayor parte de los esbirros de la casa, no pudiendo adaptarse a la nueva disciplina, y no viendo probabilidad de que

fuera a cambiar, se habían marchado. Unos buscarían otro amo, y quizá incluso entre los antiguos amigos del que dejaban; otros se alistarían en algún tercio, como entonces se llamaban, de España o de Mantua, o de alguna otra parte beligerante; otros se echarían a los caminos, para hacer la guerra al por menor, y por su cuenta; otros hasta se contentarían con ir briboneando en libertad. Y algo parecido harían los que antes estaban a sus órdenes, en diversos países. En cuanto a los que habían podido habituarse al nuevo tenor de vida, o que lo habían abrazado de buen grado, la mayoría, nativos del valle, habían vuelto a los campos, o a los oficios aprendidos en edad temprana, y luego abandonados; los forasteros se habían quedado en el castillo, como servidores: unos y otros, casi rebautizados al mismo tiempo que su amo, vivían, al igual que él, sin hacer ni recibir agravios, inermes y respetados.

Pero cuando, al bajar las bandas alemanas, algunos fugitivos de las aldeas invadidas o amenazadas, se presentaron en el castillo pidiendo cobijo, el *innominado*, muy contento de que aquellos muros suyos fueran buscados como asilo por los débiles, que durante tanto tiempo los habían mirado de lejos como un enorme espantajo, acogió a aquellos desbandados, con expresiones de gratitud más que de cortesía; hizo correr la voz de que su casa estaría abierta a todo el que quisiera refugiarse en ella, y pensó al punto en poner, no sólo ésta, sino también el valle, en estado de defensa, por si a los lansquenetes o a los capeletes se les ocurría ir allí a hacer de las suyas. Reunió a los servidores que le habían quedado, pocos y buenos, como los versos de Torti; les hizo un discurso sobre la buena ocasión que Dios les daba, a ellos y a él, de ayudar por una vez al prójimo, al que tanto habían oprimido y atemorizado; y con aquel tono natural de mando, que expresaba la certeza de la obediencia, les anunció en términos generales lo que pretendía que hicieran, y sobre todo les prescribió cómo debían comportarse, para que la gente que venía a refugiarse allá arriba no viese en ellos sino a amigos y defensores. Mandó luego bajar de un desván las armas blancas, las de fuego y las de asta, que desde hacía tiempo estaban allí amontonadas, y las distribuyó entre ellos; mandó decir a sus campesinos y aparceros del valle, que quien estuviese dispuesto, fuese con armas al castillo; a los que no las tenían, se las dio; eligió a algunos para hacer de oficiales, y tener a otros bajo su mando; asignó los puestos en las entradas y en los lugares del valle, a lo largo de la pendiente, en las puertas del castillo; estableció las horas y los modos de hacer el relevo, como en un campamento, o como se había solido hacer en aquel mismo castillo, en los tiempos de su vida desesperada.

En un rincón de aquel desván, estaban apartadas las armas que sólo él había llevado; su famosa carabina, mosquetes, espadas, espadones, pistolas, cuchillos, puñales, en el suelo, o apoyadas en la pared. Ninguno de los servidores las tocó; pero acordaron preguntarle al amo cuáles quería que le llevasen. —Ninguna —respondió; y fuera un voto o un propósito, permaneció siempre desarmado, a la cabeza de aquella especie de guarnición.

Al mismo tiempo, había puesto en movimiento a otros hombres y mujeres de su servicio, o subordinados suyos, con el fin de preparar alojamiento en el castillo para el mayor número posible de personas, haciendo camas, disponiendo jergones y colchones en las estancias, en las salas, que se convertían en dormitorios. Y había dado orden de traer provisiones abundantes para mantener a los huéspedes que Dios le enviase, los cuales en efecto iban aumentando de día en día. Él, mientras tanto, jamás estaba quieto; dentro y fuera del castillo, arriba y abajo por la pendiente, recorriendo el valle, estableciendo, reforzando, visitando los puestos de guardia, viendo, dejándose ver, poniendo y manteniendo el orden, con sus palabras, con sus ojos, con su presencia. En el castillo, por el camino, daba la bienvenida a los que llegaban; y todos, tanto si lo habían visto ya, como si lo veían por primera vez, lo miraban extasiados, olvidando por un momento sus desgracias y los temores que los habían empujado hasta allá; y se volvían a mirarlo, cuando, separándose de ellos, seguía su camino.

CAPÍTULO XXX

AUNQUE la mayor concurrencia no venía del lado por donde nuestros fugitivos se acercaban al valle, sino de la embocadura opuesta, a pesar de ello, empezaron a encontrar compañeros de viaje y de desventura, que por atajos y vericuetos habían desembocado o desemobacaban en el camino real. En semejantes circunstancias, todos los que se encuentran es como si se conocieran. Cada vez que la carreta alcanzaba a algún caminante, se intercambiaban preguntas y respuestas. Unos habían escapado, como los nuestros, sin esperar la llegada de los soldados; otros habían oído los tambores y las trompetas; algún otro los había visto, y los pintaba como los atemorizados suelen pintar.

—Aún somos afortunados— decían las dos mujeres—; demos gracias al cielo. Piérdanse las cosas; que nosotros, al menos estamos a salvo.

Pero don Abbondio no veía que hubiese tanto de qué alegrarse; antes bien, aquella concurrencia, y sobre todo la aún mayor que se oía, en la

otra parte, empezaba a despertar sus sospechas. —¡Oh, qué historia! —rezongaba con las mujeres, en un momento en que no había nadie alrededor—, ¡oh, qué historia! ¿No veis que reunirse tanta gente en un lugar es lo mismo que atraer aquí a los soldados a la fuerza? Todos esconden, todos llevan cosas; en las casas no queda nada; creerán que allá arriba hay un tesoro. Vienen seguro: seguro que vienen. ¡Ay, pobre de mí!, ¡dónde me he metido!

—¡Oh!, tienen más que hacer que venir aquí arriba —decía Perpetua—: también ellos deben seguir su camino. Y además, yo siempre he oído decir que, en los peligros, es mejor ser muchos.

—¿Muchos?, ¿muchos? —replicaba don Abbondio—: ¡pobre mujer! ¿No sabéis que cada lansquenete se merienda a cien de éstos? Y además, si quisieran hacer locuras, menudo gusto, ¿eh?, encontrarse en medio de una batalla. ¡Ay, pobre de mí! Más me hubiera valido ir a los montes. ¡Todos han de meterse en el mismo sitio!... ¡Importunos! —rezongaba luego, en voz más baja—, todos aquí: venga, y venga, y venga; uno detrás de otro, como borregos.

—Según eso —dijo Agnese—, también ellos podrían decir lo mismo de nosotros.

—Más vale que os calléis —dijo don Abbondio—, que las charlas ya no sirven para nada. A lo hecho, pecho: estamos aquí, y habrá que quedarse. Será lo que quiera la Providencia: que el cielo nos proteja.

Pero fue mucho peor cuando, en la entrada del valle, vio un buen puesto de guardia con hombres armados, en parte ante la puerta de una casa, y en parte en las habitaciones de la planta baja: parecía un cuartel. Los miró con el rabillo del ojo: no eran las caras que le había tocado ver en su otro doloroso viaje, o si había alguna, estaban muy cambiadas; pero, con todo, no puede decirse el fastidio que le producía aquella vista, «¡Ay, pobre de mí!», pensaba, «vaya si hacen locuras. Claro, no podía ser de otra manera: habría tenido que esperármelo de un hombre de esa calaña. ¿Pero, qué se propone?, ¿quiere hacer la guerra?, ¿quiere hacer de rey? ¡Ay, pobre de mí! En circunstancias en que uno quisiera poder meterse bajo tierra, ese hombre busca todos los medios para llamar la atención, para ponerse en evidencia; ¡no parece sino que los quisiera incitar!»

—Ya ve, mi amo —le dijo Perpetua— cómo hay aquí buena gente, que sabrá defendernos. Ya pueden venir ahora los soldados: aquí no son como esos encogidos nuestros, que sólo valen para echar a correr.

—¡Callaos! —respondió, en voz baja pero iracunda, don Abbondio—, ¡callaos!, que no sabéis lo que decís. Pedidle a Dios que tengan prisa los soldados, o que no lleguen a enterarse de las cosas que se hacen aquí, y

que este lugar se pertrecha como una fortaleza. ¿No sabéis que es oficio de los soldados tomar fortalezas? No buscan otra cosa; para ellos, dar un asalto es como ir a una boda; porque todo lo que encuentran es para ellos, y pasan a cuchillo a la gente. ¡Ay, pobre de mí! Basta, veré si hay alguna manera de ponerse a salvo por esas peñas. A mí, en una batalla no me cogen: ¡oh!, en una batalla no me cogen.

—Pues si también tiene miedo de que lo defiendan y lo ayuden... —empezaba de nuevo Perpetua; pero don Abbondio la interrumpió ásperamente, aunque siempre en voz baja—: ¡Callaos! Y mucho cuidado con repetir esta conversación. Recordad que aquí hay que poner siempre cara risueña, y aprobar todo lo que se ve.

En la Malanoche, hallaron otro piquete de hombres armados, a quienes don Abbondio saludó con un gran sombrerazo, mientras decía para sí: «¡ay de mí, ay de mí: he venido a parar a un verdadero campamento!» Aquí la carreta se detuvo; bajaron; don Abbondio pagó aprisa, y despidió al conductor; y echó a andar con sus dos acompañantes por la pendiente, sin decir palabra. La vista de aquellos lugares iba despertando en su fantasía, y mezclando con las angustias presentes, el recuerdo de las que había sufrido la otra vez. Y Agnese, que jamás había visto aquellos lugares, y se había formado en su mente una pintura fantástica que se le pesentaba cada vez que pensaba en el espantoso viaje de Lucía, al verlos ahora tal como realmente eran, experimentaba un nuevo y más vivo sentimiento de aquellas tristes memorias. —¡ Ay, señor cura! —exclamó—, ¡pensar que mi pobre Lucía ha pasado por este camino!

—¿Queréis callaros? ¡Qué mujer sin seso! —le gritó al oído don Abbondio: ¿cómo se os ocurre decir esas cosas aquí? ¿No sabéis que estamos en su casa? Por suerte nadie nos oye ahora; pero si habláis de ese modo...

—¡Oh! —dijo Agnese—, ¡ahora que es un santo...!

—Callaos —replicó don Abbondio—, ¿creéis que a los santos se les puede decir, sin más ni más, todo lo que a uno se le pasa por la cabeza? Pensad más bien en darle las gracias por el bien que os ha hecho.

—¡Oh!, si es por eso, ya lo había pensado: ¿cree vuestra merced que no conozco la buena crianza?

—La buena crianza consiste en no decir cosas que puedan desagradar, especialmente a quien no está acostumbrado a oírlas. Y a ver si lo entendéis bien las dos, que éste no es lugar para andar con chismorreos, y para decir todo lo que se os pase por la cabeza. Es la casa de un gran señor, ya lo sabéis: mirad qué compañía hay alrededor: viene gente de

toda clase; conque, juicio, si podéis: pesad las palabras, y sobre todo decid pocas, y sólo cuando sea preciso: que quien no habla, no yerra.

—Peor hace vuestra merced con todas esas... —intervenía Perpetua.

—Pero, ¡callaos!— gritó ahogadamente don Abbondio, y al mismo tiempo se quitó aprisa el sombrero, e hizo una profunda reverencia: porque, al mirar hacia arriba, había visto al *innominado* bajar hacia ellos. También éste había visto y reconocido a don Abbondio; y apresuraba el paso para salir a su encuentro.

—Señor cura —dijo, cuando estuvo cerca—, hubiera querido ofrecerle mi casa en mejor ocasión; pero, de todos modos, estoy muy contento de poder servirle en alguna cosa.

—Confiando en la gran bondad de vuestra señoría ilustrísima —respondió don Abbondio—, me he atrevido a venir, en estas tristes circunstancia, a importunarlo: y como ve vuestra señoría ilustrísima, también me he tomado la libertad de traer compañía. Esta es mi ama...

—Bienvenida —dijo el *innominado*.

—Y ésta —continuó—, es la mujer a quien vuestra señoría ya ha hecho el bien: la madre de aquella... de aquella...

—De Lucía —dijo Agnese.

—¡De Lucía! —exclamó el *innominado*, volviéndose, con la cabeza baja, a Agnese—. ¡El bien, yo! ¡Dios inmortal! Vos, vos me hacéis el bien, viniendo aquí... conmigo... a esta casa. Sed bienvenida. Vos nos traéis la bendición.

—¡Oh, nada de eso! —dijo Agnese—, vengo a incomodar a vuestra merced. Es más —continuó, acercándose a su oído—, tengo también que darle las gracias...

El *innominado* cortó aquellas palabras, pidiendo presurosamente noticias de Lucía; y cuando las supo, se dio la vuelta para acompañar al castillo a los nuevos huéspedes, cosa que hizo, a pesar de su ceremoniosa resistencia. Agnese echó al cura una ojeada que quería decir: ya ve qué falta hace que vuestra merced se meta entre las dos a dar consejos.

—¿Han llegado a su parroquia? —le preguntó el *innominado*.

—No, señor, que no he querido esperar a esos demonios —respondió don Abbondio—. Sabe Dios si habría podido salir con vida de sus manos, y venir a incomodar a vuestra señoría ilustrísima.

—Bueno, anímese —prosiguió el *innominado*—; por ahora está a salvo. Aquí no vendrán; y si se les ocurriera intentarlo, estamos preparados para recibirlos.

—Esperemos que no vengan —dijo don Abbondio—. Y, he oído —añadió, señalando con el dedo los montes que cerraban el valle por el frente—, he oído que, también por esa parte, anda otra mesnada, pero... pero...

—Es cierto —respondió el *innominado*—: pero no tema, que estamos preparados también para ellos.

«Entre dos fuegos», decía para sí don Abbondio, «propiamente entre dos fuegos. ¡Dónde me he dejado arrastrar!, ¡y por dos cotillas! ¡Y éste parece que está en su salsa! ¡Oh, qué gente hay en este mundo!»

Una vez dentro del castillo, el caballero mandó llevar a Agnese y a Perpetua a una habitación del sector reservado a las mujeres, que ocupaba tres lados del segundo patio, en la parte posterior del edificio situada sobre un peñasco saliente y aislado, que dominaba un precipicio. Los hombres se alojaban en los lados del otro patio, a derecha e izquierda, y en el que daba a la explanada. En el cuerpo central, que separaba los dos patios, y daba paso de uno a otro mediante un vasto zaguán situado frente a la puerta principal, estaba en parte ocupado por las provisiones, y en parte debía servir de depósito para las cosas que los refugiados quisieran guardar allá. En el pabellón de los hombres, había algunas habitaciones destinadas a los eclesiásticos que pudieran llegar. El *innominado* acompañó allí personalmente a don Abbondio, que fue el primero en tomar posesión.

Veintitrés o veinticuatro días permanecieron nuestros fugitivos en el castillo, en medio de un movimiento continuo, en numerosa compañía, y que en los primeros tiempos, fue siempre en aumento; pero sin que ocurriese nada extraordinario. No pasó quizá un sólo día en que no se diese la alarma. Vienen lansquenetes por aquí; se han visto capeletes por allá. A cada aviso el *innominado* enviaba hombres a explorar; y, si era preciso, tomaba consigo la gente que tenía dispuesta para el caso, e iba con ellos fuera del valle, a la parte donde se había señalado el peligro. Y era cosa singular, ver un pelotón de hombres, armados hasta los dientes, y alineados como una tropa, mandados por un hombre sin armas. La mayoría de las veces no eran más que forrajeadores o saqueadores desbandados, que se marchaban antes de ser sorprendidos. Pero un día, persiguiendo a algunos de éstos, para enseñarles a no volver más por aquellos lugares, el *innominado* recibió el aviso de que una aldehuela vecina era invadida y saqueada. Eran lansquenetes de varios cuerpos que, rezagados para robar, se habían reunido, e iban a echarse de improviso sobre las tierras próximas a aquéllas donde estaba alojado el ejército; despojaban a sus habitantes, y hacían toda clase de desmanes. El *innominado* hizo un breve discurso a sus hombres, y los condujo a la aldehuela. Llegaron por sorpresa. Los bribones, que habían creído ir sólo de botín, al ver venírseles encima gente formada y presta a combatir, dejaron el saqueo a medias, y se marcharon a toda prisa sin esperarse

uno a otro, por donde habían venido. El *innominado* los persiguió durante cierto trecho; luego, mandando hacer alto, estuvo algún tiempo esperando, por si veía alguna novedad; y finalmente, regresó. Y al pasar por la aldehuela salvada, no podría decirse con qué aplausos y bendiciones fue acompañado el escuadrón libertador y su capitán.

En el castillo, entre aquella muchedumbre, formada al azar, por personas de variada condición, costumbres, sexo y edad, no nació nunca ningún desorden importante. El *innominado* había puesto guardias en diversos lugares, que velaban todos porque no se produjese ningún problema, con la solicitud que cada cual ponía en las cosas de las que había que darle cuenta.

Había rogado además a los eclesiásticos, y a los hombres de mayor autoridad que se encontraban entre los refugiados, que anduvieran por el castillo, y vigilaran también ellos. Y lo más a menudo que podía, vigilaba él mismo, y se dejaba ver por todas partes; pero, incluso en su ausencia, el recordar en casa de quién se estaba, servía de freno a quien pudiese necesitarlo. Y, por lo demás, era toda gente huida, e inclinada, por tanto a la paz: la preocupación por la casa y los bienes, y para algunos, por parientes o amigos que habían quedado expuestos al peligro, las noticias que llegaban de fuera, abatiendo los ánimos, mantenían y acentuaban más aún aquella disposición.

Había, sin embargo, también ánimos despreocupados, hombres de un temple más firme, y de un valor más juvenil, que trataban de pasar aquellos días alegremente. Habían abandonado sus casas, por no ser lo bastante fuertes para defenderlas; pero no hallaban ningún gusto en llorar y suspirar por algo que no tenía remedio, ni en figurarse y contemplar con la imaginación el destrozo que por desgracia verían con sus propios ojos. Familias amigas habían ido juntas, o se habían encontrado allí, habían nacido nuevas amistades; y la muchedumbre se había dividido en grupos, según los humores y las costumbres. Quien tenía dinero y discreción, bajaba a comer al valle, donde, en aquella circunstancia, se había abierto a toda prisa posadas: en algunas los bocados se alternaban con suspiros, y no estaba permitido hablar sino de desgracias: en otras no se recordaban las desdichas, sino para decir que no había que pensar en ellas. Para quien no podía o no quería hacer gasto, se le distribuía en el castillo pan, sopa y vino: además de algunas mesas que se preparaban cada día, para aquellos a quienes el amo había invitado expresamente; y los nuestros se contaban entre ese número.

Agnese y Perpetua, para no comer el pan de balde, habían querido ocuparse de los servicios que requería tan gran hospitalidad; y en esto

empleaban una buena parte de la jornada; el resto, charlando con algunas amigas que habían hecho, y con el pobre don Abbondio. Éste no tenía nada que hacer, pero a pesar de ello no se aburría; el miedo le hacía compañía. Propiamente el miedo a un asalto, creo que se le había pasado, y si le quedaba algo, era lo que menos le molestaba; porque, con sólo pensar un poco, tenía que comprender cuán infundado era. Pero la imagen del pueblo vecino inundado por una y otra parte de soldadotes, las armas y los armados que veía siempre en torno, un castillo, aquel castillo, la idea de tantas cosas que podían ocurrir a cada momento en aquellas circunstancias, todo le metía en el cuerpo un miedo indistinto, general, continuo, por no hablar del reconcomio constante que le daba el pensar en su pobre casa. Durante todo el tiempo que pasó en aquel asilo, nunca se alejó más de un tiro de escopeta, ni puso jamás el pie en la bajada: su único paseo consistía en salir a la explanada, e ir ora a un lado, ora al otro del castillo, a mirar por los riscos y los barrancos, para estudiar si había algún paso un poco más practicable, algún sendero por donde ir en busca de un escondite en caso de refriega. A todos sus compañeros de refugio les hacía grandes reverencias o grandes saludos, pero alternaba con poquísimos: su conversación más frecuente, era con las dos mujeres, como ya hemos dicho; con ellas iba a desahogarse, a riesgo de que a veces lo riñese Perpetua, y que lo avergonzase incluso Agnese. En la mesa, luego, donde paraba poco y hablaba poquísimo, oía las noticias del terrible paso de la tropa, las cuales llegaban cada día de pueblo en pueblo, o de boca en boca, o traídas por alguien, que al principio había querido quedarse en casa, y escapaba en el último momento, sin haber podido salvar nada, quizá maltrecho: y cada día había una nueva historia de desgracias. Algunos, narradores de profesión, recogían diligentemente todos los rumores, pasaban por la criba todas las relaciones, y le daban después la flor a los demás. Se disputaba sobre cuáles eran los regimientos más endiablados, si era peor la infantería o la caballería; se repetían, lo mejor que se podía, ciertos nombres de condotieros; de alguno se contaban sus pasadas empresas, se especificaban las paradas y las marchas: ese día tal regimiento se esparcía por tales pueblos, mañana caería sobre tales otros, donde entre tanto aquel otro hacía barrabasadas y cosas peores. Sobre todo se trataba de tener información, y se llevaba la cuenta de los regimientos que iban pasando por el puente de Lecco, porque ésos era casi como si ya se hubiesen ido, y como si estuvieran realmente fuera del país. Pasan los caballos de Wallenstein, pasan los infantes de Merode, pasan los caballos de Hanhalt, pasa la infantería de Brandenburgo, y luego los caballos de Montecuccoli, y luego los de Ferrari;

pasa Altringer, pasa Furstenberg, pasa Colloredo; pasan los Croatas, pasa Torquato Conti, pasan otros, y otros: cuando quiso el cielo, pasó también Gallas, que fue el último. El escuadrón volante de los venecianos terminó de alejarse también; y todo el país, a la derecha y a la izquierda, se encontró libre. Ya los de las primeras tierras invadidas y evacuadas se habían ido del castillo; y cada día se marchaban otros: al igual que, tras una tormenta de otoño, se ven salir, en todas direcciones, de las frondosas horcaduras de un árbol, los pájaros que allí se habían refugiado. Creo que nuestros tres fueron los últimos en irse; y ello por deseo de don Abbondio, el cual temía, si regresaban en seguida a casa, encontrar rezagados aún lansquenetes destropados, a la cola del ejército. Ya pudo Perpetua decir, que cuanto más tardaran, más facilidad se daba a los bribones del pueblo para entrar en la casa y llevarse lo que quedara; cuando se trataba de salvar el pellejo, era siempre don Abbondio el que se salía con la suya; a menos que la inminencia del peligro no le hiciera perder del todo la cabeza.

El día fijado para la partida, el *innominado* mandó preparar en la Malanoche una carroza, en la cual ya había hecho meter un equipo de ropa blanca para Agnese. Y llevándola aparte, le hizo aceptar también un taleguito de escudos, para reparar los destrozos que encontraría en casa; por más que ella, dándose palmadas en el pecho, no dejase de repetir que aún tenía allí parte de los viejos.

—Cuando veáis a vuestra buena, pobre Lucía... —le dijo por último—, estoy seguro de que reza por mí, porque le hice tanto daño: decidle que le doy las gracias, y confío en Dios, que sus plegarias se tornarán en otras tantas bendiciones para ella.

Quiso luego acompañar a sus tres huéspedes, hasta el coche. Las expresiones de gratitud humildes y desmedidas de don Abbondio y los cumplidos de Perpetua, imagíneselos el lector. Partieron; hicieron, según lo acordado, una paradita, pero sin siquiera sentarse, en casa del sastre, donde oyeron contar mil cosas del paso de las tropas; la consabida historia de robos, apaleamientos, destrozo, porquerías: pero allí, por suerte, no se habían visto lansquenetes.

—¡Ay, señor cura! —dijo el sastre, ofreciéndole el brazo para volver a subir al coche—, se han de hacer libros impresos, sobre tamaña hecatombe.

Después de otro poco de camino, empezaron nuestros viajeros a ver con sus propios ojos algo de lo que tanto habían oído describir: viñas despojadas, no como tras la vendimia, sino como por el granizo y la ventisca llegados juntos: sarmientos por el suelo, pelados, revueltos;

desgajados los rodrigones, pisoteado el terreno, y sembrado de astillas, de hojas, de ramas secas; arrancados, desmochados los árboles; agujereados los setos; las cancelas desaparecidas. En los pueblos, luego, puertas derribadas, los lienzos de las ventanas desgarrados, paja, andrajos, escombros de toda clase, en montones o esparcidos por las calles; un aire fétido, vaharadas de hedor más fuerte que salían de las casas; la gente, unos arrojando fuera inmundicias, otros arreglando los postigos como podían, otros lamentándose juntos en corrillos; y al pasar la carroza, manos aquí y allá, tendidas hacia las portezuelas para pedir limosna.

Con estas imágenes, ora ante los ojos, ora en la mente, y con la expectativa de encontrar otro tanto en su casa, llegaron; y hallaron en efecto lo que se esperaban.

Agnese mandó poner los bultos en un rincón del patizuelo, que era el sitio más limpio de la casa; se puso luego a barrerla, a recoger y limpiar lo poco que le habían dejado; llamó a un carpintero y a un herrero, para reparar los daños más graves, y mirando luego pieza por pieza el ajuar regalado, y contando aquellas nuevas monedas de oro, decía para sí: «¡He nacido de pie; alabados sean Dios y la Virgen, y ese buen caballero: bien puedo decir que he nacido de pie!»

Don Abbondio y Perpetua entran en casa, sin necesidad de llave; a cada paso que dan por el zaguán, sienten aumentar un hedor, un veneno, una peste, que los echa para atrás; con la mano en la nariz, van a la puerta de la cocina; entran de puntillas, estudian dónde poner los pies para esquivar lo más posible la porquería que cubre el suelo; y echan una ojeada a su alrededor. No había nada entero; sino restos y fragmentos de lo que había habido, se veían allí y en todas partes, se veían en cada rincón: plumas y plumón de las gallinas de Perpetua, jirones de ropa blanca, hojas de los calendarios de don Abbondio, cascos de ollas y platos; todo junto o esparcido. Sólo en el hogar se podían ver las huellas de un vasto saqueo todas reunidas, como muchas ideas sobreentendidas, en un período redactado por un hombre de garbo. Había, digo, un revoltijo de brasas y tizones apagados, que mostraban haber sido, el brazo de una silla, la pata de una mesa, la puerta de un armario, una cabecera de cama, una duela del barrilito, donde se guardaba el vino que arreglaba el estómago de don Abbondio. Lo demás era cenizas y carbones; y con esos mismos carbones, los gastadores, por diversión, habían pintarrajeado las paredes con adefesios, ingeniándoselas, con ciertos gorritos y coronillas, y ciertas anchas pecheras, para hacer curas, poniendo buen cuidado en hacerlos

horribles y ridículos: intento que, a decir verdad, no podía fallar a tales artistas.

—¡Ah, cerdos! —exclamó Perpetua— ¡Ah barrabases! —exclamó don Abbondio; y, como huyendo, salieron fuera, por otra puerta que daba al huerto. Respiraron; fueron derechos a la higuera; pero ya antes de llegar, vieron la tierra removida, y dieron un grito ambos a la vez; cuando llegaron, encontraron efectivamente, en vez del muerto, el hoyo abierto. Aquí empezaron los problemas: don Abbondio comenzó a tomarla con Perpetua, que no lo había escondido bien: figuraos si ella se quedó callada: tras haber gritado a gusto, los dos con el brazo extendido, y el índice apuntando hacia el hoyo, entraron juntos en casa, rezongando. Y haceos cuenta de que por doquier encontraron más o menos lo mismo. Penaron no sé cuánto, para hacer limpiar y desinfectar la casa, tanto más cuanto que, en aquellos días, era difícil encontrar ayuda; y no sé cuánto tiempo tuvieron que vivir acampados, arreglándoselas como pudieron, mal que bien, y renovando poco a poco puertas, muebles, utensilios, con dinero prestado por Agnese.

Para colmo, aquel desastre fue además semillero de otras disputas muy molestas; porque Perpetua, a fuerza de pedir y preguntar, de espiar y husmear, vino a saber con certeza que algunos enseres de su amo, creídos presa o destrozo de los soldados, estaban en cambio sanos y salvos en casa de gente del pueblo; y acosaba a su amo para que se hiciese oír, y reclamara lo suyo. Cuerda más odiosa no se podía tocar con don Abbondio; ya que sus cosas estaban en manos de bribones, es decir, de la clase de personas con quien más le interesaba estar en paz.

—Pero si no me importa saber nada de esas cosas —decía— ¿Cuántas veces os he de repetir que lo perdido, perdido está? ¿Tienen que crucificarme, porque me hayan desvalijado la casa?

—Si ya lo digo yo —respondía Perpetua— que vuestra merced se dejaría sacar los ojos. Robar a los demás es pecado, pero a vuestra merced, es pecado no robarle.

—¡Pueden decirse mayores disparates! —replicaba don Abbondio— Pero, ¿queréis callaros?

Perpetua se callaba, pero no tan pronto; y aprovechaba cualquier pretexto, para recomenzar. Hasta el punto de que el pobre hombre se veía reducido a no quejarse ya, cuando echaba en falta alguna cosa, en el momento en que la hubiera necesitado; porque, más de una vez, le había tocado oírse responder:

—Vaya vuestra merced a pedírselo a Fulano que lo tiene, no lo tendría a estas horas, si no hubiera dado con un infeliz.

Otra y más viva inquietud le causaba el oír que a diario seguían pasando soldados desperdigados, como demasiado bien había conjeturado; por lo que estaba siempre recelando ver aparecer a alguno o incluso a una compañía a su puerta, que había mandado arreglar a toda prisa, como primera cosa, y que mantenía cerrada con gran cuidado; aunque gracias al cielo, eso no ocurrió nunca. Y, sin embargo, estos terrores aún no habían acabado, cuando sobrevino uno nuevo.

Pero aquí dejaremos al pobre hombre: se trata de algo muy distinto de sus aprensiones particulares, o de las desgracias de unos cuantos pueblos, o de un desastre pasajero.

CAPÍTULO XXXI

LA peste que el tribunal de sanidad había temido que pudiera entrar con las bandas alemanas en el Milanesado, había entrado realmente, como es sabido; y es igualmente sabido que no se paró aquí, sino que invadió y despobló buena parte de Italia. Guiados por el hilo de nuestra historia, pasamos a relatar los acontecimientos principales de aquella calamidad; en el Milanesado, claro está, es más, casi exclusivamente en Milán: pues casi exclusivamente de la ciudad tratan las memorias del tiempo, como más o menos ocurre siempre y en todas partes, por buenas y por malas razones. Y en este relato, nuestro fin no es, a decir verdad, sólo describir el estado de cosas en que irán a encontrarse nuestros personajes; sino dar a conocer al mismo tiempo, en los límites de un resumen y en la medida de nuestras posibilidades, un retazo de historia patria más famoso que conocido.

Entre las muchas relaciones contemporáneas, no hay ninguna que baste por sí sola para dar una idea clara y ordenada de la cosa; así como no hay ninguna que no pueda ayudar a formarla. En cada una de esas relaciones, sin exceptuar la de Ripamonti que las supera a todas, por la cantidad y la selección de los hechos, y más aún por el modo de observarlos, en cada una se omiten hechos esenciales, que están registrados en otras; en cada una hay errores materiales, que se pueden reconocer y rectificar con la ayuda de alguna otra, o de las pocas actas de la autoridad pública, editadas e inéditas, que se conservan; a menudo en una se encuentran las causas cuyos efectos se habían visto, como en el aire, en otras. En todas reina, por lo demás, una extraña confusión de tiempo y de cosas; es un continuo ir y venir, como al azar, sin un plan general, sin un plan en los detalles: característica, por otra parte, de las más comunes y patentes en los libros de aquel tiempo, principalmente en los escritos en lengua vulgar,

al menos en Italia; los doctos sabrán si también en el resto de Europa. Ningún escritor de época posterior se ha propuesto examinar y cotejar esas memorias, para sacar de ellas una serie concatenada de acontecimientos, una historia de aquella peste; de modo que, la idea que generalmente de ella se tiene, ha de ser forzosamente muy incierta, y un poco confusa: una idea indeterminada de grandes males y grandes errores (y a decir verdad hubo de lo uno y de lo otro, más allá de toda imaginación), una idea compuesta más por juicios que por hechos, algunos hechos dispersos, con frecuencia aislados de las circunstancias más características, sin distinción de tiempo, es decir, sin comprensión de causas y efectos, de desarrollo, de progresión. Nosotros, examinando y cotejando, con mucha diligencia si no con otra cosa, todas las relaciones impresas, más de una inédita, muchos (respecto a lo poco que queda) documentos, de los llamados oficiales, hemos tratado de hacer con ellos, no ya lo que quisiéramos, pero sí algo que aún no se ha hecho. No es nuestra intención dar cuenta de todos los actos públicos, y tampoco de todos los acontecimientos dignos, en alguna medida, de recuerdo. Mucho menos pretendemos hacer innecesaria, para quien desee formarse una idea más completa de la cosa, la lectura de las relaciones originales: vemos demasiado bien qué fuerza viva, propia, y, por así decirlo, incomunicable, hay siempre en las obras de este género, como quiera que estén concebidas y realizadas. Tan sólo hemos tratado de distinguir y comprobar los hechos más generales e importantes, de disponerlos en el orden real de su sucesión, en la medida en que lo aconsejan la razón y la naturaleza de éstos, de observar su influencia recíproca, y de dar así, por ahora y mientras alguien no haga otra cosa mejor, una noticia sucinta, pero verdadera y continuada, de aquel desastre.

A lo largo, pues, de toda la franja de territorio recorrida por el ejército, se había encontrado algún cadáver en las casas, alguno por el camino. Poco después, en este o en aquel pueblo, empezaron a enfermar, a morir, personas, familias, de males violentos, extraños, con síntomas desconocidos para la mayoría de los vivos. Había tan sólo algunos para quienes no resultaban nuevos: los pocos que podían acordarse de la peste que, cincuenta y tres años antes, había asolado también buena parte de Italia, y en especial el Milanesado, donde fue llamada, y lo es todavía, la peste de San Carlos. ¡Tanta fuerza tiene la caridad! Entre los recuerdos tan variados y solemnes de un infortunio general, puede ésta hacer descollar el de un hombre, porque a ese hombre le inspiró sentimientos y acciones más memorables aún que los males; imprimirlo en las mentes, como un compendio de todas aquellas desgracias, porque en todas lo

introdujo y mezcló, como guía, socorro, ejemplo, víctima voluntaria; hacer, de una calamidad para todos, una hazaña para este hombre; designarla por su nombre, como una conquista, o un descubrimiento.

El protomédico Lodovico Settala, que no sólo había visto aquella peste, sino que había sido uno de sus más activos e intrépidos, y, aunque jovencísimo entonces, de sus más famosos sanadores; y que ahora, sospechando grandemente de ésta, estaba alerta y sobre aviso, informó, el 20 de octubre, al tribunal de sanidad, de que, en el pueblo de Chiuso (último del territorio de Lecco, y confinante con el Bergamasco), había entrado indudablemente el contagio. No por ello se tomó resolución alguna, como se lee en el Informe de Tadino.

Y he aquí que empiezan a llegar avisos parecidos de Lecco y de Bellano. El tribunal se decidió entonces, contentándose con enviar a un comisario, que, por el camino, recogiese a un médico de Como, y fuese con él a visitar los lugares indicados. Ambos, «o por ignorancia o por otra causa, se dejaron persuadir por un viejo e ignorante barbero de Bellano, de que aquella clase de males no era peste»; sino, en algunos lugares, efecto ordinario de las emanaciones otoñales de los pantanos, y en los otros, efecto de las privaciones y penalidades sufridas, durante el paso de los alemanes. Semejante seguridad fue transmitida al tribunal, que al parecer se dio con ello por satisfecho.

Pero, llegando sin tregua más y más noticias de muerte de distintos lugares, fueron enviados dos delegados para ver y proveer: el ya mencionado Tadino, y un oidor del Tribunal. Cuando éstos llegaron, el mal se había extendido ya tanto, que las pruebas se ofrecían por sí solas, sin necesidad de ir a buscarlas. Recorrieron el territorio de Lecco, la Valsassina, las riberas del lago de Como, los distritos denominados Monte de Brianza y Gera de Adda; y por doquier hallaron pueblos cerrados por cancelas en las entradas, otros casi desiertos, y sus habitantes huidos y acampados en las tierras, o dispersos; «y nos parecían», dice Tadino, «criaturas salvajes, llevando en la mano unos hierbabuena, otros ruda, otros romero y otros frascos de vinagre». Se informaron del número de muertos: era espantoso; visitaron enfermos y cadáveres, y por doquier hallaron las feas y terribles marcas de la pestilencia. Dieron al punto, por carta, aquellas siniestras noticias al tribunal de sanidad, el cual, al recibirlas, que fue el 30 de octubre, «se dispuso», dice el mismo Tadino, a prescribir las cédulas, para impedir el acceso a la ciudad de las personas procedentes de los pueblos donde el contagio se había manifestado; «y mientras se redactaba el bando», dio anticipadamente alguna orden sumaria a los consumeros.

Mientras tanto los delegados tomaron aprisa y corriendo todas las medidas que les parecieron mejores; y regresaron con el triste convencimiento de que no bastarían para remediar y atajar un mal tan avanzado y extendido.

Llegados el 14 de noviembre, hecho el informe, de viva voz y luego por escrito, al tribunal, recibieron de éste el encargo de presentarse al gobernador y exponerle el estado de las cosas. Fueron, y regresaron con la respuesta: que ante tales noticias había sentido gran pesadumbre, y mostrado un gran sentimiento; pero que eran más urgentes las preocupaciones de la guerra: *sed belli gravtores es se curas*. Eso dice Ripamonti, el cual había revisado los registros de Sanidad, y conferenciado con Tadino, encargado especialmente de la misión: era la segunda, si el lector recuerda, , por igual motivo, y con igual resultado. Dos o tres días después, el 18 de noviembre, publicó el gobernador un bando, en el que se ordenaban festejos públicos, por el nacimiento del príncipe Carlos, primogénito de Felipe IV, sin sospechar y sin preocuparse del peligro de una gran concurrencia, en tales circunstancias: todo como en tiempos normales, como si no se le hubiese dicho nada.

Era ese hombre, como ya se ha dicho, el célebre Ambrigo Spinola, enviado para enderezar aquella guerra, y reparar los errores de Don Gonzalo, e incidentalmente, para gobernar; y también nosotros podemos aquí, incidentalmente, recordar que murió pocos meses después, en aquella misma guerra que tanto le importaba; y murió, no ya de heridas en el campo de batalla, sino en la cama, de pesadumbre y reconcomio, por reproches, por agravios, por disgustos de toda clase que recibió de aquellos a quienes servía. La historia ha deplorado su suerte, y censurado la ingratitud ajena; ha descrito con mucha diligencia sus empresas militares y políticas, alabado su previsión, su actividad, su constancia: podría también ver qué hizo con todas esas cualidades, cuando la peste amenazaba, invadía una población, que se había puesto bajo su cuidado, o más bien a su merced.

Pero lo que, sin quitarle nada a la censura, disminuye el asombro por aquella conducta suya, lo que suscita otro y más profundo asombro, es la conducta de la propia población, quiero decir, de la que no alcanzada aún por el contagio, tenía tantos motivos de temerlo. A la llegada de aquellas noticias de los pueblos tan malamente inficionados por ella, de pueblos que forman alrededor de la ciudad casi un semicírculo, distantes en algunos puntos no más de dieciocho o veinte millas; ¿quién no imaginaría que se suscitaría un movimiento general, un deseo de precauciones bien o mal entendidas, al menos una estéril inquietud? Y, sin embargo, si en algo

concuerdan las memorias de aquel tiempo, es en atestiguar que no hubo nada de eso. La penuria del año anterior, las vejaciones de la soldadesca, las aflicciones de ánimo, parecieron más que suficientes para explicar la mortandad: quien en las plazas, en las tiendas, en las casas, se dejase escapar una palabra de peligro, quien achacase algo a la peste, era acogido con mofas incrédulas, con desprecio iracundo. La misma incredulidad, mejor dicho, la misma ceguera y obcecación prevalecía en el senado, en el consejo de los decuriones, en cada magistrado.

Hallo que el cardenal Federigo, apenas se conocieron los primeros casos del mal contagioso, prescribió, en una carta pastoral a los párrocos, entre otras cosas, que advirtieran una y muchas veces a sus feligreses de la importancia y la estricta obligación de revelar cualquier accidente similar, y de entregar los objetos infectados y sospechosos: y también ésta puede contarse entre sus laudables originalidades.

El tribunal de sanidad pedía, imploraba cooperación, mas obtenía poco o nada. Y en el mismo tribunal, la solicitud estaba muy lejos de igualar a la urgencia: eran, como afirma varias veces Tadino, y como se desprende aún mejor de todo el contexto de su relación, los dos médicos quienes, persuadidos de la gravedad y la iminencia del peligro, estimulaban a aquel organismo, el cual debía luego estimular a los demás.

Ya hemos visto cómo, ante el primer anuncio de la peste, se había mostrado frío en actuar, e incluso, en informarse: he aquí ahora otra prueba de lentitud no menos portentosa, si es que no era forzada, por obstáculos interpuestos por magistrados superiores. El bando de las cédulas, acordado el 30 de octubre, no se redactó hasta el 23 del mes siguiente, no fue publicado hasta el 29. La peste ya había entrado en Milán.

Tadino y Ripamonti quisieron consignar el nombre del primero que la llevó, y otras circunstancias de la persona y el caso; y en efecto, al observar los comienzos de una vasta mortandad, en la que las víctimas, no sólo no se distinguían por su nombre, sino que apenas si se las podía indicar someramente, por el número de millares, nace no sé qué curiosidad por conocer los primeros y pocos nombres que pudieron ser registrados y conservados: esta especie de distinción, la precedencia en el exterminio, parece hacer ver en ellos, y en los detalles, incluso más insignificantes, algo fatal y memorable.

Uno y otro historiador dicen que fue un soldado italiano al servicio de España; en lo demás no están muy de acuerdo, ni siquiera en el nombre. Fue, según Tadino, cierto Pietro Antonio Lovato, de guarnición en el territorio de Lecco; según Ripamonti, cierto Pier Paolo Locati, de

guarnición en Chiavenna. Difieren también en el día de su llegada a Milán: el primero la sitúa el 22 de octubre, el segundo, el mismo día del mes siguiente: y no se puede dar crédito ni a uno ni a otro: ambas fechas están en contradicción con otras mucho más comprobadas. Y, sin embargo, Ripamonti, al escribir por mandato del Consejo general de los decuriones, debía de tener a su disposición muchos medios para recoger las informaciones necesarias; y Tadino, a causa de su empleo, podía, mejor que nadie, estar informado de un hecho de esa índole. Por lo demás, del cotejo de otras fechas que nos parecen, como hemos dicho, más exactas, resulta que fue, antes de la publicación del bando de las cédulas; y, si valiera la pena, se podría incluso probar, o casi probar, que debió ser a primeros de ese mes; pero ciertamente, el lector nos dispensará de ello.

Sea como fuere, entró este infante desventurado y portador de desventura, con un fardo de ropas compradas o robadas a soldados alemanes; fue a alojarse a casa de unos parientes, en el suburbio de la puerta Oriental, junto a los Capuchinos; en cuanto llegó, cayó enfermo; fue llevado al hospital, donde un bubón que se le descubrió bajo una axila, hizo sospechar a quien lo atendía lo que en efecto era; al cuarto día murió.

El tribunal de sanidad mandó incomunicar y secuestrar en casa a su familia; sus ropas y el lecho en que había estado en el hospital, fueron quemados. Dos enfermeros que lo habían atendido, y un buen fraile que le dio los últimos auxilios, cayeron también enfermos en pocos días, los tres de peste. La sospecha que en aquel lugar habían tenido, desde el principio, de la naturaleza del mal, y las precauciones tomadas en consecuencia, hicieron que el contagio no se propagase más allí.

Pero el soldado había dejado fuera un semillero que no tardó en germinar. El primero en quien prendió fue el dueño de la casa en donde se había alojado, un tal Carlo Colonna, tañedor de laúd. Entonces todos los inquilinos de aquella casa fueron llevados, por orden de Sanidad, al lazareto, donde la mayoría enfermó; algunos murieron, poco tiempo después, de manifiesto contagio.

En la ciudad, el que no había sido diseminado por éstos, por sus ropas, por sus muebles sustraídos por parientes, por vecinos, por personas de servicio, a la búsqueda y al fuego prescrito por el tribunal, y además la nuevo que entraba, por la imperfección de los edictos, por el descuido en cumplirlos, y por la habilidad en eludirlos, fue incubándose y serpenteando lentamente, en todo el resto del año, y en los primeros meses del sucesivo 1630. De cuando en cuando, ora en este, ora en aquel barrio, prendía en alguien, alguien moría: y lo poco numeroso de los casos alejaba la sospecha de la verdad, confirmaba cada vez más al vulgo en aquella necia

y mortífera confianza de que no había peste, y no la había habido ni por un momento. Incluso muchos médicos, haciéndose eco de la voz del pueblo (¿era, también en ese caso, voz de Dios?), se mofaban de los presagios siniestros, de las amenazadoras advertencias de unos pocos; y tenían siempre a disposición nombres de enfermedades comunes, para calificar cada caso de peste que se vieran llamados a curar; cualquiera que fuese el síntoma, cualquiera que fuese la señal con que había aparecido.

Los avisos de estos accidentes, aun cuando llegaban a Sanidad, llegaban tarde la mayor parte de las veces, y eran inciertos. El terror de la cuarentena y del lazareto aguzaba todos los ingenios: no se denunciaban los enfermos, se sobornaba a los sepultureros y a sus vigilantes; de subalternos del mismo tribunal, encargados por éste de reconocer los cadáveres, se obtuvieron, con dinero, certificados falsos.

Pero como, a cada descubrimiento que había, el tribunal ordenaba quemar enseres, y precintar casas, mandaba familias al lazareto, es fácil deducir cuán grande debía de ser la ira y la murmuración pública contra él, «de la Nobleza, de los Mercaderes y de la Plebe», dice Tadino; persuadidos, como todos estaban, de que eran vejaciones sin motivo, y sin provecho. El odio principal recaía sobre los dos médicos; el citado Tadino, y Senatore Settala, hijo del protomédico: hasta tal punto, que ya no podían cruzar las plazas sin verse asaltados con palabrotas, cuando no eran piedras. Y en verdad fue singular, y merece que quede memoria de ello, la condición en la que, durante unos meses, se encontraron aquellos hombres, al ver avecinarse un horrible azote, afanarse por todos los medios para alejarlo, hallar obstáculos donde buscaban ayuda, y ser al mismo tiempo blanco de los gritos, recibir el nombre de enemigos de la patria: *pro patria hostibus*, dice Ripamonti.

De ese odio, una parte le tocaba a todos los médicos, que convencidos como ellos, de la realidad del contagio, sugerían precauciones, trataban de comunicar a todos su dolorosa certeza. Los más discretos los tachaban de crédulos y obstinados: para todos los demás, era una manifiesta impostura, una intriga urdida para sacar provecho del espanto público.

El protomédico Lodovico Settala, entonces poco menos que octogenario, antiguo profesor de la universidad de Pavía, luego de Filosofóla moral en Milán, autor de muchas obras reputadísimas en su tiempo, preclaro por las invitaciones a cátedra en otras universidades, Ingonlstadt, Pisa, Bolonia, Padua, y por rechazar todas estas invitaciones, era ciertamente uno de los hombres con más autoridad de su época. A la fama de su ciencia se sumaba la de su vida, y a la admiración, el cariño, por su gran caridad al curar y socorrer a los pobres. Y, una cosa que turba y contrista en nosotros

el sentimiento de estimación inspirado por estos méritos, pero que entonces debía de hacerlo más general y más intenso, es que el pobre hombre compartía los prejuicios más comunes y funestos de sus contemporáneos: estaba por delante de ellos, pero sin alejarse del tropel, que es lo que acarrea las desgracias, y hace muchas veces perder la autoridad adquirida por otros medios. Y, sin embargo, la grandísima que disfrutaba, no sólo no bastó para vencer, en este caso, la opinión de lo que los poetas llaman vulgo profano, y los cómicos, respetable público; sino que tampoco pudo salvarlo de la animosidad y los insultos de esa parte de él que pasa más fácilmente de los juicios a las demostraciones y a los hechos.

Un día que iba en litera a visitar a sus enfermos, empezó a aglomerarse gente a su alrededor, gritando que él era el jefe de quienes querían a toda costa que hubiese peste; él quien aterrorizaba a la ciudad, con aquel ceño, con aquella barbaza: todo para dar trabajo a los médicos. La muchedumbre y el furor iban en aumento: los porteadores viendo el mal cariz que tomaba la cosa, pusieron a salvo a su amo en casa de unos amigos, que por fortuna estaba cerca. Esto le pasó por haber visto claro, dicho lo que era, y querido salvar de la peste a muchos miles de personas: cuando, con un deplorable dictamen suyo, cooperó a que torturasen, atenazasen y quemasen, como bruja, a una pobre desventurada, porque su amo padecía extraños dolores de estómago, y otro amo anterior había estado perdidamente enamorado de ella, entonces habría merecido del vulgo nuevas alabanzas de sabio, y, lo que resulta más intolerable al pensarlo, nuevos títulos de benemérito. Pero hacia finales del mes de marzo, empezaron, primero en el suburbio de la puerta Oriental, después, en todos los barrios de la ciudad, a hacerse frecuentes las enfermedades, las muertes, con extraños accidentes de espasmos, palpitaciones, letargo, delirio, estigmas funestos de moretones y bubones; muertes en su mayoría rápidas, violentas, a menudo repentinas, sin ningún indicio de anterior enfermedad. Los médicos contrarios a la opinión del contagio, no queriendo ahora confesar lo que habían ridiculizado, y debiendo, sin embargo, dar un nombre genérico a la nueva enfermedad, ya demasiado común y evidente como para seguir sin él, hallaron el de fiebres pestilentes: miserable compromiso, mejor dicho, estafa de palabras, y que hacía igualmente mucho daño; pues, aparentando reconocer la verdad, aún conseguía no dejar creer lo que más importaba creer, el ver, que el mal se contraía por medio del contacto. Los magistrados, como quien despierta de un profundo sueño, comenzaron a prestar un poco más de oído a los avisos, a las propuestas de Sanidad, a hacer cumplir sus

edictos, los secuestros ordenados, las cuarentenas prescritas por aquel tribunal. Pedía éste también dinero para cubrir los gastos ordinarios, crecientes, del lazareto, de otros muchos servicios; y se lo pedía a los decuriones mientras se decidía (cosa que nunca ocurrió, sino con los hechos) si tales gastos le correspondían a la ciudad, o al erario regio. Instaba asimismo a los decuriones el gran canciller, por orden también del gobernador, que se había ido de nuevo a poner sitio al pobre Casal; los instaba el senado, para que buscasen el modo de avituallar la ciudad, antes de que, extendiéndose por desventura el contagio, se le negase el comercio con otros países; para que hallasen el medio de mantener a una gran parte de la población, que había perdido su trabajo. Los decuriones trataban de allegar dinero mediante préstamos, impuestos; y del que reunían, le daban un poco a Sanidad, un poco a los pobres; compraban un poco de trigo: cubrían parte de las necesidades. Y las mayores angustias aún no habían llegado.

En el lazareto, donde la población, aunque diezmada cada día, cada día iba en aumento, era otra ardua empresa garantizar el servicio y la disciplina, conservar las separaciones prescritas, mantener, en suma, o, mejor dicho, establecer allí el gobierno ordenado por el tribunal de sanidad: pues, desde los primeros momentos, todo había sido un puro desorden, por el desenfreno de muchos reclusos, por la negligencia y la connivencia de los enfermeros. El tribunal y los decuriones, no sabiendo qué hacer, pensaron en dirigirse a los capuchinos, y suplicaron al padre comisario de la provincia que hacía las veces de provincial, muerto hacía poco, que se sirviese procurarles personas hábiles para gobernar aquel reino desolado. El comisario les propuso, como director, a cierto padre Felice Casati, hombre de edad madura, el cual gozaba de una gran fama de caridad, de actividad, de mansedumbre, y, a la vez, de fortaleza de ánimo, según demostraron luego los hechos, bien merecida; y por compañero y como ministro suyo, a cierto padre Michele Pozzobonelli, todavía joven, pero grave y severo, tanto en sus ideas como en su aspecto. Fueron aceptados con sumo placer, y el 30 de marzo, entraron en el lazareto. El presidente de Sanidad los guió por el lugar, como para tomar posesión; y, convocando a los enfermeros y a los empleados de todos los grados, declaró, ante ellos, presidente de aquel lugar, al padre Felice, con primaria y plena autoridad. A medida luego que la miserable asamblea fue creciendo, acudieron otros capuchinos; y fueron en aquel lugar superintendentes, confesores, administradores, enfermeros, cocineros, despenseros, lavanderos, todo lo que se precisase. El padre Felice, siempre ajetreado y siempre solícito, andaba por el lazareto de día y de

noche, bajo los pórticos, por las habitaciones, y por el vasto espacio interior, a veces llevando una vara, a veces armado sólo con su cilicio; animaba y ponía orden en todo; calmaba los tumultos, escuchaba las quejas, amenazaba, castigaba, reprendía, consolaba, enjugaba y derramaba lágrimas. Contrajo, al principio, la peste; sanó de ella y volvió, con nuevos bríos, a sus tareas de antes. Sus hermanos dejaron allí en su mayor parte la vida, y todos con alegría.

Cierto que aquella dictadura era un extraño recurso; tan extraño como la calamidad, como los tiempos; y aun cuando no supiéramos nada más, bastaría como argumento, o mejor, como prueba de una sociedad muy tosca y mal organizada, el ver que aquellos a quienes tocaba tan importante gobierno no supieran hacer otra cosa que cederlo, y no encontrasen a quien cedérselo sino a los hombres, por su institución, más ajenos a ello. Pero es al mismo tiempo una muestra no innoble de la fuerza y la habilidad que la caridad puede dar en todos los tiempos, y en cualquier orden de cosas, el ver a estos hombres desempeñar tal cargo tan bravamente. Y fue algo igualmente hermoso haberlo aceptado, sin otra razón que el no haber quien lo quisiera, sin otro fin que ser útiles, sin otra esperanza en este mundo, que una muerte mucho más envidiable que envidiada; fue igualmente hermoso que se les ofreciera, sólo por ser difícil y peligroso, y por suponerse que el vigor y la sangre fría, tan necesarios y raros en aquellos momentos, ellos debían tenerlos. Y por eso la obra y el corazón de aquellos frailes merecen ser recordados, con admiración, con ternura, con esa especie de gratitud que se le debe, solidariamente, en virtud de los grandes servicios prestados por unos hombres a otros hombres, y se debe más aún a quienes no se la proponen como recompensa. «Pues si estos padres allí no se encontraban», dice Tadino, «de seguro toda la ciudad se oviese visto aniquilada; ya que fue cosa milagrosa el haber estos Padres hecho en tan corto espacio de tiempo tantas cosas en beneficio público, pues no habiendo recibido ayuda, o por lo menos poca de la Ciudad, con su industria y prudencia mantuvieron en el lazareto a tantos miles de pobres». Las personas internadas en aquel lugar, durante los siete meses que el padre Felice estuvo a su frente, fueron cerca de cincuenta mil, según Ripamonti; el cual dice, con razón, que de un hombre semejante habría debido hablar igualmente si en vez de describir las miserias de una ciudad, hubiera debido narrar las cosas que pueden honrarla.

También en el vulgo, aquella obstinación en negar la peste iba cediendo y desapareciendo de modo natural, a medida que el morbo se difundía, y se difundía mediante el contacto y el comercio; y tanto más cuanto que tras

haber permanecido algún tiempo sólo entre los pobres, empezó a alcanzar a personas más conocidas. Y entre éstas, por ser entonces el más notable, merece ahora una expresa mención el protomédico Settala. ¿Habrán reconocido al menos que el pobre viejo tenía razón? ¿Quién sabe? Cayeron enfermos de peste él, su mujer, dos hijos, siete personas de servicio. El y uno de los hijos se salvaron; los demás murieron. «Estos casos», dice Tadino, «sucedidos en la Ciudad en casas Nobles, dispusieron a la Nobleza, y a la plebe a pensar, y los incrédulos Médicos, y la plebe ignorante y temeraria, empezaron a fruncir los labios, a apretar los dientes, y a enarcar las cejas».

Pero los hallazgos, los recursos, las venganzas, por así decirlo, de la obstinación convencida, son a veces tales que harían desear que hubiese permanecido firme e invicta, hasta el final, contra la razón y la evidencia: y ésta fue sin duda una de esas veces. Los que habían impugnado tan resueltamente, y durante tanto tiempo, que hubiera a su lado, entre ellos, un germen de enfermedad, que podía, por medios naturales, propagarse y hacer estragos, no pudiendo ya negar su propagación, y no queriendo atribuirla a aquellos medios (lo que hubiera equivalido a confesar al mismo tiempo un gran engaño y una gran culpa), estaban tanto más dispuestos a encontrar cualquier otra causa, a dar por buena cualquiera que se ofreciese. Por desgracia había una pronta en las ideas y las tradiciones entonces comunes, no sólo aquí, sino en cualquier parte de Europa: artes ponzoñosas, operaciones diabólicas, gente conjurada para esparcir la peste, por medio de venenos contagiosos, de hechizos. Ya cosas tales o parecidas se habían creído o supuesto en otras muchas pestilencias, y aquí señaladamente, en la de medio siglo antes. Añádase a esto que, ya desde el año anterior, le había llegado un despacho, firmado por el rey Felipe IV, al gobernador, para avisarlo de que habían escapado de Madrid, cuatro franceses, buscados como sospechosos de esparcir ungüentos venenosos, pestilencias: que estuviera alerta, por si aquellos sujetos se presentaban en Milán. El gobernador había transmitido el despacho al tribunal de sanidad; y por aquel entonces no parece que se hiciese mucho caso de él. Pero, al estallar y ser reconocida la peste, el recuerdo de aquel aviso pudo servir de confirmación a la sospecha indeterminada de una artería infame; pudo también ser la primera ocasión para hacerla nacer.

Pero dos hechos, el uno de ciego e incontrolabe miedo, el otro de no sé qué perfidia, fueron los que convirtieron aquella vaga sospecha en un posible atentado, en sospecha, y para muchos, en certeza, de un atentado positivo, y de una maquinación real. Algunos, a quienes les había parecido ver en la catedral, la noche del 17 de mayo, unas personas untando un

tabique de madera que servía para separar los espacios asignados a ambos sexos, hicieron, por la noche, sacar de la iglesia el tabique y cierto número de bancos que había en su interior; si bien el presidente de Sanidad, que acudió a inspeccionarlo, con cuatro personas de oficio, habiendo examinado el tabique, los bancos, las pilas de agua bendita, sin encontrar nada que pudiese confirmar la ignorante sospecha de un atentado ponzoñoso, hubiese, para dar gusto a las fantasías ajenas, y más por exceder en cautela, que por necesidad, hubiese, digo, decidido que bastaba con lavar el tabique. Aquel montón de objetos apilados produjo una fuerte impresión de espanto en la multitud, para quien un objeto se convierte con tanta facilidad en un argumento. Se dijo y se creyó generalmente que habían sido untados en la catedral todos los bancos, las paredes, y hasta las cuerdas de las campanas. Y no se dijo sólo entonces: todas las memorias de los contemporáneos que hablan de ese hecho (algunas escritas mucho años después) hablan de ello con la misma seguridad: y la historia verdadera habría que adivinarla, si no se encontrase en una carta del tribunal de sanidad al gobernador, que se conserva en el archivo llamado de San Fedele: *"... et nos quoque ivimus visere. Maculae erant sparsim inaequaliterque manantes, veluti si quis haustam spongia saniem adspersisset, impressissetve parieti: et ianuae passim, ostiaque aedium eadem adspergine contaminata cernebantur*"; de donde la hemos sacado, y a la que pertenecen las palabras que hemos puesto en cursiva.

A la mañana siguiente, un nuevo y más extraño, más significativo espectáculo, hirió los ojos y las mentes de los ciudadanos. Por toda la ciudad se vieron las puertas de las casas y las murallas, en larguísimos trechos, embadurnadas con no se qué porquería, amarillenta, blanquecina, esparcida como con esponjas. Haya sido por un gusto necio de producir un pánico más ruidoso y más general, o haya sido por un designio más criminal de acrecentar la confusión pública, o quién sabe por qué otra cosa; el hecho está atestiguado de tal manera, que parece menos razonable atribuirlo al sueño de muchos, que a la obra de algunos: obra, por lo demás, que no habría sido ni la primera ni la última de aquel género. Ripamonti, que a menudo, sobre este asunto de las unturas, ridiculiza, y más a menudo deplora la credulidad popular, aquí afirma haber visto aquel embadurnamiento y lo describe. En la carta antes citada, los señores de Sanidad cuentan la cosa en los mismos términos; hablan de inspecciones, de experimentos hechos con aquella sustancia con perros, y sin resultado maligno; añaden ser de la opinión de que tal temeridad haya procedido más bien de insolencia, que de un fin perverso: idea que indica en ellos,

hasta aquel momento, la suficiente serenidad de ánimo como para no ver lo que no había. Las otras memorias contemporáneas, aludiendo también a que había sido, al principio, opinión de muchos, que se había tratado de una burla, de un capricho; ninguna habla de alguien que la negase; y ciertamente habrían hablado de ellos, si los hubiera habido; aunque sólo fuera para llamarlos extravagantes. He creído que no estaba fuera de lugar el referir y reunir estos detalles, en parte poco conocidos, en parte completamente ignorados, de un célebre delirio; porque en los errores, y máxime en los errores de muchos, lo más interesante y más útil de observar, me parece que es justamente el camino que siguieron las apariencias, las maneras en que pudieron entrar en las mentes, y dominarlas.

La ciudad, ya agitada, se alborotó: los propietarios de las casas, con paja encendida, quemaban los espacios untados; los transeúntes se paraban, se horrorizaban, temblaban. Los forasteros, sospechosos sólo por el hecho de serlo, y que entonces se reconocían fácilmente por el traje, eran detenidos en las calles por el pueblo, y llevados a la justicia. Se hicieron interrogatorios, exámenes de arrestados, de arrestadores, de testigos; no se halló reo alguno: las mentes eran aún capaces de dudar, de examinar, de entender. El tribunal de sanidad publicó un bando, en el que prometía premio e impunidad para quien descubriese al autor o los autores del hecho. En cualquier caso no pareciéndonos conveniente, dicen esos señores en la citada carta, que lleva fecha del 21 de mayo, pero que evidentemente fue escrita el 19, día que figura en el bando impreso, que este delito quede en modo alguno sin castigar, máxime en tiempos de tanto peligro y sospecha, para consuelo y tranquilidad de este Pueblo, y para sacar indicio del hecho, hemos publicado hoy bando, etc. Pero, en el bando mismo, ninguna alusión, al menos clara, a esa razonable y tranquilizadora conjetura, que participan al gobernador: silencio que delata a la vez una preocupación furiosa en el pueblo, y en ellos una condescendencia, tanto más censurable, cuanto más perniciosa podía ser.

Mientras el tribunal buscaba, muchos del vulgo, como suele ocurrir, ya habían encontrado. De los que creían que aquella untura era venenosa, algunos pretendían que era una venganza de don Gonzalo Fernández de Córdoba, por los insultos recibidos a su partida, otros, un invento del cardenal Richelieu, para despoblar Milán, y apoderarse de ella sin esfuerzo; otros, y no se sabe por qué razones, veían su autor en el conde de Collalto, en Wallenstein, en este o en aquel gentilhombre milanés. No faltaban, como hemos dicho, los que no veían en el hecho sino una estúpida broma, y se la atribuían a estudiantes, a caballeros, a oficiales

que se aburrían en el asedio de Casal. El no ver luego, como se habrá temido, que se siguiera inmediatamente una infección, un exterminio universal, fue probablemente causa de que aquel primer miedo fuese acallándose por entonces, y el asunto fuera o pareciese olvidado.

Había, por otra parte, cierto número de personas no convencidas aún de que la peste existiera. Y, como tanto en el lazareto como en la ciudad, algunos, a pesar de todo, se curaban, «decíase» (los últimos argumentos de una opinión desmentida por la evidencia es siempre curioso saberlos) «por la plebe, y aun por muchos médicos parciales, que no era verdadera peste, porque todos habrían muerto». Para quitar cualquier duda, halló el tribunal de sanidad un expediente a la medida de la necesidad, un modo de hablar a los ojos, como los tiempos podían requerirlo o sugerirlo. En una de las fiestas de Pentecostés, solían los ciudadanos acudir al cementerio de San Gregorio, fuera de la puerta Oriental, a rezar por los muertos del otro contagio, que estaban allí enterrados; y tomando de la devoción, oportunidad para la diversión y el espectáculo, acudía, cada uno con sus mejores galas. Había muerto ese día de peste, entre otros, una familia entera. En la hora de mayor concurrencia, en medio de las carrozas, de gente a caballo, y a pie, los cadáveres de aquella familia fueron, por orden de Sanidad, conducidos a dicho cementerio, en un carro, desnudos, a fin de que la muchedumbre pudiera ver en ellos la marca manifiesta de la pestilencia. Un grito de asco, de terror, se alzaba por donde quiera que pasaba el carro; un prolongado murmullo reinaba por donde había pasado; otro murmullo lo precedía. Se creyó más en la peste: aunque, por otra parte, iba adquiriendo crédito por sí sola, cada día más; y aquella misma reunión no debió de servir poco para propagarla.

Al principio, pues, peste no, absolutamente no: prohibido hasta pronunciar la palabra. Luego, fiebres pestilenciales: la idea se admite de refilón con un adjetivo. Luego, verdadera peste no: o sea, peste sí, pero en cierto sentido; no peste exactamente, sino una cosa para la que no se sabe encontrar otro nombre. Finalmente, peste sin duda, y sin discusión: pero ya se le ha unido otra idea, la idea del veneno y del maleficio, la cual altera y confunde la idea expresada por la palabra que ya no se puede retirar.

No es necesario, creo, estar muy versado en la historia de las ideas y las palabras, para ver que muchas han recorrido un camino semejante. Gracias a Dios, no son muchas las de esa clase, y de esa importancia, y que conquisten su evidencia a tal precio, y a las que se les puedan añadir accesorios de tal género. Se podría, sin embargo, tanto en las cosas pequeñas, como en las grandes, evitar, en gran parte, ese camino tan

largo y tortuoso, adoptando el método propuesto hace tanto tiempo, de observar, escuchar, comparar, y pensar, antes de hablar.

Pero hablar, tan sólo eso, es mucho más fácil que todas las otras cosas juntas, tanto, que también nosotros, digo nosotros los hombres en general, somos un poco dignos de compasión.

CAPÍTULO XXXII

HACIÉNDOSE cada vez más difícil proveer a las exigencias más dolorosas de la circunstancia, el 4 de mayo, se había decidido en el consejo de los decuriones recurrir al gobernador en busca de ayuda. Y, el 22, fueron enviados al campo de batalla dos de aquel organismo, para hacerle presentes las desgracias y las estrecheces de la ciudad: los enormes gastos, las arcas vacías, las rentas de los años venideros empeñadas, los impuestos corrientes sin pagar, por la miseria general, resultante de tantas causas, y en especial del derroche militar; para someter a su consideración que, por leyes y costumbres no interrumpidas, y por especial decreto de Carlos V, los gastos de la peste debían correr a cargo del fisco: que en la de 1576, el gobernador, marqués de Ayamonte, no sólo había suspendido todos los impuestos camerales, sino dado a la ciudad una subvención de cuarenta mil escudos de la propia Cámara; para pedir por último cuatro cosas: que los impuestos fueran suspendidos, como se había hecho entonces; que la Cámara diese dinero; que el gobernador informase al rey de la miserias de la ciudad y la provincia; que eximiese de nuevos alojamientos militares al país, ya estragado por los pasados. El gobernador escribió en respuesta condolencias, y nuevas exhortaciones: que le apenaba no poder encontrarse en la ciudad, para emplear todos sus medios en aliviarla; mas esperaba que todo lo supliría el celo de aquellos caballeros: que éste era el momento de gastar sin escatimar, de arreglárselas como fuera. En cuanto a las peticiones expresas, *proveeré en el mejor modo que el tiempo y necesidades presentes permitieren*. Y debajo, un garabato, que quería decir Ambrogio Spinola, tan claro como sus promesas. El gran canciller le escribió que aquella respuesta había sido leída por los decuriones, con gran desconsuelo; hubo otras idas y venidas, preguntas y respuestas; pero no hallo que se llegase a más concretas conclusiones. Algún tiempo después, en el colmo de la peste, el gobernador transmitió, con cartas expresas, su autoridad al propio Ferrer, debiendo él, como escribió, pensar en la guerra. La cual, dicho sea de paso, tras haberse llevado, sin contar a los soldados, un millón de personas, calculando por lo bajo, por medio del contagio,

entre Lombardía, Véneto, Piamonte, Toscana, y parte de Romaña; tras haber asolado, como se ha visto antes, los lugares por donde pasó, conque figuraos aquéllos donde fue hecha; tras la toma y el atroz saqueo de Mantua; concluyó reconociendo todos al nuevo duque, para excluir al cual la guerra se había emprendido. Hay que decir empero, que se vio obligado a ceder al duque de Saboya un trozo de Monferrato, con una renta de unos quince mil escudos, y a Ferrante, duque de Guastalla, otras tierras, con una renta de seis mil; y que hubo otro tratado aparte y secretísimo, mediante el cual el mencionado duque de Saboya cedió Pinerolo a Francia: tratado cumplido algún tiempo después, bajo otros pretextos, y a fuerza de astucias.

Junto cor aquella decisión, los decuriones habían tomado otra: pedirle al cardenal arzobispo, que se hiciese una procesión solemne, llevando por la ciudad el cuerpo de San Carlos.

El buen prelado rehusó, por muchas razones. Le desagradaba aquella fe en un medio arbitrario, y temía que, si el efecto no era el esperado, como también temía, la fe se trocase en escándalo. Temía aún más, que, si es que tales untadores existían, la procesión fuera una ocasión demasiado propicia para el delito: si no existían, el reunirse tanta gente no podía sino difundir cada vez más el contagio: peligro mucho más real. Porque la sospecha adormecida de las unturas había vuelto a despertarse mientras tanto, más general y más furiosa que antes.

Se habían visto de nuevo, o esta vez habían creído verse, embadurnadas murallas, puertas de edificios públicos, puertas de casas, aldabas. Las noticias de tales descubrimientos volaban de boca en boca; y, como ocurre más que nunca, cuando los ánimos están preocupados, el oír hacía el efecto de ver. Los ánimos, cada vez más amargados por la presencia de los males, irritados por la persistencia del peligro, abrazaban de mejor grado aquella creencia: pues la cólera aspira a castigar; y, como observó agudamente, a este mismo propósito, un hombre de ingenio, gusta más atribuir los males a una perversidad humana, de la cual sea posible vengarse, que reconocerle una causa, ante la cual no quepa sino resignarse. Un veneno refinado, instantáneo, penetrantísimo, eran palabras más que suficientes para explicar la violencia, y todos los accidentes más oscuros y desordenados del morbo. Se decía compuesto, aquel veneno, de sapos, culebras, baba y materia de apestados, de cosas peores, de todo lo que salvajes y transtornadas fantasías podían encontrar de sucio y de atroz. Se añadieron luego los hechizos, gracias a los cuales cualquier efecto resultaba posible, cualquier objeción perdía fuerza, se allanaba cualquier dificultad. Si no se habían visto los efectos en seguida

después de la primera untura, se comprendía el porqué; había sido un intento fallido de envenenadores aún novatos: ahora el arte se había perfeccionado, y las voluntades se ensañaban más en su infernal propósito. Ya, quien hubiera sostenido todavía que se trataba de una burla, quien hubiese negado la existencia de una trama, pasaba por ciego, por obcecado; si es que no incurría en la sospecha de ser hombre interesado en desviar la atención pública de la verdad, de cómplice, de untador: el vocablo pronto fue común, solemne, tremendo. Con tal convicción de que había untadores, debían descubrirlos, casi infaliblemente: todos los ojos estaban alerta; cada gesto podían infundir sospechas. Y la sospecha se convertía fácilmente en certeza, la certeza en furor.

Dos hechos aduce como prueba Ripamonti, advirtiendo haberlos elegido, no como los más atroces entre los que sucedían a diario, sino porque de uno y otro había sido por desgracia testigo. En la iglesia de San Antonio, un día de no sé qué festividad, un viejo más que octogenario, tras haber rezado un rato de rodillas, quiso sentarse; y antes, con la capa, limpió el polvo del banco. —¡Ese viejo unta los bancos! —gritaron al unísono algunas mujeres que vieron el gesto. La gente que se encontraba en la iglesia (¡en la iglesia!) se abalanzó sobre el viejo; lo agarran por los cabellos, blancos como eran; lo muelen a puñetazos y patadas; en parte tiran de él, en parte lo empujan afuera; si no acabaron con él, fue para arrastrarlo, así, medio muerto, a la prisión, a los jueces, a la tortura. «Yo lo vi mientras lo arrastraban así —dice Ripamonti— y no volví a saber nada de él: creo que no habrá podido sobrevivir más que unos momentos.»

El otro caso (y aconteció al día siguiente) fue igualmente extraño, pero no igualmente funesto. Tres jóvenes franceses, un literato, un pintor, un arquitecto, llegados para ver Italia, estudiar sus antigüedades, y buscar ocasión de ganancia, se habían acercado a no sé qué parte externa de la catedral, y estaban allí mirándola atentamente. Uno que pasaba, los ve y se detiene; se los señala a otro, a otros que van llegando: se formó un corrillo, para mirar, para no perder de vista a aquellos hombres, cuya vestimenta, peinado, alforjas, los denunciaban como extranjeros y, lo que era peor, como franceses. Como para asegurarse de que era mármol, aquéllos extendieron la mano para tocar. Eso bastó. Fueron rodeados, agarrados, maltratados, empujados a fuerza de golpes, a la cárcel. Por suerte, el palacio de justicia no estaba muy lejos de la catedral; y por un azar aún más afortunado fueron hallados inocentes, y puestos en libertad.

Y no es que tales cosas ocurrieran sólo en la ciudad: el frenesí se había propagado igual que el contagio. El viandante a quien los campesinos hallaran, fuera del camino real, o que se demorase en él mirando a un lado

y otro, o se tendiese en el suelo para descansar; el desconocido en quien se encontrase algo extraño, o sospechoso en el rostro, en la ropa, eran untadores: al primer aviso de quien fuera, al grito de un muchacho, se tocaba a rebato, se acudía; los infelices eran apedreados, o presos, eran llevados, entre el furor del pueblo, a la cárcel. Así, según el mismo Ripamonti. Y la cárcel, durante cierto tiempo, era un puerto de salvación.

Pero los decuriones, no desalentados por la negativa del sabio prelado, seguían reiterando sus instancias, que el voto público secundaba ruidosamente. Federigo se resistió todavía algún tiempo, trató de convencerlos; esto es cuanto pudo la cordura de un hombre, contra la fuerza de los tiempos, y la instancia de muchos. En aquel estado de opinión, con la idea del peligro, confusa, como entonces era, combatida, muy lejos de la evidencia que hoy se ve, no es difícil comprender cómo sus buenas razones podían, incluso en su propia mente, ser subyugadas por las malas de los otros. Si luego, en la claudicación que hizo, tuvo o no tuvo parte cierta debilidad de la voluntad, son misterios del corazón humano. Ciertamente, si en algún caso parece que el error pueda atribuirse en todo al intelecto, y disculpar la conciencia, es cuando se trata de esos pocos (y él sin duda formó parte de su número), en cuya vida entera se muestre un resuelto obedecer a la conciencia, sin consideración a intereses temporales de ningún género. Ante la reiteración de las instancias, cedió, pues, consintió en que se hiciese la procesión, consintió aún más en el deseo, en el apremio general, de que la urna donde estaban guardadas las reliquias de San Carlos, permaneciese después expuesta, durante ocho días, en el altar mayor de la catedral.

No hallo que el tribunal de sanidad, ni otros, protestaran o se opusieran de forma alguna. Únicamente, dicho tribunal ordenó algunas precauciones que, sin evitar el peligro, indicaban que lo temía. Prescribió medidas más estrictas para la entrada de personas en la ciudad; y, para asegurar su ejecución, mandó que permanecieran cerradas las puertas: así como, con el fin de excluir, en la medida de lo posible, de la manifestación a los apestados y los sospechosos, mandó clavar las puertas de las casas secuestradas: las cuales, por lo que pueda valer en un hecho de esta naturaleza la simple información de un escritor, y de un escritor de aquel tiempo, eran cerca de quinientas.

Tres días se emplearon en preparativos: el once de junio, que era el día fijado, la procesión salió, al amanecer, de la catedral. Marchaba delante una larga fila de pueblo, mujeres en su mayoría, con el rostro tapado por amplios velos, muchas descalzas, y vestidas de saco. Venían luego los gremios, precedidos por sus gonfalones, las cofradías, con sus trajes de

variadas formas y colores; luego las comunidades de frailes, después el clero secular, cada cual con las insignias de su grado, y con una vela o un hachón en la mano. En el medio, entre el resplandor de más nutridas luminarias, entre un ruido más alto de cánticos, bajo un rico dosel, avanzaba la urna, llevaba por cuatro canónigos, vestidos con gran pompa, que se turnaban cada cierto tiempo. Por los cristales se divisaba el venerado cadáver, vestido con espléndidas ropas pontificales, y mitrada la calavera; y en sus formas mutiladas y descompuestas, aún se podía distinguir algún vestigio de su antiguo semblante, tal como lo representan las imágenes, como algunos recordaban haberlo visto y honrado en vida. Tras los despojos del pastor difunto (dice Ripamonti, de quien tomamos principalmente esta descripción), y próximo a él, así como por méritos de sangre y de dignidad, ahora también con su persona, iba el arzobispo Federigo. Seguía el resto del clero; luego los magistrados, con sus ropas de mayor ceremonia; después los nobles, unos vestidos suntuosamente, como en solemne demostración de culto, otros, en señal de penitencia, enlutados o descalzos y con capas, el capuchón tapándoles el rostro; todos con hachones. Por último una cola de más pueblo mezclado.

Toda la calle estaba engalanada; los ricos habían sacado sus piezas más valiosas; las fachadas de las casas pobres habían sido adornadas por los vecinos acomodados, o con dinero público; aquí, en lugar de colgaduras, allá, encima de las colgaduras, había frondosas ramas; por doquier colgaban cuadros, inscripciones, escudos; sobre los alféizares de las ventanas se exponían jarrones, objetos antiguos, diferentes rarezas; por doquier luminarias. Desde muchas de aquellas ventanas, enfermos incomunicados contemplaban la procesión, y la acompañaban con sus rezos. Las otras calles, mudas, desiertas; salvo que algunos, también desde las ventanas, tendían el oído al zumbido vagabundo; otros, y entre ellos se vieron incluso monjas, habían subido a los tejados, por si desde allí podían ver de lejos la urna, el cortejo, algo.

La procesión pasó por todos los barrios de la ciudad: en cada uno de los cruces, o plazoletas, donde las calles principales desembocaban en los arrabales, y que entonces conservaban el antiguo nombre de *carrobi*, que ahora le ha quedado a uno solo, se hacía una parada, depositando la urna junto a la cruz que en cada uno había sido erigida por San Carlos, durante la peste anterior, y alguna de las cuales sigue en pie todavía: de modo que se regresó a la catedral bastante después del mediodía.

Y he aquí que, al día siguiente, justo mientras reinaba la presuntuosa confianza, es más, en muchos una fantástica seguridad de que la procesión debía de haber atajado la peste, las muertes aumentaron, en

todas las clases, en todas las partes de la ciudad, hasta tal extremo, con un salto tan repentino, que no hubo quien no viera la causa, o la ocasión, en la procesión misma. Pero, ¡oh fuerzas admirables y dolorosas de un prejuicio general!, no ya al hecho de encontrarse juntas tantas personas, y durante tanto tiempo, no a la infinita multiplicación de los contactos fortuitos, atribuía la mayoría aquel efecto; se lo atribuía a la facilidad que los untadores habían encontrado para llevar a cabo en grande su infame propósito. Se dijo que, mezclados entre la muchedumbre, habían infectado con su ungüento a los más que habían podido. Pero como esto no parecía un medio suficiente, ni apropiado para una mortandad tan vasta, y tan extendida entre toda clase de personas; como al parecer, no le había sido posible al ojo atento, y también tan hecho a trasver, descubrir pringues, manchas de ninguna clase, en las paredes, ni en otro sitio; así, se recurrió, para explicar el hecho, a ese otro hallazgo: ya viejo, y admitido entonces por la ciencia común de Europa, de los polvos venenosos y maléficos; se dijo que tales polvos, esparcidos a lo largo de la calle, y especialmente en los lugares de las paradas, se habían pegado a las colas de los trajes, y tanto más a los pies, que en gran número habían ido aquel día descalzos. «Viose, pues —dice un escritor contemporáneo— el mismo día de la procesión, la piedad chocar con la impiedad, la perfidia con la sinceridad, la pérdida con la ganancia.» Y era en cambio la pobre razón humana la que chocaba con los fantasmas creados por ella misma.

Desde ese día, la violencia del contagio fue siempre en aumento: en poco tiempo, apenas quedó casa que no se viera tocada: en poco tiempo, la población del lazareto, según Somaglia, citado más arriba, ascendió de dos mil a doce mil: más tarde, según casi todos, llegó hasta diecisiete mil. El 4 de julio, como hallo en otra carta de los conservadores de Sanidad al gobernador, la mortandad diaria sobrepasaba los quinientos. Más adelante, en su colmo, llegó, según el cálculo más común, a mil doscientos, mil quinientos; y a más de tres mil quinientos, si queremos dar crédito a Tadino. El cual afirma también que, «por diligencias hechas», después de la peste, se encontró la población de Milán reducida a poco más de sesenta y cuatro mil almas, cuando antes pasaba de doscientas cincuenta mil. Según Ripamonti, eran sólo doscientas mil: de los muertos, dice que resultaban ciento cuarenta mil en los registros municipales, amén de aquellos de los que no se pudo llevar la cuenta. Otros dicen más o menos lo mismo, pero aún más al azar.

Piénsese ahora en qué angustias debieron de verse los decuriones, sobre los cuales recaía la carga de proveer a las públicas necesidades, de remediar lo que fuera remediable en semejante desastre. Era preciso

reemplazar, aumentar cada día los servidores públicos de distintas especies: monatos, avisadores, comisarios. Los primeros estaban encargados de los servicios más penosos y peligrosos de la pestilencia: llevarse de las casas, de las calles, del lazareto, los cadáveres; conducirlos en carros a las fosas, y enterrarlos; llevar o guiar a los enfermos al lazareto, y atenderlos; quedar, desinfectar los objetos inficionados y sospechosos. En cuanto al nombre, Ripamonti opina que viene del griego *monos*; Gaspare Bugatti (en una descripción de la peste anterior), del latín *monere*; pero al mismo tiempo duda, con más razón, que podría ser acaso una palabra alemana, por ser reclutados aquellos hombres, en su mayoría en Suiza y los Grisones. Y tampoco sería absurdo suponerlo un apócope del vocablo *monathlich* (mensual); ya que, ante la incertidumbre de cuánto podía durar la necesidad, es probable que los acuerdos se renovaron de mes en mes. La misión especial de los avisadores era preceder a los carros advirtiendo, con el sonido de una campanilla, a los transeúntes de que se retirasen. Los comisarios mandaban en los unos y los otros, bajo las órdenes inmediatas del tribunal de sanidad. Era preciso tener provisto el lazareto de médicos, de cirujanos, de medicinas, de todo el instrumental de enfermería; había que encontrar y preparar nuevos alojamientos para los enfermos que llegaban a diario. Para este efecto se mandaron construir a toda prisa cabañas de madera y paja en el recinto interior del lazareto; se creó uno nuevo, todo de cabañas, circundando por un simple tabique de tablas, y capaz de contener a cuatro mil personas. Y no bastando, se ordenó construir otros dos; se puso también manos a la obra; pero, por falta de medios de todo tipo, quedó sin acabar. Los medios, las personas, el valor, menguaban a medida que la necesidad aumentaba.

Y no sólo la ejecución iba siempre a la zaga de los proyectos y las órdenes; no sólo, muchas necesidades, por desgracia reconocidas, eran atendidas de modo deficiente, incluso de palabra; se llegó hasta tal extremo de impotencia y desesperación que a muchas y de las más lastimosas y urgentes, no se proveía en absoluto. Moría, por ejemplo, de abandono gran cantidad de niños, cuyas madres habían muerto de peste: Sanidad propuso que se crease un asilo para éstos y para las parturientas necesitadas, que se hiciera algo por ellos; y no pudo lograr nada. «Se debía no obstante —dice Tadino— compadecer también a los Decuriones de la Ciudad, los cuales hallábanse afligidos, abatidos, ultrajados por la Soldadesca sin regla ni respeto alguno; y mucho menos en el infeliz Ducado, visto que ni ayuda alguna, ni socorro podía esperarse del Gobernador, sino que hallábase en tiempo de guerra, y convenía tratar bien a los Soldados.» ¡Tanto importaba tomar Casal! ¡Tan hermosa parece

la gloria de vencer, independientemente de la causa, del fin por el que se combate!

Así pues, encontrándose repleta de cadáveres una amplia, pero única fosa, que había sido abierta cerca del lazareto; y quedando, no sólo en él, sino en cada parte de la ciudad, insepultos los nuevos cadáveres, que cada día eran más, los magistrados, tras haber buscado en vano brazos para la triste tarea, se habían visto reducidos a confesar que ya no sabían qué partido tomar. Y no se sabe cómo habría acabado la cosa, de no haber llegado un socorro extraordinario. El presidente de Sanidad recurrió, desesperado, con lágrimas en los ojos, a aquellos buenos frailes que dirigían el lazareto; y el padre Michele se comprometió a darle, antes de cuatro días, limpia de cadáveres la ciudad, y antes de ocho, abiertas las fosas suficientes, no sólo para las necesidades presentes, sino para lo peor que pudiese preverse en el futuro. Con un compañero fraile, y con personas del tribunal, puestas a su disposición por el presidente, salió de la ciudad en busca de campesinos; y, en parte, con la autoridad del tribunal, en parte con la de su hábito y sus palabras, reunió cerca de doscientos, a los cuales mandó cavar tres grandísimas fosas; envió luego a monatos del lazareto para recoger a los muertos; tanto hizo, que el día fijado, su promesa se vio cumplida.

Una vez, el lazareto se quedó sin médicos; y con ofrecimientos de grandes pagas y honores, con trabajo y no en seguida, se pudieron encontrar; aunque muchos menos de los necesarios. A menudo se estuvo a punto de quedarse completamente sin víveres, hasta el extremo de temer que se llegase a morir de hambre; y más de una vez, cuando ya no se sabía dónde volverse para encontrar lo necesario, llegaron a tiempo abundantes subsidios, por inesperada donación de la misericordia privada: pues, en medio del aturdimiento general, de la indiferencia por los demás, nacida del continuo temer por sí mismos, hubo ánimos siempre prontos a la caridad, hubo otros en quienes la caridad nació al cesar toda alegría terrena; así como, entre el exterminio y la fuga de muchos a quienes tocaba vigilar y proveer, hubo algunos, sanos de cuerpo, y de firme valor, en su puesto: hubo también otros que, impulsados por la piedad, asumieron y desempeñaron virtuosamente cargas a las que no estaban llamados por su oficio.

Donde sobresalió una más general y más pronta y constante fidelidad a los difíciles deberes de la circunstancia, fue entre los eclesiásticos. En los lazaretos, en la ciudad, jamás faltó su asistencia: donde se padecía, allí estaban; siempre se vieron mezclados, confundidos con los enfermos, entre los moribundos, enfermos y moribundos también ellos a veces; a los

auxilios espirituales unían, en la medida de sus posibilidades, los temporales; prestaban cualquier servicio que las circunstancias requirieran. Más de sesenta párrocos, tan sólo de la ciudad, murieron de contagio: los ocho novenos aproximadamente.

Federigo daba a todos, como cabía esperarse de él, estímulo y ejemplo. Muerta en torno a él casi toda la familia arzobispal, e instándolo parientes, altos magistrados, príncipes cincunvecinos, a que se alejase del peligro, retirándose a alguna quinta, rechazó tal consejo y se resistió a las instancias, con el mismo ánimo, con el que escribía a los párrocos: «estad prontos a abandonar esta vida mortal, antes que a esta familia, a estos hijos nuestros: id con amor al encuentro de la peste, como a un premio, como a una vida, cuando haya posibilidad de ganar un alma para Cristo». No descuidó aquellas precauciones que no le impidieran cumplir con su deber (cosa sobre la cual dio también instrucciones y normas al clero); y al mismo tiempo no se cuidó del peligro, ni pareció advertirlo, cuando, para hacer el bien había que arrostralo. Sin hablar de los eclesiásticos, con los cuales estaba siempre para alabar y guiar su celo, para estimular a todo el que anduviese tibio en su tarea, para mandarlos a los puestos donde otros habían muerto, quiso que su puerta estuviese siempre abierta para quienquiera que necesitase algo de él. Visitaba los lazaretos, para consolar a los enfermos, y para animar a los sirvientes; recorría la ciudad, llevando socorros a los pobres secuestrados en las casas, parándose en las puertas, bajo las ventanas, escuchando sus lamentos, dándoles a cambio palabras de consuelo y de aliento. Se metió, en suma, y vivió en medio de la pestilencia, maravillado él mismo, al final, de haber salido ileso.

Así, en los públicos infortunios y en las largas perturbaciones del orden acostumbrado, sea cual sea éste, se ve siempre un aumento, una sublimación de la virtud; pero, por desgracia, nunca falta a la vez un aumento, y con frecuencia mucho más general, de la perversidad. Y éste también se dejó sentir. Los bribones a quienes la peste perdonaba y no abatía, hallaron en la confusión común, en el relajamiento de toda fuerza pública, una nueva ocasión de actividad, y una buena garantía de impunidad al mismo tiempo. Es más, el uso de la propia fuerza pública vino a encontrarse en gran parte en manos de los peores de ellos. Al oficio de monatos y avisadores no se prestaban generalmente sino hombres en quienes el aliciente del robo y la licencia podía más que el terror del contagio, que toda natural repugnancia. A éstos se les prescribían normas estrictísimas, se les intimaban severísimas penas, se les asignaban puestos, se les daban como superiores a comisarios, como hemos dicho;

por encima de unos y otros había delegados en cada barrio, magistrados y nobles, con la autoridad de proveer sumariamente a cualquier necesidad de buen gobierno. Semejante orden de cosas se mantuvo, y dio resultado, durante cierto tiempo; pero, al crecer día tras día el número de los que morían, de los que se marchaban, de los que perdían la cabeza, llegaron a encontrarse sin casi nadie que los frenara; se convirtieron, principalmente los monatos, en árbitros de todo. Entraban como amos, como enemigos en las casas y, sin hablar de los latrocinios y de cómo trataban a los infelices obligados a pasar por tales manos, ponían, esas manos infectas e infames, sobre los sanos, hijos, parientes, esposas, maridos, amenazando con arrastrarlos al lazareto, si no se rescataban, o no eran rescatados por alguien con dinero. Otras veces, ponían precio a sus servicios, rehusando llevarse los cadáveres ya putrefactos, por menos de tantos escudos. Se dijo (y entre la ligereza de los unos y la maldad de los otros, es igualmente dudoso creerlo o no creerlo), se dijo, y lo afirma también Tadino, que monatos y avisadores dejaban caer a posta de los carros cosas inficionadas, para propagar y mantener la pestilencia, convertida para ellos en una ganancia, en un reino, en una fiesta. Otros desgraciados, fingiéndose monatos, llevando una campanilla atada a un pie, como a ellos les estaba prescrito, a modo de distintivo y aviso de su proximidad, se introducían en las casas para hacer todo tipo de desmanes. En algunas, abiertas y vacías de habitantes, o habitadas sólo por algún enfermo, por algún moribundo, entraban ladrones, a mansalva, a saquear: otras eran asaltadas, invadidas por esbirros que hacían lo mismo, e incluso cosas peores.

Junto con la perversidad, creció la locura: todos los errores ya dominanantes más o menos, tomaron, gracias al extravío y la agitación de las mentes, una fuerza extraordinaria, produjeron efectos más rápidos y más vastos. Y todos sirvieron para reforzar y agrandar aquel miedo especial de las unturas, el cual, en sus efectos, en sus desahogos, era a menudo, como hemos visto, una perversidad más. La imagen de aquel supuesto peligro asediaba y martirizaba los ánimos, mucho más que el peligro real y presente. «Y mientras —dice Ripamonti— los cadáveres diseminados, o los montones de cadáveres, siempre ante los ojos, siempre entre los pies, hacían de toda la ciudad una especie de único velatorio, había algo más feo, más funesto, en el recíproco ensañamiento, en aquel desenfreno y aquella monstruosidad de sospechas... No sólo se recelaba del vecino, hasta del amigo, del huésped, sino que los mismos nombres, los vínculos de la humana caridad, marido y mujer, padre e hijo, hermano y hermano, eran de terror: y ¡cosa horrible e indigna de decirse!, la mesa

doméstica, el lecho conyugal, se temían, como asechanzas, como escondrijos de ponzoña.»

La imaginada vastedad, lo extraño de la conspiración, turbaban todos los juicios, alteraban todas las razones de la confianza recíproca. Al principio, se creía solamente que aquellos supuestos untadores estaban movidos por la ambición y la codicia; más adelante, se soñó, se creyó que había no sé qué diabólico placer en aquel untar, un atractivo que dominaba las voluntades. Los desvaríos de los enfermos que se acusaban a sí mismos de lo que habían temido de los demás, parecían revelaciones, y hacían todo, por así decirlo, creíble para cualquiera. Y más que las palabras, debían de impresionar las demostraciones, cuando ocurría que apestados en estado de delirio se ponían a hacer aquellos actos que se habían figurado debían hacer los untadores: cosa muy probable, y apropiada a la vez para explicar mejor la persuasión general y las afirmaciones de muchos escritores. Así, en el largo y triste período de los procesos por brujería, las confesiones, no siempre arrancadas a la fuerza, de los imputados, no debieron de contribuir poco a alimentar y mantener la opinión reinante en torno a ella: pues, cuando una opinión impera durante mucho tiempo, y en buena parte del mundo, termina por expresarse de todas las maneras, por intentar todas las salidas, por recorrer todos los grados de la persuasión; y es difícil que todos, o muchísimos crean durante largo tiempo que una cosa extraña se haga, sin que aparezca alguno que crea hacerla.

Entre las historias que aquel delirio de las unturas hizo imaginar, una merece ser mencionada, por el crédito que adquirió, y por el gran camino que recorrió. Se contaba, no por todos de la misma manera (que sería un privilegio demasiado singular para una fábula), pero más o menos, que alguien, cierto día, había visto llegar a la plaza de la catedral un coche de seis caballos, y dentro, con otros, un gran personaje, de cara hosca y encendida, los ojos llameantes, los cabellos erizados, y en la boca una mueca de amenaza. Mientras aquel hombre estaba mirando atentamente, la carroza se había detenido; y el cochero lo había invitado a subir, y él no había sabido decir que no. Tras varios rodeos, se habían apeado en la puerta de cierto palacio, donde entrando él también, con la compañía, había hallado amenidades y horrores, desiertos y jardines, cavernas y salones; y en ellos, fantasmas celebrando consejo. Finalmente, le habían mostrado grandes arcas de dinero, y dicho que cogiese cuanto gustase, mas a condición de que aceptase un tarro de ungüento, y fuera untando con él la ciudad. Pero no habiendo querido consentir en ello, se había encontrado, en un abrir y cerrar de ojos, en el mismo lugar donde había

sido recogido. Esta historia, creída generalmente por el pueblo, y, según dice Ripamonti, no suficientemente ridiculizada por algún hombre de peso, corrió por toda Italia, y fuera de ella. En Alemania se sacó un grabado: el arzobispo elector de Maguncia escribió al cardenal Federigo, para preguntarle qué había de cierto en los hechos prodigiosos que se contaban de Milán; y recibió como respuesta que eran sueños.

De igual valor, aunque no en todo de igual naturaleza, eran los sueños de los hombres doctos; así como igualmente desastrosos eran sus efectos. Veían, la mayor parte de ellos, al mismo tiempo, el anuncio y la razón de la calamidad en un cometa aparecido el año 1628, y en una conjunción de Saturno con Júpiter, «inclinando —dice Tadino— la dicha conjunción sobre el año de 1630, tan claramente, que cualquiera podría verlo. *Mortales parat morbos, miranda videntur*». Esta predicción, sacada, decían, de un libro titulado *Espejo de los almanaques perfectos*, impreso en Turín, en 1623, corría por las bocas de todos. Otro cometa, aparecido en junio del mismo año de la peste, fue tomado por un nuevo aviso; más aún, por una prueba manifiesta de las unturas. Rebuscaban en los libros, y por desgracia hallaban en gran cantidad ejemplos de peste, según decían, manufacta: citaban a Livio, a Tácito, a Dión, ¿qué digo?, a Homero y a Ovidio, a muchos otros antiguos que han narrado hechos semejantes o aludido a ellos: autores modernos los tenían aún en mayor abundancia. Citaban a otros cien autores que han tratado doctrinalmente, o hablado incidentalmente de venenos, de hechizos, de ungüentos, de polvos: Cesalpino, Cardano, Grévin, Salió, Paré, Schenk, Zachia y, para terminar, aquel funesto Del Río, el cual, si el renombre de los autores estuviera en razón del bien y el mal producido por sus obras, debería ser uno de los más famosos; ese Del Río, cuyas vigilias costaron la vida a más hombres que las empresas de un conquistador: ese Del Río, cuyas *Disquisiciones Mágicas* (compendio de cuanto los hombres habían soñado, hasta su época, sobre aquella materia), convertidas en el texto más autorizado, más irrefragable, fueron, durante más de un siglo, norma e incitación poderosa a legales, horribles, ininterrumpidas carnicerías.

De los hallazgos del vulgo, la gente instruida cogía lo que se podía adaptar bien a sus ideas; de los hallazgos de la gente instruida, el vulgo cogía lo que podía entender, y como lo podía; y con todo se formaba una masa enorme y confusa de pública demencia.

Pero lo que produce mayor asombro, es ver a los médicos, digo los médicos que desde el principió creían en la peste, digo en especial Tadino, el cual la había pronosticado, visto entrar, vigilado, por así decirlo, en su progreso, el cual había dicho y predicado que era peste, y que se contraía

con el contacto que, de no ponerse remedio, se inficionaría todo el país, verlo luego, de esos mismos efectos, deducir un argumento cierto de las unturas venenosas y maléficas; a él, que en aquel Carlo Colonna, el segundo en morir de peste en Milán, había notado el delirio como un accidente de la enfermedad, verlo luego aducir como prueba de las unturas y de la conjuración diabólica, un hecho de esta clase: que dos testigos declaraban haber oído a un amigo enfermo, cómo, una noche, habían entrado personas en su cuarto, prometiéndole la curación y dinero, si accedía a untar las casas del contorno; y cómo, ante su negativa, aquéllos se habían ido, y en su lugar, se había quedado un lobo bajo la cama, y tres gatazos encima, «que allí permanecieron hasta la madrugada».

Si hubiera sido uno solo el que razonase así, se podría decir que tenía una extraña cabeza; o mejor, no habría motivo para hablar de él; pero como eran otros muchos, es más, casi todos, forma parte de la historia del espíritu humano, y da ocasión para observar hasta qué punto una serie ordenada y razonable de ideas puede verse enmarañada por otra serie de ideas, que se atraviese en su camino. Por lo demás, aquel Tadino era aquí uno de los hombres más reputados de su tiempo.

Dos ilustres y beneméritos escritores han afirmado que el cardenal Federigo dudaba del hecho de las unturas. Nosotros quisiéramos poder tributar a esa ínclita y amable memoria una alabanza más completa, y representar al buen prelado, en esto, como en tantas otras cosas, superior a la mayoría de sus contemporáneos, pero nos vemos en cambio obligados a observar de nuevo en él un ejemplo de la fuerza de la opinión común, incluso sobre las mentes más nobles. Se ha visto, al menos por lo que dice Ripamonti, que al principio, verdaderamente estuvo en dudas: pensó luego siempre que en aquella opinión tenía un importante papel la credulidad, la ignorancia, el miedo, el deseo de disculparse por haber reconocido tan tarde el contagio, y pensado en ponerle remedio; que había mucho de exageración, pero, al mismo tiempo, que había algo de cierto. En la biblioteca ambrosiana se conserva una obrita escrita de su propio puño en torno a aquella peste; y a este sentimiento se alude allí a menudo, e incluso aparece una vez enunciado expresamente. «Era opinión común —dice, poco más o menos— que estos ungüentos se componían en varios lugares, y que muchas eran las artes para extenderlo: de las cuales algunas nos parecen verdaderas, otras inventadas».

Hubo, sin embargo, quienes pensaron hasta el final, y mientras vivieron, que todo eran imaginaciones: y lo sabemos, no por ellos, pues ninguno fue lo bastante osado como para exponer en público un sentimiento tan

opuesto al del vulgo; lo sabemos por los escritores que lo ridiculizan o lo censuran, o lo rebaten, como un prejuicio de algunos, un error que no se atrevía a entrar en público debate, pero que con todo existía; lo sabemos también por quien tuvo noticia de ello por tradición oral. «He encontrado gente sabia en Milán —dice el buen Muratori, en el lugar citado más arriba— que tenía buenas noticias de sus antepasados, y no estaba muy persuadida de que fuera verdad el hecho de aquellas unturas venenosas.» Se ve que era un desahogo secreto de la verdad, una confidencia doméstica: había buen sentido; pero estaba oculto, por miedo del sentido común.

Los magistrados, mermado su número cada día, y cada vez más aturdidos y confusos, toda por así decirlo, la poca resolución de la que eran capaces, la emplearon en buscar a estos untadores. Entre los papeles del tiempo de la peste, que se conservan en el archivo antes citado, hay un carta (sin ningún otro documento que la acompañe) en la que el gran canciller informa, en serio y con urgencia, al gobernador de haber recibido aviso de que, en una casa de campo de los hermanos Girolamo y Giulio Monti, hidalgos milaneses, se fabricaba veneno en tan grandes cantidades, que cuarenta hombres estaban ocupados en este *exercicio*, con la asistencia de cuatro caballeros brescianos, los cuales hacían traer materiales del Véneto, para la fábrica del veneno. Añade que él había tomado, con gran secreto, las disposiciones necesarias para mandar allí al podestá de Milán y al oidor de Sanidad, con treinta soldados de caballería; que, desgraciadamente uno de los hermanos había sido avisado a tiempo para para poder ocultar los indicios del delito, y probablemente por el propio oidor, amigo suyo; y que éste buscaba excusas para no ir; pero que no obstante, el podestá con los soldados había ido a reconocer la casa, y a ver si hallara algunos vestigios, y tomar informaciones, y arrestar a todos los inculpados.

La cosa debió de acabar en nada, ya que los escritos del tiempo que hablan de las sospechas que había sobre aquellos hombres, no citan ningún hecho. Mas, por desgracia, en otra ocasión, se creyó haberlas encontrado.

Los procesos que se produjeron como consecuencia, no eran ciertamente los primeros de tal género; y ni siquiera se los puede considerar como una cosa rara en la historia de la jurisprudencia. Pues, por no hablar de la antigüedad, y decir algo sólo de los tiempos más cercanos a aquel de que tratamos, en Palermo, en 1526; en Ginebra, en 1530, luego en 1545, más tarde aún en 1574; en Casal Monferrato, en 1536; en Padua, en 1555; en Turín, en 1599, y de nuevo, en ese mismo año de 1630, fueron juzgados y

condenados a suplicios, en su mayoría atrocísimos, ora alguno, ora muchos infelices, como reos de haber propagado la peste, con polvos, ungüentos, o con hechizos, o con todo ello junto. Pero el asunto de las llamadas unturas de Milán, por haber sido el más celebre, es quizá también el más observable; al menos, ofrece mayor campo de estudio, por haber quedado documentos de él más circunstanciados y más auténticos. Y aunque un escritor elogiado poco antes, se haya ocupado de él, con todo, habiéndose propuesto, no tanto hacer propiamente su historia, cuanto extraer argumentos de apoyo para un asunto de mayor, o ciertamente de más inmediata importancia, nos ha parecido que la historia podía ser materia de un nuevo trabajo. Pero no es cosa como para decirla en dos palabras; y no hay aquí lugar para tratarla con la extensión que merece. Y además, tras haberse detenido en aquellos sucesos, el lector no se preocuparía ya, ciertamente, por conocer lo que queda de nuestro relato. Reservando, pues, para otro escrito la historia y el examen de aquéllos, volveremos finalmente a nuestros personajes, para no dejarlos ya, hasta el final.

CAPÍTULO XXXIII

UNA noche, hacia finales de agosto, justo en el colmo de la peste, volvía don Rodrigo a su casa, en Milán, en compañía del fiel Griso, uno de los tres o cuatro que, de toda su servidumbre, le habían quedado vivos. Volvía de una reunión de amigos que solían darse a la crápula juntos, para olvidar la melancolía de aquellos tiempos: y cada vez había algunos nuevos, y faltaban de los antiguos. Aquel día don Rodrigo había sido uno de los más alegres; y entre otras cosas, había hecho reír mucho a la compañía, con una especie de elogio fúnebre del conde Attilio, a quien se había llevado la peste dos días antes.

Pero, mientras andaba, sentía un malestar, un abandono, una flojera en las piernas, una pesadez en la respiración, una quemazón interna, que hubiese querido atribuir solamente al vino, al trasnochar, a la estación. No abrió la boca en todo el camino; y sus primeras palabras, al llegar a casa, fueron ordenar al Griso que lo alumbrase para ir a su habitación. Cuando estuvieron allí, el Griso observó el rostro de su amo, desencajado, encendido, con los ojos fuera de las órbitas, y brillantes, muy brillantes; y se mantenía a distancia: porque en aquellas circunstancias, cualquier granuja había debido adquirir, como quien dice, ojo clínico.

—Estoy bien, ¿qué pasa? —dijo don Rodrigo, que leyó en la actitud del Griso el pensamiento que cruzaba por su mente—. Estoy muy bien; pero

he bebido, he bebido quizá un poco de más. ¡Había una garnacha!... Pero, con una buena dormida, todo desaparece. Tengo mucho sueño... Quítame esa luz de delante, que me deslumbra... ¡me da un fastidio...!

—Jugarretas de la garnacha —dijo el Griso, manteniéndose siempre a distancia—. Pero acuéstese vuestra señoría en seguida, que dormir le hará bien.

—Tienes razón: si puedo dormir... Por lo demás, estoy bien. Ponme aquí cerca, de todos modos, esa campanilla, por si acaso esta noche necesitara algo: y estáte a la escucha, ¿eh?, por si oyes tocar. Pero no necesitaré nada... Llévate pronto esa maldita luz —prosiguió luego, mientras el Griso ejecutaba su orden, acercándose lo menos posible— ¡Diablos!, ¿por qué me molestará tanto?

El Griso cogió la luz, y, después de dar las buenas noches a su amo, se marchó a toda prisa, mientras aquél se metía en la cama.

Pero las mantas le parecieron una montaña. Las arrojó de sí, y se acurrucó, para dormir; porque en efecto, se moría de sueño. Mas, apenas entornaba los ojos, se despertaba sobresaltado, como si alguien, por capricho, hubiera venido a darle una sacudida; y sentía crecer el calor, crecer el desasosiego. Recurría con el pensamiento al mes de agosto, a la garnacha, a los excesos; hubiera querido poder echarles toda la culpa; pero en lugar de estas ideas, venía siempre a sustituirlas la que entonces se asociaba con todas, que entraba, por así decirlo, por todos los sentidos, y que se había metido en todas las conversaciones de la vida viciosa, pues era más fácil tomarla a broma, que guardar silencio sobre ella: la peste.

Después de dar vueltas durante largo rato, finalmente se durmió, y empezó a tener los peores y más enmarañados sueños del mundo. Y de uno en otro, le pareció encontrarse en un gran templo, adentro, adentro, en medio de una multitud; encontrarse allí, pues no sabía cómo había llegado, cómo se le había ocurrido la idea, especialmente en aquel tiempo; y estaba furioso por ello. Miraba a los circunstantes; eran todos rostros amarillos, deshechos, con unos ojos inmóviles, pasmados, con los labios colgando; toda gente con unas ropas que se caían a pedazos; y por los rotos se veían manchas y bubones. —¡Paso, canalla! —le parecía gritar, mirando a la puerta, que estaba lejos, muy lejos, y acompañando el grito con un gesto amenazador, pero sin moverse, antes bien, encogiéndose, para no tocar aquellos asquerosos cuerpos, que ya lo tocaban, y demasiado, por todas partes. Pero ninguno de aquellos insensatos daba señales de querer apartarse, y ni siquiera de haber oído; por el contrario, se le echaban más encima: y sobre todo le parecía que alguno de ellos, con los codos o con otra cosa, lo oprimía por la izquierda, entre el corazón

y la axila, donde sentía una punzada dolorosa, y como pesada. Y si se retorcía, para tratar de liberarse, al punto un nuevo no sé qué venía a clavársele en el mismo sitio. Enfurecido, quiso echar mano a la espada; y justamente le pareció que, con las apreturas, se le había subido, y era el pomo lo que lo oprimía en aquel lugar; mas, al llevarse allí la mano, no halló la espada, sino que sintió una punzada más fuerte. Gritaba, estaba todo jadeante, y quería gritar más fuerte; cuando le pareció que todos aquellos rostros se volvían hacia una parte. Miró también él; vio un púlpito, y por encima de la barandilla asomar algo convexo, liso y reluciente; luego alzarse y aparecer con claridad una cabeza pelada, después dos ojos, un rostro, una barba larga y blanca, un fraile de pie, sobresaliendo del púlpito hasta la cintura, fray Cristóforo. El cual, recorriendo con mirada fulminante todo el auditorio en torno a él, le pareció a don Rodrigo que la fijaba en su rostro, alzando al mismo tiempo la mano, en la misma actitud que había adoptado en aquel salón de su palacio. Entonces alzó también él la mano con furor, hizo un esfuerzo, como para lanzarse a agarrar aquel brazo extendido en el aire; una voz que estaba barbotando sordamente en su garganta, estalló en un alarido; y se despertó. Dejó caer el brazo que había levantado de veras; tardó algún tiempo en recobrarse, en abrir bien los ojos; pues la luz del día, ya avanzado, le molestaba, al igual que la de la vela la noche antes; reconoció su cama, su cuarto; comprendió que todo había sido un sueño: la iglesia, el gentío, el fraile, todo había desaparecido; todo salvo una cosa, aquel dolor en el costado izquierdo. Al mismo tiempo sentía en el corazón una palpitación violenta, afanosa, en los oídos un zumbido, un silbido continuo, un fuego por dentro, una pesadez en los miembros, peor que cuando se había ido a la cama. Vaciló un momento, antes de mirarse el lado donde tenía el dolor; por fin lo destapó, echó una ojeada temerosa; y vio un repugnante bubón de un violáceo amoratado.

El hombre se vio perdido: el terror de la muerte lo invadió, y, con una sensación aún más fuerte si cabe, el terror de caer presa de los monatos, de ser llevado, arrojado al lazareto. Y buscando la manera de evitar esta horrible suerte, sentía que sus ideas se confundían y ofuscaban, sentía acercarse el momento en que no tendría ya cabeza, salvo la suficiente para abandonarse a la desesperación. Agarró la campanilla, y la agitó con violencia. Apareció al instante el Griso, que estaba alerta. Se paró a cierta distancia de la cama; miró atentamente a su amo, y se confirmó en lo que, por la noche, había imaginado.

—¡Griso! —dijo don Rodrigo, sentándose con trabajo la cama—, tú has sido siempre mi leal servidor.

—Sí, señor.
—Siempre te he favorecido.
—Por la bondad de vuestra señoría.
—¡En ti puedo confiar...!
—¡Diablos!
—Estoy mal, Griso.
—Ya me había dado cuenta.
—Si sano, te favoreceré aún más que en el pasado.
El Griso, no respondió nada, y se quedó esperando a dónde iban a parar estos preámbulos.
—No quiero confiar en otro sino en ti —prosiguió don Rodrigo—: hazme un favor, Griso.
—Mande vuestra señoría —dijo éste, respondiendo con la fórmula sólita a la insólita.
—¿Sabes dónde vive Chiodo el cirujano?
—Lo sé muy bien.
—Es un hombre honrado, que, si se le paga bien, tiene en secreto a los enfermos. Ve a buscarlo: dile que le daré cuatro, seis escudos por visita, más, si me lo pide; pero que venga aquí en seguida; y haz bien la cosa, que nadie se dé cuenta.
—Bien pensado —dijo el Griso—: voy y vuelvo al momento.
—Oye, Griso: dame antes un poco de agua. Siento una quemazón, que no puedo más.
—No, señor —respondió el Griso—; nada sin el consejo del médico. Son males caprichosos: no hay tiempo que perder. No se mueva vuestra merced: en un periquete estoy aquí de vuelta con Chiodo.
Dicho esto, salió, entornando la puerta.
Don Rodrigo, metiéndose de nuevo bajo las mantas, lo acompañaba con la imaginación hasta la casa de Chiodo, contaba los pasos, calculaba el tiempo. De vez en cuando volvía a mirar su bubón; pero torcía al instante la cabeza, con asco. Pasado algún tiempo, empezó a aguzar el oído, para oír si el cirujano llegaba: y aquel esfuerzo de atención suspendía la sensación del dolor, y mantenía en orden sus pensamientos. De pronto oye un tintineo lejano, pero que le parece venir de las habitaciones, no de la calle. Presta atención; lo oye más fuerte, más repetido, y a la vez un arrastrar de pies: una horrible sospecha pasa por su mente. Se sienta en la cama, y escucha con mayor atención; oye un ruido sordo en la habitación de al lado, como de un peso depositado en el suelo con sigilo; saca las piernas de la cama, como para levantarse, mira a la puerta, la ve abrirse, y ve aparecer y adelantarse dos raídos y sucios trajes rojos, dos rostros de

hereje, dos monatos, en una palabra; ve media cara del Griso que, escondido tras una hoja entornada, estaba allí espiando.

—¡Ah, infame traidor!... ¡Fuera, canalla! ¡Biondino! ¡Carlotto!, ¡socorro!, ¡me asesinan! —grita don Rodrigo; mete una mano bajo la almohada, para buscar una pistola; la aferra, la saca; pero al primer grito, los monatos habían echado a correr hacia el lecho; el más rápido se le echa encima, antes de que pueda hacer nada; le arranca la pistola de la mano, la tira lejos, lo obliga a tumbarse, y lo sujeta, gritando, con una mueca de rabia y burla a la vez—: ¡Ah, bribón!, ¡contra los monatos!, ¡contra los ministros del tribunal!, ¡contra los que hacen obras de misericordia!

—Sujétalo bien, hasta que nos lo llevemos —dijo el compañero, yendo hacia un cofre. Y en esto entró el Griso, y se puso con él a forzar la cerradura.

—¡Canalla! —gritó, mirándolo por debajo del que lo sujetaba, y debatiéndose entre aquellos brazos forzudos—. Dejadme matar a ese infame —decía luego a los monatos—, y después haced conmigo lo que queráis —luego volvía a llamar con todas sus fuerzas a sus otros servidores; mas era inútil, porque el abominable Griso los había enviado lejos, con falsas órdenes del propio amo, antes de ir a hacer a los monatos la propuesta de acudir a aquella expedición, y repartirse los despojos.

—Quieto, quieto —decía al desventurado don Rodrigo el verdugo que lo tenía clavado en la cama. Y volviendo luego la cara a los dos que hacían botín, gritaba—: ¡Haced las cosas como es debido!

—¡Tú!, ¡tú! —le aullaba don Rodrigo al Griso, a quien veía ajetreado, rompiendo, sacando dinero, objetos, haciendo el reparto—. ¡Tú!, ¡después de lo que...! ¡Ah, demonio del infierno! ¡Todavía puedo curarme!, ¡puedo curarme! —el Griso no rechistaba, y tampoco, en la medida de lo posible, se volvía hacia el lugar de donde procedían aquellas palabras.

—Sujétalo fuerte —decía el otro monato—: está fuera de sí.

Y ya era verdad. Tras un gran alarido, tras un último y más violento esfuerzo por liberarse, cayó de repente exhausto e idiotizado: seguía mirando, sin embargo, como hechizado, y de vez en cuando se estremecía o se lamentaba.

Los monatos lo cogieron, uno por los pies, y el otro por los hombros, y fueron a depositarlo en una camilla que habían dejado en la estancia contigua; luego uno regresó a buscar el botín y a continuación, levantando el miserable peso, se lo llevaron.

El Griso se quedó eligiendo a toda prisa lo más que podía convenirle; hizo con todo un fardo, y se marchó. Había tenido, sí, cuidado de no tocar nunca a los monatos, de no dejarse tocar por ellos; pero, en aquellas

últimas prisas por registrar, había cogido luego, junto a la cama, las ropas de su amo, y las había sacudido, sin pensar en más, por ver si había dinero. Pero bien hubo de pensar en ello el día después, cuando, mientras estaba de francachela en una taberna, le entraron de repente escalofríos, se le nubló la vista, le faltaron las fuerzas, y se cayó al suelo. Abandonado por sus compañeros, fue a parar a manos de los monatos, que, despojándolo de cuanto llevaba encima de valor, lo arrojaron a un carro; en el cual expiró antes de llegar al lazareto, a donde había sido llevado su amo.

Dejando ahora a éste en la morada de las lamentaciones, debemos ir en busca de otro, cuya historia nunca se habría cruzado con la suya, si él no lo hubiera querido a toda costa; es más, hasta puede asegurarse que no hubieran tenido historia ni el uno ni el otro: Renzo, quiero decir, a quien dejamos en la nueva hilandería, bajo el nombre de Antonio Rivolta.

Había estado allí cinco o seis meses, salvo error; tras los cuales, declaradas las hostilidades entre la república y el rey de España, y desaparecido por tanto todo temor de pesquisas y empeños por la parte de aquí, Bórtolo se había apresurado a ir a buscarlo, y a llevarlo de nuevo consigo, porque le tenía cariño, y porque Renzo, como joven de talento, y hábil en su oficio, era, en una fábrica, de gran ayuda para el factótum, sin poder nunca aspirar a serlo él, por aquella bendita desgracia de no saber manejar la pluma. Y como también este motivo tuvo algo que ver, debíamos aludir a él. Puede que hubieseis deseado un Bórtolo más ideal: no sé qué decir: fabricáoslo. Aquél era así.

Renzo se había quedado luego trabajando siempre con él. Más de una vez, y especialmente después de haber recibido alguna de aquellas benditas cartas de Agnese, había tenido la idea de alistarse como soldado, y acabar de una vez: y las ocasiones no faltaban; pues, justamente en aquel intervalo de tiempo, la república había necesitado reclutar gente. La tentación había sido alguna vez para Renzo tanto más fuerte puesto que se había hablado incluso de invadir el Milanesado; y naturalmente, a él le había parecido que sería una bonita cosa, regresar a su casa como vencedor, y explicarse de una vez con ella. Pero Bórtolo, con buenos modos, había sabido siempre apearlo de aquella resolución.

—Si han de ir —le decía—, irán también sin ti, y tú podrás ir después, cómodamente; si vuelven con la cabeza rota, ¿no habrá sido mejor quedarse en casa? Desesperados que vayan a abrir el camino, no faltarán. ¡Y, antes de que puedan poner el pie allí...!

Por mi parte, no me trago ese cuento: éstos ladran; que ladren; el estado de Milán no es un bocado para engullirlo tan fácilmente. Se trata de

España, hijo mío: ¿sabes lo que quiere decir España? San Marcos es fuerte en su casa; pero se necesita algo más. Ten paciencia: ¿no estás bien aquí?... Ya veo lo que vas a decir; pero, si está escrito allá arriba que la cosa se arregle, puedes estar seguro de que, si no haces locuras, se arreglará mejor todavía. Algún santo te ayudará. Créeme: no es oficio para ti. ¿Te parece que vale la pena dejar de encanillar seda, para irse a matar? ¿Qué vas a hacer con gente de esa calaña? Hacen falta hombres cortados a la medida.

Otras veces Renzo se resolvía a ir a escondidas, disfrazado, y con un nombre falso. Pero también de esto, Bórtolo supo disuadirlo cada vez, con razones demasiado fáciles de adivinar.

Al estallar luego la peste en el Milanesado, y precisamente, como hemos dicho, en la frontera de Bérgamo, no tardó mucho en atravesarla; y... no temáis, que no quiero contaros también la historia de ésta: si a alguien le interesara, está, escrita por encargo oficial, por un tal Lorenzo Ghirardelli: libro raro, sin embargo, y desconocido, aunque contiene quizá más datos que todas las más célebres descripciones de las pestilencias juntas: ¡de tantas cosas depende la celebridad de los libros! Lo que quería decir es que también Renzo cogió la peste, se curó por sí sólo, esto es, no hizo nada; estuvo en punto de muerte, pero su naturaleza robusta venció la fuerza del mal: en pocos días, se halló fuera de peligro. Con el retorno a la vida, resurgieron, más pujantes que nunca en su ánimo los recuerdos, los deseos, las esperanzas, los proyectos de la vida; es decir, que pensó más que nunca en Lucía. ¿Qué sería de ella, en aquel tiempo, en el que vivir era algo así como una excepción? Y, estando tan cerca, ¡no poder saber nada de ella! ¡Y permanecer, Dios sabe cuánto, en tal incertidumbre! Y aun cuando ésta se disipara, cuando, desaparecido todo peligro, se enterase de que Lucía estaba viva; quedaba siempre aquel otro misterio, aquel embrollo del voto. «Iré yo, iré a aclararlo todo de una vez», dijo para sí, y lo dijo antes aún de poder tenerse en pie. «¡Con tal de que esté viva! Encontrarla, la encontraré; ella misma me explicará de una vez, qué es esa promesa, le haré ver que no puede ser, y me la traigo conmigo, a ella y a esa pobre Agnese, ¡si está viva!, que siempre me ha querido, y estoy seguro de que me quiere todavía. ¡La orden de arresto!, ¡bah!, ahora tienen otras cosas en qué pensar, los que estén vivos. Andan seguros también por aquí, ciertos tipos, que tienen encima... ¿Va a haber salvoconducto sólo para los bribones? Y en Milán todos dicen que hay una confusión mayor todavía. Si dejo escapar una ocasión tan buena (¡la peste! ¡Ved cómo nos hace emplear a veces las palabras ese bendito

instinto de referirlo y de subordinarlo todo a nosotros mismos!), ¡no se me presenta otra igual!»

Conviene esperar, mi querido Renzo.

Apenas pudo arrastrarse, fue en busca de Bórtolo, el cual, hasta entonces, había podido esquivar la peste, y andaba precavido. No entró en su casa, sino que, dándole una voz desde la calle, hizo que se asomase a la ventana.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo Bórtolo—: Te has librado de ella. ¡Suerte la tuya!

—Todavía no me tengo bien en las piernas, como ves, pero, en cuanto al peligro, salí de él.

—Ay, quisiera estar yo en tu lugar. Antes, cuando se decía estoy bien, parecía que estaba dicho todo; pero ahora poco cuenta. Quien pueda llegar a decir: estoy mejor; ¡ésa sí que es una hermosa palabra!

Renzo, tras desear a su primo buena suerte, le comunicó su decisión.

—Vete, esta vez, que el cielo te bendiga —respondió aquél—: trata de esquivar a la justicia, igual que yo trataré de esquivar el contagio; y, si Dios quiere que nos vaya bien a los dos, volveremos a vernos.

—¡Oh!, seguro que vuelvo: ¡y si pudiera no volver solo! En fin; yo lo espero.

—Vuelve, vuelve acompañado; que, si Dios quiere, habrá trabajo para todos, y nos divertiremos juntos. ¡Con tal de que me encuentres, y que haya acabado este maldito influjo!

—Nos volveremos a ver, nos volveremos a ver; ¡tenemos que volvernos a ver!

—Te repito: ¡Dios lo quiera!

Durante unos días, Renzo hizo ejercicio, para probar sus fuerzas, y aumentarlas; y en cuanto le pareció que podía aguantar el viaje, se puso bajo la ropa un cinturón, y dentro, aquellos cincuenta escudos, que nunca había tocado, y de los que no había dicho una palabra a nadie, ni siquiera a Bórtolo; cogió otro poco de dinero, que había ido ahorrando, escatimándolo de todo; se metió bajo el brazo un hatillo de ropa; guardó en el bolsillo las referencias que, por si acaso, le había pedido a su segundo patrón, bajo el nombre de Antonio Rivolta; en un bolsillo de los calzones metió un gran cuchillo, que era lo menos que un hombre de bien podía llevar en aquellos tiempos; y se encaminó, a finales de agosto, tres días después de que a don Rodrigo lo habían llevado al lazareto. Tomó la dirección de Lecco, queriendo, para no ir tan a ciegas a Milán, pasar por su pueblo, donde esperaba encontrar viva a Agnese, y empezar a saber por ella alguna cosa de las muchas que se consumía por saber.

Los pocos que habían sanado de la peste eran, en medio de la restante población, una verdadera clase privilegiada. Gran parte de las demás gentes yacía enferma o moría; y los que hasta entonces habían permanecido inmunes al morbo, vivían en un constante temor; andaban reservados, recelosos, con pasos mesurados, con semblantes desconfiados, con prisa y vacilación a la vez: pues todo podía ser contra ellos un arma de efecto mortal. Los otros, al contrario, casi seguros de sí (ya que contraer dos veces la peste era un caso tan prodigioso como raro), andaban en medio del contagio tranquilos y resueltos; como los caballeros de cierta época del medioevo, cubiertos de hierro por todas partes por donde el hierro pudiera caber, y sobre palafrenes también guarnecidos, en la medida de lo posible, de la misma manera, iban de paseo (de ahí aquella gloriosa denominación suya de andantes), de paseo y a la ventura, en medio de una pobre chusma pedestre de ciudadanos y villanos, que, para devolver y amortiguar los golpes, no llevaban encima sino andrajos. ¡Hermoso y útil oficio!, oficio que merece en verdad ocupar el primer lugar en un tratado de economía.

Con tal seguridad, aunque atenuada por la inquietud que el lector sabe, y contrastada por el frecuente espectáculo, por la idea incesante de la calamidad común, iba Renzo hacia su casa, bajo un hermoso cielo y por un hermoso país, pero sin encontrar, después de largos trechos de tristísima soledad, más que alguna sombra vagante, antes que persona viva, o cadáveres llevados a la fosa, sin honras fúnebres, sin cantos, sin acompañamiento. Hacia la mitad del día, se detuvo en un sotillo, a comer un poco de pan y compango que había traído consigo. Fruta tenía a su disposición, a lo largo del camino, incluso más de la necesaria: higos, melocotones, ciruelas, manzanas, todo cuanto quisiera; bastaba con entrar en los campos a arrancarla o a recogerla de debajo de los árboles, donde había tanta como si hubiera granizado; ya que la cosecha era extraordinariamente abundante, sobre todo la fruta; y no había casi quien se preocupase de ella: hasta las uvas escondían, por así decirlo, los pámpanos, y eran dejadas a merced del primer ocupante.

Hacia el anochecer, divisó su pueblo. Ante aquella vista, aunque debía estar preparado, sintió que se le encogía el corazón: fue asaltado en un instante por una multitud de recuerdos dolorosos, y de dolorosos presentimientos: le parecía tener en los oídos aquel siniestro repicar a rebato que lo había acompañado, seguido, cuando había huido de aquellos lugares; y al mismo tiempo oía, por así decirlo, el silencio de muerte que reinaba allí en la actualidad. Una turbación aún más profunda la experimentó al desembocar en la plazoleta delante de la iglesia; y le

esperaba algo aún peor al término de su viaje: porque donde había proyectado ir a alojarse, era en aquella casa que antaño solía llamar la casa de Lucía. Ahora sólo podía ser, a lo sumo, la casa de Agnese; y la única gracia que esperaba del cielo era encontrarla con vida y salud. Y en aquella casa se proponía pedir hospitalidad, suponiendo, con razón, que la suya ya no debía de ser sino guarida de ratones y garduñas.

No queriendo que lo viesen, tomó por un sendero, el mismo por el que había ido en buena compañía, aquella famosa noche, a sorprender al párroco. Hacia la mitad aproximadamente, estaba a un lado la viña, y al otro la casita de Renzo, de modo que, al pasar, podría entrar un momento en una y otra, para ver cómo estaban sus cosas.

Mientras andaba, miraba ante sí, ansioso y al mismo tiempo temeroso de ver a alguien; y, tras unos pocos pasos, vio en efecto a un hombre en camisa, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una mata de jazmines, en una actitud como de insensato: y por ésta, y luego también por la fisonomía, le pareció reconocer al pobre medio tonto de Gervaso, que había ido como segundo testigo a la desdichada expedición. Pero habiéndosele acercado, hubo de comprobar que era, en cambio, aquel Tonio tan despierto que lo había llevado consigo. La peste, privándolo del vigor del cuerpo junto con el de la mente, había hecho emerger en su cara y en cada gesto un pequeño y velado germen de semejanza que tenía con el hermano imbécil.

—¡Oh, Tonio! —le dijo Renzo, parándose ante él—: ¿eres tú? Tonio alzó los ojos, sin mover la cabeza.

—¡Tonio!, ¿no me reconoces?

—A quien le toca, le toca —respondió Tonio, quedándose luego con la boca abierta.

—La tienes encima, ¿eh?, pobre Tonio; pero, ¿ya no me conoces?

—A quien le toca, le toca —replicó aquél, con una sonrisa estúpida. Renzo, viendo que no le sacaría otra cosa, prosiguió su camino, más contristado. Y he aquí asomar por una esquina, y acercarse una cosa negra, en la que reconoció al punto a don Abbondio. Caminaba despacito, despacito, llevando el bastón como si fuera llevado a su vez por él; y a medida que se aproximaba, se podía ver cada vez mejor en su rostro pálido y demacrado, y en cada gesto, que también debía de haber pasado su borrasca. Miraba también él; le parecía y no le parecía: veía algo de forastero en la vestimenta; pero era forastero precisamente de Bérgamo.

«¡Es él, sin duda!», dijo para sí, y alzó las manos al cielo, con un movimiento de enojado asombro, quedando suspendido en el aire el bastón que llevaba en la diestra; y se veían aquellos pobres brazos bailar

dentro de las mangas, donde apenas si cabían antaño. Renzo fue a su encuentro, apresurando el paso, y le hizo una reverencia; pues, aunque se habían dejado como sabéis, con todo seguía siendo su párroco.

—¿Estáis aquí, vos? —exclamó don Abbondio.

—Aquí estoy, como ve vuestra merced. ¿Se sabe algo de Lucía?

—¿Qué queréis que se sepa? No se sabe nada. Está en Milán, si es que está todavía en este mundo. Pero vos...

—Y Agnese, ¿está viva?

—Puede ser; pero ¿qué queréis que sepa yo?, no está aquí. Pero...

—¿Dónde está?

—Ha ido a la Valsassina, con esos parientes suyos, a Pasturo, ya sabéis; porque allí dicen que la peste no hace tantos estragos como aquí. Pero vos, digo...

—Vaya, sí que lo siento. ¿Y el padre Cristóforo...?

—Se marchó hace mucho. Pero...

—Lo sabía; me lo escribieron: preguntaba por si había vuelto por aquí.

—¡Oh, seguro!, no se ha vuelto a saber nada de él. Pero vos...

—También siento esto.

—Pero vos, digo, ¿qué venís a hacer aquí, por amor del cielo? ¿No sabéis qué bagatela de orden de captura...?

—¿Qué me importa? Tienen otras cosas en qué pensar. También yo he querido venir por una vez a ver cómo andan mis cosas. ¿Y no se sabe de verdad...?

—¿Qué queréis ver?, si ahora ya no hay nadie, ya no hay nada. Y digo yo, con esa bagatela de la captura, venir aquí, precisamente al pueblo, a la boca del lobo, ¿es tener juicio? Haced lo que os dice un viejo que está obligado a tenerlo más que vos, y que os habla porque os quiere bien; ataos los zapatos, y, antes que nadie os vea, volved por donde habéis venido; y si os han visto, volved más aprisa todavía. ¿Os parece que éstos son aires para vos? No sabéis que han venido a buscaros, que han registrado todo lo registrable, puesto todo patas arriba....

—Demasiado lo sé, ¡bribones!

—¡Pues entonces...!

—Pero si le digo que no me importa. Y ése, ¿está vivo todavía?, ¿está aquí?

—Os digo que no hay nadie; os digo que no penséis en las cosas de aquí; os digo que...

—Pregunto si está aquí ése.

—¡Oh, santo cielo! Hablad mejor. ¡Es posible que tengáis todavía encima todo aquel fuego, después de lo que ha pasado!

—¿Está, o no está?

—No está, ea. Pero, y la peste, hijo mío, ¡la peste! ¿Quién anda por ahí, en estos tiempos?

—Si no hubiese más que la peste en este mundo... lo digo por mí: la he tenido, y estoy tranquilo.

—¡Pues entonces!, ¡pues entonces!; ¿no son avisos éstos? Cuando uno se ha librado de una cosa así, me parece que debería dar gracias al cielo, y...

—Bien se las doy.

—Y no ir a buscar otra cosa, digo. Hacedme caso...

—Vuestra merced también la ha tenido, señor cura, si no me engaño.

—¡Que si la he tenido! Pérfida e infame ha sido: estoy aquí por milagro: basta con decir que me ha dejado como veis. Ahora necesitaba precisamente un poco de tranquilidad, para reponerme: vaya, empezaba a estar un poco mejor... En nombre del cielo, ¿qué venís a hacer aquí? Volveos...

—Siempre con que me vuelva. Para volverme, lo mismo daba no haberme movido. Dice vuestra merced: ¿a qué venís?, ¿a qué venís? ¡Ésta sí que es buena! Vengo, yo también, a mi casa.

—A vuestra casa...

—Dígame; ¿han muerto muchos aquí?...

—¡Ay, ay! —exclamó don Abbondio; y, empezando por Perpetua, nombró una retahila de personas, de familias enteras. Renzo se esperaba por desgracia algo parecido; pero al oír tantos nombres de personas conocidas, de amigos, de parientes, estaba apesadumbrado, con la cabeza gacha, exclamando a cada momento—: ¡Pobrecillo!, ¡pobrecilla!, ¡pobrecillos!

—¡Ya veis! —continuó don Abbondio—, y no ha terminado. Si los que quedan no tienen más juicio esta vez, y no se quitan todos esos pájaros de la cabeza, no queda ya sino el fin del mundo.

—Pierda cuidado; que no pienso quedarme aquí.

—¡Ah!, ¡loado sea el cielo, que os ha entrado en la cabeza! Y, claro, pensáis volver a Bérgamo.

—No se preocupe vuestra merced por eso.

—¡Qué!, ¿no querréis hacer algún desatino peor que éste?

—Le digo que no se preocupe por eso; es asunto mío: ya no soy una criatura: tengo uso de razón. Espero que, de todos modos, no le dirá a nadie que me ha visto. Es sacerdote; soy una oveja suya: no querrá traicionarme.

—He entendido —dijo don Abbondio, suspirando airadamente—, he entendido. Queréis perderos vos, y perderme a mí. No os basta con lo que habéis pasado vos; no os basta con lo que he pasado yo. He entendido, he entendido.

Y mientras seguía barbotando entre dientes estas últimas palabras, reanudó su camino.

Renzo se quedó allí triste y descontento, pensando dónde iría a alojarse. En aquella enumeración de muertos que le había hecho don Abbondio, había una familia de campesinos que se había llevado entera el contagio, salvo un joven, más o menos de la misma edad de Renzo, y compañero suyo desde pequeñito: la casa estaba a unos pasos fuera del pueblo. Pensó ir allí.

Y mientras iba, pasó ante su viña; y ya desde fuera pudo en seguida deducir en qué estado se encontraba. Ni una copa, ni una rama de los árboles que había dejado, se veía asomar por el muro; si algo se veía, eran todas cosas nacidas en su ausencia. Se asomó por la abertura (de la cancela no quedaban ni los goznes); echó una ojeada alrededor: ¡pobre viña! Durante dos inviernos seguidos, la gente del pueblo había ido allí a hacer leña «donde aquel pobrecillo», como decían. Vides, moreras, frutales de todo tipo, todo había sido arrancado de mala manera, o cortado desde el pie.

Se veían, sin embargo todavía, los vestigios del antiguo cultivo: jóvenes sarmientos, en filas interrumpidas, pero que aún indicaban la dirección de las antiguas hileras asoladas; aquí y allá, retoños o brotes de moreras, de higueras, de melocotoneros, de cerezos, de ciruelos; mas también esto se veía disperso, ahogado, en medio de una nueva, variada, exuberante generación, nacida y crecida sin ayuda de la mano del hombre. Era una maraña de ortigas, de helechos, de cizaña, de grama, de avena loca, de amarantos verdes, de dientes de león, de acederillas, de panizos silvestres, y de otras plantas semejantes; quiero decir de ésas con las que el campesino de cualquier país ha formado a su modo una gran clase, denominándolas malas hierbas o algo parecido. Era un revoltijo de tallos, que pujaban por sobrepasarse unos a otros en el aire, o por adelantarse, arrastrándose sobre el terreno, por robarse, en suma, el sitio en todas las direcciones; una confusión de hojas, de flores, de frutos, de mil colores, de mil formas, de mil tamaños: espiguillas, panojitas, barbas, manojos, cabezuelas blancas, rojas, amarillas, azules. Entre esta chusma de plantas había algunas más notables y vistosas, aunque no mejores, al menos en su mayoría: la uva silvestre, más alta que ninguna, con sus ramas extendidas, rojizas, con sus pomposas hojazas verde oscuro, algunas ya

orladas de púrpura, con sus racimos curvos, adornados con bayas amoratadas por debajo, más arriba escarlatas, luego verdes, y en lo alto con florecillas blanquecinas; el verbasco, con sus grandes hojas peludas plegadas en el suelo, y el tallo erguido en el aire, y las largas espigas diseminadas y como pespunteadas de vivas flores amarillas: cardos, con pinchos en las ramas, en las hojas, en los cálices, de donde salían mechoncitos de flores blancas o pupúreas, arrastrados por el viento, penachitos plateados y ligeros. Aquí una gran cantidad de enredaderas que trepaban y se enroscaban en torno a los nuevos retoños de una morera, los habían recubierto todos con sus hojas colgantes, y desde lo alto se bamboleaban sus campanillas cándidas y tiernas: allá una calabaza silvestre, con sus granos bermejos, se había enroscado en los nuevos sarmientos de una vid; la cual, tras buscar en vano un nuevo asidero, había prendido a su vez sus zarcillos en ella; y, entremezclando sus débiles tallos y sus poco diferentes hojas, se echaban abajo, también mutuamente, como suele ocurrir con los débiles que se apoyan uno en otro. La zarzamora estaba por doquier; iba de una planta a otra, subía, bajaba, replegaba sus ramas y las extendía, según podía; y, atravesada ante la misma linde, parecía estar allí para impedir el paso, hasta a su propio dueño.

Pero éste no tenía ninguna intención de entrar en semejante viña; y quizá no tardó tanto tiempo en contemplarla, como nosotros en trazar este pequeño esbozo. Pasó de largo: poco más adelante estaba su casa; atravesó el huerto, caminando hasta media pierna por entre la maleza de la que estaba poblado y recubierto al igual que la viña. Puso el pie en el umbral de una de las dos estancias de la planta baja: al ruido de sus pasos, al asomar él, un desbarajuste, un escapar entrecruzado de grandes ratas, un meterse dentro de la inmundicia que cubría todo el suelo: era aún el lecho de los lansquenetes. Echó una ojeada a las paredes: desconchadas, mugrientas, chamuscadas. Alzó los ojos al techo: un dosel de telarañas. No había otra cosa. Se marchó también de allí, echándose las manos a la cabeza; retrocedió, desandando el camino que había abierto un momento antes; dados unos pocos pasos, tomó otra calleja a la izquierda, que llevaba a los campos; y sin ver ni oír ni un alma, llegó a la casita donde había pensado quedarse. Ya empezaba a oscurecer. Su amigo estaba en la puerta, sentado en un taburete de madera, con los brazos cruzados, con los ojos clavados en el cielo, como un hombre anonadado por las desgracias, y embrutecido por la soledad. Al oír el ruido de pasos, se volvió a mirar quién era, y, por lo que le pareció entrever, así,

en la penumbra, entre las ramas y las frondas, dijo, en voz alta, poniéndose en pie, y alzando las manos:

—¿No hay nadie más que yo?, ¿no hice bastante ayer? Dejadme un poco de paz, que también ésa será una obra de misericordia.

Renzo, no sabiendo qué significaba esto, le respondió llamándolo por su nombre.

—¡Renzo...! —dijo aquel, exclamando y preguntando a la vez.

—El mismo —dijo Renzo; y corrieron uno hacia el otro.

—¡Eres de verdad tú! —dijo el amigo, cuando estuvieron cerca—. ¡Oh, cómo me alegro de verte! ¿Quién iba a pensarlo? Te había tomado por Paolín el de los muertos, que siempre viene a atormentarme, para que vaya a enterrar. ¿Sabes que me he quedado solo?; ¡solo, solo, como un ermitaño!

—Lo sé, por desgracia —dijo Renzo. Y así, intercambiando y mezclando atropelladamente saludos, preguntas y respuestas, entraron juntos en la casucha. Y allí, sin interrumpir su charla, el amigo se puso a trajinar para agasajar un poco a Renzo, como se podía tan de improviso y en aquellos tiempos. Puso agua al fuego, y empezó a preparar la polenta; pero cedió luego el palo a Renzo para que la revolviese; y se fue diciendo:

—Me he quedado solo. ¡Sí!; ¡me he quedado solo!

Volvió con un pequeño caldero de leche, un poco de cecina, un par de quesos frescos, higos y melocotones; depositándolo todo, volcada la polenta sobre la tabla, se sentaron juntos a la mesa, dándose mutuamente las gracias, el uno por la visita, el otro por la acogida. Y, tras una ausencia de casi dos años, se encontraron de pronto mucho más amigos de lo que nunca habían sabido ser en el tiempo en que se veían casi a diario; porque a uno y otro, dice aquí el manuscrito, les habían sucedido esas cosas que hacen conocer qué balsamo es para el ánimo el afecto; tanto el que se siente, como el que se halla en los demás.

Ciertamente, nadie podía ocupar para Renzo el lugar de Agnese, ni consolarlo de su ausencia, no sólo por aquel antiguo y especial afecto, sino porque, entre las cosas que a él le urgía descifrar, había una cuya clave tenía sólo ella. Estuvo un momento indeciso entre dos cosas: si proseguir su viaje, o ir primero en busca de Agnese, ya que estaba tan poco distante; pero, considerando que, de la salud de Lucía, Agnese no sabría nada, se quedó con su primer propósito de ir sin más a salir de esta duda, a recibir su sentencia, y llevarle luego él las noticias a la madre. No obstante, también por su amigo supo muchas cosas que ignoraba, y aclaró otras que no sabía bien, sobre las vicisitudes de Lucía, y sobre las persecuciones de que había sido objeto él, y cómo don Rodrigo se había

marchado con el rabo entre las piernas, y no lo habían vuelto a ver por allí; en suma, sobre toda aquella maraña de cosas. Supo también (y no era para Renzo una noticia de poca importancia) cuál era exactamente el apellido de don Ferrante: pues Agnese se lo había mandado escribir, sí, por medio de su secretario; mas el cielo sabe cómo lo había escrito; y el intérprete bergamasco, al leerle la carta, había dicho una palabra tal, que si Renzo hubiera ido con ella a buscar las señas de aquella casa en Milán, probablemente no habría encontrado una sola persona que adivinase de quién quería hablar. Y sin embargo, aquél era el único hilo que tenía, para ir en busca de Lucía. En cuanto a la justicia, pudo cerciorarse cada vez más de que era un peligro lo bastante lejano, como para no preocuparse gran cosa de él: el señor podestá había muerto de peste: quién sabe cuándo mandarían otro; también los esbirros se habían ido la mayoría; los que quedaban tenían otras cosas en qué pensar que en asuntos añejos.

Le contó él también al amigo sus peripecias, y recibió a cambio mil historias, sobre el paso del ejército, la peste, los untadores, prodigios.

—Son cosas malas —dijo el amigo, acompañando a Renzo a un cuarto que el contagio había dejado deshabitado—; cosas que nunca se hubiera creído ver; cosas como para quitarle a uno la alegría para toda la vida; pero, hablando de ellas con un amigo, es un alivio.

Al despuntar el día, ya estaban los dos en la cocina; Renzo pertrechado para el viaje, con su cinturón escondido bajo el jubón, y el cuchillo en el bolsillo de los calzones: el fardo, para ir más ligero, se lo dejó en depósito a su huésped. —Si me va bien —le dijo—, si la hallo con vida, si... bueno... paso otra vez por aquí; corro a Pasturo, a darle la buena nueva a la pobre Agnese, y luego, y luego... Pero, si, por desgracia, si por desgracia, que Dios no lo quiera... entonces, no sé qué haré, no sé a dónde iré: de seguro que por aquí no me volvéis a ver —diciendo esto, en pie en el umbral de la puerta, con la cabeza alzada, miraba con una mezcla de ternura y congoja, el alba de su pueblo que no veía desde hacía tanto tiempo. El amigo le dijo, como se suele, que todo saldría bien; quiso que llevase consigo algo de comer; lo acompañó un trecho de camino, y lo dejó con nuevos augurios.

Renzo prosiguió su marcha sin prisas, bastándole con llegar cerca de Milán ese día, para entrar al siguiente, temprano, y empezar en seguida su búsqueda. El viaje fue sin incidentes, y sin nada que pudiera distraer a Renzo de sus pensamientos, salvo las acostumbradas miserias y melancolías. Como había hecho el día anterior, se detuvo en su momento, en un sotillo para tomar un bocado, y descansar. Al pasar por Monza, ante una tienda abierta, donde había panes expuestos, pidió dos, para no

quedarse desprovisto en cualquier caso. El panadero le ordenó que no entrase, y le tendió en una pequeña pala una escudilla con agua y vinagre, diciéndole que echase allí el dinero; y hecho esto, con unas pinzas, le entregó, uno tras otro, los dos panes, que Renzo se guardó uno en cada bolsillo.

Al atardecer, llega a Greco, pero sin saber su nombre; si bien, entre algún recuerdo de los lugares, que le había quedado del otro viaje, y el cálculo del camino desde Monza, suponiendo que no debía de estar muy lejos de la ciudad, salió del camino real, para ir por los campos en busca de alguna cabaña, y pasar allí la noche; pues con ventas no quería nada. Encontró algo mejor de lo que buscaba: vio un hueco en un seto que rodeaba el patio de una alquería; entró sin más. No había nadie: vio a un lado un gran cobertizo, y apoyado en él una escalera de mano; echó una ojeada en torno suyo, y luego subió a la ventura; se acomodó para dormir, y en efecto, se durmió en seguida, para no despertarse hasta el amanecer. Entonces fue a gatas hasta el borde de aquel gran lecho; sacó la cabeza, no viendo a nadie, bajó por donde había subido, salió por donde había entrado, echó a andar por veredas, tomando como estrella polar la catedral; y tras un brevísimo camino, fue a desembocar bajo las murallas de Milán, entre la puerta Oriental y la puerta Nueva, y muy cerca de ésta.

CAPÍTULO XXXIV

EN cuanto a la manera de penetrar en la ciudad, Renzo había oído vagamente, que había órdenes severísimas de no dejar entrar a nadie, sin cédula de sanidad; pero que, en cambio, se entraba perfectamente, con sólo saber ingeniárselas un poco y aprovechar el momento oportuno. Así era, en efecto; y, dejando incluso a un lado las causas generales, por las que en aquel tiempo cualquier orden era poco respetada; dejando a un lado las especiales que hacían dificultosa la rigurosa ejecución de ésta; Milán se encontraba ya en un estado tal, que no se veía para qué podía servir guardarla, ni de qué; y quienquiera que llegara allí, podía parecer más bien despreocupado de su propia salud, que peligroso para los ciudadanos.

Con estas noticias, el plan de Renzo era intentar entrar por la primera puerta con que topase; si había algún estorbo, rodear la muralla por fuera, hasta encontrar otra de más fácil acceso. Y sabe el cielo cuántas puertas se imaginaba que debía de tener Milán. Llegado, pues, al pie de la muralla, se paró a mirar en torno, como hace quien, no sabiendo por qué parte le conviene ir, parece esperar, y pedir algún indicio a cada cosa. Pero, a

derecha e izquierda no veía sino dos trozos de un camino retorcido; enfrente, un trecho de muralla; por ninguna parte la menor señal de seres vivos; salvo que desde cierto punto del terraplén, se alzaba una columna de humo oscuro y denso, que al elevarse se ensanchaba y se enroscaba en amplias volutas, para perderse luego en el aire inmóvil y plomizo. Eran ropas, camas y otros enseres infectos que se quemaban: y otras tristes hogueras se hacían de continuo, no sólo allí, sino en varias partes de la muralla.

El tiempo era sofocante, el aire pesado, el cielo totalmente velado por una nube o una niebla igual, inerte, que parecía negar el sol, sin prometer la lluvia; los campos circundantes, en parte incultos, y totalmente áridos, toda vegetación descolorida, y ni una sola gota de rocío en las hojas marchitas y lacias. Además, aquella soledad, aquel silencio, tan cerca de una gran ciudad, añadían una nueva consternación a la inquietud de Renzo, y hacían más tétricos todos sus pensamientos.

Tras haber permanecido un poco allí, tomó a mano derecha, a la ventura, yendo, sin saberlo, hacia la puerta Nueva, que, aunque próxima, no era visible, a causa de un baluarte, tras el cual estaba entonces oculta. Después de unos pocos pasos, empezó a oír un tintineo de campanillas, que cesaba y recomenzaba de vez en cuando, y luego alguna voz humana. Siguió adelante, y, superada la esquina del baluarte, lo primero que vio fue una garita de madera, y en la puerta un guardia apoyado en su mosquete, con un aspecto exhausto y descuidado: detrás había una empalizada, y detrás de ella, la puerta, o sea dos toscas alas de muralla, con un tejadillo encima, para proteger los batientes; los cuales estaban abiertos de par en par, así como la cancela de la empalizada. Pero, justo delante de la abertura, había en el suelo un triste impedimento: una camilla, en la cual, dos monatos colocaban a un infeliz, para llevárselo. Era el jefe de los consumeros, en quien, poco antes, se había declarado la peste. Renzo se detuvo, esperando que acabaran: partida la comitiva, y no viniendo nadie a cerrar la cancela, le pareció el momento y echó a andar a toda prisa; pero el guardia le gritó de malos modos:

—¡Alto! —Renzo se paró de nuevo en seco, y guiñándole un ojo, sacó medio ducado, y se lo enseñó. Aquél, bien porque hubiese tenido ya la peste, o porque la temiese menos de lo que amaba los medios ducados, le hizo señas a Renzo de que se lo tirase; viéndolo volar al punto a sus pies, susurró:

—Pasa deprisa. —Renzo no se lo hizo repetir dos veces; cruzó la empalizada, cruzó la puerta, siguió andando, sin que nadie notase su presencia o le prestase atención; sólo que, cuando hubo dado unos

cincuenta pasos, oyó otro —¡Alto!— que un consumero le gritaba a sus espaldas. Esta vez, hizo como que no oía, y, sin siquiera volverse, apretó el paso. —¡Alto! —gritó de nuevo el consumero, pero con una voz que indicaba más impaciencia que determinación de hacerse obedecer; y al no ser obedecido, se encogió de hombros, y volvió a su caseta, como alguien a quien le interesara más no acercarse a los transeúntes, que informase de sus asuntos.

La calle que Renzo había tomado iba entonces, como ahora, derecha hasta el canal llamado el Naviglio: los lados eran setos o tapias de huertos, iglesias y conventos, y pocas casas. En el fondo de la calle, y en medio de la que bordea el canal, había una columna, con una cruz llamada la cruz de san Eusebio. Y por más que Renzo miraba ante sí, no veía sino aquella cruz. Llegado al cruce que divide la calle casi por la mitad, y mirando a ambos lados, vio a la derecha, en la que se llama la carrera de Santa Teresa, a un ciudadano que venía justamente hacia él. «¡Un cristiano, por fin!, dijo para sí; y se volvió al punto hacia ese lado, pensando preguntarle el camino. También el otro había visto al forastero que se acercaba; y lo observaba desde lejos, con una mirada recelosa; y tanto más, cuando se dio cuenta de que, en vez de pasar de largo, iba a su encuentro. Cuando estuvo a poca distancia, Renzo se quitó el sombrero, como montañés respetuoso que era; y sujetándolo con la izquierda, puso la otra mano en la copa, y se dirigió resueltamente hacia el desconcido. Pero éste, con los ojos extraviados, dio un paso atrás, levantó el nudoso bastón, y dirigiendo la punta, que era de hierro, hacia la cintura de Renzo, gritó:

—¡Fuera!, ¡fuera!, ¡fuera!

—¡Eh! ¡eh! —gritó el joven también; volvió a ponerse el sombrero en la cabeza, y, no teniendo ningún deseo, como decía después, cuando contaba la cosa, de enzarzarse en una disputa en aquel momento, volvió la espalda a aquel extravagante, y siguió su camino, o, mejor dicho, aquel en el que se encontraba.

También el otro siguió adelante por el suyo, hecho un puro temblor, y volviéndose hacia atrás a cada momento. Y llegado a casa, contó que se le había acercado un untador, con un aire humilde, manso, con una cara de infame impostor, con la cajita del ungüento, o el saquito de polvos (no estaba muy seguro de cuál de los dos) en la mano, en la copa del sombrero, para hacerle la jugarreta, si él no hubiera sabido tenerlo a raya. —Si se me acercaba un paso más —añadió—, lo atravesaba sin pensarlo dos veces artes de que tuviera tiempo de arreglarme a mí, el muy bribón. La desgracia fue que estábamos en un sitio solitario, porque si llega a ser en el centro de Milán, pedía socorro, y hacía que me ayudaran a atraparlo.

Seguro que le encontraban esa infame porquería en el sombrero. Pero allí, a solas, he tenido que conformarme con meterle miedo, sin arriesgarme a pescar algo; porque un poco de polvo se echa rápido; y ésos tienen una habilidad especial; además tienen al diablo de su parte. Ahora andará por Milán: ¡quién sabe qué estragos hará! —Y mientras vivió, que fueron muchos años, cada vez que se hablaba de untadores, repetía su historia, y agregaba—: Los que todavía sostienen que no era cierto, que no me lo vengan a decir a mí; porque las cosas hay que haberlas visto.

Renzo, lejos de imaginarse de la que se había librado, y agitado más por la rabia que por el miedo, pensaba, mientras caminaba, en aquel buen recibimiento, y adivinaba poco más o menos lo que el desconocido había pensado de él; pero la cosa le parecía tan falta de sentido, que concluyó para sí que aquel hombre debía de estar medio loco. «Mal empezamos», pensaba sin embargo; «parece que hay alguna mala estrella para mí, en este Milán. Para entrar, todo a pedir de boca; y luego, cuando ya estoy dentro, hallo los disgustos preparados. Bueno... con la ayuda de Dios... si encuentro... si consigo encontrar... ¡ay!, todo habrá sido nada.»

Llegado al puente, torció, sin vacilar, a la izquierda, por la calle de san Marcos, pareciéndole, con razón, que debía de llevar al interior de la ciudad. Y mientras andaba, miraba a uno y otro lado, por si conseguía descubrir a alguna criatura humana; pero no vio ninguna salvo un deformado cadáver en el pequeño foso que corre entre aquellas pocas casas (que entonces eran aún menos), y un trozo de la calle. Pasado aquel trozo, oyó gritar:

—¡Eh, buen hombre! —y mirando hacia aquel lado, vio a poca distancia, en el balconcito de una casucha aislada, a una pobre mujer, con un enjambre de niños alrededor; la cual, sin dejar de llamarlo, le hizo también señas con la mano. Fue corriendo; y cuando estuvo cerca, la mujer dijo—: Oh, joven, por vuestros pobres muertos, hacedme la caridad de ir a avisar al comisario de que estamos aquí olvidados. Nos han encerrado en casa como sospechosos, porque mi pobre marido ha muerto; nos han clavado la puerta, como veis; y desde ayer por la mañana, no ha venido nadie a traernos de comer. En tantas horas que llevo aquí, no ha aparecido nunca un cristiano que me hiciera esa caridad: y estos pobres inocentes se mueren de hambre.

—¡De hambre! —exclamó Renzo; y, metiéndose las manos en los bolsillos—. Tened, tened —dijo, sacando los dos panes—: echadme algo donde meterlos.

—Que Dios os lo pague; esperad un momento —dijo la mujer; y fue a buscar una cesta para bajarla, como hizo. Renzo entre tanto se acordó de

aquellos panes que había encontrado al pie de la cruz, en su otra entrada en Milán, y pensaba: «Mira: es una restitución, y quizá mejor que si se los hubiera devuelto a su propio dueño; porque esto es realmente una obra de misericordia».

—En cuanto al comisario que decís, buena mujer —dijo luego, metiendo los panes en la cesta—, yo no os puedo servir en nada; porque, a decir verdad, soy forastero, y no conozco bien esta ciudad. Pero, si encuentro a algún hombre un poco tratable y humano, para poder hablar con él, se lo diré.

La mujer le rogó que lo hiciera, y le dijo el nombre de la calle, para que supiese indicarla.

—También vos —dijo Renzo—, creo que podréis hacerme una merced, una verdadera caridad, sin que os sirva de molestia. Una casa de caballeros, de grandes señorones, de aquí de Milán, la casa de ***, ¿podríais decirme dónde está?

—Sé que existe esa casa —respondió la mujer—, pero dónde está, no lo sé realmente. Siguiendo por aquí, encontraréis alguien que os lo indique. Y acordaos de decirle también lo nuestro.

—No lo dudéis —dijo Renzo—, y siguó adelante.

A cada paso, sentía crecer y aproximarse un ruido que ya había empezado a oír mientras estaba allí parado, hablando: un ruido de ruedas y caballos, con un tintineo de campanillas, y de vez en cuando un restallar de látigos, con acompañamiento de gritos. Miraba hacia adelante, pero no veía nada. Al llegar a la salida de aquella calle, apareciendo ante su vista la plaza de san Marcos, lo primero que atrajo su atención, fueron dos vigas puestas de pie, con una cuerda, y unas poleas; y no tardó en reconocer (pues era algo familiar en aquel tiempo) la abominable máquina de la tortura. Estaba levantada en aquel lugar, y no sólo en aquél, sino en todas las plazas y en las calles más amplias, a fin de que, los delegados de cada barrio, provistos al efecto de las facultades más arbitrarias, pudieran aplicársela inmediatamente a quienquiera que les pareciese merecedor de pena: secuestrados que salieran de casa, o subalternos que no cumplieran con su deber, o cualquier otro. Era uno de esos remedios excesivos e ineficaces, de los cuales, en aquel tiempo, y especialmente en aquellos momentos, se hacía tanto derroche.

Ahora bien, mientras Renzo mira aquel instrumento, pensando por qué puede haber sido alzado en ese lugar, oye aproximarse cada vez más el ruido, y ve asomar por la esquina de la iglesia a un hombre agitando una campanilla: era un avisador; y tras él dos caballos, que, estirando el cuello, y haciendo fuerza con las patas, avanzaban a duras penas; y arrastrado

por ellos, un carro de muertos, y detrás de aquél otro, y otro; aquí y allá monatos junto a los caballos, arreándolos a latigazos, a puñetazos, con blasfemias. Estaban aquellos cadáveres, en su mayoría desnudos, algunos, mal envueltos en algún andrajo, amontonados, entrelazados unos con otros, como un ovillo de serpientes que se desenrollan lentamente con la tibieza de la primavera; pues, a cada tropiezo, a cada sacudida, se veían aquellos montones funestos temblar y descomponerse de mala manera, y bambolearse cabezas, y desparramarse cabelleras virginales, y soltarse brazos, y golpear las ruedas, mostrando a los ojos, ya horrorizados, cómo tal espectáculo podía volverse aún más doloroso e indecente.

El joven se había parado en la esquina de la plaza, junto a la barandilla del canal, y rezaba mientras tanto por aquellos muertos desconocidos. Una idea atroz cruzó por su mente: «Quizá ahí, ahí, entre ellos, ahí debajo... ¡Oh, Señor!, ¡haced que no sea cierto!, ¡haced que yo no lo piense!»

Pasado el convoy fúnebre, Renzo echó a andar, atravesó la plaza, siguiendo a lo largo del canal, a mano izquierda, sin otro motivo de su elección, que el haberse ido la comitiva por el lado opuesto. Andados los cuatro pasos que hay entre la pared lateral de la iglesia y el canal, vio a la derecha el puente Marcellino; lo atravesó, y salió al Borgo Nuovo. Y mirando hacia adelante, siempre con la intención de encontrar a alguien que le enseñase el camino, vio al final de la calle, a un sacerdote en jubón, con una varita en la mano, parado ante una puerta entreabierta, con la cabeza inclinada, y el oído pegado a la rendija; y poco después lo vio alzar la mano y bendecir. Imaginó lo que en efecto era, esto es, que acababa de confesar a alguien; y dijo para sí: «Este es el el hombre que necesito. Si un cura, en funciones de cura, no tiene un poco de caridad, un poco de amor y de buenos modales, hay que decir que ya no quedan en este mundo.»

Entre tanto el cura, apartándose de la puerta, venía hacia Renzo, manteniéndose con gran cuidado por el centro de la calle. Cuando lo tuvo cerca, Renzo se quitó el sombrero, y le indicó que deseaba hablarle, parándose al mismo tiempo, como para darle a entender que no se acercaría más. También el otro se detuvo, en actitud de escuchar, aunque apoyando en el suelo la varita ante sí, a modo de baluarte. Renzo expuso su pregunta, a la cual el cura respondió, no sólo diciéndole el nombre de la calle donde la casa estaba situada, sino dándole también, al ver que el pobrecillo lo necesitaba, un poco de itinerario; es decir, indicándole, a fuerza de derechas e izquierdas, de iglesias y cruces, las otras seis u ocho calles por las que tenía que pasar hasta llegar allí.

—Que Dios le conserve la salud, en estos tiempos, y siempre —dijo Renzo; y mientras aquél se disponía a marcharse—; otra caridad —añadió;

y le habló de la pobre mujer olvidada. El buen cura le agradeció haberle dado ocasión de hacer una misericordia tan necesaria; y diciendo que iba a avisar a quien correspondía, se alejó. También Renzo echó a andar, y, mientras caminaba, trataba de repetirse a sí mismo el itinerario, para no empezar de nuevo a preguntar en cada esquina. Pero no podríais imaginaros cuán penosa le resultaba aquella operación, y no tanto por la dificultad de la cosa en sí, como por una nueva turbación que había nacido en su ánimo. Aquel nombre de la calle, aquella traza del camino, lo habían trastornado. Era el indicio que había deseado y pedido, y del cual no podía prescindir; y no le habían dicho nada de lo que pudiera deducir algún augurio siniestro; pero, ¿qué queréis?, aquella idea un poco más clara de un final cercano, en el que saldría de una gran incertidumbre, en el que podría oír decir: está viva, u oír decir: está muerta; aquella idea le había causado tal impresión que, en aquel momento hubiera preferido encontrarse aún a oscuras de todo, hallarse al comienzo del viaje, que ya tocaba a su fin. Reunió, sin embargo, sus fuerzas, y se dijo a sí mismo: «¡Eh!, si empezamos ahora a comportarnos como un chiquillo, ¿qué va a pasar?» Así, tranquilizado como pudo, siguió su camino, adentrándose en la ciudad.

¡Qué ciudad!, ¡y qué era, en comparación, lo que había sido el año anterior, a causa del hambre!

Renzo se disponía justamente a pasar por una de las partes más sórdidas y desoladas: ese cruce de calles que se llama el carrobio de la Puerta Nueva. (Había entonces una cruz en el medio, y, frente a ella, junto a donde está ahora San Francisco de Paula, una vieja iglesia llamada de Santa Anastasia.) Tan grande había sido entre el vecindario la violencia del contagio, y el hedor de los cadáveres dejados allí, que los pocos que habían quedado vivos se habían visto obligados a desalojar: de modo que, a la tristeza que despertaba en el transeúnte aquel aspecto de soledad y abandono, se añadía el horror y el asco de las huellas y los restos de su reciente residencia. Renzo apretó el paso, dándose ánimos al pensar que la meta no debía de estar tan cercana, y esperando que, antes de llegar a ella, encontraría mudada, al menos en parte, la escena; y en efecto, al poco, salió a un lugar que aún podía considerarse ciudad de vivos; pero, ¡qué ciudad todavía, y qué vivos! Cerradas, por desconfianza y terror, todas las puertas de la calle, salvo las que estaban de par en par por hallarse las casas deshabitadas o invadidas; otras clavadas y selladas, por haber en las casas gente muerta o enferma de peste; otras marcadas con una cruz pintada con carbón, para indicar a los monatos que había muertos que llevarse de allí: todo más al azar que otra cosa, según que se

hubiera encontrado o no allí algún comisario de Sanidad u otro empleado, que hubiera querido cumplir las órdenes, o cometer alguna vejación. Por todas partes andrajos, y más repugnantes que los andrajos, vendas purulentas, paja empozoñada, o sábanas arrojadas desde las ventanas; a veces cuerpos, de personas muertas de repente, en la calle, y dejadas allí hasta que pasara un carro que se las llevase, o caídas de los carros mismos, o arrojadas incluso por las ventanas: ¡hasta tal punto el persistir y el reinar del desastre había embrutecido los ánimos, y hecho olvidar cualquier piadoso cuidado, cualquier consideración social! Cesado por doquier todo ruido de tiendas, todo estrépito de carruajes, todo pregón de vendedores, toda charla de transeúntes, era muy raro que aquel silencio de muerte fuese roto por algo distinto del ruido de carros fúnebres, por lamentos de pobres, de quejidos de enfermos, de chillidos de dementes, de gritos de monatos. Al alba, al mediodía, al anochecer, una campana de la catedral daba la señal para rezar ciertas oraciones dispuestas por el arzobispo: a aquel tañido respondían las campanas de otras iglesias; y entonces habríais oído un murmullo de voces y gemidos, que exhalaba una tristeza mezclada sin embargo con cierto consuelo.

Muertos a aquellas alturas quizá los dos tercios de los ciudadanos, partidos o enfermos buena parte de los restantes, reducida casi a la nada la concurrencia de gente de fuera, entre los pocos que andaban por las calles, no se habría encontrado tal vez, en un largo trecho, uno solo en quien no se advirtiera algo extraño, y que no diera indicio de una funesta mudanza de las cosas. Se veía a los hombres más distinguidos, sin capa ni manto, parte entonces esencialísima del atuendo civil; sin sotana los curas, y hasta religiosos en jubón; suprimido en suma todo tipo de traje que con los vuelos pudiera rozar algo, o dar facilidades (cosa que se temía más que ninguna otra) a los untadores. Y fuera de este cuidado de ir sin adornos y con lo indispensable, desaliñada y descuidada cualquier persona; largas las barbas de quienes solían llevarlas, crecidas las de quienes antes solían afeitárselas; largo también y enmarañado el cabello, no sólo por esa dejadez que nace de un antiguo abatimiento, sino por haberse vuelto sospechosos los barberos, desde que había sido apresado y condenado, como famoso untador, uno de ellos, Giangiacomo Mora: nombre que, durante mucho tiempo, conservó una celebridad municipal de infamia, y que merecería una mucho má extendida y perenne de piedad. Los más llevaban en una mano un bastón, algunos también una pistola, como advertencia amenazadora para quien hubiera querido acercarse demasiado; en la otra pastillas olorosas, o bolas perforadas de metal o de madera, con esponjas empapadas en vinagres medicinales dentro, y se las

acercaban de vez en cuando a la nariz, o las mantenían siempre allí. Llevaban algunos colgado del cuello un frasquito con mercurio, persuadidos de que tenía la virtud de absorber y retener todo efluvio pestilencial; y tenían luego cuidado de renovarlo cada cierto número de días. Los gentileshombres, no sólo no salían sin el séquito acostumbrado, sino que se los veía con una espuerta al brazo, ir a comprar lo necesario para su sustento. Los amigos, aun cuando dos se encontraban por la calle, se saludaban de lejos, con gestos tácitos y apresurados. Cada uno, al caminar, tenía gran trabajo en sortear los asquerosos y mortíferos estorbos diseminados por el suelo, y que, en algunos lugares, lo atestaban incluso por completo: trataban de ir por el medio de la calle, por temor a otras porquerías, o algún peso más funesto que pudiera caer de las ventanas; por miedo de los polvos venenosos que se decía tiraban a menudo desde ellas sobre los transeúntes; por temor a las paredes, que podían estar untadas. Así, la ignorancia, valerosa y cauta al revés, añadía ahora angustias a las angustias, e inspiraba falsos terrores, en compensación por los razonables y saludables que había desechado al principio.

Eso era lo menos deforme y lo menos lastimoso que se podía ver en torno, los sanos, los acomodados: pues, tras tantas imágenes de miseria, y pensando en la aún más grave a través de la cual deberemos guiar al lector, no nos detendremos ahora a decir cuál era el espectáculo de los apestados que se arrastraban o yacían por las calles, de los pobres, de los chiquillos, de las mujeres. Era tal, que el espectador podía hallar casi un desesperado consuelo en aquello que en los distantes y en la posterioridad causa la más fuerte y dolorosa impresión; el pensar, digo, el ver a qué corto número se habían reducido los vivos.

En medio de esta desolación ya había recorrido Renzo buena parte de su camino, cuando, distando aún muchos pasos de una calle por la que debía torcer, oyó llegar de ella un variado estruendo, entre el que se podía distiguir aquel acostumbrado, horrible campanilleo.

Llegado a la esquina de la calle, que era una de las más anchas, vio cuatro carros parados en el medio; cómo, en un mercado de granos, se ve un ir y venir de gente, un cargar y descargar sacos, tal era el movimiento en aquel lugar: monatos que entraban en las casas, monatos que salían de ellas con un peso a las espaldas, y lo echaban sobre uno u otro carro; algunos con el uniforme rojo, otros sin aquel distintivo, muchos con uno aún más odioso, penachos y flecos de diversos colores, que aquellos desdichados llevaban como en señal de alegría, entre tanto público luto. Ora de una, ora de otra ventana, salía una voz lúgubre:

—¡Aquí, monatos! —Y con sonido aún más siniestro, de aquel deplorable hormigueo salía algún vozarrón que respondía:

—Ya va, ya va. —O bien eran inquilinos que rezongaban, y decían que se diesen prisa: a los cuales los monatos respondían con blasfemias.

Entrando en la calle, Renzo apretó el paso, tratando de no mirar aquellos estorbos, sino lo imprescindible para sortearlos; cuando su mirada tropezó con un objeto de singular compasión, una compasión que impulsaba a contemplarlo; de modo que se detuvo, casi sin querer.

Bajaba del umbral de una de aquellas puertas, y venía hacia el convoy, una mujer, cuyo aspecto denunciaba una juventud avanzada, pero no pasada; y dejaba traslucir una belleza velada y ofuscada, mas no destruida por una gran pasión, por una languidez mortal: esa belleza suave y a la vez majestuosa, que brilla en la sangre lombarda. Su caminar era cansado, pero no claudicante; sus ojos no vertían lágrimas, pero llevaban las huellas de haber derramado muchas; había en aquel dolor algo apacible y profundo, que revelaba un alma plenamente consciente y presente para sentirlo. Pero no era sólo su aspecto lo que, entre tantas miserias, la hacía señalado objeto de piedad, y reavivaba para ella aquel sentimiento ya exangüe y apagado en los corazones. Llevaba ésta en sus brazos a un niña de unos nueve años, muerta; pero toda ella muy bien arreglada, con los cabellos partidos en la frente, con un vestido blanquísimo, como si aquellas manos la hubiesen engalanado para un fiesta prometida hacía mucho tiempo, y dada como premio. Y no la llevaba tumbada, sino sentada sobre un brazo, con el pecho apoyado contra el pecho, como si estuviera viva; sólo que una manecita blanca como la cera colgaba a un lado, con cierta inanimada pesadez, y la cabeza reposaba sobre el hombro de la madre, con un abandono más fuerte que el sueño de la madre, pues aunque la semejanza de los rostros no lo hubiera atestiguado, lo habría dicho claramente aquel de los dos que aún expresaba un sentimiento.

Un soez monato fue a quitarle la niña de los brazos, si bien con una especie de insólito respeto, con una vacilación involuntaria. Pero ella, echándose hacia atrás, aunque sin mostrar indignación o desprecio, dijo:

—¡No!, no me la toquéis por ahora; he de ponerla yo en ese carro: tomad —diciendo esto, abrió una mano, mostró una bolsa, y la dejó caer en la que el monato le tendió. Luego continuó—: Prometedme que no le quitaréis un solo pelo de la ropa, ni dejaréis que otros se atrevan a hacerlo, y que la pondréis bajo tierra así.

El monato se llevó una mano al pecho; y luego, muy solícito, y casi obsequioso, más por el nuevo sentimiento que lo tenía casi subyugado,

que por la inesperada rescompensa, se apresuró a hacer un poco de sitio en el carro para la muertecita. La madre, después de dar a ésta un beso en la frente, la depositó allí como sobre un lecho, la acomodó, extendió sobre ella un lienzo blanco, y dijo las últimas palabras—: ¡Adiós, Cecilia!, ¡descansa en paz! Esta noche vendremos también nosotras, para estar siempre juntas. Reza entre tanto por nosotras; que yo rezaré por ti y por los demás —luego, volviéndose de nuevo al monato, dijo—: Vos, cuando paséis por aquí al anochecer, subid a recogerme a mí también, y no sólo a mí.

Dicho esto volvió a entrar en la casa, y, un momento después se asomó a la ventana, llevando en brazos a otra niña más pequeña, viva, pero con las marcas de la muerte en el rostro. Estuvo contemplando así aquellas indignas exequias de la primera, hasta que el carro se puso en marcha, mientras pudo verlo; luego desapareció. ¿Y qué otra cosa pudo hacer, sino dejar sobre el lecho a la única que le quedaba, y tenderse a su lado para morir juntas?, así como la flor ya lozana y abierta sobre el tallo, cae junto con la florecilla aún en capullo, al pasar la guadaña que iguala todas las hierbas del prado.

—¡Oh Señor! —exclamó Renzo—, ¡escuchadla!, llevadla con vos, a ella y a su criaturita: ¡ya han sufrido bastante!, ¡ya han sufrido bastante!

Recobrado de aquella extraordinaria conmoción, y mientras trataba de traer a su memoria el itinerario para ver si en la primera calle debía torcer, y si a la derecha o a la izquierda, oye también llegar de ésta otro y diferente estruendo, un ruido confuso de gritos imperiosos, de débiles lamentos, un llanto de mujeres, un gañir de chiquillos.

Siguió adelante, llevando en el corazón la triste y sombría aprensión de siempre. Llegado al cruce, vio en un lado una muchedumbre confusa que avanzaba, y se detuvo, para dejarla pasar. Eran enfermos llevados al lazareto; algunos empujados a la fuerza, se resistían en vano, en vano gritaban que querían morir en su cama, y respondían con inútiles imprecaciones a las blasfemias y a las órdenes de los monatos que los conducían; otros caminaban en silencio, sin dar muestras de dolor, ni de ningún otro sentimiento, como insensatos; mujeres con niños en brazos; chiquillos espantados por los gritos, por aquellas órdenes, por aquella compañía, más que por la vaga idea de la muerte, los cuales con grandes gritos reclamaban a su madre, los brazos conocidos, y su casa. ¡Ay!, y quizá la madre, a quien creían haber dejado dormida en su lecho, se había echado en él, sorprendida de repente por la peste; y allí estaba sin sentido, para ser llevada en un carro al lazareto, o a la fosa, si el carro llegaba más tarde. Quizá, ¡oh desgracia digna de lágrimas aún más amargas!, la

madre, completamente absorta en sus padecimientos, lo había olvidado todo, hasta a sus hijos, y ya no tenía sino un pensamiento: morir en paz. Sin embargo, entre tanta confusión, se veía aún algún ejemplo de firmeza y piedad: padres, madres, hermanos, hijos, consortes, que sostenían a sus seres queridos, y los acompañaban con palabras de consuelo: y no sólo adultos, sino chiquillos, sino muchachitas que guiaban a sus hermanitos más tiernos, y con juicio y compasión de personas mayores, les recomendaban que fueran obedientes, les aseguraban que iban a un lugar donde había quien se cuidaría de ellos para hacerlos sanar.

En medio de la tristeza y la ternura de aquellos espectáculos, había algo que tocaba más en lo vivo y tenía agitado a nuestro viajero. La casa debía de estar allí cerca, y quién sabe si entre aquella gente... Pero una vez pasada toda la comitiva, y disipada aquella duda, se volvió a un monato que venía detrás, y le preguntó por la calle y la casa de don Ferrante.

—Vete al infierno, patán —fue la respuesta que recibió. Y no se preocupó de darle la que merecía; sino que viendo, a dos pasos, a un comisario que iba a la cola del convoy, y tenía un rostro un poco más cristiano, le hizo a él la misma pregunta. Éste, señalando con un bastón la parte de donde venía, dijo:

—La primera calle a la derecha, la última casa grande a la izquierda.

Con una nueva y más fuerte ansiedad en el corazón, el joven se dirige hacia allí. Está en la calle; distingue en seguida la casa entre las otras, más bajas y míseras; se acerca a la puerta que está cerrada, pone la mano en la aldaba, y la deja allí, como sobre una urna, antes de sacar la papeleta donde estuviera escrita su vida, o su muerte. Por fin levantaba la aldaba, y da un golpe decidido.

Al cabo de unos momentos, se entreabre una ventana; una mujer asoma la cabeza, a mirar quién era, con una cara recelosa que parece decir: ¿monatos?, ¿vagabundos?, ¿comisarios?, ¿untadores?, ¿demonios?

—¡Eh, señora! —dijo Renzo mirando hacia arriba, y con voz no demasiado firme—: ¿Está aquí sirviendo una joven del campo, que se llama Lucía?

—Ya no está; marchaos —respondió aquella mujer, haciendo ademán de cerrar.

—¡Un momento, por caridad! ¿Ya no está? ¿Dónde está?

—En el lazareto —y de nuevo quería cerrar.

—Pero, ¡un momento, por amor del cielo! ¿Con la peste?

—Claro. ¡Qué novedad! Marchaos.

—¡Oh, pobre de mí! Esperad: ¿estaba muy enferma? ¿Cuánto tiempo hace...?

Pero mientras tanto la ventana se cerró de verdad.

—¡Eh, señora!, ¡señora!, ¡sólo una palabra, por caridad! ¡por sus pobres muertos! No le pido nada suyo: ¡eh! —pero era como hablarle a la pared.

Afligido por la noticia, y enfurecido por los malos modos, Renzo volvió a agarrar el aldabón, y, apoyado así en la puerta, lo apretaba y lo retorcía, lo levantaba para golpear de nuevo, a la desesperada, después lo mantenía suspendido. En esta agitación se volvió a mirar por si había por allí algún vecino de quien pudiera obtener alguna información más concreta, algún indicio, alguna luz. Pero la primera, la única persona que vio, fue otra mujer, a unos veinte pasos de distancia; la cual, con un rostro que expresaba terror, odio, impaciencia, malicia, con unos ojos extraviados que querían al mismo tiempo mirarlo a él, y mirar a lo lejos, abriendo de par en par la boca para gritar con todas sus fuerzas, pero conteniendo hasta la respiración, alzando dos brazos descarnados, extendiendo y retirando dos manos arrugadas y crispadas a modo de garras, como si tratase de aferrar algo, se veía que quería pedir auxilio, de manera que alguno no lo notase. Cuando sus miradas se encontraron, ella, poniéndose aún más fea, se estremeció como una persona cogida por sorpresa.

—¿Qué diablos...? —empezaba a decir Renzo, alzando también él las manos hacia la mujer; pero ésta, perdida la esperanza de poderlo hacer apresar desprevenido, dejó escapar el grito que había retenido hasta entonces:

—¡Al untador!, ¡a él!, ¡a él!, ¡al untador!

—¿Quién, yo? ¡Ah, bruja embustera!, cállate —gritó Renzo; y dio un salto hacia ella, para atemorizarla y hacerla enmudecer. Pero al punto comprendió que debía más bien ocuparse de sí mismo. A los chillidos de la vieja, acudía gente por aquí y por allá; no la muchedumbre que, en un caso así, habría habido tres meses antes, pero más que suficiente para poder hacer con un hombre solo lo que quisieran. En aquel instante, se abrió de nuevo la ventana, y la misma grosera que antes se asomó del todo esta vez, y gritaba también—: ¡Cogedlo, cogedlo; debe de ser uno de esos bribones que van por ahí untando las puertas de la gente de bien.

Renzo no se paró a pensar: le pareció en seguida mejor poner tierra por medio, que quedarse allí dando explicaciones: echó una ojeada a derecha e izquierda, para ver por dónde había menos gente, y se escabulló por allí. Rechazó de un empujón a uno que le cerraba el paso; de un gran puñetazo en el pecho, hizo retroceder ocho o diez pasos a otro que venía contra él; y al galope, blandiendo el puño, apretado, nudoso, preparado para cualquier otro que se le pusiera por delante. La calle estaba aún despejada ante él; pero a sus espaldas oía las pisadas, y, más fuerte que

las pisadas, aquellos gritos amargos: —¡A él, a él!, ¡al untador! —no sabía cuándo se detendrían; no veía por dónde ponerse a salvo. La ira se convirtió en rabia, la angustia se mudó en desesperación; y cegado por la cólera, echó mano a su cuchillo, lo desenvainó, se paró en seco, volvió el rostro más torvo y peor encarado que había puesto en toda su vida; y, con el brazo extendido, blandiendo en el aire la hoja reluciente gritó:

—El que se atreva, que venga aquí, ¡canalla!, y lo untaré de verdad con esto.

Pero, con asombro, y con una vaga sensación de alivio, vio que sus perseguidores ya se habían parado, y estaban allí como titubeantes, y que, sin dejar de gritar, hacían con las manos en el aire unos gestos de dementes, como señalando a gente que estaba a sus espaldas. Se volvió de nuevo, y vio (pues su gran turbación no se lo había dejado ver un momento antes) un carro que avanzaba, mejor dicho, una fila de los acostumbrados carros fúnebres, con su acostumbrado acompañamiento; y detrás, a cierta distancia, otro puñado de gente que también hubiera querido echarse encima del untador, y rodearlo; pero se lo impedía aquel mismo estorbo. Viéndose, así, entre dos fuegos, se le ocurrió pensar que lo que a ellos les producía terror, podía ser para él la salvación; pensó que no era momento de andarse con remilgos; enfundó el cuchillo, se apartó a un lado, cogió carrerilla hacia los carros, pasó el primero, y entrevió en el segundo un buen hueco. Mide la distancia, da un salto; ya está arriba, plantado sobre el pie derecho, con el izquierdo en el aire, y los brazos levantados.

—¡Bravo!, ¡bravo! —exclamaron, al unísono, los monatos, algunos de los cuales seguían el convoy a pie, otros iban sentados en los carros, otros, para decir la horrible cosa tal como era, sobre los cadáveres, trincando de una gran garrafa que pasaba de mano en mano—. ¡Bravo!, ¡buena jugada!

—Has venido a ponerte bajo la protección de los monatos; hazte cuenta de que estás en la iglesia —le dijo uno de los dos que iban en el carro donde él había subido.

Los enemigos, al acercarse la comitiva, en su mayoría habían vuelto la espalda, y se marchaban, sin dejar de gritar:

—¡A él, a él!, ¡al untador! —alguno se retiraba más despacio, parándose de vez en cuando, y volviéndose, con muecas y gestos de amenaza, a Renzo; quien, desde el carro, les respondía agitando los puños en el aire.

—Déjame a mí —le dijo un monato; y arrancando de un cadáver un sucio andrajo, lo anudó aprisa, y cogiéndolo por una de las puntas, lo alzó como una honda hacia aquellos obstinados, e hizo ademán de tirárselo, gritando—: ¡Espera, canalla! —ante aquel gesto, huyeron todos

horrorizados; y Renzo no vio más que espaldas de enemigos, y talones que bailaban rápidamente en el aire a modo de batanes.

Entre los monatos se alzó un grito de triunfo, una cascada procelosa de carcajadas, un —¡Hu!— prolongado, como para acompañar aquella fuga.

—Ja, ja!, ¿ves cómo sabemos proteger a los hombres de bien? —le dijo a Renzo aquel monato: vale más uno de nosotros que cien de esos haraganes.

—Cierto, puedo decir que os debo la vida —respondió Renzo—, y os doy las gracias de todo corazón.

—¿Por qué? —dijo el monato—: tú te lo mereces: se ve que eres un buen muchacho. Haces bien en untar a esa canalla: úntalos, acaba con ellos, que valen algo sólo cuando están muertos; y en pago por la vida que llevamos, nos maldicen, y andan diciendo que, cuando termine la peste, quieren hacernos ahorcar a todos. Antes terminarán ellos que la peste; y los monatos se quedarán solos, cantando victoria, y dándose la gran vida en Milán.

—¡Viva la peste, y muera la gentuza! —exclamó el otro; y, con este hermoso brindis, arrimó la garrafa a la boca, y, sujetándola con ambas manos, entre las sacudidas del carro, echó un buen trago, luego se la tendió a Renzo, diciendo—: Bebe a nuestra salud.

—Os la deseo a todos de corazón —dijo Renzo—, pero no tengo sed; no tengo ninguna gana de beber en este momento.

—Has pasado un buen susto, por lo que veo —dijo el monato—; me pareces un pobre hombre; se necesita otra cara para ser untador.

—Cada cual se las arregla como puede —dijo el otro.

—Pasádmela —dijo uno de los que iba a pie junto al carro—, que también yo quiero echar otro trago, a la salud de su dueño, que se encuentra aquí, en esta buena compañía... ahí, ahí, precisamente, me parece, en ese hermoso carruaje.

Y, con una atroz y endiablada mueca, señalaba el carro delante de aquél donde iba el pobre Renzo. Luego, componiendo en su semblante un gesto de seriedad aún más torvo y canallesco, hizo una reverencia en aquella dirección, y prosiguió—: ¿Permite, señor mío, que un pobre monatucho cate el vino de su bodega? Ya ve, qué vida llevamos: somos los que lo hemos metido en esa carroza, para llevarlo de vacaciones. Y además, a sus señorías el vino en seguida les hace daño: los pobres monatos tienen buen estómago.

Y entre las risotadas de los compañeros, cogió la garrafa, y la levantó: pero, antes de beber, se volvió a Renzo, le clavó los ojos en la cara, y le dijo, con cierto aire de compasión despectiva:

—El diablo con quien has hecho el trato, debe de ser muy joven; porque, si no estábamos allí nosotros para salvarte, buena ayuda te daba él —y entre un nuevo torrente de carcajadas, se arrimó la garrafa a la boca.

—¿Y nosotros?, ¡eh!, ¿y nosotros? —gritaron varias voces desde el carro que iba delante. El bribón, después de trasegar cuanto quiso, tendió, con ambas manos, la gran garrafa a sus compinches, los cuales se la pasaron de uno en otro, hasta que uno, vaciándola, la cogió por el cuello, le dio unos molinetes, y la estrelló contra las baldosas, gritando:

—¡Viva la peste! —tras estas palabras, entonó una soez canción; y en seguida a su voz se unieron las demás de aquel nefando coro. La cantinela infernal, mezclada con el tintineo de las campanillas, con el chirriar de los carros, con el ruido de los cascos de los caballos, resonaba en el vacío silencioso de las calles, y, retumbando en las casas, hacía encogerse amargamente el corazón de los pocos que aún las habitaban.

Pero, ¿qué es lo que no puede a veces venir al pelo?, ¿qué cosa no puede agradar en ciertos casos? El peligro de un momento antes había hecho más que tolerable para Renzo la compañía de aquellos muertos y de aquellos vivos; y ahora fue para sus oídos una música, casi diría, agradable, la que lo libraba del aprieto de una conversación tal. Aún medio jadeante, y todo trastornado, le daba entre tanto, como podía, gracias a la Providencia en su interior, por haber salido de semejante trance, sin recibir daño ni hacerlo; le rogaba que lo ayudase ahora a librarse también de sus libertadores; y por su parte, estaba alerta, los miraba, miraba la calle, para aprovechar la ocasión de escurrirse a la chita callando, sin darles la oportunidad de armar algún alboroto, algún escándalo, que despertase las sospechas de los transeúntes.

De pronto, en una esquina, le pareció reconocer el lugar: miró más atentamente, y estuvo seguro. ¿Sabéis dónde estaba? En la avenida de la puerta Oriental, en aquella calle por la que había llegado despacio, y salido a toda prisa, unos veinte meses antes. Se acordó al instante de que por allí se iba derecho al lazareto; y este hallarse en el buen camino, sin proponérselo, sin preguntar, lo tuvo por un rasgo especial de la Providencia, y por un buen augurio para lo sucesivo. En aquel punto, salía al encuentro de los carros un comisario, gritando a los monatos que se detuvieran, y no sé qué más: el caso es que el convoy se detuvo, y la música se trocó en un ruidoso altercado. Uno de los monatos que iban en el carro de Renzo, saltó al suelo: Renzo le dijo al otro:

—Os doy las gracias por vuestra caridad: que Dios os lo pague—; y al suelo él también, por el otro lado.

—Vete, vete, pobre untadorcillo —respondió aquél—; no serás tú el que despueble Milán.

Afortunadamente, no había allí nadie que pudiera oírlo. El convoy se había detenido a la izquierda de la avenida: Renzo echa a andar aprisa por el otro lado, y, pegado a la pared, aviva el paso hacia el puente; lo cruza, prosigue por la calle del arrabal, reconoce el convento de los capuchinos, está cerca de la puerta, ve asomar la esquina del lazareto, cruza la verja, y se despliega ante sus ojos la escena exterior del recinto: apenas un indicio y una muestra, pero ya una vasta, diferente, indescriptible escena.

A lo largo de los dos lados que se presentan ante la vista de quien se sitúe en aquel punto, había todo un hormigueo; eran enfermos que iban, en grupos, al lazareto; otros que estaban sentados o yacían en los bordes del foso que lo rodea; bien porque las fuerzas no les hubiesen bastado para llegar hasta el interior del refugio o porque, habiendo salido de él por desesperación, les hubiesen faltado igualmente las fuerzas para proseguir. Otros infelices vagaban desbandados, como mentecatos, y no pocos completamente fuera de sí; uno estaba muy acalorado contando sus figuraciones a un desconocido que yacía oprimido por el mal; otro desvariaba: otro miraba aquí y allá con una carita risueña, como si asistiese a un alegre espectáculo. Pero lo más extraño y ruidoso de aquella triste alegría, era un cantar alto y continuo, que no parecía venir de aquella miserable muchedumbre, y sin embargo sobresalía por encima de todas las demás voces: una canción campesina de amor festivo y juguetón, de ésas que llaman *villanelle*; y yendo con la mirada tras el sonido, para descubrir quién podía estar contento, en aquel tiempo, en aquel lugar, se veía a un infeliz que, sentado tranquilamente en el fondo del foso, cantaba a voz en cuello, con la cabeza levantada.

Apenas Renzo había dado unos pasos a lo largo del ala meridional del edificio, cuando se oyó entre aquella multitud un ruido extraordinario, y a lo lejos voces que gritaban: ¡ahí va!, ¡cógelo! Se pone de puntillas, y ve un caballejo que iba a la carrera, espoleado por un más extraño jinete: era un loco furioso que al ver aquel animal suelto y sin guarda junto a un carro, lo había montado en pelo a toda prisa, y, moliéndole el cuello a puñetazos, y haciendo espuelas de los talones, lo arreaba con furia: y monatos detrás, gritando; y todo quedó envuelto en una nube de polvo, que volaba a lo lejos.

Así, ya aturdido y cansado de ver miserias, el joven llegó ante la puerta de aquel lugar donde había reunidas quizá más que las que se hallaban diseminadas por todo el espacio que le había tocado recorrer. Se asoma a

la puerta, entra bajo la bóveda, y se queda un momento inmóvil en medio del pórtico.

CAPÍTULO XXXV

IMAGÍNESE el lector el recinto del lazareto, poblado por dieciséis mil apestados; aquel espacio totalmente abarrotado, en unos lados de cabañas y barracas, en otros de carros, en otros de gente; aquellas dos interminables fugas de pórticos, a derecha e izquierda, llenas, atestadas de enfermos o de cadáveres mezclados con ellos, encima de sacos, o sobre la paja; y por encima de toda aquella inmensa yacija, un hormigueo, una especie de oleaje; y aquí y allá un ir y venir, un pararse, un correr, un agacharse, un levantarse de convalecientes, de frenéticos, de sirvientes. Tal fue el espectáculo que ocupó de golpe la vista de Renzo, y lo clavó allí, abrumado y oprimido. Este espectáculo nosotros no nos proponemos ciertamente describirlo parte por parte, ni el lector lo desea; tan sólo siguiendo a nuestro joven en su penoso recorrido, nos pararemos en sus paradas, y de lo que le tocó ver diremos cuanto sea necesario para contar lo que hizo, y lo que le aconteció.

Desde la puerta donde se había detenido, hasta la capilla del centro, y desde allí hasta la otra puerta de enfrente, había una especie de avenida libre de cabañas y de cualquier otro impedimento estable; y a la segunda ojeada, Renzo vio en ella un ajetreo de carros, un llevarse cosas para hacer sitio; vio a capuchinos y seglares que dirigían aquella operación, y al mismo tiempo echaban a los extraños. Y temiendo también ser echado de esa forma, se metió sin más entre las cabañas, por el lado hacia donde se había vuelto casualmente, a su derecha.

Avanzaba por donde veía sitio para poner el pie, de cabaña en cabaña, asomando la cabeza en cada una, y observando las camas que estaban fuera al aire libre, examinando rostros abatidos por el padecimiento, o contraídos por el espasmo, o inmóviles en la muerte, por si encontraba el que, sin embargo, temía encontrar. Pero ya había andado un buen trecho, y repetido una y otra vez aquel doloroso examen, sin ver ninguna mujer: por lo que imaginó que debían de estar en un lugar separado. Y acertaba; pero de dónde se hallaba, no tenía indicios, ni podía deducirlo. Encontraba de vez en cuando a empleados, tan distintos en el aspecto, los modales y el traje, como diferente y opuesto era el principio que daba a unos y a otros la misma fuerza para vivir en aquellos servicios: en unos, la extinción de todo sentimiento de piedad, en otros, una piedad sobrehumana. Pero ni a unos ni a otros se atrevía a hacerles preguntas, para no meterse tal vez en

un aprieto; y decidió andar y andar hasta llegar a encontrar mujeres. Y mientras andaba no dejaba de espiar a su alrededor; pero de vez en cuando se veía obligado a retirar la mirada contristada, y como deslumbrada por tantas calamidades. Mas, ¿a dónde dirigirla, dónde detenerla, sino en otras calamidades?

El aire mismo y el cielo acrecentaban, si es que algo podía acrecentarlo, el horror de aquellas visiones. La niebla se había espesado poco a poco, y se había amontonado en nubarrones que, oscureciéndose cada vez más, producían la impresión de un anochecer tormentoso; salvo que, hacia el medio de aquel cielo sombrío y bajo, se traslucía, como a través de un tupido velo, la esfera del sol, pálida, que esparcía en torno suyo un resplandor débil y difuminado, y dejaba derramarse un calor muerto y pesado. De vez en cuando, entre el zumbido continuo de aquella confusa multitud, se oía un barbotar de truenos, profundo, como entrecortado, indeciso; y, aguzando el oído, no habríais podido distinguir de dónde venía: o hubierais podido creerlo un correr lejano de carros, que se detuvieran de golpe. No se veía, en los campos circundantes, moverse una rama de árbol, ni un pájaro ir a posarse en ellas, o apartarse: sólo la golondrina, apareciendo súbitamente sobre el tejado del recinto, se deslizaba con las alas extendidas, como para rozar el suelo del campo; pero, espantada por aquel hormigueo, volvía a subir rápidamente, y huía. Era uno de esos momentos en los que, entre una compañía de viandantes, no hay uno sólo que rompa el silencio; y el cazador camina pensativo, con la mirada clavada en el suelo; y la aldeana, cavando con su azada en el campo, deja de cantar, sin darse cuenta; de esos momentos mensajeros de tormenta, en los que la naturaleza, como inmota por fuerza, y agitada por un trabajo interior, parece oprimir a todo ser vivo, y añadir no se qué pesadez a toda operación, al ocio, a la existencia misma. Pero en aquel lugar destinado de por sí al sufrir y al morir, se veía al hombre ya en manos de la enfermedad, sucumbir a la nueva opresión; se veía a cientos y cientos empeorar velozmente; y al mismo tiempo, la última lucha era más afanosa, y con el aumento de los dolores, los gemidos más sofocados: quizá por aquel lugar de miserias no había pasado aún una hora tan cruel como ésta.

Ya hacía un buen rato que el joven daba vueltas, y sin fruto, por aquel laberinto de cabañas, cuando, entre la variedad de los lamentos y la confusión de los murmullos, empezó a distinguir una mezcla singular de vagidos y balidos; hasta que llegó a una empalizada astillada y destartalada, de cuyo interior venía aquel sonido extraordinario. Pegó un ojo a una ancha rendija, entre dos tablas, y vio un recinto con cabañas

diseminadas dentro, y, tanto en ellas, como en el pequeño campo, no la acostumbrada enfermería, sino niñitos yaciendo en colchonetas, o en almohadones, o en sábanas extendidas, o en edredones; y nodrizas y otras mujeres atareadas; y lo que más que nada atraía y hacía detener la mirada, cabras mezcladas con ellas, y convertidas en sus ayudantes: un hospital de inocentes, cual el lugar y el tiempo podían darlo. Era, digo, cosa singular ver algunas de aquellas bestias, en pie y quietas sobre este o aquel niño, darles de mamar; y alguna otra acudir a un vagido, como con sentido maternal, y pararse junto al pequeño alumno, y procurar colocarse encima de él, y balar, y agitarse, como llamando a alguien para que acudiese en ayuda de ambos.

Aquí y allá estaban sentadas nodrizas con niños al pecho; algunas con tal actitud de amor, como para hacer dudar al espectador si habían llegado a aquel lugar atraídas por la paga, o por esa caridad espontánea que va en busca de las necesidades y los dolores. Una de ellas, muy acongojada, apartaba de su pecho exhausto a un pobrecillo sollozante, e iba buscando tristemente el animal que pudiese sustituirla. Otra miraba con ojos complacidos al que se había quedado dormido en su pecho, y después de besarlo tiernamente, iba a una cabaña a depositarlo sobre un colchoncito. Pero una tercera, abandonando su pecho al lactante ajeno, con cierto aire, no de descuido, sino de preocupación, miraba fijamente al cielo: ¿en qué pensaba con aquella actitud, con aquella mirada, sino en uno nacido de sus entrañas, que, quizá, poco antes había mamado a aquel pecho, que quizá había expirado sobre él? Otras mujeres más ancianas se ocupaban de otras tareas.

Una acudía a los gritos de un niño hambriento, lo cogía y lo llevaba al lado de una cabra que pacía en un montón de hierba fresca, y se lo ponía en la ubre, riñendo al inexperto animal y acariciándolo a la vez, para que se prestase dulcemente a su oficio. Ésta cogía a un pobrecillo, al que una cabra muy ocupada en amamantar a otro, pisaba con una pata: aquélla llevaba de acá para allá a uno suyo, acunándolo, tratando, ora de dormirlo con el canto, ora de calmarlo con dulces palabras, llamándolo por un nombre que ella misma le había puesto. Llegó en ese instante un capuchino de barba blanquísima, llevando dos niños que chillaban, uno en cada brazo, recién cogidos junto a sus madres muertas; y una mujer corrió a recibirlos, y buscaba con la mirada entre el grupo y el rebaño, para encontrar en seguida quien hiciera las veces de madre.

Más de una vez el joven, empujado por el que era el primero y más fuerte de sus pensamientos, se había apartado de la rendija para irse; y luego había vuelto a pegar el ojo, para mirar todavía un momento.

Apartándose finalmente de allí, fue bordeando la empalizada, hasta que un puñado de cabañas adosadas a ella lo obligó a dar la vuelta. Siguió entonces a lo largo de las cabañas, con la intención de llegar de nuevo a la empalizada, ir hasta el final de ésta, y descubrir nuevas tierras. En esto, mientras miraba hacia delante, para estudiar el camino, una aparición repentina, pasajera, instantánea, hirió su mirada, y sobresaltó su ánimo. Vio a unos cien pasos de distancia, pasar y perderse al punto entre los barracones a un capuchino, un capuchino que, aunque tan de lejos y tan fugazmente, tenía todo el modo de andar, todo el porte, todo el aspecto del padre Cristóforo. Con el ansia que podéis imaginaros, corrió hacia allí; y empezó a dar vueltas, buscando, adelante, atrás, dentro, fuera, por aquellos recovecos, hasta que volvió a ver, con igual júbilo, aquella silueta, a aquel mismo fraile; lo vio a poca distancia mientras, apartándose de una caldera, iba, con una escudilla en la mano, hacia una cabaña; luego lo vio sentarse en la puerta de ésta, hacer la señal de la cruz sobre la escudilla que tenía delante; y, mirando a su alrededor, como quien está siempre alerta, ponerse a comer. Era realmente el padre Cristóforo.

Cuya historia, desde el punto en que lo hemos perdido de vista, hasta este encuentro, contaremos en dos palabras. No se había movido nunca de Rímini, ni había pensado en moverse, hasta que la peste declarada en Milán le ofreció la ocasión de lo que siempre había deseado tanto, dar su vida por el prójimo. Rogó, con grandes instancias, que lo llamasen, para asistir y servir a los apestados. El conde tío había muerto; y por lo demás había más necesidad de enfermeros que de políticos: así que fue escuchado sin dificultad. Vino en seguida a Milán; entró en el lazareto; y llevaba allí unos tres meses.

Pero la alegría de Renzo al encontrar a su buen fraile, no fue completa ni siquiera un momento: en el instante mismo de comprobar que era él, hubo de advertir cuán cambiado estaba. El andar encorvado y cansino; el rostro demacrado y macilento; y en todo se veía una naturaleza exhausta, una carne decrépita y fláccida, que se ayudaba y se sostenía, a cada momento, con un esfuerzo del ánimo.

También él fijaba su mirada en el joven que venía a su encuentro y que, con el gesto, no atreviéndose con la voz, trataba de hacerse notar y reconocer.

—¡Oh, padre Cristóforo! —dijo luego, cuando estuvo tan cerca como para poder ser oído sin alzar la voz.

—¡Tú aquí! —dijo el fraile, dejando en el suelo la escudilla, y poniéndose en pie.

—¿Cómo está, padre?, ¿cómo está?

—Mejor que tantos pobrecillos que ves aquí —respondió el fraile: y su voz era débil, sorda, mudada como todo el resto. Sólo sus ojos eran los de antes, y con un no sé qué de más vivo y espléndido; como si la caridad, sublimada en el extremo de su obra, y exultante de sentirse cercana a su principio, infundiese un fuego más ardiente y más puro que el que la enfermedad iba extinguido poco a poco.

—Pero tú —proseguía—, ¿cómo es que estás aquí?, ¿por qué vienes así a arrostrar la peste?

—La he tenido, gracias a Dios. Vengo... a buscar a ... Lucía.

—¡Lucía!, ¿está aquí Lucía?

—Está aquí: al menos espero en Dios que esté todavía.

—¿Es tu mujer?

—¡Ay, querido padre!, no, no es mi mujer. ¿No sabe todo lo que ha ocurrido?

—No, hijo mío: desde que Dios me alejó de vosotros, no he vuelto a saber nada; pero ahora que él te manda a mí, digo la verdad, deseo mucho saberlo. Pero... ¿y el bando?

—Entonces, ¿sabe las cosas que me han hecho?

—¿Pero, tú qué hiciste?

—Mire, padre: si dijera que tuve buen juicio, aquel día en Milán, mentiría; pero malas acciones, no cometí ninguna.

—Te creo, y lo creía también antes.

—Entonces, ahora le podré contar todo.

—Espera —dijo el fraile; y dando unos pasos fuera de la cabaña, llamó—: ¡Padre Vittore! —al cabo de unos momentos, apareció un joven capuchino, a quien dijo—: Hacedme la caridad, padre Vittore, de atender por mí a estos pobrecillos nuestros, mientras estoy retirado; pero si alguien quisiera verme, llamadme. ¡Especialmente ése! Si diera la más mínima señal de volver en sí, avisadme al instante, por caridad.

—No lo dudéis —respondió el joven; y el viejo, volviendo junto a Renzo—. Entremos aquí —le dijo—. Pero... —añadió en seguida, deteniéndose— tú me pareces realmente agotado: debes tener necesidad de comer.

—Es verdad —dijo Renzo—, ahora que vuestra merced me hace pensar en ello, recuerdo que estoy todavía en ayunas.

—Espera —dijo el fraile; y, cogiendo otra escudilla, fue a llenarla a la caldera; volviendo, se la dio, con una cuchara, a Renzo; lo hizo sentarse sobre un jergón que le servía de cama; luego fue a un barril que había en un rincón, y llenó un vaso de vino, que puso en una mesita, delante del convidado; volvió a coger su escudilla, y se sentó a su lado.

—¡Oh, padre Cristóforo! —dijo Renzo—, ¿vuestra merced ha de hacer esas cosas? Siempre será el mismo. Le doy las gracias de todo corazón.

—No me lo agradezcas a mí —dijo al fraile—: es la comida de los pobres; pero también tú eres un pobre en este momento. Ahora dime lo que no sé, háblame de esa pobrecilla nuestra; y trata de darte prisa; pues hay poco tiempo y mucho que hacer, como ves.

Renzo empezó a contar, entre cucharada y cucharada, la historia de Lucía: cómo había sido acogida en el monasterio de Monza, cómo raptada... Ante la imagen de tales sufrimentos, y de tales peligros, ante la idea de haber sido él quien había dirigido a aquel lugar a la pobre inocente, el buen fraile se quedó sin aliento; pero lo recobró al punto, al oír que había sido milagrosamente liberada, devuelta a su madre, y colocada por ésta en casa de doña Prassede.

—Ahora le contaré lo mío —prosiguió Renzo; y relató brevemente la jornada de Milán; y cómo siempre había estado lejos de casa, y ahora, al andar todo revuelto, se había arriesgado a volver; cómo no había encontrado a Agnese; cómo en Milán había sabido que Lucía estaba en el lazareto—. Y aquí estoy —concluyó—, estoy aquí, para buscarla, para ver si está viva, y si... me quiere todavía... porque... a lo mejor...

—Pero —preguntó el fraile—, ¿tienes algún indicio de dónde la han metido, cuándo llegó?

—Nada, querido padre; nada, salvo que está aquí, si es que está, ¡que Dios lo quiera!

—¡Oh, pobrecillo!, pero, ¿qué indagaciones has hecho aquí hasta ahora?

—He dado vueltas y más vueltas; pero, entre otras cosas, casi no he visto más que hombres. He pensado que las mujeres deben de estar en un sitio aparte, pero nunca he conseguido llegar a él: si es así, ahora me lo enseñará vuestra merced.

—¿No sabes, hijo, que a los hombres les está prohibido entrar allí como no sea por algún trabajo?

—Bueno, ¿y qué me puede pasar?

—La regla es justa y santa, hijo querido; y si la cantidad y la gravedad de las desgracias no permite que se pueda observar con todo rigor, ¿es razón para que un hombre de bien la infrinja?

—Pero, ¡padre Cristóforo! —dijo Renzo— Lucía debía ser mi mujer; vuestra merced sabe cómo nos han separado; hace veinte meses que sufro, y tengo paciencia; he venido hasta aquí, corriendo muchos riesgos, a cada cual peor, y ahora...

—No sé qué decir —prosiguió el fraile, respondiendo más bien a sus pensamientos que a las palabras del joven—: tú vas con buena intención;

y quisiera Dios que todos los que tienen libre acceso a ese lugar, se comportasen como puedo confiar que harás tú. Dios, que sin duda bendice esta perseverancia de tu afecto, esta fidelidad tuya en amar y buscar a la que Él te ha dado; Dios, que es más riguroso que los hombres, pero más indulgente, no irá a mirar lo que puede haber de irregular en este modo tuyo de buscarla. Recuerda sólo, que de tu conducta en ese lugar, deberemos rendir cuentas los dos; a los hombres probablemente no, pero a Dios, sin duda. Ven aquí —al decir esto, se levantó, y con él Renzo; el cual, sin dejar de escuchar sus palabras, había tomado para sus adentros el acuerdo de no hablar, como había pensado al principio, de aquella promesa de Lucía. «Si oye también eso», había pensado, «seguro que me pone otras dificultades. O la encuentro; y siempre tendremos tiempo para hablar de ello; o... ¡y entonces!, ¿de qué sirve?».

Llevándolo a la puerta de la cabaña, que daba al norte, el fraile prosiguió:

—Escucha; nuestro padre Felice, que es el presidente del lazarero, lleva hoy a hacer la cuarentena en otro lugar a los pocos que han sanado. ¿Ves esa iglesia allá en el medio...? —y levantado la mano descarnada y temblorosa, señalaba a su izquierda en el aire opaco la cúpula de la capilla, que sobresalía por encima de las miserables tiendas; y continuó—: Allí se están reuniendo ahora, para salir en procesión por la puerta por la que tú debes de haber entrado.

—¡Ah!, entonces por eso estaban trabajando para despejar el camino.

—Precisamente: y también habrás oído algún toque de esa campana.

—He oído uno.

—Era el segundo: al tercero, estarán todos reunidos: el padre Felice les dirigirá un pequeño discurso; y luego marchará con ellos. Tú, al oír ese toque, vete allí; trata de ponerte detrás de esa gente, a un lado del camino, donde, sin molestar, ni llamar la atención, puedas verlos pasar; y mira... mira... si está allí. Si Dios no ha querido que esté; aquella parte —y alzó de nuevo la mano, señalando el ala del edificio que tenía enfrente—, aquella parte del edificio, y una parte del terreno que hay delante, es la destinada a las mujeres. Verás una empalizada que separa este pabellón de aquél, pero en ciertos lugares cortada, en otros abierta, de modo que no encontrarás dificultad para entrar. Una vez dentro, no haciendo nada que infunda sospechas, nadie te dirá nada probablemente. Pero, si te pusieran algún obstáculo, di que el padre Cristóforo de *** te conoce y responderá por ti. Búscala allí; búscala con confianza y... con resignación. Porque, recuerda que no es poco lo que has venido a buscar aquí: ¡pides una persona viva en el lazareto! ¡Sabes cuántas veces he visto renovarse este

pobre pueblo mío! ¡A cuántos he visto llevarse! ¡cuán pocos salir!... Ve preparado a hacer un sacrificio.

—Ya. También yo me doy cuenta —interrumpió revolviendo los ojos, y alterándosele todo el rostro—; ¡me doy cuenta! Voy: miraré, buscaré, en un sitio, en otro, y luego aún, por todo el lazareto, de punta a punta... ¡y si no la encuentro!...

—¿Si no la encuentras? —dijo el fraile, con un aire de seriedad y de expectativa, y con una mirada admonitoria.

Pero, Renzo a quien la rabia nuevamente despertada por la idea de aquella duda, le había hecho perder el tino, repitió y prosiguió:

—Si no la encuentro, veré de encontrar a algún otro. O en Milán, o en su maldito palacio, o en el fin del mundo, o en el mismo infierno, encontraré a ese canalla, que nos ha separado; a ese bribón, que si no hubiera sido por él, Lucía ya sería mía desde hace veinte meses; y si estábamos destinados a morir, al menos habríamos muerto juntos. Si vive todavía ese hombre, lo encontraré...

—¡Renzo! —dijo el fraile, aferrándolo por un brazo, y mirándolo aún más severamente.

—Y si lo encuentro —continuó Renzo, completamente cegado por la cólera—, si la peste no ha hecho ya justicia... No son ya tiempos en que un haragán, con sus bravos en torno, pueda llevar a la gente a la desesperación, y reírse de ella: ha llegado el tiempo de que los hombres se encuentren cara a cara: y... ¡la haré yo la justicia!

—¡Desdichado! —gritó el padre Cristóforo, con una voz que había recobrado toda su antigua plenitud y sonoridad—, ¡desdichado! —y su cabeza doblada sobre el pecho se había levantado; sus mejillas se coloreaban con la antigua vida; y el fuego de sus ojos tenía no sé qué de terrible—. ¡Mira, desdichado! —y mientras con una mano apretaba y sacudía con fuerza el brazo de Renzo, giraba la otra ante sí, señalando lo más que podía de la dolorosa escena circundante—. ¡Mira quién es el que castiga! ¡El que juzga, y no es juzgado! ¡El que flagela y no perdona! ¡Pero tú, gusano de la tierra, tú quieres hacer justicia!, ¡tú lo sabes, lo sabes tú qué es la justicia! ¡Ve, desdichado, vete! Yo esperaba... sí, he esperado que, antes de mi muerte, Dios me daría el consuelo de saber que mi pobre Lucía estaba viva; quizá de verla, y oírle prometerme que dirigiría una plegaria allá, a la fosa donde estaré. Ve, tú me has quitado mi esperanza. Dios no la ha dejado en la tierra para ti; y tú, ciertamente, no osarás creerte digno de que Dios piense en consolarte. Habrá pensado en ella, porque ella es una de esas almas a quienes les están reservados los consuelos eternos. ¡Ve!, ya no tengo tiempo de escucharte.

Y diciendo esto, apartó de sí el brazo de Renzo, y se encaminó hacia una cabaña de enfermos.

—¡Ah, padre! —dijo Renzo, yendo tras él con ademán suplicante—, ¿quiere echarme de esta manera?

—¡Cómo! —prosiguió con voz no menos severa, el capuchino—. ¿Osarías tú pretender que le robase mi tiempo a esos afligidos, que esperan que yo les hable del perdón de Dios, para escuchar tus voces de rabia, tus propósitos de venganza? Te he escuchado cuando pedías consuelo y ayuda; he dejado la caridad por la caridad; pero ahora tú tienes la venganza en el corazón: ¿qué quieres de mí!, vete. He visto morir aquí a ofendidos que perdonaban; a ofensores que gemían por no poderse humillar ante el ofendido; he llorado con unos y con otros; pero contigo, ¿qué he de hacer?

—¡Ah, le perdono!, ¡le perdono de veras, le perdono para siempre! —exclamó el joven.

—¡Renzo! —dijo, con una seriedad más sosegada, el fraile —piénsalo; y dime cuántas veces lo has perdonado.

Y, estando un rato sin recibir respuesta, de repente bajó la cabeza, y con voz sorda y lenta, prosiguió:

—Tú sabes por qué llevo yo este hábito.

Renzo vacilaba.

—¡Lo sabes! —dijo el anciano.

—Lo sé —respondió Renzo.

—He odiado también yo, que te he reprendido por un pensamiento, por una palabra; al hombre que odiaba de todo corazón, que odiaba hacía mucho tiempo, yo lo maté.

—Sí, pero un prepotente, uno de esos...

—¡Calla! —interrumpió el fraile—. ¿Crees tú que si hubiese una buena razón, no la hubiera encontrado yo en treinta años? ¡Ah!, si yo pudiera ahora meter en tu corazón el sentimiento que luego he tenido siempre, y que sigo teniendo, por el hombre a quien odiaba ¡Si yo pudiera! ¿Yo?, pero Dios lo puede: ¡que Él lo haga!... Escucha, Renzo: Él te ama más de lo que te amas tú mismo: tú has podido urdir la venganza: pero Él tiene bastante fuerza y bastante misericordia para impedírtela; te concede una gracia de la que algún otro era demasiado indigno. Tú sabes, lo has dicho mucha veces, que Él puede detener la mano de un prepotente; pues sabe también que puede detener la de un vengativo. Y porque eres pobre, porque te han ofendido, ¿crees que Él no puede defender contra ti a un hombre que ha creado a su imagen y semejanza? ¿Crees que iba a dejarte hacer todo lo que quisieras? ¡No!, pero, ¿sabes tú lo que puedes hacer? Puedes odiar, y

perderte; puedes, con un sentimiento tuyo, alejar de ti toda bendición. Porque, como quiera que te fueran las cosas, cualquiera que fuese tu fortuna, ten por seguro que todo será un castigo mientras no hayas perdonado de manera que nunca puedas volver a decir: lo perdono.

—Sí, sí —dijo Renzo, muy conmovido, y confuso—; comprendo que nunca le había perdonado de veras; comprendo que he hablado como un animal, y no como un cristiano: y ahora, con la gracia del Señor, sí, le perdono de verdad de todo corazón.

—¿Y si lo vieras?

—Rogaría al Señor que me diese paciencia a mí, y que a él le tocara el corazón.

—¿Recordarías que el Señor no nos ha dicho que perdonemos a nuestros enemigos, sino que nos ha dicho que los amemos? ¿Recordarías que Él lo ha amado hasta el punto de morir por él?

—Sí, con su ayuda.

—Pues bien, ven conmigo. Has dicho: lo encontraré; lo encontrarás. Ven, y verás contra quién podías sentir odio, a quién podías desear el mal, hacérselo tú, de qué vida querías erigirte en dueño.

Y, cogiendo la mano de Renzo, y apretándosela como hubiera podido hacerlo un joven sano, echó a andar. El otro, sin atreverse a preguntar nada más, fue tras él.

Después de unos pocos pasos, el fraile se detuvo a la entrada de una cabaña, clavó sus ojos en el rostro de Renzo, con una mezcla de gravedad y de ternura; y lo condujo adentro.

Lo primero que se veía al entrar, era un enfermo sentado en la paja, en el fondo; un enfermo, sin embargo, no grave, y que, antes bien, podía parecer próximo a la convalecencia: el cual, viendo al padre, meneó la cabeza, como para decir que no: el padre agachó la suya, con un gesto de tristeza y resignación. Renzo, mientras tanto, girando, con una curiosidad inquieta, su mirada por los otros objetos, vio a tres o cuatro enfermos, distinguió a uno, a un lado sobre una colcha, envuelto en una sábana, con una capa señorial encima, a modo de manta: lo miró fijamente, reconoció a don Rodrigo, y dio un paso atrás; pero el fraile, haciéndole sentir de nuevo fuertemente la mano con que lo asía, lo llevó a los pies del camastro, y, extendiendo sobre él la otra mano, señalaba con el dedo al hombre que allí yacía.

Estaba el infeliz inmóvil; abiertos de par en par los ojos, pero sin mirada; pálido el rostro y cubierto de manchas negras; negros e hinchados los labios: se hubiera dicho el rostro de un cadáver, si una contracción violenta no hubiera dado prueba de una vida tenaz. El pecho se alzaba de vez en

cuando, con una respiración afanosa; la diestra, fuera de la capa, lo apretaba cerca del corazón, con una crispación afilada de los dedos, lívidos todos, y en la punta negros.

— ¡Ya lo ves! —dijo el fraile, con voz baja y grave—. Puede ser castigo, puede ser misericordia. El sentimiento que experimentarás ahora por este hombre que te ha ofendido, sí; el mismo sentimiento, ese Dios, a quien también tú has ofendido, lo experimentará por ti en ese día. Bendícelo, y serás bendecido. Hace cuatro días que está aquí, como lo ves, sin dar señales de conocimiento. Quizá el señor esté dispuesto a concederle una hora de arrepentimiento; pero quería que tú se lo pidieses: quizá desee que tú se lo pidas con esa inocente; quizá reserva la gracia sólo para tu plegaria, para la plegaria de un corazón afligido y resignado. ¡Quizá la salvación de ese hombre y la tuya depende ahora de ti, de un sentimiento tuyo de perdón, de compasión... ¡de amor! Bendícelo y serás bendecido. Hace cuatro días que está aquí, como lo ves, sin dar señales de conocimiento.

Calló; y juntando las manos, inclinó el rostro sobre ellas, y rezó; Renzo hizo lo mismo.

Llevaban unos momentos en aquella postura, cuando se oyó una campanada. Se alzaron ambos, como de mutuo acuerdo; y salieron. Ni el uno hizo preguntas, ni el otro protestas: sus rostros hablaron por ellos.

—Ve ahora —prosiguió el fraile—, ve preparado, tanto para recibir una gracia, como para hacer un sacrificio; para alabar a Dios, cualquiera que sea el resultado de tu búsqueda. Y sea cual sea, ven a decírmelo; lo alabaremos juntos.

Entonces, sin decir nada más, se separaron; uno volvió al sitio de donde había venido; el otro se encaminó hacia la capilla, que no distaba más de cien pasos.

CAPITULO XXXVI

¿QUIÉN le hubiera dicho a Renzo, unas horas antes, que, en lo más recio de semejante búsqueda, al comenzar los momentos más inciertos y decisivos, su corazón iba a estar dividido entre Lucía y don Rodrigo? Y sin embargo, así era: aquella figura venía a mezclarse con todas las imágenes queridas o terribles que la esperanza o el temor le presentaban sucesivamente en aquel trayecto; las palabras oídas al pie de aquel camastro, se metían entre los «sí» y los «no», entre los que se debatía su mente; y no podía terminar una oración por el feliz resultado de la gran

prueba, sin añadirle la que había empezado allí, y que el toque de la campana había interrumpido.

La capilla octogonal, que se alza sobre unos escalones, en el centro del lazareto, estaba, en su construcción primitiva, abierta por todos los lados, sin otro sostén que pilastras y columnas; edificio, por así decirlo, perforado: en cada fachada, un arco entre dos intercolumnios; en el interior un pórtico giraba en torno a lo que podía más propiamente llamarse iglesia, compuesta sólo por ocho arcos, correspondientes a los de las fachadas, y encima, una cúpula; de manera que el altar erigido en el centro, podía ser visto desde cualquier punto del área. Ahora, adaptado el edificio para un uso muy distinto, los huecos de las fachadas están tapiados; pero la antigua armazón, conservada intacta, indica claramente el antiguo estado, el antiguo destino de aquél.

Apenas había echado a andar Renzo, cuando vio aparecer al padre Felice en el pórtico de la capilla, asomarse al arco central del lado que mira a la ciudad; ante el cual estaba congregada la comitiva, al pie de las gradas, en la calle central; y en seguida, por su actitud, comprendió que había comenzado su sermón.

Dio un rodeo por aquellas callejas, para llegar a la cola del auditorio, como le habían sugerido. Una vez allí, se quedó muy quieto, lo recorrió todo con la mirada; pero desde allí no veía sino una espesura, casi diría un empedrado de cabezas. En el medio había cierto número cubiertas con pañuelos o con velos: en aquella parte fijó con mayor atención sus ojos; pero, no logrando descubrir nada más, los levantó él también hacia donde todos tenían clavados los suyos. Se quedó impresionado y conmovido por la venerable figura del predicador; y, con la atención que podía quedarle en tal momento de expectativa, oyó esta parte del solemne discurso.

—Dediquémosles un pensamiento a los miles y miles que han salido por ahí —y, con el dedo levantado por encima del hombro, señalaba a sus espaldas la puerta que da al cementerio llamado de san Gregorio, el cual era entonces todo él prácticamente una gran fosa—; demos una mirada a nuestro alrededor a los miles y miles que aquí quedan, demasiado inseguros de por dónde saldrán; démonos una mirada a nosotros, tan pocos, que salimos salvos. ¡Bendito sea el Señor! ¡Bendito en su justicia, bendito en su misericordia!, ¡bendito en la muerte, bendito en la salud!, ¡bendito en esta elección que ha querido hacer con nosotros! ¡Oh!, ¿para qué lo ha querido, hijos míos, sino para reservarse un pequeño pueblo corregido por la aflicción, y enfervorizado por la gratitud?, ¿sino a fin de que, sintiendo ahora más vivamente, que la vida es un don suyo, la tengamos en la estima que merece como una cosa dada por El, la

empleemos en las obras que pueden ofrecérsele a Él?, ¿sino a fin de que el recuerdo de nuestros padecimientos nos vuelva compasivos y caritativos para con nuestro prójimo? Entre tanto, éstos, en cuya compañía hemos penado, esperado, temido; entre los cuales dejamos amigos, parientes; y que son todos al cabo nuestros hermanos, aquellos que nos verán pasar en medio de ellos, mientras acaso reciban algún alivio pensando que alguien, a pesar de todo, sale vivo de aquí, que queden edificados con nuestra actitud. No quiera Dios que puedan ver en nosotros una alegría ruidosa, una alegría mundana por haber escapado a esa muerte, con la cual ellos están aún luchando. Que vean que partimos dando gracias por nosotros, y rogando por ellos; y que puedan decir: también fuera de aquí, éstos se acordarán de nosotros, seguirán rezando por nosotros, míseros. Iniciemos con este viaje, con los primeros pasos que vamos a dar, una vida de caridad. Los que hayan recobrado su antiguo vigor que presten su brazo fraterno a los débiles; jóvenes, sostened a los viejos; vosotros que os habéis quedado sin hijos, mirad a vuestro alrededor, ¡cuántos hijos sin padre!, ¡sedlo para ellos! y esta caridad redimiendo vuestros pecados, suavizará también vuestros dolores.

Aquí un sordo murmullo de gemidos, un sollozo que iba creciendo entre la concurrencia, se interrumpió de pronto, al ver al predicador echarse una cuerda al cuello, y postrarse de hinojos: y había un gran silencio esperando lo que iba a decir.

—Para mí —dijo—, y para todos mis compañeros, que, sin ningún mérito, hemos sido elegidos para el alto privilegio de servir a Cristo en vosotros; yo os pido humildemente perdón si no hemos desempeñado dignamente tan gran ministerio. Si la pereza, si la indocilidad de la carne nos han hecho menos atentos a vuestras necesidades, menos solícitos a vuestras llamadas; si una injusta impaciencia, si un culpable fastidio nos ha hecho alguna vez presentarnos ante vosotros con un rostro hastiado o severo; si alguna vez el miserable pensamiento de que vosotros nos necesitabais, nos ha llevado a trataros sin toda la humildad que convenía, si nuestra fragilidad nos ha hecho incurrir en alguna acción que os haya causado escándalo; ¡perdonadnos! Así os perdone Dios a todos vuestras deudas, y os bendiga —y, haciendo sobre el auditorio una gran señal de la cruz, se levantó.

Nosotros hemos podido referir, si no las palabras exactas, sí al menos el sentido, el argumento de las que pronunció en realidad; pero la forma en que fueron dichas no es algo que se pueda describir. Era la manera de un hombre que llamaba privilegio el de servir a los apestados, porque lo tenía por tal; que confesaba no haber correspondido dignamente; que pedía

perdón porque estaba persuadido de necesitarlo. Pero la gente que había visto a su alrededor a aquellos capuchinos ocupados únicamente en atenderlos, y que a tantos había visto morir, y al que hablaba en nombre de todos, siempre el primero en el trabajo, así como en la autoridad, salvo cuando se había hallado también él en punto de muerte, imaginaos con qué sollozos, con qué lágrimas respondió a tales palabras. El admirable fraile cogió luego una gran cruz que estaba apoyada en una pilastra, la enarboló ante él, dejó en el borde del pórtico exterior las sandalias, bajó los peldaños, y, entre la muchedumbre que respetuosamente le abrió paso, echó a andar para ponerse a su cabeza.

Renzo, con los ojos llenos de lágrimas, ni más ni menos que si hubiera sido uno de aquellos a quienes se pedía aquel singular perdón, se retiró también, y fue a ponerse al lado de una cabaña; y allí se quedó esperando, semioculto, con el cuerpo metido y la cabeza fuera, con los ojos abiertos de par en par, con el corazón palpitante, pero a la vez con cierta nueva y particular confianza, nacida, creo yo, de la ternura que le había inspirado el sermón, y el espectáculo de la ternura general.

Y he aquí que llega el padre Felice, descalzo, con la cuerda al cuello, con aquella larga y pesada cruz levantada; pálido y demacrado el rostro, un rostro que exhalaba a la vez compunción y valor; con paso lento, pero resuelto, como de quien tan sólo piensa en no fatigar a la debilidad ajena; y en todo como un hombre a quien un exceso de trabajos y privaciones le diese fuerzas para soportar los muchos necesarios e inseparables de su cargo. Inmediatamente detrás de él venían los chiquillos más mayorcitos, descalzos en gran parte, muy pocos completamente vestidos, alguno incluso en camisa. Venían luego las mujeres, llevando casi todas de la mano a una niña, y cantando alternativamente el Miserere; y el débil sonido de aquellas voces, la palidez y laxitud de aquellos rostros eran tales como para inundar de compasión el ánimo de cualquiera que se hubiera encontrado allí como simple espectador. Pero Renzo miraba, examinaba, fila por fila, rostro por rostro, sin descuidar ninguno; pues la procesión marchaba tan despacio que le daba toda la comodidad para hacerlo. Pasa y pasa; mira y mira; siempre inútilmente: echaba alguna ojeada veloz a las filas que aún quedaban atrás: ya son pocas; estamos en la última; han pasado todas; todos fueron rostros desconocidos. Con los brazos caídos, y la cabeza doblada sobre un hombro, acompañó con los ojos aquel batallón, mientras pasaba ante él el de los hombres. Una nueva atención, una nueva esperanza le nació al ver, tras éstos, aparecer algunos carros, donde iban los convalecientes que aún no estaban en condiciones de andar. Allí las mujeres iban las últimas; y el cortejo marchaba tan despacio

que Renzo pudo igualmente examinarlas a todas, sin dejarse escapar una sola. Pero ¡quiá! Examina el primer carro, el segundo, el tercero, y así sucesivamente, siempre con el mismo resultado, hasta uno, tras el que no venía más que otro capuchino, con un aspecto serio, y un bastón en la mano, como regulador de la comitiva. Era aquel padre Michele de quien dijimos que había sido dado como compañero de gobierno al padre Felice.

Así se desvaneció del todo aquella querida esperanza; y, marchándose no sólo se llevó consigo el consuelo que había traído, sino que, como ocurre la mayoría de las veces, lo dejó en peor estado que antes. Ya, lo mejor que podía ocurrir, era hallar a Lucía enferma. Sin embargo, cuando el ardor de una esperanza presente dio paso al temor acrecentado, el pobrecillo se aferró con todas las fuerzas de su ánimo a aquel triste y débil hilo; entró en la crujía, y se dirigió al lado de donde había venido la procesión. Cuando estuvo al pie de la capilla, fue a arrodillarse en el último escalón; allí dirigió a Dios una plegaria, o, mejor dicho, un revoltijo de palabras embarulladas, de frases interrumpidas, de exclamaciones, de súplicas, de lamentos, de promesas: uno de esos discursos que no se hacen a los hombres, porque no tienen bastante penetración para entenderlos, ni paciencia para escucharlos; no son lo bastante grandes como para sentir compasión sin desprecio. Se levantó un tanto reanimado; rodeó la capilla; se encontró en la otra crujía que no había visto aún, y que daba a la otra puerta; tras unos pocos pasos, vio la empalizada de la que le había hablado el fraile, pero cortada aquí y allá, tal como el padre le había dicho; entró por uno de aquellos huecos, y se encontró en el pabellón de las mujeres. Casi al primer paso que dio, vio en el suelo una campanilla, de las que los monatos llevaban al pie; se le ocurrió que tal instrumento podía servirle de pasaporte allí dentro; la cogió, miró si alguien lo veía y se la ató como ellos solían. Y al punto se puso a la búsqueda, aquella búsqueda, que, ya sólo por la cantidad de los objetos habría sido atrozmente penosa, aun cuando los objetos hubieran sido muy otros; empezó a recorrer con la vista, mejor dicho, a contemplar nuevas miserias, muy semejantes en parte a las ya encontradas, en parte muy distintas: pues, bajo la misma calamidad, había aquí otro sufrir, por así decirlo, otro languidecer, otro lamentarse, otro soportar, otro compadecerse y ayudarse mutuamente; había, en quien lo miraba, otra piedad y otro asco.

Ya había recorrido no sé cuánto camino, sin fruto y sin incidentes; cuando oyó a sus espaldas un —¡Eh!— una llamada que parecía dirigida a él. Se volvió y vio, a cierta distancia, a un comisario, que alzó una mano, señalándole en efecto a él, y gritando:

—Allí, en las habitaciones, que hace falta ayuda: aquí ya hemos terminado ahora de limpiar.

Renzo comprendió en seguida por quién lo tomaban, y que la campanilla era la causa del malentendido; se llamó animal por haber pensado sólo en los inconvenientes que aquel distintivo podía evitarle, y no en los que le podía acarrear; pero pensó al mismo tiempo en el modo de desembarazarse en seguida de aquél. Le hizo repetidamente y aprisa un gesto con la cabeza, como diciendo que había entendido, y que obedecía; y se quitó de su vista, metiéndose entre unas cabañas.

Cuando le pareció que estaba lo bastante lejos, pensó también en liberarse de la causa del escándalo; y, para realizar esa operación sin ser observado, fue a meterse en un pequeño espacio entre dos cabañas que se daban, por así decirlo, la espalda. Se agacha para quitarse la campanilla, y estando así con la cabeza apoyada en la pared de paja de una de las cabañas, llega a su oído desde ésta una voz... ¡Oh, cielos!, ¿es posible? Toda su alma está en ese oído: la respiración en suspenso... ¡Sí, sí!, ¡es esa voz!... —¿Miedo de qué? —decía aquella voz suave—: hemos pasado algo peor que una tormenta. Quien nos ha protegido hasta ahora, nos protegerá también en adelante.

Si Renzo no lanzó un grito, no fue por miedo a descubrirse, fue porque no tuvo aliento para ello. Se le doblaron las rodillas, se le nubló la vista; pero fue el primer momento; al segundo, estaba de pie, más despierto, más vigoroso que antes, en dos zancadas dio la vuelta a a la cabaña, llegó a la puerta, vio a la que había hablado, la vio levantada, inclinada sobre un lecho. Se vuelve ella al oír el ruido; mira, cree tener visiones, estar soñando; mira con más atención, y grita:

—¡Oh, Señor bendito!

—¡Lucía!, ¡os he encontrado!, ¡os encuentro!, ¡sois de verdad vos!, ¡estáis viva! —exclamó Renzo, adelantándose, todo tembloroso.

—¡Oh, Señor bendito! —replicó, aún más tembolorosa, Lucía—: ¿Vos?, ¡qué es esto!, ¿de qué manera?, ¿por qué? ¡La peste!

—La he tenido. ¿Y vos...?

—¡Ah!... también yo. ¿Y mi madre...?

—No la he visto, porque está en Pasturo; pero creo que está bien. Pero vos... ¡qué pálida estáis todavía!, ¡qué débil parecéis! ¿Curada, estáis curada, verdad?

—El Señor me ha querido dejar todavía aquí abajo. ¡Ay, Renzo!, ¿por qué estáis vos aquí?

—¿Por qué? —dijo Renzo acercándosele cada vez más—, ¿me preguntáis por qué? ¿Por qué tenía que venir? ¿Necesitáis que os lo diga?

¿En quién tengo yo que pensar? ¿Es que no me llamo ya Renzo, yo? ¿No sois ya Lucía, vos?

—¡Ah, qué decís!, ¡qué decís! ¿Pero no os mandó escribir mi madre...?

—Sí: por desgracia me mandó escribir. ¡Bonitas cosas para escribírselas a un pobre desgraciado, atribulado, vagabundo, a un joven, que, al menos, malas acciones nunca os hizo!

—¡Pero, Renzo!, ¡Renzo!, si ya sabíais..., ¿por qué venir?, ¿por qué?

—¿Por qué venir? ¡Oh, Lucía!, ¿por qué venir, me decís? ¡Después de tantas promesas! ¿No somos ya los mismos de antes? ¿Ya no os acordáis?, ¿qué es lo que nos faltaba?

—¡Oh, Señor! —exclamó dolorosamente Lucía, juntando las manos y alzando los ojos al cielo—: ¡Por qué no me habéis concedido la gracia de llevarme con Vos...! ¡Oh, Renzo!, ¿qué es lo que habéis hecho? Yo que empezaba a esperar que... con el tiempo... me olvidaría...

—¡Bonita esperanza!, ¡bonitas cosas para decírmelas en la cara!

—¡Ah, qué habéis hecho! ¡Y en este lugar!, ¡entre estas miserias, entre estos espectáculos!, ¡aquí donde no se hace más que morir!, ¡habéis podido...!

—Los que mueren, hay que rezar por ellos al Señor, y esperar que vayan a buen lugar; pero no es justo que por eso los que viven tengan que vivir desesperados...

—¡Pero Renzo!, ¡Renzo!, vos no pensáis lo que decís. ¡Una promesa a la Virgen!... ¡Un voto!

—Y yo os digo que son promesas que no valen nada.

—¡Oh, Señor! ¿Qué decís? ¿Dónde habéis estado en todo este tiempo? ¿Con quién habéis tratado? ¿Cómo habláis?

—Hablo como un buen cristiano; y de la Virgen pienso yo mejor que vos; porque creo que no quiere promesas en perjuicio del prójimo. Si la Virgen hubiera hablado, ¡ah, entonces! Pero, ¿qué ha sido?, una idea vuestra. ¿Sabéis lo que debéis prometerle a la Virgen? Prometedle que a la primera hija que tengamos, le pondremos de nombre María: que eso estoy yo aquí también para prometérselo: ésas son cosas que honran mucho más a la Virgen: ésas son devociones de más provecho, y que no hacen daño a nadie.

—No, no; no digáis eso: no sabéis lo que decís: vos no sabéis lo que es hacer un voto: no os habéis encontrado en aquel trance: no habéis sentido... ¡Marchaos, marchaos, por amor del cielo! Y se apartó impetuosamente de él, volviendo junto al lecho.

—¡Lucía! —dijo Renzo, sin moverse—, decidme por lo menos; decidme: si no fuese por esa razón... ¿seríais la misma para mí?

—¡Hombre sin corazón! —respondió Lucía, volviéndose, y conteniendo a duras penas las lágrimas—. Cuando me hubierais hecho decir palabras inútiles, palabras que me harían daño, palabras que quizá serían pecado, ¿estaríais satisfecho? ¡Marchaos, oh, marchaos! Olvidaos de mí: ¡se ve que no era nuestro destino! Nos veremos allá arriba: ya no vamos a estar mucho tiempo en este mundo. Marchaos; tratad de hacer saber a mi madre que estoy curada, que también aquí Dios me ha ayudado siempre, que he encontrado a un alma bondadosa, a esta buena mujer, que me hace de madre; decidle que espero que ella se libre de este mal, y que nos volveremos a ver cuando Dios quiera, y como quiera... Marchaos, por amor del cielo, y no penséis en mí... salvo cuando le recéis al Señor.

Y, como quien no tiene más que decir, ni quiere oír nada más, como quien desea sustraerse a un peligro, se arrimó aún más a la cama, donde estaba la mujer de la que había hablado.

—¡Escuchad, Lucía, escuchad! —dijo Renzo, aunque sin acercarse más.

—No, no; marchaos, ¡por caridad! —Escuchad: el padre Cristóforo...

—¿Qué?

—Está aquí.

—¿Aquí?, ¿dónde? ¿Cómo lo sabéis?

—Le he hablado hace poco; he estado un rato con él: y un religioso de su talla, me parece...

—¡Está aquí!, para asistir a los pobres apestados, seguro. Pero, ¿él?, ¿ha tenido la peste?

—¡Ah, Lucía!, me temo, me temo, por desgracia... —y mientras Renzo vacilaba así en pronunciar una palabra dolorosa para él, y que debía serlo tanto para Lucía, ésta se había apartado de nuevo de la cama, y se le acercaba—, ¡me temo que la tiene ahora!

—¡Oh, pobre santo! Pero, ¿qué digo?, ¿pobre, él? ¡Pobres de nosotros! ¿Cómo está?, ¿está en la cama?, ¿es atendido?

—Está levantado, anda por ahí, atiende a los demás; pero si lo vierais, ¡qué color tiene, cómo se tiene en pie! ¡Uno ha visto a tantos y tantos, que desgraciadamente... no se equivoca!

—¡Oh, pobres de nosotros! ¡Y está de verdad aquí!

—Aquí, y no muy lejos: poco más que de vuestra casa a la mía... si os acordáis...!

—¡Oh, Virgen Santísima!

—Bueno, poco más. ¡Y figuraos si hemos hablado de vos! Me ha dicho unas cosas... ¡Y si supierais lo que me ha enseñado! Ya lo sabréis; pero ahora quiero empezar por deciros, lo que me dijo primero, él, con su propia boca. Me ha dicho que hacía bien en venir a buscaros, y que al Señor le

gusta que un joven se porte así, y que me ayudaría a encontraros; como ha sido verdad: claro, que es un santo. ¡Conque, ya veis!

—Pero, si ha hablado así, es porque él no sabe...

—¿Qué queréis que sepa él de las cosas que habéis hecho vos por vuestra cuenta y riesgo, sin reglas ni consejo de nadie? A un hombre bueno, a un hombre sensato como él, no se le ocurre pensar una cosa así. Pero, ¡lo que me ha enseñado! —y aquí contó la visita hecha a aquella cabaña; Lucía, aunque sus sentidos y su ánimo, en aquella residencia, habían debido acostumbrarse a las impresiones más fuertes, estaba oprimida por el horror y la compasión.

—Y también allí —prosiguió Renzo—, ha hablado como un santo: ha dicho que quizá el Señor tenga destinado concederle la gracia a ese infeliz... (ahora ya no podría realmente darle otro nombre)... que espera a llevárselo en un buen punto; pero quiere que nosotros recemos juntos por él... ¡Juntos!, ¿habéis entendido?

—Sí, sí; rezaremos, cada cual donde el Señor nos ponga: las oraciones las sabe unir El.

—Pero, ¡si os digo sus palabras...!

—Pero Renzo, él no sabe...

—¿Pero no entendéis que, cuando es un santo quien habla, es el Señor quien le hace hablar?, ¿y que no habría hablado así, si no debiera ser realmente así?... ¿Y el alma de ese pobrecillo? Yo he rezado, sí, y rezaré por él: he rezado de corazón, lo mismo que si hubiera sido por un hermano mío. Pero, ¿cómo queréis que esté en el otro mundo, el pobrecillo, si aquí no se arregla esto, si no se deshace el mal que él hizo? Si en cambio vos entráis en razón, entonces todo vuelve a ser como antes: lo pasado, pasado: él ha hecho su penitencia aquí...

—No, Renzo, no: el Señor no quiere que obremos mal para hacer Él su misericordia. Dejadlo obrar a Él en esto: nuestro deber es rezarle. Entonces, si yo hubiese muerto aquella noche, ¿no habría podido perdonarlo? Y si no he muerto, si he sido liberada...

—Y vuestra madre, la pobre Agnese, que me ha querido siempre tanto, y que se moría de ganas de vernos marido y mujer, ¿no os ha dicho también ella que es una idea equivocada? Ella, que otras veces os ha hecho entrar en razón, porque, en ciertas cosas, ve más claro que vos...

—¡Mi madre!, ¡creéis que mi madre iba a aconsejarme que faltase a un voto! Pero, ¡Renzo! no estáis en vuestro juicio.

—¡Oh!, ¿sabéis lo que os digo? Que las mujeres no podéis entender esas cosas. El padre Cristóforo me ha dicho que volviese a verle para contarle si os había encontrado. Voy; veremos lo que él diga...

—Sí, sí; id a ver a ese santo; decidle que rezo por él, y que rece por mí, ¡que lo necesito tanto, tanto! Pero, por amor del cielo, por vuestra alma, por mi alma, no volváis aquí, a hacerme daño, a... tentarme. El padre Cristóforo, él sabrá explicaros las cosas, y haceros recobrar el juicio; él os hará resignaros.

—¡Resignarme! ¡Oh!, eso, quitáoslo de la cabeza. Ya me habéis mandado escribir esa fea palabra; y sólo yo sé lo que me hizo sufrir; y ahora tenéis también entrañas para decírmelo. Pues yo en cambio os digo bien claro que no me resignaré. Vos queréis olvidaros de mí; y yo no quiero olvidarme de vos. Y os prometo, ya veis, que si me hacéis perder el juicio, no lo recobro nunca más. ¡Al diablo el oficio, al diablo la buena conducta! Queréis condenarme a estar rabiando toda la vida; pues rabiando viviré... ¡Y ese desgraciado! El Señor sabe que le he perdonado de corazón; pero vos... ¿Queréis entonces hacerme pensar toda la vida que si no hubiera sido por él...? ¡Lucía!, habéis dicho que os olvide: ¡que os olvide yo! ¿Cómo tengo que hacer? ¿En quién creéis que pensaba todo este tiempo?... ¡Y después de tantas cosas!, ¡después de tantas promesas! ¿Qué os he hecho yo, desde que nos separamos?, ¿porque he sufrido, me tratáis así?, ¿porque me han ocurrido desgracias?, ¿porque la gente del mundo me ha perseguido?, ¿porque he pasado tanto tiempo fuera de casa, triste, lejos de vos?, ¿porque, en el primer momento que he podido, he venido a buscaros?

Lucía, cuando el llanto le permitió articular palabra, exclamó, juntando de nuevo las manos, y alzando al cielo los ojos arrasados:

—¡Oh, Virgen santísima, ayudadme vos! Vos sabéis que, desde aquella noche, nunca pasé por un momento como éste. Me habéis socorrido entonces; ¡socorredme también ahora!

—Sí, Lucía; hacéis bien en invocar a la Virgen; pero, ¿por qué os empeñáis en creer que a ella, que es tan buena, la madre de las misericordias, puede gustarle hacernos sufrir... a mí por lo menos... por una palabra que se os escapó en un momento en que no sabíais lo que decíais? ¿Queréis creer que os ha ayudado entonces, para dejarnos luego enredados?... Si resulta que esto es una excusa; si lo que pasa es que me habéis cogido odio... decídmelo... hablad claro.

—Por piedad, Renzo, por piedad, por vuestros pobres muertos, acabad; no me hagáis morir... No sería un buen momento. Id a ver al padre Cristóforo, encomendadme a él, no volváis aquí, no volváis aquí.

—Voy; pero, ¡figuraos si no vuelvo! Volvería aunque estuviese en el fin del mundo, claro que volveré —y desapareció.

Lucía fue a sentarse, o más bien se dejó caer en el suelo, junto a la cama; y, apoyando en ella la cabeza, siguió llorando desconsoladamente. La mujer, que desde el principio había estado con los ojos y los oídos bien abiertos, sin rechistar, preguntó qué era aquella aparición, aquella disputa, éste llanto. Pero puede que el lector pregunte por su parte quién era ella; y, para satisfacerlo, no harán falta, tampoco ahora, demasiadas palabras.

Era una acomodada comerciante, de unos treinta años. En el espacio de pocos días, había visto morir en su casa a su marido y a todos sus hijos: al cabo de poco tiempo, atacada por la peste también ella, había sido trasladada al lazareto, y puesta en aquella cabaña, en el momento en que Lucía, después de haber superado, sin darse cuenta, la violencia del mal, y cambiado, sin darse cuenta tampoco, varias veces de compañera, empezaba a recobrarse y a volver en sí; pues, desde el comienzo de la enfermedad, hallándose aún en casa de don Ferrante, se había quedado como insensata. La cabaña podía contener sólo a dos personas: y entre estas dos, afligidas, desamparadas, espantadas, solas entre tanta multitud, había nacido pronto una intimidad, un afecto, que apenas habría podido surgir tras una larga convivencia. En poco tiempo Lucía había estado en condiciones de poder ayudar a la otra, que se había encontrado gravísima. Ahora que también ella se hallaba fuera de peligro, se hacían compañía y se daban ánimos y protección mutuamente; se habían prometido no salir del lazareto, sino juntas; y habían tomado otros acuerdos para no separarse tampoco después. La comerciante que, habiendo dejado bajo la custodia de un hermano suyo, comisario de Sanidad, la casa, el almacén y la caja, todo bien provisto, iba a encontrarse sola y triste, dueña de mucho más de lo que necesitaba para vivir desahogadamente, quería llevarse a Lucía consigo, como una hija o una hermana. Lucía había accedido, imaginaos con qué gratitud hacia ella, y hacia la Providencia; pero sólo hasta que pudiese tener noticias de su madre, y conocer, como esperaba, la voluntad de ésta. Por lo demás, reservada como era, ni de la promesa de casamiento, ni de sus otras extraordinarias aventuras, le había dicho nunca una palabra. Pero ahora, en aquella gran agitación de afectos, sentía por lo menos tanta necesidad de desahogarse, como la otra deseos de escuchar. Y, estrechando entre sus manos la diestra de ella, se puso en seguida a responder a su pregunta, sin más freno que el que le imponían los sollozos.

Renzo, mientras tanto, corría hacia el pabellón del buen fraile. Poniendo un poco de cuidado, y no sin tener que desandar algún que otro trecho, consiguió finalmente llegar. Encontró la cabaña; a él no lo encontró; pero rondando y buscando por los alrededores, lo vio en una barraca, que,

agachado sobre el suelo, y casi de bruces, estaba confortando a un moribundo. Se quedó parado, esperando en silencio. Poco después, lo vio cerrar los ojos de aquel pobrecillo, luego ponerse de rodillas, orar un momento, y levantarse. Entonces se movió, y fue a su encuentro.

—¡Oh! —dijo el fraile, al verlo llegar—. ¿Y bien?

—Está: ¡la he encontrado!

—¿En qué estado?

—Curada, o por lo menos levantada.

—¡Alabado sea el Señor!

—Pero... —dijo Renzo, cuando estuvo lo bastante cerca como para poder hablar en voz baja—, hay otro enredo.

—¿Qué ocurre?

—Quiero decir que... Ya sabe vuestra merced lo buena que es esa pobre muchacha; pero a veces es un poco obstinada en sus ideas. Después de tantas promesas, después de todo lo que sabe vuestra merced, ahora dice que no puede casarse conmigo, porque dice, ¿qué sé yo?, que en aquella noche del miedo, se le calentó la cabeza, y, como quien dice, se consagró a la Virgen. Cosas sin sentido, ¿no es cierto? Cosas buenas, si se tiene ciencia y fundamento para hacerlas, pero para nosotros, gente sencilla, que no sabemos bien cómo tienen que hacerse... ¿verdad que son cosas que no valen?

—Dime: ¿está muy lejos de aquí?

—Oh no: unos pasos al otro lado de la iglesia.

—Espérame aquí un momento —dijo el fraile—, y luego iremos juntos.

—Quiere decir que vuestra merced le hará comprender...

—No sé nada, hijo mío; tengo que oírla a ella.

—Entiendo —dijo Renzo, y se quedó con los ojos clavados en el suelo, y con los brazos cruzados sobre el pecho, rumiando su incertidumbre, que seguía intacta. El fraile fue de nuevo en busca del padre Vittore, le rogó que lo sustituyera otra vez, entró en su cabaña, salió de ella con la espuerta en el brazo, volvió junto a Renzo, le dijo:

—Vamos— y echó a andar delante de él, dirigiéndose hacia aquella cabaña, donde, poco antes, habían entrado juntos. Esta vez, entró solo y un momento después reapareció, y dijo:

—¡Nada! Recemos; recemos —luego añadió—: Ahora, guíame tú.

Y sin decir nada más, echaron a andar.

El tiempo se había ido oscureciendo cada vez más, y anunciaba ya, segura y no lejana, la tormenta. Repetidos relámpagos rompían la creciente oscuridad, e iluminaban con una claridad instantánea los larguísimos tejados y los arcos de los pórticos, la cúpula de la capilla, las

bajas lomeras de las cabañas; y los truenos estallando con repentino estruendo, corrían retumbando de un extremo a otro del cielo. Marchaba delante el joven, atento al camino, con una gran impaciencia por llegar, y sin embargo reteniendo el paso, para acomodarlo a las fuerzas de su compañero; el cual, cansado por las fatigas, agravado por el mal, oprimido por el bochorno, caminaba penosamente, alzando de cuando en cuando al cielo la cara demacrada, como en busca de un aire más libre.

Renzo, al ver la cabaña, se detuvo, se volvió hacia atrás, dijo con voz temblorosa:

—Es aquí.

Entran...

—¡Aquí están! —exclama la mujer del lecho. Lucía se vuelve, se levanta precipitadamente, va hacia el anciano, gritando—: ¡Oh, a quién veo! ¡Oh, padre Cristóforo!

—¡Y bien, Lucía!, ¡de cuántas angustias os ha librado el Señor! Tenéis que estar muy contenta por haber esperado siempre en Él.

—¡Oh, sí! Pero, ¿y vuestra merced, padre? ¡Pobre de mí, qué cambiado está! ¿Cómo se encuentra?, diga: ¿cómo se encuentra?

—Como Dios quiere, y como, con su gracia, quiero también yo —respondió con rostro sereno, el fraile. Y, llevándola a un lado, añadió—: Escuchad: yo no puedo quedarme aquí más que unos momentos. ¿Estáis dispuesta a confiaros a mí, como otras veces?

—¡Oh!, ¿no es vuestra merced siempre mi padre?

—Hija mía, decidme, pues; ¿qué es ese voto del que me ha hablado Renzo?

—Es un voto que le hice a la Virgen... ¡oh!, ¡en una gran turbación!... de no casarme.

—¡Pobrecita! Pero, ¿habéis pensado entonces, que estabais ligada por una promesa?

—¡Tratándose del Señor y de la Virgen!... no pensé en ello.

—Al Señor, hija mía, le agradan los sacrificios, las ofrendas, cuando los hacemos de lo nuestro. Es el corazón lo que quiere, es la voluntad: pero vos no podíais ofrecerle la voluntad de otro, con quien ya estabais obligada.

—¿He hecho mal?

—No, pobrecita, no penséis eso: al contrario, yo creo que a la Virgen santa le habrá agradado la intención de vuestro corazón afligido, y se la habrá ofrecido a Dios por vos. Pero decidme; ¿no le habéis pedido a nadie consejo sobre esto?

—Yo no pensaba que estuviese mal, como para tener que confesarme de ello: y el poco bien que se puede hacer, ya se sabe que no hay que contarlo.

—¿No tenéis ningún otro motivo que os impida mantener la promesa que le habéis hecho a Renzo?

—En cuanto a eso... por mí... ¿qué motivo...? No podría decir... respondió Lucía, con una vacilación que indicaba todo menos incertidumbre en su pensamiento; y su rostro, aún descolorido por la enfermedad, se encendió de repente con el más vivo rubor.

—¿Creéis vos —prosiguió el anciano, bajando los ojos— que Dios le ha dado a su Iglesia la autoridad de atar y desatar, según redunde en mayor bien, las deudas y las obligaciones que los hombres pueden haber contraído con El?

—Sí, lo creo.

—Sabed pues, que nosotros a quienes se nos ha encomendado el cuidado de las almas en este lugar, tenemos para todos cuantos recurren a nosotros, las más amplias facultades de la Iglesia; y que, por consiguiente, yo puedo, si vos lo pedís, dispensaros de la obligación, fuere cual fuere, que podáis haber contraído a causa de ese voto.

—Pero, ¿no es pecado volverse atrás, arrepentirse de una promesa hecha a la Virgen? Yo entonces la hice de todo corazón... —dijo Lucía violentamente agitada por el asalto, conviene admitirlo, de tan inesperada esperanza, y por la opuesta aparición de un terror fortalecido por todos los pensamientos que, desde hacía tanto tiempo, eran la principal ocupación de su ánimo.

—¿Pecado, hija mía? —dijo el padre—, ¿pecado recurrir a la Iglesia, y pedirle a su ministro que haga uso de la autoridad que de ella ha recibido, y que ella ha recibido de Dios? Yo he visto de qué modo vosotros dos habéis sido conducidos a uniros; y ciertamente, si alguna vez me pareció que dos estaban unidos por Dios, éstos erais vosotros: ahora no veo por qué Dios debería quereros separados. Y lo bendigo por haberme dado, indigno como soy, el poder de hablar en su nombre, y de devolveros vuestra palabra. Y si vos me pedís que os declare libre de ese voto, no dudaré en hacerlo; es más, deseo que me lo pidáis.

—¡Entonces..., entonces...!, lo pido —dijo Lucía, con un rostro turbado ya sólo por el pudor.

El fraile llamó con un gesto al joven, el cual estaba en el rincón más alejado, mirando (ya que no podía hacer otra cosa) con los ojos muy fijos, el diálogo que tanto lo interesaba; y , cuando estuvo allí, dijo, en voz más alta, a Lucía:

—Con la autoridad que me viene de la Iglesia, os declaro libre del voto de virginidad, anulando lo que pudo haber en él de inconsiderado, y liberándoos de toda obligación que pudierais haber contraído.

Imagínese el lector cómo sonarían en el oído de Renzo aquellas palabras. Dio vivamente las gracias con los ojos a quien las había pronunciado; y buscó en seguida, aunque en vano, los de Lucía.

—Volved con seguridad y con paz, a los pensamientos de antes —siguió diciendo el capuchino—, pedidle de nuevo al Señor las gracias que le pedíais, para ser una santa esposa, y confiad en que os las concederá más abundantes, después de tantas penalidades. Y tú —dijo, volviéndose a Renzo—, recuerda, hijo mío, que si la Iglesia te devuelve a esta compañera, no lo hace para procurarte una alegría temporal y mundana, la cual, por completa que pudiese ser, y sin mezcla de ningún disgusto, debería terminar en un gran dolor, en el momento de separaros; sino que lo hace para encaminaros a ambos por la senda de la alegría que no tiene fin. Amaos como compañeros de viaje, con este pensamiento de tener que separaros, y con la esperanza de reuniros de nuevo para siempre. Dad gracias al cielo que os ha conducido a este estado, no por medio de alegrías turbulentas y pasajeras, sino entre los trabajos y las miserias, para disponeros a una alegría recogida y serena. Si Dios os concede hijos, tened como mira criarlos para El, inculcarles el amor por El y por todos los hombres; y entonces los guiaréis bien en todo lo demás. ¡Lucía!, ¿os ha dicho —y señalaba a Renzo— a quién ha visto aquí?

—¡Oh, padre, me lo ha dicho!

—¡Rezaréis por él! No os canséis de hacerlo. ¡Y también rezaréis por mí!... ¡Hijos míos!, quiero que tengáis un recuerdo de este pobre fraile —y entonces sacó de la espuerta una caja de una madera ordinaria, pero tallada y pulida con cierto primor capuchinesco; y prosiguió—: Aquí dentro está el resto de aquel pan... el primero que pedí por caridad; ¡ese pan del que habéis oído hablar! Os lo dejo a vosotros: conservadlo; enseñádselo a vuestros hijos. Vendrán a un triste mundo, y en tristes tiempos, en medio de los soberbios y los provocadores: decidles que perdonen siempre, ¡siempre!, todo, ¡todo!, ¡y que recen, también ellos, por este pobre fraile!

Y le tendió la caja a Lucía, que la cogió con respeto, como se haría con una reliquia. Luego, con voz más tranquila, prosiguió:

—Ahora decidme; ¿qué apoyos tenéis en Milán? ¿Dónde pensáis ir a vivir, cuando salgáis de aquí? ¿Y quién os llevará con vuestra madre, a quien Dios quiera haber conservado la salud?

—Esta buena señora me hace mientras tanto de madre: las dos saldremos de aquí juntas, y luego ella se ocupará de todo.

—Dios la bendiga —dijo el fraile, acercándose al lecho.

—También yo le agradezco a vuestra merced —dijo la viuda— el consuelo que ha dado a estas pobres criaturas; aunque me había hecho a la idea de tener siempre conmigo a esta querida Lucía. Pero la tendré mientras tanto; la acompañaré yo a su pueblo, se la entregaré a su madre; y —añadió luego en voz baja— quiero darle yo el ajuar. Tengo demasiadas cosas; ¡y de los que debían disfrutarlas conmigo, ya no me queda nadie!

—Así —respondió el fraile— vuestra merced puede hacer un gran sacrificio al Señor, y el bien al prójimo. No le recomiendo a esta joven: ya veo que es como suya: no queda ya sino alabar al Señor, que sabe mostrarse padre también en medio de los azotes, y que, al hacer que se encontraran, ha dado una muestra tan clara de amor a una y otra. ¡Ea! —prosiguió luego, volviéndose a Renzo, y asiéndolo de la mano—, nosotros dos ya no tenemos nada que hacer aquí: y hemos estado incluso demasiado. Vamos.

—¡Oh, padre! —dijo Lucía—, ¿volveré a verle? Yo estoy curada, yo, que no hago ningún bien en este mundo; ¡y vuestra merced...!

—Hace ya mucho tiempo —respondió con tono serio y dulce el anciano— que le pido al Señor una gracia, y muy grande: terminar mis días al servicio del prójimo. Si quisiera concedérmela ahora, necesito que todos los que sienten caridad por mí, me ayuden a darle gracias. Ea; dadle a Renzo vuestros encargos para vuestra madre.

—Contadle lo que habéis visto —le dijo Lucía a su novio—: que he encontrado aquí otra madre, que iré con ella lo antes posible, y que espero, espero encontrarla sana.

—Si necesitáis dinero —dijo Renzo—, aquí tengo todo lo que me habéis mandado, y...

—No, no —interrumpió la viuda—; ya tengo yo demasiado.

—Vamos— replicó el fraile.

—¡Hasta pronto, Lucía...!, y también, vuestra merced, buena señora —dijo Renzo, no encontrando palabras para expresar lo que sentía.

—¡Quién sabe si el Señor nos concederá la gracia de volver a vernos todos otra vez! —exclamó Lucía.

—Que el Señor sea siempre con vosotras, y os bendiga —dijo a las dos compañeras fray Cristóforo; y salió con Renzo de la cabaña.

Faltaba poco para la noche, y el tiempo parecía cada vez más próximo a resolverse. El capuchino ofreció de nuevo al joven darle cobijo por aquella noche en su barraca.— Compañía, no podré hacerte —añadió—, pero podrás estar a cubierto.

Pero Renzo sentía un hormiguillo por marchar; y no tenía interés en quedarse más tiempo allí, en semejante lugar, cuando no podía aprovecharle para ver a Lucía, y ni siquiera habría podido estar un poco con el buen fraile. En cuanto a la hora y el tiempo, puede decirse que noche y día, sol y lluvia, céfiro y cierzo, eran lo mismo para él en ese momento. Le dio, pues, las gracias al fraile, diciendo que quería ir lo antes posible en busca de Agnese.

Cuando llegaron a la avenida central, el fraile le estrechó la mano, y dijo:

—Si encuentras, ¡Dios lo quiera!, a esa buena Agnese, salúdala también de mi parte; a ella, y a todos los que quedan, y se acuerdan de fray Cristóforo, diles que recen por él. Que Dios te acompañe, y te bendiga siempre.

—¡Oh, querido padre...!, ¿nos volveremos a ver?, ¿nos volveremos a ver?

—Allá arriba, espero —y con estas palabras, se separó de Renzo; el cual, después de quedarse un poco mirándolo, hasta que lo hubo perdido de vista, se dirigió aprisa hacia la puerta, echando a derecha e izquierda las últimas ojeadas de compasión a aquel lugar de dolores. Había un movimiento extraordinario, un correr de monatos, un transportar objetos, un acomodar las cortinas de las barracas, un arrastrarse de convalecientes hasta ellas y hasta los pórticos, para guarecerse de la tormenta inminente.

CAPÍTULO XXXVII

APENAS, en efecto, Renzo hubo cruzado el umbral del lazareto y torcido a la derecha para hallar el sendero por el que había desembocado aquella mañana al pie de la muralla, empezó como una granizada de goterones ralos e impetuosos, que, chocando y rebotando contra el suelo blanco y árido, levantaban una fina polvareda; en un momento se hicieron abundantes; y antes de llegar al sendero, llovía a raudales. Renzo, en lugar de inquietarse por ello, disfrutaba de lo lindo, gozaba con aquel refrescamiento, con aquel susurro, con aquel rebullir de las hierbas y las hojas, tembolorosas, goteantes, reverdecidas, relucientes; lanzaba unos suspiros amplios y plenos; en aquella resolución de la naturaleza sentía más libre y vivamente lo que se había producido en su destino.

Pero, cuánto más franca y completa habría sido esta sensación, si Renzo hubiera podido adivinar lo que se vio pocos días después: que aquel agua se llevaba consigo el contagio; que, después de ella, el lazareto, si bien no en condiciones de restituir a los vivos todos los vivos que contenía, al menos ya no habría engullido casi a otros; que, al cabo de una semana, se verían de nuevo abiertas puertas y tiendas, y casi no se hablaría ya de

cuarentena; y de la peste no quedaría sino algún pequeño residuo aquí y allá; ese rastro que semejante azote dejaba siempre tras sí durante algún tiempo.

Iba, pues, nuestro viajero alegremente, sin haber planeado ni a dónde ni cómo, ni cuándo, ni si tendría dónde pasar la noche, ansioso sólo por seguir adelante, por llegar pronto a su pueblo, por encontrar con quién hablar, a quién contárselo, sobre todo por poder ponerse pronto en camino hacia Pasturo, en busca de Agnese. Iba con la mente toda revuelta por las cosas de aquel día; pero bajo las miserias, los horrores, los peligros, salía a flote siempre un pensamiento: la he encontrado; está curada; ¡es mía! Y entonces daba una zapateta y así lanzaba una rociada a su alrededor, como un perro de lanas saliendo del agua; a veces se contentaba con un restregón de manos; y adelante, con más ardor que antes. Al mirar el camino, recogía, por así decirlo, los pensamientos que había dejado en él por la mañana y el día antes, a la ida: y con más gusto precisamente aquellos que entonces más había tratado de apartar. Las dudas, las dificultades, encontrarla, encontrarla viva, ¡entre tantos muertos y moribundos! «Y la he encontrado viva», concluía. Volvía con el pensamiento a las circunstancia más terribles de aquella jornada; se figuraba con aquel aldabón en la mano: ¿estará o no estará?, y una respuesta tan poco alegre; y sin tener siquiera el tiempo de digerirla, aquella furia de locos bribones sobre él; ¡y aquel lazareto, aquel mar!, ¡vete a encontrarla allí!, ¡y haberla encontrado! Retornaba al momento en que había acabado de pasar la procesión de convalecientes: ¡qué momento!, ¡qué angustia no encontrarla allí!; y ahora ya no le importaba nada. ¡Y aquel pabellón de las mujeres! Y allí, detrás de aquella cabaña, cuando menos se lo esperaba, ¡aquella voz, aquella misma voz! ¡Y verla, verla levantada! Pero, ¡quiá!, quedaba todavía aquel nudo del voto, y más apretado que nunca. Deshecho también éste. Y aquel odio contra don Rodrigo, aquel reconcomio continuo que exacerbaba todas las desdichas, y envenenaba todos los consuelos, desaparecido también. De tal modo que no hubiera sabido imaginar un contento más vivo, de no haber sido la incertidumbre por Agnese, el triste presentimiento acerca del padre Cristóforo, y el encontrarse aún en medio de la peste.

Llegó a Sesto al anochecer; y no parecía que el agua fuera a parar. Pero, sintiéndose más en forma que nunca, y con tantas dificultades para encontrar alojamiento, y así de empapado, no pensó ni siquiera en ello. Lo único que le molestaba, era un gran apetito; porque una alegría como aquélla le habría hecho digerir mucho más que la poca sopa del capuchino. Miró por si encontraba también aquí una panadería: vio una, le

dieron dos panes con las pinzas, y las demás ceremonias. Uno al bolsillo, el otro a la boca, y adelante.

Cuando pasó por Monza, era ya noche cerrada: no obstante consiguió encontrar la puerta que daba al camino justo. Pero salvo esto, que a decir verdad era un gran mérito, podéis imaginaros cómo sería aquel camino, y cómo fue volviéndose a cada momento. Encajonado (como lo estaban todos; y debemos de haberlo dicho en otro lugar) entre dos ribazos, casi un lecho de río, a aquellas horas se lo habría podido llamar, si no un río, sí una verdadera acequia; y de vez en cuando hoyos, de los que costaba Dios y ayuda sacar los pies, por no hablar de los zapatos. Pero Renzo salía como podía, sin gestos de impaciencia, sin malas palabras, sin arrepentimientos; pensando que cada paso, por mucho que costase, lo llevaba hacia adelante, y que el agua pararía cuando Dios quisiera, y que, a su debido tiempo, despuntaría el día, y que el camino que recorría mientras tanto, entonces ya estaría andado.

Y diré también que no pensaba en ello sino cuando realmente no podía evitarlo. Eran éstas, distracciones; el gran trabajo de su mente era rehacer la historia de los tristes años pasados: tantos embrollos, tantas vicisitudes, tantos momentos en los que había estado a punto de perder hasta la esperanza, y darlo todo por acabado; y contraponerle la imaginación de un porvenir tan distinto: la llegada de Lucía, la boda, poner casa, contarse las peripecias pasadas, y toda la vida.

Cómo se las arreglaba cuando encontraba dos caminos, si la poca práctica que tenía, con aquella poca vislumbre, fue lo que lo ayudó a encontrar siempre el bueno, o si lo adivinó siempre al azar, no sabría decíroslo; pues él mismo, que solía contar su historia con todo lujo de detalles, más bien alargándola que no (y todo hace pensar que nuestro anónimo se la había oído contar a él más de una vez), él mismo, en este punto, decía que, de aquella noche se acordaba sólo como si la hubiera pasado en la cama soñando. El caso es que, hacia el final de ésta, se encontró a orillas del Adda.

Nunca había escampado; pero, en cierto momento, el diluvio se había convertido en lluvia, y luego en una llovizna fina, fina, suave, igual: las nubes altas y ralas extendían un velo ininterrumpido, pero ligero y diáfano; y la luz del crepúsculo permitió a Renzo ver el país a su alrededor. Dentro estaba su aldea; y lo que sintió, ante aquella vista, no se podría explicar. No sé deciros sino que aquellos montes, aquel Resegone cercano, el territorio de Lecco, eran ya como algo suyo. Se echó una ojeada también a sí mismo, y se encontró un poco raro, como, a decir verdad, según se sentía, imaginaba que debía de parecer: arrugada y pegada al cuerpo la

ropa: de la cabeza a la cintura, un puro aguazal, una gotera; de la cintura a la punta de los pies, cieno y barro: las partes donde no lo había, se habrían podido llamar salpicaduras y cazcarrias. Y si se hubiera visto todo entero en un espejo, con el ala del sombrero floja y caída, y el pelo lacio y pegado a la cara, se habría hecho aún más impresión. En cuanto a cansado, puede que lo estuviese, pero él no se enteraba: y el fresquito del alba unido al de la noche y a aquel buen baño, no le producía más que una energía, y unas ganas de ir más deprisa.

Está en Pescate; bordea el último tramo del Adda, no sin echar una ojeada melancólica a Pescarénico; pasa el puente; por caminos y campos, llega en un momento a la casa del huésped amigo. Este que acababa de levantarse, y estaba en la puerta, mirando el tiempo que hacía, levantó los ojos hacia aquella figura tan empapada, tan embarrada, digamos también tan asquerosa, y a la vez tan viva y resuelta: nunca en toda su vida había visto un hombre con peor traza y más contento.

—¡Hola! —dijo—, ¿ya aquí?, ¿y con este tiempo? ¿Cómo ha ido?

—Está —dijo Renzo—, está; está.

—¿Sana?

—Curada, que es mejor. Tengo que darle gracias al Señor y a la Virgen mientras viva. Cosas grandes, cosas espantosas: luego te lo contaré todo.

—Pero, ¡cómo vienes!

—Estoy guapo, ¿eh?

—A decir verdad, podrías aprovechar lo que te sobra de arriba, para lavar lo que te sobra de abajo. Pero espera, espera; que te enciendo un poco de lumbre.

—No digo que no. ¿Sabes dónde me cogió?, justo en la puerta del lazareto. Pero, ¡nada!, el tiempo a lo suyo y yo a lo mío —el amigo se fue y volvió con dos brazadas de hornija: puso una en el suelo, la otra en la chimenea, y, con unas pocas brasas que habían quedado de la noche antes, pronto encendió una buena hoguera. Renzo mientras tanto se había quitado el sombrero, y, después de sacudirlo dos o tres veces, lo había tirado al suelo, y, no tan fácilmente, se había deprendido también del jubón. Sacó luego del bolsillo de los calzones el cuchillo, con la funda completamente empapada, que parecía haber estado a remojo; lo puso encima de una banqueta, y dijo—: También éste se ha puesto bueno; ¡pero es agua!, ¡es agua!, gracias a Dios... ¡He estado a punto, a punto...! Ya te contaré —y se frotaba las manos—: Ahora hazme otro favor —añadió—: ese fardo que dejé arriba en el cuarto, ve a buscarlo, ¡porque, antes de que se me seque la ropa que llevo encima...!

De vuelta con el fardo, el amigo dijo: supongo que tendrás también apetito; claro, que de beber, no te habrá faltado por el camino; pero de comer...

—Encontré donde comprar dos panes, ayer al atardecer; pero, a decir verdad, no me han llegado a un diente.

—Déjame a mí —dijo el amigo; echó agua en un caldero, que colgó luego de la cadena; y añadió—; voy a ordeñar: cuando vuelva con la leche, el agua estará a punto; y haremos una buena polenta. Tú, mientras tanto, ponte a tus anchas.

Renzo, cuando se quedó solo, se quitó, no sin trabajo, el resto de la ropa, que estaba como pegada al cuerpo; se secó, se volvió a vestir de pies a cabeza. El amigo regresó y fue a su caldero: Renzo, entre tanto, se sentó, esperando.

—Ahora noto que estoy cansado —dijo—; ¡es una buena tirada! ¡Pero no es nada! Tengo para contarte todo el día. ¡Cómo está Milán! ¡Las cosas que hay que ver! ¡Las cosas que hay que tocar! Como para darse después asco uno a sí mismo. Estoy por decirte que no se necesitaba menos que esta lavadita que me ha caído encima. ¡Y lo que me quisieron hacer los señores de allá! Ya te contaré. ¡Pero si vieras el lazareto! Como para perderse uno entre tantas miserias... Bueno; ya lo sabrás todo... Y está, y vendrá aquí, y será mi mujer; y tú tienes que ser nuestro padrino, y con peste o sin peste, al menos unas horas, quiero que nos divirtamos.

Por lo demás, mantuvo lo que había dicho a su amigo, de pasarse todo el día contándole cosas; tanto más cuanto que no habiendo dejado de lloviznar, éste lo pasó en casa, en parte sentado al lado de su amigo, en parte atareado con una pequeña cuba, y un tonelito, y con otros quehaceres en preparación de la vendimia; en los cuales Renzo no dejó de echarle una mano; pues, como solía decir, era de los que se cansan más sin hacer nada, que trabajando. No pudo sin embargo contenerse de hacer una escapadita a casa de Agnese, para volver a ver cierta ventana, y para darse también allí un restregón de manos. Volvió sin que nadie lo hubiera visto; y se fue enseguida a la cama. Se levantó antes del alba; y, viendo que la lluvia había cesado, aunque el tiempo no estaba sereno, se puso en camino hacia Pasturo.

Era aún temprano cuando llegó: pues no tenía menos prisa y ganas de terminar, que las que pueda tener el lector. Preguntó por Agnese; oyó que estaba bien, y le indicaron una casita apartada donde vivía. Fue allí; la llamó desde la calle: al oír aquella voz, ella se asomó corriendo a la ventana; y, mientras estaba con la boca abierta para emitir no sé qué palabra, no sé que sonido, Renzo se le adelantó diciendo:

—Lucía está curada: la he visto anteayer; os saluda; vendrá pronto. Y además, tengo un sinfín, un sinfín de cosas que deciros.

Entre la sorpresa de la aparición, y el contento de la noticia, y el ansia por saber más, Agnese comenzaba ora una exclamación, ora una pregunta, sin acabar ninguna; luego, olvidando las precauciones que solía tomar desde hacía mucho tiempo, dijo:

—Ahora mismo bajo a abriros.

—Esperad: ¿y la peste? —dijo Renzo—; vos no la habéis tenido, creo.

—Yo no; ¿y vos?

—Yo sí; conque tenéis que ser prudente. Vengo de Milán; y, como oiréis, he andado metido en el contagio hasta las cejas. Es cierto que me mudé de pies a cabeza; pero es una porquería que a veces se pega como un maleficio. Y ya que el Señor os ha preservado hasta ahora, quiero que os guardéis hasta que acabe este influjo; porque sois nuestra madre: y quiero que vivamos juntos mucho tiempo alegremente, a cuenta de tanto como hemos sufrido, yo por lo menos.

—Pero... —empezaba Agnese.

—¡Eh! —interrumpió Renzo—, no hay pero que valga. Ya sé lo que queréis decir; pero ya veréis, ya veréis que ya no hay ningún pero. Vayamos a algún sitio al aire libre, donde se pueda hablar tranquilamente, sin peligro; y os contaré.

Agnese le indicó un huerto que estaba detrás de la casa; y añadió:

—Entrad allí, y veréis que hay dos bancos, uno frente a otro, que parecen puestos adrede. Yo voy ahora mismo.

Renzo fue a sentarse en uno; un momento después, Agnese se encontraba allí, en el otro: y estoy seguro de que, si el lector, informado como está de los antecedentes, hubiera podido hallarse allí como espectador, viendo con sus propios ojos aquella conversación tan animada, oyendo con sus propios oídos aquellos relatos, aquellas preguntas, aquellas explicaciones, aquel exclamar, aquel condolerse, aquel alegrarse, y don Rodrigo, y el padre Cristóforo, y todo lo demás, y las descripciones del porvenir, tan claras y positivas como las del pasado, estoy seguro, digo, de que le habría cogido gusto, y habría sido el último en marcharse. Pero poner en un papel toda aquella conversación, con palabras mudas, hechas de tinta, y sin hallar un solo hecho nuevo, pienso que no le interesará ni poco ni mucho, y que preferirá adivinarla por sí mismo. La conclusión fue que irían a vivir todos juntos a aquel pueblo de Bergamasco donde Renzo tenía ya una buena posición; en cuanto al momento, nada podía decidirse, porque dependía de la peste, y de otras circunstancias: apenas pasado el peligro, Agnese volvería a casa, para

esperar a Lucía, o Lucía la esperaría a ella: entre tanto Renzo haría a menudo alguna escapada a Pasturo, para ver a su madre, y tenerla informada de lo que ocurriese. Antes de irse, le ofreció también a ella dinero, diciendo:

—Lo tengo todo aquí, mirad, aquél; también yo había hecho voto de no tocarlo, hasta que la cosa se hubiera aclarado. Ahora, si lo necesitáis, traed una escudilla con agua y vinagre; os echaré los cincuenta escudos nuevos y flamantes.

—No, no —dijo Agnese—; tengo más de lo que necesito para mí: los vuestros, guardadlos, que servirán para poner caja. Renzo volvió al pueblo con este otro consuelo de haber encontrado sana y salva a una persona tan querida. Se quedó el resto de aquel día, y la noche en casa de su amigo; al día siguiente, otra vez en camino, pero hacia otra parte, o sea hacia el país de adopción.

Encontró a Bórtolo, también él con buena salud, y con menos temor de perderla; pues, en aquellos días, las cosas, también allá, habían tomado rápidamente un bonísimo sesgo. Pocos eran los que enfermaban; y el mal ya no era el mismo; ya no había aquellas tumefacciones mortales, ni aquella violencia de los síntomas; sino febrículas, intermitentes en la mayoría de los casos, a lo sumo con algún bubón descolorido, que se curaba como un divieso ordinario. El aspecto del país parecía cambiado; los que habían quedado vivos empezaban a salir a la calle, a contarse entre sí, a intercambiar pésames y felicitaciones. Se hablaba ya de reemprender los trabajos: los patronos pensaban ya en buscar y contratar obreros, y especialmente en aquellas artes donde escaseaban antes del contagio, como era la de la seda. Renzo, sin hacerse de rogar, prometió a su primo (salva siempre la debida aprobación) volver al trabajo, cuando regresara acompañado para establecerse en el pueblo. Se ocupó mientras tanto de los preparativos más necesarios: encontró una casa más grande; cosa que se había vuelto por desgracia demasiado fácil y poco costosa; la proveyó de muebles y enseres, tocando esta vez el tesoro, pero sin hacer gran mella en él, porque todo estaba barato, habiendo muchas más cosas que gente que las comprase.

Al cabo de no sé cuántos días, volvió al pueblo natal, que encontró aún más notablemente cambiado para bien. Corrió en seguida a Pasturo; halló a Agnese muy animada, y dispuesta a volver a casa cuando fuera; de modo que la llevó él: y no diremos cuáles fueron sus sentimientos, cuáles sus palabras, al ver de nuevo juntos aquellos lugares.

Agnese lo encontró todo como lo había dejado. Así que no pudo por menos de decir que, esta vez, tratándose de una pobre viuda y de una

pobre muchacha, habían hecho de centinelas los ángeles. —Y la otra vez —añadía— cuando uno hubiera creído que el Señor miraba a otra parte, y no pensaba en nosotras, porque dejaba que se llevasen nuestras pobres cosas; mira por dónde, hizo ver lo contrario, y me mandó por otro lado buenos dineros, con los que pude reponerlo todo. Digo todo, y no digo bien; porque el ajuar de Lucía que aquéllos se llevaron nuevecito, junto con lo demás, eso faltaba todavía; y ahora resulta que nos viene por otra parte. Quién me hubiera dicho, cuando me afanaba tanto preparando el otro: crees trabajar para Lucía: ¡ay pobre mujer!, trabajas para quien no conoces: Dios sabe esta tela, estas prendas, a qué clase de criaturas irán a parar: de las de Lucía, del verdadero ajuar que utilizará, se encargará una alma buena que ni siquiera sabes que está en este mundo.

El primer pensamiento de Agnese fue preparar en su pobre casita el alojamiento más decente que pudo, para aquella buena alma: luego fue por seda para devanar; y trabajando mataba el tiempo.

Renzo, por su parte, no pasó ocioso aquellos días, ya tan largos de por sí: conocía dos buenos oficios, por fortuna; volvió al de labrador. En parte ayudaba a su huésped, para quien era una gran suerte tener en tales tiempos a disposición unos brazos, y brazos tan hábiles; en parte cultivaba, mejor dicho, roturaba el huertecito de Agnese, completamente abandonado durante su ausencia. En cuanto a su propio terreno, no se ocupaba para nada de él, diciendo que era una peluca demasiado enmarañada, y que hacía falta algo más que un par de brazos para desenredarla. Y ni siquiera ponía los pies en él; como tampoco en su casa: pues le habría hecho daño ver aquella desolación; y había resuelto ya deshacerse de todo, a cualquier precio, y emplear en la nueva patria lo que pudiera sacar.

Si los que habían quedado vivos eran, unos para otros, como muertos resucitados, Renzo, para los de su pueblo, lo era, como quien dice, dos veces: todos lo agasajaban y felicitaban, todos querían oírle contar su historia. Acaso digáis: ¿qué pasaba con el bando? No pasaba nada: él casi no se acordaba de él, suponiendo que los que hubieran debido cumplirlo, tampoco se acordarían; y no se engañaba. Y esto no se debía sólo a la peste que había dado al traste con tantas cosas; sino que era, como también ha podido verse en otros lugares de esta historia, algo corriente en aquellos tiempos, que los decretos, tanto generales como particulares, contra las personas, de no haber alguna animosidad privada y poderosa que los mantuviese vivos, y los hiciese valer, quedaban a menudo sin efecto, si no lo habían tenido en el primer momento; como balas de fusil, que, cuando no dan en el blanco, se quedan en el suelo, donde no

molestan a nadie. Consecuencia necesaria de la gran facilidad con que se hacía derroche de aquellos decretos. La actividad del hombre es limitada, y todo el exceso que había en el mandar, se convertía en otro tanto defecto en el ejecutar. Lo que va en mangas, no va en capirotes.

Para quien deseara saber cómo se llevaba Renzo con don Abbondio, durante aquel tiempo de espera, diré que se mantenían a prudente distancia uno de otro: don Abbondio, por miedo a oír entonar a boda: y sólo con pensar en ello, veía ante sus ojos a don Rodrigo, por un lado, con sus bravos, al cardenal, por el otro, con sus argumentos; Renzo, porque había decidido hablarle de ello sólo en el último momento, no queriendo arriesgarse a levantar la liebre antes de tiempo, suscitar, ¿quién sabe?, alguna dificultad, y entorpecer las cosas con charlas inútiles. Sus charlas, las tenía con Agnese. —¿Creéis que vendrá pronto? —preguntaba uno. —Espero que sí —contestaba el otro; y a menudo el que había respondido, hacía poco después la misma pregunta. Y con estas y semejantes astucias, se las ingeniaban para pasar el tiempo, que les parecía más largo, a medida que había transcurrido más.

Al lector, nosotros le haremos pasar en un momento todo ese tiempo, diciendo en compendio que, unos pocos días después de la visita de Renzo al lazareto, Lucía salió de él con la viuda; que, habiéndose ordenado una cuarentena general, la hicieron juntas, encerradas en casa de ésta última; que una parte del tiempo fue empleada en preparar el ajuar de Lucía, en el cual, tras algunas ceremonias, hubo de trabajar también ella; y que, terminada la cuarentena, la viuda confió el almacén y la casa a su hermano el comisario; y se hicieron los preparativos para el viaje. Podríamos también añadir en seguida: partieron, llegaron y lo que sigue; pero, pese a toda la voluntad que tenemos de secundar la prisa del lector, hay tres cosas concernientes a este intervalo de tiempo, que no quisiéramos pasar por alto; y, al menos respecto a dos, creemos que el mismo lector dirá que habríamos hecho mal. La primera, que, cuando Lucía volvió a hablar con la viuda de sus aventuras, con más detalle y más ordenadamente de lo que había podido hacer en aquella agitación de su primera confidencia, y le mencionó más expresamente a la señora que la había acogido en el monasterio de Monza, vino a saber de ella cosas que, dándole la clave de muchos misterios, llenaron a la vez su ánimo de un doloroso y espantado asombro. Supo por la viuda que la desdichada, caída en sospecha de atrocísimos hechos, había sido trasladada, por orden del Cardenal, a un monasterio de Milán; que allí, tras mucho enfurecerse y debatirse, se había arrepentido, se había acusado; y que su vida presente era tal suplicio voluntario, que nadie, a menos de quitársela,

habría podido encontrar uno más severo. Si alguien quisiera conocer con un poco más de detalle esta triste historia, la encontrará en el libro y lugar que hemos citado en otra parte, a propósito de la misma persona. La otra cosa es que Lucía, preguntado por el padre Cristóforo a todos los capuchinos que pudo ver en el lazareto, oyó, con más dolor que asombro, que había muerto de peste.

Finalmente, antes de partir, hubiera deseado saber también algo de sus antiguos señores, para cumplir con ellos, como ella decía, si alguno quedaba. La viuda la acompañó a la casa, donde supieron que uno y otra se habían ido a donde la mayoría. De doña Prassede, con decir que había muerto, está dicho todo; pero respecto a don Ferrante, tratándose de un erudito, el anónimo ha creído necesario extenderse algo más; y nosotros, por nuestra cuenta y riesgo, transcribiremos aproximadamente lo que dejó escrito.

Dice, pues, que, al correr los primeros rumores de peste, don Ferrante fue uno de los más resueltos en negarla, y que sostuvo constantemente, hasta el final, esa opinión; no ya con alborotos, como el vuglo, sino con razonamientos, de los cuales al menos nadie dirá que les faltaba concatenación.

In rerum natura —decía—, no hay sino dos géneros de cosas: sustancias y accidentes; si yo pruebo que el contagio no puede ser ni lo uno ni lo otro, habré probado que no existe, que es una quimera. Veamos pues: las sustancias son, o espirituales o materiales. Que el contagio sea una sustancia espiritual, es un disparate que nadie querría sostener; de modo que es inútil hablar de ello. Las sustancias materiales son, o simples, o compuestas.

Ahora bien, el contagio no es una sustancia simple; y se demuestra con cuatro palabras. No es sustancia aérea; porque, si fuese tal, en vez de pasar de un cuerpo a otro, volaría al punto a su esfera. No es ácuea; porque mojaría, y sería secada por los vientos. No es ígnea; porque ardería. No es térrea; porque sería visible. Sustancia compuesta, tampoco; porque en todo caso debería ser sensible a la vista y al tacto; y este contagio, ¿quién lo ha visto?, ¿quién lo ha tocado? Queda por ver si puede ser accidente.

Peor aún. Nos dicen estos señores doctores que se comunica de un cuerpo a otro; pues éste es su Aquiles, éste el pretexto para hacer tantas prescripciones inútiles. Ahora bien, suponiéndolo accidente, vendría a ser un accidente transportado: dos palabras que se dan de bofetadas, no habiendo, en toda filosofía, cosa más clara, más cristalina que ésta: que un accidente no puede pasar de un sujeto a otro. Y, si para evitar este Escila,

se reducen a decir que es accidente producido, caen en Caribdis: porque, si es producido, no se comunica, no se propaga, como van pregonando.

Sentados estos principios, ¿a qué viene hablarnos tanto de *víbices, exantemas, ántrax*...?

—Puras necedades —saltó una vez alguien.

—No, no —prosiguió don Ferrante—; no digo eso: la ciencia es la ciencia; sólo que hay que saber utilizarla. Víbices, exantemas, ántrax, parótidis, bubones violáceos, forúnculos nigricantes, son todas palabras respetables, que tienen su significado exacto; pero digo que no tienen nada que ver con la cuestión. ¿Quién niega que puede haber esas cosas, es más, que las haya? La cuestión es saber de dónde vienen.

Aquí empezaban los aprietos, también para don Ferrante. Mientras se trataba de arremeter contra la opinión del contagio, hallaba por doquier oídos atentos y bien dispuestos: porque no puede explicarse cuán grande es la autoridad de un erudito de profesión, cuando quiere demostrar a los demás las cosas de las que ya están persuadidos. Pero cuando empezaba a hacer distingos, y a querer demostrar que el error de aquellos médicos no era afirmar que hubiese un mal terrible y general; sino señalar su causa; entonces (me refiero a los primeros tiempos, cuando no se quería oír hablar de peste), entonces, en vez de oídos, encontraba lenguas rebeldes, intratables; entonces, lo de explayarse a sus anchas se acababa; y su doctrina ya no podía exponerla sino a trozos y retazos.

—Existe por desgracia la causa verdadera —decía—; y se ven obligados a reconocerla incluso los que sostienen luego esa otra tan fantasiosa... Que nieguen, si pueden, esa fatal conjunción de Saturno con Júpiter. Y ¿cuándo se ha oído decir que las influencias se propagan..? ¿Acaso sus señorías van a negarme las influencias? ¿Me negarán que hay astros? ¿O me querrán decir que están ahí arriba para nada, como cabezas de alfiler clavadas en un acerico?... Pero lo que no me cabe en la cabeza, es lo de esos señores médicos: confesar que nos hallamos bajo una conjunción tan maligna, y luego venir a decirnos con esa desfachatez: ¡no toquéis aquí, no toquéis allá, y estaréis seguros! ¡Como si el evitar el contacto material de los cuerpos terrenos, pudiera impedir el efecto virtual de los cuerpos celestes! ¡Y tanto afanarse por quemar trapos! ¡Pobre gente!, ¿vais a quemar Júpiter?, ¿vais a quemar Saturno?

His fretus, es decir, sobre tan buenos fundamentos, no tomó ninguna precaución contra la peste; la contrajo, se metió en la cama, para morir, como un héroe de Metastasio, tomándola con las estrellas.

¿Y aquella famosa biblioteca suya? Puede que ande dispersa por los puestos de viejo.

CAPÍTULO XXXVIII

UNA tarde, Agnese oyó parar un carruaje a la puerta. «¡Es ella, seguro!» Era efectivamente ella, con la buena viuda. Las acogidas mutuas, imagíneselas el lector.

A la mañana siguiente, temprano, aparece Renzo que no sabe nada, y viene solamente para desahogarse un poco con Agnese sobre la gran tardanza de Lucía. Los actos que hizo y las cosas que dijo, al encontrársela delante, se dejan también a la imaginación del lector. Las demostraciones de Lucía fueron en cambio tales, que no se necesita mucho para describirlas.

—Os saludo: ¿cómo estáis? —dijo, con los ojos bajos, y sin descomponerse. Y no vayáis a creer que Renzo encontrara aquella actitud demasiado seca, y se la tomara a mal. Tomó muy bien la cosa como lo que era; y, al igual que entre gente educada, se saben aquilatar los cumplidos, así él comprendía perfectamente que aquellas palabras no expresaban todo lo que pasaba por el corazón de Lucía. Por lo demás, es fácil advertir que tenía dos maneras de pronunciarlas: una para Renzo, y otra para la gente que podía conocer.

—Estoy bien cuando os veo —respondió el joven, con una frase vieja, pero que habría inventado él en ese momento.

—¡Nuestro pobre padre Cristóforo...! —dijo Lucía—: Rezad por su alma; aunque podemos estar casi seguros de que a estas horas él reza por nosotros allá arriba.

—Me lo esperaba, por desgracia —dijo Renzo. Y no fue ésta la única cuerda triste que se tocó en aquel coloquio. Pero, ¿qué queréis?, se hablase de lo que se hablase, el coloquio le resultaba siempre delicioso. Como esos caballos resabiados que se obcecan, y se plantan ahí, y levantan una pata y después otra, y las vuelven a clavar en el mismo sitio, y hacen mil remilgos antes de dar un paso, y luego de repente echan a andar, y, ¡adelante!, como si los llevara el viento, así se había vuelto el tiempo para él: antes los minutos le parecían horas; luego las horas le parecían minutos. La viuda no sólo no echaba a perder la compañía, sino que hacía en ella mucho bien; y ciertamente, Renzo, al verla en aquel camastro, no se la hubiera podido imaginar con un humor tan sociable y jovial. Pero el lazareto y el campo, la muerte y las bodas, no son todo uno. Con Agnese ya había hecho amistad; con Lucía daba gusto verla, tierna y a la vez burlona, y con qué donaire la provocaba, sin exagerar demasiado,

apenas lo necesario para obligarla a demostrar toda la alegría que encerraba su corazón.

Renzo dijo finalmente que iba a ver a don Abbondio, a ponerse de acuerdo para el casamiento. Fue, y con cierta actitud entre socarrona y respetuosa, le dijo:

—Señor cura, ¿se le pasó ya aquel dolor de cabeza, por el que me decía que no podía casarnos? Ahora estamos a tiempo; la novia está; y yo he venido para ver cuándo le viene bien a vuestra merced: pero esta vez le rogaría que se diese prisa. —Don Abbondio no dijo que no; pero empezó a titubear, a encontrar otras excusas, a hacer otras insinuaciones: ¿por qué ponerse en evidencia, y hacer pregonar su nombre, con aquel bando encima?, y que la cosa podría hacerse lo mismo en otra parte; y esto y lo otro.

—Ya entiendo —dijo Renzo—: a vuestra merced le queda todavía un poco de aquel dolor de cabeza. Pero oiga, oiga —y empezó a describir en qué estado había visto al pobre don Rodrigo; y que ya a aquellas horas seguramente se habría ido al otro mundo. Esperemos —concluyó— que el Señor haya tenido misericordia de él.

—Eso nada tiene que ver —dijo don Abbondio—; ¿acaso os he dicho que no? Yo no digo que no; hablo... hablo por buenas razones. Por lo demás, mirad, mientras hay aliento... Fijaos en mí: soy una cáscara vacía; también yo estuve con un pie más allá que acá: y aquí me tenéis; y... si no me caen encima otras desgracias... bueno... puedo esperar quedarme todavía un poquito. Conque figuraos ciertos temperamentos. Pero, como digo, eso nada tiene que ver.

Después de algunos otros dimes y diretes, ni más ni menos concluyentes, Renzo se agachó en una profunda reverencia, y regresó con su compañía, hizo su relación, y concluyó diciendo:

—Me he marchado harto, y por no arriesgarme a perder la paciencia, y faltarle al respeto. En ciertos momentos, parecía el mismo de antes; la misma cara dura, las mismas razones: estoy seguro de que, si duraba un poco más, me salía de nuevo con alguna palabra en latín. Ya veo que tenemos largas otra vez: casi es mejor hacer lo que él dice, ir a casarnos donde vamos a vivir.

—¿Sabéis lo que haremos? —dijo la viuda—: propongo que nosotras las mujeres vayamos a hacer otra prueba, y ver si nos sale mejor. Así tendré también yo el gusto de conocer a ese hombre, si es realmente como decís. Podemos ir después de almorzar; para no volver a la carga en seguida. Ahora, señor novio, llévenos de paseo a nosotras dos, mientras Agnese atiende a sus tareas: que a Lucía yo le haré de madre, y tengo verdaderas

ganas de ver un poco mejor esas montañas, ese lago, de que tanto he oído hablar; y por lo poco que ya he visto, me parecen una cosa muy hermosa.

Renzo las condujo ante todo a casa de su huésped, donde hubo otra fiesta: y le hicieron prometer que, no sólo ese día, sino todos los días que pudiera, iría a comer con ellos.

Dado el paseo, y almorzado, Renzo se marchó, sin decir a dónde. Las mujeres se quedaron un ratito charlando, poniéndose de acuerdo sobre la manera de atacar a don Abbondio; y finalmente partieron al asalto.

«Ahí están ésas», dijo para sus adentros; pero hizo como si nada: grandes parabienes a Lucía, saludos a Agnese, cumplidos a la forastera. Las hizo sentarse, y luego se puso en seguida a hablar de la peste: quiso que Lucía le contase cómo lo había pasado entre tantas desgracias; el lazareto dio pie para que hablase también la que había sido su compañera; luego, como era justo, don Abbondio habló también de su borrasca; después grandes felicitaciones también a Agnese, que se había librado de ella. La cosa iba para largo: ya desde el primer momento, las dos ancianas estaban ojo avizor, por si se presentaba la ocasión de entrar en el argumento esencial; por fin, no sé cuál de las dos rompió el hielo. Pero, ¿qué queréis? don Abbondio era duro de oído. No es que dijera que no; pero ya estaba otra vez escabullándose, dando vueltas, y andándose por las ramas.

—Lo que haría falta —decía— es poder levantar esa fea orden de captura. Vuestra merced, señora, que es de Milán, conocerá los hilos de estas cosas, tendrá buenas protecciones, algún caballero de peso: porque con esos medios se curan todas las llagas. Si, en cambio, se quisiera ir por el camino más corto, sin meterse en tantos dibujos, ya que estos jóvenes, y aquí, nuestra Agnese, tienen intención de expatriarse (y qué queréis que os diga: la patria está donde se está bien), me parece que se podría hacer todo allá, donde no hay captura que valga. No veo la hora de ver arreglado este casamiento, pero quisiera verlo arreglado bien, tranquilamente. La verdad: aquí, con esa orden en pie, proclamar desde el altar el nombre de Lorenzo Tramaglino, no lo haría con el corazón sereno: le tengo demasiado afecto; tendría miedo de hacerle un flaco servicio. Juzgue vuestra merced; juzgad vosotras.

Entonces, en parte Agnese, en parte la viuda, rebatiendo aquellas razones; don Abbondio sacándolas de nuevo a relucir, bajo otra forma: se volvía siempre al punto de partida; cuando en esto, entra Renzo, con paso resuelto, y una noticia pintada en la cara; y dice:

—Ha llegado el señor marqués***.

—¿Qué quiere decir eso?, llegado, ¿adonde? —pregunta don Abbondio, levantándose.

—Ha llegado a su palacio, que era el de don Rodrigo; porque este señor marqués es el heredero por fideicomiso, como dicen; conque ya no hay duda. Por mi parte, me alegraría, si pudiera saber que ese hombre ha muerto bien. De todos modos, hasta ahora he rezado por él padrenuestros, ahora rezaré *De profundis*. Y este señor marqués es una excelente persona.

—Cierto —dijo don Abbondio—: He oído hablar de él más de una vez como de un auténtico caballero, un hombre de cuño antiguo. Pero, ¿será realmente cierto...?

—¿Al sacristán le cree?

—¿Por qué?

—Porque él lo ha visto con sus propios ojos. Yo he andado sólo por los alrededores, y, a decir verdad, fui precisamente porque pensé: algo tendrán que saber allá. Y más de uno me ha dicho lo mismo. Luego me encontré con Ambrogio que venía justo de allí, y lo ha visto, como digo, hacer de dueño. ¿Quiere oír a Ambrogio? Lo he hecho esperar ahí fuera a posta.

—Oigámosle —dijo don Abbondio—.

Renzo fue a llamar al sacristán. Este confirmó la cosa en todo y por todo, añadió otros detalles, disipó todas las dudas; y luego se marchó.

—¡Ah!, ¡conque ha muerto!, ¡se ha ido de veras! —exclamó don Abbondio—. Ya veis, hijos míos, cómo la Providencia alcanza al final a cierta gente. ¡Sabéis que es una gran cosa!, ¡un gran respiro para este pobre pueblo!, porque aquí no se podía vivir con él. Ha sido un gran azote esta peste; pero ha sido también una escoba; ha barrido a ciertos sujetos, que, hijos míos, no nos librábamos ya de ellos: lozanos, frescos, prósperos: bien podíamos decir que quien estaba destinado a celebrar su funeral, andaba aún aprendiendo latines, en el seminario. Y en un abrir y cerrar de ojos, han desaparecido, cien de cada vez. Ya no volveremos a verlo rondar por ahí con aquellos esbirros detrás, con aquella altanería, con aquellos aires, con aquel cuerpo empalado, con aquel modo de mirar a la gente, que parecía que estábamos todos en el mundo con su permiso. Pues ahora él ya no está, y nosotros sí. Ya no mandará aquellas embajadas a los hombres de bien. Nos ha molestado mucho a todos, ya veis: ahora podemos decirlo.

—Yo lo he perdonado de corazón —dijo Renzo.

—Y es tu deber —respondió don Abbondio—; pero podemos también dar gracias al cielo por habernos librado de él. Ahora, volviendo a lo nuestro,

os repito: haced lo que queráis. Si queréis que os case yo, aquí estoy; si os resulta más cómodo de otra manera, vosotros veréis. En cuanto a la orden de captura, yo también veo que, no habiendo ahora nadie que os tenga entre ojos, y quiera haceros daño, no es para preocuparse gran cosa: tanto más cuanto que ha habido de por medio ese decreto de gracia, por el nacimiento del serenísimo infante. ¡Y además la peste! ¡La peste!, ¡ha borrado muchas cosas la peste! Conque, si queréis... hoy es jueves... el domingo os publico en la iglesia; porque lo que se hizo la otra vez, ya no vale nada, después de tanto tiempo; y luego tendré el consuelo de casaros yo.

—Vuestra merced sabe bien que habíamos venido precisamente a eso —dijo Renzo.

—Perfectamente; y yo os contentaré; y quiero dar cuenta de ello en seguida a su eminencia.

—¿Quién es su eminencia? —preguntó Agnese.

—Su eminencia —respondió don Abbondio— es nuestro cardenal arzobispo, a quien Dios guarde.

—¡Oh!, en cuanto a eso, perdóneme —replicó Agnese—, que, aunque soy una pobre ignorante, puedo asegurarle que no se dice así; porque cuando fuimos la segunda vez a hablar con él, como hablo ahora con vuestra merced, uno de aquellos señores curas me llamó aparte, y me enseñó cómo se debía tratar a ese señor, y que se le debía llamar vuestra señoría ílustrísima, y monseñor.

—Y ahora, si tuviese que volver a enseñároslo, os diría que hay que llamarlo eminencia: ¿habéis entendido? Porque el papa, a quien también guarde Dios, ha prescrito, desde el mes de junio, que a los cardenales se les dé ese título. ¿Y sabéis por qué habrá tomado esa decisión? Porque el *Ilustrísima*, que estaba reservado a ellos y a ciertos príncipes, ahora, vosotros mismos veis en lo que se ha convertido, a cuántos se le da: ¡y de qué buena gana se lo tragan! ¿Y qué podía hacer el papa? ¿Quitárselo a todos? Quejas, reclamaciones, disgustos, problemas; y encima, seguir igual que antes. Conque ha encontrado un magnífico remedio. Poco a poco, luego, se les empezará a llamar eminencia a los obispos; después lo querrán los abades, luego los arciprestes: porque los hombres son así; siempre quieren subir, y subir, después los canónigos...

—Después los párrocos —dijo la viuda.

—No, no —replicó don Abbondio—; los párrocos a tirar del carro: no tengáis miedo de que los acostumbren mal, a los párrocos: reverendo, hasta el fin del mundo. Más bien, no me sorprendería que los caballeros, acostumbrados a oírse llamar Ilustrísima, a ser tratados como cardenales,

algún día quieran el eminencia también ellos. Y si lo quieren, ya veréis cómo encuentran quién se lo dé. Y entonces, el papa que haya, encontrará alguna otra cosa para los cardenales. ¡Ea!, volvamos a lo nuestro: el domingo os publicaré en la iglesia; y mientras tanto, ¿sabéis lo que he pensado para serviros mejor? Mientras tanto, pediremos dispensa para las otras dos amonestaciones. Deben de tener buen trabajo allá en la curia, haciendo dispensas, si en todas partes pasa lo que aquí. Para el domingo tengo ya, uno... dos... tres; sin contaros a vosotros: y pueden llegar más. Y luego, a este paso, ya veréis dónde vamos a parar: no va a quedar nadie soltero. Mal hizo Perpetua en morirse precisamente ahora; porque éste era el momento para encontrar también ella pretendiente. Y en Milán, señora, me figuro que será lo mismo.

—¡Ya lo creo!, figúrese que, sólo en mi parroquia, el domingo pasado, cincuenta amonestaciones.

—Lo que yo digo; el mundo no quiere acabar. ¿Y a vuestra merced, señora, no han empezado a rondarla moscones?

—No, no; ni pienso en ello, ni quiero pensar.

—Sí, sí, va a querer ser la única. También Agnese, ya ve, también Agnese...

—¡Huy!, tiene ganas de broma vuestra merced —dijo ésta.

—Claro que tengo ganas de broma: y me parece que ya era hora. Lo hemos pasado mal, ¿no es cierto, jóvenes míos?, lo hemos pasado mal: los cuatro días que vamos a estar en este mundo, cabe esperar que sean un poco mejores. ¡Ay!, dichosos vosotros, que, no habiendo desgracias de por medio, os queda todavía mucho tiempo para hablar de las cuitas pasadas: yo, en cambio estoy en las veintitrés y tres cuartos, y... los bribones pueden morir; de la peste se puede sanar; pero para los años no hay remedio: y, como dicen, *senectus ipsa est morbus*.

—Ahora —dijo Renzo— vuestra merced puede hablar todo el latín que quiera; que no me importa nada.

—Aún la tienes tomada con el latín, tú: bien, bien, ya te arreglaré yo: cuando te me pongas delante, con esta criatura, para oíros decir justamente ciertas palabritas en latín, te diré: no quieres latines: vete en paz. ¿Te gustará?

—¡Ah!, yo sé lo que me digo —dijo Renzo—: no es ese latín el que me da miedo: ése es un latín sin trampa, sacrosanto, como el de la misa: también vuestras mercedes los curas tienen que leer lo que pone el libro. Hablo de ese latín bribón, fuera de la iglesia, que le echan a uno encima, a traición, en lo mejor de un discurso. Por ejemplo, ahora que estamos aquí, que todo ha terminado; ese latín que vuestra merced sacaba a relucir, justo ahí, en

ese rincón, para darme a entender que no podía, y que hacían falta otras cosas, y qué sé yo, tradúzcamelo ahora en vulgar..

—Calla, bufón, calla: no remuevas esas cosas; que si tuviésemos ahora que ajustar cuentas, no sé quién saldría perdiendo. Yo he perdonado todo: no se hable más de ello; pero me habéis jugado malas pasadas. De ti no me maravillo, que eres un granujazo; digo este agua mansa, esta santita, esta mosquita muerta, que se hubiera creído un pecado desconfiar de ella. Pero claro, ya sé yo quién la había aleccionado, ya lo sé, ya lo sé —diciendo esto, señalaba a Agnese con el dedo que antes había dirigido contra Lucía: y no se podría explicar con qué afabilidad, con qué gracia hacía estos reproches. Aquella noticia le había dado una desenvoltura, una locuacidad, insólitas hacía mucho tiempo; y estaríamos aún muy lejos del final, si quisiéramos referir todo el resto de aquella conversación, que él prolongó, reteniendo más de una vez a la compañía que quería irse, y entreteniéndola todavía un poquito en la puerta de la calle, siempre hablando de bagatelas. Al día siguiente, recibió una visita, tanto más grata, cuanto menos esperada: el señor marqués de quien se había hablado: un hombre entre la virilidad y la vejez, cuyo aspecto era como un atestado de lo que la fama decía de él: franco, cortés, plácido, humilde, digno, y con algo que indicaba cierta pesadumbre resignada.

—Vengo —dijo— a traerle saludos del cardenal arzobispo.

—¡Oh, qué honor por parte de ambos!

—Cuando fui a despedirme de ese hombre incomparable, que me honra con su amistad, me habló de dos jóvenes de esta parroquia que eran novios, y que han tenido problemas, a causa de ese pobre don Rodrigo. Monseñor desea tener noticias suyas. ¿Están vivos? Y sus cosas, ¿se han arreglado?

—Todo arreglado. Es más, yo me había propuesto escribir a su eminencia; pero ahora que tengo el honor...

—¿Se encuentran aquí?

—Aquí; y, lo más pronto que se pueda, serán marido y mujer.

—Pues ruego a vuestra merced que me diga si se les puede hacer algún bien, y me indique asimismo la manera más conveniente. En esta calamidad, he perdido a los dos únicos hijos que tenía, y a su madre, y he recibido tres herencias considerables. Ya tenía antes más de lo necesario: así que ya ve vuestra merced que darme una ocasión de emplearlo, y tanto más una como ésta, es hacerme un verdadero favor.

—¡Que el cielo le bendiga! ¿Por qué no serán como vuestra merced todos los...? En fin; se lo agradezco de corazón también yo, por esos hijos míos. Y ya que vuestra señoría ilustrísima me da tanto atrevimiento, sí señor,

tengo un expediente que sugerirle, que quizá no le desagrade. Sepa, pues, que esta buena gente ha resuelto ir a poner casa en otro lugar, y vender las cuatro cosas que tienen aquí: un viñedito el joven, de nueve o diez pérticas, si no me engaño, pero completamente abandonado: hay que contar sólo el terreno, nada más; luego una casita él y otra la novia: dos cuchitriles, ya ve. Un caballero como vuestra señoría no puede saber lo que pasan los pobres, cuando quieren deshacerse de sus bienes. Acaban siempre en manos de algún pícaro, que quizá hace mucho tiempo que le tiene echado el ojo a esos cuatro terrones, y cuando sabe que el otro necesita vender, se retira, se hace el desganado; hay que correr tras él y dárselo por un mendrugo de pan: especialmente, además, en circunstancias como éstas. Ya habrá visto el señor marqués a dónde quiero ir a parar. La caridad más exquisita que vuestra señoría ilustrísima puede hacerle a esta gente, es sacarlos de este apuro, comprando sus pocos bienes. Yo, a decir verdad, doy un consejo interesado, porque así ganaría para mi parroquia un condueño como el señor marqués; pero vuestra señoría decidirá lo que más guste: sólo he hablado por obediencia.

El marqués alabó mucho la sugerencia; le dio las gracias a don Abbondio, y le rogó que fuera árbitro del precio, y lo fijara bien alto; y lo dejó luego de piedra, al proponerle ir juntos en seguida a casa de la novia, donde probablemente estaría el novio.

Por el camino, don Abbondio, que no cabía en sí de orgullo, como podéis imaginaros, pensó y dijo otra cosa:

—Ya que vuestra señoría ilustrísima se muestra tan inclinado a favorecer a esa gente, habría otra cosa que se podría hacer por ellos. El joven tiene encima una orden de busca y captura, una especie de bando, por alguna trastada que hizo en Milán, hace dos años, el día de la gran asonada, en la que se vio metido, sin malicia, por ignorante, como un ratón en una ratonera: nada serio, ya ve: chiquilladas, travesuras: lo que se dice daño es incapaz de hacerlo: y bien puedo decirlo yo, que lo he bautizado, y lo he visto crecer: y además, si vuestra señoría quiere divertirse oyendo a esa pobre gente razonar a la buena de Dios, podrá hacer que él mismo le cuente la historia, y ya verá. Ahora, tratándose de cosas viejas, nadie lo molesta; y, como le he dicho, él piensa marcharse del estado; pero, con el tiempo, o regresando aquí, o por lo que sea, nunca se sabe, vuestra señoría sabe mejor que yo que vale más no estar en esos libros. El señor marqués, en Milán, tiene peso, como es justo, como gran caballero, y gran hombre que es... No, no, déjeme seguir; que la verdad quiere ser oída. Una recomendación, una palabra de alguien de su clase, es más que suficiente para conseguir una absolutoria.

—¿No hay empeños poderosos contra ese joven?

—No, no; no creo. Se le echaron encima en el primer momento, pero ahora pienso que sólo es una pura formalidad.

—Siendo así, la cosa resultará fácil; y me hago cargo gustoso de ella.

—Y luego no querrá que se diga que es un gran hombre. Lo digo, y lo quiero decir; mal que le pese, lo quiero decir. Y aunque yo me callase, no serviría de nada, porque todos hablan; y *vox populi, vox Dei*.

Encontraron, en efecto, a las tres mujeres, y a Renzo. Cómo se quedaron éstos, os lo dejo imaginar: creo que hasta aquellas toscas paredes, y los lienzos de las ventanas, y las banquetas, y los cacharros, se asombraron de recibir entre ellos una visita tan extraordinaria. Inició él la conversación, hablando del cardenal y de otras cosas, con franca cordialidad, y a la vez con delicada consideración. Pasó luego a hacer la proposición por la que había venido. Don Abbondio, habiéndole rogado que fijara el precio, se adelantó; y tras algunas ceremonias y excusas, y que no era ducho en la materia, y que sólo podía ir a tientas, y que hablaba por obediencia, y que se curaba en salud, soltó, a su parecer, un disparate. El comprador dijo que, por su parte, estaba satisfechísimo, y, como si hubiera entendido mal, repitió el doble; no quiso atender a rectificaciones, y zanjó y concluyó toda discusión invitando a los presentes a almorzar, al día siguiente de la boda, en su palacio, donde se haría la escritura en toda regla.

«¡Ah!», decía luego para sí don Abbondio, de vuelta en su casa, «si la peste hiciera siempre y en todas partes las cosas de esta manera, sería un verdadero pecado hablar mal de ella: casi, casi haría falta una cada generación; y se podría conformar uno con tenerla; pero curándose, claro».

Llegó la dispensa, llegó la absolutoria, llegó aquel bendito día: los dos novios se encaminaron con triunfal seguridad, a aquella misma iglesia, donde, por boca del mismo don Abbondio, fueron marido y mujer. Otro triunfo, y mucho más singular, fue ir a aquel castillejo; y os dejo imaginar lo que pudo pasar por su mente, al subir aquella cuesta, al entrar por aquella puerta; y las cosas que debieron de decir, cada uno según su natural. Aludiré sólo a que, en medio de la alegría, ora uno, ora otro, mencionó más de una vez, que, para coronar la fiesta, faltaba el pobre padre Cristóforo. —Pero él —decía luego—, seguramente está mejor que nosotros.

El marqués les hizo grandes agasajos, los condujo a un bonito *tinelo*, hizo sentarse a la mesa a los novios, con Agnese y la comerciante; y antes de retirarse a comer a otro lugar con don Abbondio, quiso pasar un rato en compañía de sus invitados, e incluso ayudó a servirles. A nadie, espero, se

le pasará por la cabeza que hubiera sido más sencillo formar una sola mesa. Os lo he presentado como un hombre bueno, no como un original, como se diría hoy: os he dicho que era humilde, no que fuera un portento de humildad. Tenía toda la que hacía falta para ponerse por debajo de aquella buena gente, pero no para estar a su misma altura.

Después de los dos almuerzos, se redactó el contrato por mano de un abogado, que no era Azzeccagarbugli. Este, quiero decir, sus restos, estaban y están todavía en Cantarelli. Y para quien no sea de aquellas tierras, bien veo que hace falta alguna explicación.

Cosa de media milla más arriba de Lecco, y casi al lado del otro pueblo llamado Castello, hay un lugar llamado Cantarelli, donde se cruzan dos caminos; y a un lado de la encrucijada se ve un montículo, una especie de cerrillo artificial, con una cruz en lo alto; que no es sino un gran montón de muertos de aquel contagio. La tradición, a decir verdad, dice simplemente *los muertos del contagio*; mas debe de ser sin duda aquél, que fue el último, y el más mortífero de que queda memoria. Y ya sabéis que las tradiciones, si uno no las ayuda, dicen por sí solas siempre demasiado poco.

Al regreso no hubo ningún otro inconveniente, salvo que Renzo iba un poco incómodo con el peso de los dineros que llevaba. Pero el hombre, como sabéis, había pasado por trances peores. No hablo del trabajo mental, que no era pequeño, al pensar en la mejor manera de sacarles provecho. Viendo los proyectos que pasaban por aquella cabeza, las reflexiones, las imaginaciones; oyendo los pros y los contras, por la agricultura y por la industria, era como si se hubieran reunido dos academias del siglo pasado. Aunque para él el aprieto era mucho más real; pues, siendo un hombre solo, no se le podía decir:

—¿Qué necesidad hay de elegir? Lo uno y lo otro, y en buena hora; porque los medios, en sustancia, son los mismos; y son dos cosas como las piernas, que dos andan mejor que una sola.

No se pensó ya sino en hacer el equipaje, y en ponerse en camino: los Tramaglino hacia su nueva patria, y la viuda hacia Milán. Las lágrimas, las palabras de agradecimiento, las promesas de irse a visitar fueron muchas. No menos tierna, quitando las lágrimas, fue la separación de Renzo y su familia del amigo huésped; y no vayáis a creer que con don Abbondio la cosa se hizo fríamente. Aquellas buenas criaturas habían conservado siempre cierto apego respetuoso a su párroco; y éste, en el fondo, siempre los había querido bien. Son los benditos intereses, los que tuercen los afectos.

Si alguien preguntara si no hubo también dolor al separarse del pueblo natal, de aquellas montañas; lo hubo ciertamente: pues dolor lo hay, me atrevería a decir, un poco en todas las cosas. Pero no debió de ser muy grande, ya que hubieran podido ahorrárselo, quedándose en su casa, ahora que los dos grandes impedimentos, don Rodrigo y el bando, habían desaparecido. Pero, hacía ya algún tiempo que los tres se habían acostumbrado a mirar como suyo el país al que iban. Renzo se lo había hecho caer en gracia a las mujeres, contando las facilidades que allí encontraban los operarios, y mil cosas sobre la buena vida que se llevaba allá. Por lo demás, todos habían pasado momentos muy amargos en aquel al que volvían la espalda; y los recuerdos tristes, a la larga, afean siempre en la mente los lugares que los suscitan. Y si estos lugares son aquéllos donde hemos nacido, hay quizá en tales memorias algo más áspero y punzante. También el niño, dice el manuscrito, reposa a gusto en el seno de la nodriza, busca con avidez y confianza el pecho que lo ha alimentado dulcemente hasta entonces; pero si la nodriza, para destetarlo, lo moja con ajenjo, el niño retira la boca, luego vuelve a probar, y finalmente se aparta; llorando, sí, pero se aparta.

¿Qué diréis ahora, al oír que, recién llegados e instalados en su nuevo pueblo, a Renzo le esperaban nuevos disgustos? Pequeñeces: ¡pero se necesita tan poco para turbar un estado feliz! He aquí, en pocas palabras, de qué se trataba.

Lo mucho que, en aquella aldea, se había hablado de Lucía, tiempo antes de que llegara; el saber que Renzo había padecido tanto por ella, y siempre firme, siempre fiel; quizá alguna palabra dicha por un amigo parcial para con él y todas sus cosas, habían hecho nacer cierta curiosidad por ver a la joven, y cierta expectativa sobre su belleza. Pues bien, ya sabéis cómo es la expectativa: fantasiosa, crédula, segura; luego, a la hora de la verdad, difícil, descontentadiza: nunca encuentra nada que le baste, porque, en sustancia, no sabía lo que quería; y hace pagar con creces la golosina que había dado sin motivo. Cuando apareció esta Lucía, muchos que quizá creían que tenía el cabello de oro, las mejillas como rosas, y un par de ojos a cada cual más bello, y que sé yo, empezaron a encogerse de hombros, a torcer el gesto, y a decir:

—¡Ah!, ¿es ésa? Después de tanto tiempo, después de tanto hablar, uno se esperaba algo mejor. ¿Qué es a fin de cuentas? Una campesina como tantas otras. ¡Bah!, como ella y mejores, las hay en todas partes. — Pasando luego a examinarla con detalle, notaban quien un defecto, quien otro: y hasta los hubo que la encontraron fea.

Pero como nadie iba a decirle en la cara a Renzo esas cosas, aquello no hacía mayor daño por el momento. El daño lo hicieron algunos que se lo fueron a contar, y Renzo, qué queréis, se sintió herido en lo más vivo. Empezó a darle vueltas en la cabeza, a dar grandes quejas a quien le hablaba de ello, y más por extenso para sus adentros. «¿Qué os importa a vosotros? ¿Quién os dijo que esperarais? ¿Fui yo acaso alguna vez a hablaros de ella? ¿a deciros que era guapa? Y cuando me lo decíais vosotros, ¿os contesté yo otra cosa, sino que era una buena muchacha? ¡Que es una campesina! ¿Os dije yo alguna vez que iba a traer a una princesa? ¿No os gusta? No la miréis. Tenéis mujeres hermosas: miradlas a ellas.»

Ya veis cómo a veces una nimiedad basta para decidir el estado de un hombre para toda la vida. Si Renzo hubiera tenido que pasar toda la suya en aquel pueblo, según era su primer propósito, habría sido una vida poco alegre. A fuerza de estar siempre enojado, se había vuelto enojoso. Era descortés con todos, porque cualquiera podía ser uno de los críticos de Lucía. No es que fuera exactamente contra el galanteo; pero ya sabéis cuántas cosas se pueden hacer sin ofender las reglas de la buena crianza: hasta sacarse las entrañas. Había un no sé qué de sardónico en cada palabra suya; a todo le encontraba también algún defecto, hasta el punto de que, si hacía mal tiempo dos días seguidos, al instante decía:

—¡Claro, en este país! —Os digo que no eran pocos los que ya le habían tomado ojeriza, e incluso personas que antes le querían; y con el tiempo, de una cosa en otra, se habría encontrado, por así decirlo, en guerra con casi toda la población, sin poder quizá ni él mismo conocer la causa primera de un mal tan grande. Pero se diría que la peste se había encargado de enmendar todos sus yerros. Se había llevado ésta al propietario de otra hilandería, situada casi a las puertas de Bérgamo; y el heredero, un joven calavera, que en todo aquel edificio no encontraba nada que lo divirtiese, estaba decidido, es más, ansioso por vender, aun a mitad de precio; pero quería el dinero contante y sonante, para poder emplearlo en seguida en consumos improductivos. Llegada la cosa a oídos de Bórtolo, corrió a verlo; trató: un negocio más redondo no se habría podido esperar: pero aquella condición del dinero al contado lo estropeaba todo, porque el que había ahorrado, poco a poco, a fuerza de economías, estaba aún lejos de alcanzar la suma. Dejó la cosa medio apalabrada, volvió a toda prisa, le comunicó el negocio a su primo, y le propuso ir a medias. Una proposición tan buena, zanjó las dudas económicas de Renzo, que se decidió al instante por la industria, y dijo que sí. Fueron juntos, y se cerró el trato. Cuando luego los nuevos patrones fueron a

establecerse en su propiedad, Lucía, a quien allí nadie esperaba, no sólo no recibió críticas, sino que puede decirse que no desagradó; y Renzo vino a saber que más de uno había dicho:

—¿Habéis visto a esa guapa *baggiana* que ha llegado? —el epíteto hacía olvidar el sustantivo.

Y también del digusto que había tenido en el otro pueblo, le quedó una útil enseñanza. Antes de aquello había sido un poco ligero en sentenciar, y era dado a criticar con facilidad la mujer del prójimo, y cualquier cosa. Entonces comprendió que las palabras hacen un efecto en la boca, y otro en los oídos; y se acostumbró un poco más a escuchar por dentro las suyas, antes de pronunciarlas.

Pero no vayáis a creer que no hubo también allí algún disgustillo. El hombre (dice nuestro anónimo: y ya sabéis por experiencia que tenía un gusto algo extraño en cuestión de símiles; pero perdonadle también éste, que será el último), el hombre, mientras está en este mundo, es un enfermo que se encuentra en una cama más o menos incómoda, y ve a su alrededor otras camas, bien hechas por fuera, lisas, mullidas: y se figura que en ellas se debe de estar muy bien. Mas si consigue cambiar, apenas se ha instalado en la nueva, empieza, con el peso, a sentir, aquí una paja que lo pincha, allí un bulto que lo oprime: estamos, en suma, más o menos como al principio. Y por eso, añade el anónimo, se debería pensar más en hacer el bien, que en estar bien: y así se acabaría también por estar mejor. La cosa está un poco traída por los pelos, y es muy de seiscentista; pero en el fondo tiene razón. Por lo demás, prosigue, dolores y enredos de la calidad y la fuerza de los que hemos contado, no volvió a haberlos para nuestra buena gente: la suya fue, desde aquel punto en adelante, una vida de lo más tranquilo, de lo más feliz, de lo más envidiable; de manera que, si tuviera que contárosla, os aburriría mortalmente.

Los negocios iban a pedir de boca: al principio hubo un poco de estancamiento por la escasez de obreros y por el desvío y las pretensiones de los pocos que habían quedado. Se publicaron edictos que limitaban las pagas de los trabajadores; a pesar de esta ayuda, las cosas se pusieron de nuevo en marcha, porque al final tienen que ponerse en marcha. Llegó de Venecia otro edicto, un poco más razonable: exención, durante diez años, de toda carga real y personal, para los forasteros que fueran a vivir a aquel estado. Para los nuestros fue una nueva cucaña.

Antes de cumplirse el año de la boda, vino al mundo una hermosa criatura; y, como hecho adrede para dar a Renzo en seguida la oportunidad de cumplir su magnánima promesa, fue una niña; y podéis creer que le pusieron de nombre María. Vinieron luego con el tiempo no sé

cuántos más, de uno y otro sexo: y Agnese bregaba llevándolos de acá para allá, uno tras otro, llamándolos picarones, y estampándoles en la cara unos besazos, que les dejaban el blanco durante algún tiempo. Y salieron todos bien inclinados, y Renzo quiso que todos aprendieran a leer y escribir, diciendo que, ya que existía esa picardía, debían al menos sacarle también ellos provecho.

Lo bueno era oírle contar sus aventuras: y terminaba siempre diciendo las grandes cosas que había aprendido, para gobernarse mejor en el futuro.

—He aprendido —decía— a no meterme en los tumultos: he aprendido a no perorar en las plazas: he aprendido a mirar con quién hablo; he aprendido a no empinar demasiado el codo: he aprendido a no quedarme con la aldaba de las puertas en la mano, cuando hay alrededor gente con los cascos calientes: he aprendido a no atarme una campanilla al pie, antes de pensar lo que puede ocurrir —y mil cosas más.

Lucía sin embargo, no es que hallase la doctrina falsa en sí, pero no se quedaba satisfecha; le parecía, así, vagamente, que le faltaba algo. A fuerza de oír repetir la misma canción, y de pensar en ello cada vez.

—¿Y yo? —dijo un día a su moralista—, qué queréis que haya aprendido? Yo no he ido a buscar las desgracias, son ellas las que me han venido a buscar a mí. A no ser que queráis decir —añadió suavemente sonriendo— que mi despropósito ha sido quereros, y ser vuestra prometida.

Renzo, al principio, se vio en un aprieto. Después de mucho debatir y buscar juntos, concluyeron que las desgracias vienen, sí, a menudo, porque se les da motivo; pero que la conducta más cauta y más inocente no basta para tenerlas alejadas; y que cuando vienen, con culpa o sin ella, la confianza en Dios las mitiga, y las hace útiles para una vida mejor. Esta conclusión, aunque hallada por pobre gente, nos ha parecido tan justa, que hemos pensado en ponerla aquí, como el jugo de toda la historia.

Si ésta no os ha desagradado del todo, quered bien a quien la ha escrito, y también un poquito a quien la ha remendado. Mas si por el contrario hubiéramos conseguido aburriros, creed que no lo hemos hecho a posta.

***